3 1761 08166234 8

ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS

M. A. BUCHANAN

PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

España moderna

AÑO 8.º NUM. 94.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSE LAZARO

OCTUBRE 1896

MADRID

IMP. DEL SUC. DE J. CRUZADO Á CARGO DE F. MARQUÉS

Calle de Blasco de Garay, núm. 9.

Teléfono 3.145.

462633

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

AP
60
E8
año 8
no. 94-96

LOS SEÑORES DE HERMIDA

(CONCLUSIÓN)

IX

Las dolencias de don José se agravaron lentamente. El médico no ponía muy buena cara, y por más que no esperaba un próximo y rápido desenlace, hablaba de una afección cardiaca, y luego claro, «los años, los pícaros años...»

Una tarde, mientras doña Socorro descansaba, quedó Ana al cuidado de su padre, sentada cerca de la ventana que tenía las maderas medio plegadas, oponiéndose á que se colaran como Pedro por su casa en la triste alcoba, toda la alegría de afuera, que andaba esparcida por el aire, por la arboleda y por el mar. De todas estas galas de la Naturaleza, sólo tenía entrada en el cuarto una franja de luz, y ésta no en todo su esplendor, sino después de dejar parte de sus fulgores en la muselina de una cortinilla blanca. No se oía en la casa más ruido que las pisadas de *Tolete*, que subía ó bajaba la escalera. Estaba envuelta la vivienda en esa tranquilidad y sosiego de la aldea, en medio del cual se oye sin cesar un continuo rumor que viene de todos lados, la voz de los campos en el verano, que convida á soñar, oyendo confusamente roce de helitros, refunfuños de abeja, charlatanerías de hojas que chocan, canto de grillos y cigarras, y de mil animalejos que par-

lan, chillan, retozan y cantan que se las pelan, bañados en luz, saltando de hierba en hierba, volando de flor en flor, probando aquí el néctar de una corola, deslizándose allí entre el césped, y disfrutando al aire libre del amor ardiente bajo el amparo del sol.

Más de una hora hacía que el enfermo estaba amodorrado, respirando fatigosamente. Removióse en el lecho al fin, y dijo:

—Es insoportable este calor... ¿Estás ahí, Ana?

—Aquí estoy, papá... La habitación está á media luz... Fuera hace un sol que abrasa.

—¡Pobres enfermos, hija...! ¿Y Socorro?

—Se ha tumbado un rato á descansar. ¿Necesitas algo?...

—Sí. Necesito que continuemos aquélla conversación... ¿No te acuerdas?—dijo don José, sentándose en la cama.—Colócame una almohada detrás de la espalda... ¡He pensado unas cosas, chiquilla! Hablaremos, hablaremos... Estos médicos no entienden una palabra, y se me figura que esto no lleva trazas de acabar... digo, de acabar sí... sí.....

Hizo una pausa el viejo, en tanto que su hija le arreglaba las ropas del lecho, y prosiguió:

—Me paso el tiempo con la cabeza llena de cosas tristes, niña.....

—Pues dentro de unos días estarás tan valiente como antes—interrumpió Ana vivamente.—Lo que debes hacer es no pensar tanto, tanto... Los hombres siempre imagináis lo peor.....

Calló Ana al notar que le temblaba la voz de la emoción. El ciego entonces se encaró con ella.

—¿Qué es eso Ana, lloras?... ¿Estás convencida de que me muero, eh?—dijo con exaltación.—Tú tiemblas... No puedo verte llorar, pero lloras... A ver, pronto, háblame tranquila, serena... No me coge de sorpresa... Yo también lo creo.....

Haciendo un gran esfuerzo la muchacha, dió á su voz una entonación casi jovial.

—No digas tonterías... ¡Pues bien, me acordaba yo de llorar!...

—Ven, me habré equivocado; dame un beso—repuso con calma el anciano.

Y cuando tuvo á Ana al alcance de su mano, sin que ésta pudiera ya evitarlo, logró humedecer sus dedos con las lágrimas que habían dejado rastro en las mejillas de la joven.

—¿Ves? Querías engañarme. Has llorado. ¿Por qué? Bien lo sabes tú... ¡y yo también, chiquilla! A los viejos no hay quien nos la pegue... ¡Dios mío, Dios mío, todos convencidos, todos!...

Después de unos momentos de silencio, don José siguió hablando:

—Sí; las cosas alguna vez han de acabarse. Lo sé yo como el primero..... Lo que conviene ahora es pensar en ti y en Socorro, que sois las que quedáis. Tienes que armarte de valor, Anita... Siéntate, y óyeme, que ya es hora..... Tengo remordimientos, niña... A ti te parecerá mentira... Y es que no me conoces, no me conoces.

Oía Ana á su padre alelada, sin atreverse á decir palabra.

—Algo me cansa el hablar, Anitilla; pero hay que hacer un esfuerzo... Tengo el deber de aconsejar, de remediar ciertas cosas, ¿oyes? ¿Te acuerdas que poco antes de venir á Rocamar, hemos hablado de asuntos muy serios?... Pues bien; no olvides que me sobran razones para insistir... Tengo el deber de velar por ti, que eres una niña, y mañana te quedarás sin padre... Por eso te he dado consejos que ahora te recuerdo de nuevo.....

Interrumpió el ciego su discurso para toser y carraspear; seguidamente extendió una mano huesuda y blanca hacia Ana, y prosiguió:

—Antes de venir me habló Numa de ti, muy formalmente, y ya sabes lo que él pretende... Si yo tuviera, Ana, la seguridad de vivir muchos años aún, no trataría de convencerte.... Pero las cosas empeoran... Sí; esto más huele á botica que á

jardín de flores... He prometido á Numa darle noticia de tu resolución, y óyeme bien, esta resolución quiero dársela cuanto antes... ¡sé yo que urge; hoy mismo, ahora, antes que sea ya tarde... y yo me muera con un tormento, un tormento horrible!—exclamó don José con todo el vigor que pudo.

Nada contestó Ana. En el hablar de su padre, comprendió que venía sobre ella una avalancha de amarguras, y quedó anonadada.

—Dime algo, niña... serénate. Quiero que sepas que tengo motivos poderosos para aconsejar ese enlace.....

Don José esperó unos instantes á ver si su hija hablaba, y luego, comprendiendo que le oía, y que nada oponía á sus ruegos por delicadeza y respeto, continuó aclarando sus ideas:

—Tú verás cómo más adelante me lo agradeces... Hoy te costará trabajo comprender el por qué contrarío tus sentimientos... pero la vida es así; hay que meditarlo todo... El primer impulso siempre es malo, si no viene á confirmarlo el razonamiento frío y sereno... Así como hoy quieres á *ese chico*, mañana amarás á Numa... Debo darte alguna explicación... No quiero que me creas un tirano, que manda y ordena por capricho. ¿Me oyes?... Hay motivos, hay causas que piden esa unión... ¿Me oyes?

—Sí, sí—balbuceó Ana.

—Bien; así me gustas... Valiente y serena... Déjame descansar un rato. No me siento mal, pero me canso.

Calló el enfermo. Ana dirigió la mirada á la luz de la ventana. En el jardín cantaban algunos pájaros. La joven oyó la voz de Nolo que también cantaba allá fuera.

No pué ser hoy,
No pué ser hoy;
Y mañana
No me da la gana,
No me da la gana,
No siñor.....

Perdióse la voz á lo lejos como la de un pájaro que pasa, y Ana sonrió leve y tristemente acordándose de aquella alma de niño fresca y risueña.

Reanudó D. José su discurso, diciendo así:

—Entre las muchas cosas que tú ignoras, las hay que deben de seguir desconocidas para ti; pero otras hay que me veré obligado á revelarte, para que nunca creas que si yo me opongo á tus deseos, lo hago fundado en fútiles motivos. Ten valor para oirlo... El día que yo falte será terrible para vosotras... seréis muy pobres... Nada os queda, nada os dejo... ¡Dios mío, Dios mío, que dolor!

Sintió Ana dentro de sí una fuerza heroica que le dictó estas frases:

—La miseria... Bueno, no seremos las únicas. Pero tú no te morirás... No tengo miedo.

—¡Cállate, niña!... ¿Y tu madre? ¿Y mi conciencia?... ¿Por qué no evitarlo? ¿Quieres ver á tu madre vieja y pobre?... No, no hay remedio... Numa te quiere, es rico y bueno... te pido en el nombre de ella, de Socorro, que aceptes... Sí. Hoy escribiré yo á Numa... Quiero morir tranquilo; quiero que nadie sufra por mí... ¿Oyes? ¿Qué dices?—exclamó el ciego con extraña agitación, clavando en Ana sus ojos de estatua.

—¡Dios del cielo!—exclamó la muchacha sollozando—mamá y yo...

—No perdamos tiempo, contesta, obedece...

—Mamá y yo, viviríamos aquí, en la aldea, con nada...

—Esta casa es de Numa. Nada os queda. ¡Nada!... ¡Y yo me ahogo!...

—¡No, no!—gritó Ana temblando, ardiendo de amor.—Tú, aquí con nosotras... Tú, no te mueres...

Y sin saber lo que hacía saltó á la cama, y una bandada de besos filiales que palpitaban en su boca, salió volando á posarse en la frente del anciano. Allí, abrazada á él, hablando con lágrimas y llorando con la voz, vertió sobre su padre la esencia del alma, el cariño de hija. La ternura de Ana brotó

de sus labios, convertida en frases, en palabras incorrectas y cortadas; y lo que era inefable, lo más sútil y hondo que elabora el corazón humano, y que nada tiene que ver con el lenguaje, salió también en el efluvio de los ojos, en el color de las mejillas, en el ardor del aliento. Hablaron en voz baja, como dos niños escondidos.

—Haré lo que quieras, todo lo que quieras...

—Lo sabía, niña; tenía confianza...

—Pero no digas cosas tristes; no pienses en la muerte ¿me das palabra?...

—Ahora estoy tranquilo... De esta me pongo bueno, Anita... No sabes lo que temía morir así... sin dejar arreglado...

—Bien; ya está todo... Haz lo que quieras. Lo que siento es haberte disgustado... ¡Qué mala he sido!... Mira, yo tiemblo; no sé qué me pasa. ¡Qué loca estaba, qué loca!...

—Me has quitado de encima un peso enorme, niña... Hoy escribiré á Numa.

—Bueno. Ya ves; estoy tranquila...

Comenzaba á obscurecer, cuando doña Socorro entró en la alcoba á relevar á su hija. Al salir ésta del cuarto, oyó decir al enfermo.

—Dentro de un momento tenemos que escribir una carta, Socorro...

Salió Ana á la escalera para bajar al jardín. En aquel instante, parecióle sentir, que á través de su alma dolorida se filtraba suavemente una placidez consoladora... Desde el último tramo de la escalera oyó hablar, y se detuvo. La *Mandila* y *Tolete* cuchicheaban en el portalón, y el veterano á veces levantaba el gallo:

—¡Pa no hacer caso de mí, como si yo fuera una burra, más valía que me tiraran al agua atao por el piscuezo!... ¿Pa qué vale el sentío de la sesera, sino pa ver lo que está cantando de puro claro?... Yo ya di mi dictámene ¡crístole! y no quiero ya decir na... ¿Que así, que asao, que esto y lo otro? Bien; pues *Tolete*, con la lengua metía entre los dos carrillos,

y los dientes apretaos... ¡Boticarios, facultativos, melecinas (*Tolete* contaba por los dedos). ¡Por vida de!... ¡Le matan como hay Dios en los cielos!... Y cada vez que lo pienso, siento que me andan los humos del cuerpo de aquí pa allá, y en final... que entre ese matasanos y tanta cama, lo llevan al barrio de los calvos, ¡crístole! ¡Y al burro de Tolete no lo cree nadie!...

Y decía la Mandila en voz baja:

—¿Pero quién te ha de creer y oir esos rebuznos, manguanazo?... A ver si hablas con más rispeto de D. Laureano y de toos... ¿Quién eres tú más que un probe calzonazos, que no...

—¡Calzonazos no!... Y no me metas las narices por la cara, ni acerques el morro pa razonar, ¡recrístole! porque un día disgraciado, te como hasta las asaduras... ¡A buena parte!... ¿No me oyes decir que estoy que ardo?... Pus calla, rispeta y no tientes...

—Chist, abaja el gallo, maldecido...

—Digo con la voz que me da la gana, que aquí no hay competencia, como decía un capitán que tuve...

—¿Qué quiés dicir?...

—¿Ves cómo tienes la mollera desocupada?... Pos quier dicir, pa que lo sepas, que D. Laureano tien lo que no debía tener, y no tien... Vamos á ver si se te alcanza... Hazte la figuración de dos lanchas, una cargada de bonitos, y otra de cencia y sabiduría... ¡Pos D. Laureano va en la primera! ¿ta explicao? ¡Ahí duele!.

X.

Dejando á *Tolete* y la *Mandila* enzarzados en el diálogo anterior, Ana salió al jardín, y sin darse cuenta de lo que ha-

cía, buscó un sitio frondoso, oscuro, donde había un banco cobijado por unas matas de hoja muy tupida. La ventana del cuarto de D. José, completamente iluminada por la luz interior, estaba allí frontera, como un ojo de fuego.

Estando á solas, notó que las frases de su padre le habían penetrado en el corazón á sangre y fuego, arrasando todo *lo suyo*, haciendo añicos el ídolo de su alma sin compasión. Vióse á sí misma, como un depósito de ruinas; todo abajo, todo derruído. Tenía dentro una soledad horripilante, no había donde posar una mirada tranquila. Hacía pocos días, aún tenía en sí un oasis de color de rosa. En aquel mismo banco había visto ella cuadros distintos, de matices alegres. Ahora parecía que la claridad de antes no volvería á lucir: era aquello un ocaso horrible: la despedida de un sol que no volvería jamás... Cerca de ella estaba el caño del agua, medio seco en aquellos días, arrojando en la alberca el agua gota á gota. Todo lo que veían sus ojos, envuelto en las negruras de la noche casi cerrada, habíale inspirado otros días pensamientos halagüeños, ideas dulces; y ahora... todo, todo, árboles y brisas, despedían sobre ella efluvios tristes. Nada había allí que le sugiriera algo animoso y consolador... ¡Qué cosas había aprendido Ana por boca de su padre, á quien tanto respetaba y quería, pese á sus mandatos dolorosos para ella!... Era necesario obedecer, obedecer siempre. Las flores y los pájaros obedecen á Dios; ella á su padre... ¡Qué días la esperaban!... Había dado palabra de olvidar á Raimundo, de querer á Numa, y esto... parecía una cosa mala, á pesar de mandarlo su padre... Pero era necesario; las razones eran evidentes, tremendas... La miseria de su madre, la vejez sin pan... No había otro camino... Y sin embargo, no podía menos de repetir mentalmente: «Es una infamia». Y pese á los reproches que se hacía á sí misma, y á despecho de todos los consejos paternales, tenía dentro de sí un diablillo nervioso, insubordinado, salvaje, descarado, que se oponía á todo, que osaba decirle sin cesar desde un rincón del cerebro: «Eso es malo...» ¿Tendría ella dentro un es-

píritu pecador? ¿Sería aquélla la voz del diablo? ¿Sería el espíritu malo, aquel de que hablaban los curas, que siempre está incitando las almas á la perversidad y al pecado? Recordaba Ana que ella en su niñez, cuando en la calle aprendía á decir palabras feas, las repetía constantemente á su pesar, sin poder reprimirse, y acordábase también de un día que sin poder ahuyentar de la cabeza esta frase: «Muera Dios y viva el diablo», entróle un miedo espeluznante, y corrió desolada al regazo de su madre á contarle tan horrible blasfemia. «Reza, reza, Anita,» le dijo entonces doña Socorro riéndose; «eso pasará rezando ó jugando.» ¿Sería lo de ahora algo semejante? ¿Por qué aquella voz no acataba la orden superior? Todo era un misterio, todo era inexplicable. Quedó como helada de pronto. El pensamiento de Ana, cansado de revolotear, chocando siempre contra paredes duras y frías, descendió fatigado, alicaído, á las cosas vulgares, y ya sin rumbo, desorientado, como una golondrina perseguida, evocó mil tonterías y futesas, con un relieve insuperable. Sacó á luz con todos sus dibujos y colores escenas del colegio, en las horas que ella jugaba con las chiquillas bailando en corro, y cantando la historia del pajarillo muerto. Vió claramente á un hombrón de boína azul, que hablaba simpre con su criada, y que una vez le dijo á ella: «Cuando tengas diez años más, ya no seremos amigos, Anita.» Un día en la escuela la besó en la boca un señorón de ojos sanguinolentos, y Ana al sentir la humedad de aquellos labios, se echó á llorar, limpiándose la boca. «Es muy arisca esta chiquilla,» decía la maestra riñéndola. Acordóse del dibujo de una alfombra de la sala donde se sentaba á oir los cuentos del aya, y de un enorme reloj de pared, cuyo ruido le infundía gran miedo si se quedaba sola en la habitación... Recordó las primeras palabras cruzadas con Raimundo, luego quiso recordar su rostro, y sólo vagamente lo conseguía... Volviendo á pensar en su amor ahogado, lloró en el jardín, cada vez más sombrío... El agua seguía cayendo gota á gota del caño, las cigarras cantaban alegres, y entre aquel cuadro negro de ár-

boles sombríos, la ventana del cuarto del enfermo alumbraba cada vez más, y seguía allí mirando, mirando... El aire del mar había refrescado el jardín. Ana, de pronto, sintió un vacío en la cabeza, como si se le acabaran las ideas; sintió frío luego, y amedrentada y nerviosa, al verse sola, iba á llamar, cuando oyó pasos en la arena que se dirigían hacia ella. Era Nolo, que venía hablando solo.

—Si yo mandara en too, habían de icir que siempre tenía razón... pero como no soy ná, ahí está... ¡Qué oscuriá!.. ¡Enenseguida va á estar aquí la señorita... y toos emperraos en que sí!...

—Aquí estoy, Nolillo...

—¡Diosla!... No se ve gota... Ande, que la llaman arriba...

—Voy... Dame la mano... ¿Qué has hecho esta tarde que no te has dejado ver?—dijo Ana con voz débil.

—Lo de siempre. Achicando la lancha del morral de Bastián... Dimpués salí á las varas pa hacer estrobos... y enseguida me dió dos patás *Tolete*, por llegar tarde...

—¿Te han mandado buscarme?

—Ni más ni menos... Too lo manda *Tolete*... ¡Como tien mal genio!...

Ambos se dirigieron á la puerta de la casa. *Nolo* charlaba por los codos acerca de los pescozones de *Tolete*; Ana iba callada, oyendo á medias la cháchara del granuja.

Dormía la joven en el segundo piso de la casa. Subió la escalera apoyándose en el pasamano, porque sentía á veces gran debilidad que la hacía creer que no tenía cuerpo, y que sólo la cabeza andaba por el aire. Al llegar al pasillo del primer piso, que estaba oscuro, vió allá en un rincón una claridad débil que aumentaba gradualmente. No se dió de pronto cuenta de lo que era, hasta que vió iluminada la nariz y el bigote de *Tolete*, que chupaba en su pipa. La visión sumióse pronto en la sombra. Desde que don José estaba en la cama, el veterano no se separaba de la casa. De día, con las manos atrás, discurría silenciosamente por los pasillos y galerías, bajaba al jardín; subía,

todo sin hablar palabra; de noche sentábase en un banco del pasillo, cerca del cuarto del enfermo, y allí, entre tinieblas, como un alma en pena, fumaba, sin que se notara su presencia más que por el ruido del eslabón ó por el resplandor del fuego de la pipa. Lo mismo era ver al médico, en el cual no creía, decíale rudamente:

—¿Escampa ó no escampa?

—Veremos, veremos...

—Na hay que ver, ¡Crístole!... El jueves ó el viernes ha de estar sano como un coral ó...

Y creyendo de que el médico estaba matando á don José, estaba convencido sin embargo de que el jueves saldría con él á dar un paseo... Con estas ideas volvía á sus tinieblas.

Pasó Ana, como decíamos, por delante del marino, entró en el cuarto de su padre á dar las buenas noches, y al retirarse dijo á doña Socorro:

—Me voy á la cama... No tengo ganas de cenar...

Entró en su dormitorio alumbrado por la luna, y se asomó al balcón que estaba abierto. Vió á lo lejos algunas casuchas del pueblo. Contempló las nubes del cielo, la ardencia del mar, y después de un rato, molestada por una gran excitación, se sintió mal, comenzó á mezclar el paisaje de la noche con las ideas del cerebro, formando un amasijo extraño, una mescolanza de cosas materiales y del espíritu. Parecíale que en el aire estaban flotando sus penas, que los girones de aquellas nubes eran cosas tristes de su imaginación; que el mar era un enemigo perturbador, horrible, y que ella flotaba también solitaria por el espacio, viendo sombrajos, campanarios, estrellas, tejados, arboledas enormes cubiertas de negruras... Sintió un escalofrío que la hizo dar diente con diente... ¡Qué horror!—exclamó Ana. Y como empujada por un miedo espantoso, cerró de golpe el balcón, y se tumbó en la cama vestida. Tuvo mucho frío, y quedó medio aletargada. En medio de tal congoja, acordóse de escribir á Raimundo, «para terminar.» Pero no pudo. Además, ¿para qué?

Y estando Ana entregada á tal baturrillo de pensamientos febriles, oyó golpear en la puerta suavemente. Acordóse de que había ordenado subir á *Nolo* para darle la carta, y dijo:

—Pasa...

—Ya estoy aquí... Venga el papel.

—Enciende luz, *Nolo*... Me siento muy mal. Avisa...

Después de revolver en el cajón de la mesa de noche, encendió *Nolillo* una vela, y vió á la señorita en el lecho. Tenía la cara sonrosada, los ojos brillantes.

—¡Diosla! ¿Ice la señorita que está mala? ¡Si está encarná, y los enfermos son blancos!... ¡Como no los haiga de toos colores!...

Dejó la vela en la mesa; bajó *Nolo* á llamar á la señora; pero al abrir la puerta del cuarto de don José, detúvole *Tolete*, diciendo:

—¿Adónde vas, sinvergüenza y cochino?... Atrás, que aquí no entra naide sin que yo quiera. ¿Tas figurao acaso que estás en el arenal? ¡Crístole!... Estoy hasta la coronilla de ver entrar aquí pazgüatos y faldas, y entavia voy á hacer un picadillo de ti y too el que se presente...

Hervía *Tolete* de indignación. Cavila que cavila en sus soledades, había llegado á convencerse de que allí sobraba todo el mundo menos él y la señora. Lo que le traía á mal traer, era la presencia de una criada gorda que los señores habían traído de Nuvareda. Cada vez que se tropezaban, *Tolete* mascullaba algún dicho.

—¡La pandorga esa de la ciudá!...

XI.

Todos en la casa andaban de puntillas. *Tolete* vagaba por los rincones mareado, como si tuviera en la cabeza todo el

oleaje del Cantábrico. La *Mandila* y doña Socorro iban y venían de un lado á otro, atortoladas, y *Nolo* en el patio, se entretenia en ver navegar en la alberca barcos de papel. Ana, presa de una fiebre nerviosa cuya intensidad habia alarmado al médico, permanecía en la cama delirando á ratos.

No tenía tiempo doña Socorro para fijarse en sus dolores. Nerviosa y agitada, extrayendo fuerzas, por arte del amor, de las debilidades de su organismo, atendia á los enfermos sin darse punto de reposo. Tenía dentro de sí un mar de lágrimas estancado.

Llamóla aparte una mañana el médico. Se encontraron frente á frente, sin cruzar palabra unos momentos. Al ver el rostro meditabundo de don Laureano, comprendió ella que estaba puliendo, limando un pensamiento cruel, para presentársele con delicadeza sin herirla brutalmente... Habló ella primero.

—Lo adivino todo... Sólo nos queda la confianza en Dios, ¿no es eso?

—Así es, así es, por desgracia... La noche de ayer, le hizo perder mucho terreno...

Cada vez que doña Socorro se acercaba al lecho del ciego, éste hablaba muy trabajosamente de Ana, de Numa. ¿Habría recibido éste la carta? ¿Cuándo contestaría? Era un gran muchacho. Tal vez vendría él mismo á Rocamar de un día á otro.

Don José ya no padecía el terror á la muerte. Fuera de la gran presión en el pecho y de los dolores que le mortificaban, todo lo veía de color de rosa. Pensaba en sanar, en levantarse, y en ir á comer una langosta en compañía de *Tolete*. Otras veces no pensaba en nada. La muerte le tenía lástima, y antes de darle el zarpazo, se complacía en animar á su víctima, despertándole las viejas ilusiones y la creencia en unas fuerzas soñadas.

Habló don Laureano de preparar al enfermo para el trance final, y doña Socorro después de inventar mil circunloquios, de imaginar caminos y veredas que pudieran conducirla á co-

municar á don José deseo tan triste, se decidió al fin. No se negó el magistrado á recibir el Viático, pero no creyó oportuna la ocasión. Más adelante. No estaba tan mal como se figuraban. Y no hubo medio de convencerle.

Al día siguiente halló doña Socorro á su esposo, lívido, tan alejado de la vida, que se estremeció de espanto. La muerte estaba allí, muy cerca. Aquel rostro tenía ya el sello de lo que no vuelve á animarse.

—Ahora sí, ahora sí, Socorro; *la* veo cerca, viene.—Y siguió hablando solo, mientras su esposa salió á ordenar que viniera el cura. Cuando la vió otra vez á su lado:

—No te apures, siempre está El donde estás tú... Acércate. Creo, creo en Dios y en el dolor de tu martirio... Recomiéndame á El tú... y eso basta. Creo en el amor de tu pecho, y en tu bondad Socorro, y al saber El que voy de parte tuya, tal vez se apiade... Pronto será; pronto... Quiero tu perdón, tu perdón me basta... Sólo Dios y tú podéis perdonarme... Sólo tus súplicas podrán ablandarlo... Sólo las oraciones de tu alma tendrán fuerza para subir tan alto.. Perdóname tú, víctima mía...

Hubo un silencio. El drama refugióse en la soledad de las almas. Los dos viejos sollozaron abrazados. El mar también decía sus cosas bufando allá fuera.

—No, no; tú no me dejarás tan pronto, Pepe!—dijo doña Socorro en el paroxismo del dolor.

—Sí; no es pronto... Ahora veo claro!—exclamó el ciego haciendo un esfuerzo supremo.—Veo bien tu aflicción de toda una vida... Has sufrido tanto por mi causa!... Ya que tanto has amado las miserias de tu Pepe, Socorro mía, sálvame ahora, perdonándome...

La anciana entonces, serena, como investida de un sacerdocio sublime, levantó la frente arrugada que destellaba amor; acarició con manos temblorosas la cabeza de su compañero empañada ya por las nieblas de lo eterno, y después de enjugarse los ojos con el pañuelo, siempre húmedo, dijo así:

—Ten valor, Pepe... No nos separaremos tal vez... Mi perdón nada vale, siempre le has tenido, como yo el tuyo... Confía en el cielo...

—Creo en él... tiene que haber un sitio para ti, para tus bondades... y es el cielo... ¿Y Ana?

No habló más. Se acrecentó la agonía. Seguida del médico, entró en el cuarto la servidumbre de la casa. Doña Socorro en pie, con los ojos fijos, como vidriados, miraba sin ver la puntilla de una almohada en que descansaba la cabeza del moribundo. Oscurecía. Mientras el médico observaba á don José, la *Mandila* pugnó por sacar de la habitación á doña Socorro; pero fué en vano. Allí estuvo, fuerte como alma templada en el sufrir. Sintió la frialdad que iba poco á poco robando la vida del viejo, y le oyó respirar levemente por última vez.

Cuando llegó el señor cura, era ya tarde. Doña Socorro salió de la alcoba apoyada en los brazos robustos de la *Mandila*. Momentos después, una criada abrió de par en par la ventana del cuarto. Por ella se colaron de rondón todas las delicias del campo y del ambiente. Las brisas del mar también entraron; ya no molestaban.

Veló el cadáver el fiel *Tolete*. Envuelto en una vieja manta, sentado en un rincón, pasó la noche con la blanca cabeza descubierta inclinada hacia la tierra; y debajo del pelo canoso no dejaron de rebullirle muy hondas cavilaciones. Allí á solas, á la vera del *amo*, que ya no charlaría con él nunca, más de cuatro lágrimas de las pocas que habían vertido sus ojos, bajaron lentamente á escabullirse entre las púas, ya muy viejas, del bigote. La muerte de don José dejó á *Tolete* tan apesadumbrado y afligido, que en más de un mes no cesó de repetir á solas esta frase: ¡No somos na, crístole!

Al lado del cadáver no se atrevió á fumar en toda la noche; á eso de las tres y media de la mañana vino *Nolo* á hacerle compañía. Ya la aurora apuntaba, esfumando su resplandor rosado en la obscuridad del cielo. La brisa del amanecer estremecía levemente las copas de los árboles, anunciando á los pá-

jaros dormidos que era ya hora de estar despavilados, y de salir cantando á saludar al sol, que no tardaría en aparecer espléndido y amoroso, dispuesto á secarles las alas, húmedas aún por el rocío de la noche. Del lado del mar oíase el bramido ensordecedor del Cantábrico, como voz ronca expelida por un pulmón inmenso, que exhalase sobre la tierra una espantosa amenaza sin palabras. En esas horas del alba, cuando en la tierra todo es dulzura y misterio, daba miedo pensar en aquel monstruoso gigante que rugía intranquilo allí cerca, como si estuviera mal á gusto en su lecho, y pretendiera con indomable rebeldía lanzarse sobre la tierra, agitando mil lenguas maldicientes y mil brazos destructores.....

Tolete en cuanto vislumbró la claridad del día, abrió la ventana, sin temor al fresco del amanecer, para que saliera el tufo de los cirios que ardían al lado del cadáver. *Nolo*, aterrado, sin pestañear, ni atreverse á respirar apenas, contemplaba los restos de don José, á respetable distancia.

—¿Cuándo le entierra el cura?—se aventuró á preguntar tímidamente.

Y *Tolete*, que acodado en la ventana, miraba las sombras del jardín, volvió la cabeza vivamente hacia el pillete, y dijo con bronquedad:

—¡Lo que está ahí na vale..... don José too está allá arriba... y chitón!

No tardó doña Socorro en venir al lado su esposo muerto. Rezó más de una hora, y meditó en silencio. En aquel mismo cuarto con vista al jardín, habían pasado sus días de noviazgo, su luna de miel. Las plantas sombrías, obscuras, las enrredaderas de hoja menuda, la parra trepadora que escalaba la pared, habían presenciado sus horas de amor y de deliquios; y allí fuera estaban todavía año tras año arrojando las hojas y esperando primaveras... Doña Socorro, abismada en sus melancolías, salió á la ventana, respiró el aire libre, y luego separando un poco la vista de las cosas de adentro, miró al cielo aún algo obscuro, y sembrado de estrellas pálidas: nunca le

pareció tan grande, tan inmenso, tan protector; y con la energía que suelen dar las grandes penas tuvo fuerzas para rezar al cielo con oraciones suyas que le brotaban límpidas del fondo de su espíritu.

—¡Dios mío, Dios mío guárdale, guárdale en tu seno y has de amar su alma... la pobre!.....

XII.

—Cuidado, cuidado que Ana no oiga las pisadas...—dijo doña Socorro.

Con una fortaleza increible dirigió la operación de bajar el ataúd á la hora del entierro. Cuatro mocetones que iban descalzos, para evitar el ruido que pudiera oir Ana, posaron la caja en un banco de piedra del jardín. Dos curas esperaban en la carretera, y dada la señal de marcha, los marineros volvieron á cargar con el cadáver. El entierro á poca distancia de la casa, dejó el camino real, y tomó una vereda no muy ancha que conducía al cementerio, que se distinguía á lo lejos por un ciprés elevadísimo, que asomaba por encima de una tapia. Doña Socorro, en tanto, apagó los cirios de la habitación de su esposo, quitándoles el pábilo con un paño mojado. Había hojas de laurel esparcidas por el suelo. Acercóse á la ventana, y pudo ver el último viaje de su pobre ciego. Iba el entierro por la tortuosa vereda como una culebra abigarrada, que se escurría por entre sebes y prados. Resignada y serena, comprendió lo que era la vejez solitaria. Ya sobraba ella aquí; poco á poco todos los suyos habían llevado aquel camino, hacia el ciprés gigante. Todo quedaba atrás. Sólo ella se mantenía

en pie, entre cenizas, paseando la corona plateada de sus canas, y el corazón ajado al calor de tantos amores..... La culebra seguía deslizándose. El viejo se alejaba.

—¡Todo acabó, todo acabó, Dios mío!... Pero ahora empezará esa niña.....

Recordando á su hija, que seguía aletargada por la fiebre, sin darse cuenta del despertar que la aguardaba, acudió á su alcoba. La *Mandila* estaba á la puerta.

—¿Está tranquila?

—¡A veces habla la probe!....

—Ana estuvo cuatro días más en la cama. Al fin volvió la salud á su cuerpo. Parecíale entrar en una vida nueva; las fuerzas que llegaban debían de ser otras, más dulces y alegres que las de antes, porque ahora todo lo veía agradable y sonriente, y la nueva vida traía consigo goces infantiles. Más que convaleciente, Ana parecía una recién nacida... de diecisiete años. Hablaba de levantarse para ver á su padre, y ni siquiera notaba en el amargo semblante de doña Socorro, el reflejo de una pena inmensa.

Cuando llegó á levantarse, prohibiéronla salir del aposento en unos días: y entónces presentóse *Nolo* en la escena, porque nada había como él para distraer á la señorita; y jugaban juntos con cartas de baraja, levantaban palacios con fichas de dominó, y tan pronto riñendo y correteando con *Nolo*, como sentada en un sillón contándole cuentos, Ana, en aquellos días apacibles, realizó un viaje á la niñez pasada..... Ni una palabra se le escapó á *Nolo* acerca de la gran desgracia. Doña Socorro temblaba al pensar en el efecto que la noticia produciría en su hija, que hablaba de don José como si estuviera sano y bueno.....

Una mañana muy temprano, sintiéndose fuerte y ágil, decidióse la muchacha á sorprender al ciego, presentándose en su habitación sin que nadie lo sospechara, y aprovechando un instante en que la dejaron sola, salió del cuarto despacito, casi aleteando, bajó la escalera la muy pícara, y entró sin ser vista

en el dormitorio de su padre. Todo estaba en orden. La cama vacía, la ventana abierta.

—Se ha levantado, y nada me han dicho...—dijo alegremente.

Vió en el suelo muchas gotas de cera; pero nada entendió de lo que le decían..... Oyó allá arriba la voz de *Nolo*, que gritaba:

—¡La señorita no está aquí!

Fué á salir Ana, y en la puerta vió á su madre más blanca que la nieve. Los ojos alegres miraron fijamente á los tristes; éstos hablaron, y aquéllos leyeron de corrido la dolorosa historia. Ana sintió un dolor como si le aplicaran un hierro enrojecido en una llaga ya cerrada, y cayó en los brazos de su madre.....

***

Seguían en Rocamar los días de sol, como la bendición de Dios sobre el mar y la tierra. Los marineros no reposaban, porque la pesca era abundante y había que aprovecharse. Diez ó doce lanchas salían diariamente al bonito, y Ana entreteníase desde el balcón en verlas alejarse ó llegar, con las velas hinchadas por el viento fresco.....

Tolete entregó un día á doña Socorro una carta. Impaciente y nerviosa miró el sobre, dirigido á ella; abrióla. Era de Numa. La leyó, y al principio no pudo dominar un movimiento de indignación; después quedó tranquila. En nada contestaba la carta á la de don José. Palabras frías, corrientes, de pésame, «resignación cristiana para soportar tan irreparable pérdida, etc.» De *aquello* nada; ni un vislumbre.

—Tal vez sea mejor así...—dijo tristemente doña Socorro. —¡Qué diría Pepe si leyera esto!....

Buscó á Ana y le entregó la carta.

—Me lo decía el corazón—dijo.—No me importa... Dios mío, pero ¿y tú?....

—Déjame á mí, niña... Dios lo prevé todo.

—¿Sabes tú lo que somos?—preguntó Ana sollozando.

—Somos muy pobres..... Lo sé.

—Vivimos en casa de Numa..... Esto ya no es nuestro.....

—Mañana mismo le dejaremos lo suyo, niña. Dame un beso y pide á Dios esperanzas....

. . . . . .

. . . . . .

Los caballos de un coche que estaba parado á la puerta de la quinta, pateaban impacientes el polvo de la carretera.

—Un abrazo, *Mandila*—dijo Ana sonriendo.

Y se abandonó en los brazos rudos de la marinera, que no sabía más que apretar con fuerza, y decir llorando:

—Angelín de Dios, angelín.....

A *Tolete* no hubo modo de verle la cara. Andaba dando traspiés alrededor del coche, tosiendo y soltando resoplidos, como un perro acatarrado.

Ana le tocó en el hombro para decirle adiós, y entonces habló así sin mirarla:

—¿Y hasta cuándo?....

—Hasta siempre, *Tolete*... Ya no volveremos.....

—¡Crístole!... Eso no debía de icirse siquiera en groma..... Haiga salú, señoritas.

Vió Ana una tristeza tan honda en los ojos del viejo lobo del Cantábrico, que se apartó de él acongojada..... ¡Pobre *Tolete!*

Cuando iban á subir al coche, llegó *Nolo* sudoroso y jadeante, dando gritos.

—¡Toavía no, diosla!.... ¡No arrear!

Traía una cestita llena de mariscos para Ana, que le besó cien veces.

—¡Adiós, adiós!

Comenzó á correr el coche. La casa de Rocamar, mora-

da solitaria de los recuerdos viejos, no tardó en desaparecer ante los ojos de doña Socorro, como una cosa viva que se muere, como unos restos más que había que enterrar también. Y al recordar quién sería en adelante el poseedor de aquellas reliquias de su vida, que estaban en toda la vivienda, en las grietas de las paredes, en las cortezas de los árboles, en el papel de las habitaciones, en los nudos del entarimado, lloró silenciosa, más que con los ojos, con todo el rostro, como lloran los ancianos..... Miró al mar, que aún se veía, y dijo á Ana:

—Ya estamos solas, niña, ya estamos solas!....

JUAN OCHOA.

FIN.

EL MATRIMONIO EN LA CLASE MEDIA

La clase media en general.—Flujos y reflujos.—Disfraces y mentiras.—Cómo se vive.—Camino del matrimonio.—El noviazgo.—Los ricos, los pobres, los mesócratas.—Preparando la desdicha.—La vida material.—Intimidad del matrimonio.—Luna de miel.—El dinero.—Lo que piensan los cónyuges.—Diferencias íntimas.—Predominio de *uno*.—Males de la prosperidad.—La miseria.—Cómo se acaba.—... y ustedes perdonen...

La riqueza y la pobreza: he aquí dos cosas perfectamente definidas. Certifican de aquélla desde la cédula de primera clase hasta la finca en el registro; saca ésta su patente, tanto de la miseria en que se vive como de la desenfadada confesión de esa miseria. ¡Soy rico! dice uno; y enseña sus «papeles» representación de su dinero. ¡Soy pobre! grita otro, é informa este quejido con la presentación de sus harapos.

¡Pero la clase media! La mesocracia actual no tiene vallas ni linderos; masa que se confunde con la sociedad entera, esfuma y borra sus contornos al amalgamarse por un lado con los grandes que emula y por el otro con los miserables que odia.

No hay nada tan difícil en la vida moderna como la justa designación y delimitación de clases; tarea que llega á ser casi imposible si se refiere uno á esta porción social de que hablo ahora.

Mientras se prepara el día en que la sociedad sea única; aquel en que no haya sino una sola sociedad, amplia y solidaria, comunicativa entre sí y buena para todos, esclavizada á la

influencia colectiva que dará al individuo libertad de que no gozara nunca, parece que las gentes, no teniendo bastante con la aristocracia, mesocracia y proletariado, grandes grupos en que hasta aquí vivimos, busca é inventa divisiones y subdivisiones, añadiendo á las clases pseudo clases, con sutilezas que no significan, en verdad, sino descensos que no quieren confesarse ó ascensos que no quieren concederse.

Y ahí va la prueba de esto. Por la vanidad, por el orgullo hemos tenido mucho tiempo á mucha gente sin lugar fijo en el anfiteatro social.—«Este es mi puesto.—No, ese de más abajo. —Ese es su sitio.—No, que es el de más arriba.» Y tal ha sido el ir y venir, el mover y remover, el subir y bajar de castas y de gentes, que ha quedado todo como en el arco iris los colores, sin que se sepa dónde comienza y dónde acaba uno; ó como en esas playas llenas de accidentes, en que por aquí entra el agua haciendo una ensenada y por el otro lado entra la tierra produciendo un cabo.

Como sitio apropósito para la expansión de estas luchas la clase media se aparece. Ella, que todo lo rechaza y que todo lo encierra, ha tenido que admitir al burgués, al menestral con suerte, al linajudo sin fortuna, al que despacha aceite pero se viste de americana los domingos, al que trabaja en el taller, pero se ufana de sus manos limpias y de su traje nuevo; á todos esos que tuvieran lo que tuvieran, atesoraran lo que atesoraran, no pasaban de ser, en otros tiempos, sino el tendero de la esquina ó el trabajador de enfrente.

«La verdadera clase media,» aquella que se componía del abogado, del médico, del comerciante, de ciertos empleados, no está hoy sola, ni unida; en círculos variables é infinitos de situaciones y de relaciones, va de aquí para allá en trato con todos, codeándose con chicos y con grandes, nerviosa y descontenta, sin verdadero nombre propio y sin asiento fijo en esta sociedad que se arruina y cuya autora y víctima es la propia mesocracia.

*
* *

Es muy difícil, muy difícil, traer unos elementos, quitar otros, separar, escoger; y para realizar cualquier estudio quedarse con lo que realmente pueda ser la clase media. Hay tantas cosas á ella parecidas que por el cedazo con que la cerniéramos pasarían otras muchas de la misma dimensión, de igual tamaño y de idéntico peso.

—Pero en fin—me diréis—puesto que hoy es el dinero el que lo marca y lo regula todo, prescindid del oficio, del «linaje»—ya sabéis que mucha clase media presume de «abolengo» —de la educación, de las costumbres y clasificad por el dinero; á cada cual por lo que tenga; no se procede en la vida de otra suerte. ¿Clase media? Pues decid que pertenece á ella quien con algo que se llame carrera, empleo, comercio, industria, tenga para vivir sin estrechez y sin dispendios en una holgura razonable.

—¡Difícil es también!

La apariencia del rico casi siempre es verdad; la apariencia del pobre no engaña á nadie, desde luego; no hay nada en cambio tan favorable á la mentira como cualquier aspecto por donde se deje ver la clase media.

Un desequilibrio sin medida suele presidir para el arreglo de los hogares de la mesocracia. Como en el cuerpo donde un órgano sólo se ejercita para producirnos, por ejemplo, un cargador con más fuerza que un toro, pero deforme, patizambo y estevado, la familia mesócrata acude á una cualquiera de sus necesidades, en primer término y á costa de la satisfacción de las demás.

Aquí se prefiere el lujo de la casa; allí el de la mesa; allá el del traje. Todos los individuos de esa familia que viste sedas y que ocupa su palco en los estrenos y en las noches de moda, tiene en el estómago el desmayo y en la sangre la anemia; y por ropa interior cualesquier trapos y por decorado del hogar pobrísimo, sin huecos á la calle y sin luces higiénicas, algunos muebles viejos y algunas camas miserables.

Tal otra, la del lema, «estamos por lo positivo,» no tendrá

en cuenta que el último figurín no está servido ni la vanidad colmada, pero en la casa desconocida del buen gusto y extraña á los adornos no faltarán el butacón cómodo y viejo, ni á la hora de la mesa la carne abundante que sostenga y el buen vino que entone.

Generalmente—bien triste es confesarlo—regladas las necesidades por este orden, ropa, casa y comida—el exterior, el interior visible y la intimidad que nadie nota—todo anda invertido en esta pobre clase que tiene tan pobre economía doméstica.

Un frac, una levita, un par de botas de charol, puestos en homenaje al qué dirán y al qué verán de los extraños, quién sabe en cuánto grado tendrán culpa de la anemia del chico, de la flacura de la madre que cuelga otro á su pecho y del color de tierra de los pimpollos de quince años, graciosos y lindos, que prisioneros en sus corsés celestes, en sus trajes lujosos y en su miseria fisiológica, faltos de alientos y de vida, ven brotar con dolores, con escaseces que dan lástima y con palideces de la sangre que dan pena, las flores de la pubertad; fuentes allá en el campo para la niña sana criada al aire libre, de inocentes vanidades y de legítimos orgullos y materia para que los cuerpos esbeltos adquieran redondez y el rostro viveza de colores y el organismo todo sanguinidad y fuerza.

*
* *

Sígase en este estudio, y en todas partes se tocarán dificultades para arrancar á esa clase media la máscara con que se viste y la sonrisa con que se disfraza.

Tiene esta pobre clase para el servicio y en castigo de la vanidad, que bien podría ser su divisa, la imposición á toda hora, en todos los momentos, en todos los instantes, de un feroz disimulo.

Disimulo para la miseria; disimulo para los defectos; disimulo para los disgustos de la casa; disimulo para las contrariedades de la calle; disimulo en la conversación y en el vestido; disimulo cuando se tiene educación y cuando quiere fingirse que se tiene; disimulo para que aparezca como cuerpo fuerte, con personalidad y con carácter propios, lo que no es sino materia híbrida, mezcolanza de todos con todos. Allá donde veáis uno que se llame representante de la clase media, decid con más razón que de ninguna clase y con esperanzas de acierto casi siempre, que allí hay un «disimulado» y un fingidor y hasta puede ser que un embustero.

¡Tristes, desconsoladas imposiciones de la realidad son estas! Pero ignorado el pobre, metido en su rincón, sus «cosas» no aparecen sino cuando el *eclat* de un drama ó de un escándalo súbelo á la gacetilla con la relación del juicio oral ó de la detención de algunas horas por una reyerta en medio de la calle; asegurado el rico, puede permitirse el vicio en sus manifestaciones todas, porque la embriaguez, el juego, el adulterio, píllanle en el balance ganancioso, con la finca de buenos rendimientos, con el cupón cortado.

En todo, hasta en eso, sufre la mordaza social la clase media. Tras de una borrachera, después de un alboroto, el marqués de tal cosa ó Perico el obrero pueden ir sin cuidado al casino ó al taller. ¿Pero cómo admitir en la consulta para el enfermo, ni para informar en el foro, ni para trabajar en la casa de banca á don Juan Pérez, borracho, ni á D. Antonio, jugador?

El adulterio de la gran señora es disculpable, porque la infeliz se aburre en casa; el de la menestrala también, porque anda siempre sola por las calles; pero el de la señora de González, ¿cómo? ¿Cómo, cuando para consumar su delito habrá tenido que perder una hora en que pudiera repasar los calcetines, y llevar sobre todo, por falta de espacio en su morada, al propio amante sobre la propia cama conyugal y á la vista del niño que sonríe en la cuna?

Todo esto se hace sin embargo. Gonzalez bebe, López juega, la señora de Pérez engaña á su marido... Pero sobre todo se extiende la más horrible hipocresía, y el silencio se impone, y el rumor se acalla, y mientras sabe todo el mundo el escándalo último de la nobleza y el último suceso de una taberna de los barrios bajos, donde dos menestrales han jugado á las cartas sus mujeres, el abogado, el empleado, el escritor, el médico, ignoran hasta los más simples detalles de cómo es la existencia de su compañero X ó Z con quien trabajan, con quien viven, á quien creen que conocen y á quien tienen constantemente al lado.

II.

En los matrimonios de la clase rica, de la clase pobre y de la clase media, ¡cuántas no son también las diferencias esenciales! ¡Qué diferente la relación, qué diferente el trato, qué diferentes los afectos, qué diferente todo!

Como el matrimonio de los poderosos no afecta nada á la vida de cada individuo, el noviazgo entre ellos tampoco pasa de ser como accidente. Por cosa muy distinta, no es substancial mudanza, aparte de la que toque luego á las necesidades y á los gastos, la que se origina con la unión de la menestrala y el obrero.

Es muy diversa en los tres casos la secuela de preocupaciones en las gentes y de transformaciones en las cosas. La rica tiene un novio, la pobre ha tropezado con *su* hombre; la vida exterior no varía, la vida íntima tampoco. No hay ganancia ni pérdida en los matrimonios estos; hay simplemente negocio, trato, cambio; cuando existen, afectos que no tropiezan

con ningún linaje de valladares en la sociedad, ni de preocupaciones en el individuo.

Esta diferencia se explica diciendo cómo en los antecedentes al casorio existe siempre en cada parte—en mayor grado en la mujer—una idea *preventiva*, idea de *conservación*, de *precaución*, de *salvaguardia*, como de *indemnidad* y de *seguro* para lo porvenir; y estas ideas es muy difícil que preocupen mucho al rico ni á los pobres.

Porque los padres de la heredera aristocrática sólo han de contestarse á la pregunta en que se digan: ¿Qué pasará á mi hija si acaba mal su matrimonio? Pues no pasará nada; habrá separación de cuerpos y de bienes, y con marido ó sin marido la joven hallará en el caudal sin mengua una existencia sin azares. ¿Qué ocurrirá á mi chica si ese muchacho tan excelente ahora resulta un holgazán ó un borracho? ¿qué ocurrirá si descontando todo esto, es simplemente desgraciado y sufre días de paro ó meses sin taller y entra á diario sin jornal? Nada tampoco; por lo pronto nada nuevo. Para huir del marido ó para ayudarle, la muchacha volverá á la costura, ó á la plancha, ó á la fábrica, ó al río. Lo que ha hecho de soltera, lo que le ha sucedido en las malas épocas del padre.

En la clase media, la labor moral es sutilísima; se piensa más hondo, se hila más delgado.

En primer término, para la interrogación aquella de todas las familias de todas las muchachas, es mucho más difícil la respuesta.

—¿Qué pasará á mi hija? Va entregada al marido; es de él, es una cosa que él adquiere; vivirá sujeta siempre á su dominio por la atadura sin solución posible del pedazo de pan; si es buena madre, no podrá protestar del abandono, ni de la infidelidad, ni áun del mal trato, ni áun de la sevicia que la duela y la infame. Si abandona al marido, ¿qué medios tiene ella para asegurar el porvenir, siquiera el pan diario de sus hijos? No tiene bienes y no sabe hacer nada. Lo que borda no se cotizará en ninguna tienda; lo que toca al piano sólo puede

ser bueno para que lo ridiculice Taboada; no es útil ni para cortar una camisa; y puesto á precio lo que le puedan dar por sus costuras, no saldrán cuatro reales. Mucho más gana una verdulera, una lavandera, una planchadora, y sus retoños viven mal. Con muchos menos medios la pobre señorita ¿cómo cuidará á sus niños, que aun á costa de apuros y fatigas han podido tener un sombrerito, y un traje bien cortado, y una camita blanda?

Para acudir en todo lo posible á las contingencias estas, es necesario una más rigurosa información; precisamente, en el caso y con quien la información es más difícil.

Porque ¿quién es el novio? Fulanito de Tal; aspecto simpático, traje decoroso, buenas maneras, abogado ó negociante ó médico, que asegura que tiene lo que basta para poder casarse. ¿Y qué es este señor, y cómo es? Lo que dice, puede ser cierto y puede ser mentira; puede ser algo y puede no se nada.

¡Adónde iremos por certificación de la verdad! Al millonario le conoce de sobra todo el mundo; y para saber quién es el novio de la chica pobre no hace falta sino el cuarto de hora en que la madre tarde en ponerse el mantón é ir á la obra y preguntar gritando á los patronos: «Ese muchacho que dice que trabaja aquí, que se llama Juan, que es muy honrado, que mantiene á su madre y que gana cuatro pesetas, ¿es cierto que trabaja aquí, que gana cuatro pesetas, que se llama Juan, que es buen muchacho y que es buen hijo?»

El mesócrata que no sabe de aquello y que no tiene medios de hacer esto, ha de esperar á la casualidad que venga al despejo de su incógnita. Y muchas veces esta casualidad no llega hasta que el sueltecito puesto en los periódicos para dar cuenta de la boda, entera y trae hacia el hogar doméstico á la amante burlada, al acreedor indignado, á alguien, en fin, que descubran al marido como burlador, como informal, como vicioso, para que á los tres días del casamiento se llene el rostro de la pobre joven con las primeras lágrimas.

Puestos en el lugar del novio, veremos en idéntico caso semejantes preguntas, parecidas inquietudes. Cariñoso, ó solamente egoista, de una hermosura joven, de una gobernadora del hogar, de una enfermera, el candidato á esposo busca en las necesidades, en los apuros, en las intimidades de una casa que le ha mostrado sólo la salita bien puesta y las caras rientes, recursos y argumentos para los casos que puedan ocurrir en el matrimonio de mañana.

Una lucha individual que ya se estudiará más tarde, cuando esa misma lucha tenga su desarrollo amplio y su campo sin límites en el hogar doméstico, se entabla desde luego entre la parejita que al lado de la madre en vigilancia, muy juntos en las sillas, muy tiernos en la voz y en la mirada, dejan que la sangre que arde de sus juventudes generosas, olvide las miserias de la vida, dándose á las expansiones del amor, cuando éste por encima, y á pesar de todo, recobra, sin limitación, sus fueros, quema dos corazones en una mirada, funde dos existencias en el mismo deseo de un mutuo sacrificio, y da á la pobre humanidad sus más grandiosas y más fugaces dichas.

***

Es cosa vieja, como son viejos todos los descubrimientos raices y todas las verdades axiomáticas, que en las relaciones de amor y de amistad, hay siempre uno que *pone* más y otro que se *entrega* menos, un dueño y una víctima. Entre los novios, junto á las complacencias mutuas y los mutuos halagos, ya empieza á verse quién en el matrimonio será más tarde el *amo* ó el Juan Lanas, el marido con faldas ó la mujer sin voz ni voto.

Comienzan los noviazgos por términos que nunca en las clases opuestas se establecen. No es la relación libre del obrero que sale solo con su novia y desde el primer día conoce el me-

naje modesto del cuarto de su amada; no es la de los *fiancés* de clase rica que hacen el cultivo amistoso un rato en el salón, otro en el palco, otro valsando en la embajada; todo rutinario, todo reglamentario, burocrático todo y cuasi *oficinesco* en las costumbres de nuestra mesocracia, el joven que se levanta á las diez, trabaja hasta las seis, come á las ocho y va al café un ratito por las noches, tiene otras cuantas horas, también invariables, también fijas, para escoltar á su novia y á la familia de su novia por la calle ó para cuchichear con su novia y conversar con la familia de su novia en casa; y las relaciones de esta suerte bien pueden constituir precursos y preparativos de las desdichas conyugales de mañana.

***

—«¿Qué te ha dicho tu novio? ¿Qué piensa? ¿Cómo se conduce? ¿Cuáles son sus propósitos? ¿Cuáles son sus ideas? ¿Sabes lo que tiene? ¿Sabes lo que gana?»

—«Aquí no ha de ser oro todo lo que reluce. En estos cuadros hay mucho de barniz. No es tan «fino» como yo creía el padre de mi novia. Sabe Dios de dónde habrá salido esa señora con tantas pretensiones que quiere ser mi suegra.»

Corrientes de desconfianza se establecen entre todo lo que rodea á la novia contra el novio, y todo lo que interesa por el novio, en contra de la novia.

«Que lleva demasiado lazo en el sombrero; que estropea pronto un traje; que no sabe hacer nada; que es muy dominadora; que no es mujer que en un caso de apuro *sepa meterse en la cocina.*»

«Que gasta mucho; que cuida de sí mismo demasiado; que tanto ir al teatro y tanto fumar puro es un vicio; que ese hombre no tiene hábito de economía ninguno».

Cuando se tienen millones ó cuando no se tiene nada, na-

die se preocupa de estas cosas. No hay peor conservador que el que ha de conservar muy poco; ni peor amo que el de un solo criado; ni mayor vanidoso que el de una sola alhaja.

Así en la clase media hácense entre las familias los partidos estos del novio y de la novia; núcleos que por el interés se forman, y que el interés mismo sostiene.

—«La tacañería ó las dilapidaciones de él ¿no serán mañana fuentes de escasez para mi hija?»—«La presunción de ella, su afición por los moños no significarán en lo futuro sacrificios y apuros de mi hijo?»

Y como en la desdichada clase la esencia es tan efímera que hoy parece que raya usted con el burgués porque estrena un gabán, y mañana que linda con el pobre porque lleva el calzado algo torcido—cuando en verdad puede ocurrir que un día y el otro se halle en el mismo estado de intereses—lo más minúsculo, lo más inverosímil, dará rienda suelta en estas relaciones en que se camina sobre todo á ganar algo ó á no perder, al menos, á las suspicacias más intensas y á las luchas más grandes.

La vida sigue, sin embargo, y estos matrimonios se hacen y estas gentes se casan por encima y á pesar de todo, porque van impulsadas por ese sentimiento que se explaya en los cuartos de hora que os decía; que surgió en el mundo cuando aún no existían clases, ni media, ni elevada, ni de ninguna hechura; y cuando para el beso de Adán y de su Eva enamorada no se exigía por nadie el marchamo del sueldo ni el pase de la vestimenta.

III

La vida material del matrimonio: he aquí el tropiezo infranqueable.

¿En qué cantidad puede fijarse el *ingreso medio* en la generalidad de las familias de la mesocracia?

Podríamos escribir una cifra ó un número cualquiera, pero para mi objeto importa eso bien poco. Fuera de aquellas casas, rarísima excepción, donde el sueldo cuantioso y tan seguro que constituye casi una fortuna ó una renta, pone á sus poseedores entre la burguesía, las gentes de la clase media, ó gozan de tan poco sueldo, cuando merced á él viven, ó tienen en los demás casos tan inseguros sus ingresos, que con cualquier cifra que posean para satisfacer sus gastos, sufren de por vida el desequilibrio y la escasez.

De esta manera, áun yéndonos al mayor grado de esa escala del *haber* probable, encontramos siempre sinsabores y apuros. En los días de mayor prosperidad los gastos de la clase media llevan siempre ventaja á sus ingresos. ¿Hay un ascenso en planta? ¿Hay un negocio en perspectiva? ¿Hay una crisis de esas que permiten á la familia, ayer mal albergada y mal trajeada y mal compuesta, irse á un cuarto más grande, y tener en vez de una criada dos sirvientes y un buen traje de raso en lugar del modesto de lanilla? Pues anticipándonos á los hechos y al dinero y superando á unos y á otro, iremos al cuarto más grande, pero mucho más grande; al mueblaje lujoso, pero mucho más lujoso; á tres criadas ó á cuatro, si al fin se procura al niño una niñera; y al traje de raso, con otro de lana, con otro de casa, con otro de teatro, con otro de calle.

Y todo esto en nombre de necesidades, de las cuales no puede prescindirse.

Es como hidrópica esta familia de la clase media. Vive en una perpetua sed de cosas. Siempre necesita más.

Hace cuatro ó cinco años, cuando vine á Madrid, iba á diario á casa de un paisano mío—chico de la buena familia, y los buenos principios, de que nos envanecemos todos los mesócratas—que llevaba ya cerca de un lustro de batalla en la Corte.

Y con bastante intimidad conmigo para mostrarse sin disfraces, me decía:

—He luchado mucho, he peleado mucho; pero ya no hay quien me quite mis veinte mil reales. Mal ó bien, con esto mi mujer y yo vivimos sin tener quien nos moleste y sin demasiadas trampas, porque por junto, quizá no ascienda á mil pesetas lo que debo.

Ha seguido la lucha, ha continuado la ganancia; llevado por las ansias de representar más y de volar más alto, cada prosperidad nueva era seguida de un arreglo nuevo del hogar, de un aumento en los gastos; pagábanse en la casa de mi amigo las trampas pequeñas y se contraían otras más grandes; convertíase la deuda, como expresaba él; había más dinero, pero había más apuros, hasta llegar al día de hoy, en que mi amigo gana más de diez mil pesetas y debe veinte mil, y paga quince duros de criados y treinta de casa, en la que tiene á todas horas una nube muy densa de acreedores.

¿Dónde sucede esto sino en la clase media, Tántalo de todos los deseos, Icaro de todas las alturas?

Dadle fortuna al pobre, y sus mudanzas se reducirán al aumento de un plato en la comida; dadle una herencia al rico y tampoco habrá cambio, porque la familia opulenta no va á pasear á un tiempo en quince carruajes ni á ocupar cuatro hoteles.

La pobre clase media, en cambio, crezca lo que crezca, avance lo que avance, no ve disminución en sus apuros. Sus bienandanzas, sus lujos sin base, sus despilfarros sin hacienda, sólo servirán para que un día se digan con tristeza los jefes de la casa:

—Cuando faltemos ¿qué va á ser de estos hijos? ¿Adónde irá él con su titulito de abogado, y ella con su poquito de presunción, de vanidad, de música y de francés inentendible?

Pero esto es lo que pasa á la *élite* y á la espuma de la clase, que mal ó bien conoce lo que son las comodidades y abundancias, y sabe, mal ó bien, lo que supone y lo que valen unos cuantos billetes de mil pesetas cada uno.

Pongámonos en la medianía con sus vislumbres hoy á la

abundancia, con sus atisbos mañana á la miseria, siempre ceñida, siempre apurada, siempre en lo poco, y estudiemos al pobre matrimonio, en el que es su general y su más propio medio.

***

Juana y Juan, un matrimonio que yo «compongo» ahora, van á servirme de *pareja tipo* para hablaros con ella y «simbolizar» en ella á la legión sin número de los hogares sin ventura.

Un cúmulo de embustes, de vergüenzas «pequeñas,» de vanidades sin valor, de disimulos sin excusa, de preocupaciones y de prevenciones, cayeron al suelo en aquel día del primer beso conyugal. No fué la desnudez sola de los cuerpos la que produjo el desenmascaramiento de las almas. ¡Quién sabe si la alcoba no trajo ni descubrimientos, ni sorpresas para dos seres que quizás ya se poseían! Fué la desnudez, pero precisamente en aquel lecho que ya no destruirá, ni anulará poder ninguno. Fué la unión matrimonial, fué la de ley, la de derecho, antes que nada, quien hizo la fusión, la mezcla, la compenetración de los espíritus; porque los prometidos, áun aquellos para quienes el lazo indisoluble puede representar tan sólo el cambio á un distinto y mismo hogar, el acceso á una diferente posición, llegan hasta el momento este en que se dice cada uno: «es mi mujer», «es mi marido», con una porción grande de prevenciones y reservas.

Pudo ella en el noviazgo haberse dado á él encueros, pero no se habrá dado despeinada; habrá puesto él en las confianzas amorosas, sobre la carne y para el espíritu de ella, toda la lujuria, todos los ardores, y áun todos los vicios; pero no le habrá dicho una palabra de aquella deformidad pequeña, ni mengua de su fuerza, ni menoscabo á su esbeltez, que tiene en

una pierna ó en la espalda. Pues de la misma suerte los sentimientos, las ideas, se han mantenido en reserva, en cierto disimulo, en algo como vestidura correcta, como *habit noir* de los caracteres, hasta este día del matrimonio, en que rotas las más hondas vergüenzas y los más recónditos pudores, todas esas reservas caen al suelo. ¡Verdad que el mismo día otro linaje de reservas se levanta!

Todo el mundo se confiesa fácilmente del pasado, mientras que no hace nadie las confidencias del presente. Así este matrimonio, que pierde la vanidad, que deja el amor propio entre «ellos,» que cuenta todo lo que antes de casarse guardara cada uno de sí mismo, empieza desde la fecha esta en que deja de callar lo que de sí ocultara, á ocultar las ideas y las apreciaciones que comienza á tener del compañero.

Pasan entre dichas la temporada primera, los días felices de la luna de miel, durante los cuales cualquier dificultad es llana, como cualquier defecto chico.

En el matrimonio rico ó aristocrático, el enfriamiento de los ardores y de las estimaciones conyugales no tiene que ofrecerse á la contemplación y á la consideración continuas en la continua intimidad. Los pobres no están tampoco para eso; salen, bullen, trabajan, y cuando se reunen de noche en el hogar, piensan que tienen que madrugar mucho, se acuestan y se duermen. Si hay que hablar, ¡qué hablar después de todo! Los ricos de sus cosas, que no preocupan á ninguno. Los pobres del *maestro*, del jornal, de cómo está el trabajo, de la paliza que su esposo le ha dado á la vecina..... ¿Acaso del dinero? Habas contadas éste, como los asuntos son contados, todo se reduce á que «Si ganas tres pesetas y me das diez reales, has derrochado dos en copas.» «No lo haré más.» «Conformes.» Y á la cama.

En una y otra parte todo es con más libertad, con más franqueza y más llaneza. En nuestro matrimonio rómpese el nivel. Hay la misma intimidad y escaseces de los unos; las mismas pretensiones, en un cierto grado, de los otros.

Todo son miramientos, suspicacias, celos y recelos. Las mutuas reservas que os decía sustituyen á los secretillos pasados y á la confianza amplia de un momento; pero la fuerza adquirida en los primeros y aparatosos días de boda—aparatosos para las expansiones del cariño y para las esplendideces de la casa—hace que las caricias continúen y que los gastos sigan.

La vez primera en que el marido llega disgustado pensando en que el dinero se concluye, y la mujer como á diario viene á llenarle de caricias y á sentarse en sus rodillas, ocurre el estallido.

En ruido ó en silencio; con cualquier discusión en que asome el disgusto ó con la frialdad con que se separen las caras, se rehuyan los cuerpos y en un lado él, en otro ella, piensen con el ánimo en depresión y con las fisonomías contraídas, en que aquello, el encanto de besarse, la alegría de vivir juntos, son como el dinero—y por imposiciones del dinero—que pueden irse y que se van.

***

¿Es acaso todo esto que yo, el que escribe, piense que sólo con el dinero puede existir la dicha humana? Yo no pienso sino que el dinero es antes que una necesidad, un gran estorbo para aquélla. Dad á todo el mundo sedas, palacios y champagne en las comidas y suprimidas las clases, habréis suprimido las desdichas originadas por las diferencias. Acampad á la sociedad entera en unas chozas y ocurrirá lo mismo.

Pero si creáis medios nocivos, ambientes especiales, formas de vida que hayan de producir el mal, como este medio y este ambiente sin solución ni limadura en que viven por fuerza los mesócratas, ¿de qué suerte queréis que atisbe ni que apunte la menor dicha entre ellos?

Hechos para la desgracia, fabricados para la desgracia, queriéndose ú odiándose, fieles ó infieles, buenos ó malvados, de cada cien matrimonios de la clase media, podéis jurar que en unos el dinero, en otros el carácter, en otros el amarrijo inquebrantable, siempre las cosas que dependan del propio sistema, de la clase misma, tendrán á ochenta de esos matrimonios en perenne, en incurable, en crónica desdicha.

Porque no es sólo el disgusto hondo que estalla, el adulterio escandaloso, el vicio de él ó la infidelidad de ella; la diferencia tal de caracteres, que sobre todo y á pesar de todo, tienen que saltar y resolverse con la separación y áun con el crimen; no. Esto es lo grande, este es el drama. Se trata aquí del mal sin trascendencia aparente, del agua menuda, de las penas pequeñas, de todo lo minúsculo y horrible que el poeta maldecía; se trata de eso que se llama la cruz del matrimonio, llevada en nuestra pobre clase media por mártires que no tropiezan nunca con los Cirineos que les ayuden ni con Verónicas que limpien el sudor mortal de sus congojas.

***

Aquel matrimonio que os decía—y sigo hablándoos de los casos en que hay suerte—vive en el razonable medio donde las necesidades no llegan á la categoría de imprescindibles, ni la carga de la vida á la designación de intolerable.

Pues entre la abundancia misma del pan, y el abasto de los apetitos sin espera y la casa en donde se halla el confort y donde el amor ó por lo menos la estimación de los esposos sigue, los disgustos no faltan.

Son quejas intensas, perdurables, amargas, que no se dicen nunca, las que van de continuo de ella hacia él y de él á ella.

El *bien ganancial íntimo*—un ganancial que en la interioridad del matrimonio existe con suspicacias y apreciaciones y

pesos y medidas, impuestos por la susceptibilidad ó el egoismo, de formas que no pueden existir en la ley jurídica, seca é inflexible—considéranlo siempre desequilibrado cada cónyuge en contra del propio bienestar y áun del particular decoro.

Siempre cada uno al preguntar á su conciencia, encuentra que le toca la mayor parte de los males y la menor parte de los bienes.

Piensa ella que él sostiene la casa, que él lucha, que él trabaja; que es quien carga con las preocupaciones que envejecen y con el desvelo que agota, mientras imagina la busca y captura del dinero; pero al mismo tiempo ¿no es quien disfruta de la calle y quien en trato diario con la gente, anda, bulle, habla, se distrae, lleva en el bolsillo lo que tiene, gasta lo que quiere y hace lo que le da la gana, desde la cena con los cuatro amigos, hasta el entretenimiento amoroso que ella, buena mujer y amante honrada, no podrá soñar nunca?

Una se «entierra»—exclaman ellas—el mismo día en que se casan.

Y piensa él por un patrón igual de las ideas, que ha perdido su libertad, su tranquilidad, su independencia y su despreocupación hermosas, para el sostén de la mujer. Sí, que ambos participan de lo mismo; pero la casa, los criados, los gastos dobles de todo hogar constituído, ¿qué falta le harían á él, soltero, sin más menaje que una maleta y dos vestidos, ni más preocupación que la de buscarse distracciones?

«Todo es de ella, todo es por ella y todo para ella.»

Estas quejas no expresadas en la vida, estas reservas mentales no significan muchas veces falta de cariño. Son protestas contra el mundo, contra la sociedad, contra la desgracia, contra lo que sea.

Sujetos al imperio de la costumbre que equivale á un afecto ó del afecto verdadero, se odia, se maldice, se detesta al matrimonio, sin que esto sea un obstáculo para que á pesar de todo se quieran el marido y la mujer.

Al contrario; el más quejoso, el más rebelde en la teoría, el

mayor protestante, suele ser á un tiempo mismo el más sometido, el más esclavo; porque aquel individualismo, tanto más feroz cuanto más disimulado y hasta cuanto más inconsciente, que en el matrimonio se establece desde el día primero, acaba por hacer una víctima que ya no alzará nunca la cabeza.

Y no consiste esto en el dominio casi material, en la especie de *miedo* de un cónyuge hacia otro, de que los escritores cómicos nos hablan.

Se trata de la absorción de uno por el otro de manera tan inconsciente, que bien puede ocurrir con el marido, en todas las apariencias bien dueño de su casa, ó con la mujer, por todos los aspectos bien considerada y bien ama de su hogar.

Y esta absorción, esta anulación que sufre muchas veces una de las partes, se repite en la mayoría de los matrimonios.

Yo he visto casa donde todo se hace en holocausto á la mujer. Trabaja el marido como un león, lucha como una fiera, y para que la esposa, ignorante de infinitas de estas luchas, y puede ser que hasta indiferente á todas, vista con lujo, tenga criados, albergue en su casa y coloque en su mesa á dos ó tres parientes, el pobre hombre lleva de continuo un solo traje y hasta fuma mal.

Y aunque el cariño no proteste, ¿qué pensamientos no tendrá este marido, que al llegar á su casa ve considerados y mimados y como dueños de ella, charlando distraidamente á aquella señora y á aquellos dos ó tres *gandules*, á quienes no quiere, que no le quieren, que son unos simples explotadores suyos, con los cuales ni contrajo ni pensó contraer nunca ninguna obligación?

¿Qué pensará, por el contrario, la pobre mujer siempre recluída en casa, esclava de sus hijos, mal trajeada, mal cuidada, mientras el marido triunfa y se divierte y gasta y se «compone» á título y en nombre de la representación que necesita y de la posición que representa?

* * *

Un matrimonio que se casó en la medianía llega hasta la fortuna. Se ha tardado en esto ocho años, diez, quince. El marido ha ido mejorando con la posición sus relaciones, su trato, su modo de vestir, su manera de presentarse. Es diputado ó bolsista ú hombre de negocios en grande. Come en los círculos, se codea con los marqueses. El escribiente ó meritorio ó zurupeto es un banquero ó un *spormant*. ¿Y la mujer? Después de cuatro ó cinco partos, de diez ó doce años de clausura, de mucho trajín en la casa y de mucha ausencia de toda relación, ella que se casó modestita y bien educadita, continúa ignorante y se ha hecho tímida, y cuando un señorón va á buscar á su marido, consiente, si está vestida de mañana, que la tomen por la cocinera, y casi le dan ganas de decir don Fulano á todo el mundo, como hacían ella y su marido mismo allá en los tiempos en que se casaron.

Y esto desespera al marido. Piensa que no tiene quien le acompañe, ni quien le represente. Imagina que para su progreso ¡cuánto no convendría dar comidas, reuniones, ocasión de lucir el boato de su casa! Pero, ¿quién muestra á *ésta?* Y entonces el marido se convence de que *ésta* es una estúpida, sin recordar que cuando se casaron le daba lecciones de educación á él, que tenía menos; se lamenta de no haberse unido á mujer de más mundo, sin caer en que la doncella de más mundo hubiera querido un novio de más mundo también y más dinero; acaba por renunciar al abono del Real, á comer con la marquesa y á que la marquesa coma con él, por no abochornarse de su esposa; y la recluye definitivamente.

Todo esto; esta segunda educación, los hábitos que él adquirió y de los cuales no participara ella, divorcia íntimamente y con una de las más infranqueables vallas á este matrimonio que ofrece dos fisonomías distintas en el traje, en la mesa, en el habla, en las necesidades y en los gustos; y que presenta al marido muy lleno de perfumes, despreciador de su mujer, sin atractivo y sin adornos, y sin la interior coquetería que ha adivinado él en dos ó tres marquesas bien olientes, y

palpado y tocado en otras pocas empingorotadas cortesanas.

Otro caso contrario y parecido, hay, todo él, bien lleno de tristezas.

En este es la mujer, burguesita arruinada, niña con pretensiones, la que siente aversión por el marido que escogiera.

Tiénenle á ella las relaciones de sus padres, la buena voz, el trato que encanta y el discreteo en el habla, que seduce, abiertas unas puertas de unos cuantos salones.

El marido, hombre *basto*, pero con la práctica y el positivismo del negocio, trabaja, emprende, prospera. Ya tiene ella su morada casi como en la época «esplendorosa y falsa» de sus padres; ya gasta lujos, ya manda criados; ya pronto, quizás, pueda hasta tener su medio turno en el Real, y su «enganchada» de berlina.

Pero, ¿y Juan? ¿Qué entiende él de hacerse una corbata, ni de llevar un frac, ni de manejar un *smoking* con soltura?

Ella se lo dice, hoy riendo, mañana con formalidad, pasado incomodándose; y el marido concluye por llenarse de amargura ante aquel moral desequilibrio de su casa, ante el menosprecio aquel de su mujer; desequilibrio y menosprecio y desventura traídos precisamente por él mismo con sus negocios, con su prosperidad, con su dinero, buscados con afán para que Juanita viviera en la abundancia y fuera una «dichosa» adoradora y admiradora de su Juan, muy bien pagado con unos cuantos mimos y algunos cuantos besos.

Otro capítulo muy triste: el de los adulterios. Sé de algunas mujeres, con fama de «mañosas», que no son sino disimuladas prostitutas.

—Con cuatro cuartos que le doy—dice el marido—y con cuatro trapitos que ella compra, me pone á mí hecho un príncipe y ella parece una princesa.

Infinidad de veces, todo este principado no tiene el fundadamento en las habilidades de la mujer, sino en la deshonra del marido. Muchas tiendas de modas, bastantes casas de Madrid, bien amuebladas, correctas, silenciosas; «embutidas» en

un principal, entre un segundo donde habita, porque nada sabe, una dama honradísima, y un entresuelo donde vive, porque lo ignora todo, una familia muy meticulosa, son los puntos de cita de muchas señoras de la clase media, que han encontrado con su primera falta un lucrativo oficio, y van allí por los suplementos al sueldo del esposo, que serán más tarde para el esposo mismo, muestras de lo *mañosa* y de lo hábil que es para todo su mujer.

***

Al cabo de todo esto y como regla general para que los caracteres se agrien, y los afectos se apaguen y se aborrezca en suma, el matrimonio, tenémoslo con la miseria por condición de su existencia y por cortejo inseparable de su vida.

¿Qué amor resiste á esto? Al par de años de matrimonio sin dinero, es un infierno todo hogar. El sufrimiento hace insensibles y egoistas; el dolor hace injustos; y ahí tenemos á dos esposos inocentes que si tuvieran qué comer se adorarían, riñendo y maltratándose y echándose en cara cada uno la desventura de los dos.

Luego el marido no es aquel pollo dicharachero, amable, bien vestidito, bien peinado que reía siempre y que con cualquier chiste la hacía reir á ella.

Luego la mujer no es aquella niña pizpireta y tan mona, del noviazgo. Ha olvidado el hábito de componerse, de acicalarse; prescinde ya de la coquetería más *sana* y más «precisa» y más útil para la mujer más honrada. Con su último sombrero, ya pasado de moda, juega el pequeñito de dos años. La tenacilla con que rizaba ella su pelo tan hermoso sirve hoy para el carbón.

Como todo lo prematuro, esta vieja de veinticinco ó treinta años, que ayer de veinte era tan linda, y este cambio tan brus-

co que ha hecho del joven un hombre adusto y cejijunto y serio, trae la incompatibilidad al matrimonio. Cuando se miran él y ella, no se reconocen. ¡Qué fea se ha puesto! ¡Qué viejo y qué insufrible está! Y como aún los corazones no han pasado de los treinta años, á pesar de las arrugas en las caras y del desgarbo de los cuerpos, él busca en el adulterio la fragancia que en su mujer no hay, y ella si no es adúltera es también una infeliz sin ilusiones, desengañada y desgraciada.

Y así se va en el matrimonio este, á quien los hijos y hasta la miseria misma uncen y amarran á todas las desdichas..... Y hoy se pide, mañana se empeña; se recupera un día para perder al otro; adelantase un paso que serán luego cien de retroceso; y el niño que tiene traje pero que carece de calzado; y el invierno que entra sin que la habitación se estere; y el parto, y el bautizo, y la lactancia, y las enfermedades y el entierro; y el padre que debe de ir decente para que no se le conozcan los apuros; y andando la comedia y el embuste cinco, diez, veinte, treinta años, la vida perdurable; hasta que el pobre hombre y la pobre mujer que vivieron sufriendo, mintiendo, disimulando en la lucha feroz para ser algo y en la desesperación feroz de no ser nada, queriéndose quizás, pero odiando y maldiciendo su cariño dejan que sus hijos desdichados nuevos, continúen la representación del drama y mueren con esta última inquietud quejándose en palabras que, si ellos las supieran, bien podrían ser las últimas de César.

***

¿Las causas de esto y las curaciones para todo esto? Si fuera yo otra cosa que un simple periodista sin más filosofías que la que exprime uno en la columna del artículo, ya tendría tema al contestar para escribir otro puñado grande de cuartillas.

Pero no haré eso ahora; lo haré mañana, pasado; tal vez nunca.

«Entretanto» vaya el trabajo este sin soluciones y sin terapéuticas. Ni médico ni sabio, Dios me libre de discursear ahora acerca de cómo sea el remedio de estos males sociales.

En una conversación que tengo bien presente, el viejo y «hondo» Campoamor me decía hablándome de una desdicha social, esto es tan aplicable á todo ese linaje de sociales desdichas: «El mundo es malo y siempre será malo. Empezó con Cain y Abel y con Cain y Abel acabará.»

Tengan los pesimistas esta frase. Para los optimistas «como yo» hay la esperanza de que el remedio á nuestros padeceres—y el matrimonio que he observado aquí, no es sino un aspecto de ellos—se curará con años, con centurias, quién sabe si con siglos durante los cuales se hayan vertido en este mundo torrentes de sangre y muchísimas ideas; y cuando para la humanidad se haya mostrado terminante y clara esa fórmula que ya algunos «precursores» sienten, pero que aún no ha descubierto nadie.

Y aquí acabo y «perdón para mis faltas.» No sé de literaturas ni de ciencias; como adorno á este artículo no he podido traer las citas que autorizan, ni los datos estadísticos que informan; no sé siquiera lo que Schopenhauer dice, ni lo que Spencer opina de estas cosas... Diógenes fin de siglo, sin talento y sin tonel, como aquel inquisidor, como él en cueros, voy con mi linternita buscando tipos y estudiando cosas.

Y encuentro mucho, muchas veces. Hoy es una muchedumbre social, en la esclavitud y en la abyeccion, sin dignidad y sin aspiraciones; mañana es otra masa obrera que espera, que trabaja y que se lo promete todo de una bomba que estalle y de una institución que se hunda; ahora mismo y traidos aquí, son

la mesocracia y el matrimonio de la mesocracia, viviendo en la degradación y en el embuste; hace un rato pudimos ser unos soldados y un pueblo y unas hojas periodísticas que iban y que empujábamos á la guerra con arrogancias y vivas no sentidos; mañana... mañana pueden ser los despojos de aquella batalla, las ruinas de aquel estallido, los hijos vengadores y vindicadores de ese grupo de obreros; los frutos de esos matrimonios, purgadores de los pecados de sus padres, degenerados de la sociedad y la materia sin glóbulos en las venas, sin fuerza y sin ideales en el alma...

Ernesto Lopez.

Sepbre. 1896.

AVENTURAS Y DESVENTURAS DE UN SOLDADO VIEJO

NATURAL DE BORJA

(CONCLUSIÓN.)

Nada entre dos platos.—Horribles desgracias.—Vuelvo á Zaragoza.—La coronela con mando.—Soy oficinista.—La noche de San Daniel.—22 de Junio de 1866.—La heroina de la caridad.—Lamentos de un civil.—Asciendo.—O'Donell y Narváez.—España con honra.—Catástrofe de 1868.

Fuí destinado al batallón provincial de Valencia. Después de trabajar con fe y entusiasmo veintisiete años, derramar sangre en abundancia cumpliendo con mi deber, hallarme en guerras, sitios de plaza, revoluciones, luchando en ellas, llegué á no ser nada: á capitán de provinciales. Antiguamente en estos cuerpos sólo eran veteranos ó del ejército, el segundo jefe, el ayudante y un sargento por compañía. Los oficiales y el coronel pertenecían á familias distinguidas; no cobraban sueldo sino cuando se ponían sobre las armas. Cuentan que un criado llevaba un plato vacío cubierto con otro, y al preguntarle:—¿Qué es eso?—Nada, un capitán de provinciales—respondió. Para burlarse de la poca importancia de tal empleo, decían era nada entre dos platos.

Huía de la milicia. Si veía fuerza armada volvía la espalda. Los primeros jefes de un Regimiento que guarnecía á Valencia, antiguos compañeros míos, trataron de que otra vez sirviera con ellos.—¡Jamás!—les repliqué. Un amigo sin causa me echó. Tres me mandarían á galeras.

Como no podía vivir sin ocupación, me dediqué á la arqueología en cuerpo y alma. Conocía cuantos objetos artísticos había en la ciudad del Turia; sabía mejor que mis colegas las monedas que faltaban en sus colecciones. En numismática extracté varias obras españolas y francesas.

Un francés vió en Valencia las mulas de un Regimiento de artillería montada, que llevaban á dar agua, y escribió: «El ganado de la caballería española es mular.»

Regresaba Isabel II en 1862 á Madrid; las tropas debían cubrir la carrera. A las doce de la noche salió de Leganés un batallón de cazadores, llegó á la Corte, lo tuvieron formado sin permitir sentarse, amaneció, lo colocaron en el salón del Prado, y pasó sin comer todo el día. Muchos cazadores cayeron al suelo de debilidad. Uno, desesperado, profirió palabras inconvenientes contra la persona por cuya causa padecían sin necesidad.

A las veintidós horas regresó el batallón á Leganés, casi disperso. Llegó una orden urgente al cantón para que se formase inmediatamente causa al que había delinquido de palabra contra el jefe del Estado. No existían otros datos que el de ser uno de los soldados tendidos en el salón del Prado; á varios metieron en el calabozo. Se presentó al jefe del batallón un asistente y le dijo:—Yo fuí el que ayer habló mal de la Reina.—Le replicó el T. C. deseando no hallar al culpable: —Usted se ha vuelto loco.—No quiero—añadió el cazador—que por mí padezcan tantos inocentes.—Acto de caballerosidad que debió premiarse; destinaron al soldado á Filipinas, y á los que pudieron oir sus palabras al Fijo de Ceuta. Todo por no observar los superiores las órdenes generales para oficiales.

Pasaban días y días; no me mortificaban en la milicia; rara vez vestía el uniforme que en mi juventud me enorgullecía; en 1862 Dios me afligió con multiplicadas desventuras. En seis meses perdí á mi mujer y dos hijos. ¡Cuánto sufrí! Ver morir á seres queridos sin poderlo remediar, es horrible. Te-

ner corazón es una desgracia. Después de tantos años su recuerdo me hace padecer. El único hijo que me quedó, lo perdí en 1891. Llegar á la vejez sin familia, persuadido que no hay más parientes que los padres y los hijos, espanta.

En 1863 me destinaron al provincial de Zaragoza. Una sola vez en mi vida pedí dinero, y no para mí. El Jueves Santo de 1864 recibí un telegrama de una hermana mía, rogándome fuese á Barcelona; su esposo se moría. Yo tenía fondos en el Banco de Zaragoza; aquel día ni al siguiente se podían sacar. Temí que mi hermana necesitase algo; lo que yo poseía en metálico bastaba para mí; recordé que quien debía prestarme era la rica viuda de un hermano de mi madre que heredó injustamente lo que á ésta correspondía; veinte veces la vi en poco rato sin decirla lo que deseaba. A las doce de la noche me atreví, sudando la gota gorda.—Chico, no tengo un cuarto—me respondió.—Escapé á mi casa, reuní las piezas de oro de mi monetario y decidí venderlas ó empeñarlas si era preciso. No hizo falta.

Entre los inconvenientes de ser militar, no es el menor que nos olvidan nuestras familias, se acostumbran á no vernos, si volvemos nos consideran como extraños y sienten les obliguemos á partir lo que han imaginado heredar solos de nuestros padres. El interés endurece los corazones.

Exaltado en extremo, soporto sin quejarme los padecimientos físicos; los morales, en especial los desengaños, el que no correspondan á mi cariño, me parte el alma.

Después de un cuarto de siglo había variado algo la ciudad siempre heroica, título que la dieron el 38 por vencer en fratricida lucha, cuando ya tenía el de heroica tan justamente ganado en sus inmortales sitios de 1808 y 1809, contra las aguerridas tropas de Bonaparte. Iban desapareciendo las huellas de las balas francesas en las fachadas de las casas, las ruinas del Seminario, Hospital General y San Francisco. Subsistían las de Santa Engracia. No habían destruído la torre nueva, monumento mudéjar, levantado por Fernando el Católico,

vigía constante de la ciudad, salvajada inútil hasta para los mercachifles de baja estofa que influyeron en su destrucción. Habían construído el palacio de la Diputación, la glorieta y erigido una estatua al canónigo Pignatelli. A su talento y carácter debe Aragón el canal imperial. Le recompensaron con una *crucetica* de Carlos III. A muchos, por conspiradores ó habladores, que es casi peor, les han concedido la Gran Cruz de la Orden mencionada. ¡Buena cara pondría, la tenía feísima, el monarca que la instituyó, cuyo lema es «Virtud y mérito», si supiera que la han obtenido danzantes que ni danzar sabían!

Cuando á Pignatelli le decían no levantaría la presa del canal por la gran corriente del Ebro, replicaba:—Lo conseguiré con cabezas de aragoneses y navarros, que son duras.—La constancia lo puede todo. Cuentan que un herrero de Zaragoza al forjar una cadena le dijo:—Señor Canónigo, retírese V. S., que estas chispas no son como las del Coso.—Aludía á unas muchachas guapas que vivían en la referida calle. Al día siguiente trabajaba el artesano en el canal, amarrado á la cadena que construía al soltar la desvergüenza.

El año 30 no se veía en Zaragoza más coche particular que el de las señoras de Castillo. Volcó el vehículo, se rompió, quedaron las damas boca abajo, con las faldas para arriba, y gritó una apurada:—¡Pepe, tapa el mío!—¿Cuál es el de V. S., que no lo conozco? la preguntó el lacayo.

A un teniente aragonés lo separaron del ejército por progresista, no le remuneraron el 54 como á otros, nada pidió, creyó le harían justicia, se incomodó y no volvió á leer la táctica. En 1860 le destinaron al provincial de Zaragoza, le previnieron mandase el manejo del arma, y aunque los fusiles eran de percusión, lo verificó como si fueran de chispa. Carga en once veces:—Prevénganse. Abran cazolé. Saquen cartu—gritó. Los soldados permanecieron inmóviles. El jefe le interrumpió:—Basta, basta; usted será progresista, pero atrasa mucho.

A otro oficial aragonés del referido Cuerpo, le ordenó el comandante explicar en la academia pasar el desfiladero.—Para pasar el desfiladero...—dijo, y se atascó.—Continúe usted—añadió el jefe.—Para pasar el desfiladero...—repitió el subalterno.—Pero siga usted.—Buen balazo, y adelante.—Hombre, hombre, qué explicaderas tiene usted.—Así lo pasábamos en la guerra civil; no sé de otro modo—replicó el oficial.

En las poblaciones de Aragón, como Borja, había á mediados de este siglo bastantes propietarios que vivían decorosamente con el trigo que les pagaban los colonos, las legumbres y frutas del huerto, los huevos del corral y las cosechas de vino y aceite. Sólo compraban carne, leche y chocolate. Fabricaban en casa la ropa blanca; hilaban señoras y criadas. Ahora, la clase media se desdeña de trabajar, con raras excepciones, y las muchachas, como no pueden ir elegantes, se convierten en cursis; lo más ridículo del estado social. Los jóvenes se hacen abogados ó médicos, la mayoría no tiene pleitos, ni enfermos; vagos de oficio, se dedican á la política y á destruir la patria. Los que podrían vivir holgada y modestamente en los pueblos fomentando la agricultura, se van á las capitales de provincia, los de éstas á la Corte, los ricos, con excusa del calor veranean en el extranjero, todos gastan más que pueden, concluyen en la miseria y empobrecen la Nación. Los únicos que ganan son los usureros y tenderos.

Por desgracia, me colocaron en uno de los regimientos que se hallaban en Aragón. El coronel se rodeaba de una pandilla de aduladores, conspiraba, se metió en la revolución del 68, comprendió que yo no le haría coro, no me incluyó en el cuadro del cuerpo y me trasladaron á otro. El mismo jefe, ya de brigadier, creyéndome alfonsino, me maltrató el 74 sin conseguir lo que se propuso. Que yo pidiera el retiro para que no ascendiese á coronel por antigüedad. En los dos últimos regimientos que serví de capitán no tuve amigos. Perdido el entusiasmo, la milicia es un tormento. Pesa como toda obligación. La injusticia en los ascensos hace más daño en el ejército que

en las carreras civiles, porque se juega uno continuamente la vida y la honra hasta en tiempo de paz.

Al presentarme en el cuartel, un capitán viejo, muy gordo, me preguntó:

—Compañero, ¿es usted muy antiguo?

—Sí, y anticuario—le contesté.

Se encogió de hombros; no comprendió la frase.

Se hallaba en Zaragoza un jesuita de talento, al cual un comandante sin vergüenza, se propuso estafar. Al confesarse con él le manifestó que su honor estaba comprometido, necesitaba diez mil reales por dos meses y si no se los prestaban se pegaría un tiro, dejando en la miseria á su familia. El sacerdote lo citó á su habitación para hablar como particular y le entregó la expresada cantidad, rogándole se la devolviera por ser dinero para limosnas. El tunante se quedó muy satisfecho de engañar á un jesuita. Este, al año, recordó la deuda al militar, que la negó, insultó y desconoció al sacerdote. Lo supo el capitán general de Aragón, lo notificó al jefe del regimiento donde servía el comandante, que exclamó:

—No hay que dudarlo, conozco á ese pillo desde que éramos cadetes; son innumerables las reclamaciones de deudas que tiene, y yo prometo hacerle vomitar esta última.

El coronel, aragonés, no se paraba en barras, se encerró con el comandante en su cuarto, y apuntándole con un revólver, le dijo:

—Si no firmas ese recibo de 10.000 reales que robaste á un jesuita, te mato. Suscribió el documento, le descontaron la referida cantidad y lo echaron del ejército, al cual volvió, como tantos otros que se hallaban en su caso, en 1868. En 1873 se fué á los carlistas, concluyó la guerra y acabó por meterse en una conspiración republicana. Tan repugnante tipo ha sido muy común entre los militares políticos. Prim decía que con obispos no se hacen revoluciones.

A un batallón de cazadores que se hallaba en el campamento de Tetuán durante la guerra de Africa, destinaron un

teniente coronel; en cuanto lo vieron los soldados comprendieron era un buen señor que servía para poco. Siempre que un jefe se pone delante de la tropa, los ojos que á él se dirigen, formando una gran fuerza de adivinación, lo analizan, examinan y juzgan. Rara vez se equivocan. El nombre del referido jefe se prestaba al ridículo y con la contraseña del batallón que era el toque de golpes lo tarareaban los cazadores. Fué sargento de la compañía de O'Donnell en la Guardia Real en 1864, mandaba mi nuevo regimiento, nos conocíamos desde 1841, me encargó la instrucción de 300 quintos que acababan de llegar á Zaragoza, y me previno que al día siguiente los tuviese formados delante de su casa, en la calle de la Independencia. Le avisé esperaban los jefes y capitanes del cuerpo, y como le afeitaban con gran calma, nos hizo la barba á todos más de una hora. El coronel revistó los reclutas muy despacio y dispuso que en columna desfilaran varias veces por delante del balcón donde se hallaba la señora coronela. Los quintos marchaban al único paso que sabían, el que sus madres les enseñaron. Me desesperé. Al otro día se repitió la función á la misma hora, sitio, accidentes y público; oí espantado que al siguiente continuarían las evoluciones y me pondría en ridículo por tercera vez. En el casino mis amigos, paisanos y militares me embromaron de lo lindo; maldije la milicia, manifesté no era el coronel quien había dispuesto tales mamarrachadas, sino la coronela, que según los oficiales del regimiento deseaba... elegir asistente, sirviendo los quintos y yo de diversión á los que se paraban á contemplar el espectáculo.

Me presenté en el castillo de la Aljafería para conducir los reclutas á la calle de la Independencia y recibí una orden urgente escrita de mano del capitán general prohibiendo que los quintos salieran del cuartel formados, hasta que se hallasen completamente instruídos. Al general Manzano, un perfecto caballero, refirieron en el casino la broma que me acaban de dar sobre las famosas revistas matinales y su probable objeto.

La mujer del coronel observaba siempre desde la alcoba del despacho lo que su marido hacía. Llamó éste á un capitán, le reprendió porque se había presentado tarde, se excusó con hallarse de servicio; cuando se marchó, la coronela increpó al coronel de falta de carácter y le mandó arrestase al oficial por insubordinado. El jefe lo dispuso en el acto.

Todos los hombres se ponen en ridículo cuando cambian de papel con sus mujeres; si son militares y toleran que las suyas se entrometan en asuntos del servicio, pierden la fuerza moral y son despreciados por los que están á sus órdenes.

Al mencionado coronel se le podía aplicar lo que dice Mahoma, que en materia de mujeres era muy inteligente por las muchas que tenía: «Hombre dominado por hembra, aunque tenga setenta hijos de su semilla, eunuco es. En las mujeres es más difícil guardar el secreto que la castidad.» Como rarísimo es el oficial sin esposa, novia ó amiga, si se enteran de la más pequeña picardía que se hace en un regimiento lo sabe hasta el último ranchero.

Volvía yo una tarde de la instrucción, los oficiales que me acompañaban me advirtieron que un capellán del regimiento, la coronela y su marido me llamaban repitiendo de lejos: Ep, ep, ep. Sin detenerme aumenté la velocidad del paso hasta que escuché mi nombre.

—Usted sin hacer caso—gritó el jefe.

—Como no me llamo Ep—le repliqué.

La jefa se sonrió y su digno esposo calculó que mi respuesta no merecía un arresto.

—¿Cómo van los quintos?—preguntó el coronel.

—Bien.

—¿Lo saben todo?

—Todo.

—¡Oh! si éste cuando era alférez.....

—Sí, sí—le interrumpió la coronela que me conoció en aquella época, cuyos monosílabos para adular repitió el pater que me veía por primera vez.

La coronela era arpía y sabia... Convirtió á su esposo en hazme reir; le llamaban D.ª Fulana, y le quitaron el mando del cuerpo porque ni del suyo disponía.

La mujer debe instruirse con arreglo á la posición que ocupa. Más que retórica y poética debe aprender á coser y á bordar. Su misión es hacerse querer, conseguir que sus hijos teman á Dios, mantengan ó defiendan la patria. Isabel la Católica y Santa Teresa tenían más talento que instrucción. A las sabias llamaban antes cultilatiniparlas, marisabidillas, politicomanas; si hacen gala de ignorar su idioma, dicen que piensan en lengua extraña, repiten lo que han oído, ó hablan de lo que no entienden, apestan.—¿Conoce usted los pequeños poemas de Campoamor?—pregunté á una de ellas.

—No, los grandes—contestó, creyendo los habría de todos tamaños.

En el Pirineo aragonés quedan palabras de una lengua compuesta de celtívero y latín. A los sabios llaman *saputos* y á las sabias..... Una de éstas me regaló la novela que había escrito en cuatro tomos. Pasó un mes y me preguntó:

—¿Qué le parece á usted el tipo de la andaluza?

—No he concluído.....—respondí.

—¡Si se halla en el primer capítulo!—añadió furiosa.

Por poco me caigo de espaldas. Admiro las mujeres de talento, huyo de las cotorras.

Me destinaron á la secretaría de la Dirección de la Guardia Civil. Los que la componían eran de las armas generales del ejército en 1864. No me consideraba apto para escribir minutas, resolver expedientes, ni ajustar cuentas. El pasar horas metido en una habitación me aburría. Mi gusto, mi placer era el movimiento, la algazara, el ruido, el variado espectáculo de las evoluciones, lo que hiere á la imaginación, como el ejército. Nací para soldado. A fuerza de desengaños, injusticias y trabajos perdí el entusiasmo militar; no podía romper la cadena y me resigné. Tenía que ser lo que más odiaba Ca...tintas. Suponía que para ser director de una arma se necesitaba ta-

lento, instrucción y gran práctica. Para ministro de la Guerra un genio. A poco me convencí que con firmar y darse importancia, aunque fuera una nulidad, bastaba. Hubo generales de directores, que valían. Otros, nada; todos pasaron como buenos. Los jefes de sección informaban y el director se conformaba ó no. Uno se hizo famoso por la dureza de su carácter.

Los estudiantes de Madrid, causa de perturbación, mande quien mande, azuzados por los progresistas y vicalvaristas, se amotinaron contra el Gobierno moderado el 10 de Abril de 1865; gritaron por las calles y silbaron á los agentes de la autoridad, en especial á la Guardia civil veterana. Los guardias dieron la mayor muestra de disciplina que puede exigirse á la fuerza armada. Sufrieron impasibles groseros insultos, hasta pedradas, horas y horas. A una sección de caballería del referido instituto, en la plaza de Isabel II, se propusieron mortificarla unos cuantos mozalvetes que hubieran escapado al ver reflejar la hoja de una espada. Al teniente que mandaba le decían:—Es usted buen mozo, gran facha. ¡Vaya unos bigotes!—El oficial se cansó de oirles, y replicó: – Señores, tengan ustedes la bondad de retirarse; no me dirijan la palabra.—Los granujas comenzaron á reir á carcajadas y á gritar:—Es andaluz; se conoce por lo bravo.—Alentados por la impunidad, sabiendo que los guardias tenían orden de no hacer uso de las armas, aumentaban la algazara y los silbidos. Perdió la calma el oficial, se desmontó, arrojó la espada al suelo y los desafió. Los estudiantes, tan canallas como los pillos que les ayudaban, repitieron las provocaciones que no concluyeron hasta que la sección abandonó la plaza.

Recibió orden la Guardia civil de cargar á los grupos. Si hubo desgracias entre los curiosos y transeuntes, se debió á los revolucionarios, no á los que aguantaron injurias, silbidos y pedradas toda una tarde, contenidos por la disciplina. Ríos Rosas, abusando del carácter de diputado, llamó cobardes á los guardias, y dijo: «Ese cuerpo ha deshonrado el uniforme.»

El exministro, que por su carácter comparaban á uno de los leones del Congreso, si mandara entonces, como en 1856, habría ametrallado á las turbas. Los políticos juzgan según conviene á sus intereses, aunque llenen de lodo á los que tienen la noble misión de morir por la patria y por la sociedad.

El italiano Edmundo de Amicis, que la echa de socialista, dice: «Hay alguien más malvado, más infame y despreciable que el asesino que asalta en la carretera y hunde el puñal en el pecho del viajero indefenso. El que tira una pedrada á un soldado y corre á esconderse entre la multitud del público curioso y de la gente pacífica, donde sabe que no pueden penetrar las bayonetas; y después, si las bayonetas abren paso... Estábamos desarmados, exclaman y se hacen los víctimas. Para que los soldados vayan valerosamente al encuentro de las balas enemigas, es preciso que marchen á la guerra sin llevar manchado su capote con el lodo que les arrojan sus conciudadanos.»

En España los liberales creen que la libertad consiste en faltar á la ley, en deshonrar á los que por obligación la defienden. La llamaron noche de San Daniel, parodiando á la francesa de San Bartolomé. El pueblo consideró víctimas á los encargados de conservar el orden, y repetía los versos zarzueleros:

«El ser civil—es un placer
como en la noche—de San Daniel.
Es un placer—el ser civil
como en la noche—del 10 de Abril.»

Los progresistas y demócratas trabajaban para pronunciar al ejército. Prim olvidó lo que prometió á la reina cuando se cubrió de grande de España. Cuentan que al acabar la ceremonia le dijo un duque: «General, ya es usted tanto como nosotros.» «Tanto como los que ganaron los títulos que ustedes ostentan,» replicó el audaz revolucionario. El 3 de Enero de 1866 se sublevó Prim en Villarejo de Salvanés con dos regimientos de caballería, única fuerza que le siguió, contra el Gobierno

que presidía D. Leopoldo O'Donnell. Nos hallábamos en la Dirección de la Guardia Civil otro capitán y yo cuando llegó la noticia. Un teniente coronel del indicado cuerpo, en 1868, fué revolucionario, echándola de gracioso, nos dijo: «Será preciso prender á ustedes por conspiradores.» Mi compañero, sin desplegar los labios, le enseñó una nota de su hoja de servicios la cual expresaba que fué el único oficial que se separó de su regimiento en la sublevación del campo de guardias en 1854 por no faltar á su deber; yo, sin hablar palabra, le mostré dos cicatrices de las cuatro heridas que recibí el mismo año defendiendo al Gobierno.

Prim carecía de instrucción, tenía carácter, talento, había nacido para revolucionario y conspiraba contra moderados ó vicalvaristas. Le era igual. Deseaba el poder y ser capitán general del ejército como Espartero, Narvaez, O'Donnell y Serrano. La patria que la parta un rayo. A los cabezas de motín, lo mismo les importa la libertad que el absolutismo.

Como el Gobierno no tenía confianza en algunos jefes y oficiales de la guarnición, todas las noches dormía un general en cada cuartel. Un capitán encargado de sublevar su batallón y prender al general que lo distinguía y le daba pruebas de amistad, aunque no llevó á efecto su bastardía, llegó á brigadier durante la revolución. El remordimiento le volvió loco poco después. Lo ganaron como á otros muchos pagando sus deudas.

El duque de Tetuán mandó á dos generales unionistas persiguiesen á los insurrectos, los escoltaron hasta la frontera lusitana, y los dos á los dos años se unieron á Prim para echar á la reina.

En Avila se sublevó un batallón, que huyó á Portugal; el que lo mandaba, sin más hazañas, ascendió á teniente general. De esta algarada resultó que fusilaron al capitán Espinosa, que no supo escaparse, y se hizo famoso un coronel que fué pisando los talones á Prim sin alcanzarle. Llegó al referido grado en cinco años de teniente de la Guardia civil por adular

á los parásitos de O'Donnell. De brigadier, al saber que por edad pasaba algún general á la reserva, preguntaba: «¿Ya ha cerrado ese?» Procedía de caballería. En 1868 se oscureció hasta que mataron á Prim. En el entierro de éste volvió á salir á luz. También iba detrás. Le vi.

Conspiraban progresistas y demócratas. Estos no se atrevían á llamarse republicanos. En artillería, los oficiales procedentes de la clase de tropa no pasaban de capitanes, y los facultativos los despreciaban. Ellos les odiaban. Se trató que los prácticos ascendieran á comandantes. La oficialidad que había estudiado en Segovia se comprometió á abandonar el ejército si se llevaba á efecto la medida. El Gobierno tuvo miedo. Los revolucionarios dirigidos por Prim sedujeron oficiales, ganándolos en los garitos, á muchos sargentos de la guarnición y á todos los de artillería que había en Madrid. Los conspiradores se reunían en la calle de Jesús del Valle, número 3. Los sargentos y oficiales prácticos de artillería eran los más impacientes por vengarse de los de la escala facultativa. Les dieron por jefe á un capitán del mismo cuerpo. Acordaron que el motín se verificaría el 22 de Junio al amanecer. Tocaron diana en el cuartel de San Gil; los sargentos armados trataron de sorprender en el cuarto de banderas á los jefes y oficiales de su regimiento; los encontraron jugando al tresillo; un sargento les apuntó con el mosquetón para que ninguno se moviese, pero un oficial echado en el sofá y oculto por la sombra, lo mató de un tiro de revólver. Cayeron asesinados vilmente cuatro oficiales y el coronel Puig. Los sargentos marcharon con los cañones á la Puerta del Sol y Plaza de Santo Domingo seguidos de los soldados siempre víctimas de la disciplina. También mataron en las calles á varios jefes, entre ellos al coronel Balanzat, quitándole hasta las botas.

En aquella maldita época tenía yo una criada aragonesa, en mi lugar le llaman la golondrina, tan cerril como valerosa. Para dar las señas de la Plaza Mayor, decía: «Donde hay un caballo muy grande negro que *paice* burra y lleva uno como

de tropa» (Felipe III.) Era tan bestia que me ponía por sábanas en la cama los manteles de la mesa. La sirviente oyó fuego y me despertó.

Yo, no sabía conspiraban, vivía por desgracia en la calle de la Luna, observé que los paisanos armados maltrataban á los militares que acudían á su obligación y pregunté á un vecino.—¿Qué sucede?—Me contestó con un gesto sucio, prueba de su mala educación, sería progresista, y cerró el balcón con rabia. Traté de ir á la Dirección de la Guardia civil, me cogieron los revolucionarios, pude escaparme, me metí en casa, lo intenté vestido de paisano y tampoco pude verificarlo. ¡Los balcones de mi habitación daban á las calles de la Luna y de la Estrella, contemplé la lucha sin poder tomar parte en ella. Comprendí que los sublevados no obedecían á un plan determinado; los sargentos de artillería, algunos á caballo, corrían y gritaban como energúmenos; calculé que sin disciplina serían vencidos. Mi hijo, niño de 13 años, me preguntó:—¿Quién ganará?—El Gobierno: tiene fuerzas leales, se oyen descargas, le contesté. Impaciente me asomé á un balcón de la calle de la Estrella; oí que el portero de una casa exclamaba:—Fuí cabo de la milicia nacional, voy á ganarme un empleo; á poco, los lamentos de su mujer me dieron á conocer que lo traían con una pata rota. Escuché gritos salvajes de alegría que daban los paisanos; acababan de matar á un comandante de la Guardia civil. Levantaron una gran barricada en la calle de Silva, sostenida por artilleros y gente de mala catadura, situados en ella y en la casa del marqués de Monistrol. La mandaba un oficial de caballería y un viejo muy calvo. El uno aspiraría á general, el otro á ministro. No he vuelto á verlos. Sólo hicieron una descarga á la tropa que atacó corriendo mandada por un alferez joven y dos cadetes; uno de éstos fué herido.

Los tenderos de la calle de la Luna fueron los que más se ensañaron contra la tropa. Salían de sus madrigueras como lobos carniceros, hacían fuego escondiéndose y cerrando las

puertas al acercarse los pobres soldados que se batían á pecho descubierto. Su bastardo proceder me recordó lo que escribió Quevedo: «Conciencia en mercaderes es como virgo en cotorrera que se vende sin haberse.» Que en la mitología Mercurio es el Dios de comerciantes y ladrones, y que en 1836, cuando el sargento García en la Granja hizo jurar la constitución á la reina Cristina, el mozo de una tienda de Hortaleza detuvo al capitán general de Castilla la Nueva D. Vicente Quesada para que las turbas de Madrid lo despedazaran. El gobierno progresista premió al infame mercachifle con el empleo de subteniente; le conocí de comandante, murió de brigadier. La *Historia de las sociedades secretas* cita su nombre.

Referí el siguiente episodio que presencié el 22 de Junio, me pidieron lo escribiera, sin decirme lo que pensaban hacer, lo leí en un periódico, creí que soñaba, y me asusté de verlo impreso.

«Valor y caridad. El 22 de Junio de 1866 en Madrid, un pelotón del regimiento infantería de Asturias desembocó por la calle de Silva en la de la Luna; al llegar á la esquina de la de la Madera, recibió una descarga de los artilleros y paisanos sublevados que ocupaban la casa del marqués de Monistrol, cayendo en tierra un joven oficial recién salido del colegio y dos infelices soldados. Conociendo la portera del número 17 que éstos respiraban, rogó encarecidamente á los vecinos que había en algunas puertas los auxiliaran por Dios, á lo cual se negaron, diciendo: *Que se mueran, que son de Asturias*, en castigo de que los pobres é inocentes soldados pertenecían á un regimiento que no había faltado á su deber. A los pocos instantes una señora joven y agraciada se presentó en mitad de la calle preguntando:—¿Dónde están? ¿Dónde están?—Recogió al soldado más gravemente herido, y entre ella y las dos criadas que la acompañaban, por entre las balas, lo condujeron á la casa de socorro de la calle de Silva, pasando por debajo de los balcones de Monistrol, desde los cuales seguían haciendo fuego los revolucionarios. Entre tanto, la referida portera re-

cogió al otro soldado; la benéfica señora con sus criadas volvió á buscarlo, y con el mayor cuidado lo llevaron á la casa de socorro. No contenta con esto, levantó la cabeza del desgraciado alferez, casi niño, que yacía boca abajo á lo largo de la acera, y se retiró convencida de que no tenía un soplo de vida.»

Tan heróica acción la llevó á cabo Doña Carlota Jáuregui, hija política del general Urviztondo, que vivía en la calle de la Luna, 28, principal izquierda.

Concedieron á tan valerosa y caritativa señora la cruz de Beneficencia. Merecía el cielo.

A los 1.200 soldados insurrectos con 30 cañones, muchos paisanos armados que mandaban los generales Pierrad y Contreras, los venció la energía de O'Donnell. Cogieron 500, mataron 100 y fusilaron 66.

Causaba horror ver salir del cuartel del Pósito la primera tanda de los sargentos de artillería para ser fusilados fuera de la puerta de Alcalá. Me pesa haberlo presenciado. Iban atados de dos en dos. Marchaban juntos un veterano y otro muy joven. Maldecían, blasfemaban, juraban y rechazaban los consuelos de un capellán castrense. El sargento de la música del Regimiento de á pié, más fino y débil que los demás, al pasar por delante de un Teniente Coronel de su cuerpo, con acento lastimoso y de profunda convicción le gritó: «Señor, muero inocente.» Lo era. Había estado con licencia, llegó la noche del 21 al cuartel de San Gil, no se enteró de la conjuración, se acostó, lo despertaron y al saber que sus compañeros después de asesinar á los oficiales salían á la calle con los cañones, se escondió. Rechazados los insurrectos se refugiaron en el cuartel, se defendieron desesperadamente, se entregaron y prendieron á cuantos sargentos encontraron en el edificio, incluso al pobre músico; éste no pudo probar su inocencia, hasta el auditor se hallaba persuadido de ella, y lo condenaron á muerte. Mientras el infeliz permaneció en el cuartel de ingenieros antes de la ejecución, no cesó de decir á cuantos individuos de tropa veía. «Si vuestro Regimiento se subleva, por Dios, no

os quedéis en el cuartel, os fusilarán inocentes, como á mi.»

Los vicalvaristas así llamaban á los de la unión liberal, grupo de ambiciosos que se formó con los desprendimientos de los partidos moderado y progresista, cuando no mandaban conspiraban con sus enemigos de la víspera. Después de ametrallar á los revolucionarios el 22 de Junio, mientras fusilaban á los soldados, ayudaban á que se escapasen los jefes acompañándoles hasta la frontera. Se jactaron de tal iniquidad en las cortes de la revolución. Un general del referido partido decía: «Los asuntos no deben resolverse en justicia, sino por el más ó menos interés que inspira la persona que solicita.»

Pródiga fué la revolución con los militares que faltaron á su deber el 3 de Enero del 66, sin más hazaña que huir á Portugal. A los alféreces hicieron comandantes y los capitanes eran generales el 73. Lo que horroriza es, cómo premiaron el 68 á los sargentos asesinos. Dieron á todos el empleo de capitán, de infantería ó caballería, menos á uno que pidió el de comandante por haberse distinguido matando á su coronel, Puig; Prim se lo concedió, alentando á los que después hicieron lo mismo con él. Como si las armas generales fueran un establecimiento penal, en ellas ¡qué vergüenza! llegaron á jefes. Uno de los sargentos, Bastarrica, ya comandante de caballería, asesinó á su suegra en Canarias en 1890. Ni los que le excitaron á la insurrección el 66, se compadecieron de que lo ajusticiaran.

Por las sangrientas jornadas del 22 de Junio concedió O'Donnell el empleo inmediato á los ayudantes de los generales, hubieran corrido ó no peligro. A varios oficiales que tomaron barricadas, nada. Yo sólo hice... rabiar.

Pocos hechos registra la historia más infames que los que acontecieron en aquella época. Isabel II se opuso á los fusilamientos, O'Donnell amenazó con abandonar el ministerio si no se ejecutaban, la presentó á la firma varios nombramientos de senadores, los palaciegos la hicieron creer que la idea del du-

que de Tetuán era imposibilitar pudiera mandar el partido moderado, y aceptó la renuncia del caudillo de Africa. El partido unionista la acusó de ingrata, dejó de ser dinástico, la llamó sanguinaria injustamente y se lanzó á la revolución. Sin los vicalvaristas, los progresistas y demócratas no hubieran podido sublevar á una parte del ejército llevándolo engañado á pelear en Alcolea.

La reina llamó al duque de Valencia. ¡Ojalá hubiera sido tan justo desde que comenzó la carrera política, como lo fué en su último ministerio! Narvaez ayudó á su rival O'Donnell el 22 de Junio, reunió las primeras fuerzas en defensa del Palacio Real, y fué herido al emplazar los cañones contra el cuartel de San Gil, punto principal de la insurrección. Desde que Narvaez llegó á presidente del Consejo de ministros, no se repitieron las hecatombes que los unionistas ejecutaron con los vencidos de baja esfera, mientras ponían en salvo á los promovedores y directores del motín, tanto civiles como militares. El más caracterizado que fusilaron era sargento. Rompían el puñal y conservaban el asesino.

El general Narvaez al recibir á las direcciones de las armas, y oficiales de la guarnición, dijo á los de artillería que eran culpables de la sangre derramada el 22 de Junio, por lo mal que hacían el servicio y porque los sargentos les habían arrebatado el prestigio que debían tener sobre el soldado. Lo oí.

Defendió un capitán de infantería á un cabo de artillería y probó que al enganchar los cañones pocas veces se hallaban presentes los oficiales. Algunos que fusilaron obedecieron á sus inmediatos superiores como acostumbraban. Hubo artilleros que pasaron á la eternidad persuadidos de que habían cumplido con su deber.

El 30 de Julio de 1866 publicó un decreto el duque de Valencia, que honrará su memoria mientras haya milicia. Disponía no conferir empleo sin vacante, abolía la concesión de grados superiores sobre los empleos, prohibía el pase de unas

armas á otras, determinaba para todos el ascenso por antigüedad desde alférez á coronel, y limitaba la concesión de empleos en campaña exigiendo la publicación de las propuestas en la orden del ejército. Lo mismo que propuso el general Cassola años más tarde, y que tanto alarmó á los que deseaban continuase la injusticia, el nepotismo y la arbitrariedad.

Decreto que Serrano y Prim dejaron de cumplir en 1868, cuando se sublevaron al grito de moralidad, orden y justicia.

O'Donnell murió el 67 para desdicha de España. Si hubiera sobrevivido á Narvaez, se habría puesto á la cabeza de la revolución del 68, ésta tomára otro rumbo no dirigida por Prim, que soñó y aspiraba á imitar á Cronvell.

A O'Donnell la guerra de Africa le sirvió de Jordán; sin la gloria que en ella alcanzó, que limpió sus grandes manchas políticas, habría pasado á la historia como una calamidad. Tenía talento militar, valor, sangre fría y carácter.

En la Dirección de la Guardia civil nos hallábamos empleados en la sección de justicia un teniente coronel, brusco, de buen corazón, un comandante sabio que le salían mal cuantas especulaciones emprendía y yo. Solía visitar la sección un teniente de la Guardia civil grueso, alto, bigotudo, prototipo de la servil adulación, de voz atiplada, que contrastaba con su varonil figura y maneras bastas, que convertía en ridículas por quererlas afinar. Aunque encontrase la puerta de la habitación medio abierta tocaba dos golpes con los nudos de la mano, y decía en tono sumiso, plañidero. Mi coronel, ¿da U. S. su permiso?—Adelante—respondía con voz hueca y fuerte el jefe de la sección que no era coronel.—El teniente con el tricornio debajo del brazo se cuadraba y le preguntaba.—¿Cómo está U. S.?—¿Bien y V.?—Para servir á U. S.—¿Y la señora coronela y niños, mi coronel?—Sin novedad.—El civil giraba sobre el talón del pie izquierdo daba frente al comandante, lo saludaba del mismo modo sin darle tratamiento ni preguntarle por los chicos aunque sabía los tenía.—Me ponía nervioso cuantas veces se repetía la escena;

al oir.—¿Y usted, mi capitán? antes que acabase la frase le contestaba.—Bueno, sin mirarle, pensando lo cerca que se halla la subordinación de la bajeza.

El 22 de Junio de 1866 hirieron levemente al teniente, le visitamos en el hospital, le encontramos sentado en una silla, hecho un facha, tapada la cara con un trapo, sus lamentos causaban risa, le acababan de ascender, era tanto como yo, le conocí de soldado siendo yo capitán, me nombró por el apellido y casi no contestó á mi saludo. Un tío mal educado de tamaño colosal. Al año llegué yo á jefe, me vió y corrió apresurado gritando:—Mi comandante..... Le volví la espalda. En 1879, se hallaba paseando gravemente con la seriedad del borrico frente á la estación de Astorga. Yo iba en el tren; me oculté en el coche diciendo para mí. Si sabe lo que soy me hartará de excelencias, y si lo ignora no me hará caso. El 8 de Octubre de 1884 lei en un periódico. «Al coronel (se aumentaba un empleo) de la Guardia civil... le han dado el retiro por edad, el cual se halla en aptitud de continuar sus brillantes servicios, ya que no en su cuerpo por oponerse el reglamento, en alguna administración del real patrimonio ó destino análogo donde ejercer sus grandes cualidades. El interesado se sorprenderá al leer su elogio.» ¡Qué se había de sorprender! Pagaría el reclamo. El diario enumeraba sus hazañas y añadía.—Que el 22 de Junio del 66, una bala le había atravesado el cuerpo de parte á parte.—Ni siquiera la nariz; le rozó la punta.

Poseo el más auténtico de los retratos del general Prim, incluso el ecuestre de Regnaud que está en París.—Al pintor don Francisco Sans encargó la Diputación de Barcelona un cuadro de la batalla de los Castillejos. Consiguió que su paisano el conde de Reus permaneciese un par de horas quieto, hizo el estudio de su cabeza al óleo, indicó sólo la leopoldina y regaló la obra á otro artista. Este riñó con Sans y por no tener nada suyo me la cambió por una espada antigua que me costó dos pesetas. Recordé que la leopoldina que Prim llevaba en la guerra de Africa estaba mugrienta, y pedí para que sirviera de

modelo otra igual á un general reaccionario. Pusimos á un exaltado el gorro de un moderado.

Un general me preguntó: «¿Ha visto usted algo artístico en casa del nuevo Director de la Guardia Civil?.» «Un busto de Espartero muy malo, de escayola, le respondí.» El ayudante del referido general, bajo con los altos y déspota con los inferiores, exclamó: «Le parecerá malo porque Escayola no es amigo suyo.» Creyó que la materia era el apellido del escultor. Desde entonces le llamaba yo el teniente Escayola. Adulaba á los rocines.—He paseado á caballo por la Castellana y todos exclamaban admirados. ¡Qué magnífico animal! decía. «Pertenece al general... lo montó en la batalla de...» repetía. Por la más pequeña falta tenía á su asistente toda la noche con la silla del caballo colgada del cuello.

El Dante, en el canto XVIII del Infierno, coloca á los cortesanos y aduladores revolcándose en la inmundicia. «Allí, dice, en el fondo del foso, vimos mucha gente metida en estiércol, parecido al de las letrinas humanas.»

Un oficial por gracia y que por gracia de Dios andaba en dos pies, preguntó á una señora inteligente y buenísima el significado de varios dibujos hechos á pluma. «Un jeroglífico, léelo, contestó la dama. «No sé,» añadió el militar. «Escucha. Lo primero es el signo de música *re*. «*Re*,» repitió el majadero. «El segundo, *mi*. «*Mi*.» «Vuelos.» «*Re*, *mi*.» «Sigue una *t* unas olas y letras; júntalo todo.» «*Re mi*, *tolas*, remitolas.» Sin poder entender decía «remito las letras.» El alferez Remitolas preguntó: «¿Qué es misa del Espíritu Santo?» «La que oyen los vocales nombrados para los consejos de guerra,» le contestó una muchacha muy lista, riéndose del oficial.

Muchos ayudantes de campo á mediados de este siglo procedían de la clase de oficiales de gracia. Los de carácter independiente no aguantaban les convirtieran en lacayos; algunos lo solicitaban en campaña para ascender más y trabajar menos; se pegaban á los generales como lapas; varios, sin haber mandado compañía, batallón ó regimiento, con valor se les su-

pone, hicieron carrera. Cuentan que un general decía en el parte que dió al gobierno. «Recomiendo á V. E. el heroismo de mi ayudante que ha pasado por la amargura de no hallarse en tan sangrienta batalla». La mujer de un general trataba mal al ayudante de su marido. A éste dijo el oficial. «Con usted iré á toda clase de peligros, pero...» El general le interrumpió preguntándole: ¿Dónde quiere usted que lo destinen? Otra esposa de general dictaba esquelas al ayudante pidiendo dinero á los amigos para obras de caridad. Oí el nombre de uno de ellos y le dije. «A ese no le sacará usted un cuarto.» «¡Qué sabe usted!» exclamó. «Murió hace un año,» añadí sonriéndome.

Fuí en 1867 á la Exposición Universal de París para que no me contaran las maravillas de la que los franceses llaman la capital del mundo civilizado. No vi á Napoleón III, ni traté de ello. Observé que la tropa no tenía la marcialidad de la española. Ví pasar un batallón del ejército; cada soldado llevaba el arma como quería; comprendí que faltaba disciplina, causa principal de los desastres de 1870; al preguntar quiénes eran unos que parecían comparsas de teatro, me respondieron: «Guardias nacionales.» Excitaban más la risa que sus colegas de la península Ibérica. Como todo lo que parece y no es.

Los museos me encantaron; la Exposición me pareció un gran bazar. Un judío de Gibraltar, me dijo: «¡Con que no hemos vencido! Aludía á la fracasada intentona de los revolucionarios en España. No le contesté pensando. ¿Si creerá este escorpión, como llaman los ingleses á los habitantes de la referida plaza, que soy insurrecto? «A usted, persona instruída, añadió al hablarme por única vez, le regalo estos magníficos libros protestantes, en castellano, que reparte la Sociedad bíblica de Londres.» Los arrojé al Sena.

Hablando con una judía, cité á la Virgen. «¡La virgen, qué tontería!» exclamó. Jamás cuestiono en materias de religión, ni trato de herir á los que tienen en ella sentimientos contrarios á los que mi madre me enseñó, á no ser que ofendan los míos.

Supongamos, repliqué á la hebrea, que no es verdad el misterio de la madre de Dios. ¿Hay nada tan sublime ni poético que reunir en una mujer la hermosura, la virtud, la bondad, la virginidad y la maternidad? Ustedes no tienen más santo que á Moisés y lo representan con cuernos.»

Oí á un sabio arqueólogo francés que en España no hay nada que ver, y le interrumpí diciendo: «El museo de pinturas de Madrid, la Armería real, las mujeres y los soldados.» No puede enterarme en quince días de la gran ciudad de París. Me callo para no imitar al francés que escribió en su diario: «Hemos pasado á diez millas de las Islas Canarias; sus habitantes me han parecido muy hospitalarios.» De las orillas del Sena me trasladé á las del Huecha. Borja, Paris ó Roma, dicen en Aragón para burlarse de mi lugar. Mejor es París: más me gusta Borja.

En la Corte, como en Valencia y Zaragoza, me divertía en recorrer prenderías y coleccionar cachivaches. Iba al Rastro embozado en una capa vieja, me creían artesano y preguntaban enseñándome un asador: «¿Quiere usted esto, maestro?» Yo tan satisfecho. Una niña encargada de un puesto de baratijas, me dijo: Ayúdeme usted á despachar hasta que venga mi padre, no sé los precios, usted los pondrá.» Largo rato estuvimos vendiendo; según el ropavejero lo hice admirablemente; los conocidos se reían.

No he cambiado en treinta años. En Junio de 1896 me dijeron en el Rastro, indicándome á un guarnicionero de viejo: «Ese ha recibido más balazos que usted.» «¿Cuántos y dónde?» le pregunté. «Ocho, en la primera guerra separatista de Cuba.» «¿Qué pensión tiene usted?» «Cinco reales diarios,» contestó. A quince céntimos por herida, pensé. «Sus cicatrices, le dije dándole la mano, son más decentes que las mías; las tiene por defender la patria toda. Yo me batí... no sé por qué.» Los traperos del Rastro aplaudieron mi democracia práctica ó cristiana, que es lo mismo. Cuando me hallaba empleado en la secretaría de la guardia civil, si alguno creía que yo era abso-

lutista exclamaba un antiguo amigo mío de ideas avanzadas. «Si todos los españoles fueran como él se podría establecer la república.»

Después de la guerra de Africa lo mismo que antes, en la carrera militar reinaba la más desvergonzada injusticia. Ascendían por alto los intrigantes, ayudantes y parientes inmediatos de los generales, valiesen ó no, sabios ó ignorantes, listos ó tontos. Los hijos de los héroes pocos lo son. Los ministros al caer firmaban la concesión de empleos y grados con fecha atrasada, á cuyas picardías la opinión pública llamaba testamentos ministeriales. Moderados, vicalvaristas, progresistas, después del 68, les superaron los de la gloriosa, todos muy liberales no se llevaban un pelo de conejo. El que da lo que no es suyo lo roba. Nadie tiene derecho á disponer del dinero del contribuyente sin necesidad. Ladrón es el que quita un puesto al que lo ha ganado legítimamente y no ha delinquido. Sólo mientras fué ministro la última vez el general Narvaez no se cometieron injusticias en el ejército.

La intentona revolucionaria de 1867 fué pronto sofocada. Si hubiera mandado el duque de Valencia diez años seguidos, tan bien como lo verificó desde el 66 al 68, no se habrían repetido guerras civiles ni pronunciamientos. No quiso Dios.

«Dios es la suma bondad,
Sabe lo que nos conviene.
¡Qué fastidiados nos tiene!
Hágase su voluntad.»

Frecuentaba yo la casa de don Fernando Alvarez, exministro, expresidente de las Cortes, bueno y decente. Le visitaban muchos abogadillos para sacar utilidad, que huyeron como bandada de cuervos en 1868, calculando les convenía más adular á los partidarios del gobierno provisional. Como don Fernando era numismático uno de los referidos leguleyos, el que más me cargaba, exclamó dándose importancia: «Poseo una

moneda rarísima; ¡tiene un cordoncillo!...» «Ya sé, le interrumpí; una peseta de Fernando VII de 1832; nada vale.»

Desde entonces, alguno de la tertulia por ser yo oficial de infantería me creía falto de sentido común, de seguro el de la peseta me tendría por adivino. Hay tanto tonto en la tierra que es fácil pasar por listo sin serlo.

A excepción de lo que se relacionaba con mi deber ocultaba mi entusiasmo por el ejército, aunque la ordenanza dice «que el hablar pocas veces de la profesión militar es prueba de grande desidia é ineptitud para la carrera de las armas.» Iba mucho á una casa donde se reunían varios jefes. Uno de artillería preguntó qué era palin. Como todos callaron, contesté: «La correa ancha pendiente del cinturón que sostiene el machete.» Siendo yo de inferior categoría y de infantería, no podía saber tanto como él en materia de palines, por lo cual replicó frenético: «Ya lo sé, ya lo sé...» Olvidé me había propuesto no hablar y menos llevar la contraria en asuntos militares.

Conocí á un teniente coronel retirado que trató de no incomodar ni después de muerto. Previno que á los amigos no avisaran su fallecimiento hasta depositarlo en el cementerio. Supieron la desgracia al oir al encargado de darles la noticia. «Vengo de parte de don fulano á decir á usted que ayer le enterraron.» El difunto, antes de serlo, jamás llevó la contraria á nadie. Cuestión de temperamento.

Muchos jefes, para ocultar su falta de talento, creían sostener la disciplina insultando en lugar de amonestar, sin permitir á los inferiores disculparse. Todo se pega. Reprendí á mi hijo. Por las razones que alegó temí que me iba á derrotar; para evitarlo pensé: aquí del proceder brutal de la milicia; grité al chico: «Cállate, cállate.» El cual replicó: «Si callo ¿cómo me disculpo?»

Un militar progresista cuando en el periódico de su devoción leía alguna palabra que le chocaba sin entender su significado, la aplicaba antes de olvidarla dictando al escribiente: «Orden de la plaza. Habiendo observado con gran disgusto que los sol-

dados no van por las calles con la *sinfonía* que corresponde, les prevengo marchen como *catecúmenos.*»

Por lo mismo que los guardias civiles prestan el servicio aislados y lejos de la vigilancia de sus jefes, debe ser más riguroso su reglamento y más severas las penas. En todo cuerpo militar está probado que no dejando pasar las faltas leves, pocas veces se cometen graves.

Se castigó á un sargento porque recibió un bofetón de su mujer. Calculé que ella no le llegaría á la cintura. Pedí el expediente del abofeteado; había sido cabo de batidores del regimiento de coraceros, creado en 1844 con los soldadas más altos del ejército. En cuanto á la mujer, las de los tambores mayores eran siempre muy chicas.

A un guardia le impusieron una multa porque ordeñó á una borrica en público. Una borricada en público es más reprensible que en privado.

Montpensier obligó á un cabo de Guardia civil á tomar media onza de gratificación. Aunque la entregó á su comandante, éste propuso á la Dirección se le castigase por haberla admitido.—¿Es justo?—me preguntaron. Y yo á mi vez:—¿Si desobedece á un capitán general, lo premian?

—¿Qué haría usted con esta carta del coronel de un tercio, quejándose por suponer que habré informado en el sentido de lo dispuesto por el Director?—Devolverla sin contestar—respondí.—Eso es muy aragonés.—Evita una polémica ó un chisme, añadí.

En el baile que para solemnizar el casamiento de la infanta doña Isabel con el príncipe napolitano conde de Girgenti se verificó en Palacio el año 67, me extasiaba contemplando los pintorescos grupos de hermosas jóvenes, lujosamente ataviadas que reflejaban en los grandes espejos del salón de columnas. Llamó mi atención una cabeza muy calva, cambié varias veces de sitio, siempre que miraba la veía y calculé que era tan grande como la mía; sólo por el uniforme y las divisas me conocí. Desde muy joven huyo de ver mi efigie.

Un teniente publicó el *Manual del Guardia civil*, y regaló un ejemplar al Director; éste le preguntó:—¿Cuánto lleva usted á los guardias?—Una peseta.—Tenga usted la mía. Si la idea es sacar cuatro reales por libro, yo puedo darlos mejor que ellos.—Inconvenientes de la adulación.

En la Dirección de la Guardia civil estábamos empleados doce jefes y oficiales, trabajábamos de tres á cuatro horas diarias, y llevábamos todos los asuntos al día. Es la mejor época y más cómoda que he pasado en la milicia. No es de extrañar que todos los oficiales del ejército aspiren á ser oficinistas ó ca... tintas. En Octubre de 1867, á los diecinueve años y medio de antigüedad en el grado de capitán, haberme encontrado en guerras y revoluciones, quedando inutilizado de la mano derecha, ascendí á comandante. Como no servia para intrigar, adular, conspirar, ni sublevarme, creí que como la mayoría de los militares de mi pueblo, no pasaría de capitán. Raros han sido los aragoneses que en el siglo XIX han llegado á generales ó ministros. No es broma.

Contaban que un general comenzó á servir de soldado. De fuerzas hercúleas y valor á toda prueba, mandó la escolta de infantería que llevaba Espartero en la primera guerra civil. Admiraba y adoraba al duque de la Victoria. Por él lo acuchillaron en 1843, después de la batalla de Ardoz. Refería que entonces lo mataron, y resucitó porque tenía carne de perro. Quedó de reemplazo y oscurecido hasta el pronunciamiento del 54, que volvió al poder el exregente. Corrió muy contento á verle, y... desde entonces le odió. Tenía razón. En lugar de seguir hablándole de tú como antes, le recibió diciéndole:—¡Hola, señor Fulano!—La mayor de las injurias.

El honrado y leal soldado se hallaba de gobernador militar de Logroño. Llegó á la población un regimiento de caballería. Porque en la calle un soldado no le saludó, lo cogió por la cintura y lo tiró contra la pared. El paisano que acompañaba al general, le dijo:—Si no lleva usted divisas, ni le conoce.—Que me huela—replicó S. E.—Era hombre de pocas letras.

Cuenta D. Vicente de la Fuente que el picador Muselina, patriota del Trocadero en 1823, no sabía escribir. Le preguntó el comisario de las tropas de Angulema, al expedirle pasaporte para Gibraltar:—¿Cuál es su oficio?—Literato—contestó el torero. El francés se quedó aturdido de que en España los literatos no supiesen firmar.

Dicen que el marqués del Duero era tan indolente de capitán, como activísimo y estudioso de general. En los documentos de la compañía, sólo ponía Manuel de la; al día siguiente concluía la firma escribiendo Concha y haciendo la rúbrica. En la milicia se encuentran muchos que tienen más ó menos entusiasmo, según su posición. Los ascensos lo aumentan; las injusticias lo matan. Antes de la revolución de 1868 era capitán general de Castilla la Nueva D. Manuel de la Concha; las grandes paradas las tenía extramuros de la corte, le hacían honores de capitán general de ejército, y los periódicos le llamaban el rey de las afueras. Había un coronel en la guarnición de Madrid, tan chico de cuerpo como fuerte de carácter: llegó á noticia de Concha su genio poco suave, y delante de la tropa le repitió que á ésta debía mandársele con amabilidad y finura. En la primera formación, al llegar el general á la altura del regimiento, el coronel dió la voz: «Batallones, tengan ustedes la bondad de presentar las armas.» Concha arrestó al coronel, que replicó:—Es como V. E. encargó que se mandara.—Y pidió el retiro contra la voluntad del ministro de la Guerra. Muchos y buenos militares perdió el ejército por tratarlos mal.

Don Manuel de la Concha mandaba en Barcelona durante los acontecimientos de 1854. Se sublevaron en la Ciudadela dos batallones organizados para el ejército de Cuba, y levantaron los puentes levadizos de la fortaleza; el general se propuso entrar en ella, previno al segundo cabo que si á las dos horas no había salido, era señal de que le habrían asesinado, y la bombardease desde Monjuich. Concha penetró solo en la fortaleza, habló á los insurrectos, y consiguió que se sometie-

ran. El colmo del valor militar. Tenía grandes condiciones. Ojalá no se hubiera dedicado á la política.

Cuando mandaba el ejército del Norte en 1874, le preguntó un ayudante suyo:—¿Dónde iremos mañana?—Usted á Madrid; no quiero tener necios á mi lado—contestó el general.

Don Ramón María Narváez murió en 1868. Era á propósito para mandar en tiempos que pocos se prestaban á obedecer, fué más generoso que cruel, conocía á los hombres, sus enemigos le temieron y odiaron, la historia le enaltecerá, unía el valor civil al militar.

Impurificado por su exaltación liberal en 1823, volvió de capitán al ejército el 33, tenía el grado de teniente coronel, y pronto ascendió á coronel del regimiento de la Princesa. Supo que sus antiguos compañeros murmuraban, y al presentarse les dijo:—Si en este cuerpo hay poca disciplina, consiste en la falta de valor de algunos oficiales. El que se considere agraviado, hasta que pasen veinticuatro horas, que tomaré el mando del regimiento, estoy á su disposición en toda clase de terrenos.—Nadie le desafió.

En una oscura noche de 1843, varios asesinos, apostados en la calle del Desengaño, al pasar Narváez le hicieron una descarga, y mataron al ayudante Baseti, que iba en el coche á su derecha. El general se bajó tranquilo, solo y á pie llegó al cuartel del Soldado, dispuso que se preparase la tropa, y manifestó á la reina, en el teatro del Circo, que podía continuar presenciando el espectáculo. Al general Prim jefe de la conspiración, el Consejo de guerra lo condenó á muerte, la madre del revolucionario catalán pidió el indulto, y Narváez le dijo:—Se lo rogaré á S. M.; yo no niego nada á una señora.—A los viles instrumentos, sentenciados á muerte, dispuso Narváez los dejaran escapar de la cárcel. Narváez conoció en la calle á uno de los asesinos, hizo que llevaran á su casa al reo y la causa, le leyeron la sentencia de pena capital, rompió los autos, y lo echó diciendo:—Vaya *uzté* con Dios, y prepárese para matarme otra vez.

Narváez era el hombre de más carácter y talento político que hubo en España en el siglo XIX. Adivinaba lo que no sabía, y siempre daba en el *quid*.

De presidente del Consejo de ministros, le recomendaron á un andaluz muy quijote. Lo recibió bien; otro día volvió á ver al general, y porque un moro pasó antes que él, dió gritos insultantes en la antesala. El duque de Valencia mandó arrestarle. Al día siguiente observó que el mismo en el teatro lo miraba con los gemelos; reunió en el acto el Consejo de ministros; porque el de Gracia y Justicia ponía reparos en llevar á la cárcel al que le había faltado en su casa, se abofeteó hasta derramar sangre por las narices; de rabia se torció la peluca. Entonces añadieron al Código penal el artículo que castiga como desacato el insulto á los ministros.

En una sesión de Cortes dijo Narváez: «Todos los españoles queremos comer del presupuesto, vivir en Madrid, en la Carrera de San Jerónimo, piso principal, y acera del sol.» También manifestó en otra ocasión: «Del Palacio real salgo republicano; del Congreso de diputados absolutista.»

En Febrero de 1848 arrojaron los franceses del trono á Luis Felipe. Europa se conmovió. Los progresistas, cansados de esperar los llamase Isabel II, acudieron á las barricadas, que defendieron ayudados por oficiales de reemplazo. Sedujeron al regimiento de España en Mayo, y ocuparon la Plaza Mayor de Madrid. Las tropas leales vencieron á los pronunciados. Bulwer, ministro de Inglaterra, ayudaba á la revolución. Narváez le mandó los pasaportes, y le hizo atravesar en pocas horas la frontera de España: arrogante medida que pocos se hubieran atrevido á tomar contra la poderosa Albión. Jamás ni ella ni Francia volvieron á mezclarse en los asuntos interiores de España. Por el puntapié dado á Inglaterra expulsando á Bulwer, merece Narváez que le erijan estatuas.

En la primera guerra civil, D. Ramón María Narváez al regimiento de la Princesa le hacía observar la más rigorosa

disciplina. Para que brillasen las cartucheras, decía á los sol-soldados al revistarlos:—Dale bola, dale bola.—Cuando le hirieron gravemente en Arlabán, le conducían en una camilla, y en son de burla exclamó un granadero:—Dale bola, dale bola.—El coronel levantó la cabeza, y gritó:—P... la daréis, la daréis mientras yo viva.

Después que regresó el general de ingenieros Zarco del Valle de la misión diplomática á las naciones que no habían reconocido á Isabel II, pasó una larga comunicación, escrita en tan mala letra, que el duque de Valencia no entendió una palabra. Este llenó de garabatos un pliego de papel, y le envió á Zarco, el cual se quedó en ayunas; corrió á ver al presidente del gobierno, y le dijo:—Mi general, acabo de recibir un oficio urgente, y vengo á preguntar su contenido, que nada comprendo.—Lo mismo me ha sucedido con la comunicación de usted—replicó Narváez.

Napoleón III propuso al general Narváez que España cediese á Francia la izquierda del Ebro, á cambio de Portugal. —Eso es formar castillos en el aire, ó, como dicen los franceses, en España—replicó desdeñosamente el duque de Valencia.

En una ceremonia palatina, mientras los grandes de España se hallaban con el sombrero puesto, varios generales, algunos veteranos de la guerra de la Independencia, lo tenían en la mano. El duque de Valencia dijo á éstos:—Cúbranse ustedes, que valen más que aquéllos.

—¡Hola, D. Ramón!—le dijo uno á Narváez.—Duque me llama S. M. la reina—le replicó el general.

En una fiesta que dió Narváez en su casa, un diputado cursi le dijo, tocándole la espalda:—Está muy bien, mi general. —¡Pchs!—replicó el duque de Valencia.—Métase usted la mano en..... y no me toque con ella.

Un literato muy perdido se presentó al duque de Valencia, hablándole con el mayor descaro.—Le advierto á usted—le interrumpió el general—que soy grande de España de primera clase y tengo excelencia.—Pues yo—replicó el escritor—

soy pequeño de primera clase, y todos me tratan de tú.—A Narváez le hizo gracia y concedió lo que pedía el gacetillero.

Narváez no temía á nadie: llamó farsante á Prim en el Senado, le echó en cara su ingratitud, aludiendo á un suceso sangriento, le dijo tenía el corazón emponzoñado, y después le desafió. El conde de Reus, que no conocía el miedo, le contestó dejaba á los senadores el juzgar su conducta.

Narváez se convenció á la vejez lo ridículo de usar peluca, y apareció mucho más respetable.

Tan persuadidos se hallaban todos de la importancia de Narváez, que al saber el general Dulce que había fallecido, exclamó:—Los generales que quedamos podemos llamarnos de tú.—Si no hubiera muerto en 1868 no se habrían atrevido los revolucionarios á probar fortuna. Sus amigos han sido ingratos con él, y sus enemigos rencorosos. Después de muerto le robaron el nombre puesto á la calle principal del barrio de Salamanca, sustituyéndolo con el de Serrano. Un sarcasmo. También le han querido quitar la gloria de haber creado la guardia civil. El era el ministro que firmó el decreto, y á él se debió la idea. Como nada me dió, no me conoció, nunca le pedí, ni me negó, le hago merecida justicia. Sólo le visité cuando era cadáver. La noche del día que murió me dieron orden de pasarla en la Dirección de la guardia civil. La muerte de Narváez alentó á los revolucionarios.

Al duque de Valencia reemplazó en la presidencia del gobierno González Brabo, y en el ministerio de la Guerra el general Mayalde, brusco, sin instrucción, que fué partidario realista en la Mancha el año 23. Nombró capitanes generales de ejército á los marqueses de la Habana y Novaliches, para desenfadarlos, porque el conde de Cheste lo era desde el año anterior, en premio de pacificar á Cataluña, donde no hubo la más pequeña refriega con las partidas liberales que aparecieron en el principado. Entre tanto, unidos vicalvaristas, progresistas, demócratas ó republicanos, conspiraban contra el trono de Isabel II. Yo, como siempre, permanecía indiferente,

aborreciendo á los que se dedicaban á la política para medrar y enriquecerse.

Recibí por el correo varias proclamas revolucionarias, y hasta cartas, aconsejándome que todos los militares nos decidiésemos por la libertad. Desprecié los referidos documentos, haciéndolos pedazos. Debió enterarse la policía, porque González Brabo escribió al Director de la guardia civil, preguntando si yo tenía ideas revolucionarias y si era buena mi conducta política y militar. Al leer la carta, tanto el general Turón como el brigadier Trillo, se echaron á reir. Me la enseñaron, quedé estupefacto, y me dijo el secretario:—Mire usted la contestación.—En ella manifestaba al ministro que yo jamás me ocupaba de política, que me dedicaba á buscar objetos arqueológicos en el Rastro y prenderías, siendo probable me hubieran metido sin saberlo en alguna casa sospechosa. Dios se les pague. Otra vez me expuse á ser héroe liberal, sin comerlo, beberlo, ni quererlo, como en 1854.

El 3 de Noviembre de 1854 votaron las Cortes, casi por unanimidad, la monarquía de Isabel II. Cortina lo propuso, el general San Miguel lo sostuvo, Espartero abrazó á éste, O'Donnell rechazó la república, y Prim dijo:—En el campo de batalla me encontrarán, por desdicha suya, los que quieran atacar á Isabel II; si fuese posible que vencieran, no sería yo ciertamente quien les pidiera gracia, tregua ni cuartel.—A los catorce años se puso á la cabeza de los que la destronaron. Prim, jefe de la expedición á Méjico en 1862, comprendió que Napoleón III trataba de entronizar al infeliz Maximiliano, y se embarcó para Cuba. Al llevar O'Donnell á la firma el decreto censurando la determinación, le dijo la reina:—¿Has visto qué cosa tan buena ha hecho Prim?—La mejor hazaña de su vida.—Si hubieran continuado nuestros soldados en Méjico ayudando á una causa que nada importaba á España, se habría derramado sangre en abundancia y sin provecho, como sucedió en Cochinchina, que Francia nos pagó con unos cañones viejos.

Prim ganó jefes y oficiales del ejército, les ofreció ascensos, y les dió dinero. Todos los expulsados de la milicia, hasta por delitos comunes, se pusieron á su mandar. Los vencidos y vencedores del 3 de Enero y 22 de Junio de 1866, víctimas y verdugos, los demócratas, que no querían quintas, y los vicalvaristas, que se oponían á su abolición, conspiraban juntos; todos por insaciable sed de mando.

El general Córdoba, en nombre de 50 oficiales superiores del ejército ofreció el trono en Sevilla al duque de Montpensier, al nieto de Felipe Igualdad, sin contar que Napoleón III se opondría. Diéronse SS. AA. por enterados. Los unionistas deseaban por rey á un francés que adelantó dinero para destronar á su cuñada. ¡Qué parentela!

Prim, alma de la conspiración, quería á los vicalvaristas para auxiliares y darles después un puntapié. Estalló la conjuración, la escuadra española se colocó en batalla frente á Cádiz el 18 de Septiembre de 1868, don Juan Topete arengó, presentó al conde de Reus, y 21 cañonazos anunciaron el destronamiento de Isabel II. La marina se sublevó, porque el ministro Belda que la conocía, pensaba corregir muchos abusos.

El 19 de Septiembre se publicó un Manifiesto redactado por el poeta Ayala, que fué ministro de la revolución y de la restauración. Lo firmó el duque de la Torre, que de todos los españoles era el que más debía á Isabel II. En él se leía: «Queremos que las causas que influyan en las supremas resoluciones las podamos decir en alta voz delante de nuestras madres, nuestras esposas y de nuestras hijas.» El mayor insulto que podría hacerse á una señora.

Topete había gritado:—¡Viva España con honra!—llamando gloriosa á la revolución. Los partidos políticos deshonraban la patria. Unos y otros se llamaban leales, y á sus contrarios rebeldes.

El segundo cabo don Rafael Izquierdo sorprendió revólver en mano al capitán general Vasallo, y se pronunció con la

guarnición de Sevilla. También lo verificaron las de Cádiz, Ceuta, Campo de Gibraltar y Málaga.

Los marinos se convinieron antes de sublevarse en dar de baja, declarando exentos de servicio á todos los generales de la Armada, menos á Méndez Núñez y al actual almirante don Guillermo Chacón. Este no admitió la excepción y siguió la suerte de sus compañeros.

González Brabo escribió el 10 de Noviembre de 1868 al que era gobernador de Cádiz cuando se sublevó la escuadra, lo que sigue: «Desde las primeras noticias que recibí de usted sobre la actitud de la marina, hice de ellas el caso y el uso que debía. El Sr. B....., engañado por las protestas que se le hacían se resistía á mis excitaciones y á las de mis compañeros. Lo mismo le sucedía al ministro de la Guerra con respecto á..... Pedí á S. M. que se viniera á Madrid. La Reina, entusiasmada con los marinos y B..... también, no dieron crédito á mis palabras. Se multiplicaban las cartas protestando fidelidad, y así las cosas, llegó el momento, y áun entonces no se quiso creer lo que se veía..... Me han faltado entorchados en la manga y una espada que me diera el derecho de montar á caballo y dirigir las tropas.» ¡Bien lo hubiera hecho! Peor si cabe que los que llevaban faja carmesí.

Desde el siglo XVII no hemos ganado una sola batalla naval. La del Cabo de San Vicente fué deshonrosa, en Trafalgar perdimos, decayó el ánimo hasta el punto que el pueblo decía: «Con todos guerra, y paz con Inglaterra.» Durante la insurrección de la América del Sur no ganó honra la marina; en 1866 los chilenos nos apresaron un buque, y en el Callao los peruanos se atribuyen la victoria.

La Reina se hallaba en San Sebastián, la marina de la costa del Cantábrico también estaba metida en la conspiración, incluso Malcampo, que mandaba la fragata *Zaragoza;* nombraron presidente del Consejo de Ministros á D. José de la Concha; su hermano D. Manuel se excusó de tomar el mando del ejército que se formaba contra los sublevados de Andalucía, y

siguió de capitán general de Castilla la Nueva. Con su valor, inteligencia, prestigio y media docena de batallones hubiera lanzado al mar á los insurrectos.

El marqués de Novaliches, general en jefe del ejército realista, lo reunió en el Carpio; debió verificarlo en Córdoba, punto más estratégico.

El 27 de Septiembre escribió Serrano á Novaliches, diciéndole: «En nombre de la humanidad y de la conciencia invito á usted á que, dejándome expedito el paso en la marcha que tengo resuelta, se agregue á las tropas de mi mando y no prive á las que le acompañan de la gloria de contribuir á asegurar la honra y la libertad de su patria.»

El 28 de Septiembre, á las cinco de la tarde, sin cañonear de revés el puente de Alcolea, ocupado por los sublevados, se puso el marqués, valerosísimo soldado, á la cabeza de una columna para pasarlo, le hirió en la boca un casco de granada, y por señas ordenó suspender la batalla. Nadie la ganó.

El conde de Girgenti, coronel de húsares, preguntó admirado:—¿Por qué nos retiramos, si no hemos perdido?—Ignoraría se hallaba en España.

Las tropas leales sólo fueron vencidas, por los siguientes telegramas que recibió el general Paredes, que sustituyó, por desgracia, á Novaliches:

«Marqués del Duero. General en jefe accidental. Agitación en Madrid. Dé V. E. paso franco al duque de la Torre. El ministro de la Guerra ha hecho dimisión.

»Madrid 29.—Gobierno provisional. Madrid pronunciado con grande entusiasmo sin derramamiento de sangre; el pueblo ha fraternizado con el ejército al grito de ¡Viva la libertad y la soberanía nacional!»—*El general Ros de Olano.*»

A las ocho de la mañana del 29 de Setiembre leí en la *Gaceta* del mismo día, la siguiente alocución:

«Madrileños: La guarnición de esta capital, apoyada por los hombres honrados de todos los partidos, por todos los que quieren respeto á las personas, y respeto á la propiedad, ha

podido conservar el orden público hasta aquí sin molestar á nadie.

»Seguid todos prestando vuestro apoyo y manifestando vuestra aprobación incesante á la conducta noble y serena de las tropas que tengo la honra de mandar; esperad con calma los sucesos que se desenvuelven en la Península, y la causa de la civilización y de la libertad no peligrará ni se manchará por exceso alguno en el pueblo de la metrópoli, que debe dar ejemplo á todos de cultura y facilitar con su actitud firme y digna la solución que más convenga á la patria y á los intereses de todos.

»Después de lo que acabo de manifestaros, os aseguro que se conservará la tranquilidad pública.»—*Manuel de la Concha.*

El general en jefe que mandaba las tropas de la reina en Castilla la Nueva ni nombraba al monarca que tenía obligación de defender. Valiente hasta el heroismo, instruído, trabajador incansable, hombre de grandes arranques, pasará á la posteridad como reformador de la táctica. Con una guarnición leal y decidida, si hubiera llamado á su amigo el general Serrano con los dos ejércitos que acababan de batirse, se habrían impuesto á Prim evitando innumerables calamidades á la nación. El marqués del Duero no volvió á figurar hasta que asesinaron al conde de Reus.

La inmoralidad en todas las esferas de la sociedad contribuyó al cataclismo de 1868. Si en la milicia, que por su severa disciplina hay siempre más orden, se hacían tantos desaguisados como los que se narran en estas *aventuras y desventuras*, los que se cometían en la administración civil eran horrorosos. Citaré un hecho. Un inspector de instrucción pública, no entregaba á las jóvenes después de aprobadas, el título de maestras hasta que cedían á sus libidinosos deseos. Para muestra, basta un botón.

En cuanto me enteré de la alocución del capitán general de ejército, D. Manuel de la Concha, recogí á mi hijo que se hallaba en un colegio, encargándole que si quedaba sin padre

no fuera militar, para no contribuir á la elevación de ambiciosos y malvados. Marché á la Dirección de la guardia civil, situada en la plaza Mayor, creyendo que algún general defendería á Isabel II. Ni uno. A las tropas, como el 2 de Mayo de 1808, las encerraron en los cuarteles, y los héroes populacheros cuando supieron que no existía el menor peligro desarmaban y maltrataban á oficiales y soldados que tenían orden de no defenderse.

Un grupo de gente armada, con los fusiles que habían robado en el parque de Artillería, muchos se vendieron á peseta y sirvieron después para los carlistas, atravesó la plaza dando vivas al teniente coronel Amable Escalante, que se acababa de ceñir la faja de general en nombre del pueblo; la pillería taló los jardinillos que rodean la estatua ecuestre de Felipe III y unos obreros trataron inútilmente de romper á martillazos las patas del caballo. Insultaron á los guardias civiles que se encontraban en los balcones de la Dirección y destruyeron la corona que había en la fachada de la Casa de la Panadería. Un general se arrancó en la Puerta del Sol las hombreras con la cifra de Isabel II, después de explotarla durante su reinado, para dar gusto á las turbas, y otro que recibió grandes mercedes más tarde de Alfonso XII, iba reclutando generales para que sirviesen á la revolución. En la fachada del ministerio de Hacienda, calle de Alcalá, apareció el siguiente rótulo con letras gordas: «Cayó para siempre la raza espúrea de los Borbones, justo castigo á su perversidad.» Lo puso un político que después fué acérrimo borbónico.

Cuando mayor era el barullo y se oían miles de disparos al aire por toda la excorte, tuve que ir á mi casa. Me avisaron que mis muy liberales vecinos de la calle de la Luna, querían matar á mi hijo porque se oponía á que se colgaran los balcones de mi habitación. Antes que yo llegase desapareció el chico por no presenciar un acto que desagradaría á su padre. La índole del pueblo es buena cuando no la envenenan los políticos. Hambrientos y desharrapados guardaron muchos días

los tesoros del palacio real porque les dijeron pertenecían á la nación, lo cual no sucede sino en España. El saqueo se verificó por los que usaban levita y tenían coche. Uno de los que comenzaron á robar se llevó un loro para que no se muriera... Por la jaula que era de plata.

Prim lanzó á la pelea á los unionistas, y sin correr peligro se aprovechó de la victoria. El pueblo lo comprendió por instinto, y cantaba:

«En el puente de Alcolea
La batalla ganó Prim»

que se hallaba á cien leguas.

Lo más sublime que oí aquellos días, fué:

«A las armas, españoles,
A las armas ¡voto va!»

Los oficiales y soldados de la guarnición pasaron por la ignominia de no poder ir por las calles armados hasta que llegaron á Madrid las tropas de Serrano. Con raras excepciones, los que nada debíamos á la monarquía derrocada la fuimos fieles. Miles de oficiales, sobre todo de infantería, se separaron de las filas voluntariamente ó los echaron para colocar á los conspiradores, revolucionarios de oficio, ó expulsados del ejército por delitos comunes. Muchos leales quedaron en la miseria. Los políticos sin conciencia protegen siempre á los felones. Sólo en la batalla de Alcolea, en Santander, que mandaba el general Calonge y en Béjar, se derramó sangre en defensa del trono de Isabel II. El conde de Cheste, capitán general de Cataluña, al saber el resultado de la batalla de Alcolea, abandonó el ejército que mandaba, reconoció la revolución en Vitoria, se arrepintió y emigró al extranjero. En Madrid no hubo un general que se pusiese á la cabeza de las tropas, decididas por la reina y deseosas de cumplir con su deber. Estaría escrito, como dicen los mahometanos.

El último Ministerio de Isabel II y los cortesanos que la

rodeaban la aconsejaron no volviese á Madrid; la familia real atravesó la frontera francesa el 30 de Septiembre de 1868. Se derrumbó un trono para levantar otro á un extranjero, que se marchó aburrido de sus incorregibles súbditos, se estableció la República, que iba convirtiéndose en cantonal, se insurreccionaron nuestros parientes los cubanos al grito de ¡Viva Prim! que cambiaron en seguida en ¡Viva Cuba libre!, guerra horrible que nos costó diez años de lucha, 5.000 oficiales y más de 100.000 soldados muertos. Aún colea el año 1896.

En la Península, además de motines, sublevaciones republicanas y aparición de bandidos en grande escala, tuvimos una guerra cantonal y otra carlista que duró tres años, quedando la Nación en la miseria con una deuda espantosa.

La ambición de los políticos y el viva de España con honra nos costó ríos de sangre, millares de millones de pesetas y ninguna ventaja positiva. Se lucieron.

La revolución concedió una gracia general á los que en el ejército no se sublevaron, que fueron los más. A los que la ayudaron les dieron cuanto deseaban. Me hicieron teniente coronel; una desgracia, porque tornaba á ser capitán ó á la paga de la referida clase. Sólo la cobré de comandante un año. El nuevo Director de la Guardia civil nos dijo que conocía y apreciaba nuestros buenos servicios, á varios empleados de la Secretaría, pero..... que tenía que colocar á otros.—Para eso se sublevó S. E.—Me castigaron por borbónico, pasé seis años á medio sueldo, sin más trabajo que buscar antigüedades, sentir los infortunios de la patria, reirme de los patrioteros, y sobre todo, de los estúpidos que creían serían más decentes los políticos de la gloriosa que lo habían sido los que contribuyeron á la caída de la reina Isabel.

Al salir echando chispas por la puerta de la Dirección, entraba uno que de paisano acababan de darle el empleo de coronel de la Guardia civil; pronto llegó á general. Al verle y recordar que la marina exreal (el 29 de Septiembre la hicieron quitar la corona del emblema que representa el mencionado

Cuerpo, el 73 en Cartagena los presidiarios sustituyeron á los jefes de la Armada), iba yo repitiendo entre dientes la décima que sigue, escrita por un oficial, herido en el combate de Trafalgar:

Me..... en la bella unión
de españoles y franceses,
en Villeneuve mil veces
y también en Lauristón.
Me..... en Napoleón
y en lo muy mal que combina;
también me..... en Gravina
porque no remedió el daño.
Y en fin me..... en Escaño
y en toda la Real Marina.»

UN SOLDADO VIEJO.

RECUERDOS.

Ni eran días para emprender mi viaje á Palencia, ni me agradaba mucho salir de Madrid, llevándome al nuevo distrito las tercianas que del antiguo traje; ni el estado de agitación en que toda España se hallaba exigían imperiosamente la presencia inmediata de un ingeniero novel y subalterno, tal como yo, en la provincia á que había sido trasladado.

¿Qué le importaba al país—que ardía en plena revolución—que yo fuese quince días antes ó quince días después á Palencia, ni en qué se perjudicaba con esto al servicio?

Resolví, pues, quedarme en Madrid hasta ponerme bueno, y hasta ver en qué paraba toda aquella trifulca revolucionaria.

Y bueno me puse, gracias á mi padre. Y la trifulca revolucionaria concluyó por la constitución de un Ministerio Espartero-O'donnell, que rigió durante dos años los destinos del país.

¿Quién ha de decir que aquel Ministerio, aquella conciliación entre O'Donnell y Espartero había de inspirarme, ó por mejor decir, había de depositar en mi cerebro el germen de *El Gran Galeoto*, drama que escribí tantos años después?

¿Qué tiene que ver la política con mi drama?

¿En qué se parece la fusión del jefe de los progresistas con

el jefe de los generales de Vicálvaro, á una fábula dramática, en que el amor y la murmuración son los resortes principales?

Pues, sin embargo, esta incongruencia, esta extravagancia, este disparatado maridaje ha sido una realidad.

Yo lo aseguro bajo palabra de honor.

La idea de *El Gran Galeoto*, clara, distinta, profunda ó superficial, como ella sea, nació en el bienio progresista.

La ley de sociología, la ley pasional, la ley biológica, pudiera decir, que entraña mi obra, en aquella época, se dibujó en mi cerebro con formas invariables y clarísimas.

Yo he escrito *El Gran Galeoto* porque Espartero y O'Donnell formaron Ministerio: es cosa probada.

El cómo y el por qué, ya lo explicaré más adelante, cuando llegue el momento oportuno, y ya verán mis lectores de hoy, si para entonces viven, como yo les deseo, que la idea no es ni tan rara, ni tan extravagante como á primera vista pudieran imaginar.

Pero no anticipemos los sucesos, como se dice en las novelas de folletín.

***

Y seguían su marcha turbulenta los sucesos revolucionarios, y yo en mi casa quietecito, y esperando á pie firme; ¡qué bien hice en esperar!

Por de pronto, mi padre me curó las tercianas, aquellas tercianas que llevaban seis meses de antigüedad, que brotaron en Madrid aún con más fuerza que en Almería, y que habían resistido imperturbables y perturbadoras de mi organismo á las más altas dosis de quina.

Al fin mi padre me las curó en veinticuatro horas con no sé qué preparación de arsénico.

Después de estar unos cuantos días sin que faltase de cada tres ni uno sólo la fiebre intermitente, una mañana, cuando ya sentía los preludios de la calentura, me dió mi buen padre una pequeña cucharada de un líquido ligeramente ácido, y con no sé qué preparación arsenical, gracias á la que, sentí materialmente retroceder la fiebre, despejarse la cabeza, recobrar su energía el cuerpo, y volver todo mi organismo á su normalidad.

Y se acabaron las fiebres intermitentes.

Es que mi padre, como médico, tenía un acierto verdaderamente prodigioso.

Yo lo vi una, y dos, y cien veces. Personas, que para un profano en la ciencia médica, y áun para muchos médicos, estaban buenas, y de las que decía mi padre, «morirá dentro de un año, ó dentro de dos, ó no vivirá mucho, que á cuatro años no llega», y la sentencia se cumplía por manera infalible.

Otras veces decía de un enfermo desahuciado en junta de doctores: «Cá, ese no se muere», y como por milagro resucitaba.

Recuerdo el caso del cura de San Bartolomé, en Murcia, caso que ocurrió á los poces meses de establecerse mi padre en dicha capital.

Decían que el cura de San Bartolomé estaba tísico en tercer grado: por muerto le habían dado todos los médicos, y una semana de vida le concedían á lo sumo, cuando le vió mi padre pasar en coche hacia la iglesia á no sé qué función ó rogativa.

No hizo más que verle, y dijo á las personas que le acompañaban, es decir, que acompañaban á mi padre:

—¿Y ése es el que aseguran que está tísico? Ni está tísico, ni debe morirse si saben curarle: *con cuatro cuartos de nitro le curo yo.*

La frase corrió como el rayo por la población.

—¡Jactancias del médico de Madrid!—decía todo el mundo.

Pero la familia del enfermo se enteró; se enteró el mismo enfermo; y, como era ya cosa perdida, áun los médicos que le curaban y asistían le aconsejaron que se llamase á mi padre, quizá con la esperanza, algunos de ellos, de que se desacreditase para siempre el vanidoso médico de Madrid, que venía con mucha ciencia nueva, con muchas arrogancias, y que además, cuando llegaba el caso, daba pruebas de gran energía personal, haciendo retroceder á más de un fanfarrón de oficio.

Ello fué que mi padre se encargó del enfermo; y no sé si con los cuatro cuartos de nitro, pero en todo caso, en el espacio de un mes el enfermo estaba completamente bueno; y en una solemne función de iglesia, á que asistió todo Murcia, decía misa, en acción de gracias, el resucitado cura de San Bartolomé.

Y es que mi padre reunía, á toda la ciencia médica conocida por entonces, á todas las ciencias auxiliares, principalmente la Botánica, en suma, á grandes conocimientos teóricos, una práctica tan variada, tan rica y tan constante, tan de todos los días y de todas las horas, que pocos médicos, áun de edad avanzada, hubieran podido competir con él. Yo no diré, como vulgarmente se dice, que le habían salido los dientes viendo enfermos; pero que viendo centenares de enfermos le habían crecido las barbas, esto sí que no admite duda.

A los quince años había entrado—como dije en otra ocasión—en el hospital de San Carlos, y su carrera desde entonces, hasta que se trasladó á Murcia, fué á la vez teórica y práctica. Dos ó tres horas en clase estudiando teorías; y el tiempo que quedaba de las veinticuatro horas, casi íntegro, sin más que unas pocas para dormir y comer, viendo ante sí el ejemplo vivo (si puede hablarse de vida ante los gérmenes de la muerte) de todas las enfermedades y de todos los enfermos que van desfilando por las tristes salas del tristísimo hospital.

Por eso su práctica, como acabo de decir, era grande; por eso su ojo médico, como vulgarmente se dice, era verdaderamente excepcional.

¡Cuántas ideas sobre Medicina le he oído explicar en mi juventud, que ahora oigo repetir como grandes novedades! Que él en muchos problemas médicos tuvo el presentimiento de la ciencia moderna, es para mí cuestión indiscutible y evidentísima.

Por lo pronto, en veinticuatro horas me curó para siempre aquellas formidables tercianas, que parecían no tener fin hasta no conseguir el mío.

Desde entonces, el arsénico ha sido para mí una de las sustancias más simpáticas que existen en la química.

¡Que da la muerte á veces! ¿Y esto qué prueba? Que no se le trata con aquella consideración y aquel respeto á que es acreedor por su noble naturaleza.

Hasta la vida misma puede ser causa de muerte si torpemente se la dirige.

***

La obra de la revolución comenzaba á regularizarse. Los ministros empezaban á funcionar, como funcionan siempre en casos tales: disponiendo grandes cambios en el personal de la Administración.

Algunos profesores de la escuela salieron de ella para ocupar otros puestos; resultaron vacantes, y para ocupar una de ellas fuí nombrado profesor de la Escuela de Caminos, encargándoseme la clase de Stereotomía, que comprendía el corte de piedras, metales y maderas; y al mismo tiempo, por ser el más joven, se me dió el cargo de secretario.

Y aquí acude á mi memoria un hecho curiosísimo, digno de estudio, que entraña problemas todavía misteriosos de la biología, y de que voy á dar cuenta á mis lectores en estos que considero, como tantas veces he dicho, á modo de documentos humanos, ya que tan de moda está la historia documental de los individuos.

El hecho es curiosísimo; me ha dado mucho que pensar; es único en mi existencia; lo he consultado con personas muy competentes, y nadie me lo explica de una manera satisfactoria.

Es nada menos que un problema *de lo inconsciente.*

Yo, por entonces, ni sabía ni sospechaba que existiesen tales problemas. Me hice cargo de ellos y los tomé en cuenta para mis meditaciones muchos años después, como lo diré á su debido tiempo; porque á su debido tiempo he de decir todo lo que se me ocurra y todo lo que me haya ocurrido en el orden literario, científico, político, económico y hasta sociológico. Conque vayan pensando mis lectores si tendré que ir sacando documentos del repleto y ya casi empolvado archivo de mi memoria.

Y vamos al hecho, al problema ó al documento, como se le quiera llamar, que todos estos nombres pudiera dársele.

***

He dicho, que por ser el profesor más joven, se me encargó la secretaría de la escuela, y no había pasado la primera semana cuando me llamó á su despacho el director y me mandó, que citase á junta ordinaria á los profesores para el día siguiente.

Yo mismo extendí la minuta, porque era el primer encargo que como á secretario se me hacía, y con ser tan insignificante, áun así y todo lo consideraba yo como asunto muy serio.

Siempre he tenido empeño en cumplir bien y debidamente mi obligación, descendiendo, á ser preciso, y áun no siendo preciso, á los más nimios pormenores: hay que hacer las cosas á conciencia. Decididamente yo soy hombre de conciencia; me precio de ser justo con todo el mundo y no quiero ser injusto conmigo mismo.

Así pues, redacté yo mismo la minuta de citación.

Le llamé al escribiente y le mandé que extendiera tantas copias como profesores y que me las trajera á firmar.

Así lo hizo, y yo leí atentamente los oficios; me convencí de que estaban conformes con la minuta; firmé en todos ellos; y como Dios descansó al séptimo día de la creación, yo descansé también.

Dieron las cuatro, acabó la escuela, me fuí á mi casa y estuve leyendo, según costumbre, obras de matemáticas durante un par de horas. Comí como siempre, sin la menor preocupación. Después me fuí como siempre al teatro, sin acordarme para nada ni de los oficios, ni de la junta, ni de la escuela; y á las doce y media volví á mi casa, porque siempre he sido hombre de costumbres morigeradas y severamente regulares; estoy decidido á enaltecer mis buenas cualidades. Me debo también esta justicia y con satisfacción me la pago. Y después de leer un rato no sé qué novela (que esta es la hora que á las novelas consagraba y consagro todavía) me quedé tranquilamente dormido sin la menor agitación de espíritu.

Al menos esto creía yo. Pero bien pronto me convencí, que un hombre puede estar hondamente preocupado sin saberlo ni sospecharlo.

Han de saber mis lectores, que yo he dormido siempre de siete á ocho horas, y que mi sueño es continuo; por lo regular, sin sueños ni pesadillas.

Es una línea negra que separa las dos líneas luminosas de dos días consecutivos.

Mi sueño es negro casi siempre; completamente negro: la conciencia se eclipsa de una manera total; no pienso, no me agito, no tengo crepúsculos; mi dormir es un túnel de negrura absoluta entre la boca de entrada y la boca de salida.

Jamás, pues, me despierto á media noche, como no sea cuando estoy enfermo. Desde que pierdo la conciencia, á eso de la una ó una y media hasta que me despierto á las nueve, no hay en mi sueño intermitencia alguna.

Este dato es importantísimo porque da carácter extraordinario, en medio de su trivialidad, al fenómeno fisiológico ó psíquico que voy describiendo.

Aquella noche, por excepción, me desperté de pronto, á eso de las cuatro de la mañana. Me desperté sin transición, pasando de pronto del sueño más profundo á la vigilia más absoluta.

Y me desperté con esta idea perfectamente clara: *en la citación para la junta de mañana se me ha olvidado poner la hora*. He dicho que hay junta; que los señores profesores deben asistir; pero no he dicho á qué hora debe celebrarse: de modo que va ser una plancha monumental: todo lo monumental que puede ser la plancha de un secretario.

Ahora recuerdo que no empleé esta pintoresca imagen ¡hacer una plancha! puesto que el modismo es de época más reciente. Pero de todas maneras, la idea subsiste; yo me vi en ridículo ante todos mis compañeros. Para ser el primer acto que realizaba como secretario, la verdad es que me había lucido.

Ya no pude dormir en toda la noche. Me levanté muy temprano, me fuí á la Escuela, hice venir al escribiente y se corrigió mi lastimosísima distracción.

Pero el problema subsiste, y el problema es profundamente misterioso.

Cuando yo redacté la minuta, claro es que no tuve conciencia de mi distracción. No pude enterarme, por lo tanto, de que en la minuta no constaba la hora de la junta.

Cuando repasé las copias, que me trajo el escribiente, tampoco noté la falta de aquella circunstancia: si la hubiera notado, claro es que la hubiera corregido.

Yo salí aquella tarde de la Escuela sin la menor preocupación. Hice mi vida de siempre; como siempre, me dormí á la hora regular; y durante tres horas ó cuatro dormí con el sueño tranquilo de costumbre. ¿Quién me despertó, pues, á las cuatro de la madrugada?

¿Qué parte de mi organismo cerebral, qué celdilla de mi

sistema nervioso se había enterado de aquello de que no me había enterado yo? ¿Y por qué tardó tanto en avisarme? ¿Y cómo tuvo energía suficiente para despertarme, rompiendo el sueño profundísimo en que yo me hallaba?

Se dirá que *lo inconsciente;* pero, en el caso presente, ¿qué significa esta palabra?

Aunque exista *lo inconsciente* para ciertas sensaciones débiles ú obscuras, ¿cómo puede funcionar en actos del orden moral y del orden intelectual en que parece que la conciencia es necesaria?

No es que yo niegue nada. Estas interrogaciones sólo significan dudas, problemas y dificultades; no significan negaciones por tal ó cual sistema filosófico inspiradas.

De todas maneras, el caso ó fenómeno me ha parecido siempre por todo extremo curioso. Y no deja de enorgullecer á cualquier individuo, por modesto que sea, ser portador en el mundo psíquico de un caso tan extraordinario como este, á pesar de su trivialidad aparente.

Si se tratase de una pura sensación recibida, sin carácter ni valor intelectual y lógico, pongo por caso, un ruido grande, una emoción violenta, compréndese que las ondas vibrantes del ruido ó de la emoción anduvieran perdidas, digámoslo así, por el sistema nervioso, y áun por todo el organismo, y que, al cabo de algún tiempo, aprovechando la calma del sueño, se reunieran y condensasen, cayendo de pronto sobre la conciencia y despertándola.

Pero, fíjese el lector, en que no es este el caso de que se trata.

Trátase, no de una sensación, sino de *una idea;* de una idea, repito, que si no se comprende, no tiene valor ni fuerza. Trátase de que, mientras *el yo de mi conciencia* no se había enterado de que en la minuta y en los oficios faltaba la hora de la junta, *otro yo* inconsciente, á pesar de serlo, se había hecho cargo de aquella omisión: no por su fuerza material, ni por lo violento de la sensación, sino por su *valor lógico*, por su *tras-*

cendencia moral (si vale la palabra); por refinamientos de la vida; en suma, porque yo iba á verme en ridículo.

La sensación sorda ó inconsciente, compréndese como puro movimiento: una parte de las celdillas de mi cerebro puede estar vibrando sin que yo lo sepa: pero *una idea* lógica, pensada y juzgada y al mismo tiempo *inconsciente*, es un problema estupendo.

Saber que no se ha puesto la hora en un oficio (sin saberlo); tener conciencia de una irregularidad del orden intelectual (sin tener conciencia de ella); esto es muy hondo y casi incomprensible: porque, al menos aparentemente, implica contradicción.

Pues ello es que así sucedieron las cosas. Yo, por distracción no puse la hora en el oficio, y no me dí cuenta de ello: no tuve conciencia de la falta. Y no parece sino que dentro de mí hay *otro yo*, que piensa por su cuenta; y que nunca se pone en relación conmigo sino en casos muy excepcionales. Y este *segundo yo*, á quien no me atrevo á llamar *lo inconsciente* porque conciencia tenía, por lo visto, y más despierta que la mía propia; este inseparable compañero, que allá anda invisible por las profundidades espirituales, que quién sabe si será así como un repliegue de mi propio espíritu con autonomía intelectual suya; este yo duplicado se enteró de mi distracción y comprendió su relativa importancia y sin duda estuvo diciendo para sí, toda la tarde y toda la noche: «pero, este pobre chico se va á poner en ridículo, y va á tener mañana un disgusto; hay que avisarle.»

Yo estoy seguro, que me estuvo avisando durante muchas horas; que me estuvo gritando con toda la voz de sus psíquicos pulmones: «¡Eh, compañero, que se te olvidó poner la hora á que ha de celebrarse la junta!»

Y yo, entregado á las distracciones de la vida ordinaria; en el tumulto de la calle; en la absorción del espíritu por el estudio cuando volví á casa; en conversación con la familia durante la cena; en la distracción que produce el espectáculo teatral;

marchando, en suma, en una corriente de sensaciones poderosas, no podía oirle; mi atención solicitada por las sensaciones y los ruidos de fuera no podía atender á las vocecillas de dentro; en vano me gritaba mi otro yo; en vano mi cerebro, ó mi sistema nervioso me mandaba avisos sobre avisos. Para mí, aquellos avisos y aquellas voces, eran como si no fuesen.

Pero me dormí; cesaron las sensaciones exteriores de invadir mi sistema nervioso; se restableció en él cierta calma, y entonces el otro yo sacudió con fuerza las celdillas cerebrales y consiguió despertarme, comunicando á mi conciencia aquella idea, que tan clara vi al punto de recobrar el sentido: «en el aviso á los profesores no he puesto la hora de la junta.»

Ya sé que esto no es una explicación del fenómeno; porque no es más que decir, bajo otra forma, lo mismo que pasó.

La explicación pueden buscarla los fisiólogos, los psicólogos, y áun los metafísicos. Yo, por mi parte renuncio á resolver la dificultad, y me contento con haber sido espectador privilegiado de tan singular fenómeno.

* * *

Nunca me ha ocurrido nada que se parezca á lo que minuciosamente acabo de referir. Sólo otra vez, cuando yo tenía ya 28 ó 30 años, ocurrióme algo que puede tener cierta semejanza, aunque muy remota, con el ejemplo precedente.

Pero este nuevo fenómeno ya es más común.

He aquí lo sucedido.

Acababa de estudiar dos hermosísimas obras de matemáticas de un insigne geómetra francés—Chasles—á saber: la Geometría superior y el Tratado de cónicas; y andaba yo á vueltas con las relaciones anarmónicas y con la involución.

Se me presentó, con aquel motivo, un problema de cónicas, y no pude resolverlo por más esfuerzos que hice.

Estuve muchos días asaltando la fortaleza inexpugnable del problema; y ¡siempre inexpugnable!

Era una obsesión constante. Daba mis clases distraído, ha-

blaba distraído con la gente, me dormía inquieto, y me despertaba de mal humor.

Cuando yo no puedo resolver un problema, estoy constantemente nervioso é irritado. Los que me ven y me tratan con alguna intimidad, creen que tengo algún disgusto muy profundo: y en efecto, lo tengo, porque un malestar profundísimo invade todo mi ser. Hay algo de enojo; casi me atreveré á decir de ira; me parece que las leyes de la naturaleza se mofan de mí. Hay también un sentimiento de humillación: se me figura que decididamente soy un imbécil ó un mentecato.

El no poder resolver un problema me ocasiona un malestar mucho más hondo que el fracaso de un drama. Cuando un drama sale mal, allá en el foro interno, casi siempre me pongo de parte del público y áun de la crítica; y concluyo por decirme á mí mismo, con la más sincera convicción, y quién sabe si á veces con injusticia notoria: ¡va! ¡dicen bien! ¡el drama es una soberana tontería! Y no vuelvo á ocuparme más de la obra que fracasó. El disgusto no dura más de 24 horas.

Pero cuando no puedo resolver un problema: ¡qué vergüenza! ¡qué desesperación! ¡qué desaliento! Y al fin, ¡qué tristeza!

Pues el problema de que se trata se resistió como un condenado; después de muchos días de esfuerzos estériles tuve que abandonarlo; y me declaré impotente y necio por complemento; y pasé á otro asunto. Y pasaron cinco ó seis meses, por lo menos.

Llegó el verano, y con mi mujer y con mi hija tomé el tren de Alicante para pasar, según costumbre, uno ó dos meses en aquel puerto.

Llegó la noche y no había modo de que yo conciliase el sueño. Ya lo he explicado minuciosamente, tan minuciosamente como la importancia del caso lo requiere: me es imposible dormir sentado; pudiendo extender el cuerpo, puedo dormir sobre las piedras casi como si las piedras fuesen un colchón de pluma; pero me es imposible dormir sobre la más cómoda butaca.

Sin embargo, como no había dormido durante dos noches, por haber estado algo enferma la niña, el cansancio, á veces, me rendía. Me rendía por unos cuantos segundos; pero en cuanto se me doblaba la cabeza, despertaba de pronto.

Ni estaba completamente desvelado, ni estaba completamente despierto; ni perdía la conciencia por completo, ni estaba la conciencia en su plenitud; era una especie de crepúsculo soñoliento: en nada se fijaba mi atención: casi obscurecida, vagaba la conciencia de una á otra parte sin posarse en ninguna: desde luego puedo asegurar que no pensaba en ningún problema de matemáticas.

De pronto, en aquellas neblinas del sueño, se dibujó con toda claridad *una figura geométrica;* y aquella figura se refería positivamente al problema á que antes he hablado, que tanto me había dado que hacer seis meses antes sin haber podido encontrar la solución, y del cual no había vuelto á ocuparme en todo este tiempo.

Pues en aquella figura vi claramente la solución del problema. Despejóse mi inteligencia, desperté por completo y mi conciencia entró en su plenitud.

No había duda; había resuelto el problema sin pensar en él. Mejor dicho, la imaginación me lo había dado resuelto de pronto, sin esfuerzo alguno de mi voluntad olvidadiza.

Ya no dormí más para no perder ú olvidar aquella idea; y en cuanto amaneció y se vió claro dentro del vagón, saqué un papel y un lápiz, reproduje la figura, que en sueños había visto, y me convencí—con alborozo—de que el problema estaba bien resuelto: definitivamente resuelto.

Es el segundo favor que he debido á *lo inconsciente*, ó, si se quiere, al *otro yo*, que por lo visto, á todas partes me acompaña, aunque silencioso y prudente, como persona de buena educación.

Y basta de psicología.

José Echegaray.

LA PRENSA INTERNACIONAL.

ENSUEÑOS.

I.

Solían llamar á Ella «La niña de la trenza». Pero, por pesada que fuese esa trenza, si hubiera pertenecido á una muchacha menos fresca y menos graciosa, nadie se habría fijado; y sin embargo, era en verdad la trenza más pesada que nunca se vió en la pequeña ciudad.

También acaso pareciese más pesada de lo que fuese realmente. ¡Era tan pequeña Ella! ¿Hasta dónde le llegaba la trenza?.... Santo Dios... ¿cómo decirlo?... Más abajo, mucho más abajo de la cintura. Su color era indeciso y hasta difícil de indicar bien. Tiraba un poco á rojo; pero como en la capital llaman rubio á eso, rubio lo llamaremos nosotros también, y más no teniendo gran costumbre de distinguir de matices.

Tenía unas facciones muy correctas, una boquita de labios regordetillos, y unos ojos muy francos. Era de notable blancura su tez, y bien formado su breve talle, á pesar de lo un tanto corto de sus piernas, que siempre iban casi corriendo á paso menudito y rápido. En todo tenía la niña idéntica vivacidad, y, sin duda por eso, la trenza traía un tragín mayor del que las trenzas acostumbran á llevar.

La madre de Ella era viuda de un funcionario; vivía de la pensión y de una modesta fortuna; habitaba en una casita suya propia, frente al *Grand Hôtel*, en la plaza. Era una mujer dulce y apacible, que sólo vivió para su marido. Al perderlo, quedóse sin fuerzas, y se entregó á la devoción. Pero, no sabiendo ni gustándole dominar, dejó en completa libertad á su hija única, cuyo carácter se parecía mucho al de su padre.

La viuda no frecuentaba el trato de nadie, excepto el de una hermana mayor, que poseía una gran hacienda en los alrededores. La niña Ella iba allí con sus amiguitas; siempre las mismas, porque una prudencia ingénita la guiaba en su elección, atemperando además su viveza natural con la calma de su madre y la tranquilidad de la casa.

«La niña de la trenza» sabía ser activa y vivaracha sin precipitarse, y conservando siempre un absoluto dominio de sí misma.

Por eso pareció más extraordinario lo que hubo de acontecerla cierto día, cuando contaba catorce ó quince años de edad. Fué con algunas amigas á un concierto dado por el orfeón de la pequeña ciudad, por Nochebuena, á beneficio de los pobres; en él tenía que cantar Aksel Aaroe la tan conocida melodía que empieza con estas palabras:

«¡Duerme en paz!»

Al principio, entonó el coro á media voz el canto. La escena estaba bañada por la luz de la luna; y entre esa claridad, la hermosa voz de barítono de Aaroe, clara y vibrante, avanzó poco á poco, como á fuerza de remos. Pero bajo esa voz Ella oía otra, un eco débil y doloroso que, á su parecer, todo el mundo debía oir también. Apoderóse de su ánimo una emoción profunda, una conmovedora confianza en aquella voz, que parecía decir: «¡Dolor, dolor, es mi lote; estoy perdido, sin remedio!» Ella permanecía inconsciente, próxima á llorar, sin haber oído nunca nada semejante. Poco á poco subió de punto la emoción, hasta el extremo de que, sin advertirlo, perdió todo imperio sobre sí misma.

Allí estaba él de pie, alto, esbelto, bajándole hasta el pecho la sedosa barba rubia. Sus grandes ojos, tristes y hermosos como su voz, parecían decir también: «¡Dolor, dolor!»

Ya había notado Ella la tristeza de esos ojos, pero no la comprendió bien sino al oir la voz. Estaba á punto de derramar lágrimas, pero era preciso contenerlas: nadie lloraba en torno suyo. Luchaba con todas sus fuerzas, apretando los labios, con los brazos cruzados, juntas las rodillas una contra otra, toda temblorosa.

¿Por qué le acontecía eso á ella y no á las demás? Apretóse la boca con el pañuelo, y quiso arrojar de sí sus ideas, lejos, muy lejos, hacia la costa donde había visto los faros lucir y apagarse, y cubrirse el mar tan á menudo de apariciones fantásticas. Pero todo fué inútil: volvían siempre sus pensamientos, sin querer apartarse de allí. El pañuelo, las manos, nada pudo detener el primer sollozo. Al cabo estalló; y ante las sorprendidas miradas de todos, levantóse Ella, se dirigió á la puerta con rápido paso, y huyó. No la siguió nadie, ninguno quiso aparentar siquiera haberlo advertido.

Lector, ¿comprendes bien lo grave del caso? ¿Has asistido alguna vez á uno de esos conciertos («mudos» iba á decir) en una ciudad pequeña de las costas de Noruega? Apenas van hombres allí; sea porque no les agrada la música, sea porque acudan al Casino, ó á cualquiera otro sitio, prefiriendo los naipes, el ponche y los periódicos. Sin embargo, aún suele verse alguno que otro, de pie en la puerta, como quien está en su casa, y dando un vistazo á los extraños. Vénse otros desperdigados entre los colorines de las faldas, como ramas rotas cogidas entre la corteza de un árbol; también se ven algunas muestras de ellos contra las paredes, como gabanes colgados allí.

Quien va á los conciertos, sin faltar nadie, es el personal femenino de la ciudad. Las ancianas asisten para soñar con hermosos versos y conmovedora música en lo que antaño creían ser, y también en lo que pensaban llegar á ser algún día: por

supuesto, ensueños nada peligrosos, á los cuales mézclanse siempre para atenuar su efecto un poco de olor á cocina y de mal humor conyugal.

Las mujeres más jóvenes sueñan que son lo que las otras creían ser antaño, y que alcanzarán lo que no consiguieron sus predecesoras: porque conocen la vida, y sabrán arreglárselas mejor.

Sin embargo, en un punto coinciden ambas edades: todas esas mujeres son de un espíritu práctico y no se arriesgan á ir demasiado lejos, comprendiendo claramente que la luz que vierten sobre ellas las obras del genio no debe tomarse en serio del todo, sino tan sólo por lo que vale.

Por eso, cuando le acontece á alguna creerlo á la buena de Dios y dejarse llevar del sentimentalismo, si la cosa ocurre en la intimidad, es simplemente una niñada; pero en público ¡gran Dios! eso se llama *comprometerse*. Ella se había «comprometido».

No tuvo límites su terror. Era, de todas las jovencitas de su círculo, la última á quien tal cosa hubiera debido acontecer, pues no llevaba las lágrimas en el bolsillo y lo que más le repugnaba era llamar la atención. ¿Qué quería decir eso, santo Dios? Tenía gusto por la música, tocaba el piano, pero no se creía de grandes facultades artísticas. ¿Por qué la había conmovido, pues, de tan extraño modo aquel canto?

¿Y él, qué iba á pensar de ella? ¡Una chiquilla, una mocosuela! Esto era lo que sobre todo la atormentaba, áun cuando no había dicho una palabra de ello á bicho viviente. Estuvo sin salir de casa algunos días seguidos, huyendo de la sociedad y aguantando las cuchufletas de sus amigas, sin chistar.

Aquel invierno hubo una serie de bailes, uno de ellos en casa del cuñado de Aaroe, «Armesen del Rincón», al cual fué invitada. Acaba de concluir el segundo rigodón, cuando oyó exclamar varias veces en torno suyo:

—¡Aquí está Aksel Aaroe, aquí está Aksel Aaroe!

Y, en efecto, allí estaba en el hueco de una puerta, rodea-

do de amigos: estos señores habían dejado los naipes un momento para ir á ver el baile.

Sintió subirle á la cara llamaradas de rubor, dobláronsele las rodillas y creyó que se iba á caer; no compreladía ni veía nada, nada más que dos grandes ojos fijos en ella.

Después oyó que la decía:

—¡Qué magnífica trenza tiene usted!

Su voz parecía llena de polvo de oro. Pero bien pronto se alejó, al ver la honda turbación de la joven. Durante el curso del sarao, sintió ella aún varias veces su mirada fija; pero Aksel no se acercó. Sus amigos tomaron parte en el baile; él no bailaba nunca.

Había en Aaroe un no sé qué, de un encanto inexplicable para Ella: una reserva un poco altiva, una elegancia en la apostura, un modo de ser lento y vacilante, que en su andar y en todo producía la impresión de que no se entregaba sino á medias. Hasta en su manera de volver la cabeza encontraba Ella algo de artista...

Todo había desaparecido para ella entre una oleada de luz; extinguióse luego de pronto esa luz y la joven oyó preguntar en derredor suyo:

—Pero ¿dónde está Aksel Aaroe?

—Acaba de marcharse.

Fué muy corta la estancia de éste en la pequeña ciudad. Llegaba de Francia, donde pasó dos años; á la sazón iba á ir otro par de años á Inglaterra; y en efecto, poco tiempo después partió para Hull. Pero en lo sucesivo la música, que para Ella no había sido hasta entonces más que una distracción, se convirtió en un lenguaje; lenguaje querido, que con todas su fuerzas aprendió á oir y hablar. En adelante, en todas las reuniones á las cuales asistía hubo para ella alguien que allí no estaba para los demás; ya no volvió á estar sola, ni en casa ni en la calle; y su trenza, desde el elogio que de ella había hecho Aksel, tuvo para Ella la importancia de un emblema sagrado.

Por la primavera, encontró un día en la calle á la señora

Holmbo, una amiga de la hermana de Aksel. Esta señora la dijo:

—Recuerdos me han dado para usted. ¿Adivina usted de parte de quién?

Ruborizóse Ella y se quedó muda.

—Ya veó que sabe usted de quién proceden—prosiguió la señora de Holmbo, al paso que Ella se ruborizaba á más y mejor al oir tales palabras.

La hermosa señora añadió, con leve sonrisa:

—Aksel Aaroe no escribe á menudo. Esta es su primera carta desde que se fué, y en ella encarga expresamente memorias de su parte á *la niña de la trenza*. «Lloró al oir la romanza *¡Duerme en paz»!*—dice.—Ninguna de vosotras hicisteis otro tanto.»

Y como al oir esas palabras brotasen las lágrimas de los ojos de Ella, exclamó la señora Holmbo, consolándola:

—¡Vamos, vamos! No hay mal ninguno en eso.

II

Dos años más tarde, un día de invierno, regresaba Ella de patinar, con los patines en la mano. Llevaba un vestido nuevo, ajustado, y sólo para lucirlo era por lo que había querido salir. Bajo su gorrito gris saltaba alegremente la trenza, más gruesa, más larga y más pizpireta que nunca.

Como de costumbre, dió un rodeo para pasar por delante de la casa de la hermana de Aaroe. Ver la casa era para ella una gran cosa. Y precisamente en el momento de llegar de-

lante de la casa, vió en la puerta á Aksel Aaroe, que bajaba despacio por la escalinata.

¡Estaba, pues, de regreso! Destacábase con elegancia su barba rubia sobre el abrigo negro de pieles; una gorra, también de piel, cubríale la frente hasta los ojos, ¡sus grandes ojos negros tan arrebatadores! Se miraron al cruzarse. Él se descubrió sonriéndose, mientras que ella se detuvo en firme é hizo una reverencia como una colegiala. ¡Y decir que desde dos años á la fecha ya no saludaba así, sino sencillamente con la cabeza, como una señora! (Cuando se es una polluela, se estima con más rigorismo ese derecho.) ¡Y cátate que ante él, para quien sobre todo quisiera aparentar ser una mujercita hecha y derecha, se pone á hacer una reverencia como la última vez que le vió!

Y para colmo de desventuras, desconsolada aún por este desastre, ¿no se precipita á otro desastre nuevo? Decía para sí:

—¡No vayas á volver ahora la cabeza! ¡Derechita y sin volverte! ¿Oyes?

Pero, en la esquina de la calle, en el momento de ir á perderse de vista..... ¡cataplúm, se vuelve.... precisamente para verle á él hacer otro tanto!

Loca de vergüenza, continuó como ciega su camino: para ella habían desaparecido cosas y personas. Nunca supo cómo regresó á casa, ni cómo se halló en la cama, con la cabeza en la almohada, sollozando.

Quince días después, hubo velada en el Casino en honor de Aksel Aaroe; toda la juventud quiso dar la bienvenida al querido compañero, á quien la ausencia había hecho crecer aún más ante sus ojos. Contábanse sus triunfos en Inglaterra, decíase que si hubiese tenido una voz más extensa, de seguro lo hubieran contratado en el Teatro Real.

Aksel había prometido cantar. El orfeón de la ciudad, del que había formado parte, iba á acompañarle de nuevo.

Como es de presumir, Ella acudió á la fiesta; y hásta llegó demasiado temprano. Sólo cuatro personas habían ido antes;

y quedóse yerta en las salas vacías, sobre todo en aquel gran salón donde se había «comprometido» en otro tiempo. Iba vestida de rojo, sin flores ni alhajas, á gusto de su madre. Temblando haberse hecho traición á sí misma con ir tan pronto, se refugió en una sala apartada, hasta el momento en que as luces y el ruido la advirtieron que ya podía presentarse sin peligro. Su corta estatura la tenía oculta entre la multitud; no vió á Aksel Aaroe sino después de haber oído decir varias veces á las personas que la rodeaban:

—¡Ahí está, ahí está!

Era que Aksel iba á saludar á la señora Holmbo. Pero un poco detrás estaba Ella; y al sentirse descubierta, se puso más roja que su vestido. Acercóse él y la dijo con dulzura tendiéndola una mano, que tomó ella sin mirarle:

—¡Buenas noches!

Y con voz aún más dulce y casi conmovida, repitió:

—¡Buenas noches!

Sintió Ella la presión de su mano y vióse obligada á levantar los ojos hacia él, enviándole con esa mirada un humilde mensaje de fidelidad y de temor. Aksel Aaroe la miraba, atusándose la barba; pero, sea que nada tuviese que decir (era muy sobrio en palabras), sea que no pudiese expresarse como quería, permaneció en silencio, mientras en torno de ellos también se callaban. Volvióse entonces de espalda despacio y se alejó, acaparado de nuevo por sus amigos; y durante el resto de la noche Ella no le vió sino de lejos. Aksel seguía sin bailar.

¡Pero cómo bailó Ella! Todo el mundo estaba conforme desde mucho tiempo antes en hallarla hechicera; y esa noche estaba más encantadora aún que de costumbre, resplandeciente, con un esplendor de gozo que la envolvía por completo. En cualquiera parte de la sala donde estuviese Aaroe, sentía Ella su presencia y experimentaba una felicidad tranquila al pasar dando vueltas próxima á él. Aksel la seguía con la vista, lo cual acababa de embriagarla de ventura.

Un hombre alto estaba de pie, apoyado en una puerta; era

de 35 á 40 años, aire pesado é imponente, con cabello negro y unos ojazos claros, de expresión audaz; en toda su persona se traslucía el carácter de un hombre de combate. Todo el mundo conócía á Hjalmez Olsen, capitán del mayor buque de vapor de aquella costa. Allí estaba, examinando al paso á todas las que bailaban y pareciéndole la más agradable de ver la jovencita del vestido rojo. En primer término, era una maravilla de finura y de gracia; además, la dicha tranquila que se desbordaba de ella refluía en él. Y cada vez que ella se aproximaba á Aksel Aaroe, recibía Hjalmez Olsen un nuevo reflejo del amor que irradiaba de sus ojos.

Ella no perdía un baile; y Hjalmez Olsen, gracias á su alta estatura, podía seguirla con los ojos á través de la sala. También ella se había fijado en él, y muy pronto la sirvió de faro en su navegación.

Apresuróse Hjalmez Olsen á ir en busca de ella, así que hubo concluído el vals, y á pedirla un baile. Esto no era empresa fácil de conseguir. Sólo tenía libre el próximo vals, el cual obtuvo; y mientras se cerraba ese convenio, todo el mundo se arremolinaba en torno de la tribuna, donde acababa de aparecer el coro. En medio de una multitud hacinada, Ella era bajita hasta entrarle la desesperación por su pequeñez; y viendo Hjalmez Olsen lo inútil de sus esfuerzos para distinguir á los cantantes, se ofreció á subirla á una banqueta arrimada á la pared. Ella no se atrevía al pronto á aceptar, pero un momento después hallóse transportada allí, antes de que pudiese darse cuenta de cómo fué. En el mismo instante aparecía en escena Aksel Aaroe, rodeado de amigos y compañeros, acogido por entusiastas aplausos. Inclinóse respetuosamente; pero los aplausos no cesaron hasta que, retirándose el coro atrás, quedó él solo en el escenario.

Antes de comenzar á cantar, había recorrido el salón con la vista; y habiendo descubierto el sitio donde estaba ella, no la quitó ojo en todo el tiempo que estuvo cantando. Dió principio; y poco á poco sus tristes ojos se hicieron luminosos:

Aunque canto para todos,
de una sola soy cantor;
y ella sola entre vosotros
comprenderá mi emoción.
Los que me estáis escuchando,
dad alientos á mi voz:
sin aquella que me inspira,
nunca oyérais mi canción.
Este camino que tomo
es un rodeo que doy;
para llegar hasta ella
ninguno tengo mejor.
Dad aliento á mis palabras;
del idioma del amor,
logren ser ellas las únicas
que entren en su corazón.

Su voz hechizaba. Nadie había oído nunca semejante mensaje de amor; y esta vez, además de Ella, muchos otros tenían los ojos llenos de lágrimas.

Hubo un momento de silencio. Esperábase otra estrofa. Luego estalló una tempestad de aplausos. Bien hubieran querido pedir que se repitiese la romanza, pero Aksel Aaroe no cantaba jamás dos veces seguidas una misma cosa, y hubo que renunciar á ese deseo.

Nunca habia oído Ella ese canto: no conocía ni la música, ni la letra. Y cuando lo comenzó Aksel, con los ojos fijos hacia la parte donde estaba Ella, creyó caerse al suelo; ¡tanto la sorprendió su audacia! Aksel, tan reservado, tan discreto, ¡cantarla eso á Ella y delante de todo el mundo! Pálida como la blanca pared en donde se apoyaba, sintió tal desfallecimiento que instintivamente miró en torno suyo buscando auxilio. Un poco más atrás hallábase la señora Holmbo, magnetizada, hermosa como una estatua. Ni siquiera advirtió la angustia de Ella, á quien lo mismo veía en ese momento como si fuese el re-

loj de la torre de la ciudad; y esa completa indiferencia hizo reprimirse á la joven. Nada significaba en el fondo la presencia de los demás, que tanto acababa de asustarla, puesto que nadie comprendía la cosa. Libre de su angustia, escuchó hasta el fin con sosiego. ¡Si á lo menos no la hubiese visto él! ¡Si hubiese logrado esconderse ella!

Concluída de cantar la última estrofa, saltó al suelo; y, una vez entre el gentío, volvió á encontrar su ensueño puro y radiante. ¿Qué más acontecería después de lo que acababa de ocurrir? En torno suyo, ojos brillantes, voces alegres, manos que aplaudían..... ¿No hubo hachones y gritos de homenaje para ella también? ¡Para él y para ella, nada más que para los dos solos!

Reanudóse el baile y Ella fué de nuevo arrebatada por el torbellino, como si en honor suyo hubiera sido toda la fiesta. Bailó radiante, pasó riéndose del brazo de uno al brazo de otro; y cuando por fin le llegó la vez á Hjalmez Olsen, parecióle á éste recibir en sus brazos una brazada de ramos de frescas flores y oir jubilosos gritos de «¡Viva Hjalmez Olsen!»

Eso le halagó muchísimo; y después cuando con una gracia infantil puso Ella sobre él su blanco brazo, se sintió en el fondo de sí mismo enteramente indigno de ella. Así, pues, la tuvo á honesta distancia, inclinando de rato en rato la cabeza para descubrir el rostro risueño de la mujercita, apoyado no sé dónde contra su chaleco.

Bien hubiera querido Ella llegar con los pies al suelo, para seguir mejor el compás; pero era imposible. El mismo Hjalmez Olssen lo hacía todo: bailaba por ella y por él, y su linda pareja hacía cortas visitas al entarimado. Todo el vals no fué para ella sino un viaje aéreo. Desde lo alto de su estatura oíala reir Hjalmez Olsen y se regocijaba con su alegría. Por eso se quedó muy sorprendido al pararse la orquesta; parecíale que acababa de empezar.

Hubo canto otra vez. Aaroe cantó una melodía de Grieg y

luego una romanza, que desde las primeras palabras conoció Ella que era de Aksel mismo:

«¡Mi amorcito lleva un velo!»

¡Qué imagen tan verdadera! ¡Y otra vez se dirigía á ella Aaroe! Sí, el velo sólo para él estaba levantado, y caíase de nuevo tan pronto como otros trataban de ver. Sí, el misterio del amor es cosa sagrada y que contiene la dicha más grande de la tierra..... Estremecíase al pensarlo, y temblaba de ansiedad y gozo á la vez. Temía las palabras que iban á salir de labios del cantante, dándola cada una nueva ocasión de temor. Con los brazos apretados contra el pecho y la cabeza inclinada, estaba allí como sacudida por las olas; y amenazaban correr las lágrimas como en otro tiempo, en ese mismo salón. Luchaba con todas sus fuerzas, pero el recuerdo de su derrota debilitaba su poder de resistencia; é iba á sollozar cuando el canto, precisamente en ese momento, habló de sollozos. La coincidencia era harto extraña y destruyó su emoción; en vez de llorar, sintió Ella fuerte tentación de echarse á reir.

Entusiastas aplausos recompensaron al cantante. Hubo empeño en oirle por segunda vez, esperando vencer su resistencia; pero se negó. En ese momento pasaba un grupo de señoras por delante de Ella, y dijo una:

—¿Se han fijado ustedes en la Sra. Holmbo, cómo se escondía para llorar?

—¡Ya lo creo! Pero, ¿la vieron ustedes durante la primera romanza? De pie, encima del banco. Para ella ha cantado todo el tiempo.

. . . . . .

Muy poco después (podrían ser las dos de la madrugada), una pequeña forma femenina, arrebujada cuidadosamente con su abrigo, iba como una flecha por las calles. Fácilmente se veía en su traje que salía del baile. Pero, ¿por qué sola, á esas horas, no habiéndose concluído el sarao? Iba muy de prisa. ¡Algo grave debía de haberla acontecido!

Era Ella, corriendo á todo escape hacia las noches sin sueño y los días sin gozo.

Al amanecer, los amigos de Aksel Aaroe llevaron á éste á su casa, borracho perdido. Unos dijeron que tomó un vaso de aguardiente *whisky*, creyendo beber cerveza; pretendieron otros que se había vuelto un beodo intermitente, de esos que beben á intervalos fijos; y algunos afirmaban que siempre lo fué. Por supuesto, ya lo era también su padre.

Pocos días después, embarcábase á la sordina para América.

III.

Al mismo tiempo partía para el Oceáno otro de los personajes de la velada: Hjalmez Olsen. Y cuando capeaba temporales, poníase á beber grog y con gran sorpresa por su parte encontraba un recuerdo de aquella reunión: la joven del vestido rojo, con su larga trenza. Hjalmez Olsen estaba seguro de haberse conducido con ella como un perfecto caballero.

Sin embargo, al principio no le preocupó. Habiendo roto ya dos compromisos de matrimonio, estaba resuelto á casarse inmediatamente, sin largo noviazgo. Por supuesto, esas ideas no le absorbían gran cosa; en cada punto de escala hallaba distracciones de sobra. Pero navegando, al estar á solas con el grog delante, ¡siempre volvía á encontrar á «la niña de la trenza!»

¡Cómo le había mirado! Enternecíase nada más que de pensarlo. No era de su agrado el escribir; sin eso, ya lo hubiese hecho ahora. Pero, al llegar á Kristianía, sabedor de que la madre de Ella estaba moribunda, pensó en ir en seguida á ver á la joven. Quizá la conmoviese su visita en ese momento.

Dos días después hallábase sentado ante Ella, en la casita, delante de la fonda. Sus manazas, negras de pelos y curtidas por el sol, descansaban en sus rodillas, mientras se inclinaba risueño hacia Ella, preguntándola si le quería.

—Ahora no estoy para pensar en nada de eso—respondió Ella, levantándose y yendo á ver las flores junto á la ventana.

Olsen se vió también obligado á levantarse.

—Quizá me responda un poco más adelante—pensaba.

Y la expresó esta esperanza con un poco de torpeza, pero con mucha claridad. Ella meneó la cabeza, sin alzar los ojos.

Fuése Hjalmez Olsen; y, una vez fuera, habiéndose equivocado de camino, vióse obligado á volver pies atrás. Al ver de nuevo la casa, la casita de muñeca, le entraron furibundas ganas de arrojarlo todo al mar.

Por la noche, salió embarcado para Kristianía; y poco después recibió Ella una carta dándole excusas, donde explicaba que había creído hacer bien al ir á verla, pero que en cuanto estuvo en su presencia, comprendió que se había engañado, y la rogaba que no le guardase rencor.

Al siguiente mes llegó otra carta. Esperaba que Ella le hubiese perdonado; por su parte, no podía olvidarla. Y no decía ni una palabra más.

Estas dos cartas produjeron buena impresión en Ella. Su forma era correcta, y probaban una constancia lisonjera para la joven. Pero ni por un instante se le ocurrió que aquella indirecta petición de relaciones amorosas exigiese alguna respuesta.

Su madre había fallecido; encontrábase Ella en posesión de la casa y de una fortunita modesta. Queriendo ponerse en condiciones de bastarse á sí misma, partió para Kristianía, con el propósito de perfeccionarse en la música. Por supuesto, no estaba segura aún del camino que iba á tomar. Vivió allí sola, sin amistades en la ciudad, continuando en el aislamiento sus proyectos y ensueños. Entonces llegaron á su oído extrañas noticias referentes á Aksel Aaroe. Acababa de lanzarse al pú-

blico en New-York, donde había encontrado un Mecenas que le trataba como hijo. A lo menos eso se susurraba por la ciudad antes de que él mismo escribiese nada; pero por todas partes se confirmaba la noticia.

Un poco más tarde recibió Ella otra tercera carta de Hjalmez Olsen, preguntándola con sumo respeto si la ofendería que la visitase á su regreso; sabía dónde habitaba ahora. Y antes de que ella se hubiese dado cuenta con claridad de si debía ó no debía contestarle, supo por los periódicos que Olsen, con su sangre fría y su valor, acababa de salvar la vida á la tripulación y á los pasajeros de un buque en una violenta tempestad, permaneciendo un día entero expuesto al peligro. De ese modo resultó la imagen de Olsen extraordinariamente engrandecida á los ojos de Ella; y cuando volvió á verle, le pareció que encontraba el aire libre y el sol, y también un poco de su antigua confianza en sí misma.

Al observarle, en seguida comprendió que siempre tenía los mismos sentimientos para ella. A la vez, parecióle más hombre de mundo, más digno de lo que había creído, sabiendo ser discreto al hablar. Había oído decir que bebía cuando llegaba el caso; pero en eso no veía Ella ningún mal. También era un real mozo, mucho mejor que la mayor parte; quizá un poco gastado, pero todos los marinos lo están. Sin embargo, dábala miedo un indefinible no sé qué en sus ojos; á veces la asustaba la violencia de sus ademanes. ¡Si hubiera podido á lo menos consultar consigo misma á solas y en libertad! Pero Hjalmez Olsen tenía que volver á partir inmediatamente, y le había dado á entender que en seguida de aceptarse su petición se quería casar. No desagradó á Ella esa resolución, antes bien, era una prueba de firmeza y voluntad; pero conservaba sus temores, asustada y satisfecha á la vez al ver doblegarse ante su personita tanta autoridad y fuerza.

En todo caso, quería poner dos condiciones para su consentimiento: conservar la libre administración de sus bienes propios, y no seguirle nunca en sus viajes. En caso de que su

violencia y su carácter dominante se hiciesen intolerables, ya habría puesto un freno á ello; y hacíale comprender así de antemano que por débil que fuese, tenía el propósito de defenderse.

Cuando Hjalmez Olsen la pidió su mano, Ella no tuvo valor para hablarle de nada, sino que le pidió sencillamente un plazo de pocos días para pensarlo. Entonces, por vez primera, la dió verdadero miedo la expresión del rostro de Olsen. Pero no siguió ese impulso, pensando en lo que sucedería como llegase á decirle entonces que no. ¿No había aceptado todas sus cortesías, sabiendo perfectamente cuál era su significado? ¡No, no! ¡Condiciones! eso lo arreglaría todo. Si Olsen las aceptaba, Ella dejaría rodar la bola. Así, pues, le escribió.

Hjalmez Olsen vino al día siguiente para sacar los documentos necesarios, queriendo ocuparse él mismo de lo concerniente á la propiedad y al contrato, y con aire de tratar en serio el asunto. Estaba satisfecho.

Tres días después celebróse el matrimonio, en medio de numerosa concurrencia. La fiesta duró hasta muy entrada la noche, corriendo sin tino el champagne. Así es que estuvieron un tantico bullangueros los convidados y también el novio.

A la mañana siguiente, á cosa de las siete, ya estaba Ella vestida y sola en el aposento inmediato al dormitorio. Por la entornada puerta oía roncar á su marido.

Pálida como una muerta, paralizada de horror, estaba allí sin lágrimas y sin ideas. Para ella los acontecimientos de la víspera eran de dos clases: los hechos y los dichos. No sabía cuál de las dos cosas era lo peor.

¡Un odio mortal había aguijoneado los deseos de aquel hombre! Desde el primer día en que Ella le había dicho que no, sólo un fin había perseguido: el de obligarla á consentir. Y acababa de decírselo, de decirla que pagaría la falta de consideración que con él había tenido, exponiéndole á ser por tercera vez rechazado; que pagaría por todo el mundo, ya que tuvo la avilantez de imponerle condiciones humillantes. ¡Que hiciera ademán tan sólo de resistirse á él!

Y además, lo hecho: ¡ese matrimonio que la encadenaba para siempre! Una mosca presa en una telaraña: así se veía á sí misma.

Unas horas más tarde estaba Hjalmez Olsen almorzando, silencioso y tétrico; sin embargo, correcto en sus formas cual si nada hubiese acontecido. Quizá estuvo harto beodo, para hacerle responsable por completo. Insistió en que ella le acompañase á bordo; pero ni amenazas ni súplicas lograron decidirla, y su miedo la salvó.

Al cabo de algunos meses, Ella estaba de regreso en su ciudad natal y vivía de nuevo en su casita. Los periódicos anunciaron que solicitaba alumnas para dar lecciones de música. Estaba en cinta.

Un amigo de la infancia de Aksel Aaroe se presentó un día para verla y felicitarla de parte de éste con motivo de su casamiento. Dominando su emoción, Ella le preguntó qué era de su amigo. Vivía Aksel en excelentes condiciones, siempre protegido por el mismo personaje riquísimo, el cual era para él un verdadero padre. Además había seguido un tratamiento contra su enfermedad hereditaria y estaba enteramente curado.

—¿Y la señora Holmbo?—preguntó Ella, espantándose luego de sus propias palabras.

Pero una insuperable amargura la obligaba á hablar. Habiendo visto pálida y flaca á la señora Holmbo, imaginóse que era por la tristeza de la ausencia de Aaroe; y ese pensamiento le fué insoportable.

El visitante se limitó á contestarla, sonriéndose:

—¿También ha oído usted esas hablillas?

Esta noche lloró mucho tiempo Ella, antes de dormirse.

IV.

En el primer año tuvo un niño, y al año siguiente tuvo otro; durante las ausencias de su marido, repartía el tiempo entre sus hijos y sus alumnas. Olsen no daba casi nada para el sostén de la casa, excepto en las breves temporadas que iba allí, durante las cuales tiraba á puñados el dinero en verdaderas orgías. En esos momentos abandonaba ella las lecciones, teniendo que hacer de sobra con servirle.

Todo el mundo sabía que no era dichosa, pero nadie era capaz de sospechar la vida de terror que llevaba, terror al esperar que llegase su marido, terror mientras duraba su estancia en casa, áun cuando siempre parecía resuelta y serena. Pero después de su partida, sentíase de pronto tan fatigada que le era preciso guardar cama.

Por fortuna, era rara la presencia de Olsen: eso es lo que la salvaba. Fortalecida también por un trabajo tenaz, á los cinco años de matrimonio había permanecido tan vivaracha y franca, tan encantadora como antes. ¡Había adquirido tal costumbre de olvidarse de sí misma!

Adoraba las flores: tenía llena la casa.

Ella podía jugar con sus hijos; pensaba en sus flores. Al cuidarlas, sentía endulzarse sus propios sufrimientos, su sed de buenas palabras y de miradas amorosas. Pero al quitar las ramas secas y los botones inútiles, todos los pesares lloraban en Ella la angustia de su abandono.

Cinco años habían transcurrido, cuando se difundió por la ciudad la noticia de que Aksel Aaroe se había hecho rico: murió su protector, dejándole cuantiosas rentas. Decíase también

que se vió obligado á seguir por segunda vez un tratamiento contra su pasión por beber, por no haber tenido completo buen éxito el primero; pero que ahora estaba enteramente curado.

Una tarde de Marzo estaba sentada Ella á la ventana, en medio de sus flores, y con una labor en las manos, cuando al levantar de pronto la cabeza en dirección á la fonda, vió en una ventana del primer piso á aquel en quien pensaba en ese instante. Allí estaba, mirándola.

Levantóse Ella, la saludó Aksel dos veces, y aún estaba quieta, inmóvil en el mismo sitio, cuando él cruzaba ya la calle, con gorro de pieles, pálido el rostro, pero con los ojos brillantes. Llamó, Ella no pudo pronunciar una palabra ni hacer un movimiento. Pero al abrirse la puerta y entrar Aaroe en la estancia, desplomóse Ella en una silla y prorrumpió en sollozos.

Adelantándose despacio, tomó Aksel una silla, se sentó frente á ella, y dijo:

—No se alarme usted porque venga yo aquí. ¡Soy tan dichoso al verla á usted otra vez!

¡Cómo sonaban en aquella casa estas breves palabras, conmovidas y sencillas! Su tono se había vuelto más varonil; pero la voz... ¡oh, la voz!....

Poco á poco ella misma, tan tímida, volvióse confiada y alegre como en otro tiempo, y dijo:

—¡Cuán extraordinario es esto!

Y respondió respetuoso Aaroe:

—¡Sí, hace tanto tiempo, y han pasado tantas cosas desde entonces!

No habló mucho más, porque su cuñado vino en su busca para salir con él. Miró á los niños, al piano, á las flores, y pidió permiso para volver. Apenas estuvo cinco minutos.

Pero Ella conservó la mente llena de su imagen. En lo sucesivo, estaban consagrados el aposento, el piano, la música, la alfombra que pisaron sus pies. En cada una de sus palabras vió el interés que por su suerte se tomaba.

No pudo comer en todo el día, ni dormir en toda la noche. Creía verse transportada al aire libre y al sol, después de cinco ó seis años de tinieblas; como esas flores que por la primavera vuelven á subirse del sótano, donde las bajaron para tenerlas allí en el invierno.

Aaroe volvió al día siguiente, y esa vez fué más fácil para ellos la conversación. Allá estaban los niños; los examinó un momento, y luego se puso á decir:

—¡A lo menos, éstos tienen algo de verdadero!

Y en seguida hiciéronse buenos amigos los niños y él. Se puso á cuatro patas y jugó con ellos á toda clase de juegos, que les parecieron de perlas. Propuso para el día siguiente un paseo en trineo. Cuando quiso marcharse, Ella le pidió permiso para cepillarle, pues la alfombra no estaba tan limpia como era debido.

—¡Qué contento estoy de que aún tenga usted la trenza! —la dijo, siguiéndola con la vista.

El paseo en trineo fué al día siguiente, por la tarde; y Ella no había visto nunca á Aksel Aaroe tan conmovido como lo estuvo al regreso. Refulgían sus ojos como al cantar, y hablaba sin interrumpirse acerca del invierno del Norte, del cual decía que nunca comprendió antes toda su hermosura; y de una antigua canción de su repertorio, que empezaba por estas palabras:

«Duerme el ardoroso estío
En el seno del invierno.»

Afirmaba que por primera vez comprendía la exactitud de la imagen. Y se puso á pintar en términos conmovidos la belleza del bosque por donde acababan de cruzar.

Parecíale á Ella verle y oirle por primera vez. ¿Era quizá un soñador, uno de esos que nunca revelan lo más recóndito que late en el fondo de sí mismos? Su canto era el mensajero

de esos ensueños, y ¡por eso transportaba su voz á un país desconocido!

¡Cómo la había mirado en su ensueño! ¿Se acercaría, por fin, Ella á la meta?

Temblando de duda, vagaba á través del aposento, tratando de adquirir alguna certidumbre. En esto, entró la criada para entregarla una esquela, una tarjeta de Navidad, en un sobre sin señas, representando unos niños en trineo, y debajo estas palabras escritas á mano:

«Hoy, en el bosque, sólo en usted he pensado.»

Sus iniciales, y nada más.

—«Así es—pensó ella.—No me dice nada, pero siempre piensa en mí.»

Y volvió á ver sus ardientes miradas que la envolvían y acariciaban. No recordaba nada de lo pasado, ni pensaba en lo venidero. Respiraba con holgura, con libertad: soñaba. En la clara noche de luna, estaba tendida en su lecho, despierta, casi visionaria, oyendo una voz que murmuraba:

—«Ahora, ahora es.»

¡Ah, si hubiese permanecido fiel á su ensueño, áun cuando la realidad parecía tan cruel! ¡Si Ella hubiera estado firme! ¡Por haber dudado era por lo que todo se había hundido en torno de Ella! Pero cuanto mayores fueron sus sufrimientos, ¡más grande sería también su felicidad!

Durmióse, bañada por una suave luz que llevó consigo á sus sueños, y despertó entre ese claro vapor que se extiende por la mañana delante de las ideas. Y en seguida pensó, con una certidumbre absoluta, que por fin iba á llegar lo que tantos años esperaba, ¡y que iba á llegar en aquel día!

—«¡Hoy tenía que llegar eso!»

V

Dedicó mucho tiempo al tocador, y peinóse la trenza con más esmero aún que de costumbre. Sacó después, del fondo de la cómoda antigua que la servía desde su infancia, la ropa interior más fina que poseía y que sólo una vez llevó: el día de la boda, el día de la degradación. Quería estar tal como había estado durante su ensueño.

Acercándose á los niños, que acababan de despertarse, les dijo:

—¿Queréis que Tea os lleve á casa de la tía?

Hubo completa adhesión y también por parte de la niñera, para quien eso significaba un dia de asueto.

—¡Mamá, mamá!—oyó Ella detrás de sí, al bajar la escalera.

Quería ante todo comprar flores; luego, despedir á sus discípulas. Porque ahora... ¡ahora!...

Como era muy temprano para ir á ver á nadie, dió un paseo por las afueras de la ciudad y regresó en el momento preciso en que la florista abría su despacho, teniendo ya dispuesto para la venta un precioso ramo.

—Démelo usted—dijo Ella á la anciana.

Llevóselo consigo; y de allí pasó á una tienda donde había visto una pañoleta roja, que tenía decidido empeño en llevar al paseo en trineo. Porque pasearían juntos, estaba segura de eso.

Luego prosiguió su camino con rumbo al barrio de las residencias aristocráticas, donde vivían la mayor parte de sus discípulas. Al final del camino, al resguardo de una piedra

grande, encontró una mata de «diente de león» que había brotado allí durante los días del deshielo. La cogió, agregándola al ramo de rosas, junto á las cuales hacía triste figura. ¡Pero eran las primeras flores del año, y encontradas aquella misma mañana!

De vuelta en su casa, envió á sus hijos con Tea; los cuales, llenos de júbilo no cesaban de gritar: «¡Mamá, mamá!» apuntando con el dedo á una ventana de la fonda, donde acababa de aparecer Aksel Aaroe.

Este la saludó; y, un instante después, llegaba á casa de Ella.

—¿Está usted sola hoy?—dijo, acercándose.

—Sí.

Se puso á arreglar las flores, toda temblorosa, sin atreverse á levantar los ojos.

—¿Es fiesta hoy?

—¿Por qué pregunta usted eso? ¿A causa de estas flores?

—Sí, por eso. ¡Oh, qué bellas rosas! ¿Y qué es esto que hay en el vaso?

—«Dientes de león»; los primeros del año.

Quedóse Aaroe vacilando y silencioso por un momento, como si reflexionara; por fin, dijo:

—¿Me permite usted que le cante algo?

Púsose al piano; y después de un largo preludio con sordina, comenzó á cantar muy quedo, casi en el mismo tono con que había hablado desde su entrada. Nunca cantó mejor; su talento había aumentado mucho, pero aún conservaba en la voz la expresión dolorosa de otros tiempos, y aún más doliente que nunca.

—«¡Desdichado, desdichado—decía con claridad esa voz—ah, estoy perdido!»

Ella se había puesto á llorar, cubriéndose la cara con las manos, y sin tratar siquiera de contenerse. Oyóla Aksel, y se volvió; sintiendo ella que la cogía la trenza, y pareciéndole que se la besaba; pero no se atrevió á levantar la cabeza.

Dió él algunos pasos por el aposento, mientras que ella, un poco tranquila, permanecía quieta esperando.

—¿No me permite usted que la lleve conmigo á dar un paseo juntos?—preguntó Aaroe.

Todo el día había tenido Ella la certidumbre de que darían juntos un paseo. Por eso no se extrañó de su proposición. Y así como esto se realizaba, también se realizaría lo restante de su ensueño. Ella le miró á través de sus lágrimas, y él se sonrió.

—Voy en busca de un trineo—dijo saliendo.

Con asombro de Ella, estuvo ausente más de una hora, y regresó alegre en extremo conduciendo un elegante trineo, y cubierto con las ricas pieles que ya llevaba la víspera. Cuando quedó instalada y salieron al trote largo, inclinóse Aksel hacia Ella diciéndola:

—¡Qué buena es usted, al haberse dignado venir!

Un poco más lejos, después de refrenar el paso del caballo, se inclinó de nuevo:

—He pedido que nos preparen comida en el *restaurant*. Todo estará dispuesto cuando lleguemos. ¿No tiene usted ninguna objeción que hacerme?

Ella se sentía feliz, muy feliz..... La nieve destellaba al sol, el aire era tibio.....¡Qué bien se estaba, con aquella plenitud de vida, en ese paisaje cada vez más hermoso!

Por una parte del camino la montaña blanca, cubierta de un tinte dorado por los rayos del sol, con altos llenos de bosques por detrás; y entre las alturas, alquerías que bien pronto cesaron para ceder el puesto á las frondas nada más.

A la otra parte, el mar hasta lo infinito, el mar de un color negro agrisado, destacándose sobre lo blanco de la nieve, hablando de la vida bajo otra faz, de inquietud eterna, de gravedad amarga, incesante protesta contra el idilio de la nieve. Porque la nieve recién caída habíase adherido á las ramas, á los troncos de los árboles, á las barreras húmedas aún con el deshielo anterior; y helándose de nuevo todo junto, se habían

formado extrañas figuras, animales extravagantes, de todas dimensiones. En algunos sitios también la blancura de la nieve se destacaba sobre el verde obscuro de los pinabetes, con creciente contraste de colores.

Aaroe paró el trineo y se apearon.

Cerca de ellos, un pino viejo, medio caído, parecía haber olvidado su caducidad entre aquel esplendor de nieve. Estaba escondido el musgo de su corteza, oculta la podredumbre de su tronco, invisibles las cicatrices de las ramas rotas. La encantada mano del invierno lo había rejuvenecido todo. Una vieja barrera, hecha pedazos, parecía entonces una maravilla de arquitectura; las astillas de la madera habían servido á la nieve para sus más espléndidas invenciones; los huecos y los agujeros estaban llenos de cristales refulgentes.

En medio de esa escena, Ella creía á cada instante oir unas vocecitas llamar á lo lejos: «¡Mamá, mamá!» Como se volviese hacia su compañero, vióle sentado en el trineo inmóvil. Adivinó Ella que iban á brotar lágrimas de sus ojos.

Poco después prosiguieron su camino, diciendo Aksel:

—Me acuerdo de este camino lleno de sol.

Era triste su voz; volvióse Ella hacia Aaroe y le dijo:

—Cante usted un poco, se lo ruego.

—Estaba pensando en eso, pero me hallo conmovido en demasía. Espere usted un momento. Quizá pueda cantar á usted la antigua canción del invierno.

Y comenzó la antigua canción, que tan bien conocía Ella. Los cascabeles del trineo acompañaban el canto como píos de pájaros, y el eco de su voz resonaba entre los árboles.

«Un día como este es el desquite de millares de los otros,» pensaba Ella. ¿De qué no hubiese sido capaz, tan pequeña y tan débil como era, con muchos días análogos en su vida?

Llegaron á la fonda, un gran edificio de madera, de dos alas, y vieron numerosos trineos desenganchados en el patio. Debía de haber mucha gente. Corrió á su encuentro un hombre con la cabeza descubierta: era Petez Klausson, un amigo

de Olsen. Parecía haber estado aguardándolos. Y habiéndose ido Aaroe para dar algunas órdenes, Klausson hizo subir á Ella y empeñóse en ayudarla á quitarse el abrigo. Olía muchísimo á aguardiente.

Viendo á Ella atónita de encontrarle allí, se puso á reir y la dijo:

—¡Pero si vamos á comer juntos!

—¿De veras?

Y miró á la mesa, donde había cinco cubiertos.

—¿Ha tenido usted noticias de su marido?

—No.

Hubo un momento de silencio. Petez Klaussen, el compinche de francachelas de su marido, ¿era una sociedad digna de Aksel Aaroe, que sólo buscaba lo elevado y noble? Luego se tranquilizó Ella al considerar que el carácter ligero de Petez Klaussen debía de ser, sin embargo, perfectamente honrado en el fondo.

Entró un camarero con un cesto de vinos, y un momento después volvió con champañ helado.

—¿Para qué tanto vino?—preguntó Ella.—Aaroe no bebe.

—¿Aaroe? ¡Si él es quien me ha rogado que viniese aquí! Entré á verle de paso, y hemos bebido juntos un coñac exquisito.

Volvió Ella la cabeza, poniéndose pálida. ¡Por eso había estado esperándole una hora!

En ese momento entró Aaroe, con un aire tan cortés y de hombre de buena sociedad, que Petez Klaussen sacó involuntariamente las manos de los bolsillos y casi no se atrevió á abrir la boca. Aaroe anunció que también había convidado á los Holmbo, pero acababan de contestar que no les era posible venir. Y ofreciendo el brazo á Ella, la condujo á la mesa.

Mostróse el más amable, el más gracioso de los comensales, dirigiendo la conversación y realzándola con interesantes anécdotas. Nunca echó agua y su mano temblaba al sostener la copa de vino. Ella, que lo advirtió, sufría cruelmente.

Sirviéronse ostras para comienzo, y al principio comió Ella con apetito, pues tenía mucha hambre. Pero bien pronto sintió anudársele la garganta y la dieron ganas de llorar más que de comer ó de beber. ¡Habían tomado las cosas un giro tan diferente del que se figuró! Ese hermoso día iba á parar en un inmenso desencanto.

—«Todo esto acabará, y muy pronto nos volveremos juntos á casa»—decía para sus adentros.

Pero, conforme avanzaba la comida, no iba siendo ya para él sino una señora en la mesa de un hombre de mundo. ¡Era cosa de llorar!

Después de comer, la ofreció de nuevo el brazo para llevarla á un elegante salón, donde inmediatamente fué servido el café, con licores variados. Luego se excusaron los dos hombres: querían ir á fumar un instante. Salieron, pues, y Ella se quedó sola.

Eso ni siquiera era cortés; y á la postre comprendió Ella que no sólo ese día, sino hasta el mismo Aaroe, habíanse vuelto muy otros de lo que había creído. Comenzaban á rodearla las tinieblas de la noche. Luchó con todas sus fuerzas, y quiso salir; como si fuera de allí hubiese de encontrarlo tal como era en su ensueño. Volviendo á la primera estancia, cogió la pañoleta roja y bajó al patio, cuando un camarero se acercó á ella para decirla que uno de sus compañeros estaba malo, y el otro en un estado incapaz de presentarse.

Siguió Ella maquinalmente al hombre, sin comprender lo que la decía. En el camino acordóse de que Aaroe tenía estropajosa la lengua cuando, después del café, la pidió permiso para ir á fumar. ¿Si habría tenido un ataque?

Pasaron por delante de una pieza llena de humo, y entraron en una alcobita donde Aksel estaba tumbado en la cama. Había debido dejarse caer allí, probablemente para beber más á sus anchas. Encima de la mesita de noche, junto á la cama, había una botella. Allí estaba él inerte, vestido y calzado, sin expresión en los ojos. Al ver á Ella se puso á decir con voz de falsete:

—¡Tip, tip!

Y volvió á repetir, estirando el dedo índice:

—¡Tip, tip!

¿Qué quería? ¿Llamaba á Peter?

Detrás de él veíase encima de la almohada una cosa velluda: era una peluca. Entonces vió Ella que era calvo.

¡Tip, tip! seguía oyendo aún detrás de sí, al huir á escape.

Nunca ha habido ser más miserable que Ella, vagando esa noche en busca de su camino. Corría con toda la rapidez que se lo permitieron sus cortas piernas, suelto el pesado abrigo, con la pañoleta en la mano, bañada en sudor, aplastada bajo su ensueño hundido.

Al pronto, sólo pensó en Aksel Aaroe. ¡Infeliz, perdido sin remedio! Mañana ó pasado, sin duda, abandonaría el país como antes ya lo había hecho, pero ahora para no volver más.

Luego, á su lástima por él, contestaba la peluca en la almohada:

—Sin embargo, ¡no todo era verdadero en Aksel Aaroe!

Por fortuna, no encontró á nadie en su camino. Debía de tener extraño aspecto, con el abrigo sin abrochar, lleno de lágrimas el rostro, andando á todo correr. Varias veces trató de acortar el paso, sin conseguirlo; ¡tan grande era su agitación!

Pero, al mismo tiempo, en todo su ser sobreexcitado, se planteaba con lucidez este problema:

—«¿Quisieras ahora no haber tenido tus ensueños, que han fracasado todos tan miserablemente unos tras otros?»

—«¡No, por todo lo del mundo!—se contestaba á sí misma.—Porque mis ensueños han sido lo mejor que he tenido en realidad. Me han enseñado á soportar el sufrimiento, me han dado una norma infalible para medir lo que era elevado y lo que era bajo... Y ahora, ensueños míos, os he forjado también en torno de mis hijos; y, gracias á vosotros, me dan mil veces más alegría. Mis hijos y mis flores: eso es todo lo que tengo.»

—«Pero ahora, Ella, ¿ya no tienes ensueños?»

Al principio, no halló respuesta. ¡Era tan cierto, tan horriblemente cierto! Y reaparecía la peluca.

En el mismo sitio por donde pasaba entonces, había cantado Aaroe la antigua canción del invierno. Pocas horas antes habían acompañado al canto los sonidos de los cascabeles; ahora, unas vocecitas que llamaban de continuo «¡mamá, mamá!» acompañaban á sus lágrimas. Y nada tiene esto de extraño, pues corría hacia sus hijos y en adelante iban á versar acerca de ellos sus ensueños.

«¡Estos tienen algo de verdaderos!» respondía la voz de Aaroe. Acordóse Ella de su tristeza al pronunciar estas palabras. ¿Pensaba realmente en sí mismo al decirlas? ¿Comparaba la miseria de él con la frescura y con el porvenir de ellos?

Pensó de nuevo en él, tratando de acordarse de todas sus palabras y de todas sus miradas, para aclarar el enigma; y estalló su dolor, más fuerte que nunca. ¡Su vida había terminado! ¡Y sus ensueños, harto queridos y arraigados para descuajarse así, lo envolvían todo, sus proyectos, sus trabajos, su cotidiana existencia! Y también pensaba con desesperación, que al regreso no iba á encontrar á sus hijos, que llegaría á un hogar vacío.

Pero aún tenía fuerzas; porque, cuando estuvo en el lecho, á la suave claridad de la luna, que la recordaba lo que había pasado, se puso á sollozar alto como una niña. Su corazón era joven, como cuando tenía diecisiete años. No podía ni quería desesperarse.

Y volvió á oir la canción del invierno, con la voz de Aaroe, aquella voz sonora, conmovida y tan triste, como para explicárselo todo. Incorporóse y escuchó. ¿Qué decía la canción? Que los ensueños, como el invierno, enlazan dos veranos: el que se va y el que se prepara lentamente á venir, gracias á los ensueños que le mantienen despierto.

También decía la canción que los ensueños son algo por sí solos; con frecuencia, realidades más profundas que la misma

realidad. Lo había presentido Ella muchas veces al cuidar sus flores.

—¡Mamá, mamá!—murmuraban las vocecitas. Y así se durmió Ella.

BIARNSTIERNE BIORNSON.

EL MARQUÉS DE VIANE.

Volvió á su casa poco antes de amanecer, muy ebrio, pero sosteniéndose bien, hallando sin titubeos el tirador de las puertas, con la camisa poco arrugada y la corbata sin deshacer. Eso de vacilar, querer meter la llave en la pared y ser un montón de harapos rotos, pase en un obrero que vuelve de la taberna. Un *clubman* no se parece á un *perdis*. Existe este epígrafe de Gavarni: «Calamocano cuanto se quiera; pero canalla, jamás.» Sin embargo, aquella noche el marqués de Viane estaba un poco más beodo de lo conveniente; sí, beodo á causa de la mezcla de vinos y de esa lumia que le engaña con todo el mundo, y de que le limpiaron al *baccarrá*. Tenía vahidos bajo la bóveda del cráneo y pesadez dentro de la jaula torácica. «No ando bien,» le decía una vez al doctor Delton cierto vividor que al cabo iba mal; «me parece que tengo un peso en el estómago.» «Dirá usted en la conciencia,» respondió el ilustre práctico. «Es lástima que no puedan vomitarse los remordimientos.»

El marqués de Viane sentíase á disgusto. Por vez primera desde hacía un año, entró en el cuarto de su mujer; quizá por el estúpido capricho de hacerla despertar sobresaltada; capricho de borracho, que al no dormir tampoco quiere que los demás duerman; quizá fuese por otra razón. Hay momentos en que cualquiera mujer, incluso la propia, es una mujer; y un sacudimiento puede disipar las desganas; precisamente, hacía

poco que había vuelto á bajar la escalera (no la de su casa, sino la de todo el mundo), por acordarse á tiempo de que el *baccarrá* se le había llevado el último luis. Pero la marquesa no había regresado. ¡Ah! Recordó que había ido al baile de la señora de Rosavène. «¡Demontre, no dura poco ese baile!» Estuvo á pique de incomodarse; hizo ademán de agarrar una silla y estrellarla contra la pared. Pero se contuvo, encogiéndose de hombros. «¡Bien! ¿Y yo?» Y añadiendo: «Somos iguales; ¡bonita pareja!» Llegó á su cuarto, donde se dejó caer sobre el plumazón de la cama, vestido del todo, con el sombrero puesto en la cabeza y las botas colgando.

Sí: bonita pareja y deliciosa vida. A la larga era descorazonadora, palabra de honor. ¡Y decir que hay empleados en casas de comercio, con trescientos francos al mes, que os envidian porque tenéis caballos, palacio y queridas! Hablemos de las queridas. Lila Biscuit, sobre todo, se despachaba á su gusto. Se había ido á Bougival con el cómico del Ambigú, ese que canta las cancioncillas campesinas con el pantalón subido hasta el cuello. Y siquiera se amase á esas mujerzuelas, quizá fuese gracioso ser engañado por ellas; pero no se las quiere ni pizca. En primer lugar, no son bonitas, son idiotas y aburridas, no tienen cabeza ni sentidos. Tan pronto como se acuestan, se vuelven de cara á la pared. ¡Ni siquiera desempeñan su oficio! En verdad que somos demasiado imbéciles. Y pregunto: ¿Por qué se pasan apuros por gente de esa calaña? Sin embargo, las casas hipotecadas, las rentas comprometidas, los pagarés firmados á los joyeros, son para caprichos de Lila Biscuit ú otras. Y eso ni siquiera les aprovecha á ellas; todo va en beneficio de su tía ó de su criada, que compran valores públicos. El juego es más divertido; se piensa en alguna cosa, se desea una ú otra carta; corre electricidad por la sangre al recoger ó al empujar los montones de fichas y los fajos de billetes. Vale más perder que ganar; la sacudida es más fuerte. Sólo que es preciso pagar las diferencias. «¡Y que no tendré yo diferencias este mes!» El marqués de Viane trató de echar la cuenta; pero, en lo con-

fuso de sus ideas, no recordaba bien y no pudo sumar. «Pongamos cien mil francos». ¡Caramba! ¿Con qué los pagaría? Habíase levantado é iba por el aposento, con la cabeza un poco despejada, pero con el estómago cada vez más pesado y con náuseas intermitentes. No le sentó bien el echarse en la cama. En cuanto á los cien mil francos, no tenía ni el primer millar. ¿Qué iba á hacer? ¿Pedir un préstamo? ¿Y á quién? Ocurrióse-le muy vaga la idea de vender los diamantes de su mujer, de llevar al Monte de Piedad las joyas de Lila Biscuit; ya devolvería ambas cosas más tarde, cuando volviera la buena suerte. Porque, hay que pensarlo: es muy duro eso de verse embargado. Pero dió una gran carcajada. ¡Bah! A otros les embargaron, y no se han muerto. Tampoco se moriría él por eso, ni más ni menos que los otros.

En aquel momento pasaba delante del espejo, pálido por la lívida luz del amanecer; se vió con la cara descolorida y los ojos encarnados. Al pronto, no se conoció á sí mismo; después, de codos en la chimenea, con bruscos sobresaltos de hombros, púsose á sollozar, con la cabeza entre las manos. Sollozos de borracho en las esquinas (pues no siempre se puede ser correcto), lágrimas mezcladas con vómitos.

¡A eso había venido á parar en cinco años! Cuando Berenguela y él se casaron en Bretaña, sonreíales el porvenir al verlos tan jóvenes, tan guapos y tan ricos. ¿Qué ventura había de serles negada? Partieron para la vida como para un país encantado. Resultado: la mujer en el baile ó en cualquiera otra parte, á las seis de la mañana, arrastrando ó quitándose faldas no pagadas aún al modisto, quien mañana dará comienzo á las diligencias judiciales; y el marido, lleno de vino y de tedio, considerando con una carcajada de consentimiento la mentira de su palabra y la insolvencia de su honor ¡embargado! Levantó la cabeza, y dijo para sí: «¡No, basta ya!» Habíasele ocurrido la idea de la muerte. ¿Por qué no? ¿Le amaba alguien? El mismo, ¿á quién amaba? ¿A su madre, residente en Bretaña? Hacía un año que no la había escrito. ¿A su hija, tan

pequeñita? De vez en cuando se la enseñaban en brazos de la nodriza, envuelta en encajes, y dando un cachetito en las mejillas del angelito, decía: «¿De veras encuentran ustedes que se me parece?» En cuanto á su mujer, ¡pues no hacía ya una friolera de tiempo que le tenía sin cuidado! Si le hubiesen dicho de pronto: «Berenguela acaba de entrar en su cuarto con un hombre que le quita el corsé y la besa en los hombros,» por un vago resto de respetos humanos, quizá hubiese empujado la puerta y abofeteado al amante, fingiendo alguna cólera. Existen de estas ruinas de la virilidad. Tómese una paja, quebradla, arrolladla y enderezadla, escurriéndola entre el pulgar y el índice; se queda derecha, pero está rota y se deshace al primer soplo; á esa paja se parecen ciertas conciencias.

Así, pues, el marqués de Viane podia morir sin sufrir ningún pesar y sin causarlo á nadie. Ya ni siquiera creía en el placer, ese recurso supremo. El beso de las hermosas, la embriaguez de los buenos vinos, todo ello no sirve más que para dar fatiga, á veces un poco de sueño. Y para los días venideros sólo esperaba (avergonzándose al fin de sí mismo) unos mañanas parecidos á los ayer ¡tan estúpidos, tan viles! ¡Quizá más viles aún! Porque ¿quién sabe á qué canalladas, á qué hábito de no advertir las galas de su mujer más estrepitosas que nunca, y las deudas de la casa pagadas por una mano desconocida; á qué habilidades en el *baccarrá*, al principio raras y medrosas, después frecuentes y resueltas; á qué empréstitos en voz baja, por la noche, sobre la almohada de Lila Biscuit; á qué bajezas definitivas, irremediables, podían conducirle lo liviano de su alma y la precisión de dinero, y aquella ineludible necesidad de buenas propinas á los camareros de los *restaurants* nocturnos, y los anuncios de venta judicial, previo embargo, pegado en ambas hojas de la puerta del palacio? Abrió un cajón y cogió un revólver; justamente estaba cargado. Pero no; por no sé qué analogía, apoderóse de él la idea de otra muerte menos altiva. Probó con la mano la solidez de un brazo de bronce embutido en la pared; arrancó de un golpe

brusco el cordón de la campanilla. No hacía falta nada más para ahorcarse. Estaba sujetando ya el cordón al brazo de bronce, resueltamente y con método (sin trastorno alguno, con la lucidez casi sonambúlica del despertar tras una noche de borrachera), cuando se abrió la puerta.

—¿Ha llamado el señor?—preguntó el ayuda de cámara, separando las cortinas de la ventana.

El marqués estaba de pie, con el cordón en las manos, al penetrar de golpe la luz de la mañana. Dió orden de que ensillasen la yegua alazana, y pasó á su tocador. Una hora más tarde galopaba por la alameda de Pateaux. Allí encontró á la marquesa de Viane. Después del baile de la señora de Rosavère, no había hecho más que pasar al palacio (el tiempo suficiente para ponerse una amazona), y regresaba de la Vaquería, donde todo el mundo se había dado cita, pero donde no había encontrado más que al señor de Puyzoche. Los tres juntos, muy saludados, muy envidiados, continuaron su paseo charlando en los entretiempos de los trotes acerca de la playa concurrida, del castillo, de la montaña de moda, adonde irían á pasar los aburridos días del estío, y de otras cien cosas. Una encantadora conversación, al aire fresco de la mañana, que reaviva. El marqués de Viana, sobre todo, estaba de buen humor, hablaba en voz alta; se reía fuerte. Un vagabundo, que aún dormía con pereza entre la hierba, despertóse con el ruido; y pasando la cabeza por entre las ramas, enseñó el puño á este hombre feliz.

CATULO MENDÉS.

A LA RIMA.

(TRADUCCIÓN DE CARDUCCI).

¡Salve, rima! Lo infinito
Por lo escrito
Te persiguen los juglares:
Pero brillas, centelleas
Y chispeas
En las almas populares.

—

¡Oh, nacida entre dos besos,
En traviesos
Torbellinos de la danza:
Cómo acuerdas con dos giros
Dos suspiros,
De memoria y de esperanza.

—

¡Cuál resuenas juguetona
Si te entona
Pecho fuerte en tarde amena,
Cuando pies de segadores
Cantadores
Dan tres golpes en la arena!

—

¡Cuán horribles á los vientos
Diste acentos,
Vencedores alaridos:

Por las lanzas sanguinosas,
Fragorosas,
Los escudos percutidos!

—

Y la espada quebrantando
De Rolando
Tú sentiste á Roncesvalles:
De la trompa la harmonía
Noche y día
Su alto nombre dió á los valles.

—

Te agarraste, sin ayuda,
De la ruda
Negra crin del fiel Babieca:
Y del Cid tras los pendones
Tus canciones
El romance altivas trueca.

—

Das al Ródano valiente
Tu esplendente
Cabellera polvorosa:
Desafías á amadores
Ruiseñores,
Con los vates de Tolosa.

—

Ved: amor el barquichuelo
Del Rudel-lo
Con tus galas empavesa;
Y el suspiro del muriente
Brota ardiente
En la lucha que no cesa.

—

Torna, torna ya á otra parte,
Que invitarte
Con su voz el Dante quiso:

Descendéis hasta el infierno,
Veis lo eterno,
Purgatorio y paraíso.

—

¡Salve, hermosa emperadora,
Gran señora
Del sin par metro latino!
Yo, rebelde fiero y rudo,
Te saludo,
Y ante ti libre me inclino.

—

Gala, honor de mis abuelos,
Mis desvelos
Bendición te dan secreta:
¡Salve, rima! Vengan flores
Para amores;
Para el odio una saeta.

Luis Marco.

CRÓNICA LITERARIA.

Capítulos que se le olvidaron á Cervantes.—Ensayo de imitación de un libro inimitable. Obra póstuma de Juan Montalvo.

Si el título: *Capítulos que se le olvidaron á Cervantes* sorprende al lector y le habla con tono de grande atrevimiento, el subtítulo ó epígrafe subalterno: *Ensayo de imitación de un libro inimitable*, puesto á la obra póstuma de Juan Montalvo, viene á desvirtuar esa impresión primera, que queda por completo desvanecida con la lectura del extenso y elocuente prólogo que encabeza los *Capítulos*.

No podía ocultarse al claro ingenio de Montalvo,—cuyas obras merecen en verdad ser más conocidas en España, donde probablemente las habrán leído muy pocas personas—el peligro de imitación semejante, y así emplea gran parte del prólogo en justificar su intención y su obra.

Acaso no eran necesarios tantos razonamientos como expone en castiza y hermosísima prosa, para que el lector quedara convencido de la legitimidad del intento y preparado para apreciar imparcialmente los *Capítulos*.

Podríamos extrañarnos de que se imitara á Cervantes, si la imitación de las obras maestras de todos los géneros literarios no fuese, como es, fenómeno de todos los tiempos, y que, á poco que se medite, ofrece sencilla y satisfactoria explicación.

No es necesario apelar á la comparación entre la pintura y las letras, que invoca Montalvo, para explicar y justificar

las imitaciones. Ni en realidad es la comparación del todo exacta. Entre la obra del pintor y la del literato hay la gran diferencia que existe entre las artes del espacio y las del tiempo, por razón de los medios materiales que emplean. En las primeras no hay más que un ejemplar de la creación del artista; en ellas, la compenetración entre el modelo ideal de la obra y la forma en que se materializa y trasciende al exterior es tan estrecha que, por lo que toca á la ejecución material, la copia es una obra nueva. No así en la literatura y en la música.

El pintor hace un cuadro y ese cuadro es único. El literato escribe un libro y el músico una melodía; pero ese libro puede reproducirse en millones de ejemplares y esa melodía ejecutarse por millares de orquestas, permaneciendo idéntico el libro en todas sus copias é idéntica la melodía en todas sus ejecuciones. Y es que la compenetración de la idea con sus formas sensibles, no llega en la literatura ni en la música á aquella parte más exterior, medio ó material de la forma, antes que forma propiamente dicha, es á saber: en la obra literaria, la escritura ó impresión, en la musical la escritura también ó la ejecución por una determinada orquesta.

La combinación de las palabras ó de los sonidos es en estas artes la forma inseparable de la idea, tan inseparable como lo son el cuadro ó la estatua de la concepción artística que expresan con elementos sensibles. Pero no hay en la pintura, en la escultura, ni en la arquitectura esa facultad de reproducción indefinida que en las artes del tiempo, da distinto carácter é importancia á las imitaciones.

El monumento, el cuadro ó la estatua están en un solo lugar; el libro ó la composición musical pueden estar simultáneamente en todas partes. De ahí que la copia, imitación ó reproducción de aquéllos por medio de las artes industriales, tenga casi siempre un fin de vulgarización, mientras las imitaciones de las grandes obras literarias ó musicales suelen ser por el contrario de carácter erudito. Las últimas no han me-

nester de copias ni de instrumentos de vulgarización para difundirse. Tienen en sus propios medios exteriores una facultad de reproducción inagotable.

No hay para qué prolongar esta digresión, puesto que la comparación entre unas y otras artes, que la ha dado origen, no es parte principal en el prólogo de Juan Montalvo, ni pasa de ser allí un pormenor más ó menos acertado. Aunque las imitaciones literarias sean cosa distinta de las copias ó reproducciones de la pintura y escultura, no por eso hemos de reputarlas ilícitas, extravagantes, ni siquiera inútiles.

Se dice antes que las imitaciones de las grandes obras literarias son manifestaciones de un arte erudito, y podría añadirse, como consecuencia natural, que en las épocas de gran cultura, de *muchas humanidades*, es cuando con más abundancia se producen estas imitaciones, aunque coexistan con una literatura de vuelos espontáneos y de inspiración nueva é independiente. En todas las grandes épocas de la historia literaria podría señalarse, junto á la producción original y propia de ellas, esa tendencia á hacer revivir las formas y el estilo de los antiguos maestros, esa excursión retrospectiva de los ingenios hacia el Panteón de los inmortales.

Tratándose de la obra de Juan Montalvo, sería impertinente hablar de otra clase de imitaciones, que casi siempre son de escasísimo valor; de las imitaciones contemporáneas, que con frecuencia se producen cuando una obra llama poderosamente la atención. Imitaciones que no obedecen á esa delectación *arqueológica*, que guía á los imitadores eruditos de los grandes maestros, sino simplemente al afán de buscar el buen éxito por camino conocido, á la falta de originalidad, al deseo de agradar al público, adulándole y dándole por el gusto.

Plagas periódicas hay de imitadores de esta clase. ¿Quién que lea un poco no ha *padecido* á los *becquerianos* y *campoamorianos* en los tiempos de *furor* poético? Pero imitaciones de esta clase nada tienen de común con obras como la de Juan Montalvo.

Para esta imitación, para la imitación culta, erudita, que es en rigor arte de anticuario, se necesitan muchas condiciones, y de ellas, algunas que sólo pueden darse en literatos de verdadero mérito. Gran cultura, no de la que suele llamarse *general*, y podría más exactamente decirse de Diccionario de la conversación, sino cultura *honda*, educación del espíritu. Sentido histórico ó intuición de lo pasado, conocimientos filológicos, facultades de asimilación. Y sobre todo esto ha de haber también por parte del imitador, para que pueda salir airoso de su empresa, cierta identificación espiritual con el modelo que imita. No basta para ella una comprensión clara, un conocimiento profundo del modelo. Se puede ser excelente crítico de una obra literaria y haber hecho un estudio acabado de ella sin adquirir por eso capacidad para imitarla. Como obra artística, la imitación literaria ha menester del concurso del sentimiento. Sin la simpatía hacia la obra que imita, sin cierta comunidad ó parentesco moral con el ingenio que le sirve de modelo, el imitador no podrá pasar de una tentativa amanerada y fría.

* * *

Todas estas condiciones, más los conocimientos auxiliares indispensables, reune Juan Montalvo para imitar al autor del *Quijote*. Su admiración y amor hacia Cervantes á tal punto llegan, que le hacen ser injusto con los españoles, pues le falta poco (si por ventura le falta algo) para pensar que hemos necesitado que vinieran extranjeros á revelarnos toda la grandeza del indiscutible príncipe de nuestras letras. Y si vamos á su conocimiento del *Ingenioso hidalgo*, acaso no haya en este siglo escritor más empapado del espíritu del *Quijote* ni prosista más cervantino, ni autor, en fin, capaz de poner en escena nuevamente con tan rigurosa propiedad la generosa locura del último caballero andante y la rústica malicia de su escudero.

* * *

El extenso prólogo, de no menos de CXXXIX páginas, divididas en doce capítulos, que puso Montalvo á su imitación del *Quijote*, es por sí solo una obra, no inferior y áun acaso superior al *Ensayo*, desde algún punto de vista.

Publicóse este prólogo, con el título *El Buscapié*, en los *Siete tratados* del escritor ecuatoriano; pero ha sido en España tan poco leído dicho libro, que puede tomarse como cosa nueva la introducción á los *Capítulos que se le olvidaron á Cervantes*.

Por lo que toca á la forma, es este prólogo de lo mejor que en lengua castellana se ha escrito modernamente. Una autoridad de la lengua, el señor Valera, decía no ha mucho que Montalvo era á su juicio quien manejaba con más primor y limpieza el castellano en nuestra época. A primera vista parece exagerado el elogio; pero después de leídas atentamente las obras de Montalvo, forzoso es reconocerle, si no como el mejor hablista español de su tiempo (porque una absoluta supremacía individual de esta clase es casi siempre controvertible), como uno que debe figurar en puesto eminente entre los mejores.

Es algo desordenado en el plan el prólogo de los *Capítulos*. Puede creerse que Montalvo no le *planeó* minuciosamente ni lo preparó acopiando notas y apuntes previos, más escribiólo en un solo vigoroso arranque de inspiración, aunque naturalmente no fuese obra tan larga labor de un día. Es evidente que el escritor ecuatoriano no participaba de la manía de clasificación, de método excesivo, de regularidad simétrica, que es uno de los frutos menos felices de la invasión de la ciencia en la literatura. Escribe con la libertad de los autores antiguos (quiero decir la libertad relativa á este particular), desviándose á menudo de su principal asunto, con digresiones varias y juicios filosóficos, sobre lo que va diciendo.

En algunos pasajes, resulta un tanto deshilvanado el prólogo; parecen sus palabras dictadas tumultuosamente por la agitación de un cerebro febril. Diríase que le posee á intervalos el *furor sacro* de los poetas. Mas lo que con esto pierde en

regularidad y en orden expositivo el admirable prólogo de los *Capítulos*, gánalo con exceso en naturalidad, en vigor espontáneo. Parece al leer esta introducción, que las ideas van acudiendo sin meditación previa á la mente de Montalvo, y que su pluma las da á luz sin esfuerzo, encarnadas en el preciso verbo que requieren, cual si el pensamiento y su expresión nacieran en un mismo acto.

***

Comienza su prólogo Montalvo justificando la osada empresa de imitar á Cervantes. Hace luego uno de los más elocuentes y entusiastas elogios que del autor del *Quijote* se han escrito; da después noticias muy interesantes y curiosas de cómo y por qué escribió su *Ensayo*, y critica, por último, los desafueros que contra el castellano cometen malos traductores de obras extranjeras, á más de tratar incidentalmente otras cuestiones cuya enumeración no hace ahora al caso.

Admirador apasionado de Cervantes, no admite Montalvo que pueda ponérsele al lado escritor alguno español, ni de los más famosos. Los infortunios y miserias que padeció el manco inmortal, dánle pie al autor de los *Capítulos* para disertar en noble y grandilocuente estilo sobre los infortunios de los genios y el perpetuo error de la fortuna. La idea de Jamblico de la purificación del hombre en sucesivas existencias en que purgamos culpas anteriores el (*Karma*, como diría un moderno discípulo de Mad. Blavatsky) encuentra en Montalvo un partidario convencido y un maravilloso intérprete. Los miserables de este mundo, los perseguidos, los favoritos del dolor son los que están al término de la carrera, los que se hallan en el umbral de la bienaventuranza.

Iberia semper incuriosa suorum, repite Montalvo ponderando el olvido y la ingratitud de los españoles para con Cervantes, de que nos hemos redimido luego, según dice, con la

admiración más fervorosa. Y él, por su parte, ya que no necesita de briosos mantenedores la gloria del autor del *Quijote*, por la posteridad reconocida y proclamada, cierra contra los detractores y enemigos de su maestro, y pone al nivel de Anito y de Melito, de Mevio y Babio, á los Avellaneda, los Foronda, Montiano, Perales y Nasarre; á cuantos osaron tocar el pedestal del genio con manos profanadoras.

Toda esta parte acaso peca de difusa y áun de declamatoria. El lector, acostumbrado al estilo sobrio, y hasta si se quiere árido, que hoy predomina, hallará demasiada ampulosidad, tal vez hinchazón, en el estilo pomposo y magnífico de Montalvo. También se echa de ver cierto exagerado *lirismo*, tolerable como licencia poética—y en realidad es poesía en prosa esta parte del prólogo—pero que hace al autor caer en errores en sus razonamientos, y le lleva á sacar conclusiones falsas, ó á sentar premisas que no son verdaderas. Mas está todo tan hermosamente dicho, que por el deleite que la forma produce, olvídanse los defectos del fondo, y no resultan demasiado largas las páginas no escasas que este preliminar ocupa.

***

Pasadas ya las ciento, es cuando Montalvo penetra en la parte más sustancial y curiosa del prólogo: aquélla en que explica el fin que se propuso al emprender su imitación de Cervantes, y las circunstancias en que la comenzó y llevó á cabo.

Cuenta, que hallándose desterrado de su país, para rehuir el fastidio se le ocurrió poner por escrito en tono cervantino cierta escena que hubo de presenciar por entonces. Aprovechando sus estudios de la lengua castellana y del *Ingenioso hidalgo* continuó su tarea, y al cabo de seis meses tenía escritos los sesenta capítulos contenidos en el libro.

Al decir Montalvo que ha escrito un Quijote para la Amé-

rica Española, y de ningún modo para España, hace una observación oportuna por lo que toca á la parte *histórica*, á la parte tomada de la vida real, que hay en su libro.

Pone en escena el autor de los *Capítulos* á personajes reales, vivientes acaso muchos de ellos en la época en que escribía. Al estilo de los pintores antiguos que en sus cuadros de asuntos religiosos ó mitológicos retrataron á personajes contemporáneos en las figuras fantásticas ó supramundanas requeridas por la escena, Montalvo pone también fisonomías de personas reales á algunos de los compañeros que da en su relación á D. Quijote y á Sancho.

No sé si en la América española resultarán claras y transparentes estas alusiones. Para la generalidad del público español es como si no existieran, por falta de conocimiento de las personas á que el escritor se refiere. La intención política, los sucesos y parte de sátira personal que haya en el libro de Montalvo (y la hay, sin duda, por lo que el prólogo declara) es letra muerta para nosotros. En este sentido, puede decirse que es exacta la frase de Montalvo á que antes se hace referencia.

Por lo que puede colegirse de la lectura del prólogo y de los capítulos, son de índole muy varia estas alusiones. Hay algunas puramente galantes, como los retratos de las damas mencionadas en el capítulo XLII al dar cuenta del baile en doña Engracia de Borja. Otros retratos están inspirados de bien diversos sentimientos. Expresamente manifiesta Montalvo que, á imitación de Dante y Miguel Angel, que se valieron de la pluma ó del pincel con fines *expiatorios*, poniendo en el infierno á algunos que, juzgaron debían hallarse en tal morada, quiso él también ejercer esta justicia distributiva en el mundo fantástico de las letras y áun tomar venganza de enemigos y perseguidores.

Hay cierto cándido orgullo en este desquite de desafueros reales, para el cual se cuenta, sin duda, demasiado con la atención y perspicacia de la posteridad. No sé á punto fijo

cuándo escribió Montalvo su ensayo, pero tentado estoy á creer que hoy serán ya escasos los que, leyendo los *Capítulos*, se cuiden, áun en América, de discernir las alusiones que contienen. Y concediendo que todavía estén bastante recientes los sucesos y bastante vivo su recuerdo para que la curiosidad tenga aliciente que le mueva á descubrir en los personajes fingidos sus originales, no será menester que pasen muchos años para que esta identificación ocupe, si acaso, á algún erudito desocupado, suponiendo que el mérito de la obra de Montalvo la asegure asídua y continuada lectura. Si alguna forma de venganza es disculpable por lo inofensiva, es, sin duda, ésta en que las letras sirven de verdugo.

***

Tras esta parte, que es la más concreta y más ceñida al asunto, aquella en que el prólogo tiene más carácter de tal, viene la última, consagrada por Montalvo á quejarse de las impurezas que afean el castellano y principalmente de los galicismos, la más grave de las modernas enfermedades de nuestro lenguaje.

Dice Montalvo que hubiera titulado su obra: *Ensayo ó estudio de la lengua castellana*, de haber tenido el convencimiento de que había salido airoso de su empresa, en lo tocante á evitar los vicios que corrompen el idioma. Y después de declarar así el carácter filológico y literario de su libro, sale á la defensa de sus compatriotas, los suramericanos, acusados de desfigurar la lengua española. *De mal cuervo mal huevo*, dice con el Comendador griego; y para probar que efectivamente el cuervo es malo, forma un entretenido ramillete de disparates de á folio, contenidos en traducciones españolas de libros extranjeros. Aunque la crítica de Montalvo es atinada y está hecha con donaire, ha perdido gran parte de su interés de ac-

tualidad por referirse á libros ya poco leídos por los que se valen de traducciones. Verdad es que mucho de lo que el escritor ecuatoriano dice de ciertas versiones castellanas del *Telémaco*, de *El Genio del Cristianismo* y de las *Veladas de San Petersburgo*, pudiera aplicarse con corta diferencia á las modernas traducciones de otras obras, hoy más populares y leídas.

Son con todo tan garrafales los desatinos que apunta, que áun suponiendo que haya ido escogiendo los mayores para sus ejemplos, todavía hay que conceder que ahora traducen menos mal los malos traductores. Dudo que haya traducción alguna reciente—y ¡cuidado que las hay dignas de que tropiece con ellas un nuevo Montalvo!—en que aparezcan dislates de la magnitud de los que éste cita. Indudablemente se ha adelantado algo en este punto.

* * *

Examinado ya el prólogo, pasemos á tratar de los *Capítulos*.

Una crítica minuciosa de ellos, que se detuviera á examinar hasta qué punto se mantiene el carácter de los personajes inmortales imaginados por Cervantes, en los distintos sucesos y aventuras en que Montalvo los coloca; que aquilatara la propiedad de los diversos episodios y señalase las relaciones entre los pasajes del *Quijote*, y los correspondientes del *Ensayo de imitación* del escritor americano, daría materia para escribir largamente. Pero aunque no dejara de ser entretenida y curiosa, sería tal vez inútil, supuesto que la intención de Montalvo fué imitar la forma y estilo del libro de Cervantes, no continuarlo ó adicionarlo con nuevas aventuras y empresas del caballero andante que ha conseguido al cabo ser más afamado y glorioso que cuantos le volvieron el seso y hacer más celebrada á su Dulcinea que todas las Orianas y Ginebras.

Como obra erudita, el *Ensayo* es verdaderamente concienzudo; en algunos pasajes llega al grado de perfección que parece posible tratándose de imitar una obra como el *Quijote*. Poseía Montalvo, y le sirvieron grandemente para dar sabor cervantino y *quijotesco* á su imitación, conocimientos auxiliares muy valiosos, además del gran estudio que debió de hacer del *Ingenioso hidalgo*. Los libros de caballería éranle familiares á juzgar por las referencias que á ellos hace; su repertorio de refranes es rico y variadísimo, pero con todo esto y con ser tan excelente su estilo y tan agudo su ingenio, don Quijote y Sancho parecen en su libro dos fantasmas que vagan por un mundo extraño á ellos. Les falta el ambiente *contemporáneo* del *Quijote* auténtico, y se comprende con sólo recordar que Montalvo quiso poner en escena en los *Capítulos* personajes y cosas de su tiempo.

La curiosidad que naturalmente despierta la imitación de un libro como el de Cervantes contribuye mucho á estimular el interés del lector. El ingenio de Montalvo y las bellezas literarias en que abundan los *Capítulos* mantienen vivo ese interés durante buena parte de la narración, pero al cabo decae y la obra llega á hacerse, al final, algo pesada.

Si el número de capítulos fuera menor, tal vez sería más intenso el efecto total del libro. Pocos serán á mi juicio los lectores que al llegar á los últimos episodios de esta obra no experimenten algún cansancio, y eso que hay en los capítulos finales trozos verdaderamente clásicos, que resisten la comparación con cualesquiera otros de los mejores prosistas castellanos.

Ejemplo de ellos pueden ser las consideraciones que hace Don Quijote en las ruinas de Itálica (capítulo LVIII—*Capítulo* lo titula Montalvo—*de los ménos parecidos á los de Cide Hamete Benengeli):* «Todos yacen—dice el caballero—grandes y pequeños, ricos y pobres, amontonados unos sobre otros en los senos profundos de la eternidad, sin amarse ni aborrecerse, quietos y callados para siempre. En el mundo gritan los mor-

tales y levantan un ruidoso torbellino; allá, al fin del tiempo y de la vida, no se hace sino dormir, buen Sancho, y sueño largo, intenso, imperturbable, sin quimeras ni pesadillas, sin anhélito ni convulsiones. Se duerme de una pieza, de siglo á siglo, en medio de tal silencio, que no se oyen ni los pasos de los que van llegando, porque todos llegan sin ruido: los monarcas sin alabarderos y maceros, sin postillones ni trompetas; los príncipes sin comitivas de parciales ni aduladores; los ricos sin boato, los sabios sin sabiduría, los valientes sin valor, los héroes sin hazañas, los jóvenes sin juventud, las bellas sin belleza. Está en los umbrales de la otra vida un comisario invisible que todo lo secuestra en provecho del olvido. Bienes de fortuna, títulos, veneras y condecoraciones; poder, orgullo, vanidades, allí son consumidos por un fuego oculto, sin que de esos combustibles queden ni cenizas. La muerte nos mide á todos por un mismo rasero, nos mete debajo de la tierra y nos olvida en esa prisión universal. Aquí suelen quedar resonando los nombres de esos que llaman héroes, conquistadores, genios: á la eternidad no llega el retintín de la fama.»

Diríase que hablaba por boca de Don Quijote alguno de los grandes retóricos de la antigüedad pagana, eternos maestros de la forma.

Mas por fecunda que sea la imaginación de un escritor, y por empapado que se halle de su asunto, la repetición de escenas y episodios con el pie forzado de la imitación (y más si es ésta de personajes tales como los que creó el genio soberano de Cervantes), tiene que conducirle á la monotonía, á menos que no le aparte mucho del modelo, en forma que lo que comenzó siendo imitación, acabe por convertirse en obra independiente.

Se explica, pues, que el crecido número de capítulos que escribió Montalvo, haga un tanto pesada la lectura cuando se ha pasado de la mitad de la obra. El mismo autor lo preveía, sin duda, cuando dice que con que sólo diez de los sesenta resultaran de buena ley, aunque los demás fueran escoria, da-

ríase por satisfecho. Escoria no es ninguno, y más de diez son verdaderamente notables; pero el total resulta excesivo, especialmente para los lectores que no podemos apreciar el saborcillo de crítica personal, lo picante de la sátira que debe contener el libro, al referirse á personas y acontecimientos contemporáneos de Montalvo.

Si se tiene en cuenta cómo escribió éste los *Capítulos*, sin un plan general concebido de antemano (según del prólogo se desprende), no extrañará que haya poca unidad en la obra, y que siendo graciosas é interesantes muchas de las aventuras, la fábula formada por el conjunto de ellas languidezca y presente menos interés que los episodios considerados aisladamente. El título colectivo: *Capítulos*, que lleva la obra, es muy propio. Es eso: una colección de capítulos yuxtapuestos, y concertados entre sí para formar una serie.

No es raro tampoco que de vez en cuando deje el autor la pluma de Cide Hamete y hable y filosofe por su cuenta, deponiendo momentáneamente el papel de imitador. Semejante *postura* intelectual es demasiado fatigosa, siendo continuada, para que una obra de las proporciones de ésta no pida algunos intervalos de descanso. Y son tal vez de los mejores estos pasajes, en que, distraido del cuidado erudito de ceñirse á su modelo, deja Montalvo desenvolverse libremente la espontaneidad de su ingenio.

*
* *

El mérito principal de este escritor es la pureza y elegancia del lenguaje. Siendo exuberante, rico, pomposo el estilo de Montalvo, la frase es concisa por la propiedad y precisión admirables con que cada palabra está usada, formándose así de elementos muy sencillos la magnificencia y esplendor del período. La riqueza de lexico, á más de contribuir á esta precisión, da variedad, soltura y colorido al lenguaje. A diferen-

cia de otros imitadores del gran estilo clásico castellano (de los cuales tenemos un ejemplo reciente en la *Historia de la Pasión de Jesucristo*, del P. Mir), en cuyas obras se percibe á cada paso el esfuerzo y el artificio de la imitación, en la de Montalvo parece todo espontáneo y natural, como si embebido en el comercio con los autores del siglo de oro, no hubiese llegado á él, más que por raro acaso, la vulgaridad del habla moderna.

Sin admitir el arbitrario paralelo que con frecuencia se establece entre el leguaje vulgar y corriente de hoy y el castellano de nuestros primeros escritores, cual si en los siglos XVI y XVII hubiesen hablado y escrito todos los españoles, como los Luises, como Cervantes ó como Hurtado de Mendoza, hay que reconocer que va perdiéndose la antigua elegancia del lenguaje. A ello contribuyen, entre otras causas, el abandono de los estudios clásicos, de las humanidades, en que se educó y formó el gusto de nuestros grandes autores, y la influencia, cada vez mayor en el lenguaje común, del periodismo, género en que, siendo forzosa la improvisación, es imposible la lima que aconsejaba Horacio. De ahí que vayan siendo cada vez más raros y menos comprendidos los verdaderos artistas del idioma, y que por lo mismo merezcan mayor encomio obras como la de Montalvo, en que la palabra no es un *volapuck* más ó menos expresivo é inteligible, sino obra de arte, manifestación bella del pensamiento.

E. Gómez de Baquero.

CRÓNICA INTERNACIONAL.

Viaje del czar á París.—Discurso de clausura del Parlamento inglés.—El derecho de reunión en París.—Libros recientes sobre la revolución francesa.—Reflexiones acerca del Terror.—Demostración de que las crisis históricas han pasado todas por igual fenómeno.—Guerras varias.—El método revolucionario y el método evolucionista en Francia.—Las presidencias anónimas.—Crisis del ministro de la Guerra en Alemania.—Los lores ingleses y las reformas de Irlanda.—Sir Balfour.—Boda del príncipe de Nápoles.—Cuestión armenia.—Conclusión.

I.

Sobrepuja en interés á todos los demás asuntos el cercano arribo de Nicolás II á los tormentosos espacios de París, acompañado por la joven y bella emperatriz. Razones hay sobradas á justificar tal deferencia del Czar. Sin los auxilios de Francia no pudiera éste hacer todo aquello que le pide su gusto personal, así en el Oriente de Asia como en el Oriente de Europa; ni á su sabor de Inglaterra burlarse, así en Corea como en Armenia. Por tanto, cosa natural y legítima la confirmación de un pacto, para él tan útil y tan inútil para Francia, como la sanción indirecta que supone prestarle ahora la visita imperial. París estará de mejor talante ogaño que antaño, hace ya seis lustros, cuando recibió la visita de Alejandro II, á vociferaciones de «Viva Polonia» y á pistoletazos dirigidos sobre la sacra persona del huésped por un

arma polonesa. Esperan los franceses de Rusia sus reivindicaciones del territorio nacional; y así, más que á Rusia, dirigen á la patria propia el fervor de sus entusiasmos y el tributo de sus homenajes. Pero, reconocido y confesado esto, reconozcamos y confesemos también que la Providencia se burla tanto de nosotros, los republicanos, como el Czar de Inglaterra se burla, obligándonos á librar nuestras esperanzas de engrandecer la gran República y conservarla en quien recuerda por el continente nuestro la conquista desde los bordes del mar Báltico, arrancados á Suecia, hasta los bordes del mar Negro, arrancados á Turquía; la perpetración de un crimen, jamás perdonado al despotismo por la conciencia humana, como el descuartizamiento y repartición de Polonia; la servidumbre de razas enteras, uncidas al carro cesáreo por la violencia y azotadas por el Knout ó látigo de los cosacos; el régimen más opuesto que darse puede á la democracia y á la libertad y á la República.

Como la patria está sobre todo y ante todo en el corazón de los pueblos, han entregado los franceses el alma hoy al Czar, por redondear su territorio, como entregaban los sabios de la Edad Media, para quienes la ciencia estaba sobre todo y ante todo, el alma, por descubrir un secreto al diablo. Y sin embargo, el Czar no hace como el diablo, quien cargaba con los espíritus que le pedían de hinojos los enseñorease á su arbitrio; el Czar se reserva un poco, y echa mares de agua en el vino de honor presentado á sus augustos labios por los recientes amigos. Así, previas las visitas al rey de Dinamarca y al emperador de Alemania, y á la reina Victoria, y al emperador de Austria, y á todo el mundo, visitará también por último á París. La visita inevitable al rey de Dinamarca se comprende bien, pues todo nieto debe cariño á su abuelo, de quien recibiera la vida uno de los dos seres que se la trasmitieron á él; y también las visitas á la reina de Inglaterra y al emperador de Austria, que representan y ejercen honorarios decanatos en la corporación compuesta por los reyes europeos. Pero, franca-

mente, no puedo comprender, como comprendo el rodeo por Viena y por Londres, la detención en Beslau, capital de Silesia, conquistada por el genio y por las armas de Federico II á los dominios de María Teresa, y transmitida por tres generaciones de reyes á Guillermo II, embargado ahora en maniobras militares, como no sea para decir de algún modo á los franceses que será difícil volver Lorena y Alsacia, como al Austria Silesia, pues los emperadores viven de la guerra, como del robo las águilas.

Y sin embargo, estalla un tal fragor de manifestaciones fervientes, que los ministros se han visto en la necesidad de moderarlas, al natural recelo de que acabasen por vejámenes ó caricaturas del Czar. Los periódicos han estado en vena, proponiendo una procesión desde las estaciones del Norte al célebre ingreso en los Campos Elíseos ó plaza de la Concordia, en que llevaran todos los parisienses ramos de flores, dejando á las parisienses en sus casas para que llovieran desde los balcones y ventanas hojas de flores también, hasta concluir todo por un gigantesco besamanos, del cual participaran algunos millones de seres; pasando ante los czares, quienes, puestos en áureo altar, bajo solio en competencia con cualquier horizonte, y sobre trono en competencia con cualquier montaña, nos granjearían una magia magnificentísima, como nunca se hubiera visto otra igual, ni en la Opera, ni en el Circo, ni en los Bufos, por cuya celebración hubiera dado un ojo de la cara el reclamero y pufista yankee, celebérrimo bajo su nombre de Barnum, unido á la restauración del elefante blanco, preso en las selvas indias del Asia, para divertir y alegrar con sus danzas religiosas y sus habilidades titiriteras á los hastiados del mundo.

II.

Y á fe que necesitamos diversiones, pues todos los días el reloj de arena, que se llama tiempo, despide un alma en la eternidad, ocultándola por los abismos insondables y sugiriéndonos así también indecibles tristezas. El inglés Millais lucía entre los artistas de primera magnitud lucientes en el cielo europeo. Y la muerte acaba de robarlo á nuestros ojos; accidente que nos entristece, siquier nunca pueda robar á la universal admiración sus obras. Entre los ingleses ha existido este siglo una escuela, que ha hecho de la estética su religión, su culto, su moral, su vida. Para esa escuela se confunden lo hermoso y lo bueno, como lo feo y lo malo, en igual naturaleza. Y confundiéndose, prefiere á todos los pintores, á la verdad natural de Velázquez, al esplendor increible de Rubens, á la maestría de Rembrandt, al colorido y composición de Ticiano, aquellos sobrios y melodiosos pinceles del siglo décimoquinto de Florencia, predecesores de Rafael, que no sabrían, como nosotros, pintar los cuerpos y los campos y las cosas, pero que sabían en toda su ingenuidad pintar las almas, y poner en sus cuadros el inimitable toque de la idea pictórica por excelencia, de la idea cristiana. Yo comparto con los estetas ingleses la religión, que cultiva, en el sentido de prestar culto, los últimos cuadros medioevales de la incomparable Toscana. Recuerdo ahora una circunstancia de mi vida: muy embargado yo, el día de mi visita inolvidable al sublime León XIII, y absorto en la idea de cuanto debía escuchar y decir, al paso desde las antesalas al saloncito del trono pontificio, donde Su Santidad me aguardaba, íbanseme los ojos tras las tablas del cuatrocientos, puestas por el genio artístico de los Papas sobre

aquellas sacratísimas paredes, y detenía, en lo compatible con la etiqueta y con la ceremonia, mi paso á la indeliberada é inconsciente contemplación de tales maravillas. Pero sucede con los imitadores de la pintura florentina del siglo décimoquinto lo que sucede con los latinistas modernos, que reproducen la prosa ciceroniana. Como no inventan, más bien calcan, sus pinturas y sus escritos se diferencian del modelo, como el cuadro al cromo del cuadro que reproduce ó copia. Lo pintaba todo muy bien Millais; pero en lo que subía su arte hasta emparejarlo y confundirlo con los mayores artistas era en el retrato, por lo profundamente psicólogo de su pincel, quien expresaba mejor el alma de los estadistas reunidos en las Cámaras de los Lores y de los Comunes, que el alma de los artistas ingenuos y sinceros reunidos en las platónicas florestas de Florencia.

La estética del célebre Ruskin; empeñado en mezclar lo bello á la vida, lo mismo en sus actos morales que en sus industrias y en sus trabajos creadores, y convencido por completo de que solamente dos ciudades han tenido en la Historia dos épocas artisticas, Atenas en el siglo de Pericles y Florencia en el siglo de Médicis, ha inspirado las obras del pintor muerto, cuyo duelo y luto se han extendido hasta mostrar cómo se arraiga cada día más entre los ingleses el culto religioso al arte humano, esa revelación del espíritu donde se cuajan ó cristalizan todos los duraderos ideales. Ruskin representaba la teoría y Millais la práctica del arte anterior al cenit del Renacimiento, donde nadie brilla como Rafael y Baonarotti. Así Millais y Ruskin embargarán en su sazón oportuna el espíritu inglés, elevándose sus teorías y sus obras á la región altísima donde campean los asuntos nacionales; y por tanto, nacional ha sido la pena por el paso desde este mundo al otro de aquel pintor tan eximio. Esta particularidad meritoria debe notarse con tanto mayor motivo, cuanto que no faltan embargos del interés popular hoy por la política ministerial, intrincada y dificultosa como nunca. El cierre de la legislatura en este año

ha coincidido con tales hechos y dado de sí un discurso regio, atribuído como siempre á la corona británica por los ministros, y por los ministros como siempre redactado. Afirmación de buenas relaciones con todos los gobiernos; profundo silencio sobre cosa tan grave como el problema chino-japonés; inteligencias con el sha de Persia y el emir de Cabul, relativas á las cuestiones de límites en los respectivos contactos territoriales entre sus imperios y las Indias; tristezas causadas por rebeliones en el Africa meridional, con cuyo pretexto elide los ataques de sus súbditos á pueblos de su amistad; recuerdos de cómo Egipto perdiera su dominio hace diez años en la negra Dongola y propósitos solemnemente comenzados de recuperarla; terrible afirmación del peligro con que nos amenaza Creta subvertida y alusión al plan, bajo buenos auspicios propuesto, de requerir para ella un buen gobierno que armonice la secular autoridad del sultán con la indispensable autonomía del pueblo: he ahí el discurso, abrazando las mayores dificultades existentes hoy en el planeta, antes para referirlas que para resolverlas. El inmenso laberinto de la política universal encierra tal número de recodos y trampas, que nadie será osado á censurar la reserva británica, inspirada por su tradicional y conocida prudencia.

III.

Mas en Inglaterra, cualquiera que sean las dificultades internacionales, no puede cambiar por ahora la política nacional; mientras en Francia, cualesquiera que sean las facilidades internacionales, puede la política nacional cambiar á cada momento. Y seguramente se nota y resalta esta diferencia entre Francia é Inglaterra; porque mientras en una todo se libra

por la totalidad del país siempre á los Comicios y al Parlamento, en la otra se libra todo por una gran parte del país á la revolución y á la dictadura. De aquí seguramente Inglaterra con grandes agitaciones en la superficie y paz profundísima dentro del fondo, mientras Francia con profundísimas pasiones de cólera y guerra civil entre los partidos, muy enconados unos contra otros en las llamaradas de aquel apasionamiento universal. Donde más esto se conoce y nota es en la práctica del derecho de reunión, encrespadísimo entre los franceses, y en Inglaterra sereno de toda serenidad. ¿Qué digo en Inglaterra? Nosotros mismos, los más retardados en el aquistamiento y práctica de los humanos derechos, sabemos practicar el de reunión, por tal modo, que hasta los conservadores y los reaccionarios alaban en esto, en la dignidad y en el orden de sus asambleas, á nuestra democracia. ¡Ojalá practicáramos lo mismo el derecho de sufragio, en parte ninguna tan falseado y corrompido! Pero los franceses que practican muy bien el derecho de sufragio, practican muy mal el derecho de reunión. Importa poco que se hallen inscritos los derechos humanos allá en las primeras hojas de una Consttiución, si luego aquí, en la práctica, los destruyen aquellos mismos que los gozan, probando así como no los merecen. Las ideas todas tienen sus contrarias, y en dejar que se contradigan ellas por labios de sus mantenedores opuestos entre sí, está el toque de la verdadera libertad, igual para todos, fórmula superior de la democracia moderna. Pero en Francia no hay público que tolere hablen los contrarios á sus ideas en paz. Recuerdo cómo procedieron, durante las últimas elecciones senatoriales, con un republicano tan radical como Floquet, los electores socialistas en cierta reunión pública: después de haber agotado todos los dicterios, no teniendo más ofensa que dispararle al pobre ya, le dispararon un tiro, el cual tiro agujereó su sombrero á flor de la cabellera, encanecida en defensa del progreso. Gambetta necesitó salvarse por los pies de las manos del partido, su hechura, quien intentó lincharlo en una reunión pública de Belle vi-

lle. Así el marqués de Morés, explorador asesinado estos días en Africa, trataba como salvajes á los muñidores de las reuniones parisienses, y para poder celebrar las por él concebidas, llevaba unos cien matarifes de las carnicerías, cuchillo y revólver al cinto, con la consigna y la disposición de matar ó degollar á quieu metiese algazara é impidiera con vociferaciones ó con golpes las asambleas por él convocadas; método y camino azaroso, por cuyos agrios procedimientos y senderos con suma facilidad se vuelve á la barbarie.

Pues un escándalo de ayer muestra cómo en tal materia no se corregirán los franceses jamás. Contémoslo, pues á las palabras en elocuencia exceden los hechos. Desde la Edad Media se celebra la fiesta del Corpus entre los cristianos. Creo no equivocarme diciendo de memoria que así como el Rosario lo inventó Santo Domingo y el Ave María en los dos crepúsculos San Francisco; á instancia, según mis recuerdos más ó menos fieles, de la primer monja franciscana en Asis, á instancia y ruego de Santa Clara, un Papa del siglo décimotercio instituyó la fiesta del Corpus, que ofrece aquí en España ocasión á procesiones magníficas. Los cleros franceses la han celebrado en mayo también; y como no puede haber en Francia procesiones públicas sin permiso de los alcaldes, los partidos radicales y socialistas se han vuelto contra los autorizadores de la fiesta litúrgica, que creen ellos una retrogradación espantosa. Y para protestar, so pretexto de que impiden tales procesiones la circulación y llenan las calles, háseles ocurrido el homeópata remedio de impedir la circulación ellos también, y también llenar las calles con una procesión racionalista. Y necesitando toda procesión un santo cualquiera, escogieron como término de su carrera, la estatua del impresor Esteban Doleto, émulo de los Manucios y de los Plantinos, á quien allá, por el siglo décimosexto, los católicos quemaron, por suponerle, no obstante sus negativas, propensiones herejes. Protestemos contra la persecución del pensamiento y de la conciencia, ya sean sus perseguidores los griegos que mataron á Sócrates, los judíos

que mataron á Cristo, los cristianos que mataron á Hypatía, los calvinistas que mataron á Servet, los católicos que mataron á Doleto. Pero, de todas veras reconozcamos que por cuestiones religiosas durante todo el siglo décimosexto lo mismo se mataba en las monarquías que en las repúblicas; lo mismo mataban las sectas ortodoxas que las sectas heterodoxas cuando tenían poder para ello; lo mismo trataban á los católicos sus implacables contradictores los anglicanos, que á los anglicanos sus implacables contradictores los católicos; siendo universal el horrible crimen de perseguir y violar la conciencia humana. Cada sectario, si podía, sacrificaba en aras de sus ídolos respectivos humanas víctimas. El estado mental de aquella época, si no excusa, explica tamaña barbaridad. Pero no tiene satisfactoria explicación que los defensores del pensamiento libre arranquen de la imperial de un ómnibus á exaltado joven, porque protesta, en uso de su derecho, contra las manifestaciones racionalistas, como protestan los racionalistas contra las manifestaciones religiosas, y quieran arrastrarlo, salvándolo del furor filosófico la policía y algún filósofo compasivo, con riesgo de sus vidas; y no satisfechos de tan bruto atentado, se entren airadísimos en una reunión, por su víctima convocada, y la disuelvan, entre insultos, entre golpes, entre horrorosos escándalos, demostrando que perderánel gobierno republicano, y con el gobierno republicano perderán sin remedio los caros derechos naturales. Dios nos asista, porque sólo Dios puede salvar, cuando las gentes se ponen así, la libertad para todos y la santa causa del progreso universal.

IV.

Hablemos un poco de libros y de bibliografía. Tengo sobre la mesa una grande cantidad de volúmenes recientes, que tra-

tan materia tan vasta como la revolución francesa, y arrojan al par sobre sus tiempos, como sobre sus actores, clara y verdadera luz. La novísima edición del estudio hecho por La Rocheterie acerca de Antonieta, muy rico en curiosos datos, aunque muy parcial en favor de la reina, cuya política en la revolución cada día parece más condenable por el aportamiento de papeles recien descubiertos; *La Casa de Robespierre*, descrita por Sardou en una polémica muy célebre con el historiador Hamel, trabajo para el cual se ha valido el diestro dramaturgo de cuantos testimonios así orales, como escritos, pudo haber á su disposición; el volumen de Biré, combatiendo toda piedad que pudiese rehabilitar á los girondinos, hasta trocar los errores de estos infelices, en crímenes y en maldades sus desgracias; la correspondencia, sobre cuyo contexto ha publicado la *Revista de Ambos Mundos* un buen artículo, de madame Rolland, con su esposo, cuando eran ya, no tan sólo amigos, sino novios, demostrativa del yerro que cometieran, empeñándose ambos en dar á una Monarquía moribunda el temperamento de una República joven, como á la República en su cuna el carácter de una Monarquía secular; por lo que aparecen, después de haber servido desde las alturas del Gobierno, á una y otra institución fielmente, traidores á las dos; el *París Revolucionario*, por Lenotre, lleno de noticias tanminuciosas, que registra el apellido ó apodo de los ganapanes, portadores en sus hombros del equipaje de Robespierre al irse á estudiar éste desde Arras al colegio de San Luis; el entretenido viaje á la Francia revolucionaria de un alemán, ducho en el arte magno de historiar como Halem, reeditado y vuelto al francés con esmero; tantas y tan diversas publicaciones dan al relato de historicos hechos, sobre los cuales apenas un siglo trascurriera, el interés de los dramas y de las novelas más interesantes, por unirse á lo trágico de su naturaleza la indudable verdad de lo referido.

V.

Apenas duró quince años la revolución francesa, y ha dejado huellas en el espacio y en el tiempo, superiores á las dejadas por edades más duraderas de la Historia como el Renacimiento, y por manifestaciones del espíritu y de la sociedad más antiguas, como el Cristianismo y el Imperio. Así, todo libro sobre tal materia, despierta grande atención y reune lectores numerosos. He leído yo los libros ahora circulados, y abundo en el pensar y en el sentir general respecto de juicios y opiniones sobre aquellas personas y sus hechos. Pero no puedo avenirme á que todos hagan del terror, compañero inseparable de cuantas crisis la humanidad atravesara y de cuantas transformaciones tuviera, un fenómeno exclusivo de la revolución francesa. No, mil veces, no. El terror acompañó en el espacio y en el tiempo á todas las humanas metamorfosis.

Ningún crimen de los frecuentes á cada paso por las Historias debe hallar, no ya perdón, ni siquiera excusa, en la conciencia humana. Donde quiera que un precepto moral se olvida entre grandes ó chicos, y un daño grave se hace á cualquiera de nuestros hermanos en la hamanidad y en Dios, debe surgir la idea superior de justicia infligiendo la pena moral que le corresponde aplicar con el rigor y la inflexibilidad necesarias á superiores entidades, que cumplen el ministerie de advertir y regenerar con justiciero castigo, y por justiciero, implacable. No se pueden apreciar las ventajas del período revolucionario, transcendentes á todos los tiempos y á todas las generaciones, despreciando los males inferidos entonces á quienes vivían por aquella sazón, incapacitados de gozar á su gui-

sa la existencia por haberse concitado unos contra otros los ánimos de las gentes, produciendo entre todos con esta concitación de odios una catástrofe tan espantosa como las mayores plagas físicas y los mayores desórdenes del universo en las calamidades sin cuento á que se halla sometida naturaleza por su indisoluble lazo de unión estrecha con el mal y con la muerte. Así, las delaciones á lo inquisidor, el castigo al pensamiento, la violación sistemática de los espíritus y de los hogares, aquellas sombras de numerosos esbirros empañando todos los humanos derechos recién reconocidos; la jauria de verdugos con el cuchillo en los dientes, despedida, como en una caza de seres humanos, contra los escogidos por el odio y por la venganza sin piedad para la guillotina; los calabozos trocados en sepulturas de vivientes; los arroyos de las calles enrojecidos con el tributo de sangre que les prestaban las innumerables víctimas; aquellos patíbulos parecidos á las negras bocas de los abismos eternales; el aniquilamiento en flor de toda una generación, cuyos servicios habían de prosperar el planeta y esclarecer el alma; la triste ausencia del instinto de conservación hasta parecer aquella una sociedad de suicidas, dados á la muerte, como si no pertenecieran al mundo y no estimaran el calor de la vida recibido del calor universal; tales crímenes, que no puede justificar ni el atenuante de una demencia colectiva, causada por una borrachera recibida de las ideas, quizá dañosas, por prematuras y súbitas, mas respiradas por todos en el universal espíritu, dan derecho á cuantos creen la Revolución francesa el mayor mal de todos los siglos, para pedir su eterna condenación en el juicio severo y en el tribunal inapelable de la humana historia. Sí, gran crimen fuera el terror de la revolución, crimen cometido por aquellas generaciones y pagado por las subsiguientes, pues merced á él, ni las ideas han marchado con la prisa que debiera traer la celeridad natural á su esencia etérea, ni el continente viejo se ha constituído en la forma que le tenían prometida los anuncios de la religión y de la ciencia, ni los Estados-Unidos se han en este siglo fun-

dado sobre Europa y ni áun se columbran la línea del horizonte ó la hora del tiempo en que había de cumplirse y realizarse la plenitud entera del ideal democrático. Siempre que se ha querido por los apóstoles del progreso emancipar la conciencia en todo, hannos los reaccionarios de las diversas conocidas procedencias salido al encuentro mostrándonos la Inquisición resucitada por los mismos vocigeradores del humano derecho; siempre que se ha tratado de asegurar, aboliendo la pena capital, el goce tranquilo de la vida común á todos, áun á los que no la merecen, se han salido los resistentes á todas las innovaciones por el registro de la guillotina en permanencia, el cuchillo goteando sin término sangre, las cabezas de los franceses cayendo en el cesto como las cabezas de los bueyes en el matadero, la crueldad ensañándose hasta en los cadáveres y reuniéndolos amontonados dentro de una fosa común y anónima para que las familias de los inmolados no tuviesen jamás ni el consuelo siquiera de venerar sus huesos. No contestaré ninguno de tales merecidos cargos; pero sí contesto la singularidad que se atribuye por los enemigos de la revolución á los crímenes revolucionarios, cuando no hubo transición alguna de un punto á otro punto en la línea de los humanos progresos, la cual no estuviera teñida de tanta sangre y asombrada por iguales errores, desde la salida ó éxodo de los israelitas del poder de los faraones para fundar en la tierra de Judá el templo á su dios, hasta la salida ó éxodo de los puritanos del poder de los Stuardos para fundar en la tierra de América el templo á la humanidad. Y digo más: digo que no pueden los amigos de la reacción detestar los crímenes revolucionarios como los detestamos á una los amigos de la revolución, pues á ellos les sirvieron en la obra de impedir el progreso y nos desirvieron á nosotros en la obra de acelerarlo y de cumplirlo.

VI.

Sin embargo, no en defensa ó excusa á la Revolución francesa, en tributo á la verdad histórica, créome obligado á repetir, que cualquiera de las transiciones desde un punto á otro punto en la sociedad, ha costado mucha más sangre y visto muchosmás crímenes que la Revolución francesa, por todos los reaccionarios señalada como la condensación de todas las maldades, no sólo verdaderas é históricas, de todas las maldades posibles en el humano desvarío, cuando es presa de la demencia y del crímen.

La Europa se ha conssituído con estos elementos: el Imperio romano, la religión cristiana, el individualismo germánico, el pontificado católico, las Cruzadas, el régimen feudal, la Realeza una, el Renacimiento artístico y literario, la Reforma luterana, las guerras religiosas, la paz de Westfalia, las Revoluciones. Pues hay que preguntar á la Historia cuál de todos estos factores ha costado más sangre, y aunque no haya instrumento alguno para medir tales cruentos diluvios, como hay para medir las lluvias higrómetros, imposible dudar un punto de que la revolución francesa no ha costado la sangre vertida en aras de cualquiera entre las edades é instituciones varias que la precedieran y engendraran. No puede, no, darse una institución de tanta fuerza como el Imperio. Precede medio siglo al cristianismo, y todavía dura. Lo fundaron César y Augusto; lo restauró, tras las irrupciones bárbaras, el propio Carlo Magno; lo recogieron las gentes alemanas, que lo habían destruído por algún tiempo, y estuvo en la Europa Oriental bajo la representación de los griegos, hasta que triunfaron los turcos; todo ello por significar cierta humildad cris-

tiana y cierta supremacía europea como el Pontificado. Mas, con todas estas grandezas, ¡qué de miserias rodearon su aparición y establecimiento! El Imperio se constituye de un modo definitivo: el Imperio hereditario, en tiempos, no del primer emperador, no de Augusto, en tiempo de Tiberio, mediante cuya persona y cuya política se hizo perpetua la dictadura de César. ¡Cuánto crimen para establecer una institución que aún es la forma del Estado en Alemania, en Austria y en Rusia!

VII.

Ahora mismo la sangre corre por todas partes. En los desfiladeros de Macedonia se renueva la caza de hombres, como cuando cazaban los turcos á los griegos, tratados por los sultanes cual tratan á los jabalíes los ojeadores en la isla de Creta. El combate continuo, manteniendo todos los caracteres asoladores propios de la barbarie tal, incendia, saquea, destruye y asesina; en el desgarrado territorio de Madagascar, chocan la conquista con la resistencia; constitúyense rehenes de los mactabelos, que pueden descabezarlos, si así les place, los primeros y más conspicuos audaces ingleses de la colonia del Cabo, para concluir la tremenda insurrección promovida por aquellos negros, casi antropófagos, contra Inglaterra; en las calles de Constantinopla caen á nuestros ojos más de cinco mil almas, inmoladas por las competencias entre armenios y turcos; para erigirse monarca un pretendiente afortunado en Zanzíbar, envenena primero á su antecesor, y luego se refugia y encierra con carnicera guarnición en su Alcázar, bombardeado por espantoso bombardeo á estas horas; los nubios retan en cerrado campo á los egipcios, y los abisinios mantienen á sus prisioneros de Italia en horrorosa esclavitud; propónense los mambises acabar en la perla del mar antillano, con toda su in-

extinguible vida, y los indios de Filipinas remedan en Asia la trajedia desoladora de América, como si nada la humanidad hubiese adelantado y se hallara todavía nuestro mundo en el período de las guerras perdurables presididas por genios de odio y exterminio. Yo no puedo comprender cómo se apodera hoy de nuestra Europa una fiebre colonial tan intensa, que, teniendo los ingleses gran parte del planeta, peleen aún por la tutela sobre Zanzíbar, y habiendo cambiado esta fantástica institución y sus provechos imaginarios los alemanes por una isleta como Heligoland, en las aguas del Norte, no se hayan avenido á su propia renuncia, y anden por la región austral del continente negro, en busca de conquistas. Pero, ¿cómo extrañarme? Aún hay en Italia quien suspira por Trípoli, pide á una guerra europea la tutela sobre Túnez, patrimonio de Francia, hoy, mantiene, tras los últimos desastres y las desgracias recientes, el desquite próximo de las victorias del Nego, mientras la grande Rusia, que llega por tierra en su lento y seguro camino hasta las puertas de India y China, después de haber tomado á Persia una gran porción del territorio Norte, penetra en la Mandchuria como en su casa contra las victorias del Japón, y arrebata el fruto de sus combates este imperio, alzándose en Corea. Por manera, que parece todo el planeta un vasto incendio en que la humanidad se consume, y sus mares una inundación del espacio por un diluvio gigantesco de lágrimas y sangre, que amenaza con anegarnos á todos, tristes ante los dolores que sufren, y los presentimientos que inspiran estas pasmosas catástrofes.

VIII.

El estremecimiento de los terremotos coloniales, y el humo de los incendios que calcinan el suelo y asombran el aire,

así por el Oriente, como por el ocaso, nos impiden ver con claridad el curso regular y ordenado de las naciones europeas en vías, sin excepción todas ellas, de transformaciones profundas. No se habla hoy en Francia de otra cosa que del método revolucionario adoptado, por una parte de los comuneros frente al método conservador de los oportunistas convencidos, y al método evolutivo de los radicales sensatos. Háblase de tales métodos, no por mera curiosidad científica y en meras abstractas controversias, háblase porque los partidos militantes van á definirse primero, y agruparse después con arreglo á las ideas fundamentales de tan conocidos procedimientos. Y como van á definirse así, los que adopten la revolución, aunque sea como supremo recurso, no podrán entenderse con los que prefieren la evolución, deseosos de cambiar las leyes, mas siempre por medio de las leyes mismas, y de los métodos para el cambio de leyes contenidos en la sagrada legalidad. A tal respecto no se habían explicado bien las cabezas de los partidos en turno. Y parecía cosa natural no se demandaran y no se dieran explicaciones sobre tal método, porque sólo á cabezas sin cabeza, tolerad el retruécano, se les podía ocurrir una triste apelación, ni como supuesto hipotético, al extremo de las revoluciones en pueblos tan dueños de sí mismos, como Francia, donde todos los ciudadanos tienen el derecho de proposición consagrado por el respeto á las iniciativas individuales y el derecho de resolución en los comicios por el sufragio universal. Así, distinguiéndose los partidos ahora más por el método que por el dogma, podían ir unidos los radicales y socialistas con sólo poner más cerca ó más lejos la frontera y término de sus aspiraciones, si todos adoptaran la común legalidad repúblicas. Mas el comunista Jaures ha ido al Concilio ecuménico de su religión en Londres, y por no justificar un rompimiento entre sus correligionarios, ha tenido que adoptar como escuela ó como remate al método evolucionista el método revolucionario, y que proclamar las excelencias, como los napoleónicos, del régimen plebiscitario,

llamado por la jerga política en boga democracia directa, cuando realmente se dirige al Cesarismo y al Imperio. Háles dado á los radicales el tufillo de tal aspiración en las narices, y uno, entre todos ellos eximio, el publicista Rank, muy amigo mío, se ha levantado contra tal movimiento regresivo en forma de progreso, hasta decir que, necesitándose para el establecimiento de esa democracia directa una revolución inmediata, oponíase á ella, porque la revolución, como destruiría primero el Senado, y luego el Presidente, caería de manos á boca, primero en un dictador, y luego en un César. Celebro muy de veras que hayan caído los radicales de su error, y enterádose por sí mismos de cuanto les anunciábamos nosotros.

IX.

Después de haber señalado esta situación de los partidos franceses, necesitamos volver á la visita del Czar, pues no hablan de otro asunto los periódicos en Francia. Cosa grave anunciar, comentar hechos próximos, cuando tan pronto se han de invalidar ó robustecer su historia y sus comentarios, por el tiempo inmediato, aunque futuro, llamando con redoblados golpes á la puerta. Según unos, el Czar siente preferencias tales por los recientísimos aliados, que su mujer llegará á Francia, en días de parir su hijo en gestación; y según otros, repugnancias tales, que la Czarina se abstendrá de acompañar á su marido por no tratarse con la esposa del Presidente. Siempre dije cuántas dificultades había de hallar Francia en estas jefaturas y presidencias anónimas de su grandioso Estado, para las relaciones internacionales con las empingorotadas masas europeas. No se puede negar que una República, llegada tras una Monarquía, puede romper sin peli-

gro con las leyes, y no puede romper sin peligro con las costumbres monárquicas. Ya que no deban tener los presidentes de las Repúblicas, autoridad y prestigio heredados, ténganlos adquiridos, supliendo la falta de ascendencia histórica con la sobra de mérito personal. Varios ilustres repúblicos, Gambetta, Ferry, Simon, Thiers, hicieran óptima figura frente al Czar, poniendo en idéntico nivel que las coronas imperiales cuajadas de pedrerías, sus coronas propias esmaltadas de méritos, y se hubiera visto cómo las democracias eligen por jefe al más digno y aprecian los merecimientos adquiridos sin haber necesidad alguna de que los designen ó señalen los tiempos pasados y las generaciones muertas. Pero estos jefes del Estado, á quien apenas conocemos, tan obscuros de nombre, que justifique su elección y tan rigidores de apostura en su dignidad no esperada, semejantes á las efigies en cera que de ellos hay en el Museo Grevin, aparecen muy diferentes en ceremonias y en fiestas como las preparadas al soberbio déspota del Norte por la icnoclasta República del centro. Con un municipio socialista, con un jefe casi anónimo del Estado, con una preponderancia en la Cámara del grupo comunero tan grande, con las supersticiones reinantes en el Gobierno y en el Estado acerca de la igualdad, fuera mejor abstenerse de tratar monarcas, para lo cual no serviríamos la gente republicana, que arriesgarse al retroceso de las relaciones con Rusia, tan valiosas hoy para Francia, no por descortesías, imposibles en la cultura popular francesa, por excesos del público fervor y desvaríos del universal entusiasmo. Si Francia se hubiese adherido á la República conservadora, personificada en un Presidente de mérito, no aclamaría hoy á tiranos abominables; calcados los Gobiernos europeos sobre los patrones ofrecidos por excelso modelo, estaríamos en vísperas de la confederación occidental, indispensable á la paz y á la libertad humanas en todas partes.

X.

Hase acabado la crisis ministerial en Alemania con inesperada felicidad, pues todos temíamos se resolviera por solución autocrática, en vez de resolverse, como se ha resuelto, por solución parlamentaria. La irritabilidad nerviosa del Emperador lo hace temer todo, pues peores que los bruscos cambios de temperatura en el aire para la pública salud, resultan los cambios bruscos de temperatura en el gobierno. Músico, poeta, pintor, navegante, soldado, retórico, el joven Guillermo II, apenas puede fijarse la persona suya por cualquier facultad en él sobresaliente, ni concebirse la copia de propósitos contrarios que batallan en su espíritu. Ya vestido como un caballero del Santo Graal, bebe los místicos licores de la cena eucarística en el cáliz guardado tras irisados ropajes y alas de ángeles, pidiendo votos ó juramentos propios de los cruzados á los magnates petrificados en los cánones y liturgias de las órdenes teutónicas, ó ya se las entiende con cualquier dramaturgo alquilón ó con cualquier pintamonas hambriento para que critiquen al gusto imperial con acerbidades juvenalescas á los nobles el uno en obras dramáticas, ó anuncie á los reyes el otro en cuadros simbólicos las amenazas del peligro mongol radicado en Asia, ó las amenazas del peligro socialista radicado en todas partes; y predica un sermón presbiteriano como cualquier calvinista fanático de otros tiempos, ó compone una ópera como cualquier imitador de Wagner en agraz. Lo mismo le importa despedir á Bismark, después de haberlo endiosado, que despedir á un escribiente ó á un doméstico. Con igual facilidad se pone á discutir con un socialista que á porfiar en una regata. Por el invierno, á media noche, con un tiempo

desapacible y con una obscuridad espesa, despierta los soldados de caballería, para lanzarlos desde sus cuarteles en una carrera infernal, semejante á las calvacadas de los nibelungues entre los pueblos del Rhin; y luego, sin tregua ni reposo, diserta sobre las teorías bimetalistas ó reune un consejo de ministros para decirle aquello que ha pensado sobre las tarifas aduaneras, de los centenos rusos. Tiene muchas de las aptitudes varias mostradas por su gran predecesor Federico; del carácter teológico propio al célebre bisabuelo suyo, que declaró la cruzada de los reyes contra la revolución francesa; del romanticismo que le valiera el apodo de Juliano el Apóstata, muy conocido, al pobre loco Federico Guillermo IV; del sentimiento humanitario y del vago idealismo connaturales á su malogrado padre; y también tiene de todos sus antecesores y predecesores, sin excepción, la preferencia por el arte militar y el culto religioso al ejército.

Así, aunque pintor, no lleva compañía de pintores consigo; aunque músico, no lleva consigo ni coros, ni orquesta; aunque poeta, no lleva ni Parnaso, ni Parnasillo; general verdadero lleva un estado mayor considerable, al cual estas preferencias le sugieren á veces la tentación muy natural de llegar á camarilla cortesana. Y decíase á voz en cuello que tal camarilla declarara implacable guerra sin cuartel al ministro último Bronssars, porque proponia en su departamento de las armas un código militar, donde se abrogaban viejos usos feudales de antigua disciplina y se hacían innovaciones en las Ordenanzas, como permitir á los acusados el juicio público y la designación de un defensor á su agrado, cual si fuera gente civil y libre. El influjo ejercido sobre la persona y el ánimo imperiales por un ordenancista y disciplinario tan extremado como el general Hannhete, daban verosimilitud al rumor de que Guillermo se apercibia para un súbito cambio de gobierno, en que la política parlamentaria y constitucional de Hohenloe fuera reemplazada por una política de reacción al grado y gusto de los señores feudales y de los predicadores anti-

semíticos. Las sospechas se convirtieron en certidumbres cuando Bronssard, partidario de las reformas, tan celebrado por sus trabajos en el departamento de la Guerra y por sus discursos en las sesiones del Reistach, presentó su dimisión, aceptándola el Emperador al momento. Como en Alemania el poder propende á la oligarquía militar, todos la veíamos levantarse, como una evocacióu apocalíptica, cuando la carta oportunísima de Guillermo al sucesor de Bronssard, felicitándole por haber aceptado la dignidad con que lo ha revestido un decreto suyo, anuncia la presentación del nuevo código militar y el cumplimiento de las reformas liberales en ordenanza y disciplina, deseadas por él de todo corazón. Más vale así.

XI.

Arriba dije que se había cerrado el Parlamento inglés con un discurso de la corona sobrio, donde se mentaban, en índice muy sumario, las prolijas cuestiones internacionales; ahora digo que la suma de los conservadores antiguos con los radicales unionistas no ha dado en Inglaterra todos los frutos prometidos por la inmensa mayoría que ayuntaron en los comicios y por el vigor con que apareciera en el estadio político la situación compleja presidida por Salisbury. Cuando hay en la Cámara de los lores un Presidente del consejo muy noble, llevando la pesadísima carga de los negocios extranjeros, y en la Cámara de los Comunes un ministro cualquiera elocuente, ya sea de Gobernación, ya de Hacienda, que lleva cualquier peso en los negocios interiores, aparece por fuerza éste, aunque no quiera, el director y el responsable de todo. Así lord Salisbury ha tenido que declinar en su ilustre sobrino Balfour la dirección y la responsabilidad del Go[illegible]

lores, á que perteneció el primero siempre, aventaja el honor alpoder, y entre los comunes, á que pertenece ahora el segundo, aventaja el poder al honor. Todo se lo prometía y aguardaba la escuela conservodara británica del afortunado Balfour. Noble por su cuna, rico por su posición, liberal cuanto puede serlo un lord, publicista de mucho seso, filósofo y creyente al mismo tiempo; sin pasión, y por ende sin acritud; un verdadero discutidor parlamentario; con respeto rígido á la tradición y con diplomática flexibilidad para la democracia, pasaba el célebre Balfour por destinado á continuar la dinastía de los estadistas conservadores, que, arrancando de Pitt y concluyendo con Disraelli, han constituído una gloria de Inglaterra y dado envidia por sus heredadas y permanentes virtudes públicas á todos los políticos de Europa. ¿Y cómo ahora se ha cumplido todo esto? Muy mal, muy mal. El celebrado Balfour queda muy lejos del cumplimiento de tamañas promesas, en una parte burladas por sus ideas personales y en otra parte por el modo de realizarlas. Primeramente no ha mostrado capacidad alguna en la dirección de los debates parlamentarios y en el agrupamiento de los factores políticos. Su glacial indiferencia, su desdén de hidalgo confinante con menosrecio de los demás, su tardanza en asistir á los debates, su descuido en la vigilancia de los oradores y en la preparación de los votantes, dieron por triste resultado dispersiones de fuerzas y deficiencias de discursos que han costado carísimos al Gobierno. Y con esta especie de indolencia nobiliaria, muy ajena de la savia democrática tomada por los conservadores, háse juntado un dogmatismo reaccionario, como el expuesto al público en su ley sobre Colegios, la cual tiró á procurar sean escuelas anglicanas las escuelas neutrales á toda confesión, en buen hora establecidas por el partido liberal. Y es muy extraña la dogmatización teológica de un ministro inglés, acostumbrado al criterio de la observación y de la experiencia. Pero es mucho más extraña en quien pertenece á un gobierno, el cual no se puede llamar á boca llena conservador como se lla-

maban los antiguos torys, el cual se llama unionista para significar, por medio de tal apellido, su reciente unión estrecha con los más radicales entre las personas que dirigen y gobiernan la democracia británica. Y es tan fundada la segundo observación mía, que hase notado mucho cómo el gran ministro democrático Chamberlain, sistemáticamónte se abstuviera de acudir á las sesiones donde se discutía la ley de instrucción pública, por motivo de vedarle, así la conciencia como la historia suyas, aceptarlas de grado, aunque tales declaraciones y procederes quebrantasen el ministerio y mostrasen su falta de unidad. Con un poco de reserva que Rosbery tenga, juntándola con su habilidad enfáciles transacciones respecto del problema irlandés, los unionistas concluirán por desgajarse de los reaccionarios é irse de nuevo á su antiguo ejército; día feliz en que la situación presente habrá caído y los conservadores vuelto á lo que son en Inglaterra de suyo, á una respetable minoría. Y de todo esto deberá responder el poco acierto manifestado por Balfour en la dirección y gobierno del factor esencial á la política inglesa, del factor parlamentario.

XII.

Y esto es tanto más fácil, cuanto que reina en Inglaterra une spíritu de transacciones políticas, incomprensible á los repúblicos del continente. Vinieron los conservadores en hombros de los comicios levantados contra la política de Gladstone y sus amigos en el problema irlandés. Cualquier otro país, á un triunfo así, hubiese abrazado, no ya una política de negaciones y resistencias, una política de combates y represalias. Entienden los políticos ingleses de otro modo que nosotros la difícil ciencia del gobierno. Estudian cuanto hay de práctico

en las proposiciones contrarias á sus proposiciones, y lo aplican de modo mesurado y restricto, con lo cual corren las dos fuerzas mecánicas del mundo social, atendrá á la estabilidad y al progreso. En el fondo de las reformas gladstonianas había un elemento muy aprovechable, aunque muy peligroso, por tocar á lo más vivo del tuétano inglés, al interés material; el elemento que servía á los metamorfoseos de la propiedad, necesarios allí, donde aún queda subsistente hoy el régimen feudal. Gladstone se proponía en una gran medida la transformación de los colonos que tienen aquellas tierras por contratos de arriendo, en propietarios absolutos y directos; el gobierno actual, en menor medida y tomando mayores precauciones, ha transigido con las ideas gladstonianas y presentado, no todas ellas, una gran parte, al Parlamento, como paso hacia mayores progresos. Cual sucede siempre á la deliberación de una innovadora ley, mientras los partidarios de las innovaciones créenla deficiente, los partidarios de las resistencias créenlas excesivas. Por leyes reformadoras de valía escasa las rechazaron los irlandeses en sus discursos, aunque las facilitaran á una con sus votos, cogiendo una mínima concesión de los conservadores como del lobo un pelo; mas los lores han mostrado su importancia combatiéndolas y condenándolas como si fueran las mismas propuestas por el partido liberal. Y han llevado tan lejos sus combates, que alguna vez parecían Salisbury con sus ministros conservadores, tan aborrecibles al patriciado inglés como en persona Gladstone, de quien abominan y á quien maldicen, sin tomarle para cosa ninguna en cuenta sus méritos y sus servicios. Hora hubo durante toda esta porfía, en la cual creíase posible un grito de ataque á la vieja Bastilla de los privilegios nobiliarios, lanzado por los torys del Gobierno contra los torys del Senado. Al fin todo se arregló por el socorrido método de las transacciones, tan saludable á los pueblos en todo tiempo, cual lo es á Inglaterra hoy, quien marcha de progreso en progreso efectivo, sin revoluciones y sin sacudimientos, no contando entre sus libres ciudadanos, ni un fac-

cioso, ni un revolucionario; felicidad indecible que deben traducir á sus respectivos sistemas y procedimientos políticos todos los estadistas del mundo.

XIII.

De las cuestiones inglesas demos un salto á otras cuestiones más gratas, á cuestiones matrimoniales, en cuyo seno también palpita, y mucho, el interés público. Dos príncipes hoy se casan: el Duque de Orleans con la archiduquesa de Austria, y el príncipe de Nápoles con la infanta montenegrina. Como los Orleanes sólo podrían volver al trono por errores democráticos ó republicanos, y estos errores, aunque muy copiosos, no llegan á tanto de restaurar una monarquía, dejemos al Orleans que se case con quien le plazca, diciendo de su matrimonio aquello mismo que decía un chusco, huyendo del teatro en que una comedia realista se representaba: «No me interesan las vidas ajenas.» Pero del matrimonio de un heredero positivo á corona tan espléndida como la corona de Italia en este período, hay mucho que hablar. Italiamisímo, como llamaban los reaccionarios á cuantos amábamos la independencia y unidad de Italia, mis ideas republicanas me han vedado acercarme á una familia real, por cuyo glorioso jefe, Víctor Manuel, he tenido un religioso culto, y cuyas victorias he considerado siempre como victorias de la causa del progreso, abrazada por mí desde la niñez y por mí servida también hasta la muerte. Pero no es necesario acercarse mucho á la dinastía italiana para saber que su joven unigénito, de complexión moral muy sana, de inteligencia y sensibilidad muy vivas, de cuidada educación, al recibir del cielo tantos dones, el principal, una corona, para cuyo ayuntamiento no hiciera ningún trabajo ni presentara

ningún título, no ha recibido tales dones ni una buena salud un cuerpo bien formado y apuesto. Las enfermedades, que le atribuían, y la deformidad visible que revelaba, retraíanle un poco de la sociedad y le aconsejaban remitir á lo más tarde posible un matrimonio, forzoso é indispensable á quien debe continuar una gloriosa dinastía. Mas, aparte de todo esto, las difíciles relaciones de la corona real con la teoría pontificia, suscitábanle obstáculos diarios á la realización de un conveniente matrimonio. Católico, no podía enlazarse con una dinastía luterana sin exponerse á la cólera de Italia, eterno centro del Catolicismo á que llamamos con una redundancia romano, así para manifestar su origen antiguo como su indisputable universalidad. Pero, amén de católico, enlazado, en el mero hecho de aspirar al trono italiano por herencia, con la secta gibelina, hoy coronada en Humberto, las princesas católicas de todas partes le creen y le llaman el hijo de los excomulgados. Y aunque tal excomunión carezca de los efectos medioevales, y á ningún Papa se le ocurra poner el reino italiano en formal entredicho; así como á los reyes imperantes negarles comunión ó misa, ni echar el cuerpo sacratísimo de Víctor Manuel á los perros, sino retenerlo dentro de magnífico sepulcro en la Iglesia de todos los santos, donde suele maldecirlo algún sacristán de amén; las creencias están bastante crecidas en las cortes imperiales y regias pertenecientes al Catolicismo, para que una princesa católica se preste á condenarse por una corona, como se ha prestado una piadosa infanta de Parma, Borbón y muy Borbón, á entregar al diablo el alma de su hijo por una corona en Bulgaria. Todo se volvían obstáculos á la boda del príncipe heredero, cuando llega un cuarto de hora y tropieza, felizmente, sin buscarla de propósito y adrede, con su media naranja.

Esta media naranja es una infantita de Montenegro, diminuto principado, á quien lo ha engrandecido un poco el tratado de Berlín dándole Dulciño, y un mucho el difunto Alejandro III, llamando á su príncipe ó monarca el mejor amigo de los czares. Griega de religión, la futura reina de Italia tiene poco

esfuerzo que hacer para cambiar el dogma de Bizancio por el dogma de Roma, cuando, áun después del cisma, los dos dogmas han estado juntos alguna vez en común símbolo; y metido el trono italiano en gravísimas dificultades con un rey negro, sobre quien ejercen los czares una poderosa influencia, encontrará el heredero de tal trono, su titular futuro, entre las joyas del ajuar de su novia, una intervención moral poderosa en favor de los cautivos, hechos por la tirantez del Nego, que Italia desea y necesita redimir. Por todo esto, por el amor y por la política, por el bien particular y por el bien público de príncipe como el de Nápoles, ha sido ya pedida la mano de su novia; se ha notificado el casamiento por la cancillería italiana en estos días á las cancillerías europeas; el emperador de Alemania, que no podía dar una princesa de su sangre al futuro monarca por protestante, ni el emperador de Austria en el mismo caso con las suyas por católicas, se han holgado á una con el buen suceso, mientras la czarina y el czar han enviado á los novios su bendición, como si hubieran sido pontífices ó emperadores sobre el trono de Rusia.

XIV.

Mas, antes de concluir tan larga revista, volvamos hacia Constantinopla, donde se halla el nudo gordiano de la política europea; al volver sobre Constantinopla, noticiemos que ha muerto el canciller moscovita de súbito, acompañando los soberanos rusos, dentro del vagón donde iban éstos, camino desde las visitas al emperador austriaco hacia las visitas al emperador alemán. Enfermó hace tiempo de la vejiga; una dolorosa operación, como la talla, lo había reanimado, y diríase que se hallaba rejuvenecido, cuando un aneurisma traidor le pa-

raliza el corazón y lo mata con la celeridad del rayo. Tres cancilleres no más ha contado Rusia desde los tratados internacionales de Viena el año quince hasta nuestros días. Los dos primeros mucho han podido, como buenos rusos, pero mucho han hecho, constreñidos por las circunstancias contrario al imperio. El canciller difunto no ha tenido que firmar la paz vergonzosa de París, como el canciller adscrito á Nicolás I; no ha tenido que detenerse y refrenarse ante las imposiciones del Congreso de Berlín, como se detuvo y se refrenó el canciller de Alejandro II; ha ido de triunfo en triunfo, desde las orillas del Petchilí hasta las orillas del Bósforo, y desde las orillas del Bósforo hasta las orillas del Sena. Convenido tenía el arreglo de la cuestión cretense hasta con Inglaterra, después de haberse negado al bloqueo ésta, propuesto por él, cuando le asalta la muerte, implacable y traidora, en plena felicidad, ante los jóvenes monarcas, pagadísimos de oir sus sabios consejos y cosechar sus diplomáticos triunfos.

XV.

Mas la cuestión de Oriente se arregla por un lado y se desarregla por otro. Concluye bien de un modo por Creta, y se agrava de otro modo por Constantinopla. Créese lo de Armenia medio arreglado, y las discordias entre armenios y turcos casi en suspenso, mas resuena de súbito noticia terrible, anunciándonos cómo los armenios han entrado á saco en una banca bizantina, y los turcos de Bizancio han perpetrado una matanza, dejando atrás el furor y la crueldad de los circasianos y de los curdos. La conspiración tenía un origen y un carácter armenio, no recatado por sus manipuladores. A la hora de asaltar el banco, dirigieron una circular anunciando la ex-

pugnación de tal edificio, no encaminada por ellos á protestar del proceder de Turquía, quien oprimiéndoles está en carácter y cumple su fatal ministerio, del proceder de Europa, quien después de haberlos azuzado para que se libertaran de ser oprimidos, los deja inermes en manos del opresor. Diez kilos de dinamita llevaban los conspiradores consigo, dispuestos á saltar la banca turca, y con la banca turca, si era preciso, Constantinopla entera. Fué necesario ponerles un sitio en regla, pues ocupaban todas las ventanas revólver en mano, y admitirles á una capitulación, en cuyos cánones se negaron á deponer sus instrumentos de guerra, sino después de hallarse con toda seguridad bajo un pabellón europeo y en un barco neutral. Con efecto, los llevaron las dotaciones marinas á un buque inglés surto en el Bósforo, y les dieron suelta. Pero los turcos, muy ganosos de aprovechar la coyuntura menor, ofrecida por el movimiento de los hechos, para darse al saqueo y á la matanza, congénitos con su feroz natural, so pretexto de que debiera ser colgada, y no despedida la gente armenia insurrecta, se han dado la satisfacción de que pagasen justos por pecadores, y han emprendido un degüello como los perpetrados en los tiempos prehistóricos, apenas comprensibles y, entre huestes que no se daban mutuamente cuartel, prefiriendo á cautivos, muertos, y satisfechos únicamente cuando dilataban sobre el exterminio de todos los vencidos, sin excepción alguna, su carnícera victoria. Los partes últimos hacen subir á seis mil el número de muertos. Podrán enterrarlos. Podrán ocultar sus despojos á la vista, y desvanecer del aire los ecos de sus extertores y los miasmas de su sangre; pero no podrán hacer los turcos que deje de gritar la conciencia humana contra un emperador y un imperio, cuyos esbirros y satélites renuevan en el seno de nuestra Europa las matanzas de Asia.

EMILIO CASTELAR.

Esparraguera 28 de Setiembre de 1896.

SOBRE LA POESÍA

DE LOS

ROMANCES DE LOS ESPAÑOLES

(CONCLUSIÓN.)

6.° Los de valentías, guapezas y desafueros, grupo no menos rico que el precedente, como se explica ya por la caracterización general expuesta más arriba con toda rudeza y uniformidad notable. Por su conexión con las *comedias de bandoleros*, se ve por estos romances vulgares que el drama nacional estuvo siempre en estrecho enlace con ellos y con las inclinaciones del pueblo. Es singularmente característico el rasgo de que sean tan amenudo mujeres degeneradas las heroinas de estos romances, y que aparezcan como protectores de los malhechores contra la justicia que los perseguía, miembros de la aristocracia, áun los más elevados, convirtiéndose hasta en sus compañeros (compárense sobre esto las notables observaciones de Durán, II, 383 y 389;—Huber, l. c. págs. 461-463).

7.° Los de casos y fenómenos raros y maravillosos. (1)

---

(1) Entre ellos el que he dado á conocer sacándolo de la *Rosa gentil* de Timoneda en mi *Rosa de romances*, pág. 74, en Durán número 1346: *De una mujer que parió trescientos hijos de un parto* respecto al cual J. Hacher (en su reseña crítica de mi libro en el *Magazin für die Literatur des Ausland* (1846, núm. 95) ha hecho notar que: «la fábula aquí tratada »pertenece á Holanda; yo la he oído allí mismo de tradición oral y J. W. Wolf la cuenta en sus *Leyendas neerlandesas*, (*Niederländischen Sagen*)

8.° Los de asuntos imaginarios. Aquí sólo un romance, el conocido de *La isla de Jauja.*

9.° Los de controversia, agudeza é ingeniosidad. Durán observa con razón que estos romances son un eco notable de aquellos poemas de controversia *(débats, batailles,* etc.) tan gustados en la edad media, salidos en parte de las *tenzones* de los provenzales, en parte de disputaciones escolásticas. Bastará para caracterizarlos citar los títulos de los aquí presentados: *La riqueza y la pobreza; «Contienda y argumento entre un pobre y un rico»* (esta disputa, que ha llegado á ser una cuestión universal, da también á Durán ocasión, (pág. 399) para dar su parecer acerca de las teorías de los comunistas); *El trigo y el dinero; Las virtudes del día;» «Las virtudes de la noche.»*

10.° Romances vulgares jocosos, satíricos y burlescos. Sólo uno, pero muy característico: *Los nombres, costumbres y propiedades de las señoras mujeres.* (Y á la entrada, un apóstrofe humorístico del ciego ó cantor á sus oyentes, es muy dramática).

11.° Cuentos vulgares hechos en romances. De este género, muy notable, emparentado con los *fabliaux* de los franceses y que á menudo se basó en ellos, es una lástima que no nos dé Durán más que dos ejemplos: *El molinero de Arcos* que hace juego con el *fabliau Le meunier d' Arleux* (al que se acerca más aún un arreglo español más antiguo en redondillas, la *Novela* del *Jardín de amadores.* (Zaragoza, 1611); y: *El fraile fingido*, pero no del conocido *fabliau: Du mari qui confessa sa femme*, como podría sospecharse por el título ni en general apenas de fuentes francesas, puesto que los rasgos fundamentales de la fábula son genuinamente españoles. (1)

»página 75 con cita de sus fuentes impresas. La pila bautismal de plata, »que según el romance fué mostrada al emperador Carlos, debe hallarse, si »la memoria no me es infiel, en la iglesia de Loosduinen, cerca del Haya. »Acaso por esta razón se puede cambiar el *Irlanda* del romance en *Holanda.*»

(1) Aquí es una muchacha á quien sus padres obligan á que despida á su novio pobre y se case con un rico comerciante. Ella, empero, con-

Por la descripción que dí en la primera parte, la bibliográfica, de una colección de romances vulgares de la primera década de este siglo, se puede ver que no sólo se ha perpetuado hasta nuestros días este género de romances, sino también sus mismas clases, acaso aumentadas con algunos pocos, y hasta las versiones aisladas, con pocas alteraciones. Las observaciones que allí hice sobre el desarrollo formal, sus autores y su manera de exposición sirven también para estos más antiguos (1).

---

suela á su novio prometiéndole que en cuanto se case se desquitará de aquella violencia de sus padres, siendo «manjar de dos mesas;» promesa que mantiene con más fidelidad que la hecha en el altar. Pero el marido concibe sospechas, finge un viaje, vuelve á casa y se convence de que otro ocupa su lugar. Decide entonces como español neto, lavar su honra con la sangre de la infiel, pero quiere salvarle el alma, y para ello antes de matarla envía á su esclavo á buscar un confesor, lo cual es también un rasgo enteramente nacional. Este esclavo es conocido por una prima de su señora, que le sonsaca su comisión y le gana, enviándole á un fraile muy conocido de ella, con ruego de que le proporcione enseguida un hábito, de que tiene urgente necesidad. Disfrazada de fraile corre á salvar á la oprimida; como supuesto confesor es introducida por el marido mismo en la profanada alcoba para anunciar á la culpable la muerte y reconciliarla con el cielo. Pero ella se apresura á despertar al amante, le cubre con el hábito y toma su lugar en el lecho. El así salvado vuelve como fraile al marido, le dice que su sospecha era infundada y que se ha dejado engañar y atormentar por apariencias, acusando á su mujer de adulterio, cuando ésta para proteger su fidelidad había decidido á su prima á que fuera su compañera de lecho, de lo cual había él podido convencerse. En una palabra, le dirige una larga reprimenda por su suspicacia y su indiscreción y le deja tan confiado acerca de lo futuro, que puede proseguir con toda tranquilidad sus tratos con su mujer.

(1) Las colecciones de romances *catalanes* y *portugueses* dadas á conocer en tiempos más recientes, prueban *que* se conservaron y perpetuaron junto á estos romances vulgares también los antiguos y genuinos en boca del pueblo (esto es, del pueblo que, diferente del *vulgus*, conservó, como los montañeses, etc., su pureza é ingenuidad primitivas), y en su mayor parte en *dialectos populares*, y prueban *cómo* sucedió, etc. Quedará más de manifiesto por el rico suplemento de romances *catalanes* que se espera del señor Aguiló.

Así es como los poetas artísticos, por una parte, haciendo cosa de moda el escribir romances y ensanchando y ahondando la forma, pusieron en descrédito este género de poesía en la artística, mientras por su parte el canto popular descendía cada vez más á canto de feria. Y sin embargo eran aquéllos por su parte, los que adornaban á la legítima é indestructible poesía romancesca con todo el encanto de la novedad para el arte, para la nación y para el pueblo bajo, y la introducían en la vida nacional en cuanto la transformaban dramáticamente, siguiendo las exigencias del tiempo, y la hacían fundamento de la escena nacional, mientras por otra parte el canto popular, como acabamos de ver en los romances vulgares, se apropiaba de nuevo sus transformaciones dramáticas.

Ya los viejos y genuinos romances populares contenían elementos dramáticos no sólo en la materia, sino también en su manera de tratarla. Los romances expuestos por juglares—aunque sólo fuera por uno—eran probablemente dramáticos, esto es, recitados con cambios de voz y con gestos y juego de fisonomía; por lo menos así presentan hoy en día sus degenerados descendientes, los cantores de feria, los romances en plazas y ventas, como lo mostré en la primera parte. En todo caso puede demostrarse que en el desenvolvimiento del arte dramático en España, los romances estaban en estrecho enlace con él, pues ya en tiempo de Lope de Rueda se empezaba toda representación teatral con un viejo romance, que en un principio era cantado detrás de la cortina; después, y desde Navarro, en la escena. (V. Cervantes, prólogo á sus *Ocho comedias y entremeses*. Agustín de Rojas, *Viaje entretenido*, Madrid, 1795. 8, tomo I, pág. 89. V. Schack, tomo I, págs. 202 y siguientes de la traducción española Depping, I, pág. 21). Más tarde fueron compuestas de ordinario en forma de romance las «loas» ó prólogos á las piezas. Se cantaban también romances, sobre todo *jácaras*, en los bailes teatrales de los entreactos. (V. Ticknor, II, pág. 93.) Es natural por lo tanto que el drama español, cuando en su desarrollo popular alcanzó el más

alto florecimiento, necesitara tanto del rico fondo de los asuntos fabuloso-históricos y aventurero-caballerescos que ofrecían los romances populares y los juglarescos, como de la forma más nacional y más flexible de todas, la forma de romance, que había sido ya empleada á menudo antes de Lope de Vega y más aún por él y su escuela, y que llegó á ser casi la dominante en las *comedias* desde Calderón (Schack, Angel de Saavedra, *Romances históricos*, págs. 8, 17).

Así es que muchas piezas de Lope de Vega, Damián Salustio de Poyo, Guillén de Castro, Mira de Mescua, Mates Fragoso, Luis Vélez de Guevara, etc., son asuntos dramáticos de romances, y hasta contienen á las veces fragmentos de viejos romances (v. Saavedra, l. c., pág. 2; Depping, l. c., pág. 21-22, y en su colección muchos ejemplos de ello, como I, páginas 328, 348, 359, 410; II, págs. 31, 146, 232, 283, 407). Por esto dice con razón Schack en su tan á menudo citada y tan notable *Historia de la literatura y del arte dramático en España* (traducida directamente del alemán al castellano por Eduardo de Mier, tomo IV, pág. 266): «Merece también consignarse »que el romance, en la forma más artística y perfecta de los »dramas de Calderón, como raíz ó fuente de toda la poesía es»pañola, ocupa mayor espacio y con mayor derecho de lo que »había acontecido antes en sus principios. Se creería que el »drama español, ya en su apogeo, rinde su tributo de agrade»cimiento á la poesía popular, y que demuestra con toda evi»dencia el íntimo enlace que hay entre ambos.» También Durán ha puesto de relieve este enlace tan aguda como hermosamente al final de sus observaciones generales á los romances históricos (pág. 26).

«Los romances viejos populares y sus imitaciones popula»rizadas, debieran ser los elementos de nuestra epopeya na»cional, si nos fuere posible alcanzarla, porque allí se conte»nía, como dijimos en otra parte, toda la ciencia, la fe, los »hábitos y costumbres del país, formadas en el transcurso de »muchos siglos, y arraigadas en los corazones; porque allí se

»veía el pueblo pintado á sí mismo, y retratados en los he-
»chos sus sentimientos y sus glorias; porque allí se le presen-
»taba su civilización, y porque era el medio único que tuvo de
»conservar en la memoria, con lenguaje y formas al alcance
»de su inteligencia, aquellos hechos y virtudes que amaba re-
»cordar, y aquellos vicios que deseaba contener ó castigar.
»Estos elementos de un gran poema, cuyos semejantes forma-
»ron los de otros países y naciones, comenzaron á germinar
»desde los primeros tiempos de la semi-monarquía asturiana,
»y se completaron en el último tercio del siglo XVI, en cuya
»época, en vez de una epopeya, produjeron el teatro nacional,
»que Lope de Vega adivinó y realizó por el pueblo y para el
»pueblo. El instinto y el ingenio de este gran poeta abrieron
»el camino que tenían obstruído los eruditos y los trovadores
»que imitaban una literatura de origen extraño; y la inspira-
»ción popular se apoderó del arte, de la riqueza de la lengua,
»del colorido poético y de todos los adelantamientos y modi-
»ficaciones que habíamos adquirido y experimentado en nues-
»tra sociedad. Desde entonces los romances reconquistaron su
»tipo característico, y se convirtieron en drama, como las rap-
»sodias de los griegos se hicieron epopeyas; desde entonces
»los juglares y cantores se cambiaron en comediantes, y co-
»rrieron las ciudades, villas, lugares, y aldeas, representando
»farsas y dramas, cual habían recitado y cantado los roman-
»ces.»

Por esto, como ya lo mostré en la primera parte y al tratar de los romances vulgares, muchos pasajes de las *Comedias* volvieron de nuevo al pueblo como romances, y hasta sus cantores presentaron no pocas veces dramáticamente sus propios romances. (1) Así se ve con toda evidencia el enlace

(1) Merece consignarse como ejemplo de esto en tiempos modernos el romance vulgar mencionado más arriba, y publicado por Boehmer: *Pelar la pava*, en forma dramática, en que el diálogo, como en los antiguos misterios, está enlazado por el relato, que con él entrevera el cantor que recitaba y hasta representaba de seguro, el romance.

íntimo y la reciprocidad de acción, debida á condiciones orgánicas, entre la *comedia* y el *romance*, pues no son más que dos formas diferentes de la misma conciencia nacional, salidas mismo principio popular, teniendo las dos, por lo tanto, n germen tan indestructible, una energía tan vital, que pudieon ser suplantados ó modificados temporalmente por influencia extraña, pero han resucitado siempre de nuevo mientras no han perdido del todo los españoles su conciencia nacional. En tiempos recientes los romances, y precisamente los popuares épicos, han vuelto á estar en honor entre los poetas artísticos españoles, siendo imitados y cultivados por ellos, como se ha hecho notar ya. (1) Pues, para acabar con Lope de Vega:

Estos romances. . . . . .
Nacen al sembrar los trigos.

FERNANDO WOLFF.

(1) Recientemente se han unido los más distinguidos poetas de España para erigir un monumento nacional en un *Romancero*, celebrando en esta forma la más nacional, vuelta á sus honores, á todas las personalidades antiguas ó modernas que hayan alcanzado fama nacional de cualquiera clase que haya sido. Muestras de ello han sido ya leídas con creciente aplauso en los más elegantes salones de Madrid (v. *Revue des races latines* ó *Revue esp. et portug. vol.* 8. 5. Mayo 1858, pág. 269; y *Bibliógrafo esp. y estrang.* Madrid, 1858, núm. 12, pág. 96.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS.

Historia de Chile por Anson Uriel Hancock, traducida del inglés por José Casado, (vol., 446 págs.—Madrid 1896.—**Biblioteca de Jurisprudencia, Filosofía é Historia.**—La España Moderna.—Precio de este volumen 8 pesetas.

He aquí un libro verdaderamente útil. Es en verdad útil la publicación de esta *Historia de Chile*, como lo sería la publicación *de una Historia*, sumaria y compendidaa, análoga en sus proporciones á esta de Anson Uriel Hancock, de cada una de las diferentes repúblicas hispano americanas. ¡Qué beneficio más grande no se haría con ello á la cultura patria! ¡Cuántos errores y cuántas preocupaciones, cuántas antipatías que tienen por base una ignorancia sin límites, un desconocimiento absoluto de esas historias, no caerían por tierra, si entre nosotros se vulgarizase con libros del corte formal del que hablamos, el conocimiento del pasado de aquellos pueblos, conquista primera de los españoles en tiempos casi heróicos, colonias luego de España y que más tarde perdimos por culpas propias principalmente, que da pena recordar siquiera!

El libro de Uriel Hancock, traducido muy correctamente del inglés por José Casado, se lee con facilidad, es un libro hecho con cierto arte, que entretiene, no se hace pesado, y que además procura ser imparcial, ciñéndose casi siempre á la pura y escueta relación de los acontecimientos. Abarca, naturalmente en resumen y compendio, toda la historia de Chile, desde la época de las conquistas españolas en el continente americano, hasta nuestros mismos dias. Hállase dividido en seis partes:

las cinco primeras están dedicadas á reseñar é historiar el origen, formación, guerras y desenvolvimiento de Chile, principalmente en su aspecto político, y la sexta comprende un estudio muy detenido de la situación actual de aquella república.

Cada una de las cinco partes, propiamente históricas, abarca uno de los períodos ó fases característicos que el autor distingue en el pasado de la República chilena. La primera parte comprende el *período colonial*. En ella describe Uriel Hancock la conquista española, detallando con bastante minuciosidad las vicisitudes de aquella heróica época. El lenguaje empleado es siempre sobrio, su juicio se esfuerza por ser sereno, imparcial, áun en la descripción de las gigantes luchas de los valientes españoles, con los indomables araucanas; y eso que éstos despiertan en él una grandísima y profunda admiración. El período colonial llega hasta los comienzos del siglo actual, en donde principia el segundo período: *revolucionario*, que constituye el contenido de la parte segunda del libro. Empieza ésta con la sublevación de las colonias españolas, indicando sus causas. Naturalmente, allí nos trata con una gran severidad. La lectura de esta parte, puede recomendarse á las gentes que piden, para salvar las colonias, la restauración de los virreinatos. ¡Como si las colonias españolas se hubieran perdido nunca por vivir bajo un régimen de libertad y autonomía! La parte tercera, comprende el *período constituyente*, es decir, la formación de Chile como nación independiente, como República. La parte cuarta, abarca el período azaroso de la guerra de Chile con Perú y Bolivia, abarcando por fin la parte quinta el período contemporáneo de los últimos y recientísimos acontecimientos, esto es, la administración del célebre presidente Balmaceda y la guerra civil de 1891.

Queda dicho que la última parte del libro de Uriel se refiere á la situación de Chile en el día. Es esta parte muy interesante. Comprende un estudio descriptivo de todo cuanto puede importar conocer, para tener una idea de las condiciones

sociológicas de la República hispano-americana. He aquí, como prueba, las materias á que se refiere: el pueblo de Chile, carácter, composición, etc. Extensión geográfica del país y recursos. Historia natural (fauna y flora de Chile).—Ferrocarriles, ejército, armada, instrucción pública.—ciudades y gobierno.—Provincias, capitales y población (datos estadísticos).—Bancos y moneda.—terminando el libro con una larga indicación bibliográfica de obras y artículos sobre Chile.

A. P.

Estado actual de los estudios económicos en España, por Ramón Olascoaga, profesor de la Universidad nacional del Paraguay. Un volumen, 150 págs. Madrid. Suárez, 1896.—Precio, 2 pesetas.

Al dar cuenta á los lectores de La España Moderna de la traducción del *Tratado de economía política* de Carlos Gide, hecha por el Sr. Olascoaga, (1) ya les anunciaba la preparación primero, y luego hasta la publicación de este libro sobre los estudios económicos en España del traductor de Gide. El propósito del Sr. Olascoaga, ya dije al hablar del libro del economista francés, que se reducía en un principio á reunir en un prólogo que había de ir al frente de éste, algunas noticias sobre el referido tema; pero que ampliadas éstas y concertado un plan relativamente complejo, las proporciones del estudio resultaron excesivas para un prólogo y suficientes para hacer un libro independiente. El Sr. Olascoaga hizo el libro que hoy publica, y del cual es preciso decir algunas palabras en esta sección de La España Moderna.

Lo primero que se ocurre al leer el título del libro, pensando en la situación general de los estudios científicos de todo género entre nosotros, es, si real y positivamente hay en Es-

(1) Véase La España Moderna de Setiembre último.

paña materia para él. ¿Puede hablarse, en verdad, de *estudios económicos españoles?* Por lo menos, oficialmente. sí. Hay en España constantemente unas diez personas, que por ministerio de la ley deben cultivar en las diez Universidades que tenemos, la llamada Economía pelítica. Una información acerca del estado actual de los trabajos sobre economía política del profesorado universitario, y áun del profesorado de las enseñanzas mercantiles, cabía y cabe siempre. Mas, áun cuando el señor Olascoaga, para preparar su libro, empezó por dirigirse á la mayor parte de los profesores de Economía política de las Universidades del país, el libro suyo tiene un alcance mayor que el de mero informe crítico acerca del estado actual de la enseñanza universitaria de dicha ciencia. Y ha obrado muy prudentemente al dar á su libro tal alcance. La economía política *oficial* ó mejor *universitaria*, tiene sin duda, algunos representantes que son verdaderos economistas, trabajadores infatigables, originalísimos, y que desde un país más adelantado que el nuestro hubieran formado *escuela* é influído en la marcha general de la ciencia economista. Pero el autor se hubiera visto en gran aprieto, si reduciendo su plan á los *economistas de las cátedras*, se hubiera propuesto exponer las *ideas* de todos los profesores de Economía política.

Por fortuna para el Sr. Olascoaga y para todos, fuera de la vida oficial de la enseñanza universitaria, ó mejor, independientemente de la misma, la Economía política ha tenido en España desde tiempos relativamente lejanos, desde que se ha empezado á trabajar en Europa sobre los problemas económicos, representantes distinguidísimos que han provocado afición muy entusiasta y relativamente constante, hacia este género de estudios, por lo que, aunque sea sin circunscribir la acción de su trabajo á las consultas y respuestas de los profesores universitarios de Economía política y Estadística, pudo muy bien el Sr. Olascoaga, sin dejarse llevar tan solo por un impulso patriótico, proponerse el tema que se ha propuesto y escribir acerca de él su interesante libro.

Y en este punto, precisamente, discrepo yo un tanto del Sr. Olascoaga. Nuestro amigo reconoce que sin duda hay abundancia de materiales, para demostrar que aquí se ha cultivado la ciencia económica, pero á la vez declara no poder menos de «reconocer que el cultivo de los estudios económicos en España no corresponde, ni con mucho, á la importancia que en todas partes tiene y que sin cesar aumenta». ¿Y en qué se fija el señor Olascoaga para emitir este juicio? En que desde luego se observa «que las obras españolas no entran en la corriente internacional, y no influyen, por lo tanto, en el movimiento científico general que cada día tiende más á universalizarse. Podrán, añade, escribirse en España trabajos muy apreciables de Economía, pero son trabajos que no traspasan la frontera ni forman parte del cuerpo de doctrinas estudiadas y propagadas por todo el mundo científico.....»

Indudablemente, el movimiento de los estudios económicos en España, no puede compararse con el de Alemania, Inglaterra, Francia é Italia; pero adviértase bien, tampoco podemos comparar ningún otro movimiento científico nuestro. Ese estado de..... pobreza no es característico de los estudios económicos. Antes, creo, que de los estudios de que menos puede formularse un juicio tan triste, es de los económicos, que conceptúo, con otras escasas manifestaciones en otros órdenes científicos—el pedagógico y el penal—como los menos atrasados—no digo *más florecientes*—de España. Por otra parte, *todo es relativo*, como decía D. Hermógenes. Nuestros economistas, dice el Sr. Olascoaga, no pasan nunca la frontera: á lo cual se debe oponer algún hecho, que el Sr. Olascoaga creo no desconozca, y es, que por ejemplo, los nombres de los Sres. Pí y Margall y Azcárate se citan alguna vez en libros extranjeros, y los Sres. Piernas y Buylla colaboran en revistas económicas francesas é italianas, que acogen y á veces solicitan con gran interés y empeño sus trabajos.

Lo que sí es cierto, por nuestra desgracia, es que las doctrinas de nuestros economistas no forman parte del cuerpo de

doctrinas estudiadas y propagadas por todo el mundo científico. Pero, aparte de que puede haber en ello cierta injusticia, pues bien merece un puesto en la historia universal de la Economía, nuestra brillante escuela economista, con sus campañas en pró del individualismo y del libre-cambio, ese defecto no es propio de los estudios económicos, sino de nuestro general atraso y del escaso valer de esta pobre patria española.

Y dejo ya estas consideraciones preliminares, que se han alargado más de lo que me había propuesto. Voy, para terminar, á dar en brevísimas líneas, idea del plan y contenido del libro. El Sr. Olascoaga, hace en primer lugar, una amplia indicación acerca del estado actual de los estudios económicos entre nosotros, señalando todas las manifestaciones en que éstos se revelan (Conferencias, Revistas y libros), y las tendencias que en ellos predominan; luego expone por el orden siguiente la representación que en España tienen, así como su influjo, la *escuela clásica*, la llamada *escuela católica,* la *escuela socialista* y la *escuela nueva* (armónica). Después dedica un largo capítulo á exponer las ideas y contiendas de libre-cambistas y proteccionistas, para terminar con un estudio muy interesante, acerca de la *Enseñanza de la Economía política en España.*

A. Posada.

OBRAS NUEVAS

Almenas (C. de las).—La municipalidad de Madrid. En 8.°, 119 páginas: 1 peseta.

Antich é Izaguirre (F.)—La república literaria. En 4.°, 191 páginas: 1,50 pesetas.

Arte de hacer toda clase de vinos, licores, sidras, cervezas y aguardientes. En 12.°, 144 páginas: 1 peseta.

Arteaga (A.)—Memorandum de cirugía de urgencia. En 8.°, 74-6 páginas. En tela.

Bertrán Rubio (E.)—Los modernos derroteros de la higiene. Un problema de higiene resuelto; la habitación del obrero; epístolas á Plácido. En 4.°, 184 páginas: 2 pesetas.

Boletín de la Real Academia de la Historia. *Tomo XXIX. Cuadernos 1 á 3. Julio á Septiembre de 1896.* En 4.° (Páginas 1 á 272.) Cada cuaderno: 1,25 pesetas.

Calleja (C.)—El pro y el contra de llamado suero antidiftérico. En 4.°, 94 páginas: 2 pesetas.

Casas (J. B.)—Estudios acerca del régimen y administración de España en Ultramar. En 4.°, XVIII-491 páginas: 5 pesetas.

Castellanos (A.)—Apuntes sobre la verdadera patria de Miguel de Cervantes Saavedra. En 8.°, VII-48 páginas: 1 peseta.

Claveles dobles; cuentos de doble intención. En 8.°, 208 páginas: 2 pesetas.

Cortés (J.)—Tratado teórico-práctico de tauromaquia. En 4.°, VIII-227 páginas: 2 pesetas.

Díaz Cassou (P.)—Serie de los obispos de Cartagena. *Addenda et corrigenda.* En 4.°, 40 páginas. No se ha puesto á la venta.

Díez Vicario (V. de).—Italia; apuntes é impresiones de viaje. En 4.°, 3 hojas v-337 páginas: 3 pesetas.

Escrig y Martínez (J.)—Diccionario valenciano castellano. *Cuadernos 30 y 31. Páginas 1161 á 1235.* En 4.°, á tres columnas. Cada cuaderno: 1 peseta.

Fernández Guerra (A.). Hinojosa (E. de) y Rada y Delgado (J. de D. de la).—Historia de España desde la invasión de los pueblos germánicos hasta la ruína de la monarquía visigoda. *Tomo I. Tomo XIII.* En 4.°, 483 páginas: 20 pesetas.

Florián.—Los moros de Granada. En 8.°, xxxii-149 páginas: 2,50 pesetas.

Fors (L. R.)—Baladas americanas. En 8.°, 136 páginas.

Francos Rodríguez (J.)—Cuestiones antropológicas. En 8.°, 183 páginas: 1 peseta.

García Plaza (J.)—Los conquistadores, zarzuela en un acto y en verso. En 8.°, 35 páginas: 1 peseta.

Gil Álvaro (A.)—Glorias de la caballería española, ó reseña histórica de sus cuerpos. En 4.°, 327 páginas: 10 pesetas.

Gil (R.)—Córdoba contemporánea. Apuntes para la historia de la literatura en esta provincia. *2 Tomos.* En 4.°, xviii-293-229 páginas: 10 pesetas.

Gil y Robles (E.)—El catolicismo liberal y la libertad de enseñanza: En 8.°, xi-201 páginas: 2 pesetas.

Jackson Veyán (J.)—¡Prosa vil! En 12.°, 222 páginas: 0,50 pesetas.
Biblioteca selecta. *Tomo 78.*

Larra (L. M. de).—¡Si yo fuera rico! novela. En 4.°, 317 páginas: 7,50 pesetas.

Lázaro é Ibiza (B.)—Botánica descriptiva. Compendio de la flora española. *Tomo I.* En 4.° mayor, 736 páginas: 13 pesetas.

Lizaso y Azcárate (D. de) y Mayandia y Gómez (A.)—Manual para el empleo del matèrial de puentes, modelo danés. En 8.°, vi-381 páginas: 4 pesetas.

Lobo (R.) y García-Plaza (J.)—La receta de mamá, comedia en un acto y en verso. En 8.°, 37 páginas: 1 peseta.

Lorenzo González (A.)—La música religiosa y dramática en Zaragoza desde el siglo xvi hasta nuestros días. En 4.°, viii-148 páginas: 2,50 pesetas.

Mitre (B.)—Horacianas. Ad litteram versæ. Con notas y comentarios del traductor. *Segunda parte complementaria.* En 8.°, x-357 páginas: 7 pesetas.

Montes de Oca (I.)—Dictamen sobre el número de orden del próximo Concilio provincial de Méjico. En 4.°, 34 páginas.
No se vende.

P.—El general Calleja, biografía. En 4.°, 383 páginas y retrato del general: 5 pesetas.

Pardinilla (M.)—De la literatura bíblica, ó sea lecciones sobre la excelencia de las divinas letras. En 4.°, 305 páginas: 5 pesetas.

Pérez y Vilallave (J. M.)—Nuevo método racional de lectura, gimnasia intelectual ó lecciones de cosas. *Segunda parte, primer libro de lectura.* En 8.°, 163-v páginas: 0,75 pesetas.

Posada.—Azcárate.—Romero Girón.—Estudios políticos y sociales. En 4.°, 502 páginas: 6 ptas.

Quadrado (J. M.)—Ensayos religiosos, políticos y literarios. *Tomo IV. La unidad católica.* En 4.°, 513 páginas: 5 pesetas.

Reparaz (G.)—La guerra de Cuba, estudio militar. En 4.°, 217 páginas: 3 pesetas.

Requena (V.)—El derecho civil al alcance de los niños. En 12.°, 144 páginas: 1 peseta.

Rizo y Penalva (I.)—Pascual, novela. En 8.°, 454 páginas: 3 pesetas.

Romera (E.)—La administración local. Reconocidas causas de su lamentable estado. En 4.°, xv-379 páginas: 5 pesetas.

Rouanet (L.)—Chansons populaires de l'Espagne, traduites en regard du texte original. En 8.°, xvi-271 páginas: 4,50 pesetas.

Sánchez Ocaña (R. y M.)—Suplemento segundo al Manual del abogado y del ingeniero de minas ó compilación de la jurisprudencia, leyes, reglamentos, etc., relativos á esta materia. En 4.°, 109 páginas: 2 pesetas.

Santa María y Jiménez (J.)—Manual del cuerpo jurídico militar. En 4.°, 183 páginas: 3 pesetas.

Scævola (Q. M.)—Legislación española. Código civil comentado y concordado extensamente, con arreglo á la nueva edición oficial. *Tomo XI.* (Diferentes modos de adquirir la propiedad. Ocupación. Donación.) En 4.°, 816 páginas: 8 pesetas.

INDICE

Págs.

Los señores de Hermida, novela, continuación, por Juan Ochoa (conclusión) 5

El matrimonio en la clase media, por Ernesto López 26

Aventuras y desventuras de un soldado viejo, natural de Borja, por un Soldado viejo (conclusión) 51

Recuerdos, por José Echegaray 92

La prensa internacional.—Ensueños, por Biarnstierne Biornson. —*El Marqués de Viane*, por Cátulo Méndez.—*A la rima*, por Carducci 105

Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero 143

Crónica internacional, por Emilio Castelar, de la Academia Española 157

Sobre la poesía de los romances de los españoles.—III. Del carácter principal y la base material de los romances, (conclusión), por Fernando Wolff, con notas de M. Menéndez y Pelayo 187

Notas bibliográficas, por A. Posada 195

Obras nuevas 200

TRATADO DE DERECHO INTERNACIONAL

POR

F. DEMARTENS

Profesor de la Universidad de San Petersburgo, Miembro del Instituto de Derecho internacional, prólogo y notas de Joaquín Fernández Prida. Profesor de Derecho internacional en la Universidad de Valladolid.

Esta obra consta de tres tomos y se vende en las principales librerías al precio de **veintidos pesetas.**

Teoría sobre los Cambios Extranjeros

POR

G. J. GOSCHEN

INTRODUCCION Y TRADUCCION

por el

MARQUES DE VILLAVICIOSA DE ASTURIAS

Precio, **7 pesetas.**

TRATADOS DE LAS PRUEBAS

POR

Francisco RICCI

TRADUCCIÓN AUMENTADA CON NOTAS Y APÉNDICES RELATIVOS Á LA LEGISLACIÓN ESPAÑOLA, Y CON UN

ESTUDIO PRELIMINAR

POR

ADOLFO BUYLLA

PROFESOR DE LA UNIVERSIDAD DE OVIEDO, EX DECANO DEL ILUSTRE COLEGIO DE ABOGADOS

Y

ADOLFO POSADA

Profesor de la misma Universidad.

Esta obra comprende las partes siguientes: De la prueba en general.—De la prueba por escrito.—De la escritura pública.—De la escritura privada.—De la prueba testimonial.—De la confesión.—Del juramento decisorio.—Del juramento de oficio.—De la cosa juzgada.

Dos volúmenes grandes, **veinte pesetas.**

DERECHO POLÍTICO FILOSÓFICO

POR

LUIS GUMPLOWICZ

PROFESOR DE CIENCIAS POLÍTICAS EN LA UNIVERSIDAD DE GRATZ (AUSTRIA).

TRADUCCION, PROLOGO Y NOTAS POR

PEDRO DORADO MONTERO

PROFESOR EN LA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

Precio, **10 pesetas.**

La Justicia

por Herbert Spencer.

Un volumen grande, **7 pesetas.**

LAS INSTITUCIONES ECLESIÁSTICAS

POR

H. SPENCER

Un volumen, **6 pesetas.**

LA MORAL DE LOS DIVERSOS PUEBLOS

Y

LA MORAL PERSONAL

por

H. SPENCER

Un volumen grande, **7 pesetas.**

DERECHO PENAL

POR

A. MERKEL

ESTUDIO PRELIMINAR, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE

JERONIMO VIDA

CATEDRÁTICO DE DERECHO EN LA UNIVERSIDAD DE GRANADA

LA VOCACIÓN DE NUESTRO SIGLO PARA EL DERECHO

POR

F. SAVIGNY

TRADUCCIÓN DE

ADOLFO POSADA

EL PROCEDIMIENTO PENAL

Y SU

DESARROLLO CIENTÍFICO

POR

F. MANDUCA

TRADUCCION, PROLOGO Y NOTAS

por

Angel Pintos y Pintos.

PROFESOR DE DERECHO EN LA UNIVERSIDAD DE SANTIAGO.

CUESTIONES JURÍDICAS

POR

R. VON IHERING

TRADUCCIÓN DE ADOLFO POSADA

LAS TRANSFORMACIONES DEL DERECHO

POR

G. TARDE

ESTUDIO PRELIMINAR, TRADUCCION, Y CIENTO VEINTE NOTAS POR

ADOLFO POSADA

CATEDRÁTICO DE DERECHO EN LA UNIVERSIDAD DE OVIEDO.

De venta en las principales librerías á **6 pesetas.**

DERECHO INTERNACIONAL PÚBLICO

POR

L. VON NEUMANN

TRADUCCIÓN PRÓLOGO Y NOTAS DE

A. SELA

CATEDRÁTICO DE ESTA ASIGNATURA EN LA UNIVERSIDAD DE OVIEDO

De venta en las principales librerías á **6 pesetas.**

DERECHO INTERNACIONAL PRIVADO

POR

T. M. C. ASSER Y ALFONSO RIVIER

Estudio preliminar, traducción y notas de

JOAQUÍN FERNÁNDEZ PRIDA

CATEDRÁTICO DE ESTA ASIGNATURA EN LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA

De venta en las principales librerías á **6 pesetas.**

LA CRIMINOLOGÍA

POR

R. GAROFALO

TRADUCCION DE

PEDRO DORADO

Catedrático de Derecho penal en la Universidad de Salamanca.

Un gran volumen en fólio, **10 pesetas.**

INDEMNIZACION Á LAS VÍCTIMAS DEL DELITO

(Segunda parte de LA CRIMINOLOGÍA)

por

R. GAROFALO

PROFESOR DE DERECHO PENAL DE LA UNIVERSIDAD DE NÀPOLES
Y MAGISTRADO DE AUDIENCIA.

TRADUCCION Y ESTUDIO CRÍTICO

por

PEDRO DORADO MONTERO

Catedrático de Derecho penal en la Universidad de Salamanca.

Se vende al precio de **4 pesetas** en las principales librerías.

MANUAL DEL JUEZ (1)

PARA USO DE LOS JUECES DE

INSTRUCCIÓN Y MUNICIPALES,
GOBERNADORES DE PROVINCIA, ALCALDES, ESCRIBANOS,
OFICIALES Y SUBALTERNOS DE LA GUARDIA CIVIL,
AGENTES DE POLICÍA, ETC., ETC.

por el

DOCTOR HANNS GROSS

Traducción del alemán, prólogo y notas

POR

DON MÁXIMO DE ARREDONDO

Juez de primera instancia por oposición, ex Secretario auxiliar por igual concepto, del Tribunal de lo Contencioso.

OBRA ILUSTRADA CON MULTITUD DE GRABADOS

Un grueso volumen **12 pesetas.**

---

(1) Empléase la palabra *Manual* en el sentido de «libro que debe tenerse siempre á mano.»

España moderna

AÑO 8.º NUM. 95.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSE LAZARO

NOVIEMBRE 1896

MADRID
ESTAB. TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO, SUCESOR DE J. CRUZADO
Calle de Blasco de Garay, núm. 9.
Teléfono 3.145.

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

AVILA

MONUMENTOS VIEJOS Y TRADICIONES AÑEJAS

Hace años, cuando al calor de la exaltación romántica, artistas é historiadores volvieron los ojos á la olvidada Edad Media, los monumentos de los tiempos caballerescos, alcázares, castillos, ermitas, catedrales, monasterios, despertaron vivísimo interés; un interés poético, imaginativo, íntimamente ligado con el que despertaban las tradiciones legendarias y las épicas hazañas del romancero. La pasión de las ruinas alborotó á poetas y pintores, que buscaron inspiración en artísticas portadas, silenciosos claustros, imponentes arcadas y calados ventanales, sepulcros y recintos misteriosos, torres y cresterías de mágico efecto. Sobre estos temas no sólo fantasearon con perfecto derecho literatos y artistas, sino que fantasearon también contra toda razón los aficionados á la Arqueología, obscureciendo la Historia con dichas tradiciones y leyendas. Faltaban una doctrina cierta y una disciplina severa que prestase apoyo á los flamantes investigadores para resistir la fiebre romancesca que sugestionaba los cerebros, y era inútil, por tanto, pedirles analítico examen, comparación racional y juicio seguro sobre los monumentos y reliquias arqueológicas en que tenían puestos los ojos. Veían el conjunto y no apreciaban los detalles; seducíales el efecto y no inquirían la causa.

Ese eterno por qué, agijón y raiz de toda labor científica,

en Arqueología tenía ya su ley formulada por Winkelmann en el principio cierto de que el arte tiene su historia, como cualquiera otra manifestación de la humana actividad, persistente á traves de los siglos. Pero ese principio que tenía marcado ya seguro derrotero á los cultivadores de la Arqueología clásica, mal podía ser aceptado por los románticos que miraban á los clásicos como enemigos, y contendían con ellos en el terreno de la estética. Fué, en suma, para los monumentos de la Edad Media el Romanticismo, lo que había sido el Renacimiento para los monumentos de la Antigüedad: primer conato de estudio en el que pone más parte el entusiasmo que la observación; y así como los promovedores y mantenedores del Renacimiento no acertaron á diferenciar lo griego de lo romano, los románticos no se cuidaron casi nunca de depurar si eran ciertas las fechas y las atribuciones originarias asignadas á los monumentos de la Edad Media por los escritores que prematuramente embrollaron y obscurecieron sus orígenes. Porque es de notar, en disculpa de los románticos, que la mayor parte de los *cronistas*, que con tanto ardor se entregaron desde el siglo XVI á ilustrar las historias locales, faltos de datos positivos y de testimonios fidedignos acogieron y autorizaron tradiciones desvirtuadas casi siempre y en su mayoría dudosas ó falsas, cuando no las suplieron con invenciones que cuidaron de revestir con el ropaje seductor de la leyenda; de suerte que todas las tradiciones inciertas y leyendas romancescas que constituyen la parte fabulosa de nuestra Historia de los siglos medios, había quedado, por la obra de dichos fantásticos escritores apegada á los vetustos muros de los monumentos, como muérdago de falsedad, capaz por sí solo de atraer á los exaltados del período romántico y de embaucar todavía á los ignorantes de hoy.

Menester es decirlo: á pesar de que aquel febril entusiasmo trajo con la necesaria reacción un provecho evidente, cual fué que los arqueólogos acometieran al fin el estudio formal de los monumentos, no por lo que representaban sino por lo que eran

y son; aunque no faltó quien sobreponiéndose á la oleada desechara las tradiciones é interrogara á los monumentos mismos; ni Caveda con su libro sobre la Arquitectura, en el que por primera vez se trazó sobre seguras bases el proceso histórico del arte español; ni los demás eruditos escritores que contribuyeron á formar la Arqueología de nuestra Edad Media; ni Quadrado, con haber sido quien combatió de frente, con segura crítica, aquellas falsedades, han podido desechar aún, no ya de la vulgar ignorancia sino de la cultura general, que tan divorciada vive en nuestro país del conocimiento positivo de las cosas de arte, los absurdos errores que desfiguran nuestros monumentos; errores que, como sólo hablan á la imaginación é impiden que las gentes indoctas aprecien el verdadero interés de los monumentos, son causa principalísima de que estos permanezcan olvidados ó despreciados, y ante la indiferencia de la ignorancia y de la incuria, endémicas en España, se desmoronen y arruinen bajo la fama huera, de su leyenda.

***

Nos hemos extendido, quizá más de lo justo, en estas observaciones, porque Avila es uno de los casos más patentes del perjuicio que ha causado á los monumentos ese «respeto á la tradición,» que utilizaron como seguro apoyo ó amparado rescudo no pocos historiadores. Entre éstos se cuentan Gonzalo de Ayora, autor del *Epílogo* de las cosas de Avila, publicado en 1519, y el P. Ariz, que lo es de la *Historia de las grandezas de Avila*, impresa en 1607. Ambos tomaron por fuente cierto libro manuscrito que se dice guardaba el regidor Nuño González y mandó copiar en 1517 el corregidor Bernal de Mata; libro lleno de fábulas y de anacronismos, cuyo original no existe, pero sí dos copias, una en la Academia de la Historia, otra, hecha en 1590, en la Biblioteca Nacional, y que es de donde arrancan todos los errores propalados á propósito de Avila y sus monumentos.

El moderno historiador de Avila D. Juan Martín Carramolino, aceptando no pocas de esas especies y mostrándose harto respetuoso con la tradición, ha contribuído más que aquellos escritores de tiempos en que la crítica carecía de base y de fuerza, á impedir que los admiradores de aquellos monumentos los aprecien en su verdadero valor.

Resulta, pues, que tan sólo Quadrado, en el volumen que dedicó á *Salamanca*, *Avila* y *Segovia* en la publicación *Recuerdos y bellezas de España*, ha tratado de los monumentos avileses con juicioso tacto, ha desechado errores, esclarecido y puesto en su verdadero término las cuestiones principales que respecto de lo tradicional se ofrecían. En la parte artística, donde las pruebas documentales pueden servir de menos, y el conocimiento de los orígenes y desarrollo de los estilos, de la técnica y del espíritu de cada tiempo son el todo para clasificar con acierto, Quadrado no pudo adelantarse al tiempo en que escribió, ni tuvo muy en cuenta algo de lo más substancioso que sobre la materia se había ya escrito, ni dada la índole de su libro, puede seriamente censurársele de no haber profundizado esas cuestiones. Contentóse con señalar fechas á los monumentos, y esto lo hizo en general con exactitud.

Hay que recurrir, por lo tanto, al libro de Caveda, y al que el viajero inglés Edmundo Street dedicó á la arquitectura ojival de España, para encontrar autorizadas observaciones sobre la estructura, el carácter y el estilo de los monumentos avileses, y suplir con ellas la falta de una historia completa y circunstanciada del arte de los siglos medios en Avila, historia que está por hacer y la moderna crítica reclama; pero que no quedará completa mientras el archivo catedral permanezca cerrado á toda investigación.

Hemos señalado los siglos medios, y verdaderamente sólo de la segunda mitad de ellos se conservan allí monumentos; de los siglos posteriores hay poco, y en general de escaso valor.

En Avila puede asegurarse que la ciudad importante es la

que nace en los días en que la conquista á los árabes Alfonso VI y muere con los comuneros, que al amparo de sus muros formaron la *Santa Junta*. Desde el vencimiento de ésta, todo lo llena en Avila el ascetismo personificado por la mística figura de Santa Teresa; la ciudad es un convento en que se hace vida contemplativa, se vive una existencia ultramundana. Antes de Alfonso VI, Avila es una ciudad tan pobre y modesta, que apenas ha dejado memoria en la historia ni vestigios en la tierra.—La principal causa de los errores á que nos hemos referido, fué la insana preocupación de los historiadores de antaño, de que donde no había historia era menester inventarla. Causábales horror el vacio de lo pasado, que aún atormenta á no pocos espíritus investigadores, los cuales suelen perderse por la senda escabrosa de las hipótesis y las suposiciones.—Por eso creyeron necesario designar un fundador ilustre á la ciudad (la vanidad local es temible colaboradora de patrañas) y se fijaron en el «Hércules egipcio» (!!) ó en su hijo «Alcides», ó bien dejando la mitología, se acogieron á la historia no menos fabulosa de la venida de Nabucodonosor al frente de los Caldeos, sin duda para que le destrozaran con sus hachas de piedra los en aquel tiempo prehistóricos pobladores de la Península, y trataron por dicho medio de entroncar á los aborígenes avileses con los pobladores de la Mesopotamia.

***

De la Antigüedad no queda en Avila más que las toscas figuras de toros y jabalíes esculpidos en granito del país por los celtiberos, mudadas de sitio Dios sabe cuántas veces, y las inscripciones sepulcrales romanas, grabadas en piedras que los constructores de las murallas aprovecharon como sillares; nada más. De esas figuras de cuadrúpedos, tan abundantes en las provincias de Salamanca, Segovia, parte de la de Toledo y la de Ávila, donde se cuentan entre ellas los famosos *toros de*

Guisando, en las regiones, en fin, habitadas por los vettones, carpetanos y arevacos, hay de ellos hasta ocho en la ciudad; una con inscripción sepulcral romana, dedicada á un tal *Burro, hijo de Magilón*, confirma más y más la creencia del señor Hübner (1) de que tales esculturas eran á modo de estelas ó monumentos funerarios de aquellas gentes. Está grabada dicha inscripción en el macizo que presenta la figura, que es la de un cerdo ó jabalí, entre las dos patas delanteras. Y esta figura de cerdo, más otra de toro, se hallan en el patio que da hoy ingreso á la conocida *casa de Abrantes*. Hace años acompañaban en aquel sitio á estas figuras, otras dos de cerdos que fueron traídas al Museo Arqueológico Nacional, donde se conservan. Delante de otra antigua casa señorial de la calle de Lope Núñez, hay un enorme toro, otro pequeño en el zaguán de la misma y otro grande que, durante mucho tiempo, hizo juego con el primero, fué transportado á la plaza del Rollo, donde aún está, en el barrio que así se llama en la parte baja de la ciudad, al Sur. En el medio de la Plaza de Santo Domingo se encuentra expuesto á las injurias (de que vimos recientes muestras hace poco), hijas del buen humor de los ignorantes, un magnífico y bien caracterizado jabalí, que fué traído de Cardeñosa, y es sin duda la mejor de estas primitivas esculturas. En el medio del patio de la *casa de Oñate* hay un toro transportado de una dehesa inmediata á la ciudad; y por último, en la calle de Cesteros hay otro torillo.

Estas esculturas, seguramente no tan toscas en su origen como aparecen hoy por el deterioro que en el granito de que están hechas han causado el tiempo y las manos de numerosas generaciones, ofrecen un carácter idéntico al de algunos relieves peregrinos que decoran lápidas sepulcrales romanas, recogidas en la provincia de Burgos; pertenecen á la misma familia artística que los ídolos y toros de bronce y fíbulas en figura de caballos ó jabalíes, encontrados con objetos romanos

(1) *La Arqueología de España*, Barcelona, 1888, págs. 254 y 256.

en varios puntos de la Península; son antigüedades poco conocidas y estudiadas, productos de un arte indígena formado en las dos corrientes de arte oriental y arte griego que en España se dejaron sentir, aunque débiles y desgraciadas casi siempre.

En cuanto á las inscripciones romanas (1) grabadas en piedras que los constructores de las murallas emplearon como sillares, y que hacen presumir cuántas otras estarán ocultas entre el material empleado para el relleno de dicha vasta fábrica, son pocas y no contienen referencias que denoten importancia en la población, de la que tampoco la Historia antigua nos hace mención especial. Inscripciones sepulcrales todas ellas, sólo nos revelan nombres de humildes ciudadanos. Poco valor tiene hoy para nosotros saber que existieron un «Quinto Coronio Barba, natural de Ávila, de edad de setenta años»; (2) un «A. Domicio, hijo de Statuto, de la gente de los Cálnicos»; una «Abia, hija de Cilio, de la gente de los Aminicos, natural de Osma». Sólo el nombre del dios *Togotes*, á quien «hizo de buen grado Valerio Materno» un voto y un ara, nos revela la existencia de un culto local cuya referencia aparece también en otras aras descubiertas en ciertos altos inmediatos á la ciudad.

En vano buscaréis en Ávila restos arqueológicos de la época visigoda, como no sean algunos trozos de granito con restos de ornamentación, á modo de trenzas, y otros elementos clásicos degenerados, que lamentablemente deteriorados aparecen entre los sillares de los cubos de la muralla por la parte de poniente, que mira al río Adaja; en vano buscaréis algún resto de construcción de los tiempos de la dominación árabe. De árabes califica el Sr. Carramolinos dos arcos que hubo en el al-

(1) Véanse Hübner, *Corpus Inscriptionum Latinorum*, núms. 3050 y 3051, y Fita, *Boletín de la Academia de la Historia*, XIII, (1888), página 333, núms. 1 á 7.

(2) Esta inscripción no se conserva ya; estuvo en la iglesia de San Sebastián, sobre el sepulcro de San Segundo, donde la copió á mediados del siglo XVI Alejandro Bossións, pero el P. Fita la buscó en balde en 1888.

cázar, y ambos derruídos hace más de veinticinco años, de los cuales arcos uno de ellos se abría en la puerta de dicho alcázar por la calle de la Feria, otro en el vestíbulo del mismo edificio, y que si realmente tenían algo de árabes, es verosímil que fueran obra de mudéjares.

La dominación árabe dejó en Toledo huella tan honda, que árabe es allí todavía el trazado y la fisonomía de las calles; árabe la extructura de las casas; árabe el carácter de los patios con sus aljibes, sus muros enjalbegados y sus zócalos de azulejos. En Ávila, por el contrario, resulta cierto el caso de que los conquistadores cristianos arrasaron cuanto había, y levantaron una ciudad nueva, á la que imprimieron desde luego el carácter de su civilización.

La vanidad local en las páginas de las historias antedichas, y por boca de crédulos avileses, os dirá, sin embargo, que las iglesias de San Pedro y de San Vicente son anteriores al tiempo de la reedificación de la ciudad; mientras el estilo románico, á que obedecen ambas construcciones, os indican que no pueden ser más antiguas que del siglo XI al XII, la época en que se levantó la Ávila que conocemos. Ha sido error harto frecuente de los historiadores tomar por fecha de la construcción de antiguas iglesias, la fecha remota de la fundación del culto en el lugar que ocupan, sin reparar en el hecho repetidísimo, y no pocas veces comprobable por vetustos restos, de la preexistencia en tales sitios de santuarios que, por su débil construcción y por exigencias de los tiempos, fué menester reconstruir ó sustituir con fábricas más vastas y sólidas. La piedad popular no se satisface con la memoria de los hechos de las tradiciones ó leyendas religiosas, de las cuales se derivó, como recuerdo tangible, la construcción de un santuario, sino que quiere que estos mismos santuarios sean los que conocen hoy los mismos cuyo suelo besan y cuyas imágenes veneran. No es de extrañar, por tanto, que en tiempos de atraso como el siglo XII, fuera tan fuerte esa preocupación, que motivara contiendas judiciales entre el clero de San Pedro y San Vicente,

sobre cuál de las dos iglesias era más antigua, y á cuál de ellas correspondía, por consiguiente, el derecho de precedencia de su clero; litigio que hubo de resolverse á favor de San Pedro, con la condición de que en las procesiones públicas, desde la mitad de la carrera, cediera el puesto á la de San Vicente. Y lo más curioso de tan peregrino caso es, que quizás los restos más antiguos de San Vicente, son de fecha algo anterior á la fábrica de San Pedro, que es toda ella más uniforme, y que sin duda el motivo principal del litigio era que por aquel mismo tiempo estaba ruinosa la de San Vicente; tanto, que Don Alonso *el Sabio* cuando la visitó en 1273, la encontró *mal parada para se caer*, según dice él mismo en un documento de 1280.

El gran argumento de aquellos defensores de la antigüedad de la basílica de los santos mártires Vicente, Sabina y Cristeta, debió ser la tradición, que tiene por solar legendario de ese culto la cueva de la *Soterraña*, conservada cuidadosamente por el arquitecto reconstructor, de modo que pudieran verla y venerarla las generaciones venideras, en la cripta, donde el curioso ve todavía, en efecto, el lugar en que fueron arrojados los cadáveres de los dichos hermanos mártires, y el agujero por donde es fama salió la serpiente, que por divino designio se enroscó al cuerpo de un cierto judío que quiso profanarlos, y el cual, en virtud de tal prodigio se convirtió, hizo dar sepultura en aquel lugar á los restos de aquellos héroes de la idea cristiana y en honor de los mismos hizo levantar la basílica. De esta leyenda religiosa no queda más que su representación peregrina en los relieves del sepulcro de las mártires y bajo el socavado de la cueva la sepultura del judío con una inscripción en caracteres góticos del siglo XVI; y sin embargo, no ha faltado quienes supongan que la basílica en cuestión es la misma que en el año 307 de Cristo levantó el famoso judío, y no contentos con que éste costease la construcción, hácenle arquitecto y suponen que la trazó y dirigió. Pero es notorio que del santuario que en el siglo IV se levantara en aquel lugar á los

jóvenes mártires no dejó un solo resto el arquitecto que levantó la fábrica de gusto románico.

***

El monumento que con mayor verosimilitud puede considerarse como más antiguo en Avila, es la muralla, que es al propio tiempo el de superior importancia; monumento único, que con la catedral de Córdoba, la Alhambra, el acueducto de Segovia, descuella por su originalidad como verdadera maravilla, no ya en la historia monumental de España, sino en la de Europa. Iglesias románicas ú ojivales hallaréis mejores fuera de España; de murallas no encontraréis otro ejemplar más completo, más acabado y notable que el de Ávila.

Mejor que la crónica y que la tradición dan cuenta estas murallas de la reconstrucción de la ciudad y del carácter que ésta tuvo desde luego.

Reconquistóse Toledo pactando con el moro, permitiéndole seguir viviendo en la ciudad, con su mezquita donde orar, el *zoco* donde comerciar y los talleres donde practicar sus industrias. Toledo se nos ofrece como tipo de la reconquista por medio de la tolerancia.

Por el contrario, Ávila es el baluarte levantado por la bravura castellana para tener á raya á la morisca; es un dique puesto á la fuerza invasora y un límite seguro del dominio cristiano; es, en suma, la plaza fuerte destinada á vigilar de continuo, apercibida á la defensa.

Las murallas dan á Ávila fisonomía propia y un aspecto pintoresco y fantástico. Dejemos á los poetas la obra maravillosa de resucitar ante aquellos imponentes cubos y rudas cortinas, coronados de toscas almenas, la epopeya romancesca; en mejores restos de los tiempos caballerescos no encontrarán inspiración. Mirándolas solamente desde el punto de vista del arte, y por mucho que se quiera mirarlas con los ojos de la crítica y no con los de la imaginación, es imposible contem-

plar sin emoción intensa aquella ingente fábrica defensiva que siguiendo las ondulaciones del terreno encierra la ciudad, y que vista á distancia por el lado Norte, oculta el caserío y recorta el cielo con el almenaje, produciendo la ilusión completa de que se halla uno á la vista de alguna inexpugnable ciudad castellana de los siglos medios. Repasando las murallas, cuyo cubo más importante y mejor defendido es el de la catedral, que el espíritu de los tiempos no consintió levantarla en el centro de la ciudad, á completo abrigo de todo bélico ataque, sino allí, á la cabeza, en el lugar preferente y más peligroso del cerco de defensa, se comprende desde luego que aquella ciudad fué levantada al influjo de dos ideas dominantes, la religión y la guerra, ésta para defensa de aquella, ideas que en la mente de nuestra raza se fundían en un solo ideal que se cifraba en reconquistar del moro la tierra secular consagrada por los primeros siglos de cristianismo, y de los cuales tantos recuerdos venerandos se conservaban en multitud de lugares.

En las murallas de Avila, al contrario de lo que acontece en las de otras ciudades, no hay restos de obra romana ni arábiga. Salvo algunos trozos reconstruídos y ciertos reparos con que fué menester remediar la carcoma del tiempo, toda la construcción denota por su uniformidad estar hecha de una vez y de nueva planta; con lo que sus constructores borrarían toda huella de anteriores cercos, si los hubo, como sin fundamento se pretende. Tan homogéneo conjunto hace verosímil la creencia de que Avila, sin duda, más por su ventajosa situación que por su importancia, debió ser tomada repetidas veces á los moros, que, más fuertes ó afortunados, volvían á recobrarla al primer descuido, hasta que Alfonso VI, para asegurarla y hacer definitiva su reconquista, la hizo cercar de murallas inexpugnables.

Fíjase esta definitiva reconquista de Avila en la última década del siglo XI, lo cual está conforme con el carácter de los monumentos más antiguos, que sustituyendo con ventaja á

las páginas de la Historia, nos dicen claramente que en el espíritu y el gusto de esa centuria y de la siguiente se formó la Ávila que conocemos. Dice la citada crónica, en este punto más creible, que el conquistador D. Alfonso VI confió á su yerno, el conde Raimundo de Borgoña, la reorganización de la ciudad; que los repobladores fueron franceses que vinieron con el conde, montañeses de Asturias, Cantabria y Tierra de Burgos; y añade, no con tantos visos de certidumbre, que las murallas se levantaron en el espacio de nueve años, desde el día 3 de Mayo (!) de 1090 hasta 1099 por el esfuerzo de 1900 obreros, de los cuales 200 eran moros cautivos, y los demás «maestros de geometría,» venidos de León y de Vizcaya, todos bajo la dirección de dos ingenieros ó arquitectos: el romano Casandro y el francés Florín de Pituenga.

Tan puntuales noticias se desmienten por la misma precisión de las cifras; y en cuanto á la existencia de dichos arquitectos, juntamente con la del maestro navarro Alvar García de Estella, que se dice acabó la catedral en 1107, el señor Llaguno y Amirola, que creyó en ella cuando andaba escribiendo su *Noticia de los Arquitectos y Arquitectura de España*, mejor informado luego por el P. Risco, que cree fué el autor de la crónica, que inserta Ariz, «uno de los muchos que en aquel tiempo se dedicaron á escribir novelas para diversión de los aficionados á la fábula, (1)» puso al margen del manuscrito de su obra, donde tenía apuntados los nombres de esos artistas, que se suprimiera el artículo correspondiente, cosa que no hizo el anotador de la misma, Cean Bermúdez, sino que le dejó, advirtiendo que lo hacía «á fin de satisfacer á los que dan crédito á esta historia, y de inclinarlos á que no crean la existencia de tales arquitectos.» (2)

Las murallas, construídas sin duda á raiz de la reconquista

(1) *España Sagrada*, t. XXXVIII, pág. 134.

(2) *Noticias de los Arquitectos y Arquitectura de España*, t. I, página 19, nota 1.ª

de la ciudad, demarcan el espacio que para fundar ésta se había escogido en la meseta y ligera vertiente de una colina granítica, cuya estribación por el lado occidental forma la ribera derecha del Adaja. La figura que ofrece lo amurallado viene á ser un octógono; pero el predominio de cuatro de sus lados determina un trapecio, cuyo lado mayor y más elevado es el que mira al Oriente, y el inferior el que mira al río. Adviértese, por lo tanto, un recuerdo de la planta de los *castra* romanos, alterado por exigencias topográficas y por necesidades de los tiempos. Adviértese asimismo que sus constructores cuidaron de reducir la parte atacable, aprovechando lo más posible los escarpados del terreno en las líneas septentrional, meridional y occidental, donde asentaron la fortificación, dejando ante esta por el lado de Oriente una gran esplanada. Con esto facilitaron el necesario acceso á la plaza y para dificultarle á los enemigos levantaron allí el enorme cubo de la catedral y las dos puertas indicadas, con lo que resultó que en dicho lado oriental es donde la muralla aparece más fuerte, mejor defendida, donde cubos y cortinas alcanzan mayor altura y el aparejo mayor solidez; circunstancias estas últimas que concurren igualmente en el lado del Norte, de los escarpados el de menos difícil acceso. En cambio, por el lado que mira al río, por lo mismo que éste oponía un dique, y la vertiente antes de la construcción de la carretera actual debía ser grande, la muralla es menos alta y recia, pero muy salientes los cubos; y por la parte del Sur, donde el escarpado de la roca formaba una defensa natural de penosísimo acceso, la muralla es débil y los cubos pequeños y de no más salida que lo marcado por el medio punto de su planta.

Los cubos son en general más altos que las cortinas, sobre todo los que flanquean las puertas del alcázar y San Vicente, y los que corresponden á los ángulos del trapecio. Dieron los constructores á dichos cubos más importantes, que son verdaderas torres de defensa, forma ligeramente piramidal. Por lo demás, todos los paramentos de la muralla son rectos.

El aparejo de las murallas es típico: compónese de hiladas horizontales formadas por sillares de corte poco regular, semibloques que presentan una cara casi siempre rectangular, asentados en sentido vertical, y los huecos, entre hiladas y juntas, está relleno con piedras pequeñas trabadas con duro mortero. En las puertas, por el contrario, que en total son ocho, no todas militares ni de la misma época, y en el gran cubo de la catedral, que también es posterior á los demás, se ve empleado aparejo regular de sillares pequeños, dispuestos á junta encontrada como en otras construcciones.

De las murallas de Ávila no se ha hecho todavía un estudio completo y satisfactorio, que no podrá hacerse de modo que llene las exigencias precisas, hasta que se haga un estudio general de la arquitectura militar en España. El Sr. Carramolino insertó en su citada obra un trabajo no profundo ni detallado, pero bastante concienzudo, que dedicó á las murallas de Ávila el comandante de ingenieros D. Cándido Ortiz de Pinedo, el cual trabajo es muy recomendable para conocer el carácter é importancia de tan vasta construcción, desde el punto de vista militar. Lo que falta es un estudio arqueológico por el cual se precise el valor de la extructura de la fortificación, y se determine con plena exactitud su fecha.

Por nuestra parte, sólo queremos completar este bosquejo con algunas observaciones. No sólo por su planta, sino por sus demás caracteres generales, estas murallas responden al tipo romano que prevaleció en el Occidente cristiano hasta fines del siglo XI, que es cuando los normandos perfeccionaron en Francia el sistema de fortificar, introduciendo variaciones importantes que no aparecen aquí sino en los trozos más modernos. Obedecen, pues, al tipo romano, pero al tipo romano más antiguo, representado por las murallas de Pompeya, é interpretado en Ávila de un modo más tosco y pobre. En la planta sólo se corresponden como en los *castra* las puertas laterales, y no la de la parte baja ú occidental con las dos de la oriental. En el alzado, los grandes macizos de las cortinas, sin ninguna

clase de galerías ó nichos interiores, alternando con las torres ó cubos; aquéllas y éstos están coronados por almenas sin aspilleras de ninguna especie, y dichos cubos son accesibles desde el adarve ó camino de ronda por una puerta cintrada y una estrecha escalera abierta en el macizo; todo lo mismo que en las murallas de Pompeya, con la diferencia de que en éstas las torres son cuadradas, el aparejo regular, y la construcción más sabia. La construcción de las murallas de Ávila obedece solamente al principio de la fuerza pasiva; está hecha sin idea de la economía del material, antes bien empleándole con exceso, que acusa la preocupación única de la defensa, con exclusión de todo arte.

Las fortificaciones del tipo normando, que responden á otro sistema de guerrear, con armamento perfeccionado y poderosas máquinas ofensivas, tienen almenas con aspilleras para tirar con ballesta, como se ve en el castillo de Carcasona, que data de fines del siglo XI y comienzos del XII, abriendo huecos ó nichos en el interior de los muros, pueden ofrecer seguros fallos á los intentos de los minadores, que buscaban el medio de abrirse entrada por sorpresa en las plazas fuertes; desde el siglo XIII voltean arcos de descarga en el interior de las torres; y las barbacanas, que antes de esa centuria eran de madera, constrúyense entonces de piedra, en saledizo, sobre canes, dejando entre éstos suficiente hueco para tirar los proyectiles.—Esta es la disposicion que se advierte en el torreón de la catedral y en otro del alcázar, que reclaman capítulo aparte.

En las murallas avilesas, sólo las puertas militares revelan cierto esmero por parte del constructor y las de San Vicente y del Alcázar verdadero conocimiento de la estrategia defensiva. La que mira al río está simplemente flanqueada de torres como las romanas. Las otras dos acabadas de citar, son iguales, y si no precisamente coetáneas de la primitiva obra de fortificación, están hechas poco después, con arreglo á iguales principios, pero astutamente defendidas por medio de un

puente almenado que une las plataformas de sus dos enormes torres, el cual puente está sostenido por un arco y permitía hostilizar hacia el campo y hacia el pasadizo que dejan las torres, por su mucha salida, desde la muralla; en ésta, al fondo del pasadizo, está la verdadera puerta, formada por una bóveda en la cual se advierte la caja del rastrillo, y más adentro la gran tronera ó matacán para arrojar proyectiles tan *suaves* como enormes piedras ó aceite hirviendo con que los piadosos guerreadores de aquellos tiempos acostumbraban, en casos desesperados, á *pulverizar* ó *freir* á los enemigos de Dios ó de sus derechos. En la puerta de San Vicente, que es la más completa, miden 20 metros de altura las torres, 15 el trozo de muralla en que está la puerta, 5 de anchura el pasadizo que dejan aquéllas y 7 de longitud el abovedado de la puerta propiamente dicha.

Tal es la parte más vieja de las murallas. Si se admite la hipótesis verosímil de que sus constructores fueran ingenieros ó arquitectos que vinieran de Francia con el Conde Raimundo de Borgoña, resulta que tales constructores emplearon el sistema romano, practicado en su país, como en el nuestro, antes de que se adoptase el sistema normando; y si quiere creerse las murallas obra de españoles, también habrá que considerarlas anteriores á la introducción en la Península del sistema normando, al cual, ya perfeccionado, obedece el gran cubo ó ábside de la Catedral; de modo que en uno ú otro caso resulta que debieron ser construídas entre los últimos años del siglo XI y una parte del XII que no es posible precisar.

Ciertos reparos que en muchos puntos de la muralla se advierten y que fueron hechos siguiendo el sistema primitivo, no puede por esta misma razón determinarse su fecha. Otros, en cambio, la revelan claramente. Varios cubos de la parte baja, del Norte y Occidente, ofrecen por bajo de sus recompuestas almenas un festón de sencillo alicatado de ladrillo que sólo puede ser obra de mudéjares, como asimismo los arcos, de ladrillo también, apuntados los más, de las puertecillas de

subida á las plataformas de algunos de estos cubos, arcos que en la parte más vieja son siempre de dovelas de piedra y de medio punto. El portillo que se llama del Cármen, levantado como para corregir el error de las dos líneas de fortificación del lado Norte, es evidentemente obra moderna, del siglo XVI, y en sus almenas, como en las de la cortina, indudablemente reconstruída, de la citada puerta occidental, se ven aspilleras. Las demás puertas no son propiamente militares, y están abiertas en distintas épocas, pero en tiempos asimismo modernos.

José Ramón Mélida.

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA

ENSAYO ICONOLOGICO.

«Yo apostaré, dijo Sancho, que antes de mucho tiempo no ha de haber bodegón, venta, ni mesón ó tienda de barbero, donde no ande pintada la historia de nuestras hazañas; pero quería yo que la pintasen manos de otro mejor pintor que el que ha pintado á éstas.

Tienes razón, Sancho, dijo Don Quijote; porque este pintor es como Orbaneja, un pintor que estaba en Úbeda, que cuando le preguntaban qué pintaba, respondía: lo que saliere; y si por ventura pintaba un gallo, escribía debajo: *este es gallo;* porque no pensasen que era zorra.»

Del cap. LXXI de la Segunda Parte de *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha.*

TAREA es la de pintar á Don Quijote harto más difícil que la de hinchar un perro, y empresa de las más dignas de pintor español. No es de *ilustrar* la obra imperecedera de Cervantes, sino de vestir de carne visible y concreta un espíritu individual y vivo, no mera idea abstracta; empeño nunca tan oportuno como ahora en que anda por esos mundos de Dios revolviéndose y buscando postura el simbolismo pictórico. Tiene éste en España un símbolo que ni pintado, y es Don Quijote, *símbolo* verdadero y profundo, símbolo en toda la fuerza etimológica y tradicional del vocablo, concreción y resumen vivo de realidades, cuanto más ideales más reales, no mero abstracto engendrado por exclusiones.

Invito al lector á que divaguemos un poco acerca de la expresión pictórica de este símbolo vivo.

Los datos para pintar á Don Quijote hay que ir á buscarlos en la obra de Cide Hamete Benengeli, dentro de ella y fuera de ella también; en la obra de Cide Hamete, por haber éste sido su biógrafo; dentro de ella se descubren honduras que el buen biógrafo no caló siquiera; y fuera de ella, porque fuera de ella vivió y vive el ingenioso hidalgo.

Con escrupuloso cuidado me he entretenido en entresacar de las páginas vivas de *El Ingenioso Hidalgo*, cuantos pasajes se refieren más ó ménos directamente á los caracteres físicos de Don Quijote.

Hélos aquí numerados, advirtiendo que el lector poco paciente puede muy bien pasarlos por alto:

I. «Frisaba la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años; era de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza.»

Part. I., cap. I.

II. «Por otro nombre se llama *El caballero de la triste figura*... verdaderamente tiene vuestra merced la más mala figura de poco acá que jamás he visto.»

P. I., cap. XIX.

III. «...viendo su rostro de media legua de andadura, seco y amarillo, la desigualdad de sus armas y su mesurado continente.»

P. I., cap. XXXVII.

IV. «Tomad, señora, esa mano... No os la doy para que la beséis, sino para que miréis la contextura de sus nervios, la trabazón de sus músculos, la anchura y espaciosidad de sus venas, de donde sacaréis qué tal debe ser la fuerza del brazo que tal mano tiene.»

P. I., cap. XLIII.

V. «... tan seco y amojamado, que no parecía sino hecho de carne momia.»

P. II., cap. I.

VI. «...es un hombre alto de cuerpo, seco de rostro, estirado y avellanado de miembros, entrecano, la nariz aguileña y algo corva, los bigotes grandes, negros y caídos.»

P. II., cap. XIV.

VII. «Admiróle (al caballero del Verde Gabán)... la grandeza de su cuerpo, la flaqueza y amarillez de su rostro.»

P. II., cap. XVI.

VIII. «Comenzó á correr el suero por todo el rostro y barbas de Don Quijote... Después de haberse limpiado Don Quijote cabeza, rostro y barbas y celada.»

P. II., cap. XVII.

IX. «Quedó Don Quijote después de desarmado en sus estrechos gregüescos y en su jubón de gamuza, seco, alto, tendido, con las quijadas que por dentro se besaban la una con la otra, figura que, á no tener cuenta las doncellas que le servían, en disimular la risa, reventaran riendo.»

P. II., cap. XXXI.

X. «Púsose Don Quijote de mil colores, que sobre lo moreno le jaspeaba.»

P. II, cap. XXXI.

XI. «Llegó la de la fuente, y con gentil donaire y desenvoltura encajó la fuente debajo de la barba de Don Quijote; el cual, sin hablar una palabra, admirado de semejante ceremonia, creyó que debía ser usanza de aquella tierra en lugar de las manos lavar las barbas; y así, tendió la suya cuanto pudo, y al mismo punto comenzó á llover el aguamanil, y la doncella del jabón le manoseó las barbas con mucha priesa, levantando copos de nieve, que no eran menos blancas las jabonaduras, no sólo por las barbas, más por todo el rostro, etc.«

P. II, cap. XXXII.

XII. «Como no tenía estribos (subido en Clavileño), y le colgaban las piernas, no parecía sino figura de tapiz flamenco, pintada ó tejida en algún romano triunfo.»

P. II, cap. XLI.

XIII. «Y si por el señor Don Quijote no somos remediadas con barbas, nos llevarán á la sepultura. Yo me pelaría las mías, dijo Don Quijote, en tierra de moros, si no remediase las vuestras.»

P. II, cap. XI.

XIV. «Le saltó (uno de los gatos) al rostro, y le asió de las narices con las uñas y los dientes.»

P. II., cap. XLVI.

XV. «Así como le vió (Doña Rodríguez) tan alto y tan amarillo.»

P. II., cap. XLVIII.

XVI. «Vió Roque Guinart á Don Quijote armado y pensativo, con la más triste y melancólica figura que pudiera formar la misma tristeza.»

P. II, cap. XI.

XVII. «Era de ver la figura de Don Quijote: largo, tendido, flaco, amarillo, estrecho en el vestido, desairado, y sobre todo, no nada ligero.»

P. II., cap. LXII.

Con estos diecisiete pasajes á la vista puede ya componer cualquier Orbaneja un Don Quijote para salir del paso. El sexto de ellos, que es la descripción que del hidalgo manchego dió el socarrón del bachiller Carrasco cuando la aventura del caballero del bosque, ha servido de pasaporte clásico para todas las pinturas que de él se han hecho. Y ni aun la tal cédula se ha respetado siempre, pues á menudo le retratan con bigotes de retorcidas y apuntadas guías y no «caídos.»

El más exigente documentista espero haya de darse por contento con tan minuciosa documentación como la de los diecisiete pasajes preinsertos. De seguro no la llevaban más cumplida los cuadrilleros de la Santa Hermandad que habían tomado sus señas para prender á aquel «salteador de caminos,» y cuidado si es escrupulosa la justicia oficial en todo esto del documento humano y el realismo de rastro.

Datos hay en los expuestos que á primera vista parecerán impertinentes, como el del pasaje XIV; mas pronto echará de ver por él el discreto lector qué tal debían de andar de tamaño las narices de Don Quijote cuando se las pudo asir un gato con las uñas y los dientes á la vez. No hay hecho insignificante, y bien lo prueba el registro antropométrico recién instalado en la Cárcel Modelo. (1)

Datos también de excepcional interés, aunque no constan en la preinserta documentación, son los de que fuera «opinión» que Don Quijote «muchos años fué enfermo de los riñones» (cap. XVIII, de la segunda parte); á lo que añado que su color amarillo y sus actos le acreditan de bilioso, y el de que tenía el sentido del olfato tan vivo como el de los oidos (P. I,

(1) En él queda la fórmula analítica del criminal, y con ella se le reconstruye en un momento dado. Sería una lástima que el entusiasmo por la antropometría nos llevara á desdeñar aquellos datos *inmensurables*, indefinidos, no reductibles á muertas fórmulas analíticas, pero llenos de vigorosa realidad, como son: v. gr., el *aire* y la *producción* de una persona, datos que hace poco se pedía en impresos oficiales dieran acerca de los mozos que habían de entrar en quinta, sus padres ó interesados.

cap. XX), porque venteando bien estos rastros podría tal vez un buen sabueso mental poner en claro el temperamento y la idiosincrasia quijotesca. ¡Lástima que no haya emprendido aún algún ducho cervantista la tarea de un estudio fisiológico acerca de Don Quijote! Creo, por mi parte, sin haber ahondado el punto, que debió de ser su temperamento caliente y seco, y que con esto y el «Examen de ingenios» del Dr. Huarte se podría ir muy lejos.

Cide Hamete Benengeli debió de ser biógrafo puntualísimo y documentista de los más nimios, como buen árabe; pero su traductor el bueno de Cervantes, al llegar al pasaje aquel en que Don Quijote llega á la casa de D. Diego Miranda, el caballero del Verde Gabán (cap. XVIII de la segunda parte), nos dice:

«Aquí pinta el autor todas las circunstancias de la casa de D. Diego, pintándonos en ella lo que contiene una casa de un caballero labrador y rico; pero al traductor de esta historia le pareció pasar estas y otras menudencias en silencio, porque no venía bien con el propósito principal de la historia, la cual más tiene su fuerza en la verdad que en las frías digresiones.»

La verdad con su fuerza á un lado; á otro las menudencias y frías digresiones, las circunstancias que pintan con tan escribanesca fidelidad en sus *estudios* literarios los documentistas de todos tiempos.

¿Y qué es la verdad? ¿Qué es aquí la verdad y su fuerza?

La verdad es el hecho, pero el hecho total y vivo, el hecho maravilloso de la vida universal, arraigada en misterios. Los hechos (1), las menudencias, redúcense con el análisis y la anatomía á polvo de hechos, desapareciendo su realidad viva.

La fuerza de la verdad de D. Quijote está en su alma, en

(1) Opongo los hechos al hecho, porque son muchas las cosas que en cuanto se pluralizan cambian de naturaleza; así sucede al trabajo con los trabajos.

su alma castellana y humana, y la verdad de su figura en que refleje ésta tal alma. Pero ¿hemos de sacar de su alma su semblante ó de su semblante su alma? preguntará alguien, añadiendo que de los rasgos de su fisonomía y caracteres físicos podremos, mediante su temperamento, vislumbrar algo más de la verdad de su alma. A lo cual contesta el mismo D. Quijote al describir, (en el capítulo primero de la segunda parte) las facciones de Amadís, Reinaldos y Roldán, que «por las hazañas que hicieron y condiciones que tuvieron se pueden sacar en buena filosofía sus facciones, sus colores y estaturas.»

¡En buena filosofía! No peor por lo menos que la de querer sacar de las facciones, del color y de la estatura las hazañas que se han cumplido y la condición que se tiene; que si de aquellas se deducen éstas, de éstas se deducirán aquellas. Convertibilidad es esta que escapa á los que á nombre ya del idealismo, ya del realismo, convertibles también, pelean por una y otra doctrina como lo hicieran dos caballeros por el color de un escudo de que sólo vió cada cual un lado, según profunda parábola de Carpenter. Para D. Quijote la buena filosofía era, como es natural, la suya, la castellana, el realismo que saca de las hazañas las facciones, que procede de dentro á fuera, centrífugo, volvolitivo, el que convierte los molinos en gigantes, no más insano que el que hace de los gigantes molinos, ni menos realismo que él, ni menos que él idealista. En fin de cuenta, ni las facciones hacen las hazañas ni éstas á aquéllas, como no precede el órgano á la función ni la función al órgano, sino que todo hace á todo, fluyendo incesante de la gran causa total, causa y efecto á la vez, causa-efecto ó ni causa ni efecto, como se quiera, que en llegando acá todo es uno y lo mismo. Y basta de libros de caballerías metafísicas, que al buen Alonso Quijano «del poco dormir y del mucho leer se le secó el celebro de manera que vino á perder el juicio.»

El pintor que quiera, pues, pintar á D. Quijote *en buena filosofía* quijotesca, ha de sacar de sus hazañas y condición sus facciones, su color y su estatura, sirviéndose de los datos em-

píricos que Cidi Hamete nos proporciona como de comprobantes á lo sumo. Para conseguirlo ha de descubrir el pintor su alma, siendo el medio el que inspirado por aquellas estupendas hazañas y sublime condición, desentierre de su propia alma el alma quijotesca, y si por acaso no la llevara dentro, renuncie desde luego á la empresa, guardada para otro, teniendo en cuenta aquéllo que dijo el mismo D. Quijote:

«Retráteme el que quisiere pero no me maltrate, que mucha veces suele caerse la paciencia cuando la cargan de injurias.» (P. II, cap. LIX.)

Retratar á D. Quijote sin maltratarle es vestir su alma con cuerpo individual trasparente, es hacer simbolismo pictórico en el grado de mayor concentración y fuerza, en un hombre símbolo. Y para hacer esto háse de buscar el alma del hidalgo manchego en las eternas páginas de Cide Hamete, pero también fuera de ellas.

Don Quijote vivió y vive fuera de ellas, y el pintor español digno de retratarlo puede sorprenderle vivo en las profundas honduras de su propio espíritu, si busca en él con amor y lo ahonda y escarba con contemplación persistente. Cide Hamete no hizo otra cosa que trazar la biografía de un ser vivo y real; y como hay no pocos que viven en el error de que jamás hubo tal Don Quijote, hay que tomarse el trabajo que se tomaba él en persuadir á las gentes de que hubo caballeros andantes en el mundo.

Tan luego como una ciencia analítica y anatomizadora hunde el escalpelo en la trama viva en que se entretejen y confunden la leyenda y la historia, ó trata de señalar confines entre ellas y la novela y la fábula y el mito, con la vida se disipa la verdad, quedando sólo la verosimilitud, tan útil á documentistas y cuadrilleros de toda laya. Sólo matando la vida, y la verdad verdadera con ella, se puede separar al héroe histórico del novelesco, del mítico, del fabuloso ó del leyendario, y sos-

tener que el uno existió del todo ó casi del todo; el otro á medias, y el de más allá de ninguna manera; porque existir es vivir, y quien obra existe.

Existir es obrar, y Don Quijote ¿no ha obrado y obra en los espíritus tan activa y vivamente como en el suyo obraron los caballeros andantes que le habían precedido, tan activa y vivamente como tantos otros héroes, de cuya realidad histórica no falta algún Don Alvaro Tarfe que atestigüe? (1)

El alma de un pueblo se empreña del heroe venidero antes que éste brote á luz de vida, le presiente como condensación de un espíritu difuso en ella, y espera su advenimiento. En cada época, se dice, surge el heroe que hace falta. Claro está; como que en cada época respira el héroe las grandes ideas de entonces, las únicas entonces grandes; siente las necesidades de su tiempo, únicas en su tiempo necesarias, y en unas y otras se empapa. Y todo otro héroe que el que hace falta, acabaría en la miseria ó el desprecio, en la galera ó la casa de orates, en el cadalso tal vez.

No es el héroe otra cosa que el alma colectiva individualizada, el que por sentir más al unísono con el pueblo, siente de un modo más personal; el prototipo y resultante, el nodo espiritual del pueblo. Y no puede decirse que guíen á éste, sino que son su conciencia y el verbo de sus aspiraciones.

El héroe, presentido en preñez augusta, es muchas veces harto sublime para vestir carne mortal, ó sobrado estrecho el ámbito que haya de recibirle, y brota entonces ideal, leyendario ó novelesco, no de vientre de mujer, sino de fantasía de varón. Héroes son estos que viven y pelean y guían á los pueblos á la lucha, y en ella los sostienen, no menos reales y vivos que los de carne y hueso, tangibles y perecederos. El gran Capitán, ó Francisco Pizarro ó Hernán Cortés, llevaron

(1) El lector desmemoriado recordará que Don Álvaro Tarfe fué aquel caballero que declaró en un mesón ante el alcalde de un pueblo y el escribano cómo Don Quijote de la Mancha, el que tenía presente, no era el que andaba impreso en el libro de Avellaneda. (V. parte II,, cap. LXII.)

á sus soldados á la victoria, pero no es menos cierto que Don Quijote ha sostenido los ánimos de esforzados luchadores, infundiéndoles brío y fe, consuelo en la derrota, moderación en el triunfo. Con nosotros vive y en nosotros alienta; momentos hay en la vida en que se le ve surgir caballero en su Rocinante, viniendo á ayudar, como Santiago, á los que le invocan. Obrar es existir, y ¡cuántos vivientes carnales, aprisionados en el estrecho *hoy*, obran menos que el sublime loco en que renació glorioso Alonso Quijano al perder, secándosele el cerebro, el juicio! Cuando volvamos á la tierra, de que salimos, ¿quedará de nosotros mucho más que de Don Quijote queda? ¿Qué queda de Cide Hamete su biógrafo? El mundo pasajero y contingente va produciendo el permanente y necesario de nuestro espíritu, es su mayor realidad ésta; la historia toda es la idealización de lo real por la realización del ideal. ¿Hizo Homero á Aquiles, ó éste á aquél?

«Porque querer dar á entender á nadie que Amadis no fué en el mundo, ni todos los otros caballeros aventureros de que están colmadas las historias, será querer persuadir que el sol no alumbra ni el hielo enfría, ni la tierra sustenta: porque, ¿qué ingenio puede haber en el mundo que pueda persuadir á otro que no fué verdad lo de la infanta Floripes y Güi de Borgoña, y lo de Fierabrás con la puente de Mantible, que sucedió en el tiempo de Carlomagno? que voto á tal que es tanta verdad como es ahora de día; *y si es mentira, también lo debe de ser que no hubo Héctor, ni Aquiles, ni la guerra de Troya, ni los Doce Pares de Francia, ni el rey Artús de Inglaterra...*»

Parte I., cap. XLIX.

Tenía razón en esto Don Quijote, y los que motejándole de loco de remate le apedrean al verle enjaulado, pecan de quijotismo más de siete veces al día; porque, ¿quién de esos censores no aplica á cada paso la máxima oculta del quijotismo: es hermoso, luegoes verdad? (1)

(1) Apenas hay Sancho Panza, de esos que están, aunque á medias, en el secreto de la locura de su amo, que no infiera quijotescamente de lo que se le antoja funestas consecuencias de una doctrina, la falsedad de ésta, presuponiendo que sólo lo no funesto es verdadero.

Personajes novelescos hay que no pasan de *homúnculos*, por brotar de la fantasía virgen de su autor, pero otros son hijos de verdadera generación sexuada, de una fantasía fecundada y hecha madre por el alma de un pueblo. El héroe leyendario y el novelesco son, como el histórico, individualización del alma de un pueblo; y como quiera que obran, existen. Del alma castellana brotó Don Quijote, vivo como ella.

Sumergiéndose con recogido espíritu en el alma quijotesca, es como mejor el pintor llegará á la visión del sublime hidalgo, sacando *en buena filosofía*, de la condición de aquélla, las facciones, el color y la estatura del cuerpo en que encarnó.

Mas también vió Cide Hamete, por su parte, á su héroe, en tejido visible, con facciones, color y estatura, y lo vió con visión prodigiosa, que es lo que da singular importancia á los pasajes que van á la cabeza de este ensayo. Porque sucede á las veces que un revelador de un héroe no ve bien la figura de éste, por falta tal vez de genialidad visiva. Asi, Shakespeare, en la escena II del acto V del *Hamlet*, cuando luchan éste y Laertes, hace decir á la reina que está aquél gordo y es escaso de aliento, ofreciéndole el pañuelo para que se enjugue la frente:

> He's fat, and scant of breath
> Here, Hamlet, take napkin, rub thy brows.

¿Y quién se representa ni pinta á Hamlet gordo? (1). ¿Qué más? ¿Quién reconocería á Sancho si se le pintase con largas zancas? Y sin embargo cuenta Cervantes que entre las pinturas que adornaban el manuscrito de Cide Hamete Benengeli

(1) Cierto es que la buena filosofía no era para Shakespeare la de Don Quijote, pues en *Macbeth* hace decir al Rey que no hay modo de descubrir la condición del espíritu por el rostro:

> There's no art
> To find the mind's construction in the face.
>
> (*Macbeth*, act. I, escena IV.)

retrataba una la batalla de Don Quijote con el vizcaíno, y á los piés de Panza decía: *Sancho Zancas*, porque

»...debía de ser que tenía, á lo que mostraba la pintura, la barriga grande, el talle corto y las zancas largas, y por esto se le debió de poner nombre de Panza y de Zancas, que con estos dos sobrenombres le llama algunas veces la historia. (P. I, cap. IX.)

Mas Cide Hamete debió de ver bien á Don Quijote, por una parte, y por otra debió de ser la figura de éste no borrosa y ambigua, sino la única posible para su alma, porque tan compenetrado estaba con su espíritu su semblante, que no fuera menester, si hoy resurgiera á vida, que ningún D. Antonio Moreno le pusiera rótulo á las espaldas.

Todos al ver ciertos rostros decimos: ¡Cómo se parece á Don Quijote! Y por apodo llevan este nombre no pocos, tan sólo por su continente corporal, no por su contenido espiritual.

La figura de Don Quijote debió de ser de las que una vez vistas no se despintan jamás, y su biógrafo la vió con toda realidad.

Lo que más impresionó á Cide Hamete en la figura de Don Quijote fué su tristeza, revelación y signo, sin duda, de la honda tristeza de su alma seria, abismáticamente seria, triste y escueta como los pelados páramos manchegos, también de tristísima y augusta solemnidad, tristeza reposada y de severo continente. Sancho le bautizó con el nombre de «Caballero de la Triste Figura» (pasaje II). Roque Guinart le halló «con la más triste y melancólica figura que pudiera formar la tristeza» (pasaje XVI), y cuantos con él topaban admirábanse y se espantaban de lo triste de su extraña catadura, bien así como vislumbrando á su través aquel espíritu inmenso empeñado en moldear á sí el mundo. Aquel Cristo castellano fué triste hasta su muerte hermosísima.

Los rasgos mismos de su fisonomía son melancólicos; caídos los bigotes, la nariz aguileña, seco y avellanado el rostro.

Mas no era la suya tristeza quejumbrona y plañidera, de las de rostro pálido y melenas en ordenado desorden, tristeza tísica de egoísmo sentimental, sino que era tristeza de luchador resignado á su suerte, de los que buscan quebrar el azote del Señor besándole la mano; era una seriedad levantada sobre lo alegre y lo triste, que en ella se confunden, no infantil optimismo ni pesimismo senil, sino tristeza henchida de robusta resignación y simplicidad de vida.

Tristísimo era el aspecto del Caballero de la Triste Figura hasta tal punto que Sancho llamó á ésta *mala* (pasaje II), y que la desenvuelta doncella Altisidora, al desahogar su despecho tratándole de malandrín mostrenco, quería no ver delante de sus ojos, «no ya su triste figura, sino su fea y abominable catadura» (cap. LXX de la segunda parte). Lo cual nos lleva como de la mano á preguntar: ¿era el Caballero de la Triste Figura feo?

«... No puedo pensar—le decia Sancho—qué es lo qué vió esta doncella en vuestra merced que así le rindiese y avasallase. ¿Qué gala, qué brío, qué donaire, qué rostro, qué cada cosa por sí destas ó todas juntas le enamoraron? Que en verdad, en verdad, que muchas veces me paro á mirar á vuestra merced desde la punta del pie hasta el último cabello de la cabeza, y que veo más cosas para espantar que para enamorar; y habiendo yo también oído decir que la hermosura es la primera y principal parte que enamora, no teniendo vuesa merced ninguna, no sé yo de qué se enamoró la pobre.

»Advierte, Sancho—respondió Don Quijote—que hay dos maneras de hermosura, una del alma y otra del cuerpo: la del alma campea y se muestra en el entendimiento, en la honestidad, en el buen proceder, en la liberalidad y en la buena crianza, y todas estas partes caben y pueden estar en un hombre feo; y cuando se pone la mira en esta hermosura, y no en la del cuerpo, suele nacer el amor con ímpetu y con ventajas. Yo, Sancho, bien veo que no soy hermoso, pero también conozco que no soy disforme; y bástale á un hombre de bien no ser un monstruo para ser bien querido, como tenga las dotes del alma que te he dicho.» (Parte II, capítulo LVIII.)

A ser Don Quijote más escudriñador de reconditeces, habría aducido aquello de que la belleza es el resplandor de la bondad, y habría podido alegar en su abono mucho más, algo de lo que late bajo el aforismo femenino de que «el hombre y el oso, cuanto más feo, más hermoso».

Todo el mundo distingue entre una belleza de corrección y otra de expresión; todo el mundo habla de la insulsez de caras hermosas, y de la gracia de rostros feos. Y sucede que en el gusto de todos lucha un concepto tradicional de la belleza humana con otro que está en vías de formación. Porque siendo lo bello expresión inmediata y flor de la bondad, varía con ésta. Hay una belleza humana tradicional, más ó menos atlética, expresiva de la bondad del animal humano, del bárbaro luchador por la vida, del apenas disfrazado salvaje, belleza de equilibrio muscular; y va por otra parte formándose el concepto de otra belleza humana, reveladora de la bondad del hombre racional y social, resplandor de la inteligencia. Un spenceriano diría que así como las sociedades militantes, basadas en la concurrencia y la ley, produjeron su tipo de belleza humana, lo habrán de producir las sociedades industriales, basadas en la cooperación y la justicia.

Toda la historia humana no es otra cosa que una larga y triste lucha de adaptación entre la Humanidad y la Naturaleza, como la historia de cada hombre se reduce á las vicisitudes del combate que en su cuerpo, sanguinoso campo de batalla, riñen su espíritu y el mundo que le rodea; y á medida que el espíritu, penetrando en el mundo, lo penetra en sí, y van acordándose y organizándose uno en otro, va el cuerpo haciéndose cada vez más transparente vestidura carnal y letra del espíritu. Llegará tal vez día en que el cuerpo más hermoso sea el del alma más hermosa.

La fisiognomonía *es* la ciencia única, base de las demás, pues sólo conocemos la fisonomía de las cosas,—enseñaba Lavater. *Es* no, tal vez *será*, pues como quiera que es el hombre tejido de contradicciones y parto de la lucha, su fisonomía,

sólo en parte ¡cuán mínima á menudo! le pertenece, y no es dable conocer por su cara su alma. Hay semblantes hipócritas, y ¡qué tremendas tragedias, verdaderamente esquilianas, las que engendra el engaño de las caras que mienten!

Como aún no es el cuerpo trasparente vestido del alma, no ha acabado de formarse la futura belleza humana, y sigue dominando la del bípedo implume.

Mas hay que creer con fe artística, como en dogma estético, que todo carácter profundo é íntimo, asentado en sus cimientos, puro, viva en adecuación perfecta con la túnica carnal que le revista, ajustándola á sus contornos.

Un rasgo fisonómico es un gesto petrificado y trasmitido tal vez por herencia; el dolor persistente deja huella, la virtud embellece y el vicio afea. En España decimos que la cara es espejo del alma, que genio y figura hasta la sepultura y que el hábito no hace al monje.

Á medida que se hace el hombre más armónico, más *perfecto*, esto es, más acabado; á medida que va adecuándose más y mejor al ámbito en que vive y más íntimamente comulga en él, más espejo es del alma la cara. Porque reflejando ésta el resultado secular de la acción y reacción mutuas entre el sujeto y el ambiente, siendo sus rasgos ya heredados de diferentes y aun contrapuestos antepasados, ya adquiridos, se plegará la cara al alma, y será su expresión verdadera cuando se plieguen uno á otro y concuerden en uno el sujeto y el ámbito que le recibe.

«El hombre que se parezca más y menos á sí mismo —decía Lavater— aquel cuyo carácter sea más simple y más variado á la vez, más constante y más desigual; aquel que á pesar de su viveza y gran actividad esté siempre concorde consigo mismo, cuyos rasgos más móviles no pierdan jamás el carácter de firmeza que distingue á su conjunto, tal hombre sea sagrado para vosotros.»

En un carácter como el de Don Quijote, tan *puro*, tan de una pieza, tan definido frente al ámbito en que vivía, hay que admitir como axioma estético que la cara fuese limpísimo es-

pejo de su alma hermosa. Y esta hermosura de su alma es la que debe penetrar el pintor que quiera retratar la cara que le espejaba.

Mas no es sólo el cuerpo la letra del espíritu en el hombre social, en el hombre vestido; lo es también la indumentaria.

«¡El desnudo es el arte!,» exclaman muchos.

Sí, el arte de representar al bípedo implume, no al *homo politicus*, al hombre social ó vestido (1). El desnudo de la estatuaria griega refleja en parte el alma helénica; pero la moderna, la que va surgiendo lenta y trabajosamente entre dolores y agonías, se expresa mejor con la riquísima complejidad de las plegaduras del traje, que es el ambiente adaptado á sí por el sujeto.

El traje no es el uniforme del *snobismo* y de la elegancia del día, no es el saco de corte irreprochable; lo vivo de él es la rodillera, el pliegue. Es difícil se comprenda lo profundo de él mientras se cierren puertas á quien no lleve sombrero de copa alta, estigma de esclavitud, símbolo y resto triunfante de todas las deformidades que imprimen ciertos salvajes á la cabeza.

Enseña Ruskin, en sus *Mañanas florentinas*, que el cuidado en la pleguería y la minucia en su expresión, son signos de idealismo y misticismo, citando los pliegues de las cenéforas del Partenón y las sobrepellices de nuestros sacerdotes; mientras el amplio ropaje, por grandes masas, el del Ticiano, verbi gracia, revela artistas menos preocupados del alma que del cuerpo. Se ha dicho que al pasar los pueblos del paganismo al cristianismo, vistieron imágenes de diosas desnudas, haciendo de ellas vírgenes. Las *vistieron*, he aquí todo, y este

---

(1) El desnudo es excelente para *estudiar* el dibujo, lo cual no significa que sea más artístico. Y téngase en cuenta que hay un desnudo literario, útil para *estudiar*, el que en los llamados *estudios* nos lo dan como lo más propio del arte.

todo es mucho más que lo que creen los que citan con malicia el hecho.

Aquí vendrían á cuento los pasajes de *El Ingenioso Hidalgo* en que se hace referencia al traje de Don Quijote; mas dejemos que los recorra y estudie el pintor que intente retratarle. Y con el traje el ámbito todo en que vivió. Por este camino iríamos demasiado lejos.

En resolución, hay que pintar á don Quijote con la fuerza de su verdad y en buena filosofía quijotesca, con fé, creyendo en su inconcusa existencia real, heroica y efectiva, descubriendo por su alma su vestidura carnal, y ayudándose de los datos que nos proporciona su biógrafo Cide Hamete, varón de prodigiosa facultad visiva.

Sería curiosa tarea la de ir analizando cómo se le ha pintado y se le pinta en los diversos tiempos y países, estudio que formaría parte de una indagación acerca de las trasformaciones del quijotismo. Porque hay un tipo diverso de don Quijote para los diversos pueblos que más ó ménos le han comprendido. Hay el francés, apuesto, de retorcidas y tiesas guías de bigote, no caído éste, sin mucho asomo de tristeza, más parecido al aragonés de Avellaneda que al castellano de Cervantes (1);

(1) «Iconografía de don Quijote. Reproducción heliográfica y foto-tipográfica de 101 láminas elegidas entre las 60 ediciones, diversamente ilustradas, que se han publicado durante 257 años, etc., por el coronel don Francisco López Fabra.—Barcelona, 1870.»

Véanse en esta obra las ilustraciones de ediciones francesas. En las traducciones francesas de 1836-37 y 1862 (París), por Luis Viardot, tiene los bigotes archiretorcidos; parece un *brave gaulois* en las de Bertell y de De Moraine á las ediciones francesas respectivas de 1868 y 1844 (París), y se le tomaría por Roldán en las de C. Stael á la castellana hecha en París en 1864. Hay alguna en que aparece con látigo (trad. fr. París, 1622), con pluma en otras (1799 y 1825, por Lefebvre), y con botas de gran vuelo (por H. Bouchon, trad. fr. París, 1821-22.) En la ilustrada por Telory (tr. fr. París, 1863), parece un Mefistófeles. De las de Gustavo Doré no hay que hablar: su genio pictórico era el menos á propósito para ilustrar el Quijote.

Son Quijotes enteramente franceses el de la traducción danesa de Copenhague, 1865-69, ilustrada por W. Marstrand, en que aparece con guantes, y el de la holandesa de El Haya, 1746, con pluma, ilustrada por C. Coypel, y en que parece un personaje de Wateau.

hay el inglés que se acerca mucho más al español, y al verdadero por lo tanto. Los más verdaderos son los españoles, como es natural (1), y si se cogieran todos ellos y se fundiesen en uno, como se hace con las fotografías compuestas, de manera tal que los rasgos comunes se reforzaran dejando en penumbra á los diferenciales, neutralizados unos con otros, obtendríase un arquetipo empírico, como tal nebuloso y gráficamente abstracto, de donde poder sacar el pintor la verdadera figura de don Quijote. Tal arquetipo es la imagen que han sentido confusamente en su retina mental nuestros pintores y dibujantes, y aun los que no lo son; la que hace exclamar: ¡cómo se parece ese á don Quijote! A tal arquetipo, confusamente vislumbrado, daría un pintor de genio expresión individual y viva, pintándole con la nimia escrupulosidad con que ciertos pintores ingleses pintan ángeles y seres ideales, con aquella encarnizada minucia con que Hunt perseguía sus modelos, con la vigorosa realidad castellana que dió Velázquez (2) á los héroes mitológicos. Hay que pintarlo con fe, sobre todo, con la fe que da un quijotesco

(1) Véase en la «Iconografía» citada las ilustraciones de Urrabieta á la edición de Madrid de 1847, las de don Luis de Madrazo á la de Barcelona de 1859-62, las de Zarza á la de Barcelona de 1863. Las de D. L. Ferrant á la de Barcelona de 1859-62 son más afrancesadas.

En las citadas ilustraciones que D. Luis de Madrazo hizo para la 48 edición española (Barcelona, 1859-62), y sobre todo en la que representa al Ingenioso Hidalgo recibiendo á la gran princesa Micomicona, presenta don Quijote gran parecido con San Ignacio de Loyola, tal cual se nos muestra éste en el retrato que de él hizo Sánchez Coello, parecido en que me he fijado más de una vez. Cuando empezó á correr sus aventuras don Quijote, frisando en los cincuenta años, y poco antes de darse á luz la historia de sus hazañas, hacía cuarenta y tantos años que había muerto el Caballero de la Milicia de Cristo. Guiado por ese parecido he pensado mil veces en el quijotismo de Iñigo de Loyola releyendo uno de los primeros capítulos de la vida que de él trazó el P. Rivadeneira. Y hoy ¡cuán anacrónico é incongruente resultaría al común sentir, hablar del quijotismo jesuítico ó jesuitismo quijotesco! Por lo demás, los rostros quijotescos abundan en nuestra pintura tanto como las almas en nuestra literatura.

(2) Notable y profunda es la hermandad de genio entre Velázquez y Cervantes. Uno y otro pintaron caballeros hermanos (compárese don Qui-

idealismo, fuente de toda obra verdaderamente real, el idealismo que acaba por arrastar tras de sí, mal que les pese, á los Sanchos todos; hay que pintarlo con la fe que crea lo que no vemos, creyendo firmemente que don Quijote existe y vive y obra, como creían en la vida de los santos y ángeles que pintaban, aquellos maravillosos *primitivos*.

Mas ni aun la letra suele respetarse. Cuando más se tiene en cuenta el pasaje VI, y á las veces ni aun éste, pues es corriente pintarlo *inspirándose* en otras pinturas, de segunda ó tercera ó enésima mano, como se hacen las caricaturas de nuestros hombres públicos (1). Así vemos que de ordinario le representan sin barbas, á pesar de los pasajes VIII, XI y XIII, que he aducido al propósito de demostrar que las tenía, y sin atender á que no cuenta Cide Hamete que se las afeitara siendo natural le crecieran (2).

---

jote y el marqués de Spínola), uno y otro pícaros, móustruos y maleantes: el bobo de Coria, Esopo, Menipo, las Meninas; etc.; Sancho, Maritornes, Rinconete y Cortadillo, etc. Para pintar á don Quijote hay que estudiar tanto como á Cervantes, á Velázquez.

(1) Se hacen caricaturas de caricaturas de ellos, hasta que de tal modo se borra el modelo, que no queda parecido alguno; se forma el tipo tradicional y nadie vuelve á estudiarlo del natural. Y en lo moral pasa lo mismo: el mito ahoga al personaje mortal, y aun obra sobre este mismo compeliéndole á hacer esto ó lo otro.

(2) A tal punto llega la incuria en desatender la letra, que en los grabados con que D. J. Rivelles ilustró la edición de la Academia de 1819, donde dice el texto que Sancho y Cardenio se asieron de las barbas (parte I, cap. XXIV, línea 11 de la pág. 285 del tomo I) pinta á uno y otro sin ellas. Error gravísimo y tanto más funesto al arte cuanto más extendido está, es el de pintar sin barbas á Sancho. Prueba evidente del error es que su amo le encargaba se las rapara por tenerlas «espesas, aborrascadas y mal puestas», advirtiéndole que si no se rapaba á navaja cada dos días por lo menos, á tiro de escopeta se le echaría de ver lo que era (P. I, cap. XXI), y recias debían de ser cuando á los tres días de haber salido de la aldea, que, en buena filosofía, es de suponer saliese afeitado, al encontrarse con las labradoras del Toboso y porfiar que era Dulcinea, dijo: «Vive el Señor que me pele estas barbas si tal fuere verdad» (P. II, cap. X). Que no obedeció á su amo en lo de raparse cada dos días lo prueban los varios pasajes que podría señalar uno por uno á los curiosos documentistas aficionados á la hechología.

Para rellenar un poco más este ensayo no vendría mal un estudio analítico de la fisonomía de Don Quijote, tal cual aparece en el texto cidehametesco.

Se vería, entre otras curiosidades, cómo Don Quijote concuerda con Lavater en cuanto al significado de la mano, y cómo este tierno y candoroso fisonomista halló que las narices quijotescas revelan naturalezas impetuosas y aferradas á sus ideas. Mas espero que el más descontentadizo documentista quede satisfecho de mi diligencia y de la escrupulosidad de mis investigaciones hechológicas, sin tal análisis de añadidura. No es menester menos cuando se trata de sugerir verdad tan verdadera, pero al parecer tan desatinada y absurda, como la de la existencia real y efectiva, real por ser ideal, efectiva por operativa, del Caballero de la Triste Figura, ni es menester menos cuando se cree que, á pesar de la hechologia toda, no hay hecho insignificante, sino que todos son misteriosos y milagrosos.

Aún queda una última cuestión, la de mayor oportunidad, y es esta: el pintar á Don Quijote quijotescamente, *en buena filosofía*, como símbolo vivo de lo superior del alma castellana, ¿es empresa de pintor español actual?

Dejo este problema al lector.

MIGUEL DE UNAMUNO.

RECETAS PARA HACER ORO

NOTAS DE ALQUIMIA

¡Madre ilustre del Sol, de quien el oro
Es rico emblema! Por honrarte, ¡oh Thea!
Lo estima el hombre más que otro tesoro
Y oro y más oro conquistar desea.
(PINDARO, *Oda V de las Istmicas*. Traducción del Sr. Montes de Oca, Biblioteca Clásica, t. LVII, pág. 289).

No siempre hemos de entretener nuestra actividad en cosas nuevas, consagrando por entero todas sus energías á investigaciones en campos no explorados é invirtiendo todo el trabajo en inquirir mayores hechos, cuyo conocimiento ha de ensanchar todavía los ya dilatados horizontes de las ciencias naturales. Mirando sólo hacia adelante, fija la vista en el camino que falta por recorrer en la conquista de una verdad, cuyos resplandores apenas se vislumbran, ofrecida como hermoso premio á la penosa labor de quien pone alma y vida, todas sus fuerzas y todos sus afanes en llegar á ella, no paramos mientes en los orígenes de las actuales conquistas, realizadas merced á la aplicación de muy perfeccionados métodos experimentales, ni en la mayoría de los casos buscamos el antecedente de nuestro saber actual y de aquellas famosas industrias cuya prosperidad y adelanto son gala y adorno del siglo en que vivimos y su más esencial distintivo y principal característica. Contemplando un árbol gigantesco de

espléndido ramaje, examinando un animal superior en la escala zoológica ó estudiando el conjunto y apariencia de una masa enorme de rocas, bien pocas veces retrotraemos el pensamiento á la semilla diminuta principio del árbol, al germen en cuya pequeñez conteníase el desarrollo completo del animal, en admirable serie evolutiva, ó á los elementos primordiales, base y fundamento de la pétrea masa, fabricada acaso con despojos de seres cuya vida no tuvo otro objeto sino el de labrarse una cubierta dura y resistente, para ser depositada en la tierra, constituyendo el nucleo de la roca caliza, de cuyas metamorfosis, por ignorados mecanismos realizadas, procede el duro mármol. Así, en presencia del prodigioso desenvolvimiento de la industria y ante los soberanos progresos de la Química, realizados en menos de cien años, cuesta mucho esfuerzo pensar cómo los orígenes de tan grande adelanto, en particular tratándose de los metales y de su beneficio, están precisamente en aquellas singulares recetas de antiquísimos alquimistas, cuyas excelencias, para conseguir la transmutación práctica de los cuerpos, preconizaron en laberíntica prosa y enmarañados versos, y admitir el abolengo de nuestras modernas teorías, radicando en sus tan sutiles conceptos respecto de la unidad substancial de la materia y la constancia y permanencia de la fuerza.

Reporta indudables y positivas ventajas para los adelantamientos actuales el conocimiento de los antecedentes científicos más ó menos fundamentados, tenidos como ciertos y aun aquellos mismos reputados por dudosos y mal determinados; pues si cada hecho, en cualesquiera orden, genera ineludiblemente el que le sigue, tratándose de los fenómenos naturales, la dependencia es, si se quiere, más íntima y estrecha, muy próximas las relaciones de parentesco y los enlaces seguros, radicando en la propia esencia de las cosas, conforme lo pide la ley de solidaridad, patente en todas las manifestaciones de las energías de la Naturaleza. De ahí la necesidad de inquirir los orígenes de su conocimiento y la utilidad reportada, desde el punto de vista de las puras especulaciones, como atendien-

do á los fines prácticos de aplicación de la ciencia, con el estudio del desarrollo histórico de doctrinas transcendentales, métodos de experimentación, ahora muy generales y adelantados, y sistemas científicos, cuyos fundamentos tienen no pocas veces el carácter de antiguas leyendas, mitos religiosos ó tradiciones casi siempre gnósticas, nacidas como inmediata consecuencia y obligado comentario de operaciones curiosísimas y de experimentos singulares, interpretados de ordinario en el sentido de lo más misterioso y sublime que era dado hacer al ferviente adepto de la piedra filosofal, iniciado en las prácticas del Arte y poseedor de la clave que permitía penetrar en el más elevado sentido de la Crisopea, y descifrar las pretenciosas y enigmáticas sentencias y comprender el significado oculto en las palabras de los más sublimes maestros; porque, si vistas á la luz de las actuales doctrinas científicas y examinadas con el criterio ahora dominante, las teorías, las interpretaciones de fenómenos y la propia tendencia práctica, en cuanto á la transmutación de unos cuerpos en otros, hasta dar con la forma substancial primitiva de la materia, de la cual todas derivarían, vienen á tierra y no se advierten en ellas aquellos caracteres de sólido fundamento, propios de cuanto se apoya en la realidad misma de las cosas observadas é investigadas, los hechos, como tales hechos, permanecen, y con razón, descartando cuanto en ellos puso la fantasía de los intérpretes y añadió el ambicioso deseo de los que afirmaban haber convertido el estaño en oro, son tenidos por fundamento de varias industrias: la del beneficio de los metales usuales, la del vidrio y la de ciertas tinturas de piedras y telas, principalmente. Por eso es menester distinguir, cuando de la antigua Alquimia trátase, las tendencias y procedimientos, poniendo de un lado las doctrinas y teorías traídas de viejísimas tradiciones, y de otra los hechos y las maneras prácticas de investigarlos, con todo el cortejo de recetas cuyas excelencias se pregonaban para darles mayor precio y cuyos méritos encarecíanse diputándolas por muy experimentadas y en todos los casos eficacísimas.

En torno de la leyenda del oro, formando su espléndido acompañamiento, agrupáronse, sin orden aparente, prácticas y doctrinas de respetable antigüedad, y su objeto constituye todo el contenido de la vieja Alquimia, ni tan rica en lo que hace al fondo de una ciencia para considerarla tal, ni tan escasa de hechos para tenerla como conjunto de patrañas enteramente desprovistas de toda realidad positiva; antes al contrario, aun en las más estupendas y descaminadas recetas para hacer oro sin oro, no menos que en las ingeniosas falsificaciones, á veces con tan raro primor ejecutadas, que hicieron pasar por piedras preciosas vidrios teñidos con variadas substancias metálicas, se encuentra algo útil y es cuanto tiene en las operaciones carácter práctico y de aplicaciones inmediatas; lo sin motivo desdeñado y tenido por cosa de poco momento, es lo conservado de la obra de los alquimistas, sirviendo de fundamental antecedente de nuestras grandes industrias modernas. Depurar aquel sentido práctico de los errores de interpretación, á la continua mezclados con sus resultados inmediatos, poner en claro lo verdaderamente útil, bien pensado y ejecutado ó llevado á cabo con exquisitos cuidados y notables aciertos, á pesar del fárrago de invocaciones, fórmulas y cábalas sólo aplicables, la mayoría de las veces, para encubrir y complicar procedimientos cuyo origen encontramos en sencillísimos principios; separar el trigo de la cizaña, eligiendo en cada caso determinado lo positivamente cierto, á semejanza del conocimiento de ciertos metales y de sus ligas y amalgamas, desechando toda aquella fábula de tradicionales embustes, los cuales pasaron como artículo de fe entre gentes de buena voluntad, que á pies juntillas creían alquimistas prácticos y muy duchos en el arte, que practicaban con sin igual pericia, á Aristóteles y Moisés, cuyos nombres fueron bandera para cubrir la averiada mercancía de torpes falsificadores, de aquellos cuyas pretensiones llegaban hasta querer imitar el oro sin ser conocido de los artífices encargados de trabajarlo y no tenían inconveniente en pasar como incontrovertibles las mentiras del judío

Tárraga, mallorquín, el cual, en los tiempos medioevales, tomando el nombre glorioso de Ramón Lull engañaba al mundo en prosa y verso, diciendo haber convertido metales en oro, para solaz y provecho del mismísimo rey de Inglaterra, ó escribiendo las famosas *cobles de l'art de la alquimia, de la qual art feu un libre apellat de la Quinta essencia*, bien distintas de aquellas soberanas rimas de *El Desconort*, en las cuales puso su alma entera de verdadero poeta el iluminado doctor; extraer de la balumba de documentos auténticos y apócrifos, mitad filosóficos mitad prácticos, cuyo contenido no pocas veces se da la mano con artes de magia, hechicería y nigromancia, cuanto encierran útil y provechoso para la historia de las ciencias, es ahora objeto de minuciosas y pacientes investigaciones, hechas sobre los mismos textos originales, con ánimo de esclarecer determinados problemas de tanta monta como la antigüedad del conocimiento y aplicación de algunos metales curiosos.

Antes de entrar de lleno en el asunto objeto del presente estudio, comentando las más acreditadas recetas para hacer oro y dando á conocer algunas, transformadas de puro practicarse en verdaderos procedimientos metalúrgicos, apropiados al beneficio de los *placeres* auríferos y muy usados en España, tierra poco fértil para alquimistas, brujos y astrólogos, preciso será tratar de poner al lector en antecedentes, haciéndole conocer ciertos pormenores relativos á la historia del llamado rey de los metales, primordial objeto de las especulaciones de la Alquimia en todos los tiempos, aún en los actuales, pues no falta quien sostiene, con más arte que fortuna, en ingeniosísimo libro hace muy pocos años publicado, haber conseguido la transmutación de la plata en oro, por cierto con mayores razones que las empleadas para defender la conversión del hierro en cobre, las cuales adujo D. Francisco de Tejada, fundándose en aparentes resultados experimentales, en el discurso acerca de la posibilidad de la Alquimia, añadido, como ilustración y comentario, al libro de Ireneo Filaleta, titulado *El Mayor Tesoro,* al ponerlo en lengua castellana

bastante desdichadamente, cuando alboreaban los principios de la Química moderna, en tan feliz hora inaugurados con el descubrimiento del oxígeno y al punto aclimatados entre nosotros, conforme lo acreditan, entre otros meritísimos trabajos, el estudio que hizo el Sr. Gutiérrez Bueno referente á la nueva nomenclatura, los experimentos acerca de la combustión, en los cuales continuó Martí la obra que Lavoisier comenzara y la celebrada Memoria donde D. Domingo García Fernández dejó consignadas sus observaciones y puntualizados sus minuciosos análisis y ensayos de los salitres asturianos, desde el punto de vista de su adecuado empleo y buenas aplicaciones para fabricar excelente pólvora de guerra en las pirotecnias españolas, objeto de tantos y tan solícitos cuidados en la segunda mitad de la pasada centuria y en los comienzos de la presente. Recuérdanse además en la historia del oro, los gloriosos precedentes de la ciencia actual, y pónense de manifiesto los comienzos de aquellas industrias metalúrgicas, cuyo conocimiento fué el primero en sistematizar, reduciéndolo á principios científicos, el clérigo español Alvaro Alonso Barba en su celebrada obra del *Arte de los Metales*, famoso libro vertido á todos los idiomas y cuyas doctrinas guiaron por mucho tiempo á los prácticos en el beneficio y explotación de minas, siendo norte y apoyo de los adeptos y partidarios de las transmutaciones metálicas; pues el sabio autor de tan peregrino Tratado parecía rechazar la inmutabilidad de las substancias inorgánicas, piedras y metales, únicas cosas no sujetas á transformaciones, ni dotadas de la condición reproductora inherente á cuanto existe, constituyendo, en sentir de muchos, algo como un esbozo de teoría novísima de la evolución de la materia, ahora tan admitida y desarrollada, en forma no muy diferente de la que incidentalmente estableció el autor del método de cazo para el beneficio de la plata por azogue.

Inquiriendo los orígenes de las doctrinas y prácticas de la vieja Alquimia, las cuales ó tienen por objeto la investigación

del oro ó fúndanse en sus cualidades y excelencias, reales unas veces y otras supuestas, pronto se advierte cómo se relacionan, de manera directa é inmediata, con los procedimientos metalúrgicos más antiguos, de los cuales tenemos noticia. De modo que la Alquimia y el conjunto de todas las leyendas del oro, su obligado é imprescindible acompañante, es cosa práctica en sus comienzos y deriva de primitivas industrias, base de modernísimos y adelantados puestos muy en uso para el beneficio de los metales calificados de preciosos y del oro especialmente; así á lo menos parecen demostrarlo, no las doctrinas filosóficas respecto de la unidad substancial de la materia, ni las cabalísticas excelencias de ciertos números y combinaciones numéricas, ni aun su relación con planetas y metales, formados mediante su directo y soberano influjo en los senos de la tierra; sino las prácticas metalúrgicas hasta nosotros llegadas, en no interrumpida serie de tradiciones ó por escritos de incuestionable autenticidad, cuando no por los restos de singulares laboratorios ó de antiquísimas explotaciones mineras, practicadas conforme á principios muy racionales, que consentían el beneficio y aprovechamiento de muchos minerales metálicos, empleando en ello ingeniosos artificios, los cuales hubieron de servir de argumento práctico para demostrar la posibilidad de la transmutación y aun para llegar á realizarla, si bien quedándose en el cobre, tomando el hierro como punto de partida. Puede constituirse así todo un conjunto de métodos para extraer el oro de la tierra, aprovechando en particular el arrastrado por las arenas de los ríos y el de aluviones y placeres, y al propio tiempo las mismas operaciones de la naciente metalurgia, usando el mercurio ó empleando el plomo, cuyos cuerpos habían de ser diputados más tarde como los mejores agentes de transmutación, dotados de tales preeminencias y virtudes, que sin ellos no era posible la más soberana y magnífica obra del arte magno de la Alquimia, son base y fundamento de las doctrinas menos positivas, de aquellas quimeras y fantasías teóricas, las cuales dábanse

la mano con antiguos mitos, tenían su abolengo oriental, habían adquirido ciertos caracteres semirreligiosos, pasando por ciertas filosofías, y allá en las decadencias de la cultura helénica tuvieron sus puntas y ribetes artísticos, como si al volver, en posteriores civilizaciones, á su primitivo objeto industrial y práctico, quisieran las teorías de la Alquimia presentar toda aquella pura idealidad de las grandes creaciones artísticas, imaginando la evolución de la materia ataviada con las galas y hermosuras de la más soberana y admirable poesía, expresada en sonoras estrofas.

Haberse encontrado el oro tan profusamente repartido en la Naturaleza, nunca en grandes cantidades, á no ser por excepción y notable singularidad, fué causa de una primitiva creencia respecto de su origen; formáralo el Sol en el interior de la tierra, merced á soberano trabajo de sus energías y mediante la influencia de sus vivificantes rayos, de los cuales algo había en el preciado metal, pues de ellos había tomado color y brillo, el poder de resistencia al fuego sin alterarse ni fundirse, la facilidad para ceder al martillo sin romperse, la potencia de ligarse á la plata y al azogue, y todo aquel conjunto de cualidades que fueron parte á hacerlo el rey de los metales, lo más cercano de la substancia primitiva, origen de todas las cosas y uno de los cuerpos más susceptibles de aplicaciones inmediatas. Este su origen, marcado por la decisiva influencia que en él tuviera el mayor de los planetas, y aquél que fué considerado centro de toda vida, hizo del oro algo como metal divino, tan digno de veneración y respeto, cuanto eran consideradas sagradas las tierras donde aparecía y tenido por presente de los dioses; los *valles del oro* no se cultivaban, y ni el arado ni otra herramienta abrían el surco para depositar semillas de ninguna clase. Terrenos consagrados, gracias á la presencia del oro, aluviones y lechos de desviados ríos, fueron objeto de antiquísimas explotaciones; nadie era osado á cultivarlos, temeroso de que, profanada la tierra, no siguiera convirtiéndose en oro; pues fué creencia firmísima,

sostenida hasta bien entrada la Edad Moderna, y cuando el Renacimiento estaba en todo su esplendor, la de que los metales estaban en continuo período de formación, no siendo sus criaderos y filones sino depósitos renovables á medida que de ellos se extraía materia beneficiable; porque es de advertir cómo á lo inorgánico atribuíanse las cualidades reproductivas peculiares de los seres organizados, y de ahí vino pensar, con referencia al oro, hallado casi en la superficie de la tierra, en su creación no interrumpida un punto desde que los rayos del sol cayeron sobre las tierras privilegiadas y elegidas por los dioses para realizar en ellas la mayor maravilla, produciendo oro purisimo de arenas siliceas y testimoniando con tal hecho el inmenso poder de la influencia de aquellos planetas, sus más genuinos representantes y sus más perfectos símbolos. Sólo quedaba aprovechar aquel rico presente, la primitiva substancia conforme se dijo y admitió luego, sin perturbar con labores ni simientes, bastantes á profanar aquellas tierras, la obra soberana y el augusto trabajo del rey de los planetas, único capaz de producir, allá por misteriosas y nunca averiguadas operaciones, el rey de los metales, cuyo signo representativo en las simbólicas notaciones alquimistas es el mismo empleado para representar al sol como planeta y así vese en los manuscritos de mayor antigüedad hasta nosotros llegados.

Se encontraba el oro casi á flor de tierra; aprisionado unas veces en dura masa de cuarzo, constituyendo pepitas, de las cuales consérvanse algunas de singular tamaño y crecido peso y casi siempre diseminado en la arena de los placeres ó arrastrado por los ríos y depositado en su lecho. Descubríanlo los expertos y codiciosos, dándose á buscarlo con afán no igualado, siendo este el origen de las primeras explotaciones auríferas; guiaba á los buscadores de oro lo propio que ahora guía á los nuestros, el color y el brillo del metal, haciéndoles ver su experiencia en tal linaje de indagaciones, partículas muy pequeñas entre una gran masa de arena, en particular cuando, después de haber llovido, luce el sol brillante. Al decir de an-

tiquísimas leyendas, consignadas en el famoso poema Mahabarata, recogidas luego por Herodoto y de las cuales hízose eco Plinio, ciertas hormigas, notables por su ferocidad y tamaño, sobre toda ponderación voraces, con ánimos para acometer al hombre, que corría gran riesgo atacándolas, fueron grandes descubridoras de oro: refieren aquellas tradiciones cómo las tales hormigas dábanse maña para defender sus graneros, nidos y provisiones, construyendo ciertos montoncitos de arena, los cuales eran preservados de la destrucción por medio de un revestimiento que constituía especie de mosaico con raro primor ejecutado, trabado con cierta solidez, formado de pequeñísimos fragmentos de las más variadas materias encontradas en la arena, y entre ellas diminutos fragmentos de oro, extraídos en ocasiones desde cierta profundidad del terreno, y acarreados, luego de descubiertos, hasta la superficie en fuerza de inteligente trabajo; se comprende cómo el brillo del oro, desenterrado por las hormigas y colocado en las defensas y resguardos de sus graneros, pudo guiar en la explotación del tesoro, acumulado en la paciente labor del insecto, al cual la fábula dióle no menor tamaño de una zorra. No andaba la leyenda descaminada en sus fundamentos, porque en un curioso trabajo, todavía manuscrito, titulado *Historia Geográphica é Hidrográphica del Reino de Chile,* remitida en 1760 al Rey Cárlos III por su Gobernador y Capitán General D. Manuel Amat y Juinent, se traen á cuento insectos, *camarones* ó cangrejos de agua subterránea, muy hábiles para chupar el jugo y parte animal del barro, dejando inalterable la materia donde reside el oro; así enriquecían de ingeniosa manera los yacimientos, ahorrando al hombre la más pesada operación en el beneficio del codiciado metal. Este es otro aspecto de las tradiciones primitivas respecto del oro, fundamento de su historia, cuyos comienzos fórmanlos elementos legendarios variadísimos, los cuales deben tenerse en cuenta para justificar de alguna manera determinadas prácticas de la vieja Alquimia, cuya razón de ser hállase precisamente en las creencias y doc-

trinas, hijas legítimas de estas curiosas tradiciones, transmitidas con singular fidelidad de unos pueblos á otros.

Bien se entiende cómo el esfuerzo humano y los anhelos de explotar oro y más oro, fueron los principales factores para la invención de los primitivos procedimientos metalúrgicos: agotado el metal de la superficie, aprovechados los grandes fragmentos ó extraídas del cuarzo, con grandísima paciencia, por medio de arduo trabajo, las masas metálicas más aparentes y visibles, quedaba todavía mucho oro, brillando al sol, con sus amarillos reflejos, trasunto de los vivificantes rayos de aquel planeta, mediante cuyo directo y eficaz influjo críanse en los senos de la tierra. Veían el oro y no les era dable explotarlo, á causa de la insuperable dificultad de reunir materia tan dividida, dispersa y diseminada en grandes masas de arena. No bastaba, sino en contados casos, tenidos por excepciones, aprovechar el mayor peso específico del oro; lavaban grandísimas cantidades de arena, agitándola con agua en vasijas adecuadas, decantando el líquido aún enturbiado, separando de tal suerte las partes más leves, para lograr enriquecer la masa restante; así lograban separar los fragmentos de cierto tamaño, no mayores que una lentejuela, y en ciertos casos cilíndricos ó cilindroides, como pajitas delgadas; pero cuando se conseguía una arena finísima en cuya masa había oro en extremado grado de división, el lavado era insuficiente y la separación del metal, aislándolo puro de la materia no metálica, su obligada acompañante, era cosa totalmente imposible, cuando ménos empleando los primitivos y groseros procedimientos mecánicos, escogiendo el oro con la mano ó usando toscas pinzas, insuficientes para aprisionar las partículas diminutas. Entonces el ingenio humano, excitado por la codicia, afanoso de atesorar oro, conforme dice el poeta, tanto por utilizarlo como para aliviar á la misma tierra del peso del metal, dejándola libre para que el padre Sol generase en ella nuevos tesoros, púsose en verdadera tortura, dióse á las más peregrinas invenciones, no tuvo punto de reposo, pidió auxilio á las observaciones he-

chas, inquirió nuevas propiedades del oro, y en fuerza de experimentos y ensayos, muchas veces infructuosos, probando los medios sugeridos por su inventiva al propio tiempo que, sin quererlo acaso, ponía las bases del sistema de relaciones entre las propiedades de los metales, ahora tan completas y esclarecidas, inventaba sistemas positivos, ciertos, segurísimos, de reunir el oro contenido en las arenas lavadas sin esfuerzo alguno corporal y, de tal suerte, que no resultaba luego el cuerpo dividido en fragmentos pequeñísimos, sino en masa dispuesta para labores industriales. Fué este un gran triunfo de la naciente metalurgia, por tratarse del cuerpo cuyas excelencias residen en su inalterabilidad al fuego y en la docilidad al martillo que consentía su trabajo perfecto; al propio tiempo el vencimiento de tamaña dificultad de modo práctico, es el comienzo de toda la doctrina alquimista, cuyas operaciones, prácticas y recetas, constituyen, en definitiva, otras tantas variantes de la verdadera industria del oro ó de sus falsificaciones.

Dos curiosos metales eran conocidos á la par del oro: uno de ellos brotaba como chorro de líquida plata cuando el tosco instrumento de hierro, por vigoroso brazo manejado, rompía alguna bolsada formada en una singular piedra de color rojizo ó encarnado; servía á las mujeres la tal piedra, y aun sirve ahora, para fingir labios bermejos y carmíneas mejillas, conforme, desde remota antigüedad, aprovechaba el negro *Stibium* para simular, pintándose ojeras, ojos grandes y hermosos; sabían los más duchos en achaques de metales cómo calentándola sola, con hierro ó con cal, y recogiendo los humos de ella desprendidos, lograban el *argento vivo*, aquel metal líquido, brillante como la plata, formado por obra é influjo del planeta Mercurio, á quien lo consagran alquimistas griegos, romanos y medioevales, dándole todo linaje de virtudes y teniéndolo por disolvente universal de las substancias metálicas. Otro metal, no tan pesado como el argento vivo, aunque no es ciertamente leve, poseía cualidades bien notables: de color agrisado bastante obscuro, carente de brillo ó si en superficie nueva te-

níalo, lo perdía pronto; blando hasta poder ser rayado con la uña; nada resistente al martillo; sin tenacidad alguna, liquidable por el fuego no muy vivo, para tornarse luego en una suerte de cal metálica amarilla, no ya sólo fusible, sino volatilizable si el calor era suficiente; encontrábase unido á la plata en una piedra obscura, con partes dotadas de brillo, útil para barnizar y hacer impermeables las vasijas de barro: era el plomo dedicado al planeta Saturno, en fuerza de buscar semejanzas entre la luz agrisada del planeta y el obscuro brillo y color del metal, generado en la tierra mediante el poder é influjo de aquel astro tan poco visible y aparente á simple vista. Estos dos metales fueron cabalmente, y lo son todavía en ciertos métodos, los cuerpos primeros utilizados para el beneficio del oro, reuniendo y extrayendo el metal contenido en una masa, no muy grande, de arena enriquecida, mediante las pasadas operaciones de un larguísimo lavado, cuyo objeto fué separar las porciones menos densas, haciendo que el oro, como más pesado, vaya quedando á cada punto con menos arena en el fondo de las vasijas donde el lavado se practica. Conviene advertir que el método no ha caído en olvido absoluto; no sólo actualmente es fundamento de los tratamientos en determinados placeres y arenas auríferas, sino que, al pie de la letra, tal como aparece descrito en una receta, la más antigua de las conocidas respecto de la metalurgia del oro, ejecútase en las inmediaciones de algunos ríos famosos por el oro de sus arenas, constituyendo una pequeña industria, intermitente y bien poco lucrativa, aunque se trata de materia de mucho precio y valor; mas cuya extracción, en las condiciones dichas, no paga ni recompensa, sino de modo harto mezquino, el trabajo empleado en lavar grandes cantidades de arena, de la cual muchas veces ni siquiera la menor partícula de oro llega á obtenerse.

Grande debió ser el asombro del primero que puso juntos y en contacto el oro y el mercurio, viendo cómo el primero desaparecía difundiéndose en la masa del segundo, y no debió

ser menor el de los que observaron primeramente cómo la piedra metálica rica en plata, y conteniendo plomo, calentada al aire con mucho fuego, iba reduciéndose y concluía dejando puro, brillante y blanquísimo aquel metal, símbolo de la luna, á cuyo influjo debiera su formación en el interior de una masa de plomo, acaso por admirable transmutación de éste, susceptible, al decir de los primitivos alquimistas, de grandes y muy varias perfecciones, bastantes á darle brillo, color, resistencia, y cuantas cualidades hacen más estimables los metales superiores. Tuvieron, pues, consignados dos hechos de la mayor importancia: la excelencia del mercurio para reunir el oro disperso y diseminado en las arenas lavadas y enriquecidas, y la eficacia del fuego para separar el plomo de la plata en los minerales que contienen ambos cuerpos. De otra parte, el mismo plomo fundido era apto y podía emplearse en la propia operación de reunir oro muy diseminado ó fraccionado en partículas de extremada pequeñez, y se consiguieron, mediante tales artificios, ó un líquido metálico, blanco, argentino, que era el mercurio del oro, conforme se decía en el lenguaje de los alquimistas de la Edad Media, ó un plomo de oro: el plomo llamado de obra en los métodos modernos de copelación del oro y de la plata; sólo faltaba eliminar los metales auxiliares; suprimir, primero, la liquidez del vivo argento que había disuelto oro, lo cual lográbase pasando la amalgama por un lienzo tupido, y quitar el plomo de la aleación en el segundo caso, para lo cual aprovechaba el fuego, gracias á la cualidad de este mismo plomo, en cuya virtud primero, oxídase y luego el óxido se volatiliza, dejando puros el oro ó la plata que retenía. Pronto se llegaba de la amalgama sólida, blanda, blanca y dotada de bien marcadas cualidades metálicas, al oro puro y el calor, grande agente de todo linaje de metamorfosis, encargábase de ello, separando el mercurio, gracias á su volatilidad, quedando por todo residuo el oro indestructible y no modificado en manera alguna al más vivo fuego, el cual tanto le purifica y aquilata, cuanto es más intenso y continuado,

ya sea al aire, ya se opere en crisol. De estos dos métodos de beneficio del oro, por azogue y por plomo, tan prácticos y elementales, transmitidos hasta nuestros tiempos, perfeccionados grandemente, derivan todas las doctrinas, teorías y prácticas de la Alquimia: el arte de transmutar y perfeccionar los metales y aquella multitud de recetas para hacer oro sin oro, de tal precio y con tanta suma de ciencia, que ni aún los mismos obreros encargados de trabajarlo y ponerlo en obra podían conocer el fraude.

Para demostrar cómo tal ha sido el comienzo del beneficio del oro, cuyos procedimientos llegan hasta la época presente, conviene recordar el más antiguo texto conservado acerca del particular, dado á conocer por Berthelot en su magna *Colección de Alquimistas griegos*, en la cual pone el texto de las obras auténticas, en su mayor parte manuscritas, acompañado de excelente y fidelísima traducción, ilustrada con los más eruditos comentarios y aumentada con notas de sumo interés para la historia de la Química. Así dice esta singular receta, la cual parece como la regla, seguida al pié de la letra, hoy mismo por las mujeres que buscan oro en las orillas de algunos ríos, el Sil especialmente: «coge la tierra de las orillas del río de Egipto, que arrastra oro, y amásala con un poco de salvado. Después de haber hecho una pasta, forma de ella pequeñas tortas, sécalas al sol, ponlas en una marmita nueva y haz fuego debajo. Remueve con instrumento ó pala de hierro hasta ver que todo está cocido y semejante á ceniza negra. Toma un puñado de esta materia, échalo en una vasija de barro, añade mercurio, agita metódicamente con la mano, añade una medida y lava con precaución hasta llegar al mercurio. Colócalo en un lienzo, aprieta con cuidado hasta el agotamiento; desenvolviendo el lienzo hallarás la parte sólida. Haz una bolita y pónla sobre un plato nuevo, en una cavidad practicada en su medio; recubre de nuevo la marmita, adhiriéndola al plato; calienta con fuego de llama de madera seca ó de estiércol de vacas, hasta que el fondo del plato arda. Ten agua cerca,

para rociar la preparación con una esponja, cuidando de no derramar agua sobre el plato. Después de verlo ardiendo, quítalo del fuego: descubriéndolo encontrarás lo que buscas.» La receta, conforme antes se dijo, no es uno de aquellos métodos tan preconizados y ensalzados en los libros de Alquimia, ya para fabricar el oro, ya para añadir á los metales vulgares y corrientes una tan excelente materia que al punto convertíalos en oro purísimo, variando enteramente su propia constitución, quitándoles unas propiedades y dándoles otras, para lo cual se admitía muy escasa ó ninguna dependencia entre la materia de los cuerpos y sus cualidades, dando á éstas existencia cierta y positiva fuera de ellos y pudiendo ser aisladas y transportadas de unos en otros; constituye, empero, un método práctico y racional fundado en las mismas propiedades del mercurio, y en su capacidad para disolver en frío el oro y la plata, formando ligas ó amalgamas disociables empleando el fuego, eliminándose el azogue como volátil. En cuanto al plomo, era quizá más propio y adecuado para reunir y aprovechar el oro procedente de alhajas y bordados, si bien los transmutadores y adeptos de la piedra filosofal dábanle raras virtudes y hacíanle propio para convertir en oro cuantos metales con él fuesen en contacto, mediante fusión, y á ello refiérense ciertas prescripciones contenidas en el nunca bastante ponderado *Libro del Tesoro.*

Fácil cosa es indicar, siguiendo muy por encima la historia de la Alquimia, la transformación de estos métodos prácticos y procedimientos metalúrgicos rudimentarios, en las más absurdas doctrinas respecto del origen de los metales ó en materia fundamental de procedimientos rarísimos y singulares, los cuales conferían á los expertos excrutadores del Arte el poder de transformar, á la vista, la substancia mediante contacto de plomo ó azogue, y después de innovaciones peregrinas, sólo conocidas de los bien iniciados en los secretos de las operaciones. Vale decir, como añadido, que no sólo han servido los procedimientos tantas veces nombrados para fraguar hipótesis y

teorías ó inventar los medios más peregrinos destinados á hacer oro; valieron, además, de punto de partida á falsificaciones y fraudes de metales preciosos y piedras finas, con raro primor coloridas, y fueron origen de aquella famosa reduplicación del oro, gracias á la cual era dable, y á veces permitiéndolo pragmáticas y cédulas reales, hacer de una moneda antigua dos lo menos, considerándose lícito rebajar la ley del metal agregándole cobre. De esta manera podemos clasificar las recetas para hacer oro en tres categorías principales, agrupando en la primera las que llamaremos especulativas, aun cuando sólo aprovechan para formular y establecer los principios de la doctrina transmutatoria, fundada en un concepto de la materia ni tan erroneo como á primera vista parece, ni tan apartado y distante de nuestras novísimas ideas respecto de la evolución de la substancia; en la segunda colócanse las recetas prácticas, relativas á operaciones á cuyo término había de encontrarse el oro por virtud de una serie de metamorfosis, dispuestas conforme á la voluntad del operador, cuando se ajustaba á reglas fijas; constituyen la parte de investigación experimental de la Alquimia, y entre el fárrago imposible de multitud de ridiculeces y tonterías, descúbrense de vez en cuando, y con bastante frecuencia, verdaderos métodos para el beneficio de metales, base, origen y precedente de industrias ahora grandemente adelantadas y prósperas; correspondiendo á la última categoría las falsificaciones propiamente dichas, los fraudes del oro y de las piedras preciosas, que tanto hicieron adelantar las industrias y artes de fabricar vidrios coloridos, ó los de ciertas aleaciones, cuyo color imita el del oro y cuyas propiedades hacíanlas aptas para diversas y muy variadas transformaciones; el arte de dorar maderas y de poner letras de oro como iniciales en libros de lujo, deriva de ciertos procedimientos alquimistas ya muy antiguos y su gran adelanto y prosperidad, cuando se iluminaban códices, viene de las imitaciones de aquellos oros magníficos conseguidos por receta é imitados de tal suerte, que aun al cabo de muchísimo tiempo, es

dificilísimo conocer el fraude sin destruir la pintura; pues la perfección en falsificar lo que se denominaba tintura de oro llegaba á engañar á los mismos artífices que la empleaban á diario.

Toda la doctrina alquimista, relativa á la transmutación metálica, arranca de un concepto de la materia, el cual aparece ya expresado y sostenido en los más famosos escritos de los alquimistas griegos hasta nosotros llegados, y cuyo alcance es menester descifrar interpretando frases obscuras y simbólico lenguaje; pues ha sido propio de la Alquimia en todos los tiempos la poca claridad en la expresión de la idea y aun describiendo operaciones, á fin de que sólo fuese entendida por los iniciados en los admirables secretos de las fórmulas del arte. El concepto más trascendental, la idea madre informadora de los métodos y de las teorías, hállase comprendida en la noción del *Mercurio de los filósofos*, el cual servía para explicar la unidad y las transformaciones de la materia, siendo al propio tiempo norte y guía para llevarlas á cabo en la práctica: derivaba de los idealismos poéticos más absurdos, tenía sus puntas y ribetes míticos heredados de filosofías orientales, participaba del carácter místico de la mayoría de las doctrinas alquimistas, no le faltaba la nota simbólica, conservada durante toda la Edad Media, y además parecía apoyada en hechos ciertos y seguros, creyéndose tal doctrina lógica consecuencia de las operaciones practicadas, resultado de experimentos encaminados, conforme decían los alquimistas, á destruir la materia, á transformarla, operando en ella los cambios apetecidos «por sólo causas materiales, sin apelar á encantamientos ni usar fórmulas secretas». Consideraban el mercurio de los filósofos como la primera materia de todos los metales, con la cual era dado formarlos: que la idea no estaba desprovista de ciertos fundamentos, mirando sólo la apariencia de los fenómenos ó atendiendo á lo externo de los cambios llevados á efecto en las operaciones practicadas, es cosa fuera de duda: la propiedad reconocida en todos los cuerpos, en cuya virtud

líganse con el mercurio, establece dos géneros de relaciones, una entre todos los metales, la otra de ellos con el mercurio; y así pensaban que cada metal tenía su mercurio particular, el cual, no sólo era parte principal é indispensable para convertirlo en oro, sino que valía al propio tiempo, cuando era menester despojarlo de alguna de sus cualidades; por eso en todas las recetas de fabricar el oro aparece siempre la amalgama metálica como intermedio obligado de la más sublime operación de la Alquimia. Era, pues, ésta la base de la doctrina: no se consigue el oro, diputado por el sumo bien terrestre, sino de cuerpos análogos ó congéneres, sujetos á transformaciones y cambios, sólo diferentes mediante alguna cualidad propia suya, la cual es menester quitarles; eliminándola y convirtiéndolos en esta maravillosa primera materia, apta para todo linaje de cambios, trataban, pues, de hallar una forma de la materia tan dócil, tan propicia á las metamorfosis, que se amoldaba á ellas según la volundad del operador dueño de aquel inestimable tesoro, cuya posesión solicitábase en todas las operaciones de los laboratorios de Alquimia.

Y, sin embargo, con ser el mercurio de cada metal, ó sea su amalgama, cosa indispensable para llegar á perfeccionarlo, el paso directo á la conversión inmediata del azogue en oro fué siempre tenido como imposible. Había en el mercurio tres géneros de impurezas que á ello se oponían; su liquidez, en primer término, símbolo y representante del elemento fluído ó especie de agua, la cual era causa del estado natural de tan maravilloso cuerpo, cuyo mismo fluído prestábase á maravilla para manejarlo en todo linaje de operaciones; viene luego el elemento llamado aéreo, ó, conforme hoy decimos, la cualidad de ser volátil, debida, en sentir de los alquimistas, á haber tomado algo del aire, de la cual era necesario privarle, fijándolo, á saber, impidiéndole volatilizarse mediante el fuego, y esto es del mayor interés, pues la *fijación* constituye parte esencial en todo el conjunto de cambios á los que han de somerse los cuerpos para convertirlos en oro; después es menester eliminar el

elemento terrestre, la escoria, sin lo cual la atenuación fuera cosa imposible, y esto indica que no manejaban mercurio puro, pues no dejaría residuo alguno, siendo completamente volátil. Privado el argento vivo de cuanto en él se contiene de grosero y añadido á su propia esencia, separado de él cuanto adquirió del aire, del agua y de la tierra, convertíase en el verdadero mercurio de los filósofos, materia apta para conseguir oro; sólo quedaba teñir con azufre ó con sulfuros metálicos y substancias capaces de arder en contacto del aire; las materias tintóreas minerales usadas para hacer oro y plata, constituían, en sentir de los alquimistas árabes, la tan celebrada piedra filosofal y el verdadero polvo de proyección, cuyas excelencias tanto se encomiaron en los tiempos medioevales. Aquí puede observarse cómo en el fondo de la doctrina, derivada, conforme se ha visto, de un antiquísimo procedimiento metalúrgico, palpita siempre aquella idea, ó mejor diríase tendencia, en cuya virtud llegase á dar realidad á las propiedades de los cuerpos fuera de ellos, teniéndolas por algo capaz de ser desligado de la propia substancia y llevadas de un metal en otro; según el mercurio hace desaparecer el grito del estaño ó reune el oro disperso, según el plomo de ciertos minerales se elimina por el fuego, convirtiéndose en cal metálica para atenuarse y fijarse en blanca, purísima é inalterable plata, en trasladar propiedades de un cuerpo á otro, lo cual implica en definitiva cambio de substancia y transformación, llevada á término pasando por el mercurio propio de cada metal y por el mercurio de los filósofos, consistía todo lo teórico de la Alquimia, y sus especulaciones no tenían otro fundamento, pues arrancaban de la unidad de la materia, representada en símbolo de la serpiente *ouroboros*, mordiéndose la cola y formando con su cuerpo una especie de anillo, para encerrar la famosa inscripción *el todo es uno*, principal lema de la Alquimia en la antigüedad.

Queriendo esclarecer cuanto de positivo hay en la doctrina expuesta, no tan desprovista de fundamento como á primera vista parece, deberán tenerse presentes dos órdenes de razones

bastante enlazadas entre sí, lógica consecuencia de los métodos prácticos y de carácter industrial, más arriba indicados. Cuando el codicioso metalurgista, buscador de oro, lograba obtener una amalgama, de la cual, eliminado mediante expresión el exceso de mercurio, encontraba un cuerpo sólido, cuyo peso reducíase por el fuego, quedando de residuo oro fijo y muy puro; cuando el mismo operador sometía á las propias acciones del calor, en una corriente de aire, en lo alto de las colinas, y colocados en cierta especie de brasero de gran superficie, los minerales de plomo argentífero, creía que parte del vivo argento adquiría las propiedades de oro y en oro convertíase, y pensaba del plomo, al desaparecer, que se concentraba su masa, y á virtud de algo semejante á condensación, trasmutábase en plata, conforme admitía el cambio del hierro en cobre, al ver desaparecer una barra del primero metida en disolución de sulfato cúprico, mientras el segundo se cementaba presentando sus particulares caracteres: de estos hechos deducía la transformación real y positiva de unos metales en otros, y de todos ellos en aquel que por más fijo, estable y permanente era considerado la primordial y perfecta forma de la materia. Al igual del oro tenían su mercurio ó amalgama el estaño y el plomo, y queriendo generalizar el método primitivo de beneficiar aquèl, calentábanse las respectivas ligas con el mercurio; mas no siendo oro el resíduo, creyose incompleta la operación y poco perfecta, y de ahí vino recomendar y prescribir el tinte del oro y de la plata por el azufre y el arsénico, más la fijación de propiedades, seguida de la atenuación de la materia, como medios eficaces de reproducir la obra del Sol, al generar sus actividades el metal que tiene su mismo brillo. Un hecho experimental, que constituyó el tipo de las recetas para hacer oro, llegado hasta nosotros y todavía practicado como método para obtener el bisulfuro de estaño, al cual, por ser blando y deleznable, llamaron los alquimistas *oro musivo*, apoyaba de manera decidida el procedimiento general de transmutar metales, probando cómo del estaño se consigue oro; aunque el resultado no sea la

materia perfecta y carezca de las condiciones propias del rey de los metales, pasa, no obstante, como el más feliz intento de transmutación metálica, atribuyéndose la falta de perfecciones á deficiencias de los procedimientos, á escasa habilidad de los operadores, ó á no haber entendido á derechas las prescripciones; también podía dimanar el error de no haber sabido descifrar las reglas contenidas en simbólicas expresiones ó dándoles interpretaciones equivocadas á estos mismos símbolos, lo cual traía aparejada la pena del mal éxito y el castigo de perder el trabajo invertido en las complicadas operaciones.

Muy poco difiere, en substancia, el método más puesto en práctica en los laboratorios á fin de obtener el bisulfuro de estaño, de lo que puede considerarse receta típica ó modelo de procedimiento para hacer oro sin oro: es punto de partida el estaño puro y pulverizado, y se comienza obteniendo su amalgama con sólo ponerlo en contacto del mercurio; la liga de los dos metales debe resultar líquida, sin conocerse ni diferenciarse en ella individualmente ninguno de los componentes; procédese luego al teñido en amarillo, empleando flor de azufre, cuya mezcla con la amalgama se logra fácilmente ayudándose con un poco de sal amoniaco, cuyo cuerpo desempeña importante papel en las ulteriores operaciones, reducidas á *fijación* más ó menos prolongada, quitando á la amalgama sus cualidades primitivas y poniéndole otras que convienen con las excelencias del oro. Llégase á tanto, conforme asegura el gran alquimista Geber, el cual parece había vivido en el siglo VIII de la Era, siendo mucha su fama y atribuyéndosele invenciones y descubrimientos de la mayor importancia, poniendo la mezcla en resistente vasija de vidrio y purificándola por fuego hasta que ésta comience á ablandarse; el elemento líquido piérdelo el mercurio al ser incorporado con el azufre y con la sal amoniaco, elimina el fuego el elemento aeriforme que lo impurificaba, y hácesele despojarse de su aire en forma de vapores blancos, los cuales salen al exterior por la estrecha boca del recipiente, marcando su terminación al fin

de la metamorfosis. En cuanto todo vapor ha desaparecido, sepárase del fuego y se deja enfriar lentamente; rompiendo la vasija, descúbrese primero una especie de torta formada de tres capas: las dos exteriores son negras y en ellas se contiene y concentra la escoria, constituida por el elemento terrestre del mercurio, del azufre y del estaño; la intermedia es una masa amarilla brillante como el oro, fabricada con partículas del tamaño de lentejuelas; la transformación era para los alquimistas indudable, aunque no perfecta en cuanto aquel oro tenía poco peso; aplastábase entre los dedos, á los cuales manchaba con polvillo dorado, y aunque parecía resistir la prueba del fuego, faltábanle concentración y dureza, aumento de peso, condiciones de maleabilidad, las cualidades del verdadero oro, en fin, y así hubieron de llamarle *oro musivo*, considerándolo materia imperfecta, tránsito obligado para llegar al codiciado metal, tomando el estaño como punto de partida y á su amalgama como primer momento de la transmutación. Unicamente quedaba ya *fijar* y *aumentar* el oro musivo, darle las cualidades de que carecía, las cuales añadidas á la brillantez y al color, no sólo conseguirían, convirtiéndolo en verdadero y purisímo oro, demostrar la posibilidad práctica del arte transmutatorio, sino que también darían realidad á la doctrina fundamental de la Alquimia, y en asunto ya más elevado, á las antiguas ideas formuladas respecto de la unidad de la materia en la indefinida variedad de sus apariencias.

Variantes de este procedimiento, ajustado al criterio de la Alquimia, establecido desde los adeptos griegos y seguido con pasmosa fidelidad hasta los últimos tiempos de semejante doctrina, son todas las recetas para hacer oro ó para mejor beneficiarlo, en particular tratándose de españoles, muy dados á la metalurgia y también á las falsificaciones, cosas ambas tradicionalmente conservadas y hasta engrandecidas en nuestra patria; las hay de todos estilos: unas disparatadas, enigmáticas y simbólicas, como la carta atribuida á D. Enrique

de Villena, el cual nunca fué alquimista, dirigida á aquellos veinte sabios cordobeses, los cuales consultábanle acerca de las operaciones relativas á la piedra filosofal, visto que ni separados ni juntos habían podido dar con ella; el obscurísimo libro del Tesoro ó del Candado, que dicen compuesto por don Alfonso *el Sabio*, cuyo monarca tampoco padeció de achaques alquimistas, viene á ser todo un procedimiento de hacer oro, explicado en intrincados versos, á fin de ser sólo entendido de los adeptos y versados en el arte, conocedores de sus secretos y poseedores de la clave, para descifrar aquellos enigmas y entender semejantes lenguajes. Otro español, también muy dado á los versos, un poeta alquimista no desprovisto de ingenio, Luis Centellas, puso en coplas ó estrofas un método de hacer oro, prescribiendo punto por punto las operaciones hasta llegar al apetecido resultado; y vale citar asimismo los versos del poema de la Alquimia y del curioso *Tratado de la Quinta Esencia*, obras ambas quizá de Raimundo de Tárraga, que pasaron durante largo tiempo como originales de Ramón Lull. Todos estos tratados y muchos más parecen ser verdaderas traducciones, no muy antiguas respecto de la época de su aparición y tienen análoga historia; dánles origen ó abolengo oriental, caldeo ó siriaco, dícense luego compilados los textos y aumentados con propias observaciones por alquimistas arábes, en particular durante la primera mitad de la Edad Media, vendidos luego á algún Rey cristiano, contaminado de Alquimia, cuando no recogidos merced á sus esfuerzos y solicitudes para ser puestos en rima ó en laberíntica prosa, atribuyendo la obra á esclarecidos filósofos de gran fama y renombre, siguiendo en ello las tradicionales prácticas de la Alquimia al principio indicadas. Esta y no otra es la filiación de las recetas para hacer oro: un método industrial y metalúrgico constituye su origen. De los procedimientos del beneficio de arenas auríferas ó placeres nace, mediante una suerte de injustificada generalización, la creencia en la transmutación práctica de los metales unos en otros, y en realidad uno

sólo es el sistema inventado para conseguir tan grande maravilla: sólo hay una receta con variantes en los pormenores de las operaciones, conservada desde remota antigüedad, aplicable de diverso modo, según los tiempos, cada vez más complicadas é inteligibles sus prescripciones, aunque el fondo permanezca invariable en sus absurdos intentos.

En el primer tomo de *La Alquimia en España*, único de la obra publicado por mi buen amigo el docto catedrático D. José Ramón Luanco, ha reunido éste una porción de documentos curiosísimos, entre los cuales vense las más peregrinas recetas para hacer oro, tomadas de libros ó escritos extranjeros, si no las aprendieron mediante tradición los poquísimos adeptos que en España tuvo la famosa doctrina transmutatoria; al citado libro y á mis propias investigaciones son debidas las recetas aquí puestas á guisa de ejemplo. Perdióse de tal suerte la relativa claridad de los escritos alquimistas, que en la pasada centuria definía de esta suerte la piedra filosofal D. Diego de Torres Villarroel, hombre docto y muy dado al cultivo de las ciencias: «La piedra, dice, es cierta fuente de virtud mineral, junta y unida por el artificio alchímico de muchas especies en una y tiene en sí la virtud de congelar al mercurio en naturaleza metálica verdadera, y de convertir todos los metales enfermos á su sanidad.» Cualquiera entiende lo que quiso decir el escritor; pero todavía, á pesar de su obscuridad, aparecen mejor consignadas las doctrinas fundamentales de la filosofía alquimista en el principio informador de sus procedimientos generales, en esta otra laberíntica é intrincada receta para llegar á la piedra filosofal. Dice así: «La proyección de este lápiz sobre los minerales imperfectos y sobre el merourio del vulgo para teñirles en rojo ó blanco, conforme fuere la medicina ó elixir fermentado, ó solífico ó lunífico, es como sigue: «Tómense cien partes de mercurio bien lavado con sal y vinagre, y póngase en un crisol sobre el fuego, y comenzando á humear échese una parte de la medicina sobre este ciento de mercurio así caliente, y luego se hará

todo medicina, y después póngase otra parte de esta medicina sobre otro ciento de mercurio al fuego, que hierva, que así se hará medicina y así se irá haciendo consiguientemente, y siempre echándole la última medicina sobre cien partes de mercurio y lo convertirá en verdadero sol ó luna, conforme fuese la medicina fermentada.—Otro modo de proyección del Lápis es que pongas una parte de esta medicina sobre sesenta partes de mercurio caliente, lavado y limpio, y póngale en un vaso de vidrio y ciérrele bien que no respire ni exhale, que será con el sello de humos; póngale en cenizas calientes por tres días naturales, y si la medicina tuviera el mercurio fijo será que la obra está bien acabada, y entonces todas estas sesenta onzas son medicina como la primera, y una parte de estas sesenta, cayendo sobre otras sesenta de mercurio caliente, se hará también medicina, hasta que haga la transmutación al más al perfecto, y aumentarlo como hiciste primero, y alguna vez la medicina convierte cincuenta onzas, otra vez ciento ó doscientas, y algunas veces mil partes en verdadero sol (oro) ó luna (plata) conforme fuere, según está dicho, porque esto lo hará siempre en infinitas, y lo que es detenido del mercurio es siempre medicina sobre otro mercurio sin parar.»

«Otro modo hay de hacer proyección, y es que tomes cien partes del sol hundido y se echa una parte de la medicina susodicha sobre las cien partes del sol hundido y se hará frangible y todo será medicina; luego una parte de este sol frangible hace proyección sobre cien partes de cualquier metal imperfecto y la convertirá en sol finísimo, y lo mismo si hiciera proyección sobre la luna, y convertirá de la misma manera cualquier metal imperfecto, y así podrá convertir el sol en luna ó Venus (cobre) ó Júpiter (estaño) ó Marte (hierro): tal es la fuerza y virtud de esta medicina. Pero si ella en la primera operación que hiciste, que es el elixir, no tuviere ingreso, toma el dicho elixir y embebido con su olio encerativo y lo embeba de tu agua mercurial y lo embeba en un mortero bien muchas veces y póngale en un cuerpo con su cabeza y reci-

piente, y éste se ha de poner en el vaso á destilar para que se junte y luego se deseque, y mejor será reiterar el agua sobre la materia, hasta que la beba toda y quede seca; luego toma toda la materia y la ponga en un vaso redondo de vidrio y se selle con el sello de humos en un horno de atanor con su cobertor y se la dé fuego de lucerna por sus grados primero, segundo y tercero, y si precisare añadirle su agua mercurial se la eche y la deseque, y se fije que corra como cera, probándolo en una lámina de plata enfogada, y si no corre, antes tuerce, vuélvala á fijar y entonces se torna en el elixir, que convertirá el mercurio y todos los cuerpos imperfectos en el sol á toda prueba y ley.» No sin esfuerzo y trabajo, mejor teniendo presentes las tradiciones alquimistas en punto á procedimientos y la doctrina de la piedra filosofal, que atendiendo á su letra y orden, puede colegirse algo de lo mucho que se pretende realizar, repitiendo multitud de operaciones, amalgamar, destilar, sublimar, fijar, destinadas á poner en un cuerpo propiedades á otro pertenecientes ó de él extraídas mediante incomprensible artificio. «Reconócese en la receta copiada la virtud de cierto elixir, obtenido no se sabe cómo, para convertir en su propia substancia y medicina el mercurio calentado; este elixir, quinta esencia ó piedra filosofal, bien pudiera ser un sulfuro amarillo, líquido ó sólido, y si no mezcla de polvo metálico con azufre y algunas otras substancias destinadas á oficios parecidos á los de la sal amoniaco en la preparación del oro musivo y su facultad de convertir en eficaz medicina cierta parte de mercurio, dándole sus mismas cualidades, explícase admitiendo que consiste en un reactivo sensibilísimo ó conteniéndolo en su composición; es á la vez materia tintórea mineral el famoso elixir, y así puede cumplir sólo la transmutación metálica, gracias á ésta su excelencia singularísima reconocida por soberanamente eficaz en todas las escuelas alquimistas, y admitida en ellas como lo más sublime que era dado alcanzar al adepto, después de grandes meditaciones y en recompensa de arduos trabajos, prolongados durante la mejor parte de su vida.

Trata la receta copiada de las operaciones propiamente alquimistas; y ocupándose sólo en los medios adecuados para convertir en oro los metales imperfectos, pasando, conforme á las tradicionales prácticas del arte, por el mercurio, y sin dejar de poner en práctica ni una sola de aquellas peregrinas metamorfosis, obligado precedente de la gran obra, indispensables para alcanzar el último y codiciado fin; pero hay otras destinadas al aumento de los metales ó á su beneficio, las cuales pertenecen á lo que pudiera denominarse, con cierta propiedad, *Alquimia industrial*, agrupándolas en dos categorías: en una las de falsificaciones é imitaciones del oro, plata ó piedras preciosas, y en otra aquellas cuyo objeto son los procedimientos metalúrgicos, en particular los de amalgamación en frío y en caliente, que es el timbre más glorioso de la ciencia española. Imbuídos estaban nuestros grandes é ingeniosos metalurgistas, aun el mayor de ellos, Alvaro Alonso Barba, por las doctrinas alquimistas, sin profesarlas, ni confesarse adeptos, ni usar para nada las prácticas del arte transmutatorio; mas eran las teorías corrientes en su tiempo, y bastante hicieron sustrayéndose á aquella seductora hipótesis que, fundada en el concepto racional de la unidad de la materia, pretendía llegar á ella y conseguir prácticamente la primordial substancia, considerada base y origen de las otras, anulando en cada metal las cualidades inherentes á su propia substancia y logrando, en serie de sucesivas perfecciones, aquella materia indestructible y purísima representada en el oro, símbolo del Sol, de cuyo astro había recibido sus cualidades soberanas, cuando lo había generado. Son fundamentos de los procedimientos industriales de que se trata, dos cosas de la mayor importancia en el beneficio y explotación de los criaderos metálicos: la economía de combustible, á la cual es debido el método de amalgamación en frío, empleado en España desde remotísimos tiempos, aquí conservado y perfeccionado, y por los españoles llevado á América, no sólo para practicarlo, sino también para enseñarlo con generoso y nunca bastante alaba-

do desinterés, y el aprovechamiento ó ahorro de azogue cuando escaseaba ó no lo había cerca. Así explícanse los procedimientos fundados en el uso del hierro y el de *cazo*, no siendo menos interesantes los medios de beneficio usando el plomo, valiéndose de copelaciones elementales, y habiéndose dado en España tanta importancia al asunto, que abundan las *mantisas*, ó especie de tablas de análisis para reconocer y determinar la riqueza de los minerales; y no hay obra traducida sin su correspondiente añadido de una *mantisa metalúrgica que clara é individualmente enseña el modo de hacer los ensayos por fuego y por azogue, muy útil y provechosa para el beneficio de minas*, conforme se lee en la portada de la desdichadísima traducción de *El Mayor Tesoro*, famoso y enrevesado libro de Alquimia.

De las recetas concernientes al aumento del oro y de la plata en muy secretas operaciones, de aquellas utilizadas en la falsificación del oro de las letras iniciales ó del hilo áureo de ciertos bordados y con el cual tejiéronse magníficos galones para adorno de vestiduras sagradas y ricos trajes de corte y ceremonia, solo cabe decir cómo, á pesar del verdadero ingenio desplegado por los falsificadores, y en España los hubo famosos y dignos del renombre que tuvieron, todo su arte estaba reducido ó á dorar á fuego, solo la superficie de los metales imperfectos, aunque usaron las llamadas tinturas de oro, cuya composición era dificilísima y sobre todo encomio complicada, ó á ligar el metal de ley con cobre, fabricando lo que ahora llamamos oro bajo, y menos mal cuando fingieron oro aleándolo á la plata; pues á veces, en fuerza de mezclarle metales distintos, conseguían blanquearlo haciéndole perder su color característico. Constituyó la Alquimia con sus doctrinas, sus recetas y sus procedimientos, una filosofía y una industria, en su parte artística nada despreciable, y al propio tiempo, y desarrollándose á la par, se encuentran toda una serie de elementos de falsificación y engaño, no ciertamente perfeccionados en los tiempos modernos, ni siquiera en los medioevales, sino

llevados al mayor grado de adelanto en la Edad Antigua; pues no ha de olvidarse que fué creencia generalizada hacer á la propia Naturaleza falsificadora, en cuanto ella misma equivocaba sus obras, porque producto de sus energías era, entre otros muchos cuerpos, la *falsa esmeralda natural,* con cuyo nombre se designó, durante mucho tiempo, el hidrocarbonato de cobre, llamado ahora *malaquita*, y ha de recordarse asimismo, cómo por esmeraldas y rubíes verdaderos hicieron pasar, orientales y griegos, vidrios admirablemente tallados y con rara perfección teñidos de verde ó de rojo. En tiempos más próximos, todo el ingenio para el fraude se dedicó á la moneda, habiéndose realizado en punto á ello cosas estupendas, cuando el oro escaseaba y las leyes autorizaban para convertir cada moneda antigua en dos de nuevo cuño. Tal fué, reducido á sus términos esenciales, el desarrollo de la doctrina alquimista y de las prácticas de hacer oro: ni aquéllas ni éstas llegaron jamás á ser realidad; pero si de las ideas de unidad ha nacido el concepto fundamental de la Química moderna, hija de la Alquimia, las prácticas y operaciones del arte de la transmutación bien puede decirse que formaron la industria metalúrgica, ahora tan próspera y adelantada.

José Rodríguez Mourelo.

EL DISCURSO DE APERTURA DE LOS TRIBUNALES

Y LA MEMORIA DEL FISCAL DEL SUPREMO

Todos los años, en día fijado por las leyes, se publican estos documentos. La periódica repetición en ellos de análogas observaciones y cierta monótona uniformidad en el molde en que suelen estar vaciados, no son bastante á privarles de alguna novedad, y sobre todo no les privan nunca de interés. Apenas hay alguien que no reconozca la trascendencia que para una vida social ordenada tiene esa institución que llamamos Administración de justicia, y es frecuente oir que la misma es un barómetro tan seguro de la cultura y estado de prosperidad ó abatimiento de un país, como puede serlo la enseñanza. Por eso importa mucho estudiar las publicaciones aludidas, ya que en ellas se consigna el juicio que el presente modo de funcionar los tribunales merece á quienes tienen la superior dirección y vigilancia de los mismos, ó sea al ministro de Gracia y Justicia, al presidente y al fiscal del Tribunal Supremo; se señalan los defectos de mayor monta que en la administración de justicia advierten semejantes personas, la que les parece á ellos raiz de esos defectos y la ma-

nera de corregirlos, y se indica, como consecuencia, cuáles sean las reformas que estiman deben ser acometidas con más decisión y prontitud. Bastante más patriótico y más sano creo yo que es ejercitar el ánimo y las fuerzas en estudios y trabajos de esta índole, que no consumirlos estéril y, lo que es peor, perjudicialmente, en patrioterías salvajes y suicidas. ¡Así anda ello en este desdichado pueblo, lleno de «gente aguerrida y brava», de «valientes», de «héroes», de... holgazanes y de canallas.

Este año, el discurso de apertura de los Tribunales lo ha leído el Sr. Isasa y Valseca, presidente del Tribunal Supremo. Todavía á principios de Septiembre, los periódicos dijeron que andaba ocupado en escribirlo el ministro de Gracia y Justicia, Sr. Tejada; mas sin duda otras atenciones le robaron el tiempo necesario para poder llevar á término su trabajo, y ya muy á los últimos hubo de encomendar al Sr. Isasa que cumpliera él el deber que le impone, para el caso de no cumplirlo el ministro, el art. 628 de la ley orgánica del poder judicial. A esta circunstancia se debe el que nos hayamos quedado sin saber las reformas que en su departamento proyecta y dispone el ministro de Gracia y Justicia, pues éste, no el presidente del Supremo, de quien, como él mismo dice, no dependen, es quien podía presentarnos el programa de las innovaciones y alteraciones legales que tiene en cartera ó *in pectore* para el porvenir. A la misma circunstancia, esto es, á la precipitación con que ha tenido que ser hecho, se deberá también, probablemente, y no á la carencia de condiciones, como el autor dice con sobrada modestia, el que en el referido discurso «no se diluciden temas y cuestiones de Derecho» ni «se difundan enseñanzas aprendidas en la difícil misión de administrar justicia», y sí únicamente se marquen algunos vicios de nuestro presente sistema procesal penal.

Algunas indicaciones críticas sobre los que el Sr. Isasa considera como «principios esenciales» del procedimiento criminal, «y que, ó por no estar bien definidos, ó por no resultar

en armonía con otros no menos esenciales, reclaman serio y detenido estudio, como preparación de su reforma, en lo que fuere necesario», es lo que constituye la materia sobre que versa el discurso del señor presidente del Tribunal Supremo. Y, en efecto, en este discurso se trata únicamente de unas cuantas cuestiones de procedimiento penal español, á saber: (1) 1.ª Según las leyes vigentes en España, cuando se sobresee una causa criminal, no sólo se renuncia á continuar ejercitando la acción penal contra el procesado ó procesados, sino que se imposibilita también el ejercicio de la acción civil, ya que la responsabilidad de esta última clase es aneja ó accesoria de la primera, que no existe, y con el auto de sobreseimiento da la justicia por terminadas todas sus indagaciones. De aquí resulta que, aun en los casos en que haya habido daño ó lesión causados por culpa ó negligencia, el procesado cuya causa ha sido sobreseída queda absolutamente exento de satisfacer indemnización á la víctima del perjuicio, sobre la cual, por consiguiente, recae una notoria injusticia. ¿No debe modificarse este estado de cosas? 2.ª Según las mismas leyes vigentes en España, en todo proceso criminal, así ante el Jurado como ante el llamado tribunal de derecho, se necesita una acusación, sin la cual no hay juicio posible. Si el encargado de mantenerla — regularmente, el fiscal — la retira, la continuación del proceso y la consiguiente problemática condena son totalmente imposibles, aun cuando los juzgadores — magistrados ó jurados — entiendan que hay méritos bastantes para seguir discutiendo la punibilidad del reo; de manera que, bien miradas las cosas, quien verdaderamente falla, por cierto de un modo irresponsable, es el acusador. Y esto depende de la esencia misma del procedimiento criminal acusatorio, donde se supone que no puede promoverse el juicio sino por demanda, como ocurre en el juicio civil. ¿Ha de respetarse esta ver-

(1) Las formulo á mi modo, pero me parece que traduzco fielmente el pensamiento del Sr. Isasa.

dadera anomalía, fuente segura de injusticias, ó es mejor hacer una reforma de las leyes vigentes en el particular? 3.ª Aun cuando las leyes de Enjuiciamiento criminal y del Jurado parece que igualan á los jueces de ambas clases de tribunales, permitiéndoles apreciar las pruebas y fallar con arreglo á su conciencia, la tal igualdad no existe de hecho, sino que está contradicha por otras disposiciones de las mismas leyes. Pues si la resolución que se dé «ha de ser fundada en un caso, mientras que en otro basta expresarla por una afirmación ó una negación, sin razonamiento alguno; si en el juicio por jurados, el veredicto, acertado ó erróneo, no induce responsabilidad para quienes lo pronunciaron, al paso que en los otros juicios de los tribunales de derecho los magistrados son responsables de sus errores si concurren ciertas condiciones, preciso será convenir en que no cabe comprender bajo una fórmula común la expresión de uno y otro criterio». ¿Es obligado, pues, introducir también aquí una reforma que haga efectiva la igualdad, que ahora no es más que aparente? 4.ª La oralidad de los juicios criminales se ha llevado al extremo de proscribir toda expresión escrita de las pruebas practicadas en ellos; de modo que ni al ejercitar los superiores la facultad de inspección que tienen derecho á ejercitar sobre los procesos fallados ó fenecidos de otra suerte en los tribunales inferiores, ni al interponer recursos ulteriores al juicio oral y resolverlos, ni al tratarse de exigir responsabilidad á los juzgadores por tal ó cual sentencia que se diga injusta, hay la necesaria base de hecho para proceder acertadamente, ni aun para proceder de ningún modo, supuesto que en las actas de los juicios orales no se consigna nada, «ni siquiera lo que á la verdad de las mismas pueda interesar». ¿No es justo que el legislador ponga también mano en esto?

Por la breve noticia que se acaba de dar de los puntos que el Sr. Isasa toca en su discurso, se comprenderá fácilmente que éste pudiera también llamarse *Memoria*, como la del fiscal del Supremo, ya que trata materias exactamente análogas á

las que por disposición de la ley (1) han de tratarse en tales Memorias y á las que en esta clase de documentos se vienen tratando todos los años, incluso el presente. Por esta misma causa así bien, nos será permitido considerar en cierto modo como un solo escrito los dos salidos de las plumas respectivas del presidente y del fiscal del Tribunal Supremo, y englobar algunas de las observaciones que á uno y otro trabajo tenemos que hacer.

***

Llama en primer término la atención el que, habiéndose propuesto, así el Sr. Isasa como el Sr. Puga, señalar los lunares de nuestra administración de justicia y las consiguientes reformas que en ella deben introducirse, ninguno de los dos tenga ni siquiera una palabra de crítica consagrada á la justicia civil: ambos limitan sus observaciones al campo de la justicia criminal. Unicamente, en el discurso del presidente del Supremo se declara por dos veces la apremiante necesidad de reformar la ley de Enjuiciamiento civil, mas sin decir en cuáles de sus preceptos: en la Memoria del fiscal no se hace al asunto la más ligera referencia. Y la omisión no deja de ser un poco extraña, singularmente en cuanto á este último toca, pues si el presidente tenía libertad para discurrir en su trabajo sobre el tema ó temas que mejor le pareciese y para no decir nada de otros, toda vez que la ley no le pide más que lea un discurso, en cambio el fiscal, que tiene determinado por la ley misma el campo de su acción al formar la Memoria, debe

(1) «El fiscal del Tribunal Supremo..., en exposición razonada dirigida al Gobierno de S. M, manifestará, al comenzar cada año judicial..., *las reformas que en su concepto conviniese hacer para el mejor servicio.*» (Art. 15, párrafo 2.º de la ley de 14 de Octubre de 1882, adicional á la orgánica de 1870.)

dar cuenta en ésta del estado de la administración de justicia en España, de las instrucciones dadas durante el año á los fiscales sus subordinados y de las reformas que le parezca conveniente proponer para el mejor servicio. Extremos estos tres que la ley consigna de un modo general, y que hacen relación, tanto como á la administración de justicia criminal, á la civil. Prueba de ello, que en diferentes Memorias de años anteriores se han tratado puntos relativos á la materia civil, y en la del año inmediato anterior lo hizo también así el propio Sr. Puga. ¿No es además éste el modo de ir preparando las reformas que en el Código civil hayan de introducirse en no lejano plazo, si es que se ha de obedecer el espíritu que informa sus disposiciones adicionales?

Las razones que hayan determinado la referida omisión pueden ser varias, no todas las cuales exculpan al autor de la Memoria. Desde luego se puede alegar en descargo que como ésta se forma en vista de las que al fiscal del Tribunal Supremo envían directa ó indirectamente los fiscales de las Audiencias, y éstos actualmente no intervienen apenas en otros asuntos sino en los criminales, á los asuntos criminales limiten los últimos funcionarios, y tras de ellos el primero, sus observaciones. Pero también pudiera suceder que el Sr. Puga no proponga al Gobierno innovaciones de ninguna clase en el orden civil por no creerlas necesarias, entendiendo que nuestro estado actual en la materia es inmejorable. Ya el año pasado se mostraba muy satisfecho de la justicia que gozamos, en la cual no advertía más que «pequeños defectos de detalle, inseparables de toda obra humana»; ¡quién sabe si ya hoy piensa que en materia civil ni siquiera tales defectillos existen y que todo marcha á las mil maravillas! Si tal juicio tuviera formado el fiscal del Supremo, habría que lamentarlo mucho, porque era un juicio equivocado, y esta equivocación podría traer malas consecuencias, justamente por la calidad de la persona víctima de ella y el consiguiente influjo de sus opiniones en la legislación. Y casi casi me atrevería á asegurar que es así como

el señor fiscal piensa; de otro modo no se explicará nadie el silencio de quien está persuadido de que la actual situación de las cosas es injusta, y tiene cabalmente por oficio clamar contra toda injusticia y señalársela á los que pueden y deben corregirla, pero por ignorarla acaso no la remedian. Si bien se mira, semejante proceder no obedece en el Sr. Puga á otra cosa que á falta de reflexión sobre sus propias afirmaciones. Medite, si no, el señor fiscal lo siguiente: según él propio confiesa, entre las causas *permanentes* de la criminalidad en España, se hallan la falta de trabajo en la clase jornalera, la miseria, la falta de instrucción, la adulteración de las bebidas alcohólicas y la embriaguez; ahora bien, aun prescindiendo de otras muchas que no menciona, ¿no le parece que hay bastante con éstas para atribuir, según su propio pensamiento, buena parte de los delitos, ó una innegable intervención en muchos de ellos, á defectos de la organización presente, los cuales no se pueden corregir atinadamente de otro modo que modificando ésta mediante adecuadas y orgánicas disposiciones de orden civil? ¿Le parece al Sr. Puga que se proceda racionalmente cuando, después de reconocer de un modo explícito que hay males que tienen su raíz «permanente» en tal ó cual sitio, se encoge uno de hombros ante ellos y deja que *rue-de la bola*, pues á tanto equivale no indicar reforma alguna tocante al particular, ni decir siquiera que haya necesidad de ella? Aquí ha de haberle ocurrido al señor fiscal una cosa que es muy frecuente, y que consiste en descuidar ó no percibir los enlaces que se dan entre los fenómenos, enlaces que, después de ser conocidos, obligan con frecuencia á rectificar los juicios que habíamos formado con respecto á los mismos fenómenos cuando los considerábamos aisladamente. ¿Es verdad que la falta de trabajo en la clase jornalera constituye un elemento constantemente generador de delincuencia? Pues la misión de un fiscal entendido no puede limitarse, á mi parecer, á decir que existe el hecho y á mirarlo como un mal irremediable (que es, en último término, lo que con su silencio acerca del remedio

viene á decir el Sr. Puga); antes bien, parece que debe trabajar sin descanso por averiguar los diferentes orígenes de donde el mal procede y los medios que para cegarlos conviene emplear, sobre todo por parte de los legisladores y los gobernantes. Ahora, los medios de dar trabajo á la clase jornalera, y por tanto, de suprimir esta causa perenne de criminalidad, no debe de creer nadie, y menos el Sr. Puga, que hayan de ser de naturaleza penal, v. gr., el recrudecimiento de los castigos (1); habrán de ser, por el contrario, de índole civil, social,

(1) Nadie, efectivamente, se atreverá á declarar de un modo paladino y franco que la agravación y la dureza en la penalidad, ó el simple empleo de las penas ordinarias, sean los remedios oportunos contra la falta de trabajo en la clase jornalera. Ninguno de los hombres en quienes reconocemos eso que se llama «sentido común» (y que no es «común» más que á la generalidad de los habitantes de un pueblo y de una determinada época, y muchas veces ni esto siquiera) se atrevería á hacer semejante afirmación de un modo escueto, mucho menos en países tan atrasados en el orden penal y penitenciario como España, donde lejos de existir sociedades de patronato de presos y reos cumplidos y otras instituciones que tiendan á favorecer la vuelta de estos á la vida libre en condiciones tales que les sea poco menos que imposible recaer en el delito, y lejos de ser las cárceles lugares de regeneración moral y material del penado por medio principalmente del trabajo y de la habituación al trabajo, están dispuestas las cosas de tal suerte que, de los condenados á cualquier pena, bien se puede decir que la gran mayoría, por la concurrencia de una multitud de factores á cual más nocivos, tienen que ser individuos totalmente perdidos, de quienes no se puede esperar salvación alguna, y los pocos que, á pesar de esos factores nocivos, lleguen á salvarse, á encontrar trabajo con el que ganarse su vida, tienen que hallarse rodeados de condiciones muy excepcionales, poseyendo un temple moral á toda prueba ó teniendo la fortuna de que se les haya venido á las manos lo que otros muchos no encuentran después de buscarlo con gran ahinco é interés.

Pero aun cuando no se haga explícitamente la declaración referida, se procede como si se hiciera y como si la crueldad penal fuese la panacea de la falta de trabajo. ¿Lo piden aquellos que no lo tienen y que prefieren adquirir con su propio esfuerzo los medios de vida que necesitan, á tomarlos violenta ó fraudulentamente de donde los haya? Pues se les condena y encarcela, lanzando con ello de una vez por la vía del delito quizá á muchas personas: al jefe de familia encarcelado, para quien ya de ordinario *nulla est redemptio;* á la esposa, que, joven ó vieja, tiene forzosamente que prostituir su cuerpo ó su alma, ó ambas cosas; á las hijas y á

administrativa ó como se quiera: el señor fiscal ha debido indagar cuáles sean y proponérselos al Gobierno.—Y lo que de este caso especial de la falta de trabajo se dice, puede y debe decirse de otros casos, en los que más, que con la represión penal dura, se consigue con medidas civiles y previsoras.

De los desaciertos, desórdenes ó injusticias civiles provienen muchos de los delitos que registra la estadística penal: esto viene á decir el Sr. Puga; *ergo*, le digo yo sin ser ergotista al Sr. Puga, si se quiere obrar como se debe y no hacer

---

los hijos, que, abandonados, miserables, famélicos, si no han de dejarse morir de inanición, se tienen que convertir en canallas, rateros, prostitutas, ladrones; á los abuelos ú otros parientes ancianos ó imposibilitados... ¿Comparecen en un mismo día cien procesados ante los diferentes tribunales de la nación, noventa y ocho de los cuales son trabajadores, la mitad de ellos desocupados y la otra mitad delincuentes por miseria, por embriaguez (acompañante regular de la miseria), por otro motivo análogo? Pues con imponerles la pena que el Código señala y enviarlos á que se pudran y envilezcan en la cárcel está todo arreglado. ¿Enseña la estadística penal que un fortísimo contingente de procesados lo dan las clases sociales humildes, y entre ellas los trabajadores de toda especie? Pues como si no enseñara nada: se deja la estadística á un lado, ó se la toma como cosa de entretenimiento infantil; á los procesados pobres y sin trabajo se les trata lo mismo ó peor que á los ricos y á los que tienen una ocupación y una retribución fija, y vamos marchando, muy orondos y muy satisfechos de nuestra justicia. ¿Se presenta ante un tribunal un jornalero apreciado por cuantos le conocen, á quien todos llaman honrado á carta cabal, á quien persigue la desgracia, que tiene á su cargo seis ú ocho personas, que con frecuencia enferma por exceso de trabajo para poderlas mantener malamente, el cual jornalero fué ya una vez muchos años antes condenado por hurto de un haz de leña seca y apenas aprovechable por su dueño, tasada en diez céntimos de peseta, y ahora se le convence de otro hurto análogo, cometido en idénticas condiciones de apremiante necesidad y por el mismo valor? Pues es un ladrón reincidente, y como á tal hay que castigarle (*a*). ¿Ha llegado la desesperación de los trabajadores manuales,

---

(*a*) Bien sé que los fiscales del Supremo se han hecho cargo en algunas de sus Memorias de éste y otros hechos parecidos; mas el remedio que como único han propuesto para el mal ha sido la derogación de la ley de 1876, es decir, rebajar el hurto en cuestión de la categoría de delito á la de falta; por tanto, un remedio enteramente penal, que no se encamina—como á mí me parece que debe hacerse, adoptando al efecto medidas profilácticas, esto es, de índole civil y social—á atajar las causas del mal en su fuente, sino que las deja intactas y se contenta con aplicar á los males que son consecuencia de ellas la misma medicina que antes, sólo que *en dosis menor*, con lo que el mal, si lo es realmente, no se aminorará, antes al contrario, irá en aumento.

pagar culpas á quien no las tiene, lo obligado es combatir tales delitos, combatiendo, con disposiciones de orden civil, las injusticias y desórdenes de donde derivan; imponer un castigo al que ha sido víctima de tales injusticias y por serlo se ha convertido en delincuente, es sumar una injusticia á otra injusticia, hacer leña del árbol caído y multiplicar por lo mismo el malestar social, cabalmente con los medios con que se pretende y se cree disminuirlo.—Por lo demás, aun no mirando las cosas desde este punto de vista, aun considerando la admi-

por efecto de su miseria, de sus paros forzosos, de las injusticias sociales de que son ó se creen víctimas, por efecto á veces de sus obsesiones, de su ignorancia, etc., á un estado tal, que no encuentran otro remedio para la presente sociedad sino destruirla á golpes de bombas explosivas, para buscar por este medio la reorganización más justa de la misma? Pues el recurso que contra este mal se emplea no es el que parecía adecuado, de ahondar en busca de las fuentes de que el mal procede, al intento de combatirlo en su origen con medidas inteligentes, previsoras y, en lo tanto, racionales (reformas sociales, educación, experimentos que pudieran matar muchas ilusiones, libertad en la exposición de doctrinas para dar así desahogo á ciertos entusiasmos que cuando están comprimidos forzosamente mucho tiempo y no tienen válvula, hacen estallar la caldera, etcétera, etc.); el único recurso en que se confía es el de cerrar los ojos y acometer, látigo en mano, á todo el que pase, sin mirar quién es, dándole palos hasta que caiga muerto, y no permitiéndole siquiera despegar la boca para decir: «Atienda usted un instante, que está usted equivocado; no soy lo que usted parece que se figura; es posible que hablando nos entendamos.» Esto no más es lo que significan ciertas leyes publicadas recientemente en todos los Estados, en las cuales se prescinde de aquellos que venían pasando (con razón ó sin ella, esto no lo discuto ahora) por principios incontrovertibles de todo sistema y de toda ley penal; esto es lo que significan esas detenciones y prisiones hechas á tontas y á locas, de centenares de personas sin motivo alguno, después de estarnos aturdiendo los oídos con lo de que *todo el mundo tiene derecho á que se le tenga por inocente mientras no se demuestre lo contrario;* esto es lo que significan las extraordinarias y anticonstitucionales facultades que ciertos Gobiernos se abrogan para impedir que los habitantes del pueblo «por cuyo bienestar velan» hablen, escriban ó se muevan sino cuando y como los mismos Gobiernos lo deseen, y para expulsarles del territorio cuando así les viniere en ganas. ¿No comprenden que esto es por completo contraproducente; que el número de los descontentos y de los desesperados, y la fuerza de la desesperación aumentan, y, por tanto, que se está fomentando aquel mal que quiere extirparse?

nistración de justicia civil como no es realmente, ó sea como una institución *a se*, desligada de la administración de justicia criminal y de las demás instituciones con las que se halla enlazada, y sólo á manera de un mecanismo encargado de aplicar el código civil, la ley de Enjuiciaciento civil y las restantes leyes civiles, parece un poco difícil creer que no se encuentre en ella nada que sea digno de reforma ó mejora. ¿En todo un año no se habrá advertido ningún defecto en la aplicación de las leyes dichas, ninguna dificultad habrán encontrado los muchísimos tribunales que hay en España para llevar á efecto, sin agravio de la justicia, las prescripciones legales? ¡Cuántos litigantes, jueces y abogados habrá que podrían formular muy fundadas protestas contra el optimismo que parece significar el silencio del Sr. Puga! Si la administración de justicia civil actual se ha llegado á llamar por el Colegio de Abogados de Madrid (1), que en cierto modo puede considerarse como parte interesada en la conservación de lo existente, «el *panteón* de los intereses de un litigante», añadiendo que en el primer paso del procedimiento debería escribirse la terrible inscripción que Dante colocó sobre la puerta del infierno; y si sustancialmente vienen diciendo lo mismo cuantos hablan acerca del asunto, desde los publicistas hasta los ministros que han dirigido el departamento de Gracia y Justicia, hasta los fiscales del Tribunal Supremo (la Memoria del Sr. Aldana, 1894, es muy expresiva tocante al particular), y hasta los mismos jueces (como el Sr. Calvo y Camina, Juez de primera instancia, el Sr. Aguilar, exjuez de primera instancia y otros) (2), es decir, cuantos tienen motivos para saberlo, ¿cómo vamos á presumir

(1) En su informe sobre las reformas proyectadas en 1894 por el señor Ruiz Capdepón en la ley orgánica del Poder judicial y en la de Enjuiciamiento civil.

(2) En mi escrito *Organización judicial*, publicado en la revista *La Administración*, Abril de 1896, t. III p. 64 y siguientes, he aducido bastantes testimonios que comprueban el hecho que ahora no hago más que indicar brevemente y en cuanto interesa á mi razonamiento.

que todo marcha á pedir de boca en orden á la administración de justicia civil y á dar más valor al silencio del Sr. Puga y á lo que ese silencio implica, á lo que no parece puede implicar otra cosa sino lo dicho, que á estas terminantes declaraciones?

* * *

Otro rasgo común á las dos publicaciones leídas este año en la apertura de los tribunales es que los vicios que los señores presidente y fiscal del Supremo encuentran en la administración de la justicia criminal son debidos todos ellos, según tales autores, á las leyes que nos rigen. Para el Sr. Isasa, como para el Sr. Puga, los encargados de aplicar esas leyes no tienen la menor culpa de los males que puedan aquejarnos. El personal de nuestra magistratura es excelente, inmejorable. El presidente del Supremo se ha creído obligado á hacer, en conciencia y en la ocasión solemne en que hablaba, «el elogio que nuestra dignísima magistratura merece», y el Sr. Puga, recogiendo las indicaciones estampadas por sus subordinados en las correspondientes Memorias, sólo emite un juicio severo «acerca del estado en que se encuentra la justicia municipal», es decir, contra el último mono, único sobre quien venimos acostumbrados, aquí lo mismo que en otras cosas, á cargar todas la responsabilidades. Pues bien, yo creo que esto no pasa de ser un convencionalismo, contra el que hay que protestar enérgicamente. Los tribunales de justicia en España (en otras partes, no en todas, sucede poco más ó menos) son, por regla general, *todos* muy malos, sin que haya diferencia alguna desde este punto de vista entre los llamados «superiores» y los «inferiores». Y son *todos* muy malos, no por culpa de las leyes, ó con poquísima culpa de éstas, á lo menos en lo que toca á las leyes de enjuiciar, sino porque quienes los componen no suelen tener las condiciones necesarias á todo buen juzga-

dor, á saber: competencia, imparcialidad, independencia. Las censuras que contra los jueces municipales se dirigen de ordinario no tienen más fundamentos que éstos: primero, que son ignorantes; segundo, que son personas significadas en la política, las cuales, por lo mismo, carecen de la imparcialidad necesaria para juzgar. Pues bien, estas dos censuras les cogen de medio á medio á los jueces, desde los magistrados y fiscales del Tribunal Supremo para abajo, salvando, es claro, excepciones que puede haber y que seguramente hay, como las hay también entre los tan zarandeados jueces municipales.

Tocante á la competencia científica y técnica de nuestros funcionarios judiciales, pocas personas, ni aun ellos mismos, se podrán hacer ilusiones. ¡Hay por esos mundos de Dios cada magistrado (1), que valdría más que se quedara metido en su casa, á donde le llevarían las ocho ó nueve mil pesetas que anualmente cobra, no digo que gana, que no que anduviera fallando pleitos y causas. Ni debe nadie pensar que hay exageración en lo que digo. Si no lo viéramos por nuestros propios ojos y no fuera una verdad que todo el mundo se dice al oido, nos lo dirían los abogados y cuantos intervienen en los tribunales, y lo que es más doloroso, nos lo dirían los mismos interesados. Jactarse de no leer nada, como no sea el periódico, y alguna vez, pocas, aquella parte ó capítulo del Código ó de la ley procesal donde se podrá hallar el artículo que les hace falta para poner al asunto la correspondiente etiqueta y declararlo «despachado;» mirar con ojos compasivos á las escasas personas que trabajan intelectualmente y que procuran estar al tanto de lo que por el mundo ocurre, motejándolas de poco prácticas y de idealistas (en son de mofa y de desdén), cuando no aplicándoles otros calificativos peores; hablar en tono de zumba de ciertas teorías, de ciertas escuelas, de ciertas aspiraciones científicas, que ellos comienzan declarando

(1) Lo propio ocurre en todos los demás ramos de la administración, pero de éstos no me incumbe tratar ahora.

no conocen sino por lo que de las mismas han oído á otras personas que se hallaban en el mismo caso... todo esto es entre los «severos y sesudos ministros de la Justicia» el pan nuestro de cada día. No hace mucho tiempo me decía uno de ellos, y por cierto de los que me parecen menos cerrados, que para administrar bien justicia estorba el estudio, que los libros había que quemarlos y no hacer caso más que de las enseñanzas de la práctica. Y como por práctica entendía él la fácil rutina, esto es, seguir cómodamente los caminos trillados, sin meterse en más averiguaciones ni apelar á otros recursos para formar un juicio exacto sino al puro buen sentido, yo le argüía diciendo (1) que en tal caso tan bien como ellos podía ocupar su puesto cualquiera que no fuera un mentecato, y que las censuras que poco antes había estado lanzando contra el Jurado, por constituirlo regularmente personas ignorantes, se volvían todas contra la clase á que él pertenecía, pues los jurados, aun los menos ilustrados, tienen también su buen sentido (2). Como el magistrado en cuestión piensan otros muchos, una falange (3). En otra ocasión he dicho que no es de ellos

---

(1) Y ahora repito lo que dije entonces. Si la administración de justicia ha de ser lo que estas gentes entienden que sea y lo que de hecho la están haciendo ser, no se precisan jueces ni magistrados para el desempeño *ad hoc* de tal función; todo el mundo sirve para el caso, y el país puede, con la supresión, ahorrarse un buen pico.

(2) Esto del «buen sentido» es una de tantas frases que no dicen nada por sí mismas, sino lo que cada uno pone en ellas. El buen sentido no es, según á menudo se cree, igual en todos los individuos ni en todos los momentos, como no lo son tampoco sus equivalentes el «sentido común», la «conciencia», etc. Antes bien, cada cual tiene su «buen sentido», determinado por una larguísima serie de influjos, por toda la serie de influjos que constituyen la mentalidad, el espíritu, el modo de ser psíquico de tal sujeto en tal determinado momento. De manera que el «buen sentido» de un estudioso no es el mismo «buen sentido» de un ignorante, ni el «buen sentido» que á un mismo individuo le sirve de criterio para juzgar un determinado acto es igual cuando emite el juicio por mera impresión que cuando lo emite después de largo y concienzudo estudio.

(3) A otro funcionario judicial de uno de los tribunales llamados «superiores,» le he oído decir, no una, sino varias veces, que para la admi-

solos la culpa del hecho, sino que éste obedece á causas muy complejas; mas no por eso el hecho mismo deja de ser tal cual es y queda referido (1).

---

nistración de justicia penal (en la que él actuaba) no se necesitaba ni se debía saber más que el siguiente

«CÓDIGO PENAL.

»Artículo 1.° Las acciones se dividen en buenas, malas é indiferentes. Las primeras se recompensan, las segundas se castigan, y de las terceras no se hace caso (jurídicamente hablando, añadía el autor).

»Art. 2.° Los castigos contra las acciones malas son de tres clases: 1.° pérdida de la libertad, que puede durar desde un día hasta toda la vida (nada de distinciones entre reclusión, presidio, prisión, arresto etc.); 2.°, penas corporales, desde un palo dado por el alguacil ó el verdugo, hasta la muerte; 3.° penas pecuniarias, desde una peseta hasta la confiscación total de bienes.

»Art. 3.° No hay más delitos que los que determinen los tribunales, quienes podrán imponer las penas que estimen convenientes, y en la forma que les parezca oportuna, sin limitaciones de ningún género.

»Art. 4.° Al finalizar el año, los magistrados serán residenciados por el pueblo, reunido en comicios *calati*. Los que no hubieren desempeñado bien su función serán ahorcados.»

Calcúlese lo que sería la administración de justicia penal puesta en manos de juzgadores á quienes no se exige más ciencia que el conocimiento del preinserto «Código». Y bien se puede decir que los magistrados actuales son entre nosotros y piensan, en cuanto á las condiciones que deben reunir como tales magistrados, lo mismo que es y piensa el magistrado de referencia, sólo que no se atreven á hablar tan claro como él. Si hoy la justicia penal es para todo el mundo cosa tan odiosa, ¿qué sucedería cuando se dejara encomendada al ilimitado arbitrio de gentes ignorantes, que no quieren salir de su ignorancia, sino que se complacen en permanecer en ella? ¿Con qué derecho podríamos abominar de los tiempos, aun no lejanos, en que las facultades penales de los jueces no tenían trabas y en que éstos, los soberanos y todos los poderosos hacían de las penas un arma terrible de opresión, de odios políticos, de venganzas de todas clases? También yo anhelo para los jueces muchísima mayor libertad de la que hoy tienen, y en diferentes ocasiones me he pronunciado en este sentido; pero yo quiero semejante libertad en jueces muy cultos y que además hagan uso de las penas con espíritu totalmente opuesto á aquel con que hoy se empleen.

(1) Puede verse lo que he manifestado á propósito de *La educación de la magistratura*, en la revista *La Administración*, números de Noviembre y Diciembre de 1895.

Y por lo que hace á la intervención que la llamada «política» tiene en la composición y funcionamiento de los tribunales «superiores», no creo que sea fácil negarla. Cansados estamos de oir que los jueces y magistrados no son independientes, sino que los ministros hacen lo que quieren de ellos, ascendiéndoles, postergándoles, trasladándoles á su pesar, etc., según sean ó no afectos al partido, según sean ó no flexibles para hacer la voluntad del Gobierno, del diputado, del gobernador ó del cacique, según que haya que premiar servicios políticos y electorales ó que vengar agravios de la misma clase; de continuo se está vertiendo la especie, que el poder judicial no es tal poder y no obra con independencia porque está por completo supeditado al poder ejecutivo; diferentes funcionarios judiciales han abandonado su carrera por no poder aguantar las imposiciones y las exigencias venidas de hombres «metidos en la política», y alguno de aquellos, después de renunciar su cargo, ha publicado escritos para decir que, según están las cosas en España, no es posible ejercer las funciones de juzgador (ó de fiscal en su caso) con la digna libertad que es preciso, so pena de convertirse uno en la cenicienta del Cuerpo y hallarse constantemente perseguido y vejado por los fuertes y poderosos, quienes no conciben la justicia de otro modo sino como un instrumento de sus gustos y caprichos; háblase igualmente del pernicioso influjo que sobre los tribunales y el sentido de sus fallos ejercen los altos políticos que son abogados y que, como tales, van á reclamar una decisión judicial de aquellos mismos jueces á quienes han favorecido ya en lo pasado de algún modo ó pueden favorecerles de presente ó en lo futuro; que las recomendaciones políticas juegan un papel de importancia en las resoluciones oficiales, lo sabe cualquiera, y á veces no se recatan en decirlo aquellos mismos que las han dictado, singularmente cuando se trata de resoluciones dadas hace tiempo ó en lugar lejano, y por eso mismo ya muy olvidadas; y, finalmente, no hace sino un año que el entonces ministro de Gracia y Justicia, Sr. Romero Robledo, para cohonestar el movimiento y

el trasiego que hizo de los funcionarios de la magistratura, en favor de unos y en perjuicio de otros, se creyó obligado á decir solemnemente ante el país, en el discurso de apertura de los tribunales, que los jueces y magistrados no forman un poder propio, sino un orden dependiente del poder ejecutivo, y que, por consecuencia, lo que éste hiciere y dispusiere con respecto á ellos y lo que él, el ministro, estaba haciendo y disponiendo, era perfectamente permitido: en suma, que para los jueces, la voluntad del Gobierno ó del ministro del ramo es ley. ¿Podrá todavía seguirse sosteniendo la «mentira convencional» de que en los tribunales «superiores», en la designación y promoción de los individuos que los componen, y, por consiguiente, en los fallos dados en los mismos, no interviene para nada la política, y que esta es una lepra que sólo invade y consume á los jueces municipales? Después de todo, ¿á qué, si no á la política, deben los señores Isasa y Puga el ser presidente y fiscal, respectivamente, del Tribunal Supremo? ¿Y dejarán de influir en sus actos como tales presidente y fiscal, no digo yo sus compromisos y preferencias políticas, pues á tanto no me atrevo, pero sí sus convicciones políticas, ya que al obrar, obra uno siempre como es y según todo lo que es, según todo lo que le constituye en Fulano, á diferencia de todos los demás, sin que pueda ser de otro modo, sin que pueda uno desprenderse de tales convicciones, aun cuando á veces llegue á hacerse la ilusión de que sí se desprende? (1)

* * *

(1) Por ejemplo, si las opiniones y convicciones políticas del fiscal hubieran sido distintas de las que profesa, ¿hubiera dictado las circulares que ha dictado durante el año último para que sirviesen de instrucción á los fiscales, sus subordinados, y las cuales van como apéndice de su Memoria, ó las habría dictado en el mismo sentido en que lo ha hecho? En una de esas circulares, se dice que el grito de «¡Viva la República!», ú otros análogos, son delitos; en otra, que lo es también el dar el título de Majestad al pretendiente al trono de España, D. Cárlos de Borbón.

No quisiera yo que este escrito resultara demasiado largo; pero, por otra parte, no hallo manera de reducir á estrechos límites el sinnúmero de observaciones que me sugiere la lectura del discurso y Memoria de los señores Isasa y Puga. Aún no he empezado á hacerme cargo de las diferentes cuestiones que uno y otro tratan, y ya debería concluir para que el presente trabajo no tuviese más extensión de la que desde un principio me propuse darle, y para que por sus largas proporciones no se haga enfadoso al lector. Saldré, pues, del paso diciendo cuatro palabras, á manera de indicación, que merecía ser ampliada, acerca de uno de los puntos que me parecen de más interés por llevar envueltas reformas muy transcendentales—más transcendentales de lo que se figura acaso el fiscal del Supremo—y pasando por alto las demás.

En la Memoria del Sr. Puga se advierte una innovación que tiene á mis ojos un inmenso alcance. Por primera vez se habla en esta clase de trabajos de las *causas* de la criminalidad. Claro es que en las Memorias de años anteriores, singularmente en algunas, hay á veces indicaciones sobre las causas de la criminalidad (por ejemplo, tratando de explicar la persistencia ó el aumento del número de delitos ó de tal determinada clase de delitos en una provincia); mas estas indicaciones son siempre incidentales, fugaces, realmente inconexas, algo que no forma parte esencial del cuadro trazado en la Memoria. Por el contrario, en la de este año, hay ya un epígrafe independiente, que se titula de este modo: *Criminalidad.—Sus causas*; y aunque lo que el Sr. Puga dice tocante al particular es bien poco, aunque, por tanto, apenas si desflora el asunto, ni siquiera pone el problema como debe ponerse, harto ha hecho si ha abierto un camino para que marchen por él los fiscales en sus Memorias de años posteriores (1). Si lo que en la Memoria de 1896

(1) El propio Sr. Puga, además de con su ejemplo, ha facilitado de algún modo con sus instrucciones, el que los referidos funcionarios sigan la senda que él huella por primera vez. Para que el fiscal del Supremo trate en su Memoria el interesante punto de las causas de la criminalidad

no es más que un episodio en que á duras penas se fijarán muy pocas personas, sigue en los años siguientes formando parte de tales documentos, hasta que por el hábito de ver que en ellos se trata de las *causas de la criminalidad*, lleguemos todos á pensar que este es un tema esencial y obligado de los mismos; si el horizonte del estudio, ahora iniciado, de esas causas, se va poco á poco ensanchando, y los funcionarios del ministerio público, bien penetrados de lo que tal fenómeno significa, varían de objetivo y de táctica, y en vez de dedicar, como ahora ocurre, todos ó casi todos sus esfuerzos á discutir, v. gr., quién debe en un juicio oral preguntar antes á los testigos, ó á acumular cargos y más cargos sobre los jurados, culpando á éstos de todos los defectos de la administración de justicia penal y presentando á los tribunales de derecho como impecables ó poco menos, encaminan la mayor parte de su actividad á la etiología

---

en España, es claro que ha de conocer estas causas, y para poderlas conocer, deberá acudir muy principalmente (aunque ayudándose de la observación directa, del estudio personal) á los datos y observaciones que le ofrezcan los fiscales de las Audiencias, que son los que se hallan en situación más favorable para saber dónde le aprieta el zapato á cada uno. (Los fiscales de las Audiencias, por su parte, no deben buscar las dichas causas sólo, ni aun primordialmente, por medio del estudio de los sumarios y resultancias de los juicios orales, sino sirviéndose de otras fuentes más seguras y abundantes: informándose, por cuantos procedimientos tengan á mano y les sugiera su celo y todas las circunstancias, de cuáles sean los elementos peligrosos que en cada pueblo de su provincia haya, origen ú orígenes de ese peligro, y maneras más eficaces, económicas y justas de conjurarlo.) Pues bien, en la circular que el propio Sr. Puga dirigió á sus subordinados con fecha 30 de Julio de 1895, trazándoles una pauta nueva para la redacción de las Memorias, con el fin de que éstas tuviesen la uniformidad de que antes carecían, ordena que las dichas Memorias, entre otras cosas, contendrán una indicación «de los delitos que más frecuentemente se cometen en la demarcación de la provincia, aumento ó disminución que en ella haya tenido la criminalidad con respecto al año anterior, motivos á que en concepto del fiscal obedezca el incremento, si lo hubiere, y medidas que crea el mismo fiscal que deban adoptarse para combatirlos.» Si los fiscales de las Audiencias redactaran la sección de sus Memorias á que esta regla de la circular dicha se refiere con conciencia y competencia, como verdaderos sociólogos, en vista del

de la delincuencia, ó sea á la averiguación y análisis de las causas de los delitos y á presentar ante la consideración de los estudiosos un cuadro lo más completo posible de las que en cada región y en cada momento obran, en tal caso las Memorias de referencia tendrán una utilidad positiva, en lugar de la escasa que al presente suelen ofrecer. Pues claro está que cuando uno sabe dónde están las raíces de los males, es cuando únicamente se halla en potencia de curarlos. Entonces es de todo punto imposible que haya un magistrado, un médico social, que se confiese desde luego vencido é impotente para realizar con algún provecho la empresa de mejoramiento y curación que por deber tiene que realizar, y que haga, por consecuencia, declaraciones tan desconsoladoras como estas que el Sr. Puga hace: «Aumente ó permanezca estacionada la criminalidad, resulta demostrado, por el conjunto de antecedentes recogidos en este centro, que *no hay indicio que haga concebir esperanzas más*

---

estudio realista de los elementos criminógenos de su provincia, enlazando unas cosas con otras, refiriendo las causas inmediatas á otras más remotas, y no dejando volar su fantasía, imaginándose que los delitos cometidos en la demarcación de su cargo obedecen á tal ó cual cosa aisladamente, ó creyendo que los únicos factores de un delito son los que constan en los autos...; si eso sucediese, como debía suceder, pero por mil motivos —de los que no es el menos fuerte las nada halagüeñas condiciones intelectuales en que la mayoría de los magistrados se encuentra, según queda dicho—puede fundadamente temerse que no sucedería, bien podríamos decir que habíamos dado un paso decisivo en la dirección que conduce á la acertada (hoy por hoy) administración de la justicia criminal (y tras de ella, á la civil). Pero no hay que hacerse ilusiones: los cambios verdaderamente tales no se improvisan; para que sean posibles y duraderos, es preciso que se modifiquen los elementos de que ellos han de ser un resultado; aquí, en nuestro caso, para que las Memorias fueran cosa diferente de lo que hasta ahora han venido siendo, se debía haber comenzado por haber educado al efecto á los que tienen que formarlas, y educarles con un cierto espíritu de que por lo regular carecen; de otro modo, ya pueden caer leyes sobre leyes y circulares sobre circulares, que las cosas seguirán sin variar un milímetro del sitio donde se hallan. Lo he dicho muchas veces y no me cansaré de repetirlo: si se quiere de veras reformar nuestra administración de justicia, que bien necesitada de ello se encuentra, hay que comenzar por la formación de jueces, de que hoy carecemos.

lisonjeras para el porvenir. Las causas á que los delitos obedecen siguen siendo las mismas, agravándose á cada instante algunas de ellas; y *no es de creer, por tanto, que dejen en lo sucesivo de producir las mismas ó peores consecuencias*». Que es tanto como si dijese: «La administración de justicia criminal tiene por misión oponerse á la delincuencia; cuando no logra este fin, no obra como debe, fracasa; ahora, esto es justamente lo que con nuestra administración de justicia criminal está ocurriendo, puesto que no solamente no ha servido hasta ahora para aminorar los delitos, sino que no conoce medio alguno para impedir que estos sigan aumentando en lo futuro. Los magistrados actuales son médicos que no sirven para el caso, teniendo que cruzarse de brazos y dejar que las cosas continúen *tan mal ó peor* que hasta aquí han venido marchando». Semejante confesión de inutilidad no la hace nunca un médico inteligente y estudioso, un médico que cuando no acierta con el remedio de una enfermedad por no saber bien cuál es la verdadera causa de la misma, no cesa hasta encontrarla ó sucumbir en la pelea; semejante declaración sólo puede hacerla un empírico ó un curandero que, á pesar de no darle sino resultados contraproducentes la medicina que emplea, sigue haciendo uso ciego de ella porque no tiene conocimiento de ninguna otra, no preocupándose de los daños que de esta manera produce, y creyendo insensatamente que de no hacer lo que hace, que sabe de un modo positivo ser malo, los daños serían mayores.

El Sr. Puga enumera en su trabajo las que, según los fiscales, son las causas de delincuencia en España (1); de los remedios que para combatirlas convendría emplear, no dice absolutamente nada. Por mi parte, renuncio ahora á discutir

(1) A saber: «como causas permanentes, la propaganda antirreligiosa, que cada vez se extiende más, singularmente en las clases trabajadoras y desvalidas, á quienes les facilita medios de corrupción, despojándoles de la fe que les servía de freno y de contención, para sustituirla con la desesperación, el encono y el odio hacia las demás clases; y como con-

si la criminalidad entre nosotros depende de esas causas á que los fiscales la atribuyen, de todas ellas y sólo de ellas, ó si buena parte de las mismas no lo son sino aparentemente y algunas representan no más que signos de otras que los fiscales no han visto ó no han querido ver; sólo he de advertir que, salvo en dos ó tres de las que el Sr. Puga cita, estoy bastante lejos de pensar como él. Admitiendo por el momento que sea verdad lo que el fiscal del Supremo afirma respecto del caso, lo único que me propongo es sacar lo que podemos decir la *moraleja de la fábula*, moraleja que él no saca: ó lo que es lo mismo, quiero deducir las consecuencias que el propio fiscal ha debido deducir de su doctrina y que no ha deducido.

En primer término, si la criminalidad es producto de causas, y de causas variadas, lo razonable es ir contra estas causas empleando variados y oportunos medios de contrarrestarlas, siendo una insensatez combatir el efecto, que es el delito, dejando vivas sus fuentes, y siendo una enorme injusticia imponer una pena, ó sea un padecimiento, á quien lejos de haber puesto libremente tales causas, no ha sido más que un instrumento de ellas. La falta de trabajo en la clase jornalera, la miseria, la adulteración de las bebidas alcohólicas, la falta de instrucción, la embriaguez, la desesperación, el encono y el odio entre las clases son, según el Sr. Puga, causas de delincuencia; está bien: y entonces ¿por qué en vez de castigo contra el autor de un delito por ignorancia, por miseria, etc., no pide el fiscal la remoción de esas causas permanentes de criminalidad? ¿No debiera el Sr. Puga, para ser consecuente consigo mismo, haber levantado su voz contra el absurdo, la equivocación, y consiguientemente contra la injusticia que el

---

causas, la falta de instrucción por el abandono en que está la enseñanza primaria, la costumbre de llevar armas de fuego y blancas, la adulteración de las bebidas alcohólicas, la embriaguez, la frecuencia de los indultos, los veredictos de inculpabilidad que pronuncia el Jurado, la falta de trabajo en la clase jornalera y la miseria que se extiende á medida que la agricultura se arruina y otras fuentes de riqueza se ciegan».

sistema penal corriente implica, y haberle dicho muy claro al legislador y al Gobierno que hay que poner mano inmediatamente en esto, para que no sea una amarga ironía eso que pomposamente se llama la justicia criminal, y no se esté contribuyendo en nombre de ella á poner las cosas mil veces peor que lo están ahora? «No ha de ser castigado el delincuente miserable ni el ignorante—debía haber escrito en su Memoria el Sr. Puga;—lo que se debe perseguir sin contemplaciones y por todos los medios, son las causas y los causantes de la miseria y la ignorancia; el ignorante y el miserable deben ser protegidos: obrar de otro modo, es cometer yerro é injusticia».

En segundo lugar, hay que tirar á tierra absolutamente todo el organismo penal y procesal de que al presente nos servimos. Todo él estriba sobre la base de la imputabilidad subjetiva é individual, es decir, sobre el supuesto de que la causa única de todo delito es el arbitrio puro, espontáneo y totalmente indeterminable é indeterminado del agente, supuesto incompatible con la admisión de causas naturales generadoras de la delincuencia. Y si se reconoce, como lo hace el señor Puga, que ésta proviene de orígenes distintos que la libre voluntad de los delincuentes, libre voluntad, repito, que es el Atlas del sistema penal que nos rige, parece obligado reclamar, si ha de procederse con lógica, la modificación radical de todo este sistema, comenzando por los cimientos sobre que descansa y llegando hasta sus últimas y más remotas ramificaciones. Lejos, por consiguiente, de haberse debido limitar el fiscal del Supremo á sentar el principio de que el delito, como todo otro fenómeno, está sometido á la ley de la causalidad natural, y no es producto caprichoso de un arbitrio indiferente y vacío sobre el que ni influye ni puede influir, so pena de ahogarlo y aniquilarlo, fuerza alguna, aun la más poderosa; y lejos de haber debido echar inmediatamente en olvido, según lo ha hecho, la afirmación fundamental que acababa de establecer, si bien de un modo no perfectamente explícito, para concretarse á repetir las generalidades incoloras de rú-

brica sobre la necesidad de reforma del Código penal, que resulta ya anticuado, y á proponer para el mismo tres ó cuatro modificaciones de secundaria importancia (1), me parece á mí que la necesidad de ser consecuente obligaba al Sr. Puga á hacer las siguientes declaraciones y á proponer al legislador, en armonía con ellas, las oportunas reformas:

1.ª Como la criminalidad es producto de causas, de las que es una resultante en cada caso la pretendida voluntad libre del delincuente, la administración de justicia penal debe tener por oficio inquirir y analizar esas causas, para combatirlas por los medios más adecuados y eficaces.

2.ª La imputabilidad individual y subjetiva, por virtud de la cual se atribuye el hecho debituoso al reo que lo ha come-

(1) Fuera de decir, tocante á la reforma en general del Código vigente, lo que mil y mil veces se ha repetido ya, ó sea, que si en la época en que se dió «significó un adelanto gigantesco (¿nada menos?), y pudo constituir justo motivo de orgullo para sus autores, hoy arrastra una vida de desprestigio y de descrédito notorios»; que «el libro primero, que hace pocos años se consideraba un modelo en su clase, es objeto ahora de la crítica más despiadada, al punto que ésta sólo encuentra defectos donde antes se veían perfecciones»; que «en su espíritu y en su letra pugna con las ideas y los hábitos dominantes, y todos los adelantos de la ciencia jurídica son por él desconocidos y menospreciados»; que ahoga con exceso la libertad de movimientos que todo juzgador necesita: fuera de hacer suyas éstas, que la generalidad de nuestros legistas considera verdades de las que se llaman de «clavo pasado», y sobre las cuales yo tendría no poco que observar, el Sr. Puga solamente propone en su Memoria las siguientes reformas concretas respecto á las disposiciones del Código penal hoy vigente: *a*) La variación de la definición legal de la tentativa de delito, al intento de que los tribunales puedan castigar la tentativa que se denomina «inidónea», por cuanto el autor de ella muestra la misma intención criminosa, y en lo tanto al mismo peligro, que el autor de la tentativa verificada con medios idóneos; *b*) la supresión de las costas del catálogo de las penas, por no poder atribuírseles, en realidad, este carácter, y por la necesaria desigualdad que es inherente á su aplicación; *c*) la modificación de los preceptos relativos á la concurrencia de delitos en una misma persona; *d*) la derogación de la asendereada ley de 17 de Julio de 1876; *e*) otras modificaciones sobre la penalidad aplicable á determinados delitos. La angustia del espacio me prohibe decir lo que pienso acerca de todos estos particulares.

tido, para hacerle por ello objeto de un castigo, debe ser sustituída por la imputabilidad colectiva y objetiva, según la cual el hecho se pone en cuenta á todo el cúmulo de causas de que procede, y que todos hemos contribuído á poner, no para castigarlas, ni con el propósito de hacer mal á nadie, sino para impedir, hasta donde sea posible y en beneficio de todos, que sigan obrando nocivamente.

3.ª Cambiando los ejes centrales del sistema penal dominante, sobre el cual se halla modelado nuestro vigente Código, forzosamente tiene que venirse abajo todo ese sistema, y forzosamente tiene que derribarse todo el edificio legal que nosotros hemos levantado sobre los cimientos y con los materiales que el mismo sistema nos ha ofrecido. Por tanto, bien se puede repetir ahora lo que Pacheco, de espíritu muy conservador, decía en su tiempo con respecto al sistema penal á la sazón vigente: «De la legislación española, nada es digno de respeto, nada es digno de conservación, ninguna parte se puede reservar para la regla de la sociedad futura. Toda, toda entera debe ser trastornada. El carro de la destrucción y de la reforma debe pasar sobre el edificio ruinoso, porque no hay en él apenas un arco, apenas una columna, que pueda ni deba conservarse.» (1)

4.ª En reemplazo del Código penal, que se suprime, se introducirá un sistema de completo arbitrio de los tribunales; pues como la misión de éstos es la de hacer bien á todo el mundo, incluso al delincuente mismo, y no mal, según sucede

---

(1) Todo el mundo, aun los que creen que los principios de justicia inmutable y absoluta dominan en la materia penal del propio modo que en las otras, reconocen que en ella influyen de un modo muy notable los cambios de concepciones y de todas las demás circunstancias que trae consigo la obra del tiempo. El mismo Sr. Puga, hablando cabalmente de la necesidad de reformar ese Código penal español que, representando un «adelanto gigantesco» para su época, ha venido á caer hoy en un desprestigio y descrédito notorios, dice: «La acción demoledora del tiempo nada perdona, y convierte en censurable lo mismo que *en su sazón oportuna* ob-

ahora con la imposición de castigos á quien se cree que los merece por haber puesto su acción de un modo libre, pueden gozar aquéllos de amplísimas facultades, sin que haya el temor de que por eso peligre la libertad y demás derechos del individuo; por otra parte, las leyes no pueden en modo alguno determinar cuáles habrán de ser las causas de los delitos y los medios de contrarrestarlas, sino que esa determinación tendrán que hacerla en cada caso concreto los mismos tribunales.

5.ª Resulta, pues, que lo que éstos precisan, no son leyes que les tracen la pauta de su obrar; es cultura, es decir, conocimiento de aquella fracción de la realidad con la que tienen que habérselas, y el cual conocimiento será lo que les sirva de regla para su conducta. Por tanto, los esfuerzos de los gobernantes deben dirigirse á formar jueces en lugar de formar leyes penales y de enjuiciamiento, y en aquéllos, no en éstas, es en quienes deben poner toda su confianza.

6.ª De conformidad con lo anterior, es preciso transformar el procedimiento penal que actualmente emplean los tribunales de este orden, y transformarlo, suprimiendo todas las leyes y formalidades que hoy se siguen y que son las mismas para todos los casos, dejando, en cambio, completa libertad también en este punto á los juzgadores. Cada caso tiene su fisonomía especial; cada delito obedecerá á diferentes causas que los otros; cada uno, por lo mismo, exigirá su propio procedimiento para indagarlas y combatirlas. Desde luego, la adopción de

---

tuvo el tributo de sincera admiración.» Si, pues, esa misma acción del tiempo ha hecho y viene haciendo que aun los más refractarios á ciertas ideas y concepciones hayan comenzado, quizá á su pesar y sin darse clara cuenta de ello, á pagarles tributo y á colocarlas en lugar de otras antiguas, incompatibles con ellas, como parece que le ocurre al señor Puga con lo de las causas de la criminalidad, ¿no se deberá dar á cada tiempo lo que sea suyo, y por tanto, no debemos todos, y el Sr. Puga como el que más, protestar contra los sistemas penales anticuados, pidiendo su abolición completa é inmediata?

las convenientes medidas debe ser cosa del mismo tribunal, sin que para tomarlas necesite éste excitación de nadie, ni menos haya precisión de convertir el juicio, que es lo que hoy ocurre, «en un torneo, en que el tribunal sólo hace de juez del campo, para igualar las condiciones y pronunciarse por el más animoso ó el más hábil de los combatientes (1).»

***

Sin querer me he alargado más de lo que creía y de lo que desde un principio me propuse; tengo, por lo mismo, que poner aquí punto y dar por concluído un trabajo que, en realidad, no he podido comenzar, por cuanto nada he podido decir de los distintos problemas de procedimiento criminal que se tratan en el discurso del presidente y en la Memoria del fiscal del Supremo, y que, según más atrás he indicado, constituyen casi la única materia á que tales escritos se hallan consagrados. ¡Es tan grande el número de observaciones que sugiere la lectura de los mismos, tantas las cuestiones á que en ellos se hace referencia, tantos los enlaces que cada punto tiene con con otros, que aun limitándose uno á decir lo menos posible de cada cosa, tiene forzosamente que llenar muchas cuartillas! Si ahora hubiese de fijarme, aun cuando sólo fuese en una de las cuestiones procesales que los repetidos autores estudian—por ejemplo, la de Jurado—dejando aparte todas las demás, mi artículo se haría por lo menos doblemente largo de lo que es y cansaría doblemente al lector. No renuncio, sin embargo, á tratar en otras ocasiones los puntos que los señores Isasa y Puga tratan, y sobre los cuales tengo que callarme ahora mi opinión.

P. Dorado.

(1) Discurso del Sr. Isasa.—Por lo dicho podrá colegirse cuál es mi criterio respecto á las cuestiones que en este discurso toca el presidente del Tribunal Supremo, y de las cuales no puedo ocuparme, como pensaba, por falta de espacio; sobre todo, se podrá suponer cómo deberá resolverse, á mi entender, la pregunta relativa á si en el enjuiciamiento criminal es exacto el principio de que sin acusación no hay juicio posible.

AVENTURAS Y DESVENTURAS DE UN SOLDADO VIEJO

NATURAL DE BORJA.

(CONTINUACIÓN.)

Batalla de Alcolea.—Ni vencidos ni vencedores.—El conde de Girgenti.—Isabel II.—Manifestación monárquica.—Moralidad revolucionaria.—El general más amable.—Políticos civiles y militares.—Voto por primera vez.—Historia de los animales.—Libertad de cultos.—En todas partes cuecen habas.—Versos que hacen reir.

El 27 de Septiembre de 1868 escribió el duque de la Torre, que mandaba las fuerzas sublevadas, al marqués de Novaliches, general en jefe del ejército de Andalucía, lo que sigue, en carta que llevó D. Adelardo López de Ayala:

«Antes que una funesta eventualidad haga inevitable la lucha entre dos ejércitos hermanos; antes que se dispare el primer tiro, que seguramente produciría un eco de espanto y de dolor en todos los corazones, me dirijo á usted, por medio de esta carta, para descargo de mi conciencia y eterna justificación de las armas que la patria me ha confiado..... Sin duda, usted no ignora que el grito de protesta que ha lanzado *unánime toda la Armada* ha sido secundado..... Hay especialmente un punto, sobre el cual no es lícita la equivocación: tal es la imposibilidad de sostener lo existente, ó mejor dicho, lo que ayer existía..... «El marqués de Novaliches contestó desde Montoro que el Ejérciro cumpliría sus deberes, «por muy sensible que le sea tener que cruzar las bayonetas con los que ayer eran sus camaradas..... Si, lo que es de todo punto improbable, la suerte no favoreciese este resultado..... la Historia, severa siempre

con los que dan el grito de guerra civil, guardaría para nosotros una página gloriosa.»

El mismo día 27 recibió el Marqués instrucciones del ministro de la Guerra de que, si los sublevados defendían el puente de Alcolea, situase la artillería, de mayor potencia y alcance que la insurrecta, en las alturas de la izquierda del camino que dominan el puente, y lo enfilasen de revés, cañoneándolo hasta desmontar las piezas del enemigo.—Después le atacaría por ambas orillas.—El general Echevarría atravesó el Guadalquivir el 28, peleó en la dehesa de Pendoleja con fuerzas superiores de Serrano, tuvo 67 muertos, 240 heridos y se le desertaron, después de la acción, el regimiento de lanceros de Montesa y cuatro compañías de cazadores de Alcántara, abandonando los heridos.

Colocaron la artillería para batir el puente de Alcolea; estallaban las granadas entre las tropas leales, ó se enterraban en la arena. El general en jefe, para pasarlo, se puso á la cabeza de un regimiento, fué herido; el combate, que duró diez minutos, se suspendió, y el general Paredes, que tomó el mando, dispuso la retirada, dando fin á la batalla más fatal á España que la de Guadalete. En ésta pelearon moros y cristianos. En aquélla soldados de un mismo Ejército, que se mataban por la ambición de los políticos. Ni de una ni de otra hay parte oficial; aunque lo hubiera no se sabría la verdad. En las acciones de guerra cada uno se entera escasamente de lo que ve. La Historia está cuajada de mentiras. Se duda si la batalla de Guadalete se verificó en la orilla de este río ó junto al lago de Janda, cerca de Veger.

Ya manifesté que en Alcolea venció el telegrama del marqués del Duero, que obedeció el general Paredes. El ejército leal constaba de 12 batallones, cuatro regimientos de caballería, ocho baterías de artillería montada y dos compañías de ingenieros. Le daban al soldado la ración de pan, y con el haber apenas podía comprar tomates ó pimientos. Tan frugales tropas fueron después las de mayor confianza que tuvo el Go-

bierno provisional para apoyar su autoridad contra los republicanos sublevados en Cádiz y Málaga. Era lógico. Serrano encargó manifestasen al conde de Girgenti, marido de la infanta Isabel, que mandaba húsares de Pavía, pondría á su disposición un buque de guerra para salir de España, porque su noble conducta le había granjeado las simpatías del país y del Ejército. Al oirlo, exclamó tranquilo:—¡Buque de guerra... no!...—Tenía razón. Marchó á Portugal con su ayudante, acompañándolos cortesmente el republicano don Estanislao Figueras.

Los poetas, desde Homero, han servido más para hablar que para mandar. Ayala convenció al general Paredes, que ignoraba lo uno y lo otro, entregase sus tropas al duque de la Torre. El militar, falto de ánimo, lo ejecutó. Para que también lo verificase el general Echevarría con las que componían la división de vanguardia, le llevó el amigo de las musas, Mercurio parlamentario, el siguiente escrito:

«Vacante el trono por la voluntad nacional y por la ausencia de la reina y toda su real familia, no existiendo Gobierno de quien usted pueda recibir órdenes, como capitán general y en jefe del ejército de Andalucía, he determinado que se encargue en mi nombre de las tropas el general (tal) para ponerlas á disposición del Gobierno que legítimamente se constituya.»

Los generales y jefes no accedieron, y suscribieron un acta, manifestando á Serrano que, si no se hallaba dispuesto á sostener el trono de Isabel II, capitularían honrosamente y entregarían los soldados á discreción. El duque de la Torre contestó no podía ligar su porvenir en contra de lo que deseaban el pueblo y el Ejército, añadiendo: «Yo he querido entrañablemente á la reina y admirado la magnanimidad de sus sentimientos.» Desde que el general Paredes no acometió segunda vez al puente, como debía, todo era inútil. Los liberales lo derrotaron sin pelear. Se lució. Ayala, defensor de *El Padre Cobos* en el bienio progresista, aspiraba á ministro, y lo

fué de la revolución y de la Restauración: uno de tantos políticos. Desconocía el honor militar, y se opuso, sin conseguirlo, á que á las tropas no vencidas se les concediesen iguales derechos que á las pronunciadas. Después no se cumplió. Izquierdo, el que en 1867 quería exterminar á los liberales en Cataluña, y el 68 en Sevilla, al sublevarse, apuntó con el revólver al capitán general, dijo: «Yo me cortaría la mano antes que firmar ese documento, y pasaría con nuestras bayonetas por encima de ese ejército.» El duque de la Torre lereprendió: único que se portó dignamente con las víctimas del deber.

Los generales fieles á la reina dejaron el mando de la división de vanguardia á un coronel que había prometido antes de la batalla no hacer fuego con su regimiento. El primer decreto de Serrano lo ascendió á brigadier y la Restauración á teniente general.

En Alcolea, como en Vicálvaro, los oficiales fueron engañados. La mayoría creyó que se trataba sólo de cambiar el ministerio, y no se quitaron las hombreras con la cifra de Y. 2.ª hasta llegar á Madrid. Algunos pidieron la separación después de haberlos recibido en triunfo.

Antes de la batalla de Alcolea trataron de sublevar el ejército de Novaliches. El coronel de un regimiento de caballería encontró á un paisano seduciendo á los soldados y lo fusiló en el acto. Si lo hubieran imitado, incluso el Gobierno, no habría vencido la revolución. Desde Adán no hay sino una manera de mandar. Los hombres son siempre lo mismo.

El marqués de Novaliches, después que le hirieron en Alcolea no podía hablar y escribió en una pizarra al ver á un jefe que desapareció durante la batalla:—Fuera, fuera; es usted un cobarde.

Como curiosidad conservo el retrato en litografía del general Dulce con el rótulo *El general Izquierdo*, que publicó un periódico en 1868. No se parecen sino en los hechos. Ambos pasarán á la posteridad.

La manera de que se valieron los revolucionarios para su-

blevarse en Santoña fué inicua. De seguro le habrá remordido la conciencia á alguno de los que lo verificaron. Se separaron dos jefes del valiente y honrado brigadier gobernador de la plaza después de jugar con él al tresillo, dándole las buenas noches. A la media hora lo metieron en un calabozo y habían pronunciado la guarnición, ayudados de otros dos jefes. Los cuatro llegaron á generales. El víctima, que desde entonces huye de hablar con militares, no pasó de la que era. Nació en Aragón. Los de este país ascienden poco; no se doblegan. En 1881, de 226 generales que había en el Ejército, sin incluir los brigadieres, sólo tres eran aragoneses; hijos de militar nacieron por casualidad en Zaragoza.

En el siglo XIX no pasaron de cuatro los naturales de Aragón que llegaron á ministro. Uno de ellos, el calumniado por los liberales, D. Francisco Tadeo Calomarde. Ojalá hubiera muchos como él.

Los Gobiernos que no saben ó no quieren combatir á los enemigos de las monarquías ó repúblicas, son como los padres de familia que dejan robar y asesinar á sus hijos. Ni lástima causan. A los últimos ministros de Isabel II, la historia no se la tendrá.

Para marido de Isabel II debieron buscar un hombre de valor, talento y prestigio en el Ejército, que refrenase la ambición de los políticos militares y civiles. La historia juzgará severamente á los que para dominar á la joven reina, que tenía buenos instintos, nobleza de corazón y generosidad, la proporcionaron distracciones con el objeto de establecer el despotismo ministerial que llamaban Gobierno representativo.

Cuentan que la reina se empeñó en conocer al hermoso niño de un cortesano. Éste se excusaba porque el chico, que pasaba la vida entre lacayos, juraba más que un carretero y temía cometiese alguna indiscreción. Insistió la reina, le llevaron el niño después de prepararlo, y le encargaron no hablase una palabra; le preguntó la soberana después de besarlo:—¿Te gustan los dulces? ¿Quiéres mucho á tu mamá? ¿Deseas tener

juguetes?—El chico no desplegó los labios.—A este niño los pájaros le han comido la lengua, añadió el rey.—Al oirlo, el muchacho soltó una interjección de mayor calibre; su padre escapó con él mientras la reina reía á carcajadas.

Yo, que de chico ni á la fuerza vitoreé á Isabel II por lo mismo que los patrioterillos de mi pueblo me amenazaron con arrojarme al río si no lo verificaba, de militar, aunque no me hicieron justicia durante su reinado, siempre la fuí leal, respeté como á jefe del Ejército, y confieso la tuve cariño por lo mismo que nada recibí ni esperé de ella. Me indignaba durante la revolución oir á los ingratos que la habían explotado llamarla por desprecio Doña Isabel. La suprimían el título de reina, ya que no podían el de señora. Si Isabel la Católica, mujer poética y sublime, no hubiera tenido marido como Don Fernando de Aragón, uno de los más grandes monarcas en valor, talento y carácter, se habrían burlado de ella los grandes y pequeños de Castilla. Inconvenientes de que reinen hembras, y más en tiempos de revueltas. Siempre que repetían la real orden diciendo: «S. M. ha visto con desagrado que se llevan á las guardias las mantas de provisión»; pensaba yo, ¡qué ha de ver!, si lo supiese les compraba una á cada soldado para que se abrigasen y durmieran con más comodidad. La excesiva generosidad de la reina era su mayor defecto. No tenía idea del valor de la moneda. Uno de los mendigos de levita que la acosaban le pidió *veinte mil duros;* antes de entregarlos los pusieron en plata sobre una mesa, admirándose la señora de ver tanto dinero junto.

En España, á la inmensa mayoría de la Nación es indiferente la clase de Gobierno. Paga y calla. Su desgracia es no aplastar á los políticos. En 1868, los carlistas odiaban á la reina; los moderados, monárquicos de pega, se hacían antidinásticos cuando no mandaban, y los unionistas, porque cayeron del poder, después de degollar á los progresistas y republicanos se juntaron con ellos. Todos, por comer, habrían entregado el alma al demonio.

Isabel II reinó treinta y cinco años justos. Su destronamiento era inevitable si sublevaban una parte del Ejército por medio de la disciplina y toda la Armada española, la cual al verificarlo no dió muestras de gran valor, segura de la impunidad. Si fracasaba el pronunciamiento, los jefes habrían abandonado los barcos en puertos extranjeros, esperando el indulto pronto y completo. Al año de haber echado á la reina dijo ésta en París á un vicealmirante, caballero y leal:—Recuerda á los marinos lo mucho que los quiero. «V. M. ama á prueba de desdenes,» replicó el general. Desde que recibió con afecto á sus acérrimos enemigos, incluso á su cuñado, soy monárquico á pesar de los monarcas. Nada.

La opinión general del país era contraria á que reinara el Duque de Montpensier. Hacía yo colección de sortijas, me trajeron una preciosa por su valor intrínseco, regalo del referido personaje, con las letras A-O-L-F. Para que no destruyeran un objeto de arte propuse la adquisición á varias señoras. La rechazaron. *Desgabaché* tan bonita alhaja pensando que las cifras lo mismo podían decir *Antonio Orleans-Luisa Fernanda* que *Aragón Odia Los Franceses* y me la quedé. En cuanto se enteraron las damas también la querían.

Una de las primeras medidas que tomó la revolución fué disolver la Guardia rural que se acababa de crear. Convenía á los ladrones.—Lo mismo quisieron hacer con la Guardia civil en 1854.

El 7 de Octubre de 1868 llegó Prim á Madrid. ¡Qué ovación! exclamó un compañero mío.—Jamás he visto otra mayor; del domingo de ramos al viernes santo van pocos días; luego tratarán de matarle, añadí.—Así sucedió.—Si cuando le tiraron piedras en la puerta de Alcalá vuelve la espalda á la chusma vil y cobarde, no llega al ministerio de la Guerra; le arrastran. El pintor francés Regnault hizo el retrato ecuestre del conde de Reus. Este rechazó la pintura porque el artista lo puso rodeado de pillería al entrar en Madrid y refrenando el caballo, lo cual indicaba miedo. El cuadro se halla en el museo de Luxemburgo.

Prim no se fiaba de sus compañeros de conjuración. Mientras vivió en la calle del Barquillo, aunque había en ella tres puestos militares, tenía Guardia civil en su casa. Aspiraba á la dictadura, para la cual servía como ninguno, y sospechaba habría demagogos que tratasen de impedir se colocara en la cima.

El populacho no ha variado desde Barrabás. Riego en la capilla preguntó á su defensor: ¿conque el pueblo el día de la vista de mi causa pedía á gritos mi muerte? Tres años hace que me llevó en triunfo. Ley inmutable de las revoluciones que se hacen más por ambición que por corregir abusos.

Por curiosidad asistí á la manifestación monárquica que se verificó en el patio de las exreales caballerizas de Palacio. Hablaron fogosamente encareciendo las ventajas que resultarían del destronamiento de los Borbones y del definitivo triunfo de la libertad. No nombraron la fraternidad persuadidos que se romperían pronto la crisma unos con otros, ni la igualdad por no recordar se habían sublevado por mandar y ser más que antes. Se despacharon á su gusto, Olózaga, Martos y Vega Armijo. Este, que había sido ministro de Isabel II, levantó las manos cerradas con los índices extendidos y exclamó: «queremos una monarquía hereditaria» le interrumpieron los republicanos gritando: abajo, fuera, fuera, sin dejarle continuar. La manifestación se disolvió y los caídos—yo nunca he estado levantado—nos bañamos en agua de rosas. Temí que terminara la función como el Rosario de la Aurora; á farolazos. Cuando salíamos del patio de caballerizas, á los que fuimos por ver merecíamos nos pusieran una cabezada, me dijo aquel afortunado que sin meterse en nada salía bien en todo y que me visitó cuando me hirieron el 54.—Me alegro encontrarte; eres monárquico. — Sí; pero no como tú, de Montpensier. Antes que un francés la república.—Hemos de pasar por ella. Cuanto más pronto mejor, le repliqué.

Los revolucionarios, á pesar de sus ofertas de moralidad, no corrigieron ningún abuso en el Ejército. Los aumentaron espantosamente. Hicieron á dos niños capitanes de caballería,

mientras daban de baja en el regimiento infantería del Rey á otro, el sargento Alfonso de Borbón, príncipe de Asturias. Concedieron el empleo de intendente militar á un paisano, y nombraron coroneles de infantería á un fondista, un carnicero, y á un cabo de carabineros. Ví al famoso Caletrus, cabecilla carlista el 47, el que asesinó á los infelices soldados del destacamento de la Llacuna; los moderados le reconocieron el empleo de comandante, deshonrando el uniforme de coronel de Infantería.

Ya dije sentaron plaza un paisano de coronel de la Guardia civil y otro de carabineros. Este se hizo célebre. Tomó la paga en cuatro comandancias, y al rechazar los cargos, dijo:—Esos son papeles; no sirven sino para.....—Le mandaron formar un expediente sobre un alijo, y advirtió á los que habían recibido dinero se marchasen y le evitaran el trabajo de escribir. En un Consejo de guerra se presentó en mangas de camisa, y al oir que el traje no era decente, replicó: — Tan coronel soy vestido como encueros.

Los moderados y unionistas, lobos de la misma camada, concedían el empleo de oficial en las Armas generales á los hijos de los prohombres de su partido y á los chicos de las amigas. Después los iban empujando, con perjuicio de los siempre desheredados. A los de la Gloriosa, además del empleo de coronel que concedieron á varios paisanos, se lo dieron á cuantos capitanes les ayudaron el 66 y 68. A los procedentes de Artillería los destinaban á la despreciada Infantería. Muchos llegaron en seguida á generales; para que sirviera de ejemplo á las generaciones venideras, la Restauración, hasta el presente, ha seguido favoreciéndolos. A ellos se puede aplicar el cuento del cadete que acompañaba todos los días á pescar y llevaba la caña al coronel de su regimiento. Lo hicieron alférez, no acudió á la diversión, lo llamó el jefe, y le contestó:—Diga usted al señor coronel que yo ya pesqué.

A los que habían separado del Ejército por delitos asquerosos, la Revolución premió espléndidamente y colocó en los

mejores destinos. Se desprestigió tanto la milicia, que leí en un periódico: — «Ahí está un oficial, dijo una criada. — Si es de los nuevos, que pase á la cocina, añadió la señora.»

Contaban que á un capitán cargado de hijos le dejaron de reemplazo; acudió al director de su arma, y le dijo: — Me han separado del regimiento sin causa. — ¿Cómo se llama usted? — Fulano. — ¡Ah! Sí; por poco liberal. — Porque lo era mucho me echaron del Ejército otra vez, por orden de V. E. Ya no sabemos cómo arreglarnos, añadió el oficial, enseñando un oficio. — En el acto le volvieron á colocar.

El mismo general, antiguo absolutista, preguntaba á los militares revolucionarios: — ¿Ha estado usted emigrado ó en presidio? — como gran mérito para concederle pronto lo que pedía, aunque fuese la luna.

Un marqués, listo y despreocupado, dijo á un general que recorrió la escala política desde el absolutismo á la república para alcanzar los tres entorchados, sin conseguirlo: — Te recomiendo al comandante don... — ¿Es liberal?, preguntó el militar. — Como tú y como yo, contestó el civil.

Los políticos civiles de todos los partidos, después que los militares son causa de que lleguen al poder, los desprecian. Temen lo que ellos llaman militarismo. Todos los pronunciamientos fracasan si los oficiales y soldados no son conducidos al matadero por la subordinación y disciplina. No se habrían repetido si, desde Riego á los jefes de motín, en lugar de premiarlos y declararlos héroes, les hubieran escupido á la cara ó establecieran una ley concediendo el sueldo del empleo que tenían al que los matara.

El duque de la Torre, siendo jefe del poder ejecutivo el 30 de Marzo de 1869, dijo en las Cortes de la Revolución: «El Ejército no se ha sublevado nunca; jamás ha conspirado. Los que nos sublevamos somos los generales... Yo sé de generales que se sientan aquí (aludía á Contreras), y á quien estimo mucho (él estimaba á todo el mundo), que predican públicamente á las turbas contra la Ordenanza militar».

Serrano, el 66 peleó contra los sublevados en Madrid, contribuyó á que fusilasen á los sargentos que cogió, y el 68 ascendió á capitanes á los que el 22 de Junio se le escaparon.

Opinaba Serrano era justo se sublevasen los generales por la libertad, pero no que Contreras y Pierrad pensaran lo mismo para llegar á su altura. —«La clase más distinguida de la nación, exclamaba, es la de oficiales generales. De ahí han nacido todas las aristocracias. Pero esa clase debe estar sujeta á la Ordenanza, obedecer al rey y al Gobierno.»

Imposible compaginar ideas tan contradictorias en una persona cuerda, amabilísima; se hacía querer de sus enemigos. En 1883 comí con él en casa de... Me preguntaron: — ¿Le conoce usted? — Sí; desde 1837, que era un hermoso y valiente capitán de caballería, contesté. — ¿Lo presento al duque? — No. — Tal vez observaría huía de su lado, y dándome la mano me dijo: — Aunque nadie me presenta á usted, lo hago yo. Quiero ser su amigo. — Desde entonces, por obligación y educación, tenía que saludarle.

No sólo se ha sublevado el Ejército español. Lo verificó el inglés. Los escoceses vendieron á Carlos I por 40.000 libras que les dió Cronwell, el 30 de Enero de 1647. El Ejército francés se sublevó, abandonó ó no defendió á Luis XVI, la primera república, Napoleón, Luis XVIII, Carlos X, Luis Felipe, segunda república, Napoleón III, y si continúa el régimen republicano, es porque el último Borbón y los Orleans no servían para monarcas, ni ha salido un general con gloria y prestigio que se haga emperador.

El gran poeta D. Pedro Calderón, clérigo y antes militar, marca lo que debe observarse para que no se repitan las sublevaciones:

SOLDADO. **Si á quien no te ha servido**
honras, á mí, que fuí causa
del alboroto del reino,
y de la torre que estabas
te saqué, ¿qué me darás?

SEGISMUNDO. **La torre, y porque no salgas**

de ella nunca, hasta morir
has de estar allí con guardas;
que el traidor no es menester
siendo la traición pasada.

(*La vida es sueño.*)

Entre los paisanos abundan más que entre los militares los chupópteros sin pudor.

Un periódico decía el 68, aludiendo al autor de una zarzuela silbada:

«¿Conque el señor de.....
Se ha pronunciado también?
Si es por conservar el momio
Hizo mal, pues no hay de qué.»

La Restauración lo premió con otro momio colosal. La máxima del filósofo chino ó cochino: «Para ser feliz no tener vergüenza».

Rodríguez Rubí, ministro de Isabel II, dice en *El gran filón:*

JACINTO. «Por vida de Marco Tulio
Julio César, ¡el gran Julio!
No fué más honrado que él.

ADÁN (*ministro de la Guerra*).

A este oficial no le he dado
ni un grado ni un empleo.

JACINTO. ¿A Julio César? Lo creo:
pero no ha escrupulizado
en tal noche de placeres,
y á instancias de una condesa,
nombrar en la sobremesa
treinta y cinco brigadieres».

El autor copiaría la escena del natural cuando mandaban sus amigos políticos. Llamaría Adán al ministro de la Guerra por la envidia que tienen los civiles á los militares. En éstos, como pasan revista de policía, no hay tantos adanes como en aquellos. La revolución nombró gobernador de provincia á un

mayoral de diligencia, intendente de la fábrica de moneda á un arroje de teatro, magistrados á tontos leguleyos y ministros plenipotenciarios á gente sin oficio ni beneficio.

Cervantes pone en boca de Don Quijote: «Bien se conoce, Sancho, que eres villano, y de aquellos que dicen viva quien vence.» En las revoluciones los que más desprecio merecen son los explotadores de todas las épocas, que varían de partido por conveniencia propia. El crímen más abominable es la felonía. La inquisición no perseguía á protestantes, judíos y moros, sino á los que se fingían católicos sin serlo. Los traidores á la patria toda, los que se han pasado á los insurgentes en Cuba ó Filipinas, los peninsulares que ayudan hasta platónicamente al enemigo, merecen los tormentos que inventó el Dante. En 1868 quise que me grabaran ó litografiaran un árbol genealógico poniendo en el tronco á Judas, en las ramas al conde D. Julián, obispo D. Opas, Vellido Dolfos y á los modernos que no quiero citar. No encontré quien lo dibujara.

Los revolucionarios, si no es algún iluso, jamás lo son por las ideas. Si les hubieran dicho: «Continuareis en la misma situación exponiendo vuestras vidas sólo por la honra de haber conseguido la victoria, habrían permanecido indiferentes. Algunos á la ambición unían el deseo de vergarse. Don Blas Pierrad, aristócrata, flautista, brusco y absolutista furioso, porque O'Donnell en la guerra de Africa no le dió el mando de la caballería, se volvió republicano rabioso. Fué el único general que capitaneó á los insurrectos el 22 de Junio de 1866. Durante la refriega se le cayó el caballo, y el 68 infinitos patrioteros pidieron empleos por haber ayudado á levantar al animal.

El gobernador militar de Madrid, Miláns del Bosch, nos reunió á los jefes y oficiales que nos hallábamos de reemplazo, mártires, más numerosos que los innumerables de Zaragoza, aconsejándonos que para las Cortes Constituyentes votásemos á Prim, Serrano y Topete. Harto de ellos, hasta los carteles de los teatrillos servían sus nombres de reclamo para atraer bo-

balicones repitiendo: «Los generales libertadores honrarán con su presencia la función»; voté por primera y última vez en mi vida: á Novaliches, Cheste y Calonge. Los militares en activo no deben ser electores ni elegibles. Opino por que los capitanes generales y tenientes generales obtengan la senaduría por derecho propio, y, como los arzobispos, no se mezclen jamás en cuestiones de partido, sino en las que afecten al Ejército ó á la defensa de la patria.

En 1868, aunque en menor escala que en el bienio progresista, también se crearon batallones de nacionales. La institución pasaba de moda afortunadamente. Los voluntarios de la libertad, en su mayoría pobres jornaleros, cubrieron la carrera al abrirse las Cortes de la revolución. Durante tan solemne acto se alarmaron, les entró el pánico, echaron á correr, se metieron por los escaparates de las tiendas ó vidrieras de los cafés, y como arrojaron las armas, les llamaban *tiradores de fusiles*.

Decía un albañil aragonés que las moscas, en color blanco ensucian negro, y en negro blanco. Como los políticos: todo lo manchan, pensé yo al oirlo.

Hace cincuenta años leí en la *Historia de los animales*: «Los reptiles son seres anfibios que ora parecen pescados ora cuadrúpedos; justamente como los camaleones políticos, que según sus intereses, gritan unas veces ¡viva el rey!, y otras ¡viva el pueblo!, seres que rechazan y desprecian todos; fríos, odiosos, egoístas que se arrastran por el cieno de las revoluciones y derraman sus ponzoñosas calumnias sobre todo lo que se opone á sus designios execrables.» Mejor retrato de los políticos no puede hacerse. No cito el autor porque es francés.

En la vejez sigo odiando á los gabachos. Ellos nos han hecho y harán el daño que puedan, alegrándose nos arruinemos en las guerras de Ultramar para deminarnos ó tenernos falsa lástima, y más al ver que en buques propios hemos llevado 200.000 soldados á Cuba, lo cual no ha verificado hasta ahora Nación alguna sino la pobre y débil España. Unirnos con Fran-

cia, jamás. Se cree más que nosotros, olvidándose que nunca hemos recibido palizas como las de Pavía y Sedán. Del otro lado de los Pirineos siempre nos ha venido la desgracia. El despotismo con Felipe V y el liberalismo con la revolución. En España, y más en Aragón, hemos amado la libertad y practicado la democracia basada en el Evangelio.

Los afrancesados, traidores á la patria, eran liberales y masones. Ellos y el oro americano promovieron la infame y cobarde rebelión de Riego, causa de nuestras desdichas pasadas y presentes. Persiguieron la religión y engendraron las guerras civiles, los pronunciamientos, el anarquismo, y los políticos, alimañas que es preciso descartar, ó sean los que sin méritos ni servicios aspiran á ministros, generales, magistrados, gobernadores y sobre todo á empleados en las Antillas ó Filipinas, para enriquecerse á toda costa, rehacer la fortuna y volver á perderla. Los hubo que para ocultar el robo y no llamar la atención con su insolente lujo, compraban en secreto el premio gordo de la Lotería en mayor cantidad y lo cobraban, dando al acto gran publicidad para aparecer que eran legítimas sus robadas riquezas. Hipocresía en su grado máximo, inspirada por Satanás.

Decíamos ayer, plagiando á Fr. Luis de León, que al salir pitando de la Dirección de la G. C. me largué á mi casa de la calle de la Luna y quedé á la de Valencia, ó sea de reemplazo, por no haber conspirado, ni platónicamente, á favor del Gobierno provisional. Este se formó en Madrid, no por el voto de la Nación, que siempre se ignora, sino porque lo asaltaron los más osados. Debí seguir el consejo de la baturra á su hija, que la decía, para que no se quedara sin novio: «Lo mejor es estar á dos *virtientes*, como tejado de iglesia.»

Huyendo de la tolerancia política de mis caros vecinos los mercachifles de la calle de la Luna, Jesucristo echó á latigazos á sus colegas del templo, me trasladé á la del Piamonte, donde vivía el capitan general marqués de Novaliches, víctima, como yo, de los liberales. Por eso y porque observé durante

la Gloriosa que al conmemorar las patrioterías iba desapareciendo el número de colgaduras desde la plaza de Antón Martin, foco principal, á proporción que me acercaba á nuestra calle, donde no se veía un pingajo, llamaba á ésta la de los *liberalicos*. En mi nueva habitación se verificó á los seis años un acontecimiento histórico. No adelantemos los sucesos, como dicen en las novelas mal escritas.

Reconocí el Gobierno de hecho; el honor militar me impedía trabajar contra él; me propuse no solicitar colocación ni aceptarla aunque me la ofrecieran si no me lo mandaban de oficio. No me arrepiento de haber sido un solemne majadero. Genio y figura hasta la sepultura. En un aragonés, más.

En España los liberales han sido intolerantes y opuestos á la libertad. No había más que una religión y la atacaban. Querían la libertad de cultos y perseguían al católico, que era el de la generalidad inmensa de los españoles. El clero secular y regular salía del pueblo: durante las Comunidades de Castilla y en la guerra de la Independencia tomó parte por él. El año 20 lo insultaron, el 34 lo degollaron, á las monjas robaron sus bienes y con las pobres en 1868 cometieron iniquidades. Yo ví cuando en Madrid las expulsaron del convento de San Fernando, calle de la Libertad, para convertirlo en teatrillo. Una monja muy guapa y valiente les dijo á los voluntarios de la libertad que llevaron á cabo tan gran hazaña, que sólo se atrevían con infelices mujeres. La hubiera dado un abrazo.

Cuando más exaltados estábamos los antirrevolucionarios contra la libertad de cultos, que llamábamos libertad de brutos, me preguntó una vieja, en la calle de San Bartolomé, por la capilla protestante establecida en una cuadra, en cuya puerta el sacristán lucía por bonete el kepis de voluntarios de la libertad. En lugar de contestar la dije:—¿Ha cambiado usted de religión á última hora?—Por dinero, me respondió. Daba asco.

Hubo madres que después de recibir gratificación del pas-

tor luterano, llevaban á sus hijos á la iglesia católica para bautizarlos. La revolución protegió, no la libertad de cultos, sino el ateismo, la impiedad. Los liberales trataron de propagar la masonería en el Ejército y Armada. En ésta hicieron más progresos. Sólo porque el intruso José Bonaparte y los afrancesados la introdujeron en España, debía odiarse. En 1896 es el medio de que se han valido los traidores para la insurrección de Filipinas. Como no puedo ocultar mis pensamientos, nadie me ha propuesto ser conspirador ó masón. En 1851 me dijo uno en La Línea, creo que en broma:—¿Quiere usted pertenecer á la logia masónica de Gibraltar?—¿Se puede salir después? le pregunté.—No.—Amo la libertad. Jamás entro en ratoneras aunque las tapicen de oro y seda.

Desde 1704 están haciendo los protestantes ingleses propaganda en el campo de Gibraltar; en 1860, que estuve en él por última vez, no habían conseguido nada. En 1869, me dijo un militar de poco pesqui, señalando el escaparate de una librería protestante:—Eso nos perderá.—Aquí pocos leen la Biblia, y menos la entienden; trabaja inútilmente la iglesia anglicana —le contesté.

Refiere mi paisano D. Vicente de la Fuente en su *Historia de las Sociedades secretas* que un comunero arrepentido le contó que en el acto de la recepción, entre otra de las escenas grotescas, le mandaron se cubriese con el escudo de Padilla: al dirigir los comuneros sus espadas contra la rodela un cerrajero fornido, apoyaba la punta del estoque con tal fuerza, que le hizo retroceder, y temiendo le sacara un ojo le dijo por lo bajo: «No aprietes tanto, que el escudo es de hojadelata.» Antes creía que las sociedades secretas eran farsa ridícula para sacar dinero á los tontos. Si sus actos son buenos no deben ocultarlos. Si los masones son traidores á la patria deben exterminarlos.

En los pueblos pequeños, mejor que en los grandes, se conoce el móvil de los pronunciamientos. Los que se dedican á la política aspiran á comer sin trabajar. En 1868 la caída de la

monarquía y el triunfo de la libertad fué un pretexto. Si á los progresistas vicalvaristas ó demócratas hubiera llamado Isabel II, quedaran tan satisfechos. En Borja el más osado de los políticos de aldea asaltó la administración de rentas; solicitaban muchos la de correos y la sortearon. Un escribiente, yo dije un año antes sería gobernador civil, y adiviné, paseó una bandera con el lema «abajo las quintas.» Encargó á los muchachos repitiesen sus gritos, y mal ensayados, cuando él vociferaba ¡viva la república! repetían: ¡muera! Si exclamaba ¡mueran los Borbones! se desgañitaban los chicos berreando: ¡vivan! A duras penas consiguió que el coro chillase acorde. ¿Quiénes son los Borbones? preguntó un baturro: y le respondió otro: *los ceviles*. El que agitaba el trapo para pescar á río revuelto era listo: fué diputado, delegado por las Cortes en 1873 para averiguar el estado del ejército del Centro, quería sostenerse en la posición adquirida, le encontré en Madrid el mismo año, calculó que la federal era una estupidez, y á mí, que antes de la revolución me creía un ogro partidario del obscurantismo, dijo:—Sólo con las ideas de usted puede haber orden, libertad y patria.—Al oirle exclamé á estilo baturro: *¡Cascucho!*—Un oficial que volvía de la emigración repitió tantas veces en 1868 que se había mantenido con patatas, que le interrumpió un aragonés:—¡Mía que cosa! yo me las zampo todos los días.—Los progresistas de Ainzon se reunían con los de mi lugar en un ribazo donde había mucha hierba. Pasto que algunos merecían. Sobre todo un pariente mío. Mandó colar varios lienzos pintados al óleo, que heredó de nuestro abuelo, para tapar los cuévanos de vendimiar. El 68 progresó, y creyendo que el republicano debe ser ateo, al pasar la procesión del Corpus se encasquetó un gorro frigio. Ya de muchacho dió á conocer lo que valdría de grande. En lugar de estudiar pasaba el tiempo durmiendo. Una tarde que se acostó vestido y sin botas, sus compañeros le cortaron las puntas de los calcetines; los deshicieron y al despertar se los entregaron convertidos en ovillo.

Un tendero de mi lugar dijo á una señora para mortificarla: —Mire usted la bandera de la república.—Ella, sonriéndose, le replicó:—Recuerdo perfectamente cuando su padre llevaba la de los realistas en tiempo de Fernando VII.

En la casa de la ciudad de Borja existen los retratos al óleo de cuerpo entero y tamaño natural de los reyes, desde Alfonso I el *Batallador*, menos el de Carlos IV, que rompieron á puñaladas en 1808. Los amotinados en 1868 gritaron que les arrojasen el de Isabel II para quemarlo, incitados por los demócratas que deseaban ser aristócratas. A uno del Ayuntamiento se le ocurrió decirles desde el balcón del Municipio: ¿No tenemos aquí los retratos de los valientes reyes aragoneses? Les tocó la cuerda sensible y la pintura de Fierros se conserva. Al ver tan curiosa colección, un juez del partido exclamó:—Estos señores serán los hijos notables del pueblo. Ni siquiera conoció á Fernaddo VII. ¡Qué borrico!

Uno de los cuentos que más gracia me hicieron cuando leí el Quijote en 1838 fué el de las monteras de Sancho. Por entonces oí que en Zaragoza apareció años antes un pasquín que decía: «Torrente, Sarte y Dulong, tres ladrones son.» Eran sastres. Observó un aragonés rico que en la capital de Aragón habían tomado mucha parte los sastres en la revolución del 68, y no quiso hacerse ropa hasta que entró Alfonso XII en Madrid. A los treinta años que me vestía un sastre le pregunté: —¿Nos llevan ustedes más á los que pagamos al corriente?—Sí, señor; por lo que no cobramos de otros, me contestó. Le volví la espalda.

El año 68, un escribano político dijo para adular á las ilustradas masas de un pueblo de Aragón:—A mí me gusta mucho la gente baja. Los baturros, ofendidos, le silbaron, llamaron *pedricador* y gritaron:—Más altos que tú, aunque no tenemos pesetas.

Sin nada que hacer, se aumentó mi manía de coleccionar. Vago por medida revolucionaria, reunía versos compuestos por oficiales que exhalaban sus quejas contra la gloriosa.

UNO DE TANTOS

«Al teniente Romero Maldonado
Le habían degradado
Por lo que no refiero:
El tal Romero, empero,
No obstante, y á pesar del entruchado,
Acaba de obtener un entorchado.»

AL PUENTE DE ALCOLEA.

«Quisiera ir á Andalucía
No por admirar su vega
Ni sus hermosas mujeres,
Que diz que el alma enagenan,
Ni por ver á la Giralda,
Ni la Alhambra celebérrima,
Ni por beber manzanilla,
Ni por cantar malagueñas.
¿Sabéis por qué? Por c...
En el «puente de Alcolea»

Buenos ó malos nos hacían reir.

UN SOLDADO VIEJO.

LOS PROBLEMAS DEL FEMINISMO

I

TRABAJOS RECIENTES SOBRE FEMINISMO

Uno de los movimientos sociales más notables de cuantos se han producido en la historia, es el que gradualmente se desarrolla á la vista de la generación presente. No se halla éste circunscrito á un país determinado, antes bien se manifiesta en todas las naciones sometidas al influjo de la civilización occidental. Trátase de una revolución, pero de una revolución sin violencias, ó, como decía uno de nuestros amigos, de una revolución sin «R». Las fuerzas que la impulsan son de tres clases: físicas, morales y económicas; pero las fuerzas físicas que aquí obran no son las que levantan barricadas ó hacen estallar cartuchos de dinamita; sería más propio compararlas con el impulso silencioso é irresistible de la marea que sube. Los promovedores de esta revolución han sido pensadores políticos y entusiastas religiosos: en su auxilio han acudido después los inventores y los ingenieros, cuyos talentos mecánicos, transformando las industrias, han puesto la independencia económica al alcance de los millones de mujeres que figuran en el mundo industrial. Porque ya se comprenderá que la revolución pacífica de que hablamos, es la que

poco á poco modifica la condición política, educativa é industrial de la mujer en la sociedad» (1).

Así empieza un interesante trabajo sobre el *Movimiento feminista en Inglaterra*, la insigne dama M. Garrett Fawcet, hija del eminente economista del mismo apellido, y una de las que hoy se hallan al frente del movimiento feminista inglés. Y así es en verdad. Lo que con más ó menos propiedad se denomina *movimiento feminista*, es hoy una de las más universales preocupaciones en el mundo culto. Así lo reconocen todos, desde los que, como la escritora citada, son defensores y propulsores de cuanto ese gran movimiento significa, hasta los que de antiguo representan las tendencias contrarias, y que en el fondo juzgan como *ridículas* las llamadas reivindicaciones *feministas*. Sin ir más lejos, pocos días ha que un periódico, tan caracterizado por sus tendencias nada revolucionarias en ningún sentido, como *Le Figaro*, escribía en su editorial, bajo la etiqueta del sucesor de Magnard, las siguientes significativas palabras: «Por ridículas (!) que sean, dice, las reivindicaciones femeninas, por mucho que les perjudique á menudo la forma bajo que suele presentárselas, es imposible negar el progreso que las ideas de emancipación parcial hacen, aun en los países que parecían más particularmente refractarios á semejantes novedades»; y después de indicar algunas reformas logradas «merced á la tenacidad puesta á su servicio, por personas muy respetables», el periodista de *Le Figaro*, que unas líneas más arriba llama *ridículas* á las reivindicaciones feministas, acaba por simpatizar con el movimiento y por aplaudir la moderación con que se conducen sus más ilustres propugnadores (2).

Sería ciertamente una pretensión irrealizable, dentro de los límites de este artículo, señalar todos los datos que acusan

(1) *Le mouvement feministe en Anglaterre. Revue politique et parlamentaire* (Agosto 1896).

(2) *Le Figaro* del 10 de Septiembre de 1896.

la gran importancia y la gran voga actual, del movimiento *feminista*. Sin perjuicio de referirme á cuantos convengan en el discurso de estas indicaciones, como argumento de hecho, favorable á las apreciaciones que dejo copiadas, y que justifica plenamente el deseo de llamar la atención de los lectores de LA ESPAÑA MODERNA hacia el asunto, bastará decir que, apenas si hay publicación periódica, de las innumerables que ven la luz pública en Europa y en América, que no dedique muchas de sus páginas, ya á discutir los problemas que el *feminismo* plantea, ya á consignar los grandes progresos que este movimiento social realiza en todos los pueblos cultos. Aun sin fijarnos en aquellas revistas que, como la *Revue feministe*, tienen por objeto principal y permanente la propaganda de todo cuanto al mejoramiento de la condición de la mujer se refiere, en las revistas de cultura general, y lo que es más significativo, en las revistas de carácter especial, como revistas políticas y jurídicas, se tratan y se discuten los problemas del feminismo con verdadera insistencia. No tengo á mano un gran número de estas publicaciones, por más que fácil me sería hacer una nota comprobatoria de mi aserto con sólo pasar la vista por los resúmnes de los sumarios tan completos que en sus páginas insertan la *Review of Review* y la *Revue des Revues*. Pero aunque sea ciñendo mis indicaciones á algunas de las pocas revistas de que por el momento puedo disponer, he de citar unos cuantos trabajos publicados en ellas, dándose el caso raro de que apenas si ha llegado á mis manos una sola revista, en estos últimos tiempos, que no inserte un artículo referente al tema de que hablamos.

Ahí está, por ejemplo, en la *Revue politique et parlamentaire* del mes de Agosto, el artículo, ya citado, de la señorita Fawcet, y en el del mes de Septiembre otro del Sr. Pascaud sobre *El derecho de la mujer casada á los productos de su trabajo*, con más las *Notas sobre Australia* del Sr. Maistre, relativas á las últimas manifestaciones del feminismo político en aquellas comarcas. Ahí están los preciosos estudios de la se-

ñora Bentzon en la *Revue de Deux Mondes* sobre la mujer americana, y los de P. Leroy-Beauleau sobre el feminismo en Australia; el artículo de Clotilde Dissart sobre el *Congreso feminista de París de 1896*, en la *Revue internationale de sociologie*, del mes de Julio; el notable artículo del Sr. Villey, sobre *Los derechos de la mujer*, en la *Revue du droit public et de la sciencie politique* (número de Julio-Agosto); el del Padre Cornut, en los *Etudes religieuses* (Agosto), *A propósito del Congreso feminista*; el de la Sra. Marion Mulhall, acerca de las *Escuelas técnicas para jóvenes*, publicado en la *Contemporany Review*; el de Ludw Kuhlenbeck, sobre *la mujer alemana y la reforma del Código civil*, en la revista *Kritik*, y por último, para no alargar más esta cita, el artículo de nuestro compatriota el Sr. González Serrano, sobre el *Feminismo*, publicado en *La Ilustración Española y Americana* en el pasado Julio. Esto sin contar con los repetidos Congresos que se celebran en los países que no se han mostrado, desde el primer momento, muy entusiastas del movimiento favorable á la emancipación femenina; v. gr. el Congreso feminista celebrado en Abril último en París, y el que se celebra ahora precisamente en Berlín (1), Congreso este último del que hasta *Le Figaro* espera «una ó dos reformas» en el orden legislativo.

Sin pretender estudiar el asunto con todo el detenimiento que requiere—lo que exigiría un libro de numerosas páginas—y tomando como base especialmente los trabajos citados más arriba, así como las manifestaciones hechas en los Congresos, voy á indicar brevemente lo que el *feminismo* supone, y además los progresos realizados por sus defensores en los principales países, tanto en aquellos que, como Inglaterra, Estados Unidos y Australia, se mostraron, los dos últimos sobre todo, favorables á la causa de los derechos de la mujer, cuanto en aquellos otros que, como Francia y más aún Alema-

(1) Del que hablaremos en otro artículo.

nia, no revelaron entusiasmo ni gran simpatía por dicha causa. Para proceder con el orden debido, se hablará primero del feminismo, apreciando su significación, sus fórmulas radical y conservadora, y sus causas, y se dejará para tratarlo por separado el tema de los *progresos del feminismo.*

II

LAS DIRECCIONES DEL FEMINISMO.—FEMINISMO RADICAL Y RADICALISMO FEMINISTA

Aunque la palabra FEMINISMO *se salga del cuadro* de nuestro idioma, no encuentro otra que exprese lo que de un modo general expresa; así que, sin discutirla y sin detenerme siquiera á ver si diríamos mejor *femenismo* que *feminismo,* la acepto y paso á definir su significado. En concepto de todos, *feminismo* sintetiza, en un término aceptado, el movimiento favorable á la mejora de la condición política, social, pedagógica, y muy especialmente económica, de la mujer. Verdad es que en este sentido, todas las gentes que no estén ciegas, bajo el influjo de prejuicios invencibles, son feministas. Que la situación de la mujer en general, y especialmente en determinadas clases, es muy poco halagüeña; que la condición creada para ella en la sociedad moderna es cada vez más difícil, sometida á los rigores de la competencia industrial y á los de la lucha por la vida, cosa es que pocos negarán; y cuantos no lo nieguen, y en su virtud reconozcan la necesidad más ó menos imperiosa de mejorar aquella situación, y de hacer más llevaderos los rigores de la competencia y de la lucha, son en cierto modo feministas. Los que así piensan, y que pueden constituir algo así como el elemento *neutro* de la opinión pú-

blica en esta cuestión, no se meten en complejas y dificilísimas lucubraciones psicológicas, en busca de las cualidades y aptitudes varoniles de la hembra; son como las gentes que no discuten las razones filosóficas de los Gobiernos, sino que se limitan á consignar el *hecho* de que el Gobierno—éste ó aquél—lo hace bien ó mal, y por tanto merece apoyo ó debe ser combatido. El hecho para ellos es que la mujer vive en condiciones de real inferioridad; que su existencia es mil veces más difícil, en cada caso análogo, que la del hombre; que es cien veces más problema el porvenir de la hija que el del hijo; que la mujer que se casa se la somete á un régimen jurídico y económico de verdadera servidumbre, especialmente en ciertas clases, ó que si no lo es de un modo necesario, puede serlo en cuanto el marido resulte un disipador, una mala persona (1); que si el hombre encuentra abiertos mil caminos de emancipación moral, jurídica y económica, pues en principio puede abrazar la profesión que más le agrade ó que le resulte más fácil, la mujer no tiene más carrera fija, con beneplácito y aplauso de la sociedad, que el matrimonio; en suma, el hecho, para quienes, sin elevarse á consideraciones complejas y siempre discutibles del orden fisiológico, psicológico y hasta metafísico, se fijan en lo que pasa á su alrededor, es que, si difícil resulta en la actualidad la vida del hombre, es más difícil la de la mujer; que si hay una cuestión social, impuesta por la precaria condición de las clases medias pobres y de las clases obreras y por la condición moral poco levantada de las clases ricas, hay una cuestión social *femenina*, circunstancia agravante de la cuestión social en general (2) é impuesta por los obstáculos mil que la tradición, los prejuicios y la creciente complejidad de la vida moderna oponen á la mujer, para cum-

(1) Véase Pascaud, trabajo citado.

(2) Véase Zièglер: *La Question sociàle est une question morale*, páginas 107-127.

plir libremente, tan libremente á lo menos como el hombre, su destino social y económico.

Pero al lado de este *feminismo* realista espontáneo de tejas abajo, que sin duda constituye la atmósfera reinante, favorable á todos los propósitos de reforma prudente y de emancipación parcial, hay otro feminismo de significación más acentuada, el cual comprende luego muy variados matices, y entraña además supuestos muy diferentes. Este feminismo puede resumirse en una fórmula general, aceptada por todas las tendencias que, como luego veremos, se dibujan en él, á saber: la mujer ocupa actualmente, impuesta por una larga tradición de prejuicios, una posición en la sociedad de inferioridad real constante, comparada con el hombre; hay, como Stuart Mill dice, una verdadera servidumbre femenina (1). El problema, pues, en el feminismo reflexivo, reviste sobre todo los caracteres de un problema de justicia distributiva: al modo como cuantos desde el individualismo, ó desde el socialismo, ó desde el anarquismo, al aprcciar la situación y condición del obrero y del proletariado, independientemente de cuanto opinan respecto de las causas y remedios del problema social, no pueden menos de reconocer todos que el proletario y el obrero gimen bajo el peso de una gran injusticia social; así cuantos defienden las ideas capitales y propósitos generales del feminismo, reconocen también que la mujer vive, como el obrero y el proletario, sin las condiciones que una vida verdaderamente racional humana pide. En su virtud, el feminismo se resuelve en la tendencia á elevar la condición de la mujer, ya como miembro independiente de la sociedad, como ser que tiene que valerse por sí mismo, ya como miembro que coopera con sus aptitudes sexuales, económicas, morales y en general humanas, á la constitución y sostén de una familia.

---

(1) *Le esclavitud femenine*, de Stuart Mill, publicada en español por la señora Pardo Bazán.

Pero á partir de este punto de vista común, de esa manera general de contemplar el problema, el feminismo toma rumbos muy diferentes, que, para tener una idea de lo que tal movimiento significa, y de cómo se ven y se pretenden resolver las cuestiones que plantea, conviene distinguir.

Hay, en primer lugar, un feminismo *radical*, que debe completarse distinguiéndolo, con el *radicalismo feminista*. El supuesto científico fundamental de estos feminismos, es el de que el hombre y la mujer son, á pesar del sexo, seres perfectamente iguales en cuanto á la dignidad, valor moral, representación humana, y en cuanto á las disposiciones posibles de sus aptitudes personales, por lo que deben estar sometidos á un régimen jurídico idéntico, con iguales derechos, á un mismo tratatamiento educativo y á idénticas condiciones, en lo tocante á la expansión de sus tendencias humanas. El sexo no debe implicar una vida económica, política, legal, moral, ni en lo relativo á las exigencias sociales, ni en lo relativo á las obligaciones también sociales, distinta: no puede determinar, salvo la relación de la maternidad, una situación social diversa, y menos aún, para el sexo femenino, una situación de inferioridad ó de tutela respecto del sexo masculino. El hombre no tiene derecho á estimarse como el nucleo y centro de la vida humana; nada hay en él que *á priori* le presente como más apto ó más digno para el ejercicio de un poder de dirección y de mando. Bebel (1) y el socialismo alemán (2) con el socialismo francés, representan muy bien este sentido, implícito ya en el hermoso libro de Stuart-Mill antes citado.

La fórmula capital que resume toda la tendencia del fe-

---

(1) *La mujer,* publicado en español por la Sra. Pardo Bazán.

(2) En el feminismo representa la tendencia socialista la Sra. Braun. En el último Congreso, celebrado en Berlín, defendió ésta la tesis del feminismo proletario. Con esta señora figuran también otras igualmente socialistas, vr. g. las Sras. Zetkin, Yherer, Bader; pero la que en el Congreso ha hablado es la citada señora Braun.

minismo radical, es la de la igualdad de los sexos: las reformas fundamentales que sintetizan las aspiraciones de ese feminismo, encamínanse, 1.°, á la reforma de la educación de la mujer: la mujer debe ser educada como el hombre, sin prejuicio alguno en cuanto á la determinación de su porvenir, sino teniendo presente que la mujer, como el hombre, debe formarse plenamente, en vista de las exigencias que impone la necesidad de vivir por sí, por el esfuerzo personal; lo que importa es que la mujer alcance por su educación la aptitud para la vida, y, como el hombre, la condición independiente que supone una educación y una instrucción adecuadas para la manifestación de las aptitudes individuales, base del ejercicio de las profesiones que ayudan á vivir. Por motivos de diversa índole, el feminismo radical pide, no sólo la modificación de la educación de la mujer en el sentido indicado, sino que pide que la mujer sea educada *con el hombre*, al lado del hombre, segun el régimen de lo que se ha llamado co-educación—al modo como por razones de economía se hace en nuestras escuelas mixtas—pero en todos los grados de la enseñanza; 2.°, á la desaparición de todos los obstáculos legales y no legales—cosa más difícil—que hoy se oponen á la libre manifestación de las aptitudes humanas de la mujer; no hay razón fisiológica ni psicológica, y menos social, que justifique la prohibición legal del ejercicio de las profesiones por la mujer. Es preciso permitir á ésta ser todo cuanto *dignamente* puede ser el hombre, sin preocuparse del sexo, el cual únicamente determinará exigencias de cierta protección, para evitar que al explotar inicuamente la pobreza se desconozcan las condiciones en que ha de ejercerse la maternidad; 3.°, á la igualdad absoluta entre el hombre y la mujer, en cuanto al goce de los derechos civiles y políticos en la vida privada, personal, en la vida de familia, en la sociedad y en el Estado. La mujer debe gozar de la misma condición que el hombre, esté soltera ó casada, en lo tocante á las relaciones de propiedad, contractuales y mercantiles, en el ejercicio de la patria potestad; debe gozar con las mismas limitacio-

nes que el hombre, cuando esté casada, del producto de su trabajo personal; debe tener en la vida social igual representación que el hombre, para promover y dirigir la vida corporativa; debe gozar de los mismos derechos que el hombre en el ejercicio de las funciones políticas; debe tener voto y poder ser elegida para el desempeño de las magistraturas públicas, desde la jefatura del Estado hasta la representación municipal; 4.°, á la igualdad completa de la posición del hombre y de la mujer en la lucha por la vida: es preciso que la mujer no tenga más motivos que el hombre para lanzarse por caminos de desesperación y de miseria; que la mujer no vea en el matrimonio el recurso *único* para salvar un porvenir obscuro é incierto; es preciso, en suma, que la mujer encuentre, si fuera posible hasta con más facilidad que el hombre mismo, base económica de independencia personal, para evitar y alejar, cuando no extirpar, la gran vergüenza de la prostitución, por de pronto como un modo reglamentado de ganar el pan del cuerpo.

Y tal es, en breves términos, como se entienden los problemas feministas, por la tendencia radical del feminismo, del feminismo que toma la cuestión desde el principio *en junto* y la resuelve de plano, poniendo todo el ideal de una vez á partir de supuestos fisiológicos y psicológicos, como el de la indiferencia del sexo, para determinar *à priori* el destino parcial de la mujer, y condenarla á situación de eterna inferioridad respecto del hombre. La preocupación persistente de esta tendencia feminista, ya la he indicado, es la de la igualdad de los sexos, preocupación que, según la señora Dissard, es la dominante en el feminismo francés. (1)

Ahora, preciso es no confundir dentro de la tendencia *radical* del feminismo, el feminismo radical con el *radicalismo* feminista. Ambos tienen de común, como queda advertido ya, determinados puntos de vista capitales en cuanto á las aspi-

(1) *Le Congres feministe de París en 1896.—Revue internationale de Sociologie.* (Julio último.)

raciones de reforma; pero el *radicalismo* feminista, por ejemplo, en Bebel y en la señora Braun y en muchos revolucionarios franceses, se distingue por sus soluciones violentas en lo tocante á la organización deseada de las instituciones que se estiman como fundamentales en la sociedad moderna. Este radicalismo feminista se ha manifestado muy vivo, quizá demasiado *al vivo*, en el Congreso feminista de París, de Abril último, y muy ilustres defensores del feminismo estiman que con grave perjuicio de la causa que el feminismo sostiene. Sin datos para apreciar debidamente este juicio, desde luego se han de estimar como causas de posibles reacciones, miedos, antipatías y exageraciones en contrario, ciertas afirmaciones atrevidísimas, hechas sin contemplaciones de ninguna clase, en formas nada *diplomáticas*, desnudas de todo género de reparos, y sin miramiento alguno á las circunstancias de tiempo y á la necesidad de lograr de una sociedad temerosa de derrumbamientos demasiado ruidosos, el máximun de lo posible, aunque este máximum de lo posible sea el mínimun de lo deseable. Es verdaderamente hablar en crudo, proponer la *inutilidad del matrimonio* sin pararse á dar explicaciones, como lo es defender la poligamia y otras ideas capaces de asustar aun á los que á diario practican el adulterio, ó sostienen en concepto de recurso salvador ¡higiénico! la prostitución, como estado civil reglamentado. Y ¿qué tiene que ver el feminismo, es decir, el mejoramiento de la condición social de la mujer, aun partiendo de la igualdad de los sexos, con la existencia ó no existencia de la *metafísica*? Pues bien; el Congreso feminista de París, haciéndose eco del radicalismo filosófico más positivista, ha decretado ¡la supresión de la metafísica!

Es preciso, pues, no confundir. Una cosa es el feminismo radical, tal cual más arriba queda bosquejado, y otro este radicalismo feminista, que en virtud de conclusiones generales (1) sobre la igualdad humana, sobre las ideas filosóficas de

(1) Véase como razona Bebel: «El socialismo en el único estado social

corte avanzado, sobre el régimen económico de la sociedad toda, sobre la inutilidad de las leyes y de los Gobiernos, infieren, por ejemplo, la absoluta igualdad de los sexos, la necesidad de reformar el matrimonio, la igualdad económica como base de la relación de familia, con otras mil afirmaciones que resueltamente implican la destrucción por su base de todo el régimen social, jurídico y político de nuestra época. En el Congreso de París, por ejemplo, ha habido quien reclamaba la supresión inmediata de la reglamentación de la prostitución, porque toda reglamentación es en sí mala, lo cual equivale nada menos que á poner una medida aconsejada ó, mejor, exigida por altas consideraciones morales (1), y en cuya pueden convenir todas las personas de buena voluntad, á cuenta del anarquismo y como una conquista anarquista. Ahora bien, como ésta hay otras muchas conclusiones propuestas y mantenidas por radicales feministas, que aun cuando son conclusiones aceptadas por el feminismo radical, y hasta por otras tendencias templadas del feminismo, toman en ellos un aire de violencia, de negación, nada á propósito para obtener un éxito más ó menos inmediato en el elemento neutro, y todo á causa del razonamiento positivista, ó más bien, materialista y anarquista con que se pretende justificarlas.

---

que no reconoce ni amos ni súbditos, ni en el dominio político, económico y religioso, ni en las relaciodes entre los sexos.... En la sociedad contemporánea, dos clases tienen especial interés en contribuir al advenimiento del socialismo.... á saber: los proletarios y las mujeres.»

(1) Naturalmente, en el Congreso mismo se combatió la prostitución reglamentada, á nombre de principios más fundamentales, tanto del orden moral como del orden higiénico.

III

EL FEMINISMO OPORTUNISTA Y CONSERVADOR

El feminismo sigue, además, otros rumbos de mayor prudencia, diversos, sin duda, de temperamentos más ó menos acentuados, pero que pueden caracterizarse, atendiendo á su procedimiento de propaganda y de reivindicaciones parciales, como feminismo *oportunista* y hasta *conservador*. Predomina este feminismo, sobre todo, en Inglaterra y en los Estados Unidos: es decir, en los países en donde el movimiento feminista ha alcanzado mayor fuerza, habiendo obtenido un éxito más grande en el campo legislativo y en el de las costumbres sociales. «Mientras en el Continente, dice el Sr. Coignet, esta cuestión se halla comprometida por la escuela socialista, opuesta al cristianismo y á la monogamia, en Inglaterra conserva un carácter exclusivamente civil y político. Sus defensores se contraen, prudentes, á puntos de derecho positivo, preservándola así de toda interpretación torcida (1).» Las gentes feministas que se hallan al frente del movimiento en pro de los derechos de la mujer, en esos países, y en general, todos los que van al feminismo, á partir de la consideración de las circunstancias del presente y de la contemplación de las exigencias del momento, cuidan, en primer término, de no hacer al feminismo solidario de las ideas de ningún partido político revolucionario, ú no revolucionario. Por otra parte, según advierte Mrs. Margarita Sullivan, una de las celebrida-

(1) *Revue politique*, 1874, citado por Villey. *Les droits de la femme, en la Revue du droit public.* (Julio-Agosto de 1896.)

des de Chicago, «las fuerzas de los reformadores americanos provienen de que siempre han merecido personalmente la estimación pública; ninguno de ellos se ha dedicado á sostener excentricidades de cierto género, reclamando el amor libre, por ejemplo, ó proclamando teorías socialistas peligrosas» (1). Sabido es, por fin, que en Inglaterra no se distinguen el partido liberal y el conservador en cuanto á las tendencias feministas que mantienen: si hay ligas feministas de los liberales *(Federación de las mujeres radicales*, con 30.000 miembros), hay la célebre *Primrose League*, de los conservadores, que cuenta con un millón de adheridos, que posee sus *casas* en casi todos los burgos y condados, y que ejerce un poderosísimo influjo en los momentos de mayor agitación política (2).

Los supuestos, más bien implícitos que explícitos de que este feminismo parte, no siempre se elevan, aunque en algunos ocurra lo contrario, á las afirmaciones relativas á la absoluta igualdad fisiológica y psicológica de los sexos, y menos á consideraciones religiosas ni á concepciones necesariamente revolucionarias. Sin duda el *punto de llegada* de este feminismo, el ideal acariciado en el fondo por sus ilustres defensores, es la equiparación social, política y económica de la mujer y del hombre, elevando á aquélla al nivel de éste, como desde el el primer momento quiere el feminismo radical, y además poniendo al hombre en idéntica situación que la mujer en cuanto á las exigencias que sólo respecto de ésta suele tener la sociedad, tocante á la pureza de las costumbres, en la castidad sobre todo; pero el punto de partida, y más aún el camino y la conducta, como se ha hecho notar, difieren muchísimo. El punto de vista de este feminismo oportunista es el de la necesidad real, impuesta, no por el razonamiento *apriorístico*, y mucho menos por que *no haya metafísica*, sino por la vida misma, de elevar la condición de la mujer, de mejorar su si-

(1) Citado por Villey.
(2) Véase el artículo citado de la *Srta. Fawcet.*

tuación social, reformando poco á poco el régimen jurídico á que un tejido complejísimo de prejuicios, de lugares comunes y hasta de frases hechas, la tienen sometida. Y no sólo esto: el feminismo conservador mantiene, como conveniencia social, no sólo como intereses de la mujer misma, la necesidad de traer á la vida pública activa, al ejercicio de las funciones del Estado, del Estado representativo democrático, el contingente de fuerzas que la mujer supone, con sus cualidades distintivas, su espíritu de resignación formado en larga experiencia de sumisiones y respetos, su carácter suave, que tanto y tanto puede hacer por dulcificar y vivificar las costumbres, no siempre humanitarias, de los políticos al uso.

Por otra parte, este feminismo no presenta un programa cerrado de aspiraciones, sino que dirige en cada momento sus esfuerzos de propaganda y de conquista de la opinión pública, y hasta de los poderes del Estado, hacia una reforma determinada, como el voto político, general ó local, para la mujer; la admisión de la mujer en la enseñanza profesional universitaria; el cambio del régimen económico del matrimonio, en el sentido del reconocimiento de la personalidad autónoma de la esposa; el reconocimiento de la capacidad civil de la mujer en el comercio, etc., etc., logrando victorias tan señaladas en tal respecto, como la revolución jurídica que suponen las leyes inglesas de 1870 y 1882 respecto de la condición de la mujer casada; la ley Goirand ó ley Schmall (1), aprobada recientemente por la Cámara francesa, y que asegura á la mujer la libre disposición de su salario; las leyes políticas inglesas, reconociendo la capacidad electoral de la mujer en la vida local; la supresión de la limtación del sexo para el ejercicio del voto político en muchos Estados norteamericanos y en Australia; la admisión de la mujer en algunas universidades alemanas, etc., etc. (2).

(1) Ley Goirand, en el Parlamento. Ley Schmall, en honor de la gran propagandista, entre los feministas. (V. Dissard, l. c.)

(2) V. Bridel: *Los derechos de la mujer y el matrimonio.*

IV

LAS CAUSAS

Si ahora quisiéramos hacer una apreciación crítica de estas diversas manifestaciones del movimiento feminista, desde luego, al considerar su intensidad y su extensión, sus aspiraciones, tan universalmente atendidas, la fuerza, en suma, con que por doquier se impone, tendríamos que empezar por reconocer que tal movimiento, contrario en definitiva á tantos y tantos prejuicios y á todos los más caros misoneismos, debe responder á causas muy justificadas y poderosas.

Y así es en verdad. El argumento aquel empleado por un gran escritor francés, defendiendo el sufragio de la mujer, y según el cual no podía explicarse cómo, v. gr., conceder el voto á su carbonero, negándoselo á Mad. Staël, es en el fondo, presentado de mil maneras por las contradicciones de la vida, una de las causas de la agitación feminista. La injusticia, ó si se quiere, lo inexplicable de la amplitud inconsiderada con que se conceden los derechos del hombre al hombre, sea quien sea, y la negativa y reserva que con muchos de esos derechos se conceden á las mujeres, aun siendo éstas mujeres ilustres, de capacidad efectiva, notoria, superior á la de la muchedumbre de los ciudadanos, ha puesto el problema feminista de un modo necesario. En el fondo, el problema de las mujeres ha surgido por motivos análogos á los que han provocado la crisis moderna que llamamos, por llamarla de algún modo, la cuestión social. Ziegler (1) conceptúa aquel problema como

(1) Ob. cit.

una parte integrante de esta cuestión, pero con la particularidad, en nuestro concepto, que aun siendo parte integrante de esta cuestión, el problema de las mujeres, se ha revelado de una manera tal, que en cierto modo rectifica y amplía los términos mismos en que, erróneamente sin duda, suelen plantear los especialistas la cuestión social.

En efecto, es sabido que la cuestión social se considera comunmente como el problema de la emancipación, principalmente económica, de las clases trabajadoras y del proletariado (1). Parece como que de lo que se trata es de elevar la condición de estas clases, para ponerlas al nivel, en punto á bienestar, de las clases ricas ó pudientes, olvidando el término complementario del estado de estas últimas, que no es ciertamente tan lisongero que no necesite reforma, pero reforma fundamental. Ahora bien; la cuestión de las mujeres, como la llama Ziegler (2), hace ver de un modo manifiesto el carácter *total* de la cuestión social; porque la cuestión de las mujeres no se ha impuesto en ninguna de las clases sociales en particular, sino en todas, acusando una injusticia general por un lado, y por otro causas de desasosiego y de desorden moral y económico y motivos de reformas necesarias, en la sociedad

(1) Naturalmente, hay quienes también quieren reducir el problema de la mujer como problema de la emancipación de la mujer proletaria. Tal ha sido la tesis de la citada Sra. Braun en el último Congreso de Berlín. Según la reseña publicada por Kaethe Schirmacher (*Journal des Débats* de 23 de Septiembre último), dicha señora ha declarado en la asamblea que «las mujeres proletarias — término usado en Alemania — jamás podrán hacer causa común con los feministas de la burguesía: si de los dos lados se quiere la misma cosa, se la quiere de distinto modo». Pero esto no impide que el problema sea general. Lo que hay es que á veces reviste el problema carácter distinto entre los obreros que entre las clases acomodadas, porque los obreros suelen tener resuelto el problema desde el punto de vista práctico, presentando como cuestión especial la del régimen protector del trabajo á que se hallan dedicados. En Berlín, además del Congreso feminista «burgués», se ha celebrado, como en son de rivalidad, un Congreso de las mujeres proletarias.

(2) Ob. cit., cap. V.

toda. La cuestión de las mujeres, es, en suma, doble: «se pone para las clases superiores de la sociedad, con no menos fuerza que para las clases inferiores, no siendo el peligro mayor arriba que abajo» (1). Y es que no se trata sólo de una cuestión de tener ó no tener, de ricos y de pobres, ni en el problema de las mujeres, ni en el problema social, sino de algo más hondo y más universal, que tiene aspectos jurídico, económico, moral, pedagógico y religioso. Las mujeres padecen por tradición inveterada, á pesar de cuanto la Historia y la experiencia dicen en contrario, de una verdadera reducción de la personalidad en todas las clases sociales. Las leyes, bajo la preocupación social del influjo del sexo, no las tratan con la consideración que la dignidad humana exige.

Investigando más concretamente las causas del movimiento feminista, fuera ya de las generales que determinan el problema social, cabe señalar como la principal, y que puede considerarse como centro de toda la cuestión, la que va implícita con las preguntas siguientes: ¿qué hacer con la mujer que no tiene bienes de fortuna y que no se case? ¿Qué porvenir se puede presentar á la joven ineducada, poco instruída, á quien no se ha provisto de los elementos necesarios de subsistencia, y á quien las preocupaciones sociales ó las leyes cierran muchísimos de los caminos de salvación por el trabajo, y que para ganarse la vida honradamente tiene que arrostrar á veces más fustigaciones del ridículo que si por acaso siguiera sendas de perdición?

Téngase en cuenta, dice Ziegler, que «aun cuando por término medio nazcan más varones que niñas—106 por 100—el equilibrio se restablece, á partir del primer año de la vida, á consecuencia de la mortalidad mayor de niños. Luego, poco á poco, la proporción se cambia, y al fin llega á ser tal, que por cada cien hombres adultos hay ciento veinte ó ciento treinta

(1) Ziegler, Ob. cit., edic. franc., pág. 113.

mujeres. Así ocurre que, á lo menos en Europa, el número de mujeres es, con mucho, más elevado que el de los hombres». (1). Es decir, hay necesariamente un contingente de mujeres que no pueden esperar la protección y amparo que dispensa á veces el matrimonio. Añádase á esto el obstáculo de instituciones como el servicio militar obligatorio, que retardan por lo menos las uniones matrimoniales, y las emigraciones, que llevan siempre más hombres que mujeres... Añádase además—y he aquí la segunda causa de que Ziegler nos habla—la creciente repulsión por parte de los jóvenes hacia el matrimonio. «Esta tendencia manifiéstase sobre todo en las clases superiores, y tiene su origen en parte en las dificultades reales de carácter material que provienen del estado social actual, y en parte en las exigencias excesivas de nuestra juventud: pretensiones absolutamente condenables desde el punto de vista moral.» De todos modos la consecuencia es que hay una infinidad de mujeres que no se casan, y estas mujeres reclaman condiciones adecuadas para lograr, solteras, una situación de independencia moral y económica, que las libre de todos los peligros que entraña el miedo á la miseria, ó la miseria misma.

Y así, de un modo tan apremiante, tan claro, tan indiscutible, desafiando todos los prejuicios, venciendo todos los ridículos de la chacota inconsiderada, de la frivolidad y de la ignorancia, es como se ha presentado el problema de las mujeres, promoviendo luego todo el movimiento feminista.

Porque la cosa, como suele decirse, no tiene escape. Concedido que la mujer ha nacido para la maternidad: perfectamente: el papel de la mujer, papel admirable, casi divino, es el de esposa, reina del hogar, ángel de la familia: todo está muy bien; pero, ¿y si la mujer no se casa, porque no hay quien la quiera como ángel, reina y encanto del hogar? ¿Si tiene que

(1) Ob. cit., pág. 113.

vivir soltera? Y ¿si después de casada se queda viuda, y con hijos, y el marido al morirse se llevó consigo la única ó principal fuente de ingresos de la familia? El problema se impone, y con el problema se impone la solución necesaria: es preciso, afirma Ziegler (Ziegler combate resueltamente la igualdad de los sexos), proporcionar á las mujeres—á las que no se casan—los medios de subsistencia. Pero ¿y cómo sabemos si la mujer ha nacido para casada ó para soltera? Una de dos: ó se procura á todas las mujeres las condiciones de independencia que dan una instrucción adecuada, y la facilidad del acceso á las profesiones sociales, ó se niegan á todas. Las vicisitudes ulteriores de la vida determinarán ó decidirán si la mujer tendrá ó no que hacer uso de la independencia que tales condiciones suponen.

Mas la cuestión así planteada no es sino el principio de la cuestión de las mujeres. El feminismo iníciase en la conciencia espontánea de la opinión general ante ese argumento de hecho; la causa primera del porvenir de la mujer soltera lleva en sí implícita todas las aspiraciones feministas. La mujer debe ser atendida, debe colocársele en condiciones de independencia personal, procurándole medios de subsistencia. ¡Sea! Pero estos medios ¿en qué consisten? ¿En medios económicos sólo? ¿Es que va á implantarse ú organizarse un sistema de preparación de las mujeres para ganarse la vida, sólo en el respecto de la adquisición de los medios materiales? Esto no podría ser, por varias razones. La primera, porque en la vida humana no cabe hacer una separación radical entre el aspecto económico y los demás aspectos sociales; la segunda, porque la mujer no vive—como no vive el hombre—sólo de pan; y la tercera, porque la independencia económica pide y lleva á la vez consigo, como causa, condición y también como efecto, según los casos, la independencia política, moral, religiosa, jurídica, personal en suma. Y he ahí cómo el problema feminista ha tenido que alcanzar la gran amplitud que hemos visto. Empieza impulsado por una cuestión de orden económico;

pero desde el primer momento se ofrece con todos los aspectos que entraña todo problema humano, y se ofrece como el problema de los derechos de la mujer á vivir vida plenamente racional, no de mejor, pero tampoco de peor calidad que la del hombre.

La transformación sufrida por nuestras sociedades, tanto en el régimen político como en el régimen económico y en el pedagógico, no permite cambios de condición personal parciales. Si se reconoce como necesario que el ser humano—el pobre, la mujer—tiene derecho á vivir, el derecho á la vida implica todos los derechos de la personalidad, que no son ciertamente estos derechos, como la ignorancia del vulgo de levita que hoy usamos supone, meras palabras, pasadas de moda, sino condiciones indispensables para que la persona pueda ser como debe ser; y concedidos esos derechos, la consecuencia del reconocimiento de la igualdad ante las leyes de todo el ser humano, con sus corolarios la libertad profesional y el libre acceso á las funciones sociales, más la protección tutelar del Estado, se impone como indispensable. Ahora bien, la cuestión de las mujeres implica en el fondo todo ese razonamiento.

V

EN PRO Y EN CONTRA

Pero se dice: bien está que se procure elevar y dignificar á la mujer; mas no se olvide que la mujer es siempre mujer, y que el sexo imprime carácter, un carácter tal, que así como capacita para determinadas funciones sociales, incapacita para otras. Concíbese la vida humana, por los que así piensan,

como interiormente diferenciada en dos sistemas de funciones: las femeninas y las masculinas. Hombre y mujer representan á la humanidad; pero cada cual á su modo. «La mujer, se afirma, es más pequeña que el hombre y más débil que el hombre; la simple observación y *la fisiología* lo afirman; los grandes trabajos de todos los tiempos, las grandes guerras, las más altas concepciones en arte, en ciencia, en filosofía, pertenecen casi exclusivamente al hombre; por tanto, la mujer es inferior, física é intelectualmente: trátase de una fatalidad natural; nada puede hacerse en contra.» (1) El razonamiento no debe extrañarnos. El gran Aristóteles decía, con la misma fe con que los contrarios al feminismo discurren, que la naturaleza había creado los hombres libres y los esclavos; y así debía parecerle á él. Claro es: «á la mañana sale el sol por Oriente, á la tarde el sol desaparece por Occidente... ¡luego la tierra se mueve alrededor del sol!» (2).

La cuestión, en verdad, ofrece sus dificultades, sobre todo para los que no podemos argumentar desde el terreno *experimental* de la fisiología. Si á nombre de la fisiología se nos dice, por ejemplo: 1.°, que la mujer es distinta del hombre, de tal manera, que está destinada á funciones sociales diferentes, y 2.°, que por razones fisiológicas las funciones de la mujer son de menor alcance intelectual y la excluyen normalmente de las tareas que se reputan propias del hombre, ¿qué vamos á argumentar en contra los que no somos fisiólogos? Pero en primer lugar, no es completamente exacto que la fisiología diga todo eso, y en segundo lugar, la cuestión no puede resolverse por la fisiología, sino más bien por la sociología. «Ni las comprobaciones anatómicas, ni los datos estadísticos son adecuados para zanjar el problema, dice el Sr. Villey.» (3) Si el pro-

(1) J. Lourbet: *La femme devant la science contemporaine,* páginas 4 y 5.

(2) Lourbet: Ob., cit., pág. 5.

(3) Ob. cit.

fesor Bischoff de Munich se inclina, atendiendo al volumen del cerebro á la inferioridad intelectual de la mujer, otro sabio, Büchner, sostiene que el cerebro femenino es, probablemente, de contextura más fina y delicada que el masculino. (1) «Por otra parte, añade el citado Villey, la observación nos lleva á conclusiones contradictorias. Un profundo filósofo, H. Spencer, pretende que la mujer es menos apta que el hombre para el ejercicio de una atención sostenida, para seguir la lógica de un razonamiento abstracto, para inclinarse ante las prescripciones de la justicia absoluta. En cambio, otro filósofo no menos sabio, Stuart Mill, enseña que la mujer es más práctica, que tiene una penetración más rápida y más exacta del hecho presente, que posee una facultad de intuición superior y que rara vez se deja llevar por las abstracciones.»

Las diferencias fisiológicas sexuales entre hombres y mujeres son importantísimas, ¿cómo negarlo?, pero no determinan ni un tratamiento educativo distinto en lo que tienen de común, ni menos una incapacidad necesaria por parte de la segunda, para ninguna de las manifestaciones verdaderamente humanas que no tengan por condición inmediata el sexo. Ni una sola de las funciones sociales atribuidas al hombre ha dejado de ser desempeñada por mujeres en alguna época de la Historia. La mujer primitiva ha ejercido las funciones del varón. Entre los cipewayos es más fuerte que el hombre; en lo antiguo se registran mujeres combatientes—las amazonas—como aún hoy las hay entre los habitante de Cubeba, según Bancroft. Según este mismo autor, entre los haidahs del Pacífico las mujeres ejercen el mando de las tribus, siendo las mujeres las que dirigen los negocios entre los abisinios (2). En un periódico (creo que en *Le Figaro*), recuerdo haber leído que el servicio de la administración militar corre á cargo de la mu-

(1) Citado por Villey.

(2 Véase Berta Wilhelmi de Dávila: *La aptitud de la mujer para todas las profesiones.*

jer en el ejército de Menelik. Todo lo cual, con mucho más, parece indicar que *inicialmente* el sexo no implica diferencia necesaria de fuerza ni de inteligencia. Ni inicial ni posteriormente, porque en todo momento aparece la mujer desempeñando, como el hombre, los destinos más variados y difíciles.

Y cuenta que para que la mujer desempeñe ciertos destinos atribuídos como cosa exclusiva al hombre, ha tenido que vencer, cuando toda una civilización se opone con la fuerza de un tejido de prejuicios, obstáculos infinitamente superiores á los que en su caso habrá vencido el hombre. «No basta, en verdad, consignar que, en el transcurso de los siglos, la mujer ha creado cosas menos importantes que aquellas de que el hombre se enorgullece (1).» Para ser completo, es necesario no olvidar que la mujer se ha movido ordinariamente en circunstancias distintas, siempre más desfavorables, las cuales quizá son la causa de las diferencias actuales, de índole psicológica, según el mismo Ziegler se inclina á creer. Lo femenino, no hay duda, significa y supone originariamente un elemento real de la vida, implica cualidades que constituyen fuentes especiales de actividad nobilísima, da tono y carácter á cuanto se produce bajo su influjo; pero lo femenino se ha exagerado y acentuado á veces de un modo enfermizo, morboso, perturbador, por la civilización masculina, con su glorificación constante de la fuerza bruta, del elemento de lucha, de oposición. «Los hombres hemos cerrado sistemáticamente á la mujer todos los caminos que conducen á una cultura intelectual superior: le hemos prohibido, salvo pocas excepciones, toda otra ocupación que no sea de aquellas á que la mujer puede dedicarse en su casa misma; nos hemos burlado, implacables, de las tentativas hechas por ella para salir de este estado de inferioridad. ¡Y hoy, como prueba de esta inferioridad, decimos que la mujer jamás ha producido nada de grande, ni de notable, en la cien-

(1) Lourbet: Ob. cit., pág. 5.

cia ni en el arte (1)! ¡Cómo había de producirlo, á lo menos en idéntica medida que el hombre! La mujer ha vivido y aun vive en *un medio especial* distinto del medio en que el hombre vive desde que nace, y el medio es un factor de la evolución; es, según Taine, una fuerza primordial del desarrollo sociológico. «Por encima de todo incúlcase á las jóvenes la timidez, el miedo, el espíritu de sumisión, la aquiescencia crédula..., se procura no alimentar su alma con pensamientos viriles, fecundos...; para la mujer reservamos los gustos fútiles, frívolos..., siendo, en suma, la educación de las jóvenes siempre según el ideal inmóvil, idéntico, de agradar al hombre, de someterse á él, de manifestarse constantemente sin originalidad alguna en todo lo que se refiere al fondo serio de la vida (2).»

Realmente, antes de poner en contra de la capacidad general humana de la mujer, la escasez de sus producciones científicas y artísticas, más bien se debiera decir «que las pocas mujeres que en el terreno de la ciencia, de la poesía, ó de la industria han hecho alguna obra de carácter extraordinario, tienen mucho más mérito que los hombres que hicieron lo mismo, porque han tenido que vencer obstáculos que éstos no han encontrado y forzar vías y caminos para los hombres plenamente abiertos» (3). «¿No es verdaderamente extraordinario poder citar mujeres célebres por su saber, tales como Hypatia, María Agnesi, Emilia du Chatelet, Clotilde Tambroni, Sofía Germam, María Somerville, Sofía Kovalewski, la doctora Josefina Catani, que ahora mismo ocupa la cátedra de Histología en la Facultad de Medicina de Bolonia; la Srta. Clemencia Roger, sabia filósofa; la matemática Cristina Laad Franklin, de Baltimore; la astrónoma Maria Mitchell...; por sus obras literarias: Mad. Staël, Jorge Sand, Daniel Stern, Jorge Eliot, Becheer Stowe, Carmen Silva, Julieta Adam; por su genio dramático

(1) Ziegler: Ob. cit., pág. 118.
(2) Lourbet: Ob. cit., pág. 82.
(3) Ziegler: Ob. cit., pág. 118.

las actrices: Champmeslè, Lecouvreur, Mars, Rachel, Ristori, Sarah Bernardt, Carlota Cushman, etc....; por sus obras de arte: las pintoras Rosa Benheur, la compositora Augusta Holmés, la escultora Ana Whitney, etc....; por su valor personal y moral: Cornelia, madre de los Gracos; las madres de Marco Aurelio, San Agustín, San Luis, Enrique IV, Marmontel, Schiller, Andrés Chenier, Goethe, Napoleón I, Chateaubriand, Lamartine, Littré, Michelet, etc....; por su heroismo: Juana de Arco en Francia, y en América Mrs. Cushing, Deborah Samson, María Child, María Champman...? (1).» ¿No tenemos en España nombres tan inmortales como María de Molina, Isabel la Católica, Santa Teresa de Jesús, por no citar más que de los indiscutibles? Y ahora mismo, ¿cuántos pensadores podemos poner en España, en este siglo, por encima de la ilustre doña Concepción Arenal? ¿Cuántos escritores varones se deben colocar entre nosotros delante de doña Emilia Pardo Bazán? Poco hace todavía, en 1888, la Academia de Ciencias de Francia adjudicaba, por unanimidad, el premio Bordin á Mad. Kovalewski, de quien Darboux, uno de los primeros geómetras de nuestros tiempos, decía que «su nombre será colocado al lado de los de Euler y de Lagrange en la historia de los descubrimientos relativos á la teoría de un cuerpo sólido alrededor de un punto fijo (1).»

La argumentación en contra del feminismo, es decir, en contra del movimiento que doquiera se produce en favor de la elevación de la mujer y del reconocimiento de su capacidad humana general, es en rigor más eficaz, si no más sólida, cuando, prescindiendo de consideraciones fisiológicas, tan inseguras y tan contradichas por la experiencia, se mantiene franca y resuelta en el terreno de la oportunidad, y acude á la cantera inagotable de los prejuicios, que es preciso vencer y que se opo-

(1) Pueden completarse los datos con el libro citado de la Sra. Wilhelmi de Davila, y las obras de Irma von Troll-Borostyani, *zur Frauenrage*, de Rebière: *Les femmes dans la sciencie*, y otras.

nen, con más ó menos fuerza, á las reformas que el *feminismo* reclama. Porque, al fin y al cabo, ahí está el nudo de la dificultad para el triunfo completo de la causa de la mujer. Prescíndase de si la mujer es inferior al hombre; que no se exagere la trascendencia psicológica del sexo, que se reconozca el valor de los hechos, y dígase claramente que lo que el *feminismo* propone puede ser á veces imposible, porque rompe con la rutina y se estrella contra las costumbres. En tal concepto, es de admirar —aunque no sea de aplaudir—la franqueza con que razona cierto tribunal italiano, que la mujer no debe ser admitida en la función judicial. Dice, con toda la seriedad que supone un *considerando*, el tribunal de Turín: «Considerando que no hace falta mencionar el riesgo que podría correr la gravedad de los procesos si, prescindiendo de otras cosas, se viese la toga cubriendo las extrañas y atrevidas vestiduras que la moda impone á menudo á las mujeres, ó la toca colocada encima de los peinados no menos estravagantes; como tampoco es necesario decir el gravísimo peligro al cual se vería expuesta la magistratura haciéndose objeto de sospechas y calumnias, siempre que la balanza de la justicia se inclinase en favor de la parte defendida por una mujer abogado...» (1) No le faltó al respetable tribunal más que añadir: «¡sobre todo si la mujer fuese bonita...!»

Pero los prejuicios, como tales, no son argumentos que deban tenerse en cuenta en el terreno de los principios; los prejuicios de la índole de los que van implícitos en el considerando copiado, y en la mayoría de los considerandos que suelen hacerse, para rechazar las corrientes favorables al feminismo, son obstáculos que la prudencia aconseja estudiar y vencer, y que de seguro la perseverancia vence, cuando es obra de gentes honorables y de buena voluntad. Téngase, sobre todo, en cuenta que en aquellas clases en donde los prejuicios no existen, ó, aunque existan, las circunstancias han llevado las

(1) Ziegler: Ob. cit.

cosas de frente, merced á lo angustioso de la vida, el problema de la mujer se ha impuesto con tal fuerza, que hubo de resolverse en el sentido, si bien no en los términos, que el feminismo reclama. En las clases trabajadoras no se ha vacilado en colocar á la mujer al lado del hombre, admitiendo que debe trabajar como él y participar en la lucha por el pan de cada día (1). En las clases del campo, la mujer trabaja con el hombre. En la clase media, modesta, en el comercio al pormenor de las gentes humildes, y aun de ciertas gentes bien acomodadas, la mujer vale tanto, y á veces más, que el marido en el trabajo de que la familia vive. Mil ejemplos podríamos citar de viudas de comerciantes que han seguido al frente de sus negocios, muerto el marido, sin que los negocios se hayan resentido lo más mínimo. La vida matrimonial de estas clases, la vida de familia en general, no cede en encantos, en tranquilidad, en moralidad, en fecundidad, en poesía, á la vida de las clases superiores. La crisis y el problema precisamente aparecen en esas mismas clases modestas cuando, atraídas por el espíritu de imitación que siempre domina á las clases inferiores respecto de las que están más elevadas, y por el afán de encumbrarse, no educan á sus hijas en el mismo ideal de trabajo y de laboriosidad en que ellas viven, sino á la manera que las educan las clases de tono. Y, por de contado, esa crisis y ese problema surgen con toda su fuerza en estas últimas clases, porque en ellas la mujer, como advierte Ziegler, hállase por lo común colocada fuera de los dominios del trabajo y de todas las ocupaciones productivas reservadas al hombre.

Mas tiempo es de que terminemos estas consideraciones generales acerca de los problemas del feminismo, y que, teniendo en cuenta los términos en que éstos se han planteado, veamos los progresos realizados en los pueblos cultos en el sentido de su adecuada solución.

ADOLFO POSADA.

Oviedo, Octubre 1896.

CRÓNICA LITERARIA.

DIALOGO EN UN TEATRO.

Fué en un teatro de funciones por horas. No importa para el caso determinar cuál, ni tampoco qué se representaba. Mientras hacía por abreviar, con la lectura de un periódico, el aburrimiento del entreacto, cansado ya de curiosear con los gemelos en los palcos, ocupados por señoritas dudosas y horizontales auténticas, fijéme por casualidad en la conversación que dos espectadores, colocados en la fila anterior de butacas, sostenían.

—¿Usted por aquí?—decía el uno.—Permita usted que le manifieste mi asombro al tropezar con todo un grave filósofo en este sitio cuyo imperio se dividen Terpsícore y Citerea, sirviéndoles Talía de pantalla. ¿Qué busca por acá el seor amante de la sabiduría? ¿Supongo que no vendrá persiguiéndola?

—¿Y por qué no? Puesto que usted me gradúa de buenas á primeras de filósofo, no tema usted que mi *caso* inspire á algún Luciano moderno para escribir un gracioso pleito entre el *género chico* y la Filosofía, en que la última reivindique mi interesante personalidad. Mi presencia no significa que cansado de los desdenes de la sabiduría, venga á pegársela con la farándula. Soy un enamorado fino y constante. Pero, amigo, la sabiduría no viene á llamar á la puerta de nuestra casa como

amante sumisa que se entrega. Hay que seguirla á todas partes, como coqueta caprichosa que quiere hacerse desear.

—Convengo en ello; mas me parece que no ha de frecuentar estos lugares.

—Anda por el mundo, y mundo es esto...

—¡Ya lo creo! y carne.

—Hasta el otro enemigo del alma le concederé á usted, si se empeña. Pero la razón de las cosas hay que buscarla en la realidad, no en ese vago mundo de pálidas abstracciones en que ha morado la Filosofía tradicional. ¿No le ha asaltado á usted, al leer á ciertos filósofos, el recuerdo de la pradera de los asfodelos, en que colocaban los poetas antiguos las tenues sombras de los muertos? Y las sombras eran más reales que las entelequias filosóficas. Al fin eran residuos de seres vivos. Así se explica el atroz aburrimiento que la Filosofía produce á los profanos. Les hace asistir—valga el símil teatral, ya que en el teatro estamos—á una función representada por fantasmas, que hablan un lenguaje ininteligible. Ni se entera el espectador de si lo que se representa es drama ó comedia.

—Pero, hablando en plata, ¿qué *materia filosófica* puede usted hallar aquí? ¿La hallará usted en los chistes obscenos ó picantes? ¿En los tipos grotescos? ¿En las mallas de la tiple, ó en las pantorrillas del cuerpo de coros?

—Sí, señor, en todo eso, y particularmente en las pantorrillas y en todo lo demás; en el desnudo, en la *plástica* femenina. ¿No aprendió usted en el Instituto que la Filosofía es la ciencia de lo permanente ó cosa así? ¿Pues qué más permanente que el poder de las pantorrillas, que el atractivo de las buenas formas? Pasan siglos y más siglos, se hunden los imperios, se extinguen las religiones, no quedan de las que fueron civilizaciones florecientes más que unas cuantas momias ó unos cuantos ladrillos cubiertos de garrapatos cuneiformes, y las pantorrillas siguen gustando como en Nínive.

—Bien; pero al cabo, ¿qué puede ofrecer de interesante para un hombre de ideas elevadas y de sentimientos delicados,

objeto tan vulgar como la baja sensualidad de las multitudes, como la animalidad atávica del rebaño, en todos los tiempos?

—¿Y qué, no es interesante el vulgo? ¿No lo es esa inmensa muchedumbre humana que no ha metido ruido en la Historia, que la ignora, como ella á su vez ignora á la Historia; que se limitó á vivir, como nacen, se desarrollan y mueren las plantas y los animales, sin preguntarse el por qué de la vida, ni maldecir de ella, ni pretender alambicarla; con la serena inconsciencia del ser que cumple una ley inexorable? ¿Qué somos sino un islote microscópico en el inmenso mar humano, los que nos preocupamos con el arte y la ciencia, con las fantasmagorías y los ensueños de lo psíquico? ¿Con qué títulos nos pretendemos representantes del genio de la raza, siendo en ella excepciones, casos anómalos? Un plebiscito universal nos declararía, acaso, locos ó monstruos. Una exigua minoría ilustrada, un grupo de iniciados, transmite á los de la generación siguiente unos cuantos nombres y unas cuantas fórmulas. Esos nombres y esas fórmulas llenan la Historia. Los unos son proclamados luminares de la humanidad; las otras, cifra y compendio de la sabiduría; pero el que juzgamos estupendo vocerío de la fama, no llega á la gran masa humana que llena la tierra y desarrolla su vida á la luz del sol, de ese sol bajo el cual no hay cosa nueva, como dijo el sabio. O si llega á la muchedumbre, llega como el chirrido lejano de un insecto ó el canto de un ave desconocida. Los supuestos luminares del género humano no son visibles para la inmensa mayoría. Centenares de millones de hombres ignoran á Homero. Centenares de millones ignoran que hubo un geómetra, á quien se le ocurrió un día declarar la relación de los cuadrados construídos sobre la hipotenusa y los catetos. La leyenda de la civilización es una gran mentira. La literatura, el arte, la ciencia, son tal vez ficciones de una reducida minoría. La historia que escribimos no es la historia humana, sino la historia de ese grupito de iniciados, que conserva y transmite, de generación en generación, el recuerdo de sus principales adeptos y la serie de sus elucubraciones.

—Se va usted por los cerros de Úbeda, maestro. ¿Qué tiene que ver con esa humanidad semi inconsciente el público del género chico? Aquí nos hallamos entre personas relativamente civilizadas. El hecho de venir al teatro supone ya cierto grado de cultura. De seguro, muchos de los espectadores han oído hablar de Homero, alguno tal vez le haya leído, acaso habrá otros que le *presientan*, como decía Fernández y González. Mire usted, aquel señor calvo tiene cara de haber leído la Iliada, aunque sólo haya sido en la traducción de Hermosilla. Y lo que es estos jóvenes, estudiantes por las señas, de seguro han oído discutir en clase si existió Homero, ó si su nombre es la *razón social* de una serie de rapsodas desconocidos. Y luego, ¿qué falta hace Homero para apreciar los *Cuadros disolventes*, v. gr.? ¿Puede pedirse, acaso, en un país donde muchos, muchísimos, no han leído á Cervantes, que se conozca al poeta griego?

—Claro que no. Usted viene á confirmar lo que sostengo. Homero es un mito que hemos inventado. Si no fuera por ciertas reminiscencias de mis lecturas juveniles, sostendría que los que aseguran haber leído la *Iliada* y la *Odisea* no dicen más verdad que los antiguos viajeros que afirmaban haber visto en los desiertos de Libia hombres sin cabeza, con los ojos en el pecho, empusas, demonios y quimeras. ¿Está usted seguro de que hayan existido la *Iliada* y la *Odisea*? ¿No serán otros poemas de Ossian, falsificados por algún Macpherson de hace muchos siglos? Pero dejemos en paz al viejo cantor de Aquiles y de Ulises, y volvamos al público, ya que á él ha venido rodando nuestra conversación. A mi juicio, las gentes que aquí vienen no son precisamente vulgo, aunque á éste pertenezca la mayoría. Vienen aquí sabios é ignorantes, personas de gusto delicado y personas de gusto grosero, mas todos vienen con un propósito *vulgar*, espontáneo, humano: el propósito de divertirse. No digo vulgar en sentido despectivo. Dígolo como cosa común, normal, que no tiene asomos de excepción ni de artificio. Represéntese usted la cultura, ó mejor la mentalidad

humana, como una serie indefinida de círculos concéntricos: pongamos en el más interior los genios, los espíritus elegidos, las almas refinadas; supongamos en los otros los sucesivos grados descendentes. Los primeros son las flores de estufa, los individuos más alejados del tipo genérico, verdaderos *casos* anormales, que representan dentro del marco general de la vida de la especie un producto artificial ó raro. En algún sentido son los menos *humanos*. Los antropólogos, que consideran al genio como una anomalía especial, de linaje superior, aciertan, al menos en alguna parte de su teoría. Lo que satisface y deleita á estos espíritus no será nunca popular. La igualdad es un gran error moderno. El progreso no destruye la jerarquía de los espíritus: antes la hace más complicada y la aumenta con multitud de grados intermedios. Hoy hay más diferencias mentales y más hondas que en las épocas de ignorancia y de barbarie. Pero el fondo común, el *substractum* de la especie no desaparece, en cambio, en esos hombres superiores. La superioridad suya es *incomunicable*, pero las cualidades y aficiones generales se extienden á ellos, por mucho que las modifique la nota específica, lo genial de estos espíritus excepcionales, no me atrevo á decir privilegiados, por ser dudoso que su *especialidad* sea un privilegio.

Un lugar al que se va *á divertirse* es un terreno neutral en que caben todos. ¿Ha pensado usted lo que significa el *vengo á divertirme* con que contestaría el espectador si le preguntaran á qué viene á este teatro ó á otros semejantes? Venir á divertirse es venir á experimentar sensaciones agradables, que no exijan esfuerzo ni produzcan movimientos de ánimo violentos; que sean para el espíritu, no un reactivo enérgico, sino un suave cosquilleo. Es venir á ver cosas que recreen los ojos y la fantasía; es hacer una escapatoria al imperio de la risa, huyendo de la seriedad de la vida, que á todos nos acosa bajo diversas formas y con preocupaciones diferentes. Para unos toma la espantable figura de la escasez, para otros la fea catadura de las enfermedades; á éste le da el acíbar de los desengaños

amorosos, á estotro la sed de las ambiciones no satisfechas ó el amargor de las injusticias padecidas; acaso á alguno el desaliento del vano esfuerzo de nuestra inteligencia frente al misterio que nos rodea.....

—Pero esa dictracción, esa escapatoria que nos hacemos la ilusión de hacer, esa fuga ilusoria de este valle de lágrimas y de todo lo que en ellas se contiene, ¿no puede obtenerse por otros medios más artísticos, más elevados que estos espectáculos? ¿No tenemos la lectura? ¿No tenemos el otro teatro, el teatro serio? ¿No se nos brinda la contemplación de la Naturaleza y de las obras de arte?

—Sí, claro que hay otros medios. Pero los que usted cita exigen más esfuerzo. Son placeres, en cierto modo, aristocráticos. El arte reserva sus revelaciones para unos pocos; la Naturaleza aburre enormemente al vulgo. El hábito nos pone en los ojos una venda, al través de la cual no percibimos la magnificencia del espectáculo del mundo. Todavía para la ruda intuición del hombre inculto, conservan las cosas la sacra majestad del misterio. Para la multitud semi-ilustrada, los librejos de física y las nociones astronómicas han destruído la sublime poesía del cosmos. Son como la explicación del mecanismo de un juguete, que encantaba al niño antes de que supiese por qué combinación de resortes interiores se agitan los muñecos, cuyo movimiento no le entretiene ya cuando vislumbra su causa. En cuanto á la lectura... ¿hay todavía quien lee? ¿No es esta una ilusión de los que escribimos? Queda el teatro *serio*... pero éste, ¿qué ofrece sino la tirantez de nervios de los conflictos del drama, ó la sonrisa discreta y casi siempre artificiosa de la comedia urbana? El público prefiere la carcajada franca y brutal; no quiere *padecer*, como lo declara frecuentemente el instinto popular, ni reirse á medias. Y luego los autores están allí dominados por la mania de *hacer literatura*, por las modas del pensamiento, por los problemas de actualidad. Viven en un ambiente intelectual distinto del público, y, como es consiguiente, no se entienden. Los aplauden bajo la

fe de los críticos de teatros. Resulta una diversión demasiado seria. Una diversión que divierte poco ó no divierte.

—¿Acaso puede prescindirse de la literatura en el teatro?

—Prescindirse en absoluto, no; pero aquí se necesita un mínimun de literatura. Le basta al caricaturista con un mínimum de dibujo; lo que necesita es agudeza, intención, malicia; pues bien, este género es una caricatura en acción, una caricatura que se representa, como las charadas.....

—Pero esa caricatura, ¿no podría ser más urbana, más culta, más literaria?

—En la caricatura propiamente dicha, ¿no le hace á usted reir la más atrevida y picante, aunque sea grosera? Pues lo mismo sucede aquí. La caricatura sosa es un contrasentido, carece de razón de ser, resulta un dibujo malo. Hay en la carcajada algo grosero, algo de borrachera del espíritu. El arte que la provoque no puede ser un arte atildado, fino; tiene que ser un arte de brocha gorda. Las groserías de la comedia popular son de todos los tiempos; como que están en la esencia misma del género. La *psicología* de estas obras es ahora casi la misma, descontadas las naturales diferencias de los tiempos y de las ideas reinantes, que la de la comedia antigua. Hasta los tipos y situaciones son semejantes. El viejo burlado en sus amores por el joven, las intrigas y tercerías de los criados ahora, de los esclavos entonces; el fanfarrón que encuentra la horma de su zapato, ya sea un chulo moderno, ya el antiguo *Miles gloriosus*. Hoy, como en la escena clásica, el calavera es mirado con indulgente simpatía, y el avaro y el hipócrita son los tipos en que más se ceba la sátira. El sentido popular no ha cambiado. Y en punto á la libertad de expresión, á la licencia si usted quiere, las situaciones más atrevidas y escabrosas, los chistes más *verdes*, parecen pálidos, inocentes, sosos, comparados con la franqueza y el desembarazo de los antiguos. Dirá usted que aquellos escribían en buen griego ó en buen latín, y estos de ahora escriben en mal castellano. Mas por unos pocos autores cómicos de la antigüe-

dad, cuyas obras nos han quedado como modelos, ¡cuántos, ignorados hoy, no deleitarían á sus contemporáneos, tratando con no mayor consideración que los actuales á la gramática y la retórica y poética! Los mismos que admiramos—bajo la fe de nuestros humanistas muchas veces—acaso parecieron incorrectos y ripiosos á los puristas de su tiempo. Y no por eso gustarían menos. El teatro, y más este teatro sin trascendencia, sin tesis, sin más pretensión que la de hacer reir, no es sólo literatura, y casi estoy por decir que en él ésta es lo de menos.

—¡Dios nos asista! ¿pues qué es entonces?

—Espectáculo y audición musical, pero sobre todo espectáculo. Impresión sensible de la vista y del oído. Ese es el gran atractivo de este género. Los críticos que al dar cuenta de algún estreno dicen que el buen éxito se debió al pintor escenógrafo y al *atrezzista*, no deberían indignarse ni sorprenderse por ello. Aquí lo literario es lo de menos. Así se suceden ciclos de obras semejantes en cuanto una de determinado tipo agrada, y engendran la *Gran Vía*, el *Certamen nacional* ó los *Cuadros disolventes*, descendencia más ó menos larga, pero siempre con marcado aire de familia, sin que el público deje de asistir á las segundas ó terceras obras calcadas en la primera. Las revistas formadas por retazos de otras piezas, no agradan por eso menos. La obra, como trabajo literario, repito, es el menor de los factores de la impresión que recibe el público. Sin inconveniente grave podría volverse al antiguo sistema de los *representantes* ó cómicos que componían por sí mismos las obras del repertorio de la compañía. Más modestos, los actores de hoy se limitan á poner aquí ó allá algo de su cosecha, á intercalar entre los ajenos chistes propios, á subrayar la frase ó á acentuar con el ademán el rasgo caricaturesco que pretendió trazar el escritor, y no son los menores efectos de risa los que por estos medios se consiguen, ni es esta participación inesperada lo que menos deleita y regocija al público. El principal talento del autor en este género consiste en ser

un buen director de escena, en aprovechar las aptitudes de los cómicos y en hacer resaltar la belleza y la gracia de las actrices. Un detalle especial de indumentaria, una nariz postiza bien estudiada, crea un tipo; un traje ligero y de gusto, vestido por una buena moza; una copla picante, puesta en unos labios bonitos, salvan una obra. Exigir que los autores, además de saber todo esto, fuesen buenos literatos, sería pedir gollerías. Y acaso lo echarían á perder. Aplicar á este género la crítica literaria es establecer una relación entre términos heterogéneos. Esto es otra cosa.

—Y esa otra cosa, ¿es arte, al menos?

—Sí, es arte, á su manera. Un arte *en potencia*. Si llegara con toda perfección al *acto*, sería cosa magnífica. Un arte complejo, combinación de varios: el cuadro vivo unido á la música y á una acción dramática. Y aunque me tache usted de paradójico ó de chiflado, diré que en algún respecto: el descriptivo, el plástico, es superior á las artes más nobles y sublimes, á la pintura, á la escultura, á la literatura. Aquéllas nos presentan sólo un momento, y la segunda casi siempre un solo personaje, de la acción; la última nos transmite su sugestión por medio de las imágenes de la fantasía, más pálidas, menos vivas que la intuición sensible, reflejo directo de la vida. Aquí tenemos la intuición misma, el desarrollo completo de una acción dramática; en vez de colores y escorzos, de mármoles ó bronces, personajes vivos y por añadidura el atractivo inefable de la música. Mas como digo, todo eso está aquí en *potencia*. Para llegar al *acto* se necesitaría que todas las coristas fuesen bonitas y cantasen bien, las decoraciones obras de arte, los trajes modelos de elegancia, y así todo lo demás. Cumplidos estos requisitos no perjudicaría al conjunto el que las obras tuvieran sentido común.....

—Eso vendría á ser una especie de ópera.

—Una ópera popular, en que, por añadidura, se enteraría la gente del libreto. Pero una ópera de corte distinto de la que conocemos; en que lo principal no fuese la música, sino el es-

pectáculo; una ópera contemporánea, sin arrequives históricos, descarada y..... ligera de ropa.

—¿Conque, descarada y ligera de ropa? ¿Dónde me deja usted entonces á la moral?

—Donde usted quiera, menos en el teatro. El teatro no será nunca moral, so pena de perecer por aburrimiento de los espectadores. La moral, como las cosas serias de la vida, no divierte. El público no pagaría por que le *edificasen*. Ya es bastante que admita que le *edifiquen* gratis. Lo más que puede pedirse al teatro es que sea *amoral*, que ni quite ni ponga rey. Y aun en este género, hablando con franqueza, tiene que ser por lo menos, por lo menos, un poquitín inmoral, dado el concepto corriente que de la moralidad tenemos. ¡Calcule usted!; toda esta dramática gira alrededor del sexto mandamiento..... pero en sentido inverso, naturalmente. Y no hay que darle vueltas, amigo, el eje es insustituible.....

—Pero, ¿entonces?.....

—Entonces vendremos á parar en que este género, tan ligero, tan insustancial, que tan indigno le parecía á usted de toda atención filosófica, ofrece, al menos, ocasión de estudiar una contradicción por demás interesante: la contradicción entre nuestra moralidad teórica y nuestra moralidad práctica. Padecemos un verdadero empacho de moral..... externa. Hemos expurgado el lenguaje de toda obscenidad, y aun de las francas denominaciones de nuestros antecesores, pero nos queda el equívoco, más picante que todas las franquezas. Perseguimos la pornografía, y somos pornográficos por dentro. Echamos un velo sobre el vicio, y cuanto más tapado nos parece más incitante y apetitoso. Por fuera somos una sociedad de Padres de familia; por dentro, el *cochon qui sommeille*..... anda muy despierto. Y ¡qué diablo! si bien se mira, no es tan *cochon* como parece. Comparados con los antiguos, hemos ganado la copa del rey de Thule. Hemos inventado un placer nuevo, el placer del pecado. La filosofía del novísimo misticismo estético gira en torno de esta invención vieja, pero

ahora remozada. «Ya que me lleve el diablo, que me lleve en coche», decía antes el sentido práctico de las gentes. Los refinados de hoy no se contentan con ir en coche: exigen que les lleve el diablo, para que sean más intensas y variadas las sensaciones del viaje. Convénzase usted; en la naturaleza humana hay algo de inmoral. Puede que Adán no haya existido; pero el pecado original es evidente. La moral lleva en sí algo de artificial, de impuesto; obedece siempre á un motivo exterior: religioso, utilitario, el que usted quiera. Una moral por sí misma, automática, *autogena*, como la que idearon los krausistas, es un mito. Por eso no hay que tirar demasiado de la cuerda.....

—Pero, ¡hombre de Dios! ¿le parece á usted que se tira demasiado?.....

—No digo eso. Se hace que se tira. En medio de la tristeza, de la monótona reglamentación y de la hipocresía de la vida moderna, estos teatros son un acceso de franqueza. Por eso agrada el género chico. Quítele usted el desnudo, la música alegre y gachona, los chistes atrevidos; vístale usted de largo, y ha muerto. Si representaran aquí hombres solos, ¿vendría alguien?

—Según la teoría de usted, vendrían las mujeres.....

—Tampoco. Los diálogos entre varones no les dirían nada..... pero pongamos punto, que se alza el telón.

. . . . . .

Se alzaba, en efecto, y callaron los que tenían esta pláctica.

E. Gómez de Baquero.

CRÓNICA INTERNACIONAL.

Introducción.—Viaje de los czares.—El czar en Francia.—Viajes anteriores al viaje por la República.—El czar en Austria.—El czar en Alemania.—Carácter diplomático de ambos viajes.—El czar en Dinamarca.—El czar en Inglaterra.—Carácter privado y familiar de estos dos viajes.—La czarina en Balmoral.—Significación política internacional de la llegada del czar á la República francesa.—Desahucio de las pretensiones monárquicas.—Recuerdos que guarda y encierra el Hotel de Ville, centro de todas las revoluciones francesas, para los reyes absolutos.—Aspectos internacionales de las visitas del czar.—La cuestión de Oriente discutida en Balmoral.—Los czares de regreso en Alemania.—Conclusión.

I

Al gran representante de los eslavos en el mundo, al emperador moscovita, consagra hoy Francia un triunfo, ante cuyas magnitudes parecen enanas figuras y enanísimas edades las figuras y las edades de Roma. Por manera que, teniendo Francia el privilegio de contagiar al mundo, primero por lo central de su posición geográfica en este nuestro continente, y después por lo comunicativo, así de su lengua, como de su ingenio, no se ocupan en otra cosa los círculos políticos, ni de otra cosa se escribe en las publicaciones diarias más que de los viajes del czar, siquier sean recreativos ó nupciales, y de las entrevistas del czar, siquier sean puramente amistosas y privadas. Ignorará una parte considerable de la historia contemporánea y una fase capital del espíritu moderno quien ignore cuantas visitas ha hecho el poderoso monarca y cuantos brindis ha dicho en sus largas excursiones

por tierras y por mares. Enemigas Rusia y Austria, no solamente por las ingratitudes históricas de esta segunda potencia en la guerra de Crimea con el primer Nicolás, que salvara su corona, rota en cien pedazos á impulsos de Hungría, durante la revolución del 48, no sólo por este motivo muy justo, por aspirar á la hegemonía y á la prepotencia en el Mediodía oriental y á los despojos del imperio turco agonizante; las visitas de Nicolás II al Austria no podían pasar de meramente corteses, cuando fueron análogas visitas calurosas y sinceras mientras duró la unión de los tres emperadores, por los días precedentes al desastre de la política rusa en Bulgaria, y al encuentro de aquella conspiración austriaca revestida con una forma bien clara por la personalidad de Fernando Coburgo, apóstata hoy del Austria y catecúmeno del czar. Igualmente ha sido de cortesía la entrevista con el emperador alemán. Todo soberano moscovita, desde que las ideas panslavas dejaron de ser allí puestas en verdadero entredicho, necesita dar una demostración palpable de que olvida su origen alemán, y se atiene al ideal demandado por los mujicks, al ideal de patriarca, déspota popular como Ivan el Terrible, emperador y pontífice al mismo tiempo, disponiendo á su arbitrio del cuerpo y del alma de sus numerosos vasallos. Pedro el Grande, Catalina II, el primer Nicolás y los dos Alejandros se distinguieron por su afecto á Germania, que creían una gran escuela en ciencias y artes, así como por el amor á su germánica sangre, de la cual se ufanaban y envanecían por extremo. Pero este sentimiento atávico de los emperadores moscovitas modernos pugnaba con el sentimiento común de las razas, todas empeñadas en que su autoctonía y su tradición superan en mérito intrínseco y en virtud política mucho al genio alemán, elevado hasta el trono ruso por una dinastía como la reinante, de origen extraño y de tendencias extranjeras. Así el último Alejandro de Rusia, el recién muerto, padre de este czar que hoy embarga el ánimo y el espíritu de Francia, se desasió de los alemanes por completo, y para mostrar la verdad objetiva de tal desasi-

miento, no creído por nadie, aceptó inteligencias, tan repulsivas á su temperamento, como las inteligencias con Francia. Igual política sigue su hijo. Así las dos entrevistas de éste con el emperador de Austria y con el emperador de Alemania no han tenido ninguna significación sino esta: demostrar sincera cortesía para con los reyes vecinos y compadres que se reduzca tan sólo á decir como, al irse con Francia, el czar no se va con la causa de los pueblos occidentales, y cómo las inteligencias con Francia no adolecen de ninguna veleidad guerrera y no significan cosa ninguna contra la paz y la estabilidad europeas. Hubieran creído cosa demasiado fuerte los agudos diplomáticos de Petersburgo llevar la personificación única de las ideas antiguas y del régimen despótico, restante hoy en la Europa cristiana, llevarlas sin reservas á Francia, donde impera una muy arraigada República, por los mismos caminos y por los mismos derroteros que señalaban las impaciencias del buen Gustavo de Suecia otro tiempo á Catalina de Rusia, contra la Francia revolucionaria, porque creíanla en meses de parir, como parió esta inspirada nación, la primera República.

II

Y si las visitas del czar á Germania y Austria solamente han presentado un carácter diplomático, de cortesía y de paz, las visitas al rey de Dinamarca y á la reina de Inglaterra solamente han presentado un carácter de familia, particularísimo. En las primeras han predominado los tonos diplomáticos; en las segundas han predominado los tonos domésticos. Al Estado se dirigían las unas y á su completa seguridad; se dirigían las otras al hogar y á sus santas expansiones. En Viena y en Berlín, Nicolás buscó amigos que le ayudasen á

mantener el orden y el equilibrio europeos; en Copenhague y en Balmoral, abuelos que le trajesen á la memoria el recuerdo de su padre muerto, y que le inspirasen los afectos santos del hogar, que necesitan hasta los pechos imperiales, y que sustentan hasta los tronos altísimos, pues la verdadera piedra donde arde la llama del sentimiento, necesario á la familia, llama que no sólo calienta la comida, sino que calienta el corazón también, esa piedra sacra es como la losa del sepulcro y del panteón de los antepasados: que la vida se alimenta y nutre de la muerte. Bien poco puede servirle su abuelo el rey de Dinamarca para la política, mas le sirve mucho para el sentimiento. Muy quietas las naciones boreales ó escandinavas, lo mismo la danesa que la puramente normanda, en su orden interior y civil, no gozan de igual tranquilidad en su orden político, pues mientras el rey danés, alemán de abolengo, apenas puede acordarse y concordarse con su Parlamento, por muchos años airadísimo contra él, apenas puede por su parte hoy, el rey sueco, de origen francés, llevar seguro el carro de su Estado, á que van uncidos por fuerza dos gobiernos tan dispuestos y propensos á descompadrar, como el gobierno de Stokolmo y el gobierno de Cristianía, patricio y proteccionista el uno, mientras el otro demócrata progresivo, partidario del derecho humano y del cambio libre. Así nada puede hacerse con Suecia y con Dinamarca, dos cantidades valiosas en su intrínseca esencia, pero de aplicación imposible á la suma de tantos y tantos factores enormes como representan moles y fuerzas en el complicado mecanismo de la política europea. Alejandro III iba con todos los suyos á las selvas boreales de Dinamarca los estíos en busca de afectos íntimos, como va los estíos Guillermo II embarcado á las costas de Noruega, iluminadas por una luz perpetua, en busca de sublimes emociones; y ha renovado la costumbre ahora del padre su devoto hijo, como ha renovado su política internacional, especialmente con Francia.

El ejercicio que más priva entre los hábitos del joven Nicolás, es el ejercicio en bicicleta, y los bosques daneses le han

dado espacio á la práctica y goce de semejante afición. Habíase alejado sobre su máquina del palacio, y creía estar solo, pues la soledad gusta mucho á cuantos han de ocupar al público por fuerza, cnando ve una sombra que le sigue, un hombre que corre tras él desalado, compitiendo casi con la bicicleta, y se detiene para primero reñir y echar de su lado al importuno corredor, que parecía cumplir compromisos y ganar apuestas. Mas ¡cuál no sería su asombro cuando resultó ser, la persona importuna é imprudente, nada menos que un esbirro de la policía rusa, encargado por Petersburgo de no perder al czar y á su familia en todas partes y en todo momento de vista, porque la segur del nihilismo se dilata invisible sobre la corona rusa, como la guadaña invisible del espectro de la muerte se dilata sobre la cabeza de todos los vivientes. Después de ver á su familia en Dinamarca, los czares se han ido á ver su familia en Inglaterra. Nicolás es sobrino carnal de la heredera del trono inglés, la hermosa y virtuosísima Gales, hijo de una hermana de ésta; su mujer es nieta de la reina, hijo de aquella princesa célebre del Hesse, cuyos escritos, publicados tras su muerte, han sido pasto de innumerables comentarios, pues vivía en la mayor pobreza, y se daba, por contrastar las penas connaturales al atraso y al apuro, sin reservas, entre las nieblas alemanas, al temerario ejercicio de las especulaciones metafísicas. Por cierto que durante un largo período, Alice se prendó del sistema profesado por la extrema izquierda hegeliana, sistema verdaderamente ateo, y tuvo por maestro preferido al célebre Strauss, lanzado hasta de las cátedras del cantón de Zurich, por negar en cuatro magistrales tomos de una erudición germánica, su divinidad á nuestro Señor Jesucristo y su veracidad á nuestros santos Evangelios. Mas parece que la hija no ha heredado estas veleidades metafísicas de la madre: se ha reducido á leer su Evangelio luterano y á seguir sus oficios piadosos en las iglesias protestantes. Yo no creo en los casamientos regios é imperiales de inclinación, como no creo en la fe religiosa de quienes dejan una corona

eterna en el cielo por corona fugacísima en el mundo. Pero la prensa dice que la czarina hizo excepción de esta ley, costándole mucho cambiar de religión para cambiar de estado, y que sólo el amor la movió á salir de una Iglesia tan severa como la Iglesia protestante, para entrar en una Iglesia tan asiática como la Iglesia griega.

III

Dicen que la reina Victoria pesó, con toda la pesadumbre de tan grande autoridad como la suya, sobre su nieta, y la impelió á cambiar de religión para que pudiera ceñirse así la pontifical corona eslava. Pasa la majestad británica, en religión, por puseísta, es decir, por anglicana extrema, sectaria de cánones y dogmas y disciplinas, muy al gusto de la Iglesia católica, pues le toman á ésta las capas pluviales, los cirios encendidos, el oloroso incienso, considerándose apartados los puseistas del Pontificado y del poder pontificio, más por sus efectos de amor nacional, que por ninguna otra contradicción patente con el credo antiguo y ortodoxo. Pues digamos en honor de las católicas, puras y rancias, cuán menos fáciles aparecen á las abjuraciones y á las apostasías que sus congéneres del gremio luterano y del gremio bizantino, sin duda porque tiene autoridad superior y argumentación más fuerte que las Iglesias heterodoxas ó cismáticas, la Iglesia romana, la Iglesia universal. Solamente ha derogado esta ley cierta infanta parmesana, prima de Cárlos VII, perteneciente á la dinastía borbónica italo-hispana, quien ha dejado bautizar por la bizantina inmersión al primogénito Boriz, engendrado en su matrimonio con el Príncipe Fernando de Bulgaria. Pero la emperatriz de Rusia es luterana conversa, por reinar, al credo

bizantino; y las herederas de Francia é Italia son, la una protestante conversa, por reinar, al rito heleno, y la otra esclavona convertida, por reinar, al credo romano. Pero la intervención de Victoria en bodas como la feliz de los jóvenes czares, merece la visita de familia que le han hecho, y las pruebas de cariño que le han dado. Así, para mostrar este carácter, no hubo fiesta oficial y palaciega ninguna. Los emperadores, encantados por los escoceses paisajes, hánse reducido al goce puro de aquellas perspectivas célebres, al homenaje improvisado de aquellos fortísimos montañeses. Natural que los hechizara Escocia. Sus mares, batidos por una tempestad continua; sus praderas sembradas del heno, donde les llega por los corbejones á los bueyes su fresca y olorosa hierba; la red idílica con que guardan los rebaños y cultivan las sedosas lanas; aquellos ríos que de las alturas se precipitan al valle y al llano entre grandísimos helechos casi arborescentes; los clarísimos lagos azules, quietos al pie de las montañas, verdes y fantaseadas por la misteriosa poesía, oculta en las ondulaciones; la mezcla de los surcos, en el valle, con los ventisqueros en las cumbres, envueltos en tenues gasas de nieblas, préstanse á contemplaciones estéticas, muy semejantes, por los éxtasis y los arrobamientos que producen, á las contemplaciones religiosas. Luego Escocia se distingue por sus caracteres poéticos. Nunca pueden olvidarse, cuando se han leído alguna vez, las escenas de amor presentadas por el inmortal Goethe, cuando Carlota y Werther leen al son del piano la epopeya osiánica, en que murmuran las selvas, resuellan las olas, braman los torrentes, gritan los aquilones, mujen los bueyes, arrullan las tórtolas, roncan las tempestades, silban los pinos, cantan las gaviotas con las cornejas, y se oyen á una los acordes sublimes de los sonidos concertados en el órgano, que suena por sublime modo dentro de la Catedral del infinito Universo. La poesía gaélica de Osiam; los siniestros vuelos de las brujas del regicida Macbek, inmortalizados por la tragedia y por la ópera; la triste leyenda de María Estuardo,

que surge de las almenas castellanas entre los riscos realzados por vellones de nieblas; los relatos del grande novelador Walther Scott, poniendo por cada camino y sobre cada ruina una tradición en relieve, que recuerdan y repiten todos cuantos poseen memoria y corazón. La música de *Lucía*, donde se juntan el amor y la muerte, como el castillo nupcial alumbrado por gozosas luminarias, y el cementerio luctuoso asombrado por los piramidales cipreces y los llorosos sauces; hasta el vestido escocés tan celebrado, y los hunglands, parecidos en lo ligeros á gamos selváticos, y en lo combatientes á monteses javalíes; tal número de prestigios prestan indecibles encantos para un paseo en Escocia, emprendido, sobre todo, por jóvenes tan felices como los czares en luna de miel, retardada por luto y por duelo, cuando amanecen dichas exaltadas por las vibraciones de los nervios y el fantaseo de la imaginación. Así, las cabalgatas se han sucedido á las cabalgatas, y las monterías á las monterías, por montañas y cercados donde no se dejó entrar á los profanos, y entre matorrales y bosques donde los faisanes y los ciervos ofrecen á gente guerrera, con los esparcimientos de caza, la soledad muy gustosa para los reyes, en alturas mucho más sólidas y mucho más gratas que sus menguados y combatidos tronos. Las fiestas al czar en Balmoral son fiestas exclusivas de familia.

IV

Ocho días han vivido en familia y dándose la satisfacción de parecer simples mortales, pues mientras los de abajo se mueren por subir, los de arriba, con raras excepciones de algún que otro ambicioso insaciable, tienden á bajar y á confundirse con los desconocidos y con los ignorantes en el seno

de la Naturaleza, desligados del yugo de la etiqueta, y sin tener necesidad ninguna de ceremonias, de cortesías, de pompas, de liturgias, que pueden dorar las cadenas, mas no esconder la esclavitud. Se han los czares paseado por donde han querido; puesto al ojo la escopeta, donde bien les ha gustado; ídose de tiendas como los burgueses modestos; oído en parroquia de aldea sermón presbiteriano, muy conveniente y maduro, para suplir en domingo la falta irremediable de un ritual ortodoxo y bizantino. Mientras el czar habrá comprendido poco del espíritu y de la forma en el sermón presbiteriano, fórmula de cristianismo demócrata y liberal, que produjeran las Repúblicas holandesa y americana, y que persiguiera con saña cruel su difunto padre, la czarina no se habrá, sin emoción, acordado de que sus padres la educaran en una religión de la cual viniera el puritanismo de Enox y la teología de Calvino, formando religiones bien diversas de la oriental ó griega, de la occidental ó romana. Pero, al fin, cuando se habitan palacios incrustrados en piedras preciosas y se asiste á misas donde oyentes, como los emperadores, parecen más dioses que Dios mismo, debe hallarse una compensación agradable y sentirse un verdadero hechizo en escuchar sermones dirigidos á todo el mundo, y en fundirse con los campesinos creyentes en una ermita de aldea, donde penetra como incienso el olor de los campos, y se mezcla con la campanada del oficio la esquila del ganado. Mas todo esto ha tenido que concluir por fuerza.

V

El viaje por Europa de los czares, calculado con mucha ciencia por la diplomacia rusa, y cumplido por los jóvenes mo-

n arcas con escrupulosa fidelidad á lo acordado, ni un momento perdiera, ni un momento, hasta en las menores minuciosidades ó detalles, sus dos significativos y capitales caracteres. Era el primer carácter una incontrastable afirmación de amistad á Francia; era el segundo carácter una incontrastable afirmación de que no puede por manera ninguna esta grande amistad empecer á las relaciones de Rusia con todos los Estados monárquicos y á la estabilidad europea. Para mostrar el primer carácter, su amistad perdurable á Francia, si el czar ha recibido muchos homenajes del pueblo francés, en reciprocidad, él también los ha prestado al pueblo francés, quizá mayores que los recibidos, pues un pueblo lo puede todo, aunque aislado y solitario se halle, y un individuo, siquier sea omnipotente y esté bien acompañado, puede sucumbir á cualquier extrema fatiga, lo mismo á la del trabajo que á la del combate, aunque sea trabajo éste movido por móviles tan justos como el agradecimiento. Ninguna, entre todas las manifestaciones del espíritu francés, ha dejado de obtener con piadosa devoción por la visita del joven emperador: la industria en su Sevres, la ciencia en su Academia, la religión en su catedral, el trabajo en su certamen, el Congreso y el Senado en sus respectivos presidentes, las artes en su Museo, las letras en sus teatros, la música en su ópera, la historia en su Versalles, la Justicia en su palacio, el Estado en su jefe, la Naturaleza en sus jardines y bosques, la muerte misma y los muertos gloriosos en su austero Panteón. Y cuenta que por todas partes ha debido chocar con recuerdos muy contrarios á todo aquello que un césar significa y representa. Fuera de los Inválidos, bajo cuya rotonda de bronce y oro duerme su eterno sueño el gigante Napoleón, enemigo de sus progenitores unas veces y otras veces aliado y amigo; fuera de los Inválidos, en que un Gobierno republicano cultiva la gloria de un emperador y de un Imperio, por los demás sitios visitados, en las demás remembranzas despiertas al contacto con el espacio donde pasaran, despertador de recuerdos, Nicolás ha debido ver, no solamente

la República verdadera en Francia, la República tradicional, y ciclópeos esfuerzos para constituirse con arreglo al ideal democrático y sus sobrehumanos combates para defenderse de la Europa monárquica. Al entrar en la santa capilla no ha podido menos que ver el sombrío medioeval torreón de la Conserjería en que agonizó Antonieta; como al pasar, en su entrada triunfal por los Campos Elíseos, y acercarse á las Tullerías desoladas, el emplazamiento, adornado con un surtidor monumental, del patíbulo de Luis XVI, como al recorrer los caminos hacia Versalles, la vía de amargura y de tristezas, no seca de sangre y lágrimas aún, en cuyas terrribles sinnuosidades los reyes absolutos experimentaron el tormento y el martirio después que les desdoró la revolución sus antiguas coronas, y antes de que se las redorase de constitucionales el Parlamento, mientras crecía la marea de palabras y de pasiones, que concluyendo por descabezarlos entre blasfemias de la conciencia popular y extremecimientos del suelo patrio, en Versalles mismo, el teatro en que las guardias de Corps aceleraron el terrible desenlace de tanta tragedia; el templo donde se reunieron los Estados generales por primera vez; el Trinquete, por cuyos desnudos espacios amaneciera la idea y se revelara el nuevo espíritu cuando los diputados del pueblo decidieron en Asamblea constituyente convertirse y no separarse hasta haber dado una constitución á Francia: recuerdos que á nosotros hoy parecen un poema, pero que deben proyectar sobre la coronada frente de los reyes una bien trágica y bien luctuosa tristeza, pues todos ellos han hecho como grandes nucleos de materia cósmica republicano á un centro de nuestra Europa como París, foco de luz y de calor y de fuerza y de atracción hacia el cual gravitan todos los pueblos del mundo. El viaje á Francia, no puede dudarse que ha sido un viaje de amistad entre la República francesa y el czar moscovita. Si algún recelo cupiese á este respecto, bien pronto lo desvanecería testimonio de todo ello tan vivo como que haya comenzado la carrerra triunfal entre barcos de guerra en Cherburgo y haya concluído entre ar-

mas y soldados y maniobras militares en Chalons, donde ha dicho el czar las palabras que rematan y coronan el edificio: fraternidad entre ambos ejércitos.

VI

Esta palabra, que todo lo remata y explica, junta con el saludo á París, junta con el recuerdo de las largas tradiciones amistosas, cuya extensión en el tiempo sólo puede llegar hasta la memoria del padre de Nicolás II, y á lo sumo, hasta el día en que, por el año 74, su abuelo, el mártir Alejandro, se levantó ante Bismarck como sobrenatural sombra y le detuvo la mano para que no descargara el golpe de otra guerra sobre Francia; esta palabra, con sus anejas, muestra que será eterna la concordia entre ambos Gobiernos, á pesar de sus contrarias naturalezas y de sus destinos contrarios. Pero dicho esto, y hecho esto, el czar no dirá palabra ninguna más, el czar no hará cosa que pueda despejar el misterio de si hay ó no alianza, y que pueda contener amenaza de ningún género á la estabilidad europea. Pasa un fenómeno bien raro en este momento bien crítico. Nunca se reunieron más armamentos y más soldados para la guerra, y nunca se dijeron tantas palabras de paz. Cuando se formaban hace poco alianzas, la de Inglaterra y Francia para ir á Crimea; la de Austria y Rusia, para someter á Hungría; la de Rusia y Rumanía, para redimir los Balkanes; la de Prusia é Italia, para rescatar el Véneto, hacíanse á una en la guerra y por la guerra, sonando clarines y cañones; mas ahora, con ejércitos innumerables, con armadas increíbles, con armamentos fabulosos, todas las alianzas resultan defensivas y todas se forjan, sin excepción, á hierro, pero á hierro de áncoras, destinado á sostener y asegurar la paz de Dios. Por

manera que ha sido el viaje de Nicolás II á París un viaje de amistad, pero amistad que no se compromete á nada ofensivo y guerrero, que promete la común defensa y el recíproco auxilio en caso de agresión, y que ofrece otra base más á la estabilidad europea. Huélgome con ello, pues yo soy tan amigo de la libertad como de la paz.

VII

El czar no podría ponerle un sello autocrático al pueblo francés y el pueblo francés ha podido ponerle un sello republicano al czar. Los escritores dogmatizantes de la monarquía, entregados al culto del viejo ídolo, y empeñadísimos en restituirle su antiguo poder, como los últimos romanos creían restaurar bajo los irruptores germánicos las grandezas patrias, restituyendo la Diosa Victoria, ó á su efigie, al templo del Capitolio, donde se adoró siglos y siglos aquel simulacro, sostienen que se ha restaurado el trono en Francia por haber comido sobre un tablado superior al sitio de los demás comensales el czar y el presidente. Al contrario, digo yo, no porque me sugieran este dicho mis viejas ideas republicanas, porque me lo sugieren la observación y la experiencia, criterio seguro en política; nada prueba la existencia y arraigo del régimen imperante hoy en Francia, como que un czar, el mayor déspota de Europa y quizás de Asia, se haya visto forzado por fatalidades invencibles á beber el vino de honor en la mesa del presidente de una República como la República mayor que hay en Europa, y á sentarse, junto con su mujer, sintiendo circular por sus venas la sangre de cien abuelos reyes, sobre los estrados ofrecidos á su majestad y grandeza por un simple curtidor, hecho rey temporero y puesto al frente del primer Estado central

europeo por la voluntad manifiesta y legítima de un pueblo libre. ¿Puede darse un desahucio mayor á las pretensiones del Borbón duque de Orleans, á las pretensiones del Borbón duque de Madrid, á las pretensiones del Borbón duque de Anjou, todas vanas, que proceder el czar como con un colega y un compañero con quien representa y personifica por siete años la Nación que ha degollado primero y proscripto después todos los representantes de la monarquía legítima, sin permitirles, no ya que sean monarcas y príncipes, que sean ciudadanos siquiera en el suelo sacratísimo de la Francia democrática, republicana, libre?

¿Pués qué, no hemos cumplido hace poco una centuria del armamento de todos los reyes contra ese pueblo francés, á quien todos los pueblos amamos, porque á todos nos ha redimido por igual? Apenas, repito, ha pasado un siglo desde los días angustiosos en que Francisco de Austria reclamaba del Parlamento francés la revocación de las leyes dadas contra el feudalismo militar de Alsacia y contra el feudalismo teocrático de Aviñon y contra la monarquía histórica de toda Francia; en que Federico de Prusia, heredero del gran Federico, se reconciliaba con el nieto de María Teresa y con su hijo, tras tantas guerras, para romper contra Francia y destruirla, pues había ésta esparcido en los aires, por siervos respirado antes, el vivificador oxígeno de la libertad; en que Gustavo de Suecia requería sus armas y aprestaba sus naves intentando abordar á Cherburgo, como caballero andante de la reacción y de la realeza; en que Catalina II, después de haber alojado en sus imperiales bibliotecas los enciclopedistas, generadores de la revolución, se retiraba de Turquía, su presa, para dirigir y azuzar contra el pueblo revolucionario aquel oso blanco del Norte, aullando y hambriento, que se llamaba Sonwarow, seguido por sus apocalípticas hordas de cosacos; en que María Luisa mandaba por el Pirineo sus huestes y los Saboyas sus fortísimos piamonteses por los Alpes, y los Borbones napolitanos sus recursos por todas partes, y el Papa, desde

Roma, su excomunión mayor contra la Francia novísima, que formulaba los derechos humanos, y oponía, Sibila inspirada, en un momento de arrebato sublime, sobre su trípode, por el terror sacudida, cantando la *Marsellesa* en coro como si fuese Atenas resucitada, con soldados como los de Leonidas y los de Temístocles, al dogma de la soberanía de los reyes, el dogma austero y supremo de la soberanía de los pueblos. Para que nada falte á esta consagración, el czar se ha presentado en el *Sancta Sanctorum* de las revoluciones francesas, en el palacio de la Municipalidad parisién. Y al presentarse, había ya dicho allí donde puede hablar de oficio, en el otro lado de París, en el Eliseo, presidencia de la República, que París despide mucha luz. Y, en efecto, mucha luz, decimos nosotros, muchísima luz, pero luz que trae consigo aparejado mucho calor, al cual calor se derriten y caen las cadenas del tobillo de los siervos y las coronas del testuz de los reyes. Y así, lo que ha consagrado Nicolás presentándose por los salones del Ayuntamiento parisién, siempre revolucionario, no ha sido el calor, no ha sido el éter; ha sido el rayo de la revolución, su tempestad. Cuando subía la escalera del palacio popular, bien pudo recordar que renovó en sus senos á París y al espíritu parisién un alcalde constitucional como Bailly; que atizó allí la República un alcalde girondino como Petion; que forjó las dictaduras y las cruzadas revolucionarias, al martillo de su puñoy al yunque de su idea, un titán como Danton, saliendo de allí la sentencia capital, fulminada en otra parte, sobre la cabeza de los reyes y el campaneo á rebato que levantó en armas contra todas las viejas monarquías y conmovió desde el Cremlim de Moscou hasta el palacio de Madrid. Para completar estos homenajes al poema de la revolucion, el czar ha puesto la primer piedra en el puente que llevará dentro de poco los peregrinos modernos á la Exposición Universal con que Francia cierra el siglo, abierto por la conquista, Exposición la cual muestra cómo la libertad y el humano derecho han vencido al despotismo y á la guerra.

VIII

Indudable que la presencia del czar en París, tomada por la opinión como un acto de política internacional, prospera únicamente la política nacional, porque asegura la República; y asegurando la República, presta inconmovibles áncoras á nacionalidad como la francesa, tan indispensable al progreso de todos los pueblos y al brillo de todo el planeta. Mas, reconociendo este bien positivo, que no es poco, ¿puede la visita del czar servir los intereses internacionales de Francia, como ha servido sus intereses nacionales? Aquí empieza la dificultad. Uno, verdaderamente fraternal, entre los innumerables amigos que yo he contado en Francia siempre, sobre todo en el partido republicano francés, decíame que la inteligencia franco-rusa únicamente á los rusos importaba y servía. No quiero decir el nombre de mi amigo, ni siquiera indicarlo, porque los rusófilos de Francia son en tanto número y tan fuertes, que si dijera quién es el amigo desconfiado de los czares, no obstante haber muerto ya, para dolor mío y desgracia de Francia, serían capaces de desenterrarlo como los cardenales desenterraron al Papa Formoso, perturbando el eterno sueño suyo y cebándose hasta en su yerto cadáver, del cual sólo quedaran los últimos inextirpables restos. Dado el carácter entusiasta francés, decía mi amigo, los franceses habrán de conmoverse á cualquier contrariedad experimentada por Rusia, sobre todo si proviene de Alemania, y partirán en guerra con espontánea unanimidad; mientras, dado el carácter moscovita, más paciente, más silencioso, los rusos, amordazados por el despotismo y fieles á las consignas de lo alto, no se moverían á ninguna contrariedad experimentada por Francia, si-

quier la contrariedad proviniese de Alemania, y no partirían en guerra para socorrer á sus nerviosos aliados. El amigo, que no era León Gambetta, otro, nunca de tanta importancia como Gambetta, pero sí de altísima posición en el Estado francés, declaraba temer que metiese á Francia Rusia en todos sus conflictos y Francia no pudiera meter á Rusia en ningún conflicto suyo. Hablaba como un profeta mi amigo. Rusia tuvo el año último dificultades con los japoneses en Corea y Manchuria; el Gobierno francés auxilió con empeño al Gobierno ruso para salir de sus atolladeros. Ha tenido Francia y tiene todavía un largo pleito con Inglaterra por Egipto: ¿qué servicio, en esta cuestión capitalísima, le ha prestado Rusia? Esta es la hora que no sabemos á ciencia cierta si hay tratado de alianza entre los presidentes de Francia y los czares de Rusia, mientras sabemos que hay tratado de alianza entre Italia y Austria y Alemania. Los más temerarios en sus afirmaciones aseveran que un tratado existe puramente defensivo, y de ninguna suerte ofensivo ni para todos los eventos. Si Francia y Rusia se ven agredidas, sin partir provocaciones ni de la una ni de la otra, defenderánse juntas contra todos y contra todo; pero si cualquiera de ambas potencias quisiera ser agresiva, lo sería por su cuenta y riesgo, bajo su peculiar y propia responsabilidad, sin tener derecho alguno á exigir de su aliada sostén y auxilio. La doble se propone, como la triple alianza, el reposo de nuestra Europa y el mantenimiento de toda la estabilidad europea. Y como, para el reposo de nuestra Europa, y para el mantenimiento de la estabilidad europea se necesita que Lorena y Alsacia no se muevan del sitio por ellas hoy ocupado y no se desgajen del Imperio á que se hallan adheridas, el tratado franco-ruso, en vez de prometer sus provincias á Francia directamente, las mantiene indirectamente y casi las garantiza en manos de Alemania. ¡Triste caso en verdad éste! Por mucho que brinden á la necesaria paz los señores y potentados del mundo; por más que firmen tratados asegurando la paz europea; por más que desde la conclusión del conflicto

turco-moscovita, el año setenta y seis, no se haya movido la hoja de un árbol, el derecho que asiste á Francia de reivindicar Alsacia y Lorena, como lo tenía Italia de reivindicar el Milanesado y el Véneto, exigen una guerra, cual aquella guerra contra el imperio turco por Grecia, ó cual aquella otra guerra contra el imperio austriaco por Italia, guerra semejante á todas las guerrras que han tenido por objeto y fin reconstituir las nacionalidades, emancipar á los esclavos, poner las fuerzas materiales al servicio del humano derecho y de la libertad universal.

IX

El fruto internacional, único, dado por las visitas del czar á Europa, lo cosechó Inglaterra. Durante todo el transcurso de los meses últimos, háse interpuesto la coraza ó pecho del czar entre Turquía y Europa, queriendo aquél preservar la media luna en su ocaso europeo al apetito inglés y á las maniobras austriacas. Después que los armenios merecieran á Rusia tanto aprecio y á Inglaterra tanto menosprecio antaño, hanse vuelto las tornas hogaño; y los protectores del Gobierno turco son sus eternos enemigos, los moscovitas, mientras son sus enemigos los eternos protectores rusos, los ingleses. Bastó el propósito manifiesto en Inglaterra de ajustar cuentas al sultán por los desastres de Armenia, para que se interpusiera con resolución á favor del sultán Rusia; y bastó el propósito manifiesto en Rusia de bloquear á Creta en la última insurrección para que Inglaterra desconcertara el concierto europeo y campase por sus respetos completamente sola. Pero como el diablo las carga, escapóse un tiro al sultán en pleno estío, que hirió el corazón de la Europa cristiana con herida incurable.

Pretextando que los armenios invadieran el edificio de la Banca otomana, y tornádolo fortaleza de revolución en armas; exponiendo unas bombas explosibles, capaces de hacer saltar Constantinopla, y atribuídas á los armenios; declarándose amenazados por los que son ha siglos sus víctimas; los turcos en los dientes agarraron sus cuchillos y arremetieron á yataganazo limpio con todos los armenios, degollados como los judíos en la tierra de Jerusalén por Tito, como los albigenses en las guerras de Provenza mandadas por Monfort, como los gibelinos en las luchas y en las victorias güelfas, como los hugonotes en la noche de San Bartolomé. Si tigres ó leones hubiesen asaltado caravanas en el desierto, y lobos hambrientos rebaños en el redil; si rapaces águilas se lanzasen sobre palomares desprendidos á devorar palomas, encontraran sus víctimas quien las defendiera, preservándolas á las matanzas reinantes sobre los círculos diábolicos de las malditas competencias animales; y al Oriente de nuestra Europa, templo de la civilización, á la vera de un palacio mágico, donde agoniza un despotismo de Asia en mal hora trasplantado entre nosotros, los espías, los verdugos, los sayones del déspota, se han dado al bárbaro placer de tronchar huesos, extraer entrañas, exprimir como esponjas la sangre de los corazones, degollar niños sobre los vientres palpitantes de sus madres recién violadas, muertas á cuchillo, sin que nadie les fuese á la mano, como si estuviéramos en un tiempo y en una sociedad de caníbales. Así el crimen ha podido cometerse; la indignación, por el crimen causada, no ha podido ahogarse. Pueblos de glorioso abolengo, como Suiza; oradores de primer orden, como Gladstone; ciudades de importancia excepcional, como Liverpool, han levantado sus voces elocuentes reclamando la condigna pena que tan horroroso escándalo impone. La emoción ha penetrado tan hondo y el grito de venganza tan arriba subido, que se temía una guerra entre la santa Rusia, defendiendo contra todas sus tradiciones á Turquía é Inglaterra, contra todas sus traiciones atacándola. Mas en esto

llega el czar á Balmoral, y los políticos ingleses, entre cuyo número se cuentan muchos metodistas y cuáqueros, enemigos de la revolución y de la guerra, se han asociado para rodear al soberano ruso y pedirle á nombre de la cristiandad una inteligencia entre Rusia é Inglaterra que acallase á Europa é impusiese al sultán el respeto de la casa, de la honra, de la vida por él á sus súbditos cristianos, perseguidos á orillas del Bósforo como persiguen los peces grandes á los peces chicos en las profundidades del mar. Nicolás ha oído el consejo, y aunque no sepamos lo convenido, sabemos cómo se han despejado los horizontes y vuelto el seguro de una paz imperturbable á la opinión europea. Los efectos diplomáticos de las visitas imperiales rusas á Francia, sólo han sabido aprovecharlos los ingleses; pero si Francia prolonga con ellas ahora la paz europea, y por ellas muestra lo arraigado de su República, no ha perdido el tiempo, y no debe arrepentirse de sus fiestas y de sus entusiasmos.

X

Con motivo de haberse parado al regreso Nicolás en Alemania, todavía se habla, y mucho, del viaje de Nicolás II á París. Como sus consecuencias pueden trascender á Europa entera y cambiar el mapa europeo, las reflexiones de todos los políticos no cesan, y los comentarios públicos consiguientes á estas reflexiones menudean á diario. París está satisfecho, profundamente satisfecho, y con París Francia. Los acontecimientos que han seguido al extraordinario festejo de Francia, no invalidan el natural sentido prestado por el sentimiento universal á éste; pero tampoco las aclaran más, y menos si se fijan en su carácter único. Los czares han querido

volver á la familia después de haber arrostrado el público. Para esto nada tan propio como la capital de un ducadillo con honores de reino y la vivienda de un palacio alemán que junta las regias majestades con las burguesas costumbres. Toda mujer alemana, sin exceptuar aquellas más idealizadas por la novela y el teatro, guarda un carácter casero que le presta muchísimo encanto. En medio de aquellas tragedías, en que son protagonistas, la Carlota del Werther se nos presenta reclamando el pan de la merienda para sus hermanitos, alegres como pájaros, y la Margarita del *Fausto*, con su rueca y huso, cantando los antiguos romances germánicos al son del pedal y al chisporroteo del fuego en bien humilde hogar. Ha querido la emperatriz corresponder á tal hábito y á tal carácter de su gente, reposando en el palacio de sus hermanos con una sencillez homérica y desistiendo de los cuidados tenidos en los últimos festejos por su imperial ánimo con esparcimientos y recreos domésticos. No les ha salido muchas veces á los poderosos monarcas bien la cuenta, no se han realizado todos sus proyectos de retiro familiar y de vida privada como simples mortales; al irse de tiendas, han entrado por las puertas de todo el mundo é ídose por las secretas ó particulares, molestados de la curiosidad popular, al ir desde Darmstadt á Wiesbaden para poner la primera piedra en los fundamentos de una iglesia moscovita, se han tenido que conformar con aplausos y vítores; pero en todo lo posible la estancia entre los suyos ha revestido el carácter de una reunión privada y de una comunidad afectuosa entre buenos parientes. Y no han pasado tampoco del carácter este las nuevas entrevistas de los dos emperadores, germano y ruso. Necesito recordar que la emperatriz de Rusia y el emperador de Alemania son primos hermanos, hijos de dos hijas de la reina Victoria. No debe olvidarse que si hay familias unidas en el mundo con lazos de sangre, son las familias reinantes en el imperio ruso y en los ducadillos alemanes del Norte. La mujer de Alejandro II, abuela del czar imperante, nació en el Hesse también, como la esposa

que hoy comparte con este último tálamo y trono. Así las visitas de los últimos días, lo mismo las hechas por los emperadores rusos á los alemanes, que las hechas por los emperadores alemanes á los rusos, guardan su carácter familiar y doméstico. Y si algo en público significan, es fomentar lo tantas veces dicho por sus escritos y crónicas y confirmado por los hechos: que no se alterará de modo alguno ahora ni la paz general ni el equilibrio europeo. Pero la grande amistad entre los emperadores no significa igual amistad entre los pueblos. Y aquí está una de las mayores dificultades existentes entre Nicolás y Guillermo. Se habla mucho respecto de las discordias rusogermánicas, imputándolas una gran parte de la opinión á reblandecimiento dorsal y anemias cerebrales del insigne Bismarck, dueño y señor perpetuo de su inteligencia, tan alta como fría. Que Bismarck, á pesar de haber aparentado siempre amistad á Rusia y enemistad á Inglaterra, preferencia por el régimen autocrático moscovita y desprecio al régimen parlamentario inglés, en ocasión única, en el Congreso de Berlin, entre Inglaterra y Rusia, se decidió por Inglaterra, no cabe duda, y que esta decisión le trajo la enemistad implacable de los czares, instrumentos del panslavismo, tampoco ninguna duda ofrece á quien estudia el movimiento europeo. Que luego, después de haber emancipado Bulgaria con sacrificios y holocaustos enormes, los búlgaros se movieron á una contra su redentor y le arrojaron al rostro la política de Stambouloff y la corona de Coburgo, á instigaciones de Austria y Alemania, tampoco puede ofrecer duda de ninguna clase á los políticos expertos. Pero que Alemania no podía proceder de otra suerte con Rusia que como ha procedido, tras su alianza y unión estrecha con Austria, también es convicción arraigadísima en los conocedores de nuestra mecánica europea. Por tanto, si Rusia, mantenedora ella sola del cristianismo y de los pueblos cristianos en la última guerra oriental, sacó únicamente, por despojo de su victoria, Besarabia y algún engrandecimiento en Armenia, mientras le quedaba á Inglate-

rra, sin disparar un tiro, su Chipre, y sin disparar un tiro Austria, su Bosnia y Herzegovina, teniendo que ver la gran potencia todos los pupilos rusos, excepción hecha de Montenegro, en rebelión, enemigo por completo el pueblo rumano, á los pies de Viena el pueblo servio, instrumento de planes anti-rusos, el búlgaro; todo ello se debió á la grande amistad entre los alemanes y los austriacos, pues aspiran éstos á la dirección de los eslavos en Anatolia, en Francia, en Servia, en Macedonia, en todos los Balkanes, y por lo mismo combaten y arrebatan la mayor y más constante aspiración rusa: el rescate por los rusos y para los rusos de Santa Sofía y de Constantinopla. Así, ó Alemania revoca su amistad con Austria, ó contrae por fuerza enemistad con Rusia. Y no puede revocar su amistad sin promoverse dificultades interiores invencibles, porque Austria sería un anzuelo echado en la vida germana, donde morderían católicos, separatistas, meridionales, todos enemigos ya de la supremacía protestante, ya de la supremacía prusiana, aunque no lo manifiesten por el acuerdo entre Prusia y Austria. Yo creo que las enimistades entre germanos y rusos permanecerán bajo esas visitas de ambos emperadores, y no les atribuyo ninguna significación trascendental, como tambiénsé á ciencia cierta que mientras estén reñidas Alemania y Rusia, riña la cual va para muy largo, han de requerir una y otra del pueblo francés amistoso afecto. Impónelo, sin remedio, la implacable lógica del movimiento internacional europeo desde que Bismarck cometiera el irreparable yerro de alzarse con Alsacia y con Lorena.

Emilio Castelar.

LA PRENSA INTERNACIONAL.

LA SEÑORITA ROSARIO.

El verano último hallábame de viaje por España, y me detuve en Córdoba á fin de visitar la famosa catedral. Aún me veo encaminándome á lo largo de la calle del Gran Capitán, bajo un sol abrasador, y maldigo la especie de desatinada conciencia que nos obliga á ver en un país todos los monumentos inscriptos en la *Guía*. Extendíase el cielo como una cúpula de zafiro. Apenas había una línea de sombra en la parte baja de las casas cerradas. A través de las cancelas de hierro forjado de las puertas veía de sitio en sitio un patio interior, resguardado del sol por un toldo de lienzo, con columnitas y macizos de plantas en torno de un surtidor de agua. Pero todos esos patios estaban desiertos en aquella hora de la siesta, así como las calles, donde sólo de tarde en tarde encontraba un asno gris, cabalgado á la usanza árabe por un zagalón de campesino andaluz con cara de color de tabaco, que balanceaba el torso sobre la grupa de la bestia, con los pies sostenidos en dos seras llenas de naranjas. En Sevilla hay un modismo para definir esos calurosísimos días: «No van por la calle más que los perros y los franceses...» Así llegué á la

puerta de la catedral, frente á la que se halla la puerta del palacio episcopal. Como quiera que por la tarde iba á celebrarse una ceremonia religiosa, habíase marcado un camino entre ambas puertas, y en la pared exterior del palacio colgaban algunos de los tapices que forman parte del tesoro. A pesar de la abrumadora luz, me detuve á mirarlos, atraído por el contraste entre sus matices suavemente descoloridos y el brillo de la pared, de una intensa blancura. Y además uno de ellos, que representa el furioso combate de un príncipe moro y un caballero al pie de la colina de la Alhambra, es de una belleza de composición verdaderamente maravillosa. ¡Qué de recuerdos evocaba en mí, qué de leyendas de ese momento único en la historia, en que Boabdil abandona á Granada, Colón descubre el Nuevo Mundo, Isabel y Fernando preparan la futura grandeza del terrible Carlos Quinto! Veinte imágenes surgían ante los ojos de mi meditación, heroicas y tiernas, trágicas y novelescas como esta misma historia, cuando sentí posarse en mi hombro una mano y me llamó por mi nombre una voz muy conocida, con un alegre acento de sorpresa. Me volví. Estaba enfrente de uno de mis camaradas de colegio, ante uno de mis compañeros de vida parisiense, Enrique de V***.

Tales encuentros no son raros en los viajes. Casi siempre son inaguantables, en primer término por el necesario trastorno que introducen en nuestros proyectos, después á causa de la familiaridad que crean entre dos viajeros así desterrados juntos en una ciudad remota, y últimamente porque rompen ese encanto de la soledad, único beneficio de las expediciones lejanas. Sí; aun cuando las ausencias en tierra extraña no tuviesen otro mérito sino el de eximirnos de las odiosas miserias de toda relación social un poco larga, habría que bendecir las agencias de ferrocarriles y de vapores. ¿Qué pensar entonces del parisiense con quien se tropieza en las aceras de una ciudad casi desierta, y que comienza: «¿Tienes noticias de la señora *?», y continúa refiriendo las pérdidas de éste al juego, las intrigas de aquél, analizando el nuevo libro, la comedia

nueva.—¡Oh, París, estúpida residencia!... me dan ganas de decir, parodiando el célebre vals...—Pues bien; sábese esto y que dentro de una hora se enviará á todos los demonios al importuno, y sin embargo el primer impulso es un ademán de sincero regocijo, porque el molesto es en primer término el vivo recuerdo de la patria, y la patria se parece á la querida á quien se ama criticándola, contra la cual siempre estamos dispuestos á encolerizarnos, aunque después, al estar lejos de ella, baste su recuerdo para hacernos derramar lágrimas. Por lo demás, entre todas las personas con que los azares del camino pudieran haberme puesto en relaciones, Enrique de V*** resultaba ser una de aquellas que me sentía capaz de tolerar más, sin demasiado mal humor. Tiene para mi gusto un encanto incomparable. Nunca habla sino de sí mismo, y por consiguiente jamás habla de mí. Esas gentes pueden hastiar, pero no hieren. El egoismo ingenuo y la pueril fatuidad de Enrique tuvieron por largo tiempo como excusa eso que hace perdonarlo todo en los muchachos, lo mismo que en las mujeres: un rostro tan seductor que sólo con presentarse inspiraba simpatías. Con sus ojos, de un azul pálido, y sus rubios cabellos, conservó durante diez años las apariencias de no tener más que veintidós años de edad. Hoy tiene treinta y cinco, y continúa siendo un guapo mozo, aunque comienza á perder los rubios cabellos por delante, lo cual le desconsolaría si de antemano no se hubiese otorgado un privilegio de admiración, que resistirá hasta la vejez. Vive como un perfecto ocioso, desde que, en aras al pasado político de su padre, ministro del Imperio, se ha creído en el deber de dimitir el cargo de tercer secretario en el ministerio del muelle de Orsay. Desocupado, guapo, rico y célibe, es «quinta y catorce» en el juego de los cientos de la galantería. Así es que las mujeres son la única ocupación de Enrique. En la gran comedia de la existencia, pertenece á la clase de los galanes jóvenes. El actor Delaunay fué en las tablas el símbolo de esta raza particular, que nunca presenta la dimisión. Enrique era primer galán joven á los

veinte años, lo es á los treinta y cinco, y lo será hasta los setenta, dispuesto á teñirse el bigote (hoy de color de oro) y á acorazarse con ballenas la levita entallada y atacar con cordones por detrás el chaleco de baile. Pero es un galán joven de una especie chocante, uno de esos para quienes habría que inventar la expresión de «Jocrisses de la desconfianza», haciendo juego con la de los «Jocrisses del amor» de la célebre comedia. Enrique de V*** es el hombre joven que no quiere ser engañado por las mujeres, y ha tomado el partido de no creer jamás ni una palabra de lo que le digan, lo cual (¡extraña ironía!) le ha conducido á verse tan engañado como los sencillotes que todo se lo creen. ¿Ha encontrado Enrique tres veces á un joven en casa de una mujer de la que él mismo se ocupa? Basta: ese joven es el amante de esa mujer. ¿Le cuenta su querida que durante el día ha ido á tal y cual sitio? Queda convencido de que se ha quedado en casa y de que se lo oculta. ¿Le dice ella que no ha abandonado el rinconcito junto á la chimenea? Tiene el convencimiento de que estuvo de correteo todo el día. Nada tan chistoso como las decepciones que le causa un rasgo de veracidad comprobada en toda regla. Sin embargo, enamórase con sinceridad como cualquier otro; pero le engaña el orgulloso deseo de no ser engañado. En París huyo de de él, aunque su manía me interesa como *un caso;* pero con suma facilidad me hace confidencias, y he aprendido experimentalmente que los indiscretos de esta especie hacen casi siempre responsables á los demás de las indiscreciones propias... Bajo aquel pórtico de la vieja catedral no había que pensar en huir de él. Además, había ya pasado su brazo por el mío, y me arrastraba al interior del vasto edificio, deliciosamente fresco en aquella ardorosa tarde. Ante nosotros fingían un bosque las mil quinientas columnas de mármol de la antigua mezquita, esbeltas y sosteniendo arcos pintados de blanco y rojo. Enrique, conocedor del sitio, por llevar en Córdoba varios días, rechazó los guías oficiosos; él mismo iba mostrándome cada detalle é interrumpiéndose sin cesar para

hablarme de sus asuntos. Al cabo de diez minutos sabía yo que la mezquita fué construída en el siglo VIII por Abd-el-Rahman y que Enrique viajaba por España para olvidar á una querida infiel; que varias de las innumerables columnas procedían de un templo de Jano, y que Laura T*** (por supuesto, me dijo el apellido con todas sus letras) tenía ojos azules, cabellera cenicienta y las almas combinadas de Dalila, Mesalina y algunos otros monstruos; que Carlos Quinto se puso furioso contra la capilla gótica, bárbaramente construída por el cabildo en medio del hermoso templo árabe, y que Laura se empeñaba en escribirle carta sobre carta llamándole.

—Mira los juegos de la luz en este rincón de la iglesia, y qué cálida entonación tiene este pórfido para la mirada—decía, siguiendo sin transición alguna.

—¿Sabrías explicarme cómo puede adherirse una mujer hasta ese punto á un hombre, sin amarle?...

—¿Pero, y si por casualidad te amase?—le respondí.

—Ni siquiera por valor de un real,—exclamó, encogiéndose de hombros.—Sería el cuento de nunca acabar el referírtelo. ¡Si supieses cómo ha mentido! ¡Sí, me ha mentido!... En fin, he roto mi cadena. ¡Ah! en los primeros tiempos fué muy duro...

Y se puso á describirme sus dolores. Olvidóse entonces de la catedral, los pilares de jaspe y brecha verde ó violácea, las naves artesonadas, los capiteles de un estilo corintio y árabe á la vez. Nos paseamos por aquellas calles de gráciles columnas, como en una especie de jardín con vegetales de mármol. Un sacristán enseñaba las capillas á dos ingleses, mientras oía yo á Enrique zurcir el relato de su desventura pasada con el de su reciente aventura. Sólo le había hecho yo esta pregunta:

—¿Y no has encontrado en España con qué consolarte?

—¡Si hubiese yo querido!—exclamó con tono más grave, y me preguntó: ¿Has ido á Cádiz?

—Todavía no.

—¡Ah, qué coquetona y deliciosa ciudad!—exclamó, casi hablando en voz alta.—Imagínate una vasta bahía y, en la

punta de una península que acaba de cerrarla, un nido de casas blancas, pero tan blancas, que no puede la vista resistir su radiación. Ni una línea de verdor; pero, mar azul por aquí, mar azul por allá, una lengua de tierra para enlazar la ciudad con el continente, lo justito para asentar dos rieles de vía férrea, y encima el cielo de un azul más claro. Cuando ví así aquella ciudad y aquella mágica blancura entre dos abismos azules, en una fresca mañana de primavera, la admiración me llenó de lágrimas los ojos. Ya sabes, esas lágrimas divinas que se vierten ante una belleza tan arrobadora, que apenas puede creerse en ella... El mismo día pensaba partir para Tánger; me quedé tres semanas completas en Cádiz, y no he visto Marruecos.

—Eso prueba que las gaditanas son tan hermosas como su ciudad,—le dije.

—¡Y vaya si lo son!—exclamó—¡Y tan esbeltas, tan elegantes en esas calles estrechas dominadas á plomo por balcones acristalados, que se llaman con el exquisito nombre de *miradores!*... Pero no son las gaditanas las que me han detenido, sino una granadina que habita en Cádiz desde hace algunos años. Se llama Rosario. ¡Qué costumbre tan hechicera la de dar á las mujeres el nombre de María, añadiendo la advocación de Nuestra Señora que tienen por abogada! ¿Cómo la conocí? Lo más sencillamente del mundo. Llevaba yo una carta de presentación para un negociante americano establecido en Cádiz. La llevé enseguida de llegar. Pasamos toda la tarde en correr desde el convento donde se admiran los maravillosos últimos cuadros de Murillo, hasta el muelle, con su extraña población de marinos. Y por la noche, después de comer, mi huésped y su mujer me condujeron á la plaza de Mina y á la Alameda, ya sabéis, el clásico paseo que cada ciudad española se cree en el caso de poseer. ¡Cómo te encantaría la de Cádiz y sus palmeras, y las flores de su jardín, en forma de terraza, al pie de la cual palpita el mar; y en ese mar, allá á lo lejos, la giratoria luz de un faro, los innumerables fuegos de los barcos, y el

cielo, siempre azul, hasta de noche, donde brillan anchas las estrellas! Allí, en aquel paseo y en la plaza próxima, plantada también de macizos, es donde van y vienen todas las mujeres de la ciudad, desde las ocho hasta la media noche. Y allí fué donde la primera de ellas fuí presentado á la señorita Rosario y á su señora madre...

Callóse como absorto por este recuerdo, á menos que no fuese por admirar mejor los mosáicos del santuario musulmán del Mihrab. Comenzó á preguntarme por los de las basílicas de Ravena, que visité dos años ha. Pero bien pronto volvió á su asunto favorito, es decir, á sí mismo, y continuó:

—Si vas á Cádiz te daré una esquela para mi amigo, y ya verás si Rosario es divinamente hermosa: una personita pequeña y esbelta, con una tez pálida, con esa palidez caliente de las mujeres de este país, iluminada por unos dientes tan blancos y unos ojos tan negros. ¡Ah, qué suave aterciopelado el de esos ojos tan dulces, que el mirarlos es acariciarse el corazón con algo infinitamente tierno! Tiene un pie así de chiquitín (*y enseñó la mano, que tiene él nerviosa y fina);* lleva mantilla á la cabeza, aunque ya no está de moda; y aquella noche se había prendido un clavel rojo en los negros cabellos. La madre, blanqueada con polvos de arroz, también de mantilla y con mitones, tiene un poco el aspecto (¿por qué ocultártelo?) de esas respetables señoras como las representa Goya... ¿Recuerdas la terrible agua fuerte de los *Caprichos*, que representa una joven con el abanico en la mano, zapatito de raso y traje negro, que hace resaltar mejor la palidez de su rostro? La vieja la empuja por detrás, y el pintor escribió debajo: «¡Dios la perdone, era su madre!»

—No conozco de Goya sino los *Horrores de la guerra* y no me gustan,—le respondí.—Están desdibujados, fatigosos de ferocidad, ininteligibles, salvo una decena de láminas que son de una belleza de primer orden.

—Es posible,— exclamó.—¡Pero los *Caprichos*, los *Caprichos*!... Un arte exquisito; toda la gracia española en cuerpos

flexibles, con pies menudos, piernas finas, caras con grandes ojos asombrados; todo lo pintoresco español, en aquellas viejas tratantes en carne humana, y esos mancebos fumando al pie de un árbol; toda la superstición española en aquellos prodigiosos *sábados*, á los cuales van muertos que levantan las losas de sus sepulcros. ¡Los *Caprichos*! Figúrate lo fantástico del Mediodía, una pesadilla en el país del sol. ¡Edgard Poe aquí, con esta luz!... Pues bien; Rosario parecía fugada de una de las láminas de esa colección, de la más graciosa de todas. ¡Y cuidado si las hay graciosas junto á las terribles! No sabía una palabra de francés; pero hablaba el inglés bastante bien, con un ronco y áspero acento que enseguida me agradó, y nos pusimos á charlar en este idioma. ¿Has frecuentado el trato de las jóvenes solteras bien educadas del lado acá de los Pirineos? ¿No?,..

Entonces no puedes comprender lo que constituye la seducción de Rosario, esa familiaridad sin sombra de coquetismo, esa naturalidad en las menores frases, en los menores pensamientos... Tiene veinte años, nunca ha visto más que Granada, de donde salió á consecuencia de un gran dosengaño, y Cádiz, donde ahora vive. Estuvo prometida en matrimonio y su novio la hizo traición. Esto es una historia tan común aquí, que la mayoría de las muchachas casaderas la toman jocosamente y tienen relaciones amorosas formales tres, cinco, seis veces, sin importárseles más de los que obtuvieron sus primeros juramentos de pasión eterna que á nosotros nuestro primer cigarro; pero no le sucedió así á Rosario, que enfermó de resultas, y profesaba al presente un extraño temor á todo sentimiento apasionado. Junto con esto, respiraba pasión por todos los rasgos de su movible y pálido rostro, por sus labios coloreados por una sangre virgen y jóven, por el tenue bozo que sombreaba los ángulos de aquella fresca boca, sobre todo por sus ojos y por eso no sé qué en los menores gestos que revela una criatura organizada para el amor. Hablando con ella la primera noche adiviné una parte de lo que te digo; el

resto lo supe por quien á ella me había presentado. ¿Comprendes qué ternura se apoderó de mí al encontrar así encarnado en aquella niña de tan altiva sonrisa precisamente el matíz del pesar que yo mismo paseaba lejos de París? Yo había sido engañado, ella había sido engañada. Habíanla jurado que la amaban, sin amarla, como me sucedió á mí. ¡Qué cosa tan absurda es el destino! En lugar de Laura, de aquella infame coqueta (ya conoces á esas rubias felinas como ella, que mienten con la cara de María Santísima), ¿por qué no había yo encontrado á esta doncella cándida y verdadera como su cielo y como su tierra? De estas, á lo menos, comprendía yo que no hubiera dudado jamás.

—¿A pesar de la madre?—le pregunté.

—¡Si la madre es una santa!...

—Comprendido,—repuse.—Un desengaño con mantilla y un desengaño con levita: dos desengaños que se suman... Total, un nuevo amor...

—Yo no sé,—me replicó—si mi amigo la puso al corriente de mis tristezas... La verdad es, que yo se las había confiado á él... ¿Qué quieres? *(prorrumpió al ver mi sonrisa.)* ¿Ha de encontrarse jamás con la Sra. T*? Lo cierto es, que Rosario me gustó infinito, y también que desde la primera noche estuve segurísimo de que nunca la amaría... Así, pues, me dejé llevar por el atractivo que por ella experimentaba, con esa plácida confianza de imaginación que permite gozar de los encantos de una mujer como de los de un paisaje, un cuadro, una flor sobre el tallo que la sostiene. Y con delicia me detuve en Cádiz. Ví á Rosario dos ó tres veces todos los días, por la tarde de visita en casa de su madre ó en la del amigo que me había presentado á ella, antes de la comida en paseo, y después de haber comido en el paseo otra vez. ¡Qué de horas hemos pasado así juntos conversando entre el sosiego y los aromas de aquellas noches transparentes, mientras el mar azotaba la muralla que sostiene la Alameda, la brisa removía las grandes hojas de las palmeras, y un guitarrista cantaba

alguna *petenera*—uno de esos cantares de Andalucía donde se repite á modo de estribillo éste verso *Niño de mi corazón*, y eso se prolonga con una melopéa triste y dulce que recuerda la monotonía sublime del desierto.—¡Ah, cómo me conmueven algunos de esos cantares!... No son más que cuatro versos:

Por tí abandoné mis hijos,
Mi madre loca murió
Y hoy si me abandonas tú,
Niño de mi corazón,
No tienes perdón de Dios.

Ya ves, nada más que con decirte estos versos, se me llenan de lágrimas los ojos... También he pasado horas en casa de esas damas oyendo á Rosario cantar canciones semejantes, y *malagueñas*, y *tangos*. Tiene una voz entonada y ligera, con esa pizquita de gangueo tan español, y una pasión franca y sencilla. ¿Has oído á Laura cantar en sociedad? De seguro recuerdas aquella postura de cabeza á lo comedianta, aquellos ojos mirando al cielo, aquella manera de plantarse en que se adivina todo lo embustero de ella...

Al hablar imitaba muy bien á su antigua querida sus carocas y actitudes. No hay nadie como él para contradecirse en cinco minutos con esta inconsciencia. Presentábase bajo el triste aspecto de un amante picado que se venga bajamente, envileciendo á la mujer á quien amó, de su impotencia para hacerse amar. Y en seguida, viniéndole á la memoria sentimientos delicados, continuó:

—La verdad, amigo mío, ¡la santa, la celeste verdad!... la comprendí toda entera en el canto de Rosario. Así me ha sucedido en varias ocasiones ir embarcado á la vela por la vasta bahía, con ella y con la mujer de mi huésped (con este nombre designo al negociante americano que me trataba paternalmente). Los buques de alto bordo están allí anclados muy lejos de la tierra. El viento henchía el lienzo del velamen. El barco se tumbaba sobre una borda. Nos deslizábamos con rapidez sobre el agua tembladora. Podíamos ver toda aquella serie de

pequeñas ciudades blancas que forman como un bordado festón en aquella costa, desde la punta de Cádiz hasta la del Puerto de Santa María. Rosario gozaba como yo del esplendor del horizonte, de la felicidad de la luz difundida en torno nuestro; pero gozaba de esto callándose. Y yo comparaba mentalmente su silencio con las exageradas expresiones que tanto me aburrían en Laura, quien jamás tuvo un céntimo de emoción sin aparentarla por cien mil francos. Rosario era piadosa. Como nos hallábamos en el mes de María y era yo sabedor de la iglesia á donde iba ella á entregarse á sus devociones, muy á menudo me oculté tras el ángulo de un pilar para verla rezando arrodillada en las losas entre otras mujeres. Todas tenían el abanico en la mano. En el altar erguíase una imagen de la Virgen, con manto bordado y sombrero guarnecido de flores; y los pálidos rostros de tonos ambarinos despedían un brillo extraño en la semiobscuridad, al resplandor de los cirios y entre las negras mantillas. ¡Oraba Rosario con un fervor tan puro, tan sincero! No sospechaba que la estuviesen contemplando. No se acicalaba como con joyas con sus buenos sentimientos, según lo hacía Laura, quien no podía oir una misa sin obsequiarnos, á mí y á otros muchos, con el relato de sus éxtasis místicos y la exposición detallada de sus remordimientos. Pero, mira, Rosario era salvaje, volvíase loca por las corridas de toros. Tres corridas vimos juntos. ¿Creerás que la perdoné la ferocidad de sus aplausos cuando el célebre Lagartijo, ese gladiador de faz amarilla como la cera, mataba al bicho recibiéndole sin moverse con la espada tendida?... Oye, otra pregunta... ¿Puedes explicarme por qué anomalía puede uno embebecerse en las gracias de una mujer y no amarla? Porque yo no la amaba, y al mismo tiempo de gustar la dulzura de su presencia, no hacía más que pensar siempre en la otra.

—¿Y Rosario, qué pensaba de tí?

—¿Ella?—exclamó ruborizándose, pues permanece siendo un niño á pesar de sus locuras, y le avergonzaba su fatuidad.—Mañana hará ocho días noté que me amaba... Habíamos

ido en compañía á presenciar el paso de una procesión, y nos encontramos á sólas los dos, ella y yo, en una ventana de la casa donde á todos nos habían dado asilo. Sobre la calle estaba tendido un toldo de lienzo gris que el viento estremecía. Desplegábanse en los balcones colgaduras de telas de colores, de los cuales el rojo y el rosa contrastaban del modo más delicioso con la deslumbradora blancura de las fachadas. Y por el suelo, sobre una alfombra extendida para el paso de la imagen de la Virgen, arrastrábanse brazadas de bien olientes flores esparcidas. Apareció Nuestra Señora, adornada con alhajas de las damas devotas de la ciudad, con diamantes y perlas para llenar el escaparate de un joyero. Avanzaba puesta encima de una peana que seis personas sostenían; y seguíala una comparsa de negros, vestidos de seda con franjas de oro, llevando un atril cargado de papeles de música... Veía yo todo esto, pero me hallaba en una de mis malas horas. Era el aniversario del día en que el año pasado supe por vez primera que Laura me engañaba. ¡Ay, amigo mío, si supieras en qué condiciones y con quién! ¡Vive Dios, si las mujeres eligiesen rivales nuestros de los que no fuera vergonzoso tener celos!... En fin, estaba triste como la muerte, mientras que pasaba la Virgen, resonaban los cánticos ascendiendo hasta nosotros, humeaba el incienso... Y cátate que al volverme encuentro los ojos de Rosario, de cuya presencia apenas me acordaba, fijos en mí con una expresión que me dió miedo. Brotaba de sus pupilas una ansiedad apasionada. Estaba más pálida aún que de costumbre, y me dijo: «Está usted triste... ¿Con que la ama usted siempre?...» Se lo habían referido todo, ó quizá todo lo había adivinado ella. Respondí á su pregunta con una broma, y eché la culpa á un dolor de cabeza causado por el sol. ¿Me creyó ó no me creyó? Por mi parte, estaba trastornado por la brusca revelación del sentimiento que acababa de advertir en mi amiguita de tres semanas. ¡Me amaba, ó estaba á punto de amarme! Al terminarse esta extraña y tan corta escena, me volví á la fonda, dirigiéndome tremebundos cargos á mí mismo por

el detestable instinto de coquetería masculina que evidentemente me indujo á cortejar á aquella niña casi á despecho mío. Ya ves, digo «casi»... Me amaba ó iba á amarme; á mí que jamás, jamás, jamás la amaría, puesto que llevaba dentro de mi corazón la viva imagen de otra mujer. ¿Imponerla los tormentos con que tanto acababa yo de sufrir, de que ella misma apenas estaba curada? ¿Jugar con ella á ese triste juego del sentimiento, que consiste en tratar á un alma como los chiquillos al insecto que cogen por su cuenta? No. Rosario valia más que eso, y yo necesitaba estimarme en más, acaso por tener derecho á menospreciar á Laura. El hecho es que á las cuatro de la tarde de aquel mismo día, después de arreglar mis maletas, tomé el tren para Sevilla, sin haber dicho siquiera adiós á mi amigo el negociante americano... ¡Rosario iba á amarme!... Huí de ella por respeto á sus sentimientos... No te burles de mí.

Repitió esta última frase, poniéndome la mano en el hombro con un gesto inocentón.

. . . . . .

Y yo me burlaba de él, porque verdaderamente era de buena fe, y sus escrúpulos me habían emocionado á pesar de la ridícula vanidad que los manchaba. Después de lo sucedido le echo en cara el que me impidió ver bien la catedral de Córdoba, donde sin duda ya no volveré. También le tengo tirria por haber sido causa de no ver Toledo. Por culpa suya me fuí á Cádiz y me presenté en casa de su amigo el americano: la señorita Rosario estaba ausente por unos días. Era tan grande mi curiosidad por verla que quise esperar su regreso. El plan de mi viaje cayó por tierra: sólo he podido dedicar diez días á Tánger; y jamás he llegado á saber si Rosario amó ó no amó á Enrique de V***, y por consiguiente si la repentina fuga y los escrúpulos de éste habían sido una delicadeza ó una necedad. ¡Verdad es que tantas veces van juntas las dos cosas!

PABLO BOURGET.

HISTORIA DE LA EDUCACION EN INGLATERRA

El señor profesor Parmentier acaba de enriquecer la literatura pedagógica francesa con un tomito nutritivo, agradable, fácil de digerir y de absorber, acerca de la historia de la educación en Inglaterra (1). Sí; su libro es una buena obra, substanciosa y sabrosa. Pero, de creerle á él, ¿falta aún acaso en Francia, como en Inglaterra, una contribución á esta historia de la pedagogía, «fundada en una base científica?»

No lo sé. Para decidirlo, sería preciso en primer término comprender lo que significan estas palabras.

Los doctrinarios en materia de educación no han tenido necesidad, hasta ahora, de ser grandes sabios. Fueron sencillamente unas personas sensatas que, unas tras otras, descubrieron y enseñaron en serio cómo no basta instruir á los niños, sino educarlos también; que la escuela debe estar situada en un lugar sano; que las horas de clase es útil alternarlas con horas de recreo; que, á la par del entendimiento, conviene cultivar el corazón, formar el carácter, fortalecer y adiestrar el cuerpo; que el maestro ha de ser instruído y honrado, que predique con el ejemplo para que su palabra tenga más autoridad..... Verdades son estas con las cuales todos, probablemente, estamos de acuerdo. ¿Es esta la «base científica» de la peda-

(1) *Histoire de l'éducation en Angleterre, les doctrines et les écoles, depuis les origines jusqu'au commencement du XIX^e siècle,* por Jacques Parmentier, profesor en la Facultad de Letras de Poitiers; 1 tomo en 12.°, Perrin.

gogía? ¿Son éstos los axiomas fecundos que encierran y pueden dar, por vía de rigorosa deducción, la prueba de las verdades menos evidentes acerca de las cuales no nos entendemos? De ninguna manera. Son unos apreciables y viejos lugares comunes, útiles al parecer nada más que para repetirlos, puesto que en la práctica se olvidan; pero no son elementos constitutivos de una ciencia.

Como con la crítica literaria, igual acontece con la pedagogía. La crítica literaria no divierte sino cuando expresa ideas nuevas, es decir, falsas; es decir, discutibles; por consiguiente, mientras no sea «científica».

Los ingenios austeros y mohinos que pretenden reducir á las leyes de una ciencia estricta á esa intangible hija de la doctrina y del arte, no piensan (porque eso les tiene sin cuidado) en todo lo que la crítica literaria perdería en hechizo y en vivo interés el día en que, en cuestiones de juicio y de sentimiento estético, se le quitase su tan precioso derecho al error, derecho que no es ni más ni menos que el privilegio mismo de la libertad.

¡Dios mío, cuán aburrida sería la literatura pedagógica si sólo se compusiese de ideas verdaderas! No solamente es innecesario ser un hombre docto para proclamar las verdades indiscutibles cuya harto breve lista empecé poco ha, sino que ni siquiera hace falta pensar en lo que se dice. ¿Qué habremos de responder á un caballero que, en tono de profundo convencimiento y como si trajese otro nuevo Evangelio, viene á enseñarnos que, en vista de la unión del cuerpo, del espíritu y del alma, la educación moral debe completar la instrucción intelectual, y añadirse los ejercicios físicos al estudio? Sólo puede respondérsele: «¡Brigadier, tiene usted razón!» Por fortuna, proposiciones un poco más temerarias llegan, de tarde en tarde, á alegrar el aburrimiento fundamental de la pedagogía, y ya hay de qué charlar entonces.

Entre el alimento sólido, no faltan en la obra histórica del señor Parmentier esa clase de adornos picantes. Véase, por ejem-

plo, la frase del pedagogo del siglo XVI Ricardo Mulcaster, quien dijo así: «Para tener buenos maestros, es preciso pagarlos bien.» Me gusta este pensamiento. Es noble y exacto. Nada tiene de ramplón; primero en el sentido de que no ha pasado mucho á la práctica, y después en el de que es bastante discutible. Mulcaster se funda en este argumento: los profesores bien pagados se dedicarán con un ardor más grande á sus funciones. Muy válido es el argumento; pero el contrario sería también probable, puesto que los profesores bien pagados podrán ser distraídos de sus funciones por las diversas tentaciones que ofrece una bolsa «bien repleta». Esta es la ventaja de las verdades «no científicas»: que suministran así bellos temas para dos desarrollos, en pro y en contra, tan plausibles el uno como el otro.

Mulcaster ganaba 40 libras esterlinas al año, para él y los auxiliares de su escuela, dando clase en invierno y verano á 250 alumnos, desde las siete á las once de la mañana y desde la una á las cinco de la tarde. Al cabo de veinticinco años de esa vida, se cansó de ella, jubilóse y eligió por divisa: *servus fidelis perpetuus asinus* (siervo fiel, asno perpetuo). Otra verdad de calidad superior y fina, pero que sería peligroso elevar á la categoría absoluta de un aforismo é inculcarla demasiado pronto á la juventud, pues el dejo y la autoridad que tiene sólo pueden provenir de una larga y amarga experiencia.

Sir Thomas Elyet, nacido en 1490 y muerto á los cincuenta y seis años, estimaba que «no dos hombres y dos mujeres deben bailar juntos, sino un hombre y una mujer.» Casi todo el mundo será de este mismo sentir. Pero, sin duda, nadie imaginará fundarlo en la original razón dada por él, y que constituye toda la novedad de su pensamiento, y es: «que el baile entre un hombre y una mujer es una imagen del matrimonio.....» El baile engendra, entre quienes lo practican con asiduidad, «prudencia, madurez de espíritu, previsión, industria, discernimiento, experiencia de la modestia.» Opinión de peso, desinteresada y sincera, pues nadie le pagaba para ha-

blar de ese modo. Aquel pedagogo no era un maestro de baile; ni á «una vaca de leche,» como el Sr. Jourdain, era á quien decía en 1531, fecha de la publicación de *El Preceptor:* «Nada hay tan necesario á los hombres como el baile..... Sin el baile no podría hacer nada un hombre..... Todas las desventuras de los hombres, todos los reveses funestos de que están llenas las historias, los errores de los políticos, las faltas de los grandes capitanes, todo esto sólo ha provenido de no saber bailar..... Cuando un hombre ha cometido una falta en su conducta, ya en los negocios de su familia, ó en el gobierno de un Estado, ó en el mando de un ejército, ¿no se dice siempre: «Fulano ha dado un mal paso en tal asunto?» Y el dar un mal paso, ¿puede proceder de otra cosa que de ignorar el baile?»

En Francia inspiran horror los castigos corporales. Denunciados desde el siglo XVI por Rabelais y por Montaigne, han desaparecido poco á poco de nuestras costumbres, por lo menos en las escuelas públicas; y si en «el siglo de la humanidad y de las luces» el bueno de Rollin creía deber aún aprobarlos ó tolerarlos, era por un abuso de interpretación de la Sagrada Escritura. Nosotros los consideramos como degradantes para la dignidad humana, el sentimiento de la cual no tememos despertar sobrado pronto en los niños. Ante la mano levantada para abofetear, de todas las bocas sale entre nosotros este grito de «¡No me toquéis!», grito que es menos el de la carne despavorida que el del orgullo sublevado. Los ingleses no tienen en esta materia nuestra delicada susceptibilidad. El profesor Parmentier nos advierte que el *flogging* ha ocupado siempre gran lugar en las teorías acerca de la educación en Inglaterra. Un día especial, el Viernes Santo, llamábase *the flogging day,* y era consagrado (pero, ¿conviene ya emplear aquí el imperfecto?) á la solemnidad de la flagelación general en las escuelas. Un gran pedagogo inglés del siglo XIX, Thomas Arnold, que en 1840 aún se gloriaba de manejar el vergajo con su propia mano, probó la hermosura de esta excelente policía, clamó no sin elocuencia contra el falso punto de

honor caballeresco que nos inspira nuestra repugnancia por los golpes, y demostró sus extremados inconvenientes, digamos más, su mortal peligro, con argumentos nada despreciables, sobre todo con esta anécdota histórica, que da escalofríos:

Éranse las jornadas de Julio de 1830. Un pilluelo, de una docena de años, se desgañitaba vomitando ultrajes contra los soldados. Fué visto por un oficial, quien, atento á los pocos años del chicuelo, limitóse á ponerle correctivo, dándole de plano nada más con la espada. Pero se le había enseñado á ese granujilla á considerar como sagrada su persona, y un simple golpe cual un insulto mucho peor que la herida más cruenta. Mortalmente ofendido en «su honor», arrastróse detrás del oficial, y aprovechando una ocasión favorable le mató de un disparo de fusil.

Dice el profesor Parmentier que no quiere discutir la opinión de Arnold y que le basta hacer notar cómo ese educador no se ruborizaba de un régimen cuya persistencia ha hecho pasar por atrasado á su país. El aviso es algo flojo. Sin meterse á discutir todas las doctrinas á las cuales pasa revista, trabajo que confieso hubiera sido bastante vano casi siempre, quizás habría debido ahondar más en busca de su significación general. A primera vista, es probable que haya una pedagogía inglesa, es decir, diferente de la nuestra y de la de los demás países; y es cierto que el carácter distintivo por el cual es inglesa, debe de ser mucho más difícil de descubrir y manifestar, pero también mucho más interesante que los rasgos superficiales, comunes con nuestra pedagogía como con todas las demás.

El aferramiento de los ingleses á la institución del *flogging* no deja verosímilmente de relacionarse con la dureza de los instintos físicos que en ellos endurece el epidermis y apasiona á la juventud en pro de los violentos ejercicios del *foot-ball* y del *boxe*. El *flogging*, idea liberal, generosa y atrevida, que invita á los discípulos á cooperar pronto con los maestros al

sostenimiento de la disciplina y del orden, es muy característico de una nación donde los espíritus se muestran tan enamorados de la independencia, *self-government* y de la más altiva responsabilidad personal. La cultura protestante, que con tamaño exclusivismo ha formado el alma inglesa á partir del siglo XVI ó XVII, no puede haber imperado sin ejercer una inmensa influencia en todo el sistema educativo de ese pueblo y sin diferenciarlo hondamente del de los Estados católicos. Poniendo muy de relieve esos rasgos esenciales, el historiador de la educación en Inglaterra hubiera podido dar á su obra, en vez de una «base científica» (expresión que no parece significar gran cosa), un remate filosófico.

Pero acaso la última conclusión de un trabajo acerca de los pedagogos ingleses debiera ser que, hablando en puridad, no hay pedagogía inglesa, por lo cual entiendo: nada de teorías verdaderamente curiosas y originales. Los ingleses no son grandes teóricos sino hombres prácticos y de hechos. ¿No vale esto mucho más? Sus poetas no se complacen en escribir prólogos, sino que crean. Ved á Shakespeare. ¡A cuán poco se reduce la doctrina literaria formulada en medio de sus obras maestras! Compárese esta sobriedad de buen gusto con la garrulería estética de todos los hombres de imaginación, franceses, desde Corneille á Víctor Hugo. El profesor Parmentier parece pasmarse varias veces, en su obra, de que se estudie tan poco en Inglaterra la gramática de la lengua nacional. Y escribe en una nota: «Era en 1880. Hablábamos en Londres con un estudiante que iba á terminar en Oxford sus estudios. Llegó á recaer la conversación acerca de la gramática inglesa. Nosotros no la aprendemos nunca, dijo nuestro joven interlocutor, y no por eso hablamos menos correctamente nuestra lengua.» Lo creo. Ante todo: si los ingleses no aprenden la gramática inglesa, quizá consista en que no hay gramática inglesa.

Tengo para mí que entre nosotros bastan veinticinco minutos á un buen alumno de Ciencias para poseer á fondo toda

la parte filosófica del programa de su bachillerato: las pruebas de la existencia de Dios y de la inmortalidad del alma, las sanciones de la ley moral, la división de los deberes (incluyendo la cuestión de las vivisecciones y de nuestros deberes para con los animales), los diversos métodos de las ciencias, la composición del silogismo y las reglas de la definición. No se necesita más tiempo para profundizar los principales misterios de la gramática inglesa: los diferentes usos del verbo *do*, la formación del comparativo, y el empleo de *will* y de *shall*. Hé aquí lo más difícil, á lo menos para nosotros. Pero, sabido el significado de estas dos palabras en francés, una regla cómoda y segura consiste en hacer siempre lo contrario de lo que á primera vista parezca razonable, poniendo *shall* con plena confianza en todas partes donde la lógica aconseje *will* y viceversa.

Los jóvenes ingleses gustan más de correr, luchar, remar y jugar á toda clase de *sports*, que de estudiar filosofía ó gramática. Creo que tienen muchísima razón, no sólo para la salud de su cuerpo, sino para la de su espíritu. El *cricket*, la canoa y la pelota son excelentes preservativos contra el alejandrinismo, y bizantinismo y el mandarinismo que nos matan. Mientras nosotros embrollamos, sobrecargamos, alargamos, deshacemos y rehacemos, en una estéril fiebre de reformas, nuestros programas de exámenes y de concursos, ellos continúan practicando sus rancias costumbres; y la honrosa figura que, en conclusión, hacen en el mundo científico y literario, prueba que su rutina no es peor que el pesado pedantismo pedagógico de Alemania y que la inquietud revolucionaria de Francia. En nuestro maniático afán de destrucción y perfeccionamientos, parece que cada día hemos llegado al último límite de lo sutil, de lo confuso y de lo complicado; mañana un ministro nuevo nos dará una sorpresa. Al extremo que hemos llegado de inestabilidad y de extravagantes refinamientos, persiguiendo el ideal, en todos los grados de nuestro vasto sistema de instrucción pública, en el andamiaje laborioso de

nuestros bachilleratos con doce ó trece formas, de nuestras licenciaturas cambiantes y múltiples, de nuestras «agregaciones» con cuatro ó cinco peldaños, si no sabemos volver con valentía á la antigua sencillez, por una reacción radical y muy poco probable, estamos condenados á dar un volquetazo cada vez más completo, incurriendo en complicaciones cada vez más chinescas. En la antigua Atenas, como en la moderna Inglaterra, la organización relativamente débil de los estudios era la mejor salvaguardia de las inteligencias y de los genios. Fabrícanse bachilleres, hasta doctores, pero jamás ha salido de una manufactura del espíritu un pensador tan original; ó si pudo resistir la presión de tantas máquinas, es que tenía un temple enteramente extraordinario. Un sistema de estudios harto sabio y demasiado fuerte ahoga con su presencia al desarrollo libre de la naturaleza. Cuanto menos se ingenien nuestros reformadores para gobernar, incubar, tener en tutela y en estufa á los jóvenes, más grandes probabilidades habrá para que lleguen á ser hombres ante todo, y aun hombres de talento ó de saber. La instrucción verdadera no tiene peor enemigo que el exagerado celo, las atenciones minuciosas é infinitas de una solicitud sobradamente maternal, que (no queriendo «dejar nada al acaso, de cuanto pueda quitarle por medio de consejo y previsión») todo lo disciplina, reglamenta y organiza hasta el menor detalle. ¿Qué sale de debajo de las faldas de la Universidad, esta madre demasiado buena? Otras sayas, un pedante, ó como antes dije, un mandarín. Si se representase por una serie de cuadros el camino de un sabio ó de un poeta inglés en pos de la gloria, sería preciso pintar en primer término la imagen de una juventud expuesta á todas las aventuras del aire libre y de la libertad.

No haría yo justicia al libro del profesor Parmentier, si no dijese que en las ocho monografías acerca de los pedagogos ingleses (la parte mejor y más interesante de su tomo), á falta de amplias miras de conjunto, hay algunos hallazgos bastante nuevos.

Nos ha dado el alegrón de pescar á J. J. Rousseau en flagrante delito de plagio, saqueándole al utilitarista Locke algunas de sus buenas ramplonerías burguesas. Advertencia tanto más justa y feliz cuanto que el autor del *Emilio* decía en su prefacio, con menos elegancia literaria que orgullo: «No escribo *sobre* las ideas de otro, sino *sobre las mías.*»

También explica con suma sencillez la simultánea generosidad heroica y extraña confusión que hay en el plan educativo de Milton, que nadie había podido en Inglaterra tomar por lo serio y que Samuel Johnson trataba de «historias», es decir, de ensueños, hasta que se exhumó y se admira en nuestros días, menos como un programa realizable que como un movimiento de audacia poética. La solución del enigma consiste en que Milton se inspiró en Rabelais. Las analogías son palpables. Los dos fantásticos educadores quieren formar, á la vez que un sabio idealmente perfecto, un hombre en estado de cumplir con todos los deberes de la guerra como de la paz. En el afán de aprender todo cuanto sea posible é imposible saber, afán que en tan alto grado caracteriza la famosa carta de Gargantúa á Pantagruel, no se olvidó Rabelais (con el latín, el griego y el hebreo) de la lenga caldea; y ese chocante «caldeo» recomendado también por Milton, quizá sin pensar lo que decía, basta por sí solo para probar la imitación.

Por último, en el capítulo de las novedades, el libro del profesor Parmentier contiene hasta un capítulo entero y verdadero acerca de un autor casi inédito, quiero decir casi completamente olvidado, Jhon Brinsley, quien publicó en 1612 su *Ludus literarius*. El llorado M. Quick, fallecido en 1891, desenterró este fósil y se preparaba para hacer de él una nueva edición cuando la muerte le sorprendió en su propósito. Pero tuvo la buena idea de prestar á su amigo el profesor Parmentier el ejemplar casi único que poseía de esa obra rarísima. «Por un favor que no sabríamos estimar bastante, nos lo remitió desde Redhill, su residencia, tres meses antes de cuando había de valerse de él para reimprimirlo. Hemos podido estu-

diarlo á nuestras anchas, y extractar de él lo esencial que contenía.»

Es natural inflar á un autor estudiado en tales condiciones; y no querría yo dar un disgusto al profesor Parmentier diciéndole que exagera un poco la importancia de su John Brinsley. Le indicaría una frase de este educador, de la cual, si lo hubiera pretendido, hubiese podido sacar el considerando más fuerte del programa de nuestra enseñanza «moderna». Es preciso estudiar la lengua materna, dice Brunsley, por tres razones..... la tercera de las cuales consiste en que «entre el número de los alumnos que frecuentan nuestras escuelas, hay poquísimos que se dediquen luego á los estudios, en comparación de los que siguen otras profesiones.» Locke repite la idea, y la agrava con una embestida contra los estudios clásicos: «¿Puede haber nada tan ridículo como ver á un padre malgastar su dinero y el tiempo de su hijo, para hacerle aprender la lengua de los romanos, cuando le destina al comercio?» El Sr. Parmentier se inclina á creer que el célebre Locke no se desdeñó de copiar al obscuro Brinsley. «Hay evidente parentesco, escribe, entre las ideas de Locke y las de Brinsley.» Quizá sea cierto, pero la herencia es pobre y no merece la pena de que se la disputen entre sí los parientes. ¿Quién dijo el primero que los viajes nos instruyen mejor que los libros? ¿Quién dijo el primero que el juicio es más útil que la memoria, y la virtud más admirable que el juicio? No tengo curiosidad por saberlo. «Esas son fáciles observaciones nada más, como decía Molière, que el buen sentido puede hacer á diario.» Sólo que cuando se considera cuán á menudo se vuelven á hacer esas mismas observaciones, cuánto se necesita, sin duda, repetirlas, y cuántos lectores cándidos las admiran como ideas y como descubrimientos, llégase á dudar mucho de que tuviese razón Descartes al pretender que «el sentido común es la cosa más generalizada en el mundo.»

El verídico Brinsley afirma también que «el maestro debe ser hombre instruído». ¡Eso sí que nadie lo discute! Añade que

en todas las profesiones hay que ser moral, bueno, grave, pío y temeroso del Señor. Poco más ó menos, eso nos predican todos los domingos. ¿Decimos á los predicadores que ya sabemos esas cosas? ¡Miserables pecadores, las sabéis! ¿Y por qué no las practicáis?

PAUL STAPFER.

(*De la Revue Politique et Literaire.*)

OBRAS NUEVAS

Actas y memorias del primer Congreso Español de Africanistas. En 4.°, 308 páginas: 12 pesetas.

Aduanas (Consejo de) y aranceles. Informe emitido por la sección primera de dicho Consejo, acerca del comercio español con Italia, Bélgica y Suecia, en 1894. En 4.°, 26 páginas.

Almanaque festivo, ilustrado, para 1897. En 8.°, 224 páginas.

Alonso (P. A. V.)—Ensayo bibliográfico histórico de la provincia de Jaén. En 8.°, 96 páginas.

Alonso S. Valverde (M.)—Provincia de Granada. Memoria de valoraciones para el año de 1891. En 4.° may., 119 páginas.

Anuario estadístico de la ciudad de Buenos-Aires. Publicado por la Dirección general de estadística municipal. *Año V. 1895.* Buenos-Aires. Impr. Compañía Sud-Americana de Billetes de Banco. 1896. En 4.°, CXIX-476 páginas con varios cuadros gráficos y un plano topográfico.

Badillo Rodrigo (S.)—Asociación de señoras de Santa Bárbara de los Artilleros. Sermón predicado el día 5 de Enero de 1896, en la Iglesia parroquial de San Martín de Segovia. En 4.°, 20 páginas.

Barrio y Moraita (L.)—¿Por qué no hay pleitos? Reformas necesarias en la administración de justicia. En 8.° menor, 48 páginas: 0,50 pesetas.

Benisia (A.)—Flores silvestres. En 8.°, 95 páginas: 1 peseta.

Biblioteca Bascongada. *Tomo I.* En honor de Trueba, por Becerro de Bengoa, Arteche, Olano, Marqués de Casa-Torre, Arbulo, Miguel y Badía, Alzola, Delmás y Herrán. En 8.°, 216 páginas. 2 pesetas.

Idem *Tomo II.* Iparraguirre y el árbol de Guernica, por Peña y Goñi, Mañé y Flaquer, Becerro de Bengoa, Egaña, Araquistain, Manterola, Castañeda, Iturralde y Svit, Delmás, Trueba y Herrán. En 8.°, 219 páginas: 2 pesetas.

Blanco y Sánchez (R.) — Lengua castellana. Tratado de análisis. *Primera parte*: Análisis gramatical. En 12.°, 135 páginas: 1,50 pesetas.

Boletín de la Real Academia de

la Historia. *Octubre 1896. Tomo XXIX. Cuaderno IV.* (Páginas 273 á 368.) Cada cuaderno 1,25 pesetas.

Cadalso (F.)—El anarquismo y los medios de represión. En 8.°, 134 páginas y 5 de índice: 2 pesetas.

Canals (S.)—El año teatral; crónicas y documentos. En 8.°, XIV-271 páginas, con 144 retratos: 4 pesetas.

Segundo Censo de la República Argentina. Mayo 10 de 1895. Primeros resultados. Mayo 10 de 1896. Comisión directiva: Diego G. de la Fuente, presidente; Gabriel Carrasco, Alberto B. Martínez, vocales. Buenos-Aires. Imprenta y Lit. de Jacobo Peuser, 1896. En 4.° may., 81 páginas y un cuadro comparativo.

Colección de documentos inéditos para la historia de Chile desde el viaje de Magallanes hasta la batalla de Maipo, 1518-1818, colectados y publicados por J. T. Medina. *Tomo VIII. Valdivia y sus compañeros. I.* Santiago de Chile. Impr. Elzeviriana. 1896. En 4.° may., VI-511 páginas. Madrid. Librería de M. Murillo: 15 y 16 pesetas.

Consultorio práctico parroquial. Resolución de los principales casos y dudas que se ofrecen en el ejercicio de la vida parroquial. En 8.° menor, 194 páginas: 2 pesetas.

Biblioteca selecta parroquial. *Tomo 1.°*

Escribano y Hernandez (G.)—Elementos de pedagogía. En 8.°, 479 páginas: 6 pesetas.

Idem Nociones de retórica y poética ó literatura preceptiva. En 8.°, 246 páginas: 4 pesetas.

Estadística de la administración de justicia en lo civil, durante el año 1894, en la Península é Islas adyacentes. En fol. 296 páginas.

Idem de la administración de justicia en lo criminal, durante el año 1894, en la Península é Islas adyacentes. En 4.° may., 168 págs.

Fernández Duro (C.)—Armada española, desde la unión de los reinos de Castilla y de Aragón. *Tomo II.* En 4.°, 533 páginas y 17 láminas y retratos: 15 pesetas.

Fernández Prida (J.)—Derecho internacional privado. En 8.° mayor, 319 páginas: 6 pesetas.

Fiter é Inglés (J.)—Labor estéril. Discursos. En 4.° may., 144 páginas: 2,50 pesetas.

Gómez Imaz (M.)—Un héroe gaditano. En 8.°, 28 págs. y un retrato.

No se ha puesto á la venta.

González del Alba (P.)—La imputabilidad ante las escuelas antropológicas. En 8.°, 50 páginas: 1 peseta.

González Pizarro (J. de D.)—La remolacha, su cultivo y empleo en la alimentación de los animales domésticos. En 8.°, 140 páginas 3 pesetas.

Homenaje rendido por el Cuerpo de Artillería al Excmo. Sr. Cardenal D. Antonio María Cascajares y Azara, con motivo de su elevación al cardenalato. En 8.° may., 59 páginas, una lámina y un retrato, 2 pesetas.

Isaza (E).—Antología colombiana. *Tomo II.* En 8.°, 376 páginas. Tela.

Labaña (J. B.)—Itinerario del Reino de Aragón. En fol. LXXI-218 páginas: 7 pesetas.

Biblioteca de escritores aragoneses. Sección histórico-doctrinal. *T. VII.*

Leguina (E.)—La Giralda. Discurso pronunciado en el Ateneo Sevillano. En 4.°, 25 páginas con láminas.

Estudio histórico de Sevilla y su conquista.

Macías (J. M.)—Erratas de la «Fé de Erratas de D. Antonio Valbuena». *Montón cuarto*. Veracruz. Tipografía «El Progreso» de J. Ledesma. 1895. En 8.°, 124 páginas: 3 pesetas.

Macias y Picavea (R.)—Geografía elemental. En 8.° may., 555 páginas. Tela: 9,50 pesetas.

Mancheño y Olivares (M.)—Apuntes para una historia de Arcos de la Frontera. En 8.° may., 675 páginas.

Idem las iglesias parroquiales de Arcos de la Frontera. En 8.°, 126 páginas.

Manzaneque Montes (F.)—Contestación al programa para las oposiciones al Cuerpo jurídico militar. *Cuaderno 1.°* (Precio de los cuadernos 1 á 6): 30 pesetas.

Martínez Maroto (S.)—La crisis agrícola y pecuaria en España y sus verdaderos remedios. En 8.°, XXV-525 páginas: 4,50.

Novoa (F. A. de). - Pé das burgas, En 8.°, 194 páginas: 3 pesetas.

Biblioteca gallega. *Tomo XLIV.*

Olavarría y Ferrari (E. de).—Crónica del undécimo Congreso internacional de Americanistas. En 4.° mayor, 183 páginas.

Orrrego Luco (L.)—Pandereta. (España). Santiago de Chile. Imprenta de Cervantes. 1896. En 12.°, 291 páginas: 3 pesetas.

Padre José (El).—Recuerdo de la vida y obras de un fraile franciscano. En 8.°, 118 páginas, 4 vistas, un plano y el retrato del P. José.

No se ha puesto á la venta.

Pereda y Barona (J.)—Nociones de religión y moral. En 8.°, 288 páginas. En tela: 4 pesetas.

Presupuestos generales del Estado para el año económico de 1896-97 y otras leyes de Hacienda. En folio, 927 páginas.

Ramel y Zuzuarreguí (L.)—El liberalismo y los fueros vascongados. En 8.°, X-628 páginas y un retrato: 5 pesetas.

Reclus (E.)—Paraguay: capítulos entresacados de la nueva geografía universal. En 8.° may., XLIII-103 páginas y láminas: 2,50 pesetas.

Relación de los festines que se celebraron en el Vaticano, con motivo de las bodas de Lucrecia Borgia con Alonso de Aragón. En 8.°, 37 páginas.

No se ha puesto á la venta.

Rodríguez Miguel (L.) - Discurso leído en la Universidad literaria de Salamanca, para la apertura del curso académico de 1896-97. En fol., 72 páginas.

Tema: Poetas líricos salmantinos del siglo XIX.

Rodríguez Villa (A.)—Don Francisco de Rojas, embajador de los Reyes Católicos. Noticia biográfica y documentos históricos. En 4.°, 221 páginas: 10 pesetas.

Saldias (A.)—Historia de la confederación argentina. Rozas y su época. Montevideo, 1896. *5 Tomos.* En 8.° con retratos: 12 pesos.

Santamaría de Paredes (V.)—El concepto de organismo social. En 8.°, 215 páginas: 3 pesetas.

Sumsi (J.)—Belleza del lenguaje y su perfeccionamiento por la filología. En 8.° may., 31 páginas.

Tanyeman.—La Europa judía: breve noticia del origen de esta raza, de su conducta y de sus actuales aspiraciones. En 8.°, 124 páginas: 1 peseta.

Valladar (F. de P.)—Historia del arte, *tomo II.* Obra ilustrada con 333 grabados. En 8.° may., 700 páginas: 12 pesetas.

Zamacois (E.)—Consuelo; novela original. En 8.°, 415 páginas: 3 pesetas.

INDICE

Págs.

Avila.—*Monumentos viejos y tradiciones añejas*, por José Ramón Mélida 5

El caballero de la triste figura, ensayo iconológico, por Miguel de Unamuno, Profesor en la Universidad de Salamanca 22

Recetas para hacer oro, notas de alquimia, por José Rodríguez Mourelo, Catedrático de Química 41

El Discurso de apertura de los Tribunales y la Memoria del Fiscal del Supremo, por P. Dorado, Profesor en la Universidad de Salamanca 71

Aventuras y desventuras de un soldado viejo, natural de Borja, por un Soldado viejo 98

Los problemas del feminismo, por Adolfo Posada, Profesor en la Universidad de Oviedo 118

Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero 146

Crónica internacional, por Emilio Castelar, de la Academia Española 157

La prensa internacional.—La señorita Rosario, por Pablo Bourguet. — *Historia de la educación en Inglaterra*, por Paul Stapfer 180

Obras nuevas 204

España moderna

AÑO 8.º NUM. 96.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSE LAZARO

DICIEMBRE 1896

MADRID
ESTAB. TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO, SUCESOR DE J. CRUZADO
Calle de Blasco de Garay, núm. 9.
Teléfono 3.145.

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

MIS VECINOS DE LA ACADEMIA

No recuerdo si fué Carlos Frontaura en *El Cascabel*, Eusebio Blasco en *El Garbanzo* ó Luis Rivera en el *Gil Blas*, el que allá por los años de 1870 á 75 publicó un artículo muy curioso sobre los escritores notables que han vivido ó aun vivían por este barrio, desde la calle del Prado hasta mi plaza de Antón Martín, donde tienen ustedes una casa á su disposición, un hospital del que Dios les libre, una fuente donde se surten de tinta varios comerciantes de la plazuela, y una torre Eiffel en miniatura para el teléfono y la luz eléctrica. En aquel artículo se trataba de halagar á algunos escritores contemporáneos y lanzar ciertos puyazos á otros, como el doctor Mata, que vivía en la calle del Prado enfrente de la calle del León, de quien dijo Ventura de la Vega:

«Vive en esta vecindad
un médico algo poeta,
que al pie de cada receta
pone *Mata* y es verdad.»

El autor de la *Medicina legal* acababa de ser gobernador de Madrid, por gracia de D. Amadeo de Saboya, á quien en sus mismas barbas, pues seguía en su carruaje al rey italiano, le

dispararon varios tiros en la calle del Arenal una tarde que volvía de paseo. Con este motivo el doctor materialista fué tema predilecto para los escritores satíricos durante muchos meses. Mata en medicina, Mata en política; un matadero, un matador y un Mata gobernador.

Con sólo recordar el artículo á que me refiero, y que á mi parecer era de Frontaura, podría llenar éste con datos curiosos sobre Lope de Vega, Quevedo, Cervantes, y los antiguos que por aquí habitaron, modernizando el asunto con la tertulia literaria de Cruzada Villaamil, que vivía en la calle de Cervantes al lado de donde hoy el marqués de Valmar, con los de otro sanhedrín literio-político-aristocrático que tuvo el conde de San Luis en la esquina de la calle del Prado á la del León, y con algún otro episodio de este mi barrio, si por el mismo tiempo en que se publicó el artículo de marras no se le hubiera ocurrido á Ruiz Zorrilla ceder á la Academia de la Historia el verdadero palacio que los monjes del Escorial tenían en esta última calle con el nombre de Nuevo Rezado, porque se construyó principalmente para venta y depósito de los libros monacales, de que tenía privilegio el monasterio fundado por Felipe II; librería que respetó Ruiz Zorrilla y que hoy está reducida á unas cuantas habitaciones del entresuelo de la derecha, mientras ocupan el de la izquierda, que es extraordinariamente mayor, porque dispone de todo el resto de la planta baja, incluso los sótanos con sus misteriosas escapatorias á las calles circunvecinas, la hermosa Biblioteca de la Academia y el Archivo Histórico Nacional.

Aquella mudanza, por consiguiente, trajo al centro del barrio literario por excelencia, según Frontaura, otro centro literario más constante y más curioso que las tertulias de Sartorius y de Cruzada, y quizá quizá que las tradiciones de Quevedo y de Cervantes, no incluyendo á Lope de Vega, porque me acuerdo del libro de sus *Ultimos amores*, publicado por Barbieri, y como aquellos escandalosos sucesos se desarrollaron en su mayor parte por este barrio, no quiero hacer la

ofensa á la Academia de decir que haya eclipsado la memoria del Fénix de los ingenios..... en este punto.

Siendo yo el más antiguo y caracterizado de sus vecinos, naturalmente soy el mejor depositario de sus tradiciones, y ni Frontaura, ni Rivera, ni Blasco me pondrían la ceniza en la frente si quisiera evocar personajes antiguos y modernos, contar historias, referir anécdotas y hacer el chismorroteo que hoy agrada tanto á los lectores, sobre todo cuando tiene algo de picante y pornográfico, cosa que nunca ha faltado por aquí, tanto en la calle de las Huertas como en la del Infante. Ni los tiempos ni mi humor están para eso, que soy más viejo que las casas á la malicia, pues el lector no habrá olvidado que mis mocedades coincidieron con la invención de esta manera de edificar, cuando los propietarios de la heroica villa, para evitarse las molestias de la regalía de aposento inventada por el señor rey Felipe III, inventaron ellos á su vez construir casas de un solo piso, por lo cual se decía de las mujeres ligeras:

Por estar á la malicia
forrada su voluntad,
su huésped fué de aposento
Antón Martín el galán.

Calcule el lector si desde entonces, clavado siempre en mi barrio, como el doctor Garrido en su botica, habré yo visto cosas y habré conocido literatos mayúsculos y minúsculos, antes y después de establecida la Academia en el Nuevo Rezado.

La mudanza no me gustó mucho á la verdad, porque sus vecinos eran mucho más divertidos cuando administraba la casa la dirección de Bienes Nacionales; pero había una persona á quien gustaba menos que á mí, que era el venerable Don Pedro Sabau, secretario perpetuo de la Academia, el cual había tenido la habilidad de arreglarse en el piso último de la casa de la Panadería, propia del Ayuntamiento, donde estaba

aquel areópago establecido, una vivienda muy cuca con sol de Mediodía, que era lo que más necesitaban sus viejos huesos.

Cambiar esta jaulita por un guardillón obscuro y tétrico de la casa del Nuevo Rezado, era para el pobre viejo un sacrificio superior á sus fuerzas, y así lo demostró bien pronto muriéndose como un bendito. Cuando iba por obligación á visitar las obras que se hacían para la nueva Academia, más de una vez llegó á comunicársele su mal humor: él sentía lo que dejaba, y yo lo que me venía, porque los literatos no suelen ser gentes de buena vecindad.

Esta muerte de D. Pedro Sabau me recuerda otra que acaba de ocurrir, también por una mudanza, pero en sentido inverso: desde un cuchitril de la Academia al palacio de la Biblioteca Nacional, en el paseo de Recoletos; me refiero al P. Vera, que así llamábamos los vecinos al cachazudo y paticorto D. Francisco González de Vera, director del Archivo histórico, establecido, como he dicho, en los recobecos más obscuros del entresuelo de la izquierda del Nuevo Rezado. No era fraile ni mucho menos, como puede creerse, sino un estudiantón de los marrajos de Alcalá, de verde y divertida historia, á quien puso este mote otro por el estilo, D. Serafín Estébanez Calderón, tío del actual presidente del Consejo y hombre de quien hay mucho que decir en su vida y milagros, á pesar de los dos tomos que de ella ha escrito su sobrino. Aquel, pues, que no aceptaba otro mote que el de *El Solitario*, por lo mismo que nunca le había gustado la soledad, sino muy acompañado con faldas mujeriles y cañas y botellas de manzanilla, era amiguísimo de poner motes, sobre todo á los que más quería y debía entre sus amigos literatos, y sabiendo un día que su compinche González de Vera había preguntado á un vendedor de libros viejos, con quien chamarileaban ambos muy frecuentemente, si había ido por allí un exclaustrado del Escorial, dando unas señas muy semejantes á las de D. Serafín, creyó éste que trataba de ponerle un mote, que á la verdad no le hubiera venido del todo mal, pues tenía su cerviguillo y su

panza harto frailunas; y entonces, terciándose la capa, que nunca se le caía de los hombros, y encendiendo la colilla del cigarro, que también llevaba siempre pegada á los lábios, echóse á rodar por librerías y puestos de libros, preguntando como quien no quiere la cosa:

—¿Ha venido por aquí el P. Vera!

—¡El P. Vera! ¡El P. Vera!—repetía todo el mundo.

—Sí, hombre, sí. Ese que por mote se llamaba D. Francisco González de Vera, que ahora hemos sabido que era ya medio profeso en el Escorial cuando la desamortización, y el fruchiman quería darnos gato por liebre, escondiendo la cogolluda con su morrión de miliciano; y ya no hubo quien le quitase de encima este mote, que aunque no tenía nada de verdad, tampoco le sentaba del todo mal al P. Francisco González, pues era no poco glotón, corpulento y panzudo, y le tenía tanto apego á la casa de los frailes escurialenses, en la calle del León, que recibir la orden para trasladar su Archivo á la Biblioteca nueva y caérsele el mundo encima fué sólo una misma cosa. Cuentan los maldicientes que no era por amor á mi barrio, sino por no molestarse en revolver aquel amasijo de pergaminos y polilla de que se había ocupado muy poco en toda su vida; y otros dicen que por qué viviendo tan bien en la vecindad se iba allí en dos meneos á dormir su siesta en verano y á digerir su comida en invierno, largándose á media tarde á pasear su reuma por el Prado, para lo cual sólo necesitaba bajar paso entre paso la calle de las Huertas; mientras ahora, con la mudanza, ó tendría él también que hacer bajar la de su viejo caserón, pagando más alquiler, cosa horripilante, y quitando el polvo á los muebles de su casa que tenían patina, ó andar todos los días dos kilómetros para la nueva oficina, que más frecuentada, más visible y de más luz, amén de obligarle á trabajar algo, le turbaría la digestión ó la frailuna siesta. Ello es que con exigencias unas veces, con disculpas otras, y quemando la sangre al ministerio de Fomento, al director de la Biblioteca, al Cuerpo de archiveros y á todos los que deseá-

bamos ver con buena luz los documentos del Archivo histórico sin olor de ratones, telarañas ni sabandijas, ha conseguido morirse sin hacer la mudanza, y Dios le dé la gloria que merece por su ingenio, su marrullería y su carácter cachazudo y terco.

La de la Academia se verificó, en efecto, á pesar de las protestas de Sabau, que desde entonces no levantó cabeza; pero tenían en ello empeño decidido el director, D. Antonio Benavides, y varios académicos en víspera de vacantes, que no querían pasar la noche de los viernes por los túneles de la Plaza Mayor, fábrica de pulmonías, y tuvieron maña para sacarle al Gobierno, en los días más apurados de la guerra civil carlista, los diez ó doce mil duros que costó la obra. Hízose la inauguración solemnemente con discursos y *gaudeamus* de primera, y empezaron á frecuentar mi barrio, los viernes consabidos, una porción de personajes que ya pertenecen en gran parte á la Historia, como D. Juan Manuel Montalbán, el que provocó con su dimisión de Rector de la Universidad el motín famoso de los estudiantes en la noche de San Daniel; D. Modesto Lafuente, ya hecho personaje por obra y gracia de *Fr. Gerundio y Tirabeque*, y de la Revolución de 1854; el otro Lafuente, que todavía mejor que el P. Vera, parecía, no un fraile de campanillas, sino un novicio de prima tonsura; los hermanos Oliver, cuyo paso por aquella casa, que habitaban, por ser uno de ellos bibliotecario, fué una continua tragedia que recuerdan muchos vecinos y sobre todo vecinas; D. Cayetano Rosell, y otros y otros, entre los cuales ninguno ha muerto en olor de santidad, salvo D. Aureliano Fernández Guerra, de quien oí contar cierta vez que un emigrado italiano, llamado Constanzo, también plumista y buscavidas, siendo el académico oficial del ministerio de Fomento, no sé si por deberle favores ó por guasonería, dió en llamarle *mio angelo*, y D. Aureliano contestaba siempre *cadutto, cadutto*, con mucha broma y estupor de los presentes, que no descubrían cerca ni lejos en el *angelo* nada de naturaleza angélica. También recuerdo yo perfecta-

mente la noche que el pobre D. Fermín Caballero sufrió en la misma Academia el último ataque que le llevó al sepulcro, vomitando sangre sobre la calva de un señor que estaba sentado junto á Colmeiro y que no recuerdo su nombre.

Al que más gana tenía yo de conocer era á Cánovas, por lo mucho que de él hablaban D. Serafín, Benavides y los dioses mayores y menores. Tuve ocasión de satisfacerla, cuando, por muerte de este último, fué nombrado director y empezó á asistir con más puntualidad y pompa que antes lo hacía, poco y á pie y como de incógnito. Es el que más distracciones y más casos de observación me ha proporcionado y sigue proporcionándome; porque los viernes, desde las ocho de la noche, empiezan los pretendientes y las figuras misteriosas á agitarse por mi plazuela de Antón Martín, como sombras chinescas. Unos llevan notas y papeles, que leen y releen á la luz de los faroles, sin duda para entregárselos ó recordarle sus servicios en cuanto baja del carruaje, otros asaltan á éste en cuanto asoma, le rodean y le acompañan como santo de procesión. Aquello es una verdadera cacería á tenazón; y aunque el conserje de la Academia y los embozados misteriosos no dejan á los empapelados acercarse mucho, burlan la consigna, y hombre hay que en dos trancos sube la escalera para ponérsele delante en el descansillo, donde está un tipo romano, envidiando quizás á la inmensa mole, que todos los viernes, si estuviera cesante y no colocado allí, podría pedirle un destino al Presidente del Consejo. Más de una vez recordé yo, mirando el portal desde la calle, los pasos de los *catarîberas* que pinta el capitán Salazar, y que son de todos los tiempos y situaciones políticas.

Cánovas suele ser de los últimos, porque á su llegada se abre la sesión, sin más preámbulos que los cuatro ó seis achuchones que le dan antes de sentarse los académicos pretendientes y los correveidiles políticos.

Antes han ido llegando los más puntuales, ó los más vecinos del barrio, casi siempre de los primeros el general Arte-

che, que vive en la calle de Lope de Vega, tan apuesto y gentil como cuando era subsecretario de Guerra, hace más de treinta años. Después el no menos apuesto y gentil D. Pedro Madrazo, que colgado en un museo podría ostentar la firma de Van-Dich; hombre de apariencias engañosas, que viste tan petrimetre como cuando leía versos románticos en el Liceo de Madrid por los años de 1840; que conserva sus tradiciones románticas en su faz meláncolica, en su cabellera demasiado melenuda, y sobre todo, en la botella que lleva siempre en el bolsillo, no del vinagre que bebía Larrañaga, ni del veneno de Lucrecia Borgia, sino de purísima leche, única cosa con que ya se alimenta su pobre estómago. Fabié, meditabundo y pensativo, es hombre que me gusta á pesar de la injusticia con que le suelen tratar los periódicos, por lo mismo que todo lo hace en serio y correctamente. Cuando amenazó con ponerse luto por el sistema constitucional, nadie dejó de reirse, debiendo llorar á cántaros los ya escasos amadores del tal sistema, porque ningún profeta ha tenido nunca tanta razón. Después Barrantes, con su pata de palo, que nada tiene de galana ni de limpia por lo común, pues parece un chorizo manido de su tierra. D. Francisco de Cárdenas, cuya respetable cara de momia, su cortedad de vista, que está llegando casi á la ceguera, su aspecto bondadoso, hacen doblemente temible la contingencia de una vacante.

Como no me paro en cronologías ni en antigüedades, y cito á las personas al paso que las recuerdo, diré que otro de los que más me llaman la atención, porque se le siente venir desde la calle del Prado, gargajeando, carraspeando y hablando excátedra con alguno de sus discípulos á quien permite acompañarle (sobre todo en vísperas de exámenes), es Sánchez Moguel, que corta el aire con sus brazos, como las aspas de un molino de viento, y da cada zancada que parece tener el mundo por suyo; y no quiero hablar de los días presentes, sino de los pasados, antes de anabaptijarse portugués, y menudear viajes diplomáticos á aquel rincón de la Península-

la, con el buen propósito de restablecer la unidad de ella, soldándola con el estaño de su literatura; antes, en fin, de que le entrara el escrúpulo diplomático de haber causado la muerte de Casal Ribeiro trayéndole á Madrid á oir su discurso sobre Herculano..... él se la achaca á las pulmonías; pero los portugueses siguen creyendo en una traición ibérica, á pesar de haberse cruzado más de una nota cancilleresca entre el Gobierno de Lisboa y el catedrático de Madrid.

Otro de los más puntuales, que ya se me olvidaba, es don Francisco Coello, el célebre geógrafo, tan circunspecto y reposado como el mismo Oliver (don Bienvenido, tercero de este nombre que ha entrado en la Academia), y del cual, como de Pirala, no tengo más que decir sino que, para distinguirlos cuando vienen, he de ponerme los anteojos y mirar al suelo.

El *non plus* de la puntualidad, que al dar las ocho y media llega en su coche á la calle de las Huertas, es el rival que á Cánovas le suscitaron hace pocos años los tres ó cuatro liberales de la Academia, capitaneados por el astuto don Manuel Colmeiro, gallegóideo de la especie que descubrió y clasificó *El Padre Cobos*. Ya comprenderán todos que me refiero al apuesto y elegante marqués de la Vega de Armijo, con sus rizadas patillas blancas, que cuando eran rubias volvían locas á las mujeres, y su andar esbelto y airoso, que parece de un hombre de cuarenta años, cuando con cinco lustros encima, quizás quizás admitiría más carga. Si se la echara encima á Riaño, apenas formarían entre los dos un viejo de buen ver, aunque para el siglo y medio no les faltara mucho.

Por el tranvía de mi plazuela suelen llegar los catedráticos que viven alrededor de la Universidad, como Fernández y González, el yerno y heredero, por varias líneas, de don José Amador de los Ríos, saco de ciencia relleno á puñetazos, donde el grano y la paja viven en la mejor armonía del mundo. También suele venir don José Codera, el catedrático de árabe, cargado siempre de libros é informes en Aljamia, que echa

de menos el alquicel y el turbante de los descendientes de Mahoma.

El último y más majestuoso de todos, porque llega siempre á la hora de levantarse la sesión, y suele irse de los primeros, es don Juan de Dios de la Rada y Delgado, el del apellido que se canta y se baila, como dice la copla, el autor de los libros por arrobas y las comisiones por quintales. Así está de gordo y lucio y también de apoplético, pues parece que siempre su digestión es difícil, y en cuanto se sienta cierra los ojos, y aún hay quien dice que runfla.

A propósito he dejado para lo último dos académicos que apenas se ven ni se sienten venir, tanto, que sólo las noches de luna suelo atisbarlos: el uno, porque parece el *bulto vestido de negro capuz* de la poesía romántica, y el otro, porque no parece sino que es la estatua del Comendador, que se filtra por las paredes.

Ya se comprenderá que me refiero al padre Fita y á Vidart, el uno más puntual que el otro en acudir á la sesión, y ambos muy dignos de estudio, no sólo por su fisiología, sino por su psicología, que si yo fuera á decir todo lo que de ellos pienso, no acabaría nunca; el primero jesuita, de capa entre larga y corta, andante y corriente, siempre cargado de bulas en latín y de cartas en hebreo, menos jesuita que otros que más lo parecen, con sus hábitos negros y su sonrisa estereotipada. Se cree el alma de la Academia porque dirige el *Boletín* con la colaboración, hoy muy eficaz, del bibliotecario Rodríguez Villa, y con el relleno de los informes de todos sus colegas, limitándose él á traducir bulas que no interesan á nadie, y á extractar cartas de académicos correspondientes con inscripciones latinas y descubrimientos arqueológicos; pero el amor de la verdad me obliga á decir que no le falta razón para creerse necesario, pues sin su puntualidad y su diligencia jesuíticas el *Boletín* no se publicaría, ó cada número sería un acontecimiento digno de esculpirse en mármoles.

Dicen que sabe hebreo y aun sanskrito, y que conoce me-

jor que su propia sotana los alfabetos de las inscripciones prehistóricas; pero tanto Menéndez Pelayo como Fernández y González, juran que en esto hay que rebajar mucho: ellos sabrán por qué. Al yerno de Amador de los Ríos le he oído yo un discurso de más de tres horas en la esquina de mi plazuela de Antón Martín; tanto, que se le pasó la de los tranvías y tuvo que irse al amanecer á su casa pedibus andando, en cuyo discurso probaba, con textos de la torre de Babel y de las ruinas de Babilonia, que el padre Fita había confundido un *tau* hebreo con un jeroglífico egipcio. De Menéndez no puedo contar alardes semejantes de oratoria callejera, porque es hombre que no le gusta lucir su tartamudez chillona; pero he oído á los que conocen la Academia de puertas adentro, que más de una vez ha puesto en calzas prietas al padre jesuita, no con erudición babilónica y cuneiforme, sino con doctrinas corrientes de Díez, de Musafia y de los gramáticos más modernos.

En cuanto al pobre coronel de artillería, retirado, que entre los vivos conocemos por D. Luis Vidart, siempre que pasa á mi lado como una sombra fantástica, le tiendo los brazos temiendo que se me desmaye,ó miro á la acera á ver donde se le ha caído el sudario de que acaba de escaparse. En el siglo XVI hubieran denunciado su cara á la Inquisición, y en el XIX, si yo fuera espiritista, le creería un *medium* no vidente, porque lleva siempre los ojos entornados, sino viviente por milagro, y por esfuerzo del perespíritu, que no suelta sus restos mortales ni á tres tirones. Repito que me da pena el verle, y que me acuerdo de los andaluces cuando oyen nombrar *la bicha*.

Excuso decir, que no porque yo hable con cierto desenfado de todos estos personajes, porque la familiaridad y la vecindad hacen perder un poco el respeto al mismo *Vergonzoso en Palacio*, dejo de reconocer el mérito literario, que en todos es grande y en algunos grandísimo, y el que lo dude que se lo pregunte á ellos, ni de comprender que con tales especias y adobos deben guisarse allá arriba, en el cuarto principal, unos

banquetes que digan quítate allá á todos los pipiripaos antiguos y modernos. Los capítulos que los frailes Jerónimos celebraran en el Nuevo Rezado, si celebraron alguno, que no lo recuerdo ni la Academia lo averiguará hasta dentro de tres ó cuatro siglos, serían indudablemente escenas del *Maestro de escuela* al lado de estos viernes, que ni en cuaresma dejan de ser apetitosos.

Si como sé lo que pasa fuera, consiguiese algún día que ciertos vecinos de la casa, que yo me sé, me permitieran meter la nariz en el conciliábulo, se lo comunicaría á los lectores de la España Moderna como una reminiscencia de la España antigua.

Antón Martín.

NUEVA BIOGRAFIA DEL ABATE MARCHENA [1]

II

Aunque el manifiesto de Marchena pareciese muy propio (como dice Morel-Fatio) para convertirse en catecismo de los adeptos españoles de la Revolución francesa, no satisfizo, sin embargo, á todos los emigrados, entre los cuales, por imposible que parezca, los había aún más violentos que él. Uno de los que le desaprobaron fué Guzmán (amigo de Danton y furibundo terrorista) (2), el cual extendió sus críti-

(1) Véase La España Moderna de Junio último.

(2) A este Guzmán dirigió Marat, poco antes de morir atravesado por el puñal de Carlota Corday, la siguiente carta:

«Esos bárbaros, amigo mío, no me han querido dejar el consuelo de morir en vuestros brazos, pero llevo conmigo á la tumba la consoladora idea de que eternamente quedaré grabado en vuestro corazón. Este pequeño obsequio, por lúgubre que sea, os hará recordar al mejor de vuestros amigos: llevadle en memoria mía. Vuestro hasta el último suspiro.—«Marat.»

Estas líneas, escritas por la mano temblorosa del moribundo terrorista, fueron enviadas á Guzmán, que las conservó consigo hasta la muerte en una especie de relicario de tafetán negro.

El *facsímile* de esta carta está en el libro de Dulaure *Esquisses historiques sour les principaux événements de la Révolution.* (París, 1823), tomo II, cap. X, pág. 455.

Luis Blanc, en su *Historia de la Revolución francesa* (tomo IX, 1857, pág. 85), dice que el documento presenta signos evidentes de autenticidad, pero que no parece creible que Marat, moribundo y traspasado de parte á parte, tuviera fuerzas para coger la pluma. Opina, pues, que esta carta debió de ser escrita la víspera ó dos días antes, pero su contexto parece que lo contradice.

cas al lenguaje, que encontraba bárbaro, y á las faltas de ortografía, que efectivamente hormiguean en la proclama de Marchena (1). Le Brun había organizado en la frontera dos comités de propaganda revolucionaria, compuestos de españoles, uno en Bayona y otro en Perpiñán. Designado Marchena para formar parte de uno de ellos, dirigió al Ministro en 23 de Diciembre de 1792, una *Memoria* en francés, bastante más sensata que sus alocuciones.

«Nada es más contrario (decía) á los principios del buen »juicio que obrar sin un plan determinado. El comité revolu»cionario establecido en las fronteras de España, tiene por ob»jeto preparar y acelerar la revolución. Pero este fin tiene que »ser muy vago, mientras no se defina lo que se entiende por »revolución, cuál debe ser la que ha de realizarse en España, »y cuáles son los medios que se han de poner en práctica para »hacerla triunfar.

»Hay un axioma de eterna verdad en todas circunstancias »y en todos tiempos, y es que los hombres consultan más »bien la experiencia de lo que se ha hecho que lo que debería

---

(1) Citoyen Ministre!

Le hazard *(sic)* m'a mis aujurd'hui entre les mains une brochure qui sort de vos bureaux, qui a pour titre, *Aviso á los Españoles,* je croirais donner une preuve d'incivisme si je passais sous silence mes observations sur une brochure destinée sans doute à éclairer les Espagnols.

1.e On peut dire avec vérité qu'elle n'est pas du tout écrite en espagnol, les contresens, les fautes d'ortographie et les barbarismes sont en si gran nombre, qu'on est réduit après l'avoir lue, à se demander à soi même ce qu'on voulu dire; quant au peuple, il est des faits qu'il n'y entendra rien, les gens instruits s'ils ont la patience de la lire, n'auront pas le courage de la soutenir.

2.e Je crois que l'auteur ne connaît pas parfaitement bien l'espagnol; s'il l'avait connu, il aurait cherché à parler au peuple le langage qu'il entend.—Guzmán.

París, le 4 mars l'an 2 de Republique. Rue neuve des Mathurins, n.° 36.

(Esp. 635, pièce 194.)

(Comunicación del Sr. Morel-Fatio.)

»ser. Nunca hubiera llegado Francia al grado de libertad »de que ahora goza, y que va á consolidarse por la caída de »los tiranos que la asedian, si se hubiese hablado, en el primer »momento, de una Convención nacional que había de estable»cer la República sobre las ruinas del trono. Los franceses »del 88 creían de buena fe que sus mayores habían sido libres »en tanto que se dejó oir la voz de sus Estados Generales; y no »suspiraban más que por su restablecimiento. Los filósofos y los »hombres de Estado que conocían toda la imperfección de es»tas corporaciones aristocráticas, se guardaban muy bien de »entibiar el ardor impaciente del pueblo. Creían, por el con»trario, que el remedio de todas las imperfecciones inherentes »á la constitución de los Estados Generales, estaba en estas »mismas asambleas, y solamente en ellas. La experiencia ha »mostrado que no se engañaban en esto.

»Hombres que no son ni filósofos ni estadistas, se han »aventurado á decir que el comité revolucionario de España »no debía hablar de la convocatoria de Cortes, es decir, en »otros términos: que el comité revolucionario no debía hablar »de revolución. Y entonces los españoles podrían decir: *los »franceses nos traen la libertad, según dicen, pero no nos la »presentan con las formas con que nosotros la hemos conocido.* »¿Con qué derecho pretenden prescribirnos reglas sobre la ma»nera de ejercer nuestra soberanía? ¿Con qué derecho se atre»ven á cambiar la manera de expresar la voluntad general, »que nosotros habíamos adoptado antes que la nación hubiese »decidido sobre sus inconvenientes? No es la libertad lo que »nos ofrecen: nos prescriben leyes imperiosas, dándose por »nuestros libertadores. No hemos hecho, pues, más que cam»biar de esclavitud, porque una nación es siempre esclava »cuando obedece á otra voluntad que la suya, ya sea esta vo»luntad la de un rey, ya la de otro pueblo. ¿Y qué había que »responder á este lenguaje? ¿Cómo queréis interesar á los otros »pueblos para que rompan sus cadenas cuando están viendo »que les preparais otras nuevas?

»Aun en los tiempos de más espantoso despotismo, no ol»vida un pueblo las instituciones que le han asegurado en »otros siglos una suma mayor ó menor de libertad. El pueblo »español se acuerda siempre de sus Cortes, y en el año 89 el »público recibió con la más violenta indignación una pieza en »que se ultrajaba la memoria de *Doña María Coronel* (1). Pero »independientemente de estas razones universales, hay otras »peculiares de la nación española, las cuales demuestran evi»dentemente que el único medio de hacer la revolución en Es»paña, es la pronta convocatoria de Cortes.

»Cuando se habla de Cortes en España, hay que distinguir »entre las de Castilla, las de Aragón, las de Valencia, las de »Cataluña y las de Navarra. La organización de cada uno de »estos cuerpos difería enteramente de la de los otros. El poder »y la influencia de los municipios era mucho más considerable, »y la autoridad estaba más limitada en Cataluña que en nin»guna otra parte. Se puede decir que las Cortes de Castilla no »tuvieron nunca un régimen muy fijo, y que las que se cele»braron durante el reinado de Carlos V diferían tanto de los »Concilios de Toledo, celebrados en tiempo de los reyes Godos »(y que realmente no eran más que las asambleas de la na»ción), como los Estados generales de 1614 diferían de las »asambleas del Campo de Marte en tiempo de Clodoveo. Así, »nada es más fácil que dar á estas Cortes una forma democrá»tica sin desnaturalizarlas ni abolirlas del todo, lo que indis»pondría á todos los españoles contra reformas en que ellos »no hubieran consentido.

»No debo de parecer sospechoso de tibio amor á la libertad: »hartos sacrificios he hecho por esta divinidad para que se »crea que yo pueda apostatar de su culto. Pero examinemos »fríamente si los españoles son capaces, en el momento actual,

(1) Querrá decir *Doña María Pacheco*. Este mismo error histórico se encuentra en la alocución.

»de una libertad igual á la que disfrutan los franceses. Ruego »que se lean con atención estas rápidas reflexiones, sugeridas »únicamente por el interés de mi patria y el de la humanidad.

»Hay que convenir en que la religión papista ó católica ha »echado raíces más profundas en el suelo español que en el »francés; y sería temerario atacar de frente las preocupaciones »religiosas.....

»Por otra parte, el estado actual de España es muy dife»rente del de Francia: no hay que buscar allí un Mirabeau, un »Brissot ó un Condorcet. Sin duda hay gentes ilustradas, pero »no se encuentra uno de esos grandes genios capaces de abrir »los ojos á un pueblo entero, y de regenerar la nación. Como »los hombres que piensan no se comunican con el pueblo; como »el temor de la Inquisición obliga á los hombres más ilustra»dos á aparentar que creen en las fábulas más absurdas, todos »los que no son verdaderamente filósofos están imbuídos en las »preocupaciones más groseras. Un hombre que se respeta á sí »mismo no se dedica en España al oficio de autor, porque no »se pueden imprimir más que frivolidades ó libros ascéticos: »por eso no es posible ilustrarse sin adquirir el conocimiento »de las lenguas extranjeras. En este país no hay más que dos »clases de hombres, unos enteramente ilustrados, otros ente»ramente supersticiosos.

»La manía de los mayorazgos, la indolencia de la nación, »oprimida por los impuestos más gravosos que se pueden in»ventar, han ahogado la industria y han concentrado en muy »pocas manos casi toda la propiedad territorial. Si empeza»mos por hablar de igualdad absoluta antes de haber prepa»rado al pueblo gradualmente para disfrutar de ella, podrá ve»nir la ley agraria, esto es, la rapiña, la anarquía y la disolu»ción social.

»Francia ha adoptado una Constitución que hace de esta »vasta nación una república una é indivisible. La conformi»dad en las costumbres, la cultura, difundida casi igualmente »por toda la superficie del país, la hacen propia para esta ins-

»titución. Pero España, cuyas diversas provincias tienen usos »y costumbres diferentes, España, *con la cual debe ser unido »Portugal*, no puede formar más que una república federal. »Para la felicidad de la nación, se puede y se debe dejar subs»sistir las antiguas Cortes.

»Francia tiene, sin duda, derecho para decir al pueblo es»pañol: «Tenéis un rey, que es mi enemigo natural; os haré la »guerra hasta que le hayais precipitado del trono.» Pero no »tiene derecho para constituir nuestra nación á su modo: Es»paña es la que debe darse á sí propia una constitución. Las »Cortes subsisten de derecho mientras el pueblo español no »las haya abolido.

»Como tengo el mayor interés en que estas reflexiones sean »leídas por el ciudadano ministro, no añado ningún desarrollo »á estas indicaciones rápidas. Notaré solamente que es indis»pensable que el comité tenga un punto de reunión ó un pre»sidente instruído á fondo en la historia de España, hombre de »Estado, y de carácter enérgico, que pueda dar cierta forma»lidad á las operaciones, y encaminarlas á un solo punto: el »triunfo definitivo de la revolución.—*J. Marchena.*»

Esta Memoria, en que, á despecho de los errores propios del fanatismo nivelador y de la abstracta política de aquel tiempo, no deja de campear cierto espíritu tradicional é histórico, no pudo ser grata á la mayor parte de los revolucionarios franceses, que odiaban de muerte el federalismo, y no querían oir hablar de Cortes ni de ninguna otra institución representativa de los tiempos medios. Hubo, pues, una excisión entre los que á todo trance querían, como el dantonista Guzmán y el alcalde de Bayona, Basterreche, implantar en España los principios de la república una é indivisible; y los que podemos llamar *federales*, á cuyo frente estaba Marchena con otros españoles amigos suyos.

Era de los principales *el ciudadano Hevia*, antiguo secretario de la embajada de España en París, de la cual había desertado para pasarse al campo enemigo, haciendo los más vio-

lentos alardes de furor demagógico, por lo mismo que su origen era aristocrático, puesto que pertenecía á la familia de los marqueses del Real Transporte. Cuando llegó la guerra del 93, Hevia redactó una proclama mucho más violenta y desaforada que la de Marchena, llena de innobles insultos contra Carlos IV y María Luisa y, lo que es peor, contra la desdichada y heroica María Antonieta, cuya cabeza iba á rodar pocos meses después en el patíbulo (1). Reconozcamos que Marche-

---

(1) Creemos oportuno reproducir, como muy característicos de la época, los principales párrafos de este bárbaro y grosero documento:

«Á LA NACIÓN ESPAÑOLA.

Españoles:

Amaneció por fin el suspirado día de la libertad de vuestra patria.....

Los franceses habían contraído una deuda inmensa con vosotros..... os habían impuesto á los principios del siglo el intolerable yugo de la dominación de la casa de Borbón.....

Los franceses también eran esclavos; también una corte corrompida, sentina de vicios y maldades, infestaba con sus ponzoñosas influencias las costumbres de la nación entera; también una *Antonia de Austria*, semejante á tu *Mesalina de Borbón*, exprimía la sangre del pueblo para saciar á otros *Godoyes* no menos avarientos ni menos indignos que ese vil privado que tú consientes ignominiosamente al frente de la nación, y que debieras, juntamente con su manceba, haber ya arrastrado al patíbulo.....

¡A cuánto no se han aumentado las contribuciones baxo los reynados de esta funesta familia, pues en sólo seis años que manejó Lerena el Erario, se doblaron casi los impuestos! Yo vi los funerales de ese ministro; yo vi su cadáver expuesto; yo vi atropellarse al pueblo por maldecir al que miraban como causador de la miseria universal.....

¿Quién os ha dicho que los franceses querían destruir vuestra antigua religión? ¡Ah! ¡cómo los tiranos se valen de los medios más engañosos para seduciros! Españoles: la religión de Jesús predica la igualdad, y vosotros sois esclavos.....

¡Oh! quan fácil cosa fuera demostrar que la religión de vuestros abominables inquisidores es el más horrible antichristianismo; que la conducta de los franceses no es otra que la moral apostólica.....—J. HEVIA.»
—(Esp. 635, pieza 310).

na, aun en el mayor arrebato de sus pasiones, jamás descendió á estas abominables invectivas, y que mostró siempre cierta nobleza de alma, la cual parece incompatible con el medio en que vivía.

Por lo demás, Hevia abundaba en el sentir político de Marchena en lo que toca á la convocatoria de Cortes, como lo prueban ciertas *Reflexiones* que, apoyando las de su amigo, dirigió al ministro Le Brun (1).

«Francia, decía, no puede pensar en la reunión de España »á la República francesa. El estado moral y físico de esta na»ción se opone fuertemente á esta reunión. Un buen tratado »de comercio que asegure á Francia todas las ventajas que »puede sacar de su situación respecto de España, será el bien »más precioso que pueda obtener en esta guerra.....

»Sostengo que si no se convocan las Cortes, la nación es»pañola no tendrá ningún punto de reunión y será desgarrada »por la más completa anarquía, ó se verá obligada á echarse »en brazos de Francia.

»Esos señores del *Comité* de Bayona, que no quieren las »Cortes, querrán sin duda ser considerados como representan»tes de la nación española. Pero si la nación no los quiere mi»rar como tales, ¿qué podrán hacer?.....

»Sin duda que hay que minar poco á poco la religión cris»tiana. La teocracia debe desaparecer de la superficie de la »tierra, juntamente con la tiranía, á la cual sirve de apoyo. »Pero no hemos de creer que en poco tiempo se logrará des»cuajar esta planta parásita. Díganme de buena fe si creen »que *un pueblo que tiene la desdicha (!) de ser profundamente »adicto á la religión cristiana*, puede ejercer la plenitud de su »soberanía.....

»Aprovecho esta ocasión para ofrecer al ciudadano minis»tro el resultado de las conversaciones que yo y el ciudadano

(1) *Aff. Etr. Espagne*, vol. 634, pieza 165 (comunicación de Moret Fatio).

»Marchena hemos tenido sobre la organización del Co»mité. Es indispensable que haya un punto de reunión; que »haya también un presidente, dotado de todas las cualidades »propias para tal empleo..... Los individuos de esta Junta »deben ocuparse en el estudio de la historia de España, y recor»dar al pueblo español las épocas en que gozaba de cierta suma »de libertad..... Hay que poner mucho empeño en hacer abo»rrecible la casa de Borbón, y sobre todo en disminuir el in»flujo de la clerigalla en el espíritu del pueblo.»

Otro de los más conspicuos individuos del grupo de Marchena era el ya citado don Vicente María Santibáñez, que acababa de llegar de España en Enero de 1793, y á quien en los términos más eficaces recomendaba el ciudadano Basterreche al ministro Le Brun, anunciándole de paso la próxima llegada de otro escritor español, todavía de más mérito; nada menos que de un *émulo de Cervantes*, á quien por tales señas nadie descubrirá fácilmente entre los ingenios de entonces.

«Ha llegado aquí (decía el alcalde de Bayona en 20 de Enero) »un español recomendable por su talento y carácter; se llama »*Vicente María Santibáñez:* viene escapado como por milagro »de las persecuciones de la Inquisición y de la corte. Era pro»fesor de elocuencia y de política en una Universidad, pero »hace algún tiempo se había establecido en Madrid, donde »cultivaba con éxito las bellas letras. Es hombre que ha fre»cuentado la mejor sociedad, y que conoce á fondo toda la »máquina del gobierno español, y todavía mejor á los indi»viduos que la dirigen. Nos podrá ser sumamente útil, por»que tiene conocimientos, mucho ingenio, y se expresa con »elocuencia en castellano, y si es menester, en francés..... »Tengo motivos para creer que dentro de poco veremos lle»gar también á uno de los primeros escritores de aquella »nación, á un émulo de Cervantes, si es que puede escapar »felizmente de las persecuciones que ya han comenzado con»tra él.»

Las noticias que he podido adquirir de Santibáñez son muy

escasas. Debía de ser hombre de imaginación fantástica y exaltada. En sus mocedades cantaba *el amor libre*, tema de una oda ó silva, que dirigió en consulta á don Tomás de Iriarte, con una carta que parece escrita por un erotómano. Más adelante cambió de rumbo, y se dedicó á trabajos de más provecho para su reputación literaria. En la Universidad de Valencia, donde parece haber estudiado, y donde desempeñó alguna cátedra, leyó la oración latina inaugural del curso de 1774 *(Oratio de eloquentiæ laude et præstantia habita ad Senatum et Academiam Valentinam in studiorum instauratione)*. En 1780 aparece en las Actas de la Real Academia de San Carlos, de aquella ciudad, leyendo un *romance heroico* en la distribución de premios generales, y en 1783 leyendo una silva. Son suyos, aunque no llevan su nombre, los prólogos y notas de las espléndidas ediciones de las «Crónicas de D. Juan II y de los Reyes Católicos,» publicadas por el impresor Benito Monfort en 1779 y 1780, verdaderos monumentos tipográficos, en que es lástima que la corrección del texto no corresponda siempre á la belleza y pulcritud de los tipos y de la estampación, que es de lo más bello que nunca se vió en España. En 1782, Santibáñez estaba ya de profesor en el Seminario de Vergara, y publicaba en Vitoria, bajo los auspicios de la Sociedad Vascongada, diversos elogios fúnebres de sus consocios: el de don Ambrosio de Meave, en 1782, el del marqués González Castejón, en 1784, el del conde de Peñaflorida (fundador de la Sociedad y del Seminario), en 1785. Tres años después le hallamos en Valladolid, donde publicó, traducida, una de las *Novelas morales* de Marmontel, *La mala madre*, con un prólogo muy curioso, en que se trata de la antigüedad, progresos y utilidad de este género de literatura (1780) (1). Pero mucho más celebridad que esta traducción tuvo otra, que no lleva su nombre, y que ha sido atribuida con error al abate Marchena,

(1) Vid. Sempere y Guarinos, *Ensayo de una biblioteca española de los mejores escritores del reinado de Cárlos III*, tomo V, pág. 150.

á pesar de que Quintana (1) señala con precisión su autor verdadero. Es la famosa *Heroida* de Heloísa á Abelardo, traducida libremente, y no del original inglés de Pope, sino de la paráfrasis ó imitación francesa de Colardeau. Santibáñez añadió otra *Heroida* original suya, de Abelardo á Heloisa, imitada de otras francesas de aquel tiempo, y también de Ovidio y otros antiguos; y con todo ello formó el tomito de las *Cartas de Abelardo y Heloísa,* que por la mezcla de sentimentalismo y voluptuosidad que en ellas rebosa, y por las declamatorias imprecaciones que contienen contra los votos monásticos y contra el celibato religioso, fueron puestas por la Inquisición en su Indice, sirviendo esto de incentivo, como de costumbre, para que fuesen más ávidamente leídas por la juventud de uno y otro sexo, en innumerables copias que corrieron manuscritas (2). El estilo poético de Santibáñez es desaliñado, y muchas veces prosaico, pero algunos pasajes no carecen de pasión, y en conjunto las dos epístolas se dejan leer sin hastío, dentro de su género ficticio y anticuado. En prosa escribía mejor, y no era de los más incorrectos y galicistas de su tiempo, á pesar de su intimidad con las ideas y los libros de Francia. Pero ni en prosa ni en verso pasó nunca de una razonable medianía.

Llegaba á Francia como un arbitrista político, cargado de Memorias y proyectos para hacer la felicidad de España. Uno de ellos se titula: *Reflexiones imparciales de un español á su nación, sobre el partido que debería tomar en las ocurrencias actuales*, y lleva la fecha de Marzo de 1793 (3). En ella Santibáñez, apartándose algo de las ideas de Marchena y sus ami-

(1) *Introducción á la poesía del siglo XVIII*, cap. IV. «Don Vicente »María Santibáñez, traductor de la *Heroida,* de Pope, con cuyo estilo y »carácter tenía el suyo tan poca analogía y semejanza.»

(2) La primera edición es de Salamanca, 1796, por Francisco de Toxar. El edicto que las prohibe tiene la fecha de Abril de 1799.

(3) Vid. Morel-Fatio, *Revue Historique,* en el artículo ya citado.

gos, aboga, no por las antiguas Cortes, sino por un nuevo *Cuerpo político*, una *representación nacional*, á la moderna.

Estalló en tanto la guerra en el Pirineo Oriental, emprendiendo el general Ricardos su campaña de 1793, la más gloriosa para nuestras armas desde los días, ya lejanos, de Montemar y del Marqués de la Mina. Mientras que el inmortal caudillo aragonés se aprestaba á recoger los lauros inmarcesibles de Masdeu, de Truillas y del campamento atrincherado del Boulou, los malos españoles á quienes su impío fenatismo había arrastrado á Francia, se ponían al servicio de la República para iniciar en las filas de nuestro ejército la propaganda revolucionaria. Le Brun llamaba á París á Marchena y á Hevia para tratar de la organización definitiva de los comités de Bayona y Perpiñán, y Santibáñez admitía el encargo de poner en castellano la ley de 3 de Agosto de 1792, provocando á la deserción á los sargentos, cabos y soldados.

Pero todavía hubo quien fuese más lejos en estos crímenes de lesa nación. En las Memorias ya citadas del vasco francés Reynon, extractadas por el capitán Du Voisin, se leen los más curiosos detalles acerca de otro revolucionario español, que llevó su insano furor hasta el punto de tomar armas contra su patria. Permítase una leve digresión sobre este odioso personaje.

Llamábase D. Primo Feliciano Martínez de Ballesteros, y había nacido en Logroño por los años de 1745. Su familia era distinguida, su educación esmerada. Sabía bien el latín, y hablaba con mucha soltura el italiano y el francés. Era buen músico y tocaba con talento el piano y el órgano. A la edad de treinta años se estableció en Bayona, donde se ganaba la vida como intérprete y profesor de lenguas. Decíase que había sido novicio de los jesuitas, pero nunca pudo comprobarse. Hombre ingenioso y de ameno trato, ganó en breve tiempo muchos amigos, á quienes divertía con su gracia para contar anécdotas chistosas y felices ocurrencias, cuyo gusto sabía variar según la calidad de las gentes con quien trataba.

Escribiendo tenía menos donaire: publicó en castellano la famosa *Academia Asnal*, con caricaturas en madera: una de las más insulsas diatriabas entre las innumerables que se han escrito contra la Academia española desde que, en tiempos inmediatos á su fundación, Don Luis de Salazar y Castro rompió el fuego en la *Carta del maestro de niños* y en la *Jornada de los coches de Madrid á Alcalá*. De estas escaramuzas literarias pasó pronto á otras de peor calidad.

En la guerra de 1793, no contento con provocar á la deserción á los soldados españoles, intentó formar una legión de migueletes, que él se proponía mandar con título de coronel. Llegó á reunir unos 200 hombres, que se acuartelaron en el convento llamado de *Dames de la Foi*, en Bayona. Allí se encargó de educarlos en la doctrina revolucionaria, otro español refugiado, el exoficial de Marina Rubín de Célis (1), hombre instruído, pero fanatizado por las ideas *humanitarias* y filosóficas de la época. Célis daba conferencias á los desertores, y les explicaba el catecismo de los derechos del hombre. Pero esta

(1) No sé si será el mismo D. Manuel Rubín de Célis que en 1775 publicó traducida la obra de Saverien, *Historia de los progresos del entendimiento humano en las ciencias exactas y en las artes que dependen de ellas*. (Madrid, en la imprenta de Sancha).

Este Rubín de Célis era asturiano, natural de Lastres. Publicó, ya con su nombre y apellido más usuales, ya con los semi-seudónimos de *D. Santos Célis* y *D. Santos Manuel Pariente y Noriega*, varios librejos en prosa y verso, de diversas materias, todos de poco fuste, y en los cuales se acredita de incansable *grafómano*. El más conocido es un suplemento á *Los Eruditos á la violeta*, que suele acompañar á las ediciones de aquella graciosa sátira del coronel Cadalso. Los restantes son: *Égloga pastoril, Lamentos á la muerte de María Ladvenant, primera dama del teatro*. (Madrid 1765).—*Discursos políticos sobre los proverbios castellanos* (1767). —*Paralelo entre la juventud y la vejez* (1768).—*Carta histórico-médica sobre la inoculación de las viruelas* (1773).—*Oración fúnebre de Carlos Manuel*, rey de Cerdeña (traducida del francés, 1774).—*Tratado del cáñamo, escrito en francés por Mr. Marcandier* (traducido y adicionado, 1774).

instrucción teórica no bastaba para los designios de Ballesteros; y además, antes que aquella tropa estuviese en disposición de moverse estalló una sangrienta reyerta entre el cuerpo séptimo de voluntarios de Burdeos y los migueletes españoles, la mayor parte de los cuales determinaron volver á pasar la frontera y acogerse á indulto. Ballesteros no se desanimó por eso, y con foragidos y vagabundos de todos países formó una nueva legión, á la cual dió el nombre de *Cazadores de las montañas*. Con ellos entró en campaña, y no dieron mala cuenta de sí, pero agotados en breve tiempo los recursos del coronel, tuvo que poner su pequeña tropa á disposición del general La Bourdonnaye, que mandaba el ejército de los Pirineos occidentales. La Bourdonnaye le reconoció el grado de comandante de batallón, y le incorporó á su Estado Mayor en calidad de intérprete de lenguas extranjeras. Pero Ballesteros no conservó mucho tiempo su posición ni su grado, porque es bien sabido que los comisarios de la Convención hacían y deshacían diariamente generales y oficiales (1).

Quedó, pues, separado del servicio, y sólo mucho después remuneró el Gobierno de la República sus servicios con una módica pensión vitalicia de 800 francos, harto pequeña para quien se jactaba de que el Gobierno español había ofrecido cien mil reales por su cabeza. Aquí termina su papel político. En la venta de bienes nacionales había comprado á bajo precio la abadía de San Bernardo, cerca de Bayona. Allí estableció una fábrica de botellas, que fué destruída por un incendio. Entonces buscó nueva y menos lícita industria, aprovechando sus conocimientos químicos para falsificar el tabaco de España. Enriquecido por la falsificación y el contrabando, alcanzó la avanzadísima edad de noventa años, y murió en 1830, «muy

(1) Probablemente en este tiempo le dedicó Marchena un poema titulado *La Patria á Ballesteros*, del cual sólo quedan tres octavas, insertas en las *Lecciones de Filosofía moral y Elocuencia*.

llorado (según dice Reynon) por las muchachas del pueblo, muchas de las cuales conservaban prendas de su amor (1).»

Volvamos á Marchena y á su compañero Hevia, los cuales por este tiempo empezaban á caer de la gracia del ministro Le Brun. Había entrado éste al principio en sus planes, como lo prueba su correspondencia con el alcalde de Bayona. En 8 de Marzo le escribía:

«Persisto en creer que Bayona es el punto más conveniente »para reunir á los patriotas españoles, y para trabajar en la »regeneración de su país..... hasta que el comité revolucionario »empiece á funcionar lo antes posible, pero ajustando su con»ducta á principios de moderación y prudencia. Es evidente »que la lengua de los franceses regenerados y republicanos no »puede todavía ser la de los españoles. Estos tienen que irse »preparando gradualmente para digerir los alimentos sólidos »que les preparamos. Sobre todo, hay que respetar durante al»gún tiempo ciertas preocupaciones ultramontanas, que, á la »verdad, son incompatibles con la libertad, pero que están de»masiado profundamente arraigadas en nuestros vecinos, para »que puedan ser destruídas de un golpe (2).»

En 26 de Marzo añadía:

«Ya os he hablado de la organización de dos comités, uno »en Bayona y otro en Perpiñán, y os he indicado los nombres »de muchos de los que deben ser sus miembros. Uno á esta »lista dos españoles que están aquí, Marchena y Hevia: parti»rán dentro de pocos días, y espero que quedaréis satisfecho »de su celo y de su talento (3).»

Pero los tiempos eran de recelo y desconfianza.

«El grupo francés (dice Morel-Fatio), quería á todo tran»ce excluir de los comités á Marchena y á Hevia, cuyo conoci-

(1) Págs. 223 y 233 de las Memorias manuscritas, ya citadas, de que nos envió extracto nuestro amigo Mr. Wenthworth Webster.

(2) *Aff. Et. Esp.* 635, pieza 219.

(3) *Aff. Et. Esp.* 635, pieza 291.

»miento de las cosas de España, así como la superioridad de su »cultura, mortificaban á las medianías y á los ignorantes que, »tanto en Bayona como en Perpiñán, pretendían tomar la di»rección de los negocios españoles.» Acordaron, pues, según era costumbre entonces, denunciarlos como sospechosos de traición é *incivismo*. El ciudadano Taschereau, antiguo agente secreto en Madrid, encargado de espiar al embajador Bourgoing; y otro ciudadano, todavía más obscuro, llamado Carles, escriben á Le Brun, pintando á Marchena como «un jo»ven aturdido, que no tiene más que las apariencias de un hom»bre instruído, y que posee, en cambio, toda la presunción de »un ignorante.

»Se le ha visto (dicen) vacilar muchas veces en sus princi»pios revolucionarios, entusiasmarse con los Bernardos *(Feui»llants*, sociedad compuesta de moderados), declamar como un »frenético contra la famosa jornada del 10 de Agosto (asalto de »las Tullerías y caída de la monarquía); se le ha oído en Ba»yona decir á gritos: *España, ó la muerte*. ¿Es patriotismo »este? Este hombre es sospechoso de todo punto, y muchas car»tas que ha escrito á Madrid pueden atestiguarlo. Además, »fuera de algunos conocimientos en moral y política, Marche»na no sabe absolutamente nada, porque no ha meditado ni »reflexionado sobre nada. El otro colaborador, llamado Hevia, »está igualmente vacío que Marchena de buen sentido y de »reflexión (1).»

Estas denuncias surtieron su efecto en el ánimo del ministro, y cuando Marchena y Hevia estaban á punto de salir de París, para trasladarse á Bayona, fueron arrestados por los comisarios de la sección de las cuatro Naciones, como *extranjeros* y *sospechosos*. Apenas se enteró de ello Brissot, amigo y protector de Marchena, se apresuró á intervenir en su favor,

(1) La carta de Taschereau es de 28 de Marzo de 1793; la de Carles, de 9 de Abril.

solicitando que inmediatamente fuesen puestos en libertad los dos emigrados españoles. Su carta á Le Brun es de 4 de Mayo, y dice así:

«Ciudadano ministro:

»Acabo de saber que Marchena ha sido arrestado y con él »Hevia. Parece increible que se haya llegado á tales excesos »contra hombres á quienes el amor á la libertad ha traído á »Francia, y que tantas pruebas han dado de sus sentimientos »cívicos. No sé á qué atribuir el cambio de vuestras disposi- »ciones respecto á ellos, y por qué, después de haberlos nom- »brado para el comité revolucionario español, en que podían »ser tan útiles, habéis hecho borrar sus nombres sin motivo »alguno. Sea como quiera, hoy la desdicha pesa sobre ellos, y »el ministro de Negocios extranjeros es quien debe sacarlos »de tal situación. Podéis y debéis informar á la sección de todo »lo que sabéis sobre esos hombres, del empleo á que pensábais »destinarles; y, puesto que ya no pueden servir á la República »francesa por haber cambiado vuestra opinión en ese punto, »lo menos que podéis hacer es darles un pasaporte para que »salgan de Francia. Están proscritos en España como amigos »de la revolución francesa. ¿Los hemos de proscribir aquí co- »mo españoles? Cuando un extranjero no tiene embajador, »al ministro de Negocios extranjeros toca protegerle.....— »J. P. Brissot.»

Esta carta no convenció á Le Brun, que sólo se prestó á intervenir en favor de Hevia, sin dignarse nombrar siquiera á su compañero. De todos modos, este primer encarcelamiento de Marchena no fué largo, ya porque se le pusiera en libertad, ya porque lograra evadirse. Y entonces la gratitud le unió más estrechamente que nunca con Brissot y los girondinos, cuyas vicisitudes, prisiones y destierros compartió con noble y estoica entereza.

No hay para qué repetir aquí lo que todo el mundo sabe y en cualquier historia de la Revolución francesa puede leerse. Proscritos los girondinos en 2 de Junio de 1793, declarados

traidores á la patria en 25 de Julio, encarcelados ú ocultos algunos de ellos, fueron los restantes á encender la guerra civil en los departamentos del Mediodía, del Centro y del Este. El principal foco de esta insurrección, que era federal en su tendencia, aunque no llevase tal nombre, fué Normandía, á donde se dirigieron la mayor parte de los representantes fugitivos de París, Buzot, Salle, Barbaroux, Larivière, Gorsas, Louvet, Guadet, Pétion y otros, hasta el número de veinte. Además de estos diputados bullían entre los caudillos de la insurreción, el periodista Girey Dupré, un joven literato llamado Riouffe, y *el español Marchena*, amigo de Brissot (1). Constituyóse en Caen una *Asamblea central de resistencia á la opresión*, y el general Félix Wimffen se puso al frente de las fuerzas destinadas á marchar sobre París. Pero fuese por la nulidad del general ó de los representantes, ó por la discordia de pareceres que entre ellos reinaba, aquella insurrección tuvo un resultado no sólo infeliz, sino ignominioso; y algunos cañonazos disparados en Vernon el 13 de Julio, bastaron para disiparla y reducir á la obediencia de la Convención toda la Normandía. Y entonces comienza la triste odisea de los girondinos, largamente relatada en las Memorias de Louvet y de Meillan.

Empezaron por buscar asilo en Bretaña, con esperanza de embarcarse allí para la Gironda, donde contaban con elementos para la lucha; después de increibles penalidades, llegaron á Quimper, donde su amigo Duchâtel había fletado una barca para conducirlos á Burdeos. Pero esta barca estaba en mal estado, hubo que hacer grandes reparaciones en ella, y no pudo partir hasta el 21 de Agosto. En ella iban nueve viajeros: Cussy, Duchâtel, Bois-Guyon, Girey Dupré, Salle, Meillan, Bergoeing, Riouffe y *Marchena*.

(1) J. Guadet. *Les Girondins, leur vie privée, leur vie publique, leur proscription et leur mort* (París, 1889, pág. 357).

Véase también el excelente libro de Edmond Biré, *La Légende des Girondins* (París, 1896), aunque no nombra á Marchena.

La navegación fué feliz, y el 24, á prima noche, llegaron á la Gironda, delante del pico de Ambès. Bergoeing y Meillan, únicos que conocían el país, saltaron en tierra para informarse del estado de las cosas, y los demás se quedaron á bordo hasta que sus colegas les diesen aviso de desembarcar. A fines del mes de Septiembre llegó otro grupo de girondinos: Guadet, Pétion, Valady, Barbaroux, que venían en una embarcación procedente de Brest.

Terrible fué su desencanto al saber que el movimiento de Burdeos y Marsella había fracasado, lo mismo que el de Normandía y Bretaña. Y aquí dejaremos la palabra á un sobrino del girondino Guadet, que cuenta estos sucesos con más pormenores que los que se contienen en las historias generales, como que el autor consigna sus propias tradiciones de familia:

«Al saber tan tristes nuevas, los proscritos, reunidos en el Pico de Ambès, no pensaron más que en ponerse en salvo. Guadet dejó á sus amigos en una casa perteneciente á su suegro, y partió él mismo para su pueblo natal, St. Emilion, residencia de su familia y de la mayor parte de los amigos de su infancia. Allí esperaba encontrar protección y asilo para sus colegas, á quienes prometió enviar un emisario.

»Pero no faltó en el lugar de Ambès quien conociera á los diputados. El mismo Guadet, con su confianza ordinaria, como dice Louvet, había dado su nombre, y no era difícil adivinar quiénes podían ser los otros. Pensaron, pues, que la prudencia exigía que se mantuviesen cuidadosamente ocultos. Pero en vano, porque muy pronto fué conocido el punto en que estaban refugiados. Supieron que un ciudadano de aquellas cercanías, ardiente revolucionario, había hecho un viaje á Burdeos, y que había vuelto trayendo consigo gente desconocida, y que se notaban en la casa conciliábulos y movimiento. La inquietud de los diputados aumentaba. ¡Y Guadet no volvía, ni enviaba aviso alguno!

»Dispuestos á cualquier suceso, se prepararon para la defensa, hicieron barricadas, y se repartieron las armas de que

disponían: catorce pistolas, cinco sables y un fusil. Era de noche. Algunos se acostaron vestidos, otros hicieron centinela, pero nadie se presentó aquel día.

»A la noche siguiente llega un enviado de Guadet. Este no había podido encontrar más que una sola persona que se atreviese á recibir á dos de sus colegas, pero se ocupaba en buscar asilo para los demás.

»Con estas nuevas quedaron todos consternados. Entonces exclamó Barbaroux: «¿Quién de nosotros puede pensar en salvarse solamente á sí mismo, sin que le detenga el pensamiento de que mañana acaso no existirán los que va á dejar aquí? Por lo que á mí toca, no abandonaré nunca á los compañeros de mis trabajos y de mi gloria. ¿No hay asilo más que para dos? Pues quedémonos todos, y muramos juntos. Pero Guadet, si conociese nuestra posición, ¿no enviaría á buscar más que dos? ¿No conocería que lo más urgente es salir de aquí? Hay quien ofrece asilo para dos de nosotros. Pues bien, para cuatro ó cinco días, si es menester, ¿no hemos de caber seis en el lugar donde se espera á dos? Partamos todos.»

»Mientras así deliberaban, vino alguien á advertir que había mucho ruido en la posada inmediata. Acababan de llegar treinta oficiales, y se veían ya por aquellos contornos muchos destacamentos de la guardia nacional, y algunas brigadas de gendarmería. Con esto quedó cortada toda deliberación. Partieron en silencio, siguieron á su guía hacia la barca que les esperaba, y en esto les fué propicia la fortuna, porque apenas habían abandonado la casa cuando fué ya asaltada.

»Muy cerca de la villa de St. Emilion estaba la casa del padre de Guadet, separada de todas las demás habitaciones. Guadet (padre), un hijo suyo y una hermana, componían todo el personal de la casa. El padre de Guadet era un viejo de setenta años: su aspecto, sus modales, su lenguaje, anunciaban un hombre habituado á la autoridad: sus hijos tenían por él profundo respeto y sumisión absoluta.....

»A esta puerta vinieron á llamar el 27 de Septiembre los

fugitivos del Pico de Ambès. Fueron acogidos como hijos, como hermanos: encontraron afecto, de parte del viejo; tierno interés, de parte de sus hijos. Pero no podía haber seguridad para ellos en casa del representante Guadet: á mitad del día que siguió á su llegada, se les vino á decir que el comandante de la expedición del Pico de Ambès seguía sus huellas, que avanzaba al frente de cincuenta caballos, y que venía seguido por un batallón revolucionario. Era domingo. Para colmo de desdichas, un hombre que desde la mañana corría por aquellos alrededores para buscarles un retiro más seguro, volvió por la noche con la triste noticia de que nadie se atrevía á recibirlos. Guadet quedó confundido (dice Louvet); ¡qué dignos de lástima éramos; pero él todavía más que nosotros!

»¿Qué podían hacer ya? Separarse, puesto que yendo perseguidos tan de cerca, no convenía que marchasen juntos. Los proscriptos se separaron, dándose el último abrazo de despedida (1).»

Marchena y algún otro tuvieron la temeridad de meterse en la misma ciudad de Burdeos, y fueron, por tanto, de los primeros que cayeron en manos de sus enemigos. Sobre este interesantísimo período de la vida de nuestro autor derraman mucha luz las *Memorias* de su amigo y compañero de cautividad el marsellés Honorato Riouffe (2). De ellos resulta que Marchena fué preso en Burdeos el mismo día que Riouffe, es á saber, el 4 de Octubre de 1793, conducido con él á París, y encerrado en los calabozos de la Conserjería. Riouffe le llama á secas *el español*, pero Mr. Thiers nos descubre su nombre al

(1) J. Guadet: obra citada, págs. 376 380.

(2) Le llamo marsellés porque de Marsella eran sus padres, aunque él naciese casualmente en Roma. El título de su libro, muy utilizado por todos los historiadores de la época del Terror, es *Mémoires d'un détenu, pour servir à l'histoire de la tyrannie de Robespierre.* Se publicó por primera vez en la *Collection des Mémoires relatifs à la Revolution française,* de Berville y Barrière, que comprende más de sesenta volúmenes. Latour extracta del libro de Riouffe los párrafos relativos á Marchena.

contarnos la fuga de los girondinos por el Mediodía de Francia.

«Barbaroux, Pétion, Salle, Louvet, Meilhan, Guadet, Ker-»velégan, Gorsas, Girey-Dupre, *Marchena*, *joven español que* »*había venido á buscar la libertad en Francia*, Riouffe, joven »que por entusiasmo se había unido á los girondinos, formaban »este escuadrón de ilustres fugitivos, perseguidos como traido-»res á la libertad (1).

Después de la prisión, Riouffe es más explícito:

«Me habían encarcelado (dice) juntamente con un español »que había venido á Francia á buscar la libertad, bajo la ga-»rantía de la fe nacional. Perseguido por la Inquisición reli-»giosa de su país, había caído en Francia en manos de la in-»quisición política de los comités revolucionarios. No he co-»nocido un alma más entera ni más enérgicamente enamorada »de la libertad, ni más digna de gozar de ella. Fué su destino »ser perseguido por la causa de la república y amarla cada vez »más. Contar mis desgracias es contar las suyas. Nuestra per-»secución tenía las mismas causas, los mismos hierros nos ha-»bían encadenado, en las mismas prisiones nos encerraron y »un mismo golpe debía acabar con nuestras vidas.....»

El calabozo donde fueron encerrados Riouffe, Machena y otros girondinos, tenía sobre la puerta el número 13. Allí escribían, discutían, y se solazaban con farsas de pésimo gusto. Todos ellos eran ateos, *muy crudos*, *muy verdes*, y para inicua diversión suya vivía con ellos un pobre benedictino, santo y pacientísimo varón, á quien se complacían en atormentar de mil exquisitas maneras. Cuándo le robaban su breviario, cuándo le apagaban la luz, cuándo interrumpían sus devotas oraciones con el estribillo de alguna canción obscena. Todo lo llevaba con resignación el infeliz monje, ofreciendo á Dios aquellas tribulaciones, sin perder nunca la esperanza de convertir á alguno de aquellos desalmados. Ellos, para contestar

(1) *Historia de la Revolución francesa*, cap. XXIV.

á sus sermones y argumentos, imaginaron levantar altar contra altar, fundando un nuevo culto con himnos, fiestas y música. Al flamante é irrisorio dios le llamaron *Ibrascha*, y Riouffe redactó el símbolo de la nueva secta, muy parecido á lo que fué luego el credo de los *theophiláutropos*. Y es lo más peregrino que el inventor llegó á tomarlo por lo serio, y todavía, cuando muchos años después redactaba sus Memorias, convertido ya en personaje grave y en funcionario del Imperio, no quiso privar á la posteridad del fruto de aquellas lucubraciones, y las insertó en toda su extensión, diciendo que «aquella religión (!) valía tanto como cualquiera otra, y que »sólo podría parecer pueril á espíritus superficiales.»

Las ceremonias del nuevo culto comenzaron con grande estrépito: entonaban á media noche un coro los adoradores de *Ibrascha*, y el pobre monje quería superar su voz cantando el *de profundis*; pero débil y achacoso él, fácilmente se sobreponía á sus cánticos el estruendo de aquella turba desaforada. A ratos quería derribar la puerta del improvisado santuario y ellos le vociferaban: «¡Sacrílego, espíritu fuerte, incrédulo!»

En medio de esta impía mascarada adoleció gravemente Marchena, tanto que en pocos días llegó á peligro de muerte. Apuraba el benedictino sus esfuerzos para convertirle, pero él, á todas sus cristianas exhortaciones, respondía con el grito de «*¡Viva Ibrascha!*»

Y, sin embargo, en la misma cárcel teatro de estas pesadísimas bromas con la eternidad y con la muerte, leía asiduamente Marchena la *Guía de pecadores* de Fr. Luis de Granada. ¿Era todo entusiasmo por la belleza literaria? ¿Era alguna reliquia del espíritu tradicional de la vieja España? Algo habría de todo, y quizá lo aclaren estas palabras del mismo Marchena al librero Faulí, en Valencia, el año 1813:

«¿Ve V. este volúmen que, por lo ajado, muestra haber »sido tan manoseado y leído como los breviarios viejos con »que rezan diariamente nuestros clérigos? Pues está así porque

»hace veinte años que le llevo conmigo, sin que se pase día en »que deje de leer en él alguna página. Él me acompañó en los »tiempos del terror en las cárceles de París; él me siguió en »mi precipitada fuga con los girondinos; él vino conmigo á »las orillas del Rhin, á las montañas de Suiza, á todas par»tes. Me pasa con este libro una cosa que apenas sé explicar»me. Ni lo puedo leer, ni puedo dejar de leerlo. No lo puedo »leer, porque convence mi entendimiento y mueve mi voluntad »de tal suerte que, mientras le estoy leyendo, me parece que »soy tan cristiano como V., y como las monjas, y como los »misioneros que van á morir por la fe católica en la China ó »en el Japón. No lo puedo dejar de leer, porque no conozco »en nuestro idioma libro más admirable.»

El hecho será todo lo extraño que se quiera, pero su explicación ha de buscarse en las eternas contradicciones y en los insondables abismos del alma humana, y no en el pueril recurso de decir que el abate Marchena gustaba sólo en Fr. Luis de la fuerza y armonía de la lengua. No cabe en lo humano encariñarse hasta tal punto con un escritor cuyas ideas totalmente se rechazan. No hay materia sin alma que la informe, ni nadie, á no estar loco, se enamora de palabras vacías, sin parar mientes en su contenido.

Pero tornemos á Marchena y á sus compañeros de prisión. Casi todos fueron subiendo en el transcurso de pocos meses al cadalso. Los veintiún diputados girondinos (Vergniaud, Gensonné, Brissot, Lassource, Lacaze, Fauchet, Fonfrède, Ducos.....) en 31 de Octubre; Mad. Roland, la ninfa Egeria, la gran sacerdotisa de la Gironda, en 9 de Noviembre; el ministro Le Brun en 27 de Diciembre, y antes y después otros más obscuros, sin contar con los que perecieron en provincias, como Salle, Guadet y Barbaroux, ejecutados en Burdeos, y los que, como Roland, Condorcet y otros muchos, apelaron al suicidio por medio del puñal ó del veneno.

Marchena fué de los pocos que salieron incólumes de aquella general proscripción, ya por su calidad de extranjero, ya

por ser figura de segundo orden en su partido, á pesar de la notoriedad que tenía como periodista y orador de club. Pero lo cierto es que, sintiéndose ofendido por la preterición, había escrito á Robespierre aquellas extraordinarias provocaciones, algo teatrales á la verdad, aunque el valor moral del autor las explique y defienda. «Tirano, me has olvidado.» «Ó mátame, »ó dame de comer, tirano.» Hay en todos estos apotegmas y frases sentenciosas del tiempo de la Revolución, algo de *laconismo* y de estoicismo de colegio, un infantil empeño de remedar á Leónidas y al rey Agis, á Tasíbulo, á Timoleón y á Tráseas, que echa á perder todo el efecto, hasta en las situaciones más solemnes. Yo no llamaré, como Latour y otros, sublimes insolencias á las de Marchena, porque toda afectación, aun la de valor, me parece mala y viciosa. La muerte se afronta y se sufre honradamente cuando viene: no se provoca con carteles de desafío, ni con botaratadas de estudiante. Ni murieron así los grandes antiguos, aunque mueran así los antiguos de teatro.

Pero los tiempos eran de retórica, y á Robespierre le encantó la audacia de Marchena. Es más: quiso atraérsele y comprar su pluma, á lo cual Marchena se negó con digna altivez, continuando en la Conserjería, siempre bajo el amago de la cuchilla revolucionaria, hasta que vino á restituirle la libertad, la caída y muerte de Robespierre en 9 de Thermidor (27 de Julio de 1794).

La fortuna pareció sonreirle entonces. Le dieron un puesto, aunque subalterno, en el *Comité de Salvación Pública*, y empezó á redactar con Poulthier un nuevo periódico: *El Amigo de las Leyes*. Pero los thermidorianos vencedores se dividieron al poco tiempo; y Marchena, cuyo perpetuo destino fué afiliarse á toda causa perdida, se declaró furibundo enemigo de Tallien, Legendre y Fréron; escribió contra ellos venenosos folletos; perdió su empleo; se vió otra vez perseguido y obligado á ocultarse; sentó, como en sus mocedades, plaza de conspirador, y fué denunciado y proscripto en 1795, como uno de

los agitadores de las secciones del pueblo de París en la jornada de 5 de Octubre contra la Convención (1).

Pasó aquella borrasca, pero no se aquietó el ánimo de Marchena; al contrario, en 1797 le vemos haciendo crudísima oposición al Directorio, que para deshacerse de él no halló medio mejor que aplicarle la ley de 21 de Floreal contra los extranjeros sospechosos, y arrojarle del territorio de la República. Conducido por gente armada hasta la frontera de Suiza, fué su primer pensamiento refugiarse en la casa de campo que tenía en Coppet su antigua amiga Mad. de Staël, cuyos salones había frecuentado él en París. Pero la futura *Corina* no quería comprometerse con el Directorio, y además no gustaba de la insufrible mordacidad y del cinismo nada culto de Marchena, á quien Chateaubriand (que le conoció en aquella casa), define en sus *Memorias de ultratumba* con dos rasgos indelebles: *Sabio inmundo y aborto lleno de talento.* Lo cierto es que la castellana de Coppet dió hospitalidad á Marchena, pero con escasas muestras de cordialidad, y que á los pocos días riñeron del todo, vengándose Marchena de Mad. de Staël con espantosas murmuraciones.

Decidido á volver á Francia, entabló reclamación ante el Consejo de los Quinientos para que se le reconocieran los derechos de ciudadano francés; y mudándose los tiempos, según la vertiginosa rapidez que entonces llevaban las cosas, logró, no solo lo que pedía, sino un nombramiento de oficial de Estado Mayor en el ejército del Rhin, que mandaba entonces el general Moreau, célebre por su valor y por sus rigores disciplinarios.

Agregado Marchena á la oficina de Contribuciones del Ejército en 1801, mostró desde luego aventajadas dotes de administrador militar, laborioso é íntegro; porque su entendi-

(1) De todo esto hay datos en la *Biographie Universelle*, de Michaud, y en la ya citada nota de D. Sebastián Miñano á su traducción de la *Historia de la Revolución francesa*, de Thiers).

miento rápido y flexible le daba recursos y habilidad para todo. Quiso Moreau en una ocasión tener la estadística de una región no muy conocida de Alemania; y Marchena aprendió en poco tiempo el alemán, leyó cuanto se había escrito sobre aquella comarca, y redactó la estadística que el general pedía, con el mismo aplomo que hubiera podido hacerlo un géografo del país.

Pero no bastaban la topografía ni la geodesia para llenar aquel espíritu ansioso, ávido de novedades y esencialmente literario; por eso en los cuarteles de invierno del Ejército del Rhin, volvía, sin querer, los ojos á aquellos dulces estudios clásicos, que habian sido encanto de los alegres días de su juventud en Sevilla. Entonces forjó su breve fragmento de Petronio, fraude ingenioso, y cuya fama dura aún entre muchos que jamás le han visto. Los biógrafos han tenido muy obscuras é inexactas noticias de él. Unos han supuesto que estaba en verso; otros han referido la sospechosa anécdota de que habiendo compuesto Marchena una canción harto libre en lengua francesa, y reprendiéndole por ella su general Moreau, se disculpó con decir que no había hecho más que poner en francés un fragmento inédito del *Satyricon* de Petronio, cuyo texto latino inventó aquella misma noche, y se le presentó al día siguiente, cayendo todos en el lazo.

Pero todo esto es inexacto, y hasta imposible, porque el fragmento no está en verso, ni ha podido ser nunca materia de una canción, sino que es un trozo narrativo, compuesto *ad hoc* para llenar una de las lagunas del *Satyricon*, de tal suerte, que apenas se comprendería si le desligásemos del cuadro de la novela en que entra. Sabido es que esta singular novela de Petronio, *auctor purissimæ impuritatis*, monumento precioso para la historia de las costumbres del primer siglo del Imperio, ha llegado á nosotros en un estado deplorable, lleno de vacíos y truncamientos, donde quizá haya desaparecido lo más precioso, aunque haya quedado lo más obsceno. El deseo de completar tan curiosa leyenda ha provocado supercherías y

también errores de todo género, entre ellos aquel que con tanta gracia refiere Voltaire en su *Diccionario Filosófico*. Leyó un humanista alemán en un libro de otro italiano no menos sabio: *Habemus hic Petronium integrum, quem sæpe meis oculis vidi, non sine admiratione.* El alemán no entendió sino ponerse inmediatamente en camino para Bolonia, donde se decía que estaba el Petronio entero. ¡Cuál no sería su asombro cuando le mostraron en la iglesia mayor el cuerpo íntegro de San Petronio, patrono de aquella religiosa ciudad!

Lo cierto es que la bibliografía de Petronio es una serie de *fraudes honestos*. Cuando en 1662 apareció en Trau de Dalmacia el insigne fragmento de la *Cena de Trimalchion*, que era el más extenso de la obra, y casi duplicaba su volumen, no faltó un falsario, llamado Nodot, que, aprovechándose del ruido que había hecho en toda la Europa literaria aquel hallazgo, fingiese haber descubierto en Belgrado (*Albagræca*) el año 1688 un nuevo ejemplar de Petronio, en que todas las lagunas estaban colmadas. Á nadie engañó tan mal hilada invención, porque los supuestos fragmentos de Nodot están en muy mal latín, y abundan en groseros galicismos, como lo pusieron de manifiesto Leibnitz, Crammer, Perizonio, Ricardo Bertley y otros cultivadores de la antigüedad. Pero como quiera que los suplementos de Nodot, á falta de otro mérito, tienen el de dar claridad y orden al mutilado relato de Petronio, siguen admitiéndose tradicionalmente en las mejores ediciones.

Marchena fué más afortunado, por lo mismo que su fragmento es muy corto, y que puso en él los cinco sentidos, bebiendo los alientos al autor, con aquella pasmosa facilidad que él tenía para remedar estilos ajenos. Toda la malicia discreta, y la elegancia un poco relamida de Petronio, atildadísimo cuentista de decadencia, han pasado á este trozo, que debe incorporarse en la descripción de la monstruosa zambra nocturna de que son actores Giton, Quartilla, Pannychis y Embasicetas. Claro que un trozo de esta especie, en que el autor no ha emulado solo la pura latinidad de Petronio, sino también su

desvergüenza inaudita, no puede trasladase en una *Revista* destinada á correr en todas las manos: con todo eso, y á título de curiosidad filológica, pongo en nota algunas líneas, que no ofrecen peligro, y que bastan á dar idea de la manera del abate andaluz en este notable ensayo (1):

El éxito de esta *facecia* fué completísimo. Marchena la pu-

---

(1) *Fragmentum Petronii, ex bibliothecæ S. Galli antiquissimo ms. excerptum, nunc primum in lucem editum, gallice vertit ac notis perpetuis illustravit Lallemandus, Sacræ Theologiæ doctor.* (Toda esta portada es burlesca, como se ve: la edición se hizo en Basilea, en 1802; es hoy rarísima, y apenas hay biblioteca pública que la posea). Ha sido reimpresa el año 1865 en Bruselas, con la falsa data de Soleure, precedida de una introducción biográfica, escrita por *el bibliófilo Jacob* (Paul Lacroix). La tirada fué cortísima, y sólo para aficionados (112 ejemplares numerados, y 20 más en papel superior.) Es un cuadernito de VIII páginas preliminares, y 53 de texto.

El fragmento sin las notas, puede leerse en uno de los apéndices del *Catulo* de Noel (año XI, 1803, pág. 344), y, traducido al francés, figura también en el *Petronio* de la colección Nisard, donde es lástima que falte el texto latino. Véase alguna muestra de él.

Hæc dum fiunt, ingenti sono fores repente perstrepunt omnibusque, quid tam inopinus sonitus esset mirantibus, militem, ex excubiis nocturnis unum, districto gladio, adolescentulorumque turba stipatum conspicimus. Trucibus ille oculis ac Thrasonico gestu omnia circumspiciebat: tamdem Quartillam intuens: ¿Quid est (inquit) mulier impudentissima? ¿Falsis me pollicitationibus ludis, nocteque promissa fraudas? At non impune feres, tuque amatorque iste tuus me esse hominem intelligetis... tum vero anus illa ipsa, quæ dudum me domicilium quærentem luserat, velut e cœlo demissa, miseræ Pannychidi auxilio fuit. Magnis illa clamoribus domum intrat, vicum pererrare prædones autumat; frustra cives Quiritium fidem implorare, nec vigilum excubias, aut somno sopitas, aut comessationibus intentas præsto esse. Hic miles graviter conmotus præcipitanter se ex Quartillæ domo abduxit, eum insecuti comites, Pannychida impendente periculo, nos omnes metu, liberarunt.

Siento no poder copiar lo más característico del relato. Noel (que como queda dicho, le copia entero y le elogia mucho) llama á Marchena *español notable por la prodigiosa variedad de sus conocimientos.*

blicó con una dedicatoria jocosa al ejército del Rhin (1) y con seis largas notas de erudición picaresca, que exceden, lo mismo que el texto, los límites de todo razonable desenfado, por lo cual no nos hemos atrevido á incluirlas en la colección de los escritos sueltos de Marchena. Estas notas son mucho más largas que el texto que comentan, al modo que lo vemos en el *Chef d'oeuvre d'un inconnu*, y en otros pasatiempos semejantes, cuyos autores han querido satirizar la indigesta erudición con que suelen abrumar los comentadores el texto que interpretan.

A pesar del tono de broma de las notas y del preámbulo, la falsificación logró su efecto. Un profesor alemán *demostró* en la *Gaceta Literaria Universal* de Jena la autenticidad de

---

(1) En esta dedicatoria daba cuenta de su hallazgo en los términos siguientes:

«Las conquistas de los franceses han contribuído mucho, durante es»tas últimas guerras, al progreso de las ciencias y de las letras. El Egipto »nos ha revelado monumentos de sus primeros habitantes, que la ignoran»cia y la superstición de los coptos y de los musulmanes ocultaban á las »naciones ilustradas. Las bibliotecas de los conventos de los diferentes »países conquistados han sido exploradas por los sabios, y de este modo »han visto la luz manuscritos preciosos.

»No es la menos interesante de estas adquisiciones el fragmento de »Petronio, que ofrecemos al público, sacado de un antiguo manuscrito, »que la bravura invencible de los soldados conquistadores de S. Gall nos »ha permitido examinar. Hemos hecho este importante descubrimiento le»yendo un pergamino que contiene la obra de San Gennadio sobre los »deberes de los presbíteros. Este códice, por la forma de sus caracteres, »nos parece datar del siglo XI. Un examen más atento nos ha hecho ver »que la obra del Santo estaba escrita en hojas que contenían ya otra es»critura, la cual se había intentado borrar. Se sabe que en estos siglos de »ignorancia era frecuente escribir los libros eclesiásticos sobre códices que »contenían las obras de los autores de la mejor latinidad. A fuerza de tra»bajo hemos llegado á descifrar el trozo que damos al público, y cuya au»tenticidad nadie puede poner en duda..... El estilo del latín tiene tan im»preso el sello original de Petronio, que es imposible creer apócrifo este »fragmento.»

aquel fragmento; el Gobierno de la Confederación Helvética mandó practicar investigaciones oficiales en busca del códice del monasterio de S. Gall, donde Marchena declaraba haber hecho su descubrimiento. ¡Cuál sería la sorpresa y el desencanto de todos, cuando Marchena declaró en los papeles periódicos ser el único autor de aquel bromazo literario! Y cuentan que hubo sabio del Norte que ni aun así quiso desengañarse.

En las notas quiso alardear Marchena de poeta francés, así como en el texto se había mostrado ingenioso poeta latino. Su traducción de la famosa oda ó fragmento segundo de Safo, tan mal traducida y tan desfigurada por Boileau, no es ciertamente un modelo de gusto, y adolece de la palabrería á que parece que inevitablemente arrastran los alejandrinos franceses; pero tiene frases ardorosas y enérgicas que se acercan al original griego (ó á lo menos á la traducción de Catulo) más que la tibia elegancia de Boileau, de Philips ó de Luzan.

A peine je te vois, à peine je t'entends,
.....
Immobile, sans voix, accablée de langueur
D' un tintement soudain mon oreille est frappée,
Et d'un nuage obscur ma vue enveloppée:
Un feu vif et subtil se glisse dans mon cœur.

El *tintinnant aures* nunca se ha traducido mejor (1).

Animado Marchena con el buen éxito de sus embustes, qui-

(1) A propósito de la segunda oda de Safo (de que hay en castellano seis ó siete traducciones, entre ellas una mía), recordaré que nuestro ilustre comentador de Catulo, Aquiles Estazo *(Statius)* completó la versión latina del poeta veronés con la siguiente estrofa, no digna ciertamente de caer en olvido:

Sudor it late gelidus trementi
Artubus totis, violamque vincit
Insidens pallor, moriens nec auras
Ducere possum.

so repetirlos, pero esta vez con menos fortuna, por aquello de *non bis in idem*. Escribió, pues, cuarenta exámetros á nombre de Catulo, y como si fueran un trozo perdido del canto de las Parcas en el bellísimo *Epitalamio de Tétis y Peleo*, y los publicó en París el año de 1806, con un prefacio de burlas en que zahería poco caritativamente la pasada inocencia de los sesudos filólogos alemanes.

«Si yo hubiera estudiado latinidad, decía, en el mismo co»legio que el célebre doctor en teología Lallemand, editor de »un fragmento de Petronio, cuya autenticidad fué demostra»da en la *Gaceta* de Jena, yo probaría, comparando este tro»zo con todo lo demás que nos queda de Catulo, que no podía »menos de ser suyo; pero confieso mi incapacidad y dejo este »cuidado á plumas más doctas que la mía» (1).

Pero esta vez el supuesto *papiro herculanense* no engañó á nadie, ni quizá Marchena se había propuesto engañar. La insolencia del prefacio era demasiado clara: los versos estaban llenos de alusiones á la revolución francesa y á los triunfos de Napoleón, y además se le habían escapado al hábil latinista algunos descuidos de prosodia y ciertos arcaismos afectados, que Eichstaedt, profesor de Jena, notó burlescamente como variantes.

El aliento lírico del supuesto fragmento de Catulo, es muy superior al que en todos sus versos castellanos mostró Marchena. ¡Fenómeno singular! Así él, como su contemporáneo Sán-

---

(1) *Catulli fragmentum. Paris, 1806. Firminus Didot* (No hay más portada que esta). Le reimprimió Federico Schoell en su *Répertoire de lithérature ancienne* (París, 1808, págs. 184-188), con las correcciones de Eichstaedt, publicadas en un programa de la Universidad de Jena el 7 de Agosto de 1807, con ocasión del nombramiento de nuevo rector.

Eichstaedt dice de Marchena: *Josephus Marchena, natione Hispanus, inter Franco-Gallos bellica virtute non minus quan scientia clorus, cæterum, ut Catullino quodam præconio omnia complectamus, homo venustus, dicax et urbanus.*

chez Barbero, con quien no deja de tener algunas analogías, eran mucho más poetas usando la lengua sabia que la lengua propia. Véase una muestra de esta segunda falsificación:

Virtutem herois non finiet Hellespontus:
Victor lustrabit mundum, qua maxumus arva
Æthiopum ditat Nilus, qua frigidus Ister
Germanum campos ambit, qua Thybridis unda
Læta fluentisona gaudet Saturnia tellus.
Currite, ducentes subtemina, currite, fusi.
Hunc durus Scytha, Germanus Dacusque pavebunt:
Nam flammæ similis, quom ardentia fulmina cœlo
Juppiter iratus contorsit turbine mista,
Si incidit in paleasque leves, stipulasque sonantes,
Tunc Eurus rapidus miscens incendia victor
Sævit, et exultans arva et silvas populatur:
Hostes hand aliter prosternans alter Achilles,
Corporum acervis ad mare iter fluviis præcludet.
Currite, ducentes subtemina, currite, fusi.
At non sævus erit, cum jam victoria læta
Lauro per populos spectandum ducat ovantem,
Vincere non tantum norit, sed parcere victis.....

No para hacer alarde de malos versos, sino para facilitar la inteligencia del fragmento poético de Marchena á los que no puedan leerle en su original, me atrevo á insertar aquí la traducción ó paráfrasis que hice veinte años há, prescindiendo de los versos añadidos por Eichstaedt, y limitándome á los de nuestro abate, el cual los enlaza con el elogio profético de Aquiles que hay en el canto de las Parcas:

Mas ya traerán los siglos un héroe más excelso
Invicto en las batallas más que ningún mortal:
Será de estirpe Eácida, que sólo el fuerte Aquiles
A tal varón pudiera noble prosapia dar:
Le admirarán los siglos, y en tanto nuestros dedos
De las humanas gentes los hados urdirán.
Cruzando los estambres, corred, husos lijeros,
Del porvenir las telas fatídicos hilad.
Y no en el Helesponto se encerrará su gloria,

Antes el orbe todo triunfante correrá;
Los campos de Germania, que corta el Istro helado,
Los que el etiope Nilo fecundizando va,
La tierra de Saturno, de mieses abundosa,
Do lame el rojo Tíber de Remo la ciudad.
Cruzando los estambres, etc.
De su valor ingente se asombrará el germano,
Y el dacio y el scita guerrero temblarán,
Pues como la centella que Jove airado lanza
Entre fragor de truenos y recia tempestad,
Si prende en seca paja ó en resonante espiga,
Por campos y montañas extiéndese voraz,
Así él con muertos cuerpos atajará los ríos
Cuando soberbios corran á sumergirse al mar.
Cruzando los estambres, etc.
Mas cuando la victoria su frente coronare,
¡Que brille la clemencia en su gloriosa faz!
Triunfando y perdonando someta á los vencidos,
Y su triunfal carroza cien pueblos seguirán.
Cruzando los estambres, etc.
Estos serán los juegos en que el invicto Aquiles
Los años ejercite de su primera edad;
Y cuando rinda el hierro cansado el enemigo,
Y al orbe retornare la fugitiva paz,
El hórrido caudillo, las armas ya depuestas,
En senectud gloriosa su pueblo regirá,
Y al pueblo y al monarca los dioses sus mercedes
Como en el siglo de oro, sin tasa otorgarán.
Cruzando los estambres, etc.
Nunca el furor impío, su veste desgarrando,
En intestinas lides el pueblo abrasará,
Ni hermanos contra hermanos, ni padres contra hijos
En propia sangre el brazo feroces teñirán.
Cruzando los estambres, etc.
Desde la santa era de Deucalión y Pirra
Ninguna más dichosa que esta futura edad.
Cruzando los estambres, etc.

Además de estos trabajos publicó Marchena en Francia muchos opúsculos políticos y religiosos (ó más bien irreligiosos), de que he logrado escasa noticia, y también algunas tra-

ducciones; todo ello en lengua francesa. Entre los escritos originales figuran un *Ensayo de teología*, que fué refutado por el doctor Heckel en la cuestión de los clérigos juramentados; unas *Reflexiones sobre los fugitivos franceses*, escritas en 1795, y *El Espectador francés*, periódico de literatura y costumbres, que empezó á publicar en 1796, en colaboración con Valmolette, y que no pasó del primer tomo, reducido á pocos números (1). En los *Anales de viajes* insertó una descripción de las provincias Vascongadas.

Del inglés tradujo en 1802 la *Ojeada* del doctor Clarke *sobre la fuerza, opulencia y población de la Gran Bretaña*, añadiendo por apéndice la importante correspondencia inédita de David Hume y el doctor Tucker. Y del italiano una obra muy extensa y fundamental que hizo época en los estudios orientales: el *Viaje á la India*, del carmelita descalzo fray Paulino de San Bartolomé, misionero apostólico en la costa de Malabar, y uno de los que revelaron á Europa la existencia y los misterios de la lengua sanscrita y de las religiones del extremo Oriente. El libro original se había publicado en Roma en 1796, dedicado al Papa Pío VI. La traducción de Marchena, emprendida por encargo del librero Levrault, mereció la honra de ser escrupulosamente revisada en sus dos primeros volúmenes por el sabio Anquetil du Perron; y habiendo fallecido éste en 1805, su amigo y ejecutor testamentario, el célebre arabista Silvestre de Sacy, se encargó de dirigir la impresión del tercer volumen y del *Atlas* que sirve de complemento á esta publicación. Las notas de Historia Natural son las mismas que acompañan á la traducción alemana de J. R. Forster, profesor de Mineralogía en Halle (1798); y al fin del tercer volumen se encuentra una Memoria original de Anquetil du

---

(1) *Essai sur la Théologie*, París, 1797.—*(Heckel à Marchena sur les prêtres asermentés.)*—*Quelques reflexions sur les fugitifs français*, 1795.—*Le Spectateur français.* Año V, 1796, 12.°

Perron *sobre la propiedad individual y territorial en la India y en Egipto*, leída en varias sesiones al Instituto de Francia. Con todo este aparato de erudición oriental se presentó al público la traducción de la obra del P. Paulino, que era quizá la principal que hasta entonces se había escrito sobre la India, y puede competir con los mejores viajes del siglo pasado, por ejemplo, con el de Volney á Siria y Egipto (1).

Como se ve por estos últimos escritos, la actividad de Marchena parecía dirigirse entonces á los libros de viajes y de geografía, alimento muy adecuado para su índole movediza y aventurera. Pero el círculo de sus estudios era tan vasto, que simultáneamente le vemos ocupado en una tarea de historia jurídica, que por cierto nadie esperaría de él, y que prueba su sagaz instinto hasta en un género de erudición que apenas había saludado. En 1798, hallándose en París con pocos recursos, solicitó del rey de España una pensión para dedicarse á investigaciones útiles sobre nuestra historia, en la Biblioteca Nacional de la República.

«Entre los manuscritos que hay en ella (decía), citaré al»gunas de las leyes de los visigodos, inéditas y absolutamente »desconocidas hasta ahora, que se leen en un códice del si»glo VII, donde están las obras de San Jerónimo y Gennadio, »*De viris illustribus*. Estas leyes se hallan esparcidas en quin»ce ó veinte páginas, desde la 71 hasta la 144; y aunque se »han raspado, y sobre el mismo pergamino se han escrito los »dos Tratados citados, sin embargo, muchas de estas leyes son »aun legibles y preciosísimas por su antigüedad, que sube

---

( ) *Coup-d'œil sur la force, l'opulence et la population de la Grandes Bretagne, par le docteur Clarke* (Paris, 1802, 8.°)

—*Voyage aux Indes Orientales, par le P. Paulin de S. Barthélemy, missionnaire, traduit de l'italien por M···, avec les observations de messieurs Anquetil du Perron, J. R. Forster et Silvestre de Sacy. Paris, chez Turneisin fils, libraire, 1808.* 3 ts. 4.°, y uno de Atlas en tamaño algo mayor.

»hasta el siglo VI, y por ser las fuentes de nuestra legislación. »Muchos de estos códices ilustran igualmente puntos muy »esenciales de nuestra historia civil y eclesiástica y de nuestra »cronología, especialmente desde Fernando I hasta los Reyes »Católicos. Estos materiales son indispensables para saber á »fondo nuestra historia. Como el que representa se haya ocu»pado con fervor en este género de investigaciones y desee »continuarlas, haciendo útiles para la nación española sus tra»bajos literarios, y como para ello le fuera necesario abando»nar cualquiera otra ocupación, solicita sobre los gastos extra»ordinarios de esta Embajada la pensión que fuere del agrado »de S. M. concederle.»

El ministro Saavedra pidió informe sobre esta petición de Marchena á nuestro embajador en París, D. José Nicolás de Azara, persona (como es sabido) de grande ilustración y cultura, pero que, por haber trocado en odio su antigua afición á los principios de la revolución francesa, no podía mirar con buenos ojos á los que en ella habían tomado tan activa parte. Contestó, pues, al ministro que Marchena era una cabeza destornillada, alegando, en prueba de ello, que había compuesto y publicado un libro en defensa del ateismo, que probablemente sería el *Ensayo de teología*, impreso el año anterior.

Con tales informes, es claro que no había de prosperar la pretensión de Marchena; y fué lástima, porque en vez de continuar perdiendo el tiempo en tales *teologías espinosistas* y en otras lucubraciones más ó menos perjudiciales para su buen nombre, hubiera arrebatado á Knust la honra de copiar el primero los fragmentos de la ley primitiva de los visigodos, que aquél no leyó hasta 1828, y á Bluhme la de publicarlos con casi medio siglo de antelación, puesto que la edición de éste, única que tenemos hasta ahora, no apareció hasta 1847 (1).

(1) *Die Westgothische Antiqua oder das Gesetzbuch Reccareds des ersten.* Halle, 1847. Posteriormente, el profesor de Bolonia Augusto Gaudenzi ha descubierto en Inglaterra nuevos capítulos de esta ú otra compilación primitiva de Derecho visigótico.

El haber fijado su atención en el palimsesto de París y haber comprendido toda su importancia en 1798, es, sin duda, uno de los rasgos que más evidencian el claro entendimiento de Marchena, siempre que su monomanía enciclopedista no le perturbaba el juicio (1).

Después del proceso y destierro del general Moreau, en 1804, Marchena, que hasta entonces había sido secretario suyo y satélite de su política, se hizo bonapartista y fogoso partidario del Imperio, en el cual veía lógicamente la última etapa de la revolución, y primera de lo que él llamaba *libertad de los pueblos*; es decir, el entronizamiento de las ideas de Voltaire, difundidas por la poderosa voz de los cañones del César corso. No entendía de otra libertad ni de otro patriotismo Marchena, aunque entonces pasase por moderado y estuvieran ya lejanos aquellos días de la Convención, en que osó escribir sobre la puerta de su casa: *Ici l'on enseigne l'athéisme par principes.*

M. Menéndez y Pelayo.

(*Se concluirá.*)

(1) Consta la curiosa noticia que acabamos de exponer en el tomo II de la *Historia de Carlos IV*, del abate Muriel, recientemente dada á luz por la Academia de la Historia (*Memorial Histórico Español*, tomo XXX, páginas 199-200).

NOTICIAS CURIOSAS,

PARTICULARIDADES

Y ANÉCDOTAS RELATIVAS Á CERVANTES Y AL QUIJOTE.

I. Dos anécdotas históricas de la vida de Cervantes.—II. Otra menos comprobada.—III. El autor del *Quijote,* macero en Nápoles en 1572.—IV. Recuerdos de la celebridad de *El Ingenioso Hidalgo.*—Obsequio á Lord Wellington.—Observación de Mr. Paul Laffite.—V. ¿En qué día nació Miguel de Cervantes?—VI. *La Galatea y las Ninfas y Pastores de Henares.* — VII. Gonzalo Cervantes Saavedra.

I

Muy poco tiempo después de haber salido al público, estampada por el conocido impresor Juan de la Cuesta, la *Primera parte de El Ingenioso Hidalgo*, era ya grande su celebridad y bien conocido su mérito. Justifican lo primero seis ediciones, cuando menos, hechas en España en el mismo año 1605; la de Bruselas, 1607; la de Madrid, 1608, y las de Milán, 1610, y Bruselas, 1611, pues todas ellas demuestran que se habían agotado las anteriores, y por eso son hoy tan extremadamente raras. Y esto cuando aún no había salido á luz más que una parte de la historia del héroe, por donde se viene á entender cuán bien informado estaba Cervantes al escribir en el capítulo tercero de la *Segunda parte:* «tengo

«para mí que el día de hoy están impresos más de doce mil »libros de la tal historia; si no díganlo Portugal, Barcelona y »Valencia, donde se han impreso, y aun hay fama que se está »imprimiendo en Amberes.»

Lo segundo se acredita por la referencia que hace un escritor contemporáneo, de cuya exactitud y veracidad no puede dudarse, y mucho menos teniendo en cuenta la calidad de las personas de que habla.

Cuenta Baltasar Porreño, en su libro *Dichos y hechos del rey Don Felipe III* (1), que estando aquel monarca asomado á uno de los balcones del antiguo alcázar de Madrid, «espacian»do la vista, observó que un estudiante, junto al río Manzana»res, leia un libro, i de quando en quando interrumpia la lec»cion, i se dava en la frente grandes palmadas, acompañadas de »extraordinarios movimientos de plazer i alegria; i dijo el Rey: »*Aquel Estudiante ó está fuera de sí, ó lee la Historia de Don* »*Quijote:* i luego se supo que la leia, porque los palaciegos »suelen interesarse mucho en ganar las albricias de los acier»tos con sus amos en lo que poco importa.»

Con harta razón observan algunos biógrafos de Cervantes, haciendo comentario á esta anécdota, que el aprecio en que el rey don Felipe tenía de *El Quijote*, no le movió á ocuparse en proteger á su autor; así como tampoco los cortesanos que corrieron á investigar las causas de la alegría y transportes del estudiante, y supieron pedir albricias al soberano, celebrando su perspicacia, se acordaron de decir que el escritor de la regocijada historia era un veterano inválido y necesitado, siendo obra al par meritoria y patriótica el aliviar su triste situación.

Era esta, por desgracia, harto notoria, tanto en España como en la nación vecina, donde se buscaban con avidez sus escritos, y se multiplicaban las ediciones de *El Ingenioso Hi-*

(1) Madrid: Sánchez, 1663, en 8.°

dalgo, que muchos leían en su lengua original, común entonces á todas las personas instruídas.

Desempeñaba el licenciado Francisco Márquez Torres los cargos de capellán y maestro de pajes del Arzobispo de Toledo Don Bernardo de Sandoval y Rojas, cuando al comenzar el año 1615 llegó á Madrid como embajador de Francia el duque de Mayenne para apresurar la terminación de los casamientos concertados desde tiempos atrás, y que pasara allá la Infanta Doña Ana de Austria, prometida del Delfín Luis XIII, y futura madre del gran Luis XIV. El duque traía lucido y numeroso acompañamiento de nobles franceses, caballeros de gran ilustración apasionados de las letras españolas. Visitó el embajador al Cardenal, cumpliendo las leyes de la etiqueta cortesana; y cuando el Príncipe de la Iglesia fué á pagar la visita al Duque, acompañado de sus familiares, se entabló entre éstos, y los que componían el séquito del de Mayenne, un diálogo interesantísimo, que es preciso leer en los términos mismos en que lo escribió el licenciado Márquez Torres, para que no pierda ni un detalle de su veracidad y carácter (1).

«Certifico con verdad, escribe, que en veynte y cinco de Fe»brero deste año de seyscientos y quinze, auiendo ydo el Ilus»trissimo señor Don Bernardo de Sandoval y Rojas, Cardenal »Arçobispo de Toledo mi señor, á pagar la visita que á su Ilus»trissima hizo el Embaxador de Francia, que vino á tratar co»sas tocantes á los casamientos de sus Príncipes y los de Espa»ña, muchos Caualleros Franceses, de los que vinieron acom»pañando al Embaxador, tan corteses, como entendidos y ami»gos de buenas letras, se llegaron á mí, y á otros Capellanes

(1) Es ciertamente muy de extrañar, que siendo de tan alto interés esta aprobación del licenciado Márquez Torres, se encuentre suprimida en muchas ediciones del *Quijote*, especialmente en las catalanas, sin exceptuar la lujosísima de los Sres. Montaner y Simón (Barcelona, 1880), que dirigió el célebre comentador y entusiasta del *Ingenioso Hidalgo*, D. Nicolás Diaz Benjumea.

»del Cardenal mi señor, deseosos de saber que libros de inge-
»nio andauan mas validos, y *tocando acaso en este que yo esta-*
»*ua censurando*, apenas oyeron el nombre de Miguel de Cer-
»uantes, quando se començaron á hazer lenguas, encareciendo
»la estimacion, en que assi en Francia, como en los Reynos sus
»confinantes, se tenian sus obras, *La Galatea*, que algunos de-
»llos tiene casi de memoria, la primera parte desta, y las No-
»uelas. Fueron tantos sus encarecimientos, que me ofreci lle-
»uarles que viessen el autor dellas, que estimaron con mil de-
»mostraciones de viuos deseos. Preguntáronme muy por menor
»su edad, su profession, calidad y cantidad. Halléme obligado
»á dezir que era viejo, soldado, Hidalgo y pobre, á que uno
»respondió estas formales palabras: ¿Pues á tal hombre no le
»tiene España muy rico, y sustentado del erario público? Acu-
»dió otro de aquellos caualleros con este pensamiento, y con
»mucha agudeza y dixo: Si necesidad le ha de obligar á escri-
»uir, plega á Dios que nunca tenga abundancia, para que con
»sus obras, siendo él pobre, haga rico á todo el mundo.»

Preciosa narración, con todos los signos de histórica y verdadera, es la que antecede. Los hechos todos son rigurosamente exactos. La venida del embajador, la visita del Prelado y las fechas, en que el licenciado Márquez Torres tenía en su poder la segunda parte del *Quijote* para su censura. Ninguna razón se alcanza para que el eclesiástico censurante faltase á la verdad y se lanzara á inventar anécdotas. Ni aun puede alegarse como causa el deseo amistoso de llamar la atención del Cardenal sobre la triste situación del escritor. Era de aquél muy conocida, y procuraba aliviarla constantemente. El último escrito de Cervantes, un mes escaso antes de su muerte, es para dar gracias al arzobispo de Toledo por las mercedes que le hacía. Conservaba el original nuestro querido amigo el ilustrado general marqués de San Román, y siempre se lee con delicia la expresión de la gratitud de aquella noble alma:

Muy ilustre Señor:

Ha pocos días que recibí la carta de vuestra Señoría Ilustrísima y con ella nuevas mercedes. Si del mal que me aquexa pudiera haver remedio, fuera lo bastante para tenelle con las repetidas muestras de favor y amparo que me dispensa vuestra Ilustre Persona; pero al fin tanto arrecia, que creo acabará conmigo aun cuando no con mi agradecimiento: Dios nuestro Señor le conserve egecutor de tan Santas obras, para que goze del fruto dellas allà en su santa gloria, como se la desea su humilde criado que sus muy magníficas manos besa. En Madrid, á 20 de Marzo de 1616 años.

Muy Ilustre Señor.

Miguel de Cerbantes Saavedra.

II

Las dos anécdotas que dejamos referidas pueden ser consideradas rigurosamente auténticas. No era posible que Baltasar Porreño atribuyera hechos ó dichos falsos al rey su señor, ni puede admitirse que el licenciado Márquez Torres faltara á la verdad en un documento de la mayor formalidad, y cuando cumplimentaba una orden de su superior, el Vicario general de Madrid.

La que pasamos á contar no se apoya en tan sólido fundamento. Refiérese en la vida de fray Miguel de los Santos, que, siendo novicio y recién llegado de Pamplona á Madrid, hubo de llevarle el Rev. P. fray Juan de la Concepción al beaterio de la calle del Mesón de Paredes, donde habían tomado el hábito la hija natural de Cervantes, doña Isabel de Saavedra, y doña Marcela, hija de Lope de Vega. Por acaso estaban juntos en el locutorio ambos ingenios, visitando á sus hijas, cuando llegaron los religiosos; y trabándose animada conversa-

ción, recordó Cervantes que en tiempo del rey Don Felipe II había sido ahorcado en la Plaza Mayor de Madrid, por cómplice, y tal vez autor, de la impostura del pastelero Madrigal, que fingía ser el rey don Sebastián, un religioso agustino, llamado fray Miguel de los Santos, homónimo, por tanto, del novicio que estaba allí presente, y con su habitual gracejo dijo á éste:—Cuidado con imitar á vuestro tocayo en la travesura.—Y Lope de Vega, recogiendo la alusión, añadió con picaresca sonrisa, fijando su mirada en doña Isabel:—Ni á vuestro tocayo Miguel de Cervantes en las suyas.

Muchas dificultades ocurrían para aceptar por verdadera esta anécdota, aunque reviste cierto carácter. La escribió, sin embargo, don Antonio Capmani y Montpalau en la vida de fray Miguel de los Santos, y la han acogido los señores don Jerónimo Morán y don Nicolás Díaz Benjumea en sus novísimas biografías de Cervantes.

Dificultades saltaban, desde luego, á la vista; mas hoy son ya escollos insuperables, si hemos de dar entero crédito á documentos que han visto la luz pública últimamente, y de los que aparece que doña Isabel de Saavedra, casada en primeras nupcias con don Diego Sanz, de cuyo consorcio tuvo una hija, y después del fallecimiento de aquél con don Luis Molina, no pudo ser religiosa en tiempo alguno (1). Mal pudieron, por lo tanto, reunirse en el locutorio Cervantes y Lope con los religiosos que menciona el historiador, ni pronunciar el *Fénix de los ingenios* las palabras que se le atribuyen.

---

(1) Véase el interesante librito publicado por el eminente cervantista señor don Manuel Foronda, *Cervantes en la Exposición*.

III

Pero la vida de Cervantes parece destinada á irse completando cada día con nuevas noticias. Más de un siglo después de su muerte, solamente se conocían con certeza los datos que dejó consignados en sus obras, señaladamente en los prólogos de las *Novelas exemplares* y de las *Ocho comedias y ocho entremeses,* en los tercetos de *El viaje del Parnaso* y en la dedicatoria de la *Galatea*, datos que supo aprovechar discretamente don Gregorio Mayans para construir la primera vida que se formó del ilustre ingenio.

Luego empezaron las investigaciones pertinaces de los eruditos, coronadas con éxitos sucesivos, satisfactorios cada vez más, trayendo D. Vicente de los Ríos á las *Pruebas* con que ilustró su trabajo, documentos nuevos y noticias de obras en que se habla de Cervantes, como la *Historia y Topografía de Argel*, del abad de Fromista fray Diego de Haedo; D. Antonio Pellicer aumentó el caudal de los hechos relativos á la vida del escritor ilustre, con el hallazgo de la causa formada en Valladolid por la muerte violenta de D. Gaspar Ezpeleta, y en el trabajo imponderable de D. Martín Fernández Navarrete quedaron aclaradas de una manera completísima las circunstancias del cautiverio en Argel, y muchas de las comisiones que desempeñó en Andalucía entre los años 1588 á 1600, con los documentos encontrados en el Archivo en Indias.

Parecía que en existencia, ya de sí tan accidentada, no habria de poderse añadir ningún acontecimiento notable y ruidoso. Sin embargo, en un documento publicado por D. Jerónimo Morán, parece que se descubre la causa que obligó á Cervantes á salir de España en su primera juventud, si es que

á él se refiere la indicada cédula, y en el poder que ante notario otorgó en Sevilla á favor de Fernando de Silva en Febrero de 1588, consta de un modo indudable que fué excomulgado por el Vicario de la ciudad de Écija (1).

Estudiante y camarero de un cardenal, soldado y cautivo, comisionista y poeta cómico, alcabalero y escritor; excomulgado aquí, preso acá, procesado acullá; perseguido por envidiosos, protegido por muy pocos, censurado por muchos, elevado á la cumbre de la gloria por la posteridad..... ¿pueden darse más peripecias reunidas en la vida de un solo hombre?

Pues aun restaba algo por saber. Hace muy poco tiempo, un célebre marino de Francia, el almirante Jurien de la Gravière, examinando los archivos de la Municipalidad de Nápoles, para sacar documentos con que enriquecer su obra titulada *La guerra de Chipre y la batalla de Lepanto*, que se imprimió en París en el año 1888, encontró un nuevo y curiosísimo dato para la vida de nuestro Miguel de Cervantes.

Conocido es de todos el heroísmo del soldado español en aquel día memorable, en que combatió con tanto denuedo á pesar de encontrarse enfermo con calenturas; y también recordamos con entusiasmo, como él las recordó siempre con noble orgullo, las gloriosas heridas que en el combate recibiera. Desembarcado luego en Mesina, visitado en el hospital de sangre por el hijo del rayo de la guerra, por D. Juan de Austria, generalísimo de las armadas coligadas, que alabó su valor y le

(1) Es circunstancia digna de consignar, que siendo absolutamente ignorada antes del año 1738 la vida de Cervantes, hasta el punto de no saberse el lugar de su nacimiento, pueda hoy decirse que no hay ninguna otra de español ilustre cuyos hechos principales se justifiquen con tanto número de documentos. Y aún han de aumentarse estos comprobantes, cuando salgan á luz los coleccionados por el estudioso y modesto literato Sr. D. Cristobal Pérez Pastor, que se elevan á 54, enteramente desconocidos y que esclarecen muchos puntos que hasta ahora son objeto de cuestión entre los cervantistas. Tenemos la seguridad de que la publicación de tan importante libro tendrá lugar muy pronto.

concedió ventajas en sus haberes, allí permaneció hasta que sanó completamente de sus heridas.

Más de un año, dice en el *Viaje del Parnaso*, que permaneció en aquella ciudad; pero lo que no sabíamos, y ha descubierto Mr. Jurien de la Gravière, eran sus ocupaciones en aquel período de tiempo. En efecto, en las nóminas de pagos del Consejo Real de Nápoles, correspondientes á los meses desde Enero á Junio del año 1572, se encuentra la orden de abono de dos ducados al mes á *Miguel de Cervantes, portatore di mazza* (1).

Macero del Consejo de Nápoles, fué, pues, también el autor del *Quijote*; aunque puede sospecharse que nunca ejerciera el cargo, sino que fuese el tal asiento para justificar el pago de aquella pequeña suma dada como socorro á los soldados heridos en la batalla naval.

IV

Mas dejemos ya en paz á Cervantes y recojamos alguna anécdota poco sabida, demostrativa de la celebridad de *El Ingenioso Hidalgo*, en época en que aún no se había desbordado el torrente del cervantismo, ó sea la pasión por la lectura, estudio é interpretación de la obra inmortal.

Sir Arturo Wellesley, duque de Wellington, jefe de las tropas inglesas que auxiliaban á las españolas á rechazar las huestes del gran capitán del siglo, cubierto de laureles y de gloria hizo su entrada en Sevilla en 11 de Enero de 1813. El entusiasmo meridional se manifestó en toda su exageración para recibir al héroe de Arapiles; cubrieron tropas la carrera desde

(1) Se insertan copias de varias órdenes de pago en la obra titulada *I Napolitani à Lepanto*, que escribió y publicó Luis Conforti.

la puerta de San Fernando hasta las casas de D. Mateo de Ureta, en la calle de la Laguna, donde habían preparado alojamiento al Duque; acompañaron al carruaje toda la carrera con teas, luminarias y músicas; salvas y repiques aumentaban el estrépito producido por el vocerío y las canciones de la multitud, y al llegar no se cansaban de aplaudirle y aclamarle, haciendo se presentara en el balcón repetidas veces.

Quiso el Ayuntamiento consagrar al insigne caudillo un recuerdo de Sevilla, que trajese siempre á su memoria aquellos momentos de entusiasmo, y nada encontró más propio y más español, que enviarle en una magnífica bandeja de plata la espléndida edición de *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, hecha por la Real Academia Española en 1780, lujosamente encuadernada. El duque de Wellington agradeció extraordinariamente el delicado y expresivo obsequio, ofreciendo en sentidas frases á la representación de Sevilla conservar siempre aquel recuerdo de su patriotismo.

Viajaba por España el conocido literato francés Mr. Paul Laffitte, y entre sus apuntes conservaba el del hecho siguiente, que insertó después en un artículo titulado *Cervantes y su Don Quijote*.

Un día, durante nuestra permanencia en Madrid, estábamos parados ante la estatua de Cervantes, en cuyo pedestal hay un relieve que representa á Don Quijote y á Sancho saliendo en busca de aventuras. Acercóse por acaso una familia de gente acomodada, que caminaban muy despacio mirando á un lado y otro, como provincianos ó extranjeros á los que todo llama la atención. Cuando el padre hubo visto el aludido relieve, gritó: — ¡Eh!, Juanito, ven acá; ahí tienes á Don Quijote!—Juanito acudió á la llamada, y exclamó palmoteando:— ¡Cierto, vean ustedes al caballero, y vean ustedes á su escudero!—Pronto llegaron los demás individuos de la familia; todos reían, todos hablaban á un tiempo. ¿Conocían, por ventura, el nombre de Miguel de Cervantes Saavedra? No pode-

mos asegurarlo; pero conocían á Don Quijote y á Sancho Panza; eran para ellos amigos antiguos que se complacían en volver á ver.»

«Tal es, en efecto, el carácter de esta obra excepcional, que en ella se confunden la ficción y la verdad, hasta tal punto, que nos interesamos por el caballero andante y por su fiel escudero como si hubieran existido, nos unimos á ellos y los amamos. El niño á quien se relata la historia de los molinos de viento, ó la de la jaula de los leones, cree fácilmente que don Quijote existió; y quizá encontraremos todavía en algún lugar de la Mancha más de un mozo de cuadra y de criada de mesón que participen de igual creencia. No habrán leído la obra de Cervantes; pero han visto muchas estampas, buenas y malas, que representan sus principales escenas. Quizá ningún escritor del mundo ha sido tan popular como lo es Cervantes, en el buen sentido de la palabra; ninguno ha tenido en tan alto grado el don de agradar igualmente á los grandes y á los pequeños, al ignorante como al literato.»

V

Nació Miguel de Cervantes, el más célebre escritor que ha producido España, en la villa de Alcalá de Henares, y fué bautizado en la iglesia parroquial de Santa María en 9 de Octubre de 1547 (1). Es conjetura muy verosímil que viera la luz el 29 de Septiembre anterior, recibiendo por eso el nombre de Miguel, santo del día en que había nacido; costumbre muy general en

(1) Los que por un espíritu de amor local, con bastante propiedad llamado hoy *de campanario*, se obstinan en sostener que Cervantes nació en Alcázar de San Juan, no han fijado la atención en la circunstancia de que en el libro de bautismos de Alcalá de Henares están además de la partida de Miguel, las de sus hermanas Andrea y Luisa, y las de su hermano Rodrigo, hijos todos de los mismos padres, lo que no se encuentra ni puede encontrarse en Alcázar.

los pueblos de ambas Castillas, que continúa observándose en nuestros tiempos, como se practicaba en los antiguos. — Hay un ejemplo curioso.

Lope de Vega nació en 25 de Noviembre de 1552, día en que la Iglesia celebra á San Lope, obispo, y no fué llevado á recibir las aguas regeneradoras hasta el 6 de Diciembre siguiente, conservándole, sin embargo, el nombre del santo en cuyo día había venido al mundo.

Lo propio debió suceder con Cervantes; y sería coincidencia notable y peregrina que los dos mayores ingenios de aquella época, cuya celebridad es tan universal, vivieran el término igual de once días antes de ingresar en el seno de la Iglesia.

VI

En los primeros meses del año 1585 debió ponerse á la venta en Madrid y en Alcalá de Henares el libro titulado *Primera parte de la Galatea, dividida en seys libros, compuesta por Miguel de Cervantes.*—La corrección de erratas lleva la fecha de postrero de Febrero, y la *Tassa* la del 13 de Marzo.— En el prólogo á los lectores, y para prevenir objeciones, se advierte *que muchos de los disfrazados pastores lo eran sólo en el hábito.*—El libro se imprimió en Alcalá, por Juan Gracián, y es de la más extremada rareza.

Dos años completos no habían transcurrido, cuando en la misma ciudad, en la propia imprenta, salió á luz la *Primera parte de las Ninfas y Pastores de Henares, dividida en seys libros, compuesta por Bernardo Gonzalez de Bobadilla.*

Sin hacer alardes de suspicacia, ni extremar la sutileza, y llevado solamente por la perfecta igualdad de ambos títulos, puede cualquier lector sospechar enlace entre una y otra obra, y buscar relación entre ambas novelas pastoriles, creyendo que también la hubo entre sus autores, y aun que quizá la una dió ocasión á la otra, bien por la significación de sus *disfraza-*

dos pastores, bien por las circunstancias embozadas en la narración de aquellas galantes aventuras.

De Cervantes no hay que hablar. Han juzgado célebres críticos que la heroina de la *Galatea* es Doña Catalina de Salazar, entonces pretendida, y después mujer del escritor, cuyo nombre, con ligera alteración, es el de la fábula. En los pastores y pastoras se cree están recordados, sin duda alguna, personajes muy conocidos en la república de las letras y en las riberas del Henares.

González de Bobadilla era natural de las islas Canarias; estudió en Salamanca, y, según él mismo asegura, jamás vieron sus ojos las propiedades y términos de la tierra de Alcalá. ¿Qué le movió, pues, á hablar de sus ninfas y pastoras? ¿Cuál fué la causa de que pintara riberas que no conocía? Solamente le impulsó á escribir el haber oido á un su compañero en las aulas salmanticenses, *natural de la famosa Compluto*, *tantos loores de su río*, *tan maravillosos cuentos de la tierra y tantas alabanzas de la hermosura de sus damas*. Pero esto no es explicación satisfactoria.

Ahora bien: ¿ese compañero, *de la famosa Compluto* natural, pudiera ser Miguel de Cervantes? ¿Podría alegarse esta referencia de González Bobadilla como prueba de los estudios de Cervantes en Salamanca, donde fueran *compañeros* ambos escritores? ¿Se encontrará en la *Galatea* algún suceso verdadero, más ó menos *disfrazado*, que pudo lastimar al mismo Bobadilla, ó á alguna dama ó caballero de su intimidad? Y en este caso, suponiendo que entre los numerosísimos interlocutores que aparecen en las *Ninfas y Pastores de Henares* debe encontrarse Cervantes, que dió motivo á la obra, ¿cuál de aquellos puede referirse al autor de la *Galatea?*

Dificilísima, ó por mejor dicho, imposible tarea sería la de querer descifrar hoy alusiones, trescientos años después de escrito el libro, careciendo de una clave, de un indicio siquiera que pudiera guiarnos; pero si en las *Ninfas y Pastores* no se propuso el autor vindicar á algunos ó algunas que se estimasen

agraviados ó preteridos en la *Galatea;* si aquella fábula pastoril no se escribió para complemento de ésta, es lo cierto que, por causas desconocidas, la buena amistad de los autores se interrumpió y perturbó años adelante.

En las obras de Cervantes encontramos las pruebas, por el desdén y la manera misteriosa con que trata de González Bobadilla en dos ocasiones diferentes.

Ya al terminar el *donoso y grande escrutinio que el cura y el barbero hicieron de la librería de Don Quijote*, y después de haber dejado aparte tan gracioso y disparatado libro como *Las fortunas de amor*, de Antonio de Lofrasso;—«el barbero »prosiguió diciendo: estos que se siguen son el *Pastor de Ibe»ria, Ninfas de Henares* y *Desengaño de celos*. Pues no hay »más que hacer, dijo el cura, sino entregarlos al brazo seglar »del ama; *y no se me pregunte el por qué,* que sería nunca aca»bar.» Aquí la causa quedó oculta.

Muchos años más tarde, en el *Viaje del Parnaso* (cap. IV), uno de los del número hambriento increpa á Cervantes por el poco tino con que había llamado á los poetas á la defensa de Apolo, y llenado á unos de alabanzas, á otros de vituperios,

> Has alzado á los cielos la fortuna
> De muchos, que en el centro del olvido
> Sin ver la luz del sol, ni de la luna
> Yacían.....

Y luego, sin rodeos ni disimulo, añade:

> Fuiste *envidioso,* descuidado y tardo,
> y á las *Ninfas de Henares y Pastores*
> *Como á enemigos* les tiraste un dardo;
> Y tienes tú poetas *tan peores*
> *Que éstos* en tu rebaño.....

No tenemos más datos, pero los recogidos dicen bastante para no dudar de la relación existente entre las dos novelas. A Cervantes le acusaban de ser *envidioso* de las *Ninfas* y *Pastores de Henares*, y de tenerlos *como enemigos*, cuando *en su rebaño*, es decir, en su novela pastoril los había mucho peores. ¡Curioso sería que se descubrieran unas y otras alusiones!

VII

Entre los *hijos señalados de Sevilla*, coloca el erudito escritor D. Justino Matute y Gaviria á *Gonzalo Cervantes Saavedra*, celebrado por el autor de la *Galatea* en el *Canto de Caliope*. Con el propósito de conocer la personalidad de este escritor, que llevaba los mismos apellidos que el inmortal Miguel, el docto bibliógrafo D. Cayetano Alberto de la Barrera, en sus *Notas* al canto de Caliope, pasó revista á varios del mismo nombre. Habla de *Fray Gonzalo Cervantes,* que escribió y publicó en Sevilla dos obras en los años 1614 y 1618; recuerda á *Gonzalo Gómez de Cervantes*, corregidor de Tlascala, que en 1599 dedicó una obra á Eugenio de Salazar, y se fija, por último, en *Gonzalo Saavedra*, *natural de Córdoba*, que escribió la novela titulada *Los Pastores del Betis*, impresa en Italia en el año 1634, creyendo que á este puede referirse el elogio de la *Galatea*.

La noticia de que *Gonzalo Cervantes Saavedra* había nacido en las orillas del Betis y de que era militar y poeta, se debe al mismo Miguel de Cervantes, y ella debe ser guía segura, que no se pierda de vista al hacer la investigación.

> **Ciña el verde laurel, la verde yedra,**
> **y aun la robusta encina aquella frente**
> **de Gonzalo Cervantes Saavedra,**
> **pues la deben ceñir tan justamente;**
> **por él la ciencia mas de Apolo medra,**
> **en él Marte nos muestra el brío ardiente**
> **de su furor con tal razón medido**
> **que por él es amado y es temido.**

Laurel, *yedra y encina*, tejen la corona que debe ceñir Gonzalo de Cervantes; y para mayor claridad se dice que tenía la

ciencia de Apolo y los bríos de Marte. Partiendo de este supuesto, he juzgado poco acertada la conjetura de la Barrera, creyendo que no es posible designara Cervantes al ingenio *cordobés* que no llevó su primer apellido, y que probablemente era un niño en 1583 cuando se escribió la *Galatea*. En mi sentir el aludido y ensalzado es el que luego ocupó el puesto de Corregidor de Tlascala.

Pruebas: El poeta celebrado en el *Canto de Caliope* era sevillano, y no podía, por lo tanto, ser el autor de los *Pastores del Betis*.—La patria, á más de los datos expuestos, la expresa categóricamente Rodrigo Méndez de Silva, cuando al decir que la familia de los Cervantes estaba desde muy antiguo establecida en Sevilla, cita á Gonzalo Cervantes, famoso soldado y poeta. Lo confirmó Pellicer añadiendo que este y el otro, Fray Gonzalo, ambos fueron sevillanos.

La época del elogio también se relaciona mejor con el Corregidor que con el autor del libro de los *Pastores*. El que en 1583 era ya bastante famoso en armas y en letras para merecer corona de laurel y encina, no era fácil publicase novelas pastoriles cincuenta años después, en 1634; y es mucho más probable que en premio de sus servicios militares fuera nombrado en 1599 corregidor en Nueva España. Más aún: si ya en 1583 era celebrado y merecía las coronas de Apolo y Marte Gonzalo Cervantes, ¿no tendría siquiera veinticinco años? Luego en 1634 tendría sus setenta y seis; edad que más es para pensar en otra vida que para hacer novillos y escribir novelitas en esta.

Todo induce á creer que el Gonzalo Cervantes celebrado en el *Canto de Caliope* fué el valeroso soldado que en premio de sus servicios obtuvo el corregimiento de Tlascala, y que por sus dotes y aficiones de poeta cultivó la amistad del escritor Eugenio de Salazar, que por aquel tiempo, en que el primero pasó á Méjico, era oidor en la Audiencia de la capital.

José María Asensio.

RECUERDOS

Sucede con el tiempo lo que con un lienzo sobre el cual ha de pintarse algo.

Antes de que el pintor coloque sus figuras y distribuya sus colores, el lienzo es igual en todas sus partes. No hay modo de distinguir una de otra; en todas la misma trama; la misma uniformidad; la misma monotonía, dijéramos mejor.

Pero cuando la pintura ha terminado, lo uniforme es ya distinto; la monotonía ha desaparecido; podemos decir que el lienzo *está diferenciado* en toda su extensión.

Y si dos porciones de la tela tuviesen la misma pintura, ó sea, el mismo dibujo y el mismo color, estas dos partes se confundirían en una sola, como si una sola existiese; ó, en todo caso, podrían diferenciarse por las diferencias que hubiera entre las regiones próximas á una y á otra.

Pues una cosa análoga sucede con el tiempo.

Los cuatro ó cinco años—desde el 54 al 59—en que estuve de profesor, de Secretario y de Ayudante en la Escuela, se confunden en mis recuerdos con los años en que era alumno; porque mi vida como profesor era casi idéntica á mi vida como alumno.

Como estudiante, digo, antes de las nueve tenía que llegar

á la Escuela para que no me pusiesen falta. Pues antes de las nueve tenía que estar en la Escuela cuando fuí profesor, para poner faltas á los demás.

Desde las nueve de la mañana á las cuatro de la tarde permanecía en la Escuela, mientras estudiaba. El mismo tiempo permanecía en ella cuando hacía profesión de enseñar.

A las doce, mientras no pasé de la humilde categoría de alumno, sacaba mi clásico panecillo con mi clásica tortilla de patatas, que fué mi almuerzo constante en los cinco años de la carrera. Pues á las doce, en mis primeros años de profesorado, almorcé en la Escuela constantemente, con más decoro, eso sí, pero con menos alegría, y quizá con menos apetito. De casa me mandaban el almuerzo en su correspondiente fiambrera; pero almorzaba solo, sin compañeros alrededor, sin bromas, sin disputas, sin aquella atmósfera estudiantil que es toda regocijo. Era ya profesor y almorzaba en toda la plenitud de mi dignidad solitaria. Sólo algunas veces, saliendo por los agujeros del carcomido entarimado, algún atrevido ratonzuelo se me ponía delanle esperando que le arrojase migajas de pan.

Se anhela subir; ¿y para qué?

Se anhela mandar; ¿y qué ventajas nos ofrece el mando?

Codiciamos el poder; ¿y qué beneficios positivos nos proporciona, como no sea unos cuantos desperezos solitarios de la vanidad?

Mientras fuí alumno, la hora del almuerzo fué la de mayor alegría. ¡Qué vida! ¡Qué animación! ¡Qué ocurrencias tan graciosas! ¡Qué cuentos! ¡Qué disputas! ¡Qué sabrosísima tortilla de patatas!

Cuando fuí profesor, la hora del almuerzo fué siempre aburrida. La clase en que almorzaba, desierta; la criada en pie, esperando que despachase la fiambrera; y, cuando más, el ratoncillo esperando alguna migaja.

Por lo demás, con menos vida, y menos alegría, porque la juventud iba acabando y se acercaba la edad formal de los veinticinco años, precursora de la otra edad formalísima de

los treinta, mi nuevo estado de profesor en bien poco se diferenciaba, como he dicho, de mi antiguo estado de alumno.

En éste tenía que estudiar á diario tres lecciones para tres clases; pues en aquél, á diario tenía que estudiar dos ó tres lecciones para explicarlas. Porque es lo cierto que en el tiempo que he estado en la Escuela de Caminos, he ido explicando casi todas las asignaturas de la carrera; y, aunque esto resulte poco divertido para el lector, ya que estos recuerdos son documentales, voy á consignar aquí los títulos de las asiguaturas que expliqué mientras formé parte del profesorado de la Escuela de Caminos.

*
* *

Yo he explicado las materias siguientes, entre las que recuerdo:

Geometría descriptiva.

Aplicaciones de la geometría descriptiva á las sombras y á la perspectiva.

Corte de piedras, de maderas y de metales; que era lo que se llamaba Estereotomía.

Cálculo diferencial é integral, muchos años.

Mecánica racional.

Mecánica aplicada á las construcciones.

Hidráulica.

Algún año expliqué también, interinamente, distribución de aguas; y durante algunos meses, expliqué construcción, por enfermedad del ingeniero que desempeñaba esta clase.

De aquí resulta que durante largos períodos he desempeñado dos, y aun tres clases; y con todo ello, el sueldo que reunía era bien modesto: nueve mil reales, como ingeniero segundo; tres mil reales, como gratificación por la primera clase; y á veces, no siempre, otros tres mil reales por la segunda.

No me remuerde la conciencia de no haber ganado bien el sueldo que el Estado haya podido darme. Pero esto se enlaza

con cuestiones de que en otra ocasión me ocuparé, porque son problemas de Economía política y de Economia social, y ni de aquélla ni de ésta me habia yo ocupado todavía en este punto á que llegan mis recuerdos.

***

Si mi vida, de las nueve de la mañana á las cuatro de la tarde, desde el año 54 al 59 era, con poca diferencia, ó sea con la que media entre el obedecer y el mandar, la misma que en los cinco años de carrera, la semejanza entre ambas épocas continuaba casi matemáticamente desde las cuatro de la tarde hasta las doce de la noche.

Nunca me ha gustado pasear. Desde la Escuela venía á mi casa, por el camino más corto, y me estaba leyendo obras de matemáticas hasta la hora de comer.

Después, al teatro, ó bien á un círculo que teníamos los ingenieros y que se llamaba, y se llama todavía, la *Revista de Obras públicas*.

En este círculo empecé á interesarme por la política: en él conocí personalmente á Sagasta y á Elduayen: á él asistían todas las noches Gabriel Rodríguez, Morer y otros muchos ingenieros que empezaban á tomar interés por los estudios económicos.

¡Bien puede decirse que en aquel modesto salón brotaron no pocos gérmenes de la escuela economista que, capitaneada, al menos en su parte joven, por Gabriel Rodríguez, había de reñir durante muchos años tan encarnizadas batallas en pro del *libre cambio!*

***

En suma: que mis aficiones continuaban siendo las mismas que habían sido en mis años de estudiante, á saber: el teatro;

la novela; las matemáticas puras, sobre todo, y sus aplicaciones á la ciencia del ingeniero.

Estrenos teatrales no perdía ni uno. Podría dar cuenta de ellos punto por punto. Porque para estas cosas, dicho sea sin vanidad, mi memoria es de primer orden. Pero lo que no recuerdo son las fechas: de suerte que, desde el año 54 al 68, confundo lastimosamente las épocas que á cada obra dramática corresponden.

Así, por ejemplo, yo he visto estrenar todas las obras dramáticas de Tamayo, desde el triunfo ruidoso de *Angela*, hasta la descomunal batalla de *Los hombres de bien*.

He sido en este largo período, aun sin tener el gusto de conocerle personalmente, y aun mucho antes de ser su amigo, su más entusiasta admirador.

¡Cuántas veces, con todo el ardor de la juventud, le he defendido contra gentecilla que se preciaba de sesuda; contra envidiosos encubiertos; contra señores de los que alardean de gravedad estúpida; contra rígidos moralistas, que solían encontrar inmorales las obras del gran escritor! ¡Quién había de imaginarlo! ¡Y otras veces, reconociendo su mérito, las encontraban tremebundas, como si el teatro se hubiera creado para señoritas y monjas! ¡O para conciliar el sueño, y no para conmover hondamente el espíritu de los espectadores!

Yo recuerdo, entre otros estrenos, el de su admirable drama titulado *Lances de honor*, que es, á mi entender, una de sus mejores creaciones.

Y recuerdo el estreno de esta obra como si hubiera sido ayer mismo; como recuerdo, con indignación siempre viva, la injusticia irritante de aquel público.

¡Se comprende que un drama, que durante tres ó cuatro actos, va cayendo y levantando entre aplausos y protestas, al llegar á la escena final esté, por decirlo así, pendiente de un cabello, que un soplo puede romper y que aún puede romper con más facilidad un solo silbido! ¡Que esté en el fiel la balanza de la justicia dramática, que lo mismo pueda inclinarse

á la derecha que á la izquierda, y que la última frase tenga fuerza por sí sola para hacer que caiga el platillo del siniestro lado! ¡Pero, sólo un público parcial, injusto, irritante, fanático á su manera, porque hay muchas clases de fanatismos, es capaz de rechazar, por una frase única, trabajos literarios del mérito extraordinario que, á mi entender, tiene la obra en que voy ocupándome!

Desde aquella época, ni la he vuelto á ver representar, ni la he leído. Y, sin embargo, recuerdo el pensamiento y veo ante mí, con luz vivísima, las líneas generales de esta producción del gran dramaturgo.

Voy, pues, á referir su argumento, *tal como ahora mismo se me presenta*, para que vean mis lectores en esta especie de conversación á medias que con ellos sostengo, y que en forma desaliñada y caprichosa *voy dictando* sin ninguna pretensión literaria, que en todas las épocas ha podido cometer y ha cometido iniquidades el público, y con él la crítica, cuando la pasión desordenada ó una enemiga sistemática se han erigido en jueces para dictar insostenibles fallos.

El drama *Lances de honor* es un drama de tesis: que dramas de tesis se han escrito siempre; y el querer proscribirlos en absoluto, es una pretensión soberanamente ridícula.

Una tesis puede ser un alegato frío como la lógica, y aburrido como un proceso judicial. Pero una tesis puede encerrar elementos artísticos de verdadera importancia. ¡No parece sino que en *La Vida es sueño* no se agita un gran problema del orden filosófico, que en *El Alcalde de Zalamea* no palpita otro problema con su tesis correspondiente del orden político y del orden sociológico, aunque entonces no tuviera nombre la Sociología! Que en *El sí de las niñas* no existe á su vez otra tesis importantísima para la época en que aquella preciosa comedia se escribió! ¡Ni qué obra literaria de primer orden se ha escrito sin que tesis y problemas den fuerza y valor, y aun interés trascendental, á la fábula en que aquellas y éstos encarnan!

Lo único que puede exigirse á todo el que escribe una obra literaria en general ó un drama en particular, es que la materia que escoja, sea la que fuere, tenga lo que me atrevería á llamar *jugo artístico*; que la belleza estética se muestre dominando tesis y problemas y opiniones particulares del autor.

Pero dejemos discusiones que no son de este momento, y volvamos al drama de Tamayo.

Su objeto es combatir los lances de honor, haciendo resaltar su monstruosidad, su injusticia, su brutalidad repugnante.

Aunque recuerdo perfectamente la fábula, no recuerdo los nombres de los personajes, y tendré que contar el drama con el abandono y el desorden con que lo contaría en un círculo de amigos, que por amigos tengo á cuantos se dignan leer estos RECUERDOS. Y si hay alguno que no lo sea, tanto peor para él, que de antemano le declaro hombre de mal carácter si es *él*, ó mujer caprichosa si es *ella*.

En vez del nombre de los personajes, emplearé el nombre de los actores, que estos sí los tengo presentes.

Representaba Arjona un magistrado de provincia, hombre recto, severo, y eminentemente católico: católico, apostólico, romano.

Llevaba su espíritu de magistrado no sólo al Tribunal en que había de dictar sentencias, sino á todas sus relaciones particulares, y, por de contado, al seno de su familia.

Su familia era, ó él procuraba que fuese, la verdadera familia cristiana.

Y muy religiosa y muy cristiana y muy buena señora además, era la esposa del magistrado: de este papel se encargó Teodora Lamadrid.

Es el caso, que Arjona (es decir, el personaje que representaba) jamás se había ocupado de política; pero sus amigos, sus admiradores—porque á veces también los tiene la honradez, por extraño que parezca—se empeñaron en sacarle diputado, y diputado fué contra su voluntad. ¡Que alguna vez ha de serlo un hombre sin querer serlo! Y ya que esto no suceda

con frecuencia en la vida real, bien puede suceder en la escena, para escarmiento de los incautos.

Creyendo Arjona (es decir, el magistrado del drama) que ser diputado era cumplir un deber y servir á su patria, en la medida cada cual de sus fuerzas, hubo, al fin, de aceptar el cargo, y á Madrid se trasladó con toda su familia; es decir, con su mujer y con su hijo, joven de unos veinte años. Porque pensar que él había de separarse de los suyos, y de *su hijo* en particular, ni aun para ser *padre de la patria*, era pensar lo imposible. Que el buen magistrado, con todas sus severidades jurídicas, era hombre de gran corazón, y quería como padre, si juzgaba como juez.

Ya tenemos á Arjona, á Teodora y á su hijo, el joven de los veinte años, viviendo en Madrid; aunque la familia prefería la acostumbrada y tranquila vida de provincia á la vida ardiente y nerviosa de la corte.

No andaba muy á gusto por el Congreso de Diputados el buen magistrado. Las intrigas de la política; las luchas envenenadas de los partidos; la nueva atmósfera, en suma, á que no podía habituarse, le repugnaban grandemente; que mal se avenían con su inflexible serenidad y con su espíritu de justicia.

Así es que ni tomó parte en las discusiones, ni pretendió tampoco figurar en ellas; era un diputado monosilábico.

Vivía retirado en su casa, con su familia; asistía al Congreso, porque tenía obligacion de asistir; votaba cuando tenía obligación de votar, con arreglo á su conciencia; y veía con repugnancia y con dolor que los ideales de justicia absoluta pocas veces se realizan en los ardientes combates de la moderna política.

En el piso principal de la casa á donde vino á parar el magistrado, vivía el *jefe de la oposición*, orador ardiente y hombre de ambición desatentada. Este señor tenía también un hijo de la misma edad, próximamente, que el hijo del magistrado; porque si bien, como se dice en un drama, «el malvado no tiene hijos», puede tenerlos el ambicioso.

Yo no tengo presentes, después de treinta ó cuarenta años,

todas las peripecias del drama, que, por otra parte, era sumamente sencillo. Pero sí recuerdo la admirable escena en que se prepara la catástrofe. Escena natural, de una sencillez verdaderamente clásica, grandemente conmovedora, y que dominó por completo al público.

Perdonen, pues, mis lectores si al relatar el argumento de la obra cometo algún error, pues vuelvo á repetir que desde la noche del estreno ni la he vuelto á ver representar, ni la he leído tampoco. No hay tiempo para todo lo que uno quisiera.

Es el caso que el señor que vive en el principal, y que, como he dicho, es *jefe de la oposición*, prepara artificiosamente una emboscada al Gobierno.

Trátase de no sé qué suceso ocurrido en la provincia del magistrado precisamente; suceso del cual éste se halla al tanto, porque, al fin y al cabo, de su provincia se trata.

Pero el tal suceso, presentado con ciertas apariencias y cierta habilidad por la minoría, va á ser la ruína y la muerte de la situación, y el triunfo indiscutible del jefe de la oposición y de su partido.

Pronuncia, pues, dicho señor, un discurso tremendo contra el Gobierno: el Gobierno se aturde, porque no conoce bien los hechos; contesta torpemente y queda, al parecer, vencido. La crisis y la dimisión son inevitables; y *el ambicioso del piso principal*, perdónese si le nombro de este modo, cree su triunfo seguro y segura la Presidencia del Consejo de Ministros.

Pero en aquel momento, el magistrado, indignado ante la injusticia y la emboscada, pide la palabra; conoce los hechos en toda su verdad; lo que se creía un atropello del Gobierno es una indignidad de la oposición; y aunque nuestro magistrado ni es de oposición ni es ministerial, es juez aun en los escaños del Congreso, y pronuncia un discurso de tan abrumadora elocuencia, de lógica tan irrebatible, que lo que empezó por ser triunfo seguro de la oposición, concluye por ser su derrota y su vergüenza, y la ruina completa de su jefe y de sus ambiciosas esperanzas.

El severo magistrado, el que nunca había tomado la palabra en el Congreso, el que no tenía más interés en aquella discusión que el interés supremo de la verdad y de la justicia, con su formidable discurso, más bien de fiscal que de diputado, ha vencido y ha humillado y ha dado golpe mortal á la vanidad de orador y á las aspiraciones de político de su compañero de diputación, y del que fué al principio su simpático vecino.

Hasta aquí, en el drama hay multitud de escenas bellísimas, escritas como sabe escribir Tamayo, llenas de ingenio y de gracia; y hubo, entre otras, una entre Arjona y un actor que, si no recuerdo mal, se llamaba Díaz ó Díez, y que representaba á un gobernador ó ex-gobernador de provincia, que fué celebrada y aplaudida por el público con verdadero regocijo.

Pero, en fin, por estos comienzos el drama es comedia, aunque comedia hermosísima. En este punto es donde la comedia toma tonos dramáticos, y los verdaderos *lances de honor* empiezan con una sencillez, con una energía, con un sentido moral tan profundo, que nadie que ame el teatro puede dejar de aplaudir con aplauso incondicional y entusiasta.

Y hasta aquí, en efecto, la obra marchaba á velas desplegadas y todos esperábamos un gran triunfo.

Pero es el caso, que el jefe de la oposición, al verse vencido por aquel obscuro orador de provincia, al ver á aquel magistrado insignificante arrancándole el poder de las manos cuando más seguro lo creía, pierde la serenidad y la prudencia; se deja dominar por la ira, y ciego y rabioso, insulta y provoca y desafía al magistrado. ¡Qué lucha tan hermosa la que con tanta perfección supo interpretar Arjona! Al fin y al cabo, el magistrado es un hombre, ¡y un hombre no se deja insultar! La sangre en todos, en el honrado como en el criminal, tiene el mismo calor y la misma temperatura. Pueden encadenarse las pasiones, pero no se pueden matar por completo. Así es, que el magistrado del drama sostiene tremenda lucha consigo mismo. Si

cediera á sus instintos, á sus deseos, mejor dicho, á sus apetitos de fiera, respondería al insulto con el insulto, al hierro con el hierro, y acudirían al que llaman el campo del honor, no por ser campo del honor, si no por ser campo de la venganza en que se sacia la ira. Pero era un magistrado cumplidor de la ley; era un hombre de avanzada edad, en que los arrebatos de la pasión no tienen disculpa; y era, además, un buen cristiano, obediente al mandato divino que ordena perdonar las injurias, y que cuando se ha recibido un golpe en una mejilla se ofrezca la otra al desalmado que sin razón nos maltrate. Todo esto expresa el personaje, no en forma de retórico discurso ó de enojoso sermón, sino con los hermosos acentos y arranques de la vida real. Y en esta lucha le sostiene y le anima su esposa.

Así, cuando le dicen que con no aceptar el duelo se muestra cobarde, él contesta que más valor necesita para sufrir los insultos y contenerse, que para aceptar el desafío y vengarse; porque para aquello necesita enfrenar su voluntad en nombre del deber, y para esto lo basta con dejarse arrastrar por sus impulsos naturales.

Si toda la primera parte del drama había sido del agrado del público, todo este conflicto del orden moral, magistralmente desarrollado, convirtió el agrado en entusiasmo.

Al fin llega, en el penúltimo acto (y digo penúltimo porque no sé si la obra tiene tres ó cuatro actos), la situación más hermosa y de más fuerza dramática de toda la obra, y una de las más hermosas de todo el repertorio de Tamayo. Y con ser tanta su fuerza, nadie podrá negar que es natural y sencilla en sumo grado: no hay artificio, sino lógica y verdad, y al mismo tiempo interés vivísimo.

Aquel jefe de la oposición de que antes hablábamos, burlado y vencido por el personaje que representaba Arjona, llega al límite del enojo y de la violencia: encuentra en la escalera de la casa al magistrado (pues ya hemos dicho que eran vecinos), le vuelve á insultar, vuelve á provocarle, y ante la negativa terminante de su adversario á ir al terreno, ciego de cólera, le

golpea en el rostro: en términos vulgares, le da un soberano bofetón.

La entrada de Arjona en escena, cuando se supone que acaba de verificarse la agresión injusta y grosera del ambicioso político, fué de extraordinario efecto.

Ya no es el magistrado; ya no es el hombre de juicio recto y tranquilo; ya no es el cristiano sumiso á la ley divina: despertó la fiera, y entra en escena loco furioso, sin pensar en otra cosa que en su venganza. Y cuando Teodora acude á él y le habla en nombre de su religión y de su Dios, él prorrumpe en una de las más hermosas blasfemias que se han oido en la escena española.

—«¡Piensa en tu Dios!»—le dice su mujer;—no sé precisamente en qué términos, pero esto viene á decirle.

Y él contesta, echando espumarajos, algo parecido á esto:

—«¡Ni por Dios sufro yo que me den un bofetón!»

Pero aún no acaba de proferir la artística *blasfemia*, cuando el castigo cae sobre él, más rápido y más formidable que rayo del cielo.

Porque el *otro*, el rival, el abofeteador, loco también de angustia y de desesperación, entra en escena, creando el soberbio conflicto á que antes nos referíamos.

Y sin explicaciones, sin excusas, refiere, con frases entrecortadas, que el hijo del magistrado supo la afrenta que había sufrido su padre, que encontró ó buscó al hijo del agresor, abofeteándolo á su vez, y que los dos jóvenes habían salido, ciegos y desatentados, á batirse en duelo á muerte.

Al lance de honor de los padres se sustituía el lance de honor de los hijos: el ejemplo cundía, se extendía el contagio, y el castigo iba directo al corazón.

Y ya ni el magistrado ni su rival piensan en que son enemigos: la venganza, la ira, aquella afrenta del bofetón, todo desaparece como incidente ridículo en que no vale la pena de pensar. ¡Como si las pasiones humanas, aun en su período más álgido y aun en sus más formidables explosiones no fueran

mas que miseria y pequeñez, y algo, en suma, ridículo y baladí!

¡El bofetón! ¡Qué vale el bofetón, ni dado ni recibido!

Y así, el magistrado y el hombre que le afrentó, y la esposa de aquél, unidos de pronto por un lazo de angustia y de amor, salen á buscar á los dos jóvenes que han ido á matarse.

Asi termina este acto, que es de los más hermosos del repertorio de Tamayo.

El éxito fué indiscutible, é indiscutible el triunfo; y aquí, en rigor, terminaba el drama. Porque los dramas terminan, no precisamente en el tercer acto, que es donde las exigencias teatrales exigen que den fin, sino donde la idea que ha inspirado la obra pone por sí misma punto final.

El público no debió discutir el tercer acto. Siendo bueno, como forzosamente había de ser siendo de quien era, no podía exigirse más; ni era posible que tuviese la fuerza y el interés que los actos anteriores.

Pero es el caso que este tercer acto también gustó, y en él hubo una escena dramática admirablemente interpretada por Pepita Hijosa, y que el público aplaudió con nuevo entusiasmo.

Cuando los tres personajes á que nos referíamos antes están ya próximos al sitio del duelo, se oyen dos tiros; y Pepita Hijosa,—que representaba como personaje episódico una mujer, mejor dicho, una jóven del pueblo,—sale á escena retrocediendo de espaldas, con la vista fija en un bosquecillo, en donde se supone que el duelo se ha verificado, y repitiendo muchas veces, con admirable entonación, frases parecidas á estas: «¡Vírgen santísima! ¡Así cayó mi padre!.... ¡Así cayó!.... ¡Hace un año!..... ¡Así cayó!.....» Desaparece por el lado opuesto del escenario.

Ultima peripecia dramática, también de gran interés: uno de los dos jóvenes cayó herido ó muerto; ¿pero cuál?

No puede negarse que la situación es hermosa y que viene á coronar espléndidamente un drama hermosísimo.

Los que antes iban unidos por una común esperanza y una misma angustia, se separan, se miran, pensando con egoísmo sublime y criminal de padre: «¿será el tuyo, será el mío?»

En ley de justicia, ¿no debía suponerse que el éxito estaba asegurado? ¿No era todo lógico? ¿No era todo natural? ¿No encerraba la obra un pensamiento moral de transcendencia suma? ¿No había sido el interés grandísimo? ¿No era la forma como de Tamayo? ¿La ejecución no habia sido excelente?

Pues he aquí que sacan á escena al hijo del magistrado, mortalmente herido, y que en la desesperación de aquellos momentos crueles pronuncia Teodora una ó dos frases que dan á entender la angustia y el dolor de la madre cristiana al ver que el hijo muere llevando sobre sí el pecado mortal de haber querido quitar la vida á un semejante suyo, y que muere sin haber recibido la absolución.

Bastó esta frase, esta sola frase, para desatar el enojo del público, para que pusiera en olvido sus entusiasmos, y para que terminase con una protesta lo que había sido un triunfo continuado.

¿Una frase, aun suponiendo (y es sólo una hipótesis) que fuese la más desdichada y la más absurda, y dado el carácter de aquella familia no lo era; aun admitiendo, repito, que fuese antiteatral, es justo que decida de la suerte de toda una obra? ¿Hay razón para que una frase poco afortunada pese más que todo un drama, todo él menos esa frase admirable?

Pues ello así fué. Lo cual prueba que el público, cuando se pone de mal humor, lo mismo en los tiempos de hogaño que en los de antaño, comete grandes injusticias.

¡Dios se las perdone! ¡Y él las redima mostrándose, más que justo, bondadoso en adelante!

¿Por qué no había hoy de representarse *Lances de honor?*

José Echegaray.

AVENTURAS Y DESVENTURAS DE UN SOLDADO VIEJO

NATURAL DE BORJA.

La gorda.—La casa pintada.—Mi madre.—Clérigo político.—Juro la de 1869.—Insurrección de Cuba.—Almacén de huesos ilustres.—Todo se vende.—La libreta de un príncipe.—Una partícula de mis servicios.—Los pelos de la cara.—Un carácter.

Otro de los entretenimientos que me proporcionó la *gloriosa*, fué la lectura de los periódicos satíricos carlistas, reaccionarios y republicanos, que se burlaban de los gobernantes. Hubo uno tan sucio, *La loca... gamos*, que hasta el título apestaba. El mejor redactado era *La Gorda*. Se publicó desde 10 de Noviembre de 1868, hasta 25 de Junio de 1870. Una imitación de *El padre Cobos*, célebre en el bienio progresista. *La Gorda* la redactaban los que por mal nombre se llamaban moderados. Estos, porque habían perdido sus destinos, insultaban injusta y villanamente al Ejército, echándole la culpa de la revolución, publicando

ARIA COREADA DEL CAPITÁN AGRACIADO.

La española infantería
Es bizarra y es gentil,
Y en tocando á pronunciarse
Se pronuncia ¡y á vivir!, etc.
Turrón, tú debes alentar
Sin cesar,
La fe de todo paladar
militar, etc.

Que lo digan los muchos infelices que murieron ó quedaron lisiados, cumpliendo bien al obedecer ciegamente, como manda la ordenanza, á sus jefes, sin poder preguntarles á donde los llevaban. En la batalla de Alcolea pasaron de 900 las bajas de unos y otros, todos víctimas inocentes de la infamia de los partidos, los cuales, al caer, echan siempre la culpa á la milicia, ignorando el ser de ésta, su disciplina y organización. No es borrico el que no sabe, sino el que habla de lo que no entiende.

También en *La Gorda* leí el siguiente anuncio:

No más alféreces.—La deliciosa pronunciamienta española.

A tal necedad contestó un oficial de los que dejaron á medio sueldo, diciendo:

UN ALFÉREZ AGRADECIDO A «LA GLORIOSA».

Con la gracia general
Que tu poder soberano
Acordó dar liberal,
Nos jo... robaste Serrano.
Quien así te aconsejó,
Aseguro por mi fe
Que buen consejo te dió
Y que gran animal fué.
Pues se ve y el caso es
Que con decreto tan vil,
Solo contentas á tres
Y disgustas á tres mil.
A los siete años de alférez
Me dan grado de teniente;
Permita Dios justiciero
Que el que me lo da reviente.
Sólo un recurso en revancha
Nos dá esa ley del infierno
Tan liberal y tan ancha,
C..... en el gobierno.

He suavizado y achicado la composición para poder imprimirla.

En Borja, cuando era yo niño, me extasiaba contemplando un edificio situado junto al paseo, que llamaban *La casa pintada*. Me parecía un palacio de hadas. Lo habían adornado con jarrones de yeso, la fachada acababa en medio punto, en él había un reloj de sol, y tal prodigio de arquitectura tenía por veleta un gallo. Por eso, á lo que me parecía prototipo del arte, lo titulaban también *La quinta del gallo*. Era malísima su distribución interior, por haberse opuesto el dueño á que arrancasen un manzaneto. El mencionado señor, viejo jovial y estrafalario, usaba gorra en forma de mitra, con gran visera, calzones, chaquetón, de cuyos inmensos bolsillos sacaba bellotas ó algarrobas, que llamaba peladillas de Tabuenca ó dulces de Valencia: á los chicos nos sabían á gloria. En la extensa huerta contigua á la casa, había un cenador adornado con dos estampas que representaban la Giralda de Sevilla y el Coloso de Rodas. Por mi afición nativa á las artes, me encantaban. El referido señor tenía un hijo, Mariano Marco, que militó en tiempo de Carlos IV. Fué buen grabador, se volvió loco, mató á dos criadas de su padre y murió en el hospital de Zaragoza á mediados de este siglo. Nunca hablaba, y dibujaba ó escribía sin cesar. Conozco un hermoso grabado suyo, de la Virgen de la Silla, poseo una pintura, debajo se lee: «El embozado de Córdoba, célebre galán», una tarjeta y un curioso libro manuscrito, disparatado, con ilustraciones á pluma muy bien dibujadas, algunas indecentísimas. A la mayoría de las mujeres las representa sin cabeza, y por los trajes se comprende la época en que perdió la suya. Se retrató arrodillado en la santa capilla de la virgen del Pilar de Zaragoza, y escribió al pie: «El sargento Marco, de voluntarios de Aragón, oyendo misa».

La fachada de *La casa pintada* era digna del gusto horrible que reinaba en 1827, cuando se construyó; el año que yo comencé á padecer por la política, como recordará el pacientísimo lector de esta soporífera y poco aduladora narración. Murió Fernando VII (le tengo manía porque se pronunció con-

tra su padre y se arrastró á las plantas del vil corso) comenzó la fratricida lucha y volvieron los emigrados del 23, no corregidos de sus locuras liberalescas. Los constitucionales ó *cuscos*, muchos desconocían el código de 1812 y entendían *la sistema* como el cura aquel que le parecía muy bien pero le cogía sin un cuarto, instalaron en *La casa pintada* el primer casino de mi lugar. En él se reunían los patrioteros ricos; los pobres lo verificaban en las tabernas, para jugar al monte, beber, comer y maldecir la ominosa endécada calomardina, muchísimo menos funesta que el trienio bullanguero de Riego. A la tertulia acudían propietarios, cortantes, curiales, curas, artesanos, posaderos y mercachifles. Ningún fraile. Estos popularizaron las ideas demócratas en Aragón; los liberales cometieron la demencia de perseguirlos, matarlos, robarles los bienes, convirtiéndolos en acérrimos enemigos.

Recuerdo algunos tipos que frecuentaban *La casa pintada*. Los retrataré tan mal como la emborronó el tío Sagaseta, el gran Velázquez de mi lugar. Porque la casa se hallaba junto al matadero de la ciudad, en la fachada pintó cabezas de caballos, toros, carneros, bolsas de matarife y gran abundancia de cuernos. Debajo de un reloj de sol puso el versículo de David *A solis ortu usqüe ad ocasum*, que un progresista, fiscal del juzgado, tradujo: «el sol del huerto llega á la casa». Adornó el artista con dos cintas pintadas la capillita de la Virgen del Pilar, que había en la fachada. En una escribió: *Consolatrix aflictorum*, que, según un político palurdo, aludía á que los pobres afligidos podían consolarse con los despojos de las reses del matadero. Como en la otra cinta que se hallaba sobre una ventana de la reunión liberalesca se leía *Refugium pecatorum*, los realistas llamaban el refugio de los pecadores al sitio donde se fraguaban planes para exterminarlos. En él hablaban pestes del oscurantismo, despotismo inquisitorial y del último corregidor Calleja, que consiguió plantar árboles, que no los destruyeran, que nadie arrancase una flor en el paseo, robase un melón, y hasta que los conejos de la dehesa de la ciudad se

pasearan por las calles día y noche, en un país donde no se respetaba nada. En prueba de ello, un señor de Ainzon cercó su huerto de altísima pared, se jactó de que no entrarían en él, abrió la puerta á las pocas horas, y se encontró con el burro de su ganado; los mozos del pueblo lo habían subido con cuerdas por encima de la tapia y metido en la finca. La referida autoridad, castigando pequeñas faltas, no se cometían grandes ni había presos en la cárcel de Borja. En cuanto se oyó el grito de ¡Viva la libertad!, al orden, seguridad personal y respeto á la ley, les sucedió lo que decía un clérigo al explicar los mandamientos de la Iglesia: El quinto, pagar diezmos y primicias..... Ese, en tiempos liberales, *volaverunt*.

Concurría á *La casa pintada* un canónigo muy liberalote. —Repugnan los militares y sacerdotes políticos.—Atravesaba mi calle cuando iba al coro, después que la campana se cansaba de llamarlo con su continuo repiqueteo. Era vanidoso, rechoncho—no he visto esculpidos ni pintados santos con panza;—llevaba el enorme sombrero de teja ladeado, los manteos recogidos, la cabeza echada para atrás, sin dignarse mirar á los niños que creía de ideas contrarias á las suyas: prueba de intolerancia y mal carácter. Al pasar por Borja Ballesteros, que mandaba el ejército constitucional en 1823 (cuentan que recibió dinero por no batirse con los franceses), en la granja Muza Alcoraz, junto á Magallón, el mencionado canónigo huyó; lo prendieron y el realista Mediagorra, rabioso porque el cusco Meampucheros le pegó una perdigonada, gritaba al cura por la gatera de la prisión: —Tuno; querías la Constitución *pa casate*, *pa casate*.—Blancos y negros se llevaban poco. Mediagorra, al rezar el Rosario, exclamaba tres veces: —¡Mueran los cuscos!—Su familia gritaba:—¡Mueran!—Después cantaban á coro:

«Lo que hizo Mampucheros
no lo hacen los *impíos*,
al cortarle los empeltres
al abogado Castillo.»

El referido canónigo, echándola de gracioso, dijo en la rebotica del pueblo á otro clérigo viejo, seco, alto, económico, virtuoso, que leía un periódico: —¿Conque tiene usted mucho dinero?—El aludido se puso de pie, se quitó los anteojos, acercó el papel que leía á la cara de su compañero, y le replicó con calma, acentuando las palabras: — Si lo tengo, es porque no me lo como, ni me lo bebo, ni me lo juego ni me lo *mujereo*, como otros. — Los oyentes soltaron la carcajada.

También iba á *La casa pintada* un beneficiado hercúleo, que arrojó á un mozo por encima de una tapia; tragaba y bebía brutalmente; en las procesiones, aunque fuera de capa pluvial, hacía señas indecorosas á los amigos; tan despreocupado, que al auxiliar á un pobre labrador que temía condenarse, le repetía: — No tengas miedo; no hay cielo ni infierno.

Uno de los oficiales que concurrían á *La casa pintada* era intolerante, hacía gala de bárbaro, y se empeñó en fortificar el exconvento de capuchinos durante la primera guerra civil. Cuantas más obras ejecutaban en él quedaba más flojo. Ya cité á este antiguo hijo de Marte.

En Borja existía en aquella época una clase de labradores ó pequeños propietarios, intermedia entre los señores y jornaleros. La mayoría eran realistas. Uno de ellos acudió á la iglesia mientras descargaba una furiosa tempestad; impaciente al oir llorar á las mujeres y observar que dos clérigos no podían encontrar en el misal la letanía de los santos, exclamó dirigiéndose á un Crucifijo:—¡Señor! Tened piedad de estos *probes* sacerdotes, que si uno sabe poco, el otro sabe menos. Otro, exaltado liberal, decía en *La casa pintada:*—Hemos conseguido atar un brazo al monarca. Durante la revolución del 68 repetía: — No hay rey, pues no hay ley. — Trataba de apropiarse una finca inmediata á otra suya. Pertenecía á la casta del que pidió durante la gloriosa que le adjudicasen un campo contiguo al que poseía. — Llegas tarde, ya han solicitado el tuyo;—le manifestó el alcalde. O del patriotero que se empe-

ñó lo jubilasen con 40.000 reales al año, sin haber sido nunca empleado. Antes, para saber si los reclutas estaban bien cuadrados en la fila, se mandaba: *Posición*. Todos se empinaban. A la voz *Firmes*, sentaban los talones en tierra. A los políticos que sin merecimientos se empeñan en mejorar de posición, se les debe repetir: *Firmes*.

A la tertulia liberal acudía el escribano canalla que atacó la casa de mis padres en 1820, aunque eran justos y benéficos, como previene la Constitución de 1812. De niño aprendí el cantar:

«Un gato cayó en un pozo,
y un escribano también;
como los dos eran gatos,
arañaban la pared.»

De viejo se aumentó mi aborrecimiento á la curia. Gozo recordando las anécdotas siguientes. Siempre que se formaba causa por homicidio ó heridas, se ponía una diligencia expresando el número y magnitud de éstas, llamada: *Fe de libores*. Un escribano de mi lugar puso igual título á la causa instruída por el incendio de un pajar. En la cubierta del proceso de un ladrón, que llevaba la imagen de un santo, escribió: «Causa contra Fulano de Tal, por robar con San Roque.» El mismo escriba casó dos veces, y á su primera mujer la llamaba mi *antecesora*. Tan sabio curial redactó la diligencia siguiente: Doy fe que habiendo reconocido un cadáver, resultó estaba difunto.»

Observó un sacristán en Borja que un escribano rezaba á todos los santos de la iglesia, y le dijo señalándolos: —A esos no los podrá usted engañar.

Un notario aragonés colocó sobre su sillón dos garras de ave de rapiña, cruzadas en forma de panoplia, con el rótulo: «Estas son mis armas.»

Un juez, que se fiaba de los escribanos y autorizaba sin leer lo que le presentaban, recibió la orden dejándole cesante á su instancia. Corrió á Madrid, manifestó que no lo había pe-

dido, y le enseñaron la solicitud con su firma auténtica. Para deshacerse de tan pobre hombre, uno de los escribas del partido lo partió por confiado.

Cuando los chicos no dábamos pie con bola en el latín que se empeñaba en enseñarnos el P. Magallón, fraile franciscano, repetía: — De Borja no ha salido ningún hombre grande. — Porque no hubo ningún Plutarco que escribiese las hazañas de mis paisanos.

En el siglo pasado un borjano se propuso ir y venir á Madrid desde mi lugar, sin dinero ni pedir nada en el camino. Emprendió la caminata á pie: se comía un puñado de migas de las que llevaba en las alforjas, bebía en los arroyos, dormía al raso, visitó gratis la corte y vió las grandes narices de Carlos III, rey de España y de las Indias, perdiéndose éstas porque el monarca ayudó á los yankees, que al presente nos pagan el beneficio queriendo robarnos la isla de Cuba. El P. Magallón no tuvo noticia de viajero tan ilustre como el mencionado, ni se metió en la vida privada y pública de los personajes que se reunían en *La casa pintada*. Ellos mandaban apalear á los realistas para aumentar el número de los necios que se mataban por D. Carlos. A uno que llamaban Confitamoscas, que, como á su colega malagueño, cuantos dulces fabricaba tenía que arrojarlos al excusado, le acusaron de conspirador, lo prendieron injustamente, presencié cuando lo ató un sargento de infantería de línea en la puerta de la cárcel, para llevarlo á Zaragoza, pregunté la causa, me dijeron que por realista, calculé que á mi padre, si viviera, pudieran hacer lo mismo con él, y corrí llorando asustado á refugiarme en los brazos de mi madre. Resentido Confitamoscas, se unió á los carlistas. Inofensivo, serviría de estorbo. Llegó á Borja la fama de sus proezas, y le cantaban los cuscos:

«En retirada delante,
en avanzada detrás,
y cuando tocan ataque
se pone á desatacar.»

A *La casa pintada* faltaba un carnicero y un posador, colosales, que por el afán que tienen los demócratas de figurar, sirvieron de heraldos al proclamar la mayoría de edad de Isabel II en Borja. Llevaban dalmáticas de damasco verde, sobre el uniforme de miliciano nacional, y altísimos chacós de hule, con gran pompón amarillo. Indumentaria que causaría risa hasta á los gatos de aquella época.

El que más peroraba en *La casa pintada* era el hijo del sastre Parrantán; se empeñó en ser señor, llenar el estómago, se daba gran importancia; comenzó su vida política durante la vergonzosa invasión francesa de 1823, y le llamaban, por burla, el duque de Angulema. Realista furibundo, llevaba atada al pie, para arrastrarla por el lodo, una cinta verde de las que usaron los liberales con el lema *Constitución ó muerte*. Cambió de partido, le nombraron administrador de Bienes Nacionales el año 35, usaba trajes á lo currutaco, y dijes de similor. Un político cursi. Aspiró á diputado, dirigió las elecciones, á los muñidores decía misteriosamente:—¡Oh, no hay cuidado! El triunfo es nuestro, y se llevaba el índice á la frente. Ni un voto sacó. Alcalde en 1848, aunque aparentaba ser del partido moderado, contribuyó á la formación del ejército libertador del alto y bajo Moncayo, compuesto de una docena de alpargateros que echaron á correr antes de que los viese la tropa. El Gobierno, creyendo en la lealtad monárquica del conspirador republicano, le concedió la cruz de Isabel la Católica. El hijo del sastre, más hueco que la vallueca, como dicen en el país, se cruzó con gran ceremonial, á cuya solemnidad llamaban las baturras la coronación de Parrantán. A pesar de la fama de sabio que tenía entre los tontos, y de la ridícula importancia que se daba, murió en el hospital.

De raza de caballeros pocos acudían al club de *La casa pintada*, á excepción de dos capitanes retirados y de D. Juan Amar Aeste, le cuadraba el apellido, era el Tenorio de Borja, y á falta de princesas ó pescadoras, conquistaba baturras y artesanas. Hizo estragos. Descreído, rico y valiente, se

impuso á los matones en una época en que todos querían serlo. Los liberales le llamaban el señorito, y fuera en la Edad Media señor de horca y cuchillo. En tiempo de Fernando VII lo condenaron á muerte, emigró y volvió más exaltado revolucionario. A excepción de un exmilitar pariente mío, de los concurrentes á *La casa pintada* ninguno se dignaba mirarme, por el grave delito de ser hijo de un realista, sino Amar, con un ojo: era tuerto. Debían hacerle gracia mis travesuras de niño, y me hablaba cariñosamente. Iba enamorando la más hermosa labradora de mi pueblo, me llamó, me enseñó el primer puñal que yo he visto, le pregunté:—¿Para qué sirve?—Y contestó señalando la hoja:—Para herir.—Cogió el arma por la punta y añadió, indicando el puño en forma de cruz.—Con esto se ayuda á bien morir.—Su diabólica sonrisa me causó miedo.

Antes de marchar á Zaragoza, en 1837, me horrorizaban los concurrentes á *La casa pintada*, por ser progenitores de los muchachos que, si me cogían solo entre muchos, nos apaleaban al cordero que yo tenía y á mí, llamándome faccioso.—Pegarme; pero no al pobre animal. ¿Es también faccioso?—les preguntaba, sintiendo más los golpes que daban á la bestia, que no era tanto como ellos, que los que yo recibía.

En 1868 compré *La casa pintada* y su hermoso huerto. No la rocié con agua bendita porque hacía treinta años que había dejado de ser refugio de los pecadores, como llamaban los realistas al primer casino de Borja. Ahora hay de éstos media docena, que, con los cafés y tabernas, son causa de desmoralización. El hombre, lejos de la mujer que lo contiene, se llena de vicios, se dedica á la política, se hace holgazán y concluye en la miseria. El día que la clase labradora se medio civilice á la moderna, adiós pátria. Los indios filipinos semicivilizados son más salvajes en 1896 que en tiempo de Legazpi.

Los que promueven las revoluciones no tienen otro objeto que ocupar, sin merecerlo, los empleos de la Nación. Al llegar á Borja la noticia de la gloriosa del 68, un escribano muy so-

lapado infundió tal miedo al juez del partido, que éste, sin esperar la destitución, se escapó en el carruaje que aquel le proporcionó para que lo verificara más pronto. Le sustituyó otro curial de imperecedera memoria. Le llamaban el juez bruto. No era aragonés. A las mujeres les decía tenían ojos de libidinosas, y á los hombres les llamaba malos músicos ó poco católicos. Confesaba, no sabía el *Christus;* felicitó á D. Amadeo de Saboya al pasar por Luceni, le encajó una arenga bestial y supongo que desde entonces el príncipe extranjero se decidió á abandonar la corona de España por no escuchar más barbaridades. Refería el juez bruto que una labradora muy guapa le pegó un empujón, y le dijo:—Quita de ahí jabalí—y añadía, riéndose:—¡Con qué gracia me llamó jabalí!—Parió su yegua, celebró el acontecimiento, cayó al suelo de debilidad, le quitó la silla y el bípedo se la echó á la espalda. Merecía llevarla siempre. El juez bruto, al que yo no había hablado jamás, me preguntó después de una sucia interjección:—¿Por qué no arregla usted *La casa pintada*?—Recordé:

.....«La cortesía
Tenerla con quien la tenga.»

Y le contesté: Porque no me da la gana.

En 1896, ahora que soy viejo y podrán aplicarme «La casa puesta, la muerte á la puerta,» he reformado *La casa Pintada*. Ya no huele á club patriotero, ni ostenta en su fachada cabezas de animales, bolsas de matarifes y mucho menos cuernos. He adornado modestamente las habitaciones con cuadros, armas y muebles antiguos. Como tengo huerta y jardín, me recreo con el arte y la naturaleza. Por el Norte y Oeste, desde mis balcones, gozo contemplando magníficos panoramas. La vetusta ciudad, la gótica colegiata, sus campanarios de estilo mudejar y las casuchas moriscas del cinto ó recinto, que parecen nidos de golondrinas pegadas á la colosal torre del homenaje del desmantelado castillo. Borja era una de las treinta y ocho poblaciones que tenían voto en Cortes desde

Felipe IV hasta 1833, que desapareció tan honrosa antigualla. Me recreo con la encantadora vista de la feraz campiña, de la ermita de San Jorge, patrón de Aragón, desde que en la batalla de Alcoraz en caballo blanco y cruz roja en el pecho, señalaba con su espada flamígera las murallas de Huesca á los soldados de Pedro el Victorioso. El edificio se halla situado sobre un montecito rodeado de verdura. Por haberse encontrado en él fragmentos de un arco románico, se puede asegurar lo fundaría el conde Pedro Atares, conquistador de Borja. También se descubre el valle del Ebro, la Bardena de Navarra y las crestas del Pirineo. Más de treinta leguas. Por el Sur, colosales olmos sirven de toldo y dejan ver al escelso Moncayo, que se alza muy próximo. Como Borja se halla entre éste y la montaña referida, cantan las mozas al dar calabazas:

«Primero se casará
Moncayo con la Bardena,
Que me casaré contigo
Aunque te mueras de pena.»

Mi madre murió en 1869. La mayor de mis desventuras; el único ser que me ha querido en el mundo. Era madre política de mi padre, y mucho más joven que él. Estuvo casada en primeras nupcias con el padrastro de mi padre; fué hermosísima. ¡Qué placer experimenta un hijo al oirlo decir á los extraños, como me sucedía á mí! La temporada que mi madre acompañó á su marido en la guerra de la independencia, para no caer en poder de los franceses, se quedó unos días disfrazada de criada en casa de un cura anciano de un pueblecillo de las montañas de Albarracín. Buenos ratos pasaría mi padre pensando en su mujer. Con la sangre transmitieron á sus hijos el odio á los gabachos. Al llegar yo á Melilla, en 1874, mandando un batallón, preguntó la mujer del zapatero del regimiento, que relevamos en la plaza africana, si yo nací en Borja, y nombró mi segundo apellido; añadió que no me había visto nunca hasta

entonces, y que yo era retrato de mi madre, á la cual conoció en Ainzon hacía mucho tiempo. Visité á mi paisana, prodigio de memoria, orgulloso de parecerme á mi madre, no en virtud y belleza, sino en la aversión que tenía á los políticos. La sociedad antigua se hallaba mejor educada que la actual; á las damas de su época mi madre las llamaba mi señora doña Fulana. Ahora han suprimido el mi, y aunque hablen por primera vez á una Matusalén, la titulan Fulanita. Cuando era yo subalterno, al dirigirnos al inmediato superior, le llamábamos *mi cápitán*. Al presente los oficiales sin bozo, algunos lo merecen, se desdeñan de anteponer la partícula mi á un general veterano si no le piden ó temen, haciendo gala de descortesía, que confunden con la democracia. Si concluye el respeto en el Ejército, apaga y vámonos.

Durante la revolución temí destruyesen el convento de Concepcionistas fundado en Borja por un ascendiente mío el año 1640 con monjas enviadas desde Agreda por Sor María de Jesús, consejera de Felipe IV. Es el mejor edificio de la ciudad, cuya iglesia se halla rica y profusamente adornada, según el mal gusto que reinaba á últimos del siglo XVII. En mi lugar manifesté á dos clérigos que las religiosas, para que el Gobierno las respetara, provecho de ellas y utilidad del pueblo, debían dedicarse á la instrucción de las niñas. Al oirlo uno de los sacerdotes exclamó á gritos, airado y en tono despreciativo:—Usted es tan revolucionario como los demás.—Me exaltó el calificativo y le repliqué:—No me sublevé por la república en 1848 para no hacer alpargatas, como usted; no me metí á cura para comer y no trabajar, como usted; ni ahora conspiro á favor de D. Carlos para que me haga canónigo, como usted. Algunos sacerdotes sin ciencia, virtud ni educación, creen que sólo por serlo tienen derecho al respeto de los demás. Jamás volví á oir la misa del exalpargatero.

Dudaba que Dios bajase á las manos del que trató de encender la guerra civil.

La musa callejera le compuso el siguiente cantar:

«Ya viene Mosen Botija
Desde el Valle del Roncal,
Con un fajo de proclamas
Metidas en el morral.»

Las repartía, enviaba emisarios á D. Carlos, alguno convirtió en Urias, y nuevo capitán Araña, embarcaba, quedándose en tierra.

Mi sino era enemistarme con toda clase de políticos. Una paisana mía, mujer de un militar que volvió de la emigración el 68, me dijo con aire de triunfo:—Ha tenido usted que tragar la revolución.—Al oir la brutalidad, puse la punta del dedo índice en mi garganta y repliqué:—«Aquí la tengo; la escupiré.» No saludé más á la *muy liberala*.

Como al de la fábula de M. A. Príncipe, todos los partidos me han jeringado, por no pertenecer á ninguno.

Un limpiabotas de Reus fué el primero que se casó civilmente en España en 1868. Era tal la aversión que las mujeres en general tenían al matrimonio civil cuando se estableció, que una *zurronera* (niñera) jorobada, cantaba en Borja:

«No quiera Dios de los cielos,
Ni la Virgen del Pilar,
Que se case á lo *cevil*
nenguna de esta ciudad.»

La zurronera era exaltada republicana y desafinaba repitiendo:

«A todos los monarquícos
Les hemos de convidar
A una tortilla de huevos
Revueltos con solimán.»

Los liberales de todos matices, cometían el suicidio de perseguir el culto católico. Se hacían odiosos á la generalidad de los españoles.

En 1841 oí en Badajoz que un médico (descendería de *El celoso extremeño*, novela de Cervantes), exigía todas las no-

ches, antes de acostarse con su esposa, que ésta, en camisa, arrodillada á los pies de la cama, jurase que no le había sido infiel.—Las mujeres y los militares, si olvidan el honor y la religión, el juramento no les impide faltar á su deber.—A los políticos, para hacer negocio, nada les ha importado las Constituciones de los años 69, *nonnata* del 55, 45, 37, 12 y el Estatuto real. Cuando este último se mandó observar, lo anunció el pregonero de Magallón diciendo: «De orden del señor Alcalde, mañana se hará la *solene* publicación del *Estaturrio.*» Es la segunda anécdota que recuerdo. La primera se la oí á mi padre, que se halló el año 4 en la guerra de Portugal. Refería que Carlos IV y María Luisa vieron desfilar el ejército desde un balcón de Badajoz. Preguntó la reina cuáles eran los voluntarios de Aragón, que se habían portado muy bien en la campaña. El rey la contestó:—Tú lo averiguarás si echas á cada batallón que pase un salivazo.—Le cayó en la cara á un aragonés que, poco sufrido, como todos, levantó la cabeza y gritó furioso:—«¡Redios! ¿quién es esa recochina y repu.....erca que ha escupido?»—«Eson son, esos»;—dijo el monarca riéndose. Tales sucesos me sirvieron de levadura en 1881 para dar á la estampa *Cuentos, anécdotas y dichos aragoneses.*

Cuentan que los ministros de la reina gobernadora deliberaban en palacio sobre el título que debían poner al Código de 1834, estableciendo Cortes compuestas de próceres y procuradores; oyeron en la cámara inmediata que la viuda de Fernando VII, hablando con D. Fernando Muñoz, decía en italiano: «*Está tuto*» (está todo), creyeron que la hermosa napolitana les sacaba del apuro, y llamaron á la referida Constitución Estatuto real, que duró hasta que el sargento García hizo jurar la de 1812 á Doña María Cristina, en la Granja, el año 36.

Es famoso lo que ha sucedido en España con el sistema representativo. Según la Constitución, el monarca es inviolable y responsables los ministros. No han ahorcado á ninguno de éstos y destronaron á Isabel II.

En 1841 juré la bandera de mi regimiento. Siempre me ha

conmovido el acto de ver jurar las banderas á los reclutas. En el Ejército, para expresar que se ha de cumplir la palabra empeñada, repiten el final de la arenga que en la bendición de las banderas dirige el jefe á los soldados. «Y en fe y en señal de que así lo prometemos, batallón, preparen armas. Apunten. Fuego.»

Según la ley segunda, título XII, libro 2.° del Fuero Real de España, que se halla vigente, es nulo el juramento forzoso: «Otrosí mandamos que ningun juramento que home »ficiere sobre cualquier cosa, quier por fuerza, ó poner miedo »á su cuerpo, ó de su haber perder, mandamos que non vale.»

Los revolucionarios militares del 68 que faltaron al juramento prestado á Isabel II exigieron, sólo para mortificarnos, que jurásemos la Constitución del 69 los jefes y oficiales que nos hallábamos de reemplazo por haber cumplido con nuestro deber. Nos reunieron en el Salón del Prado de Madrid, formó para la ceremonia del juramento una compañía con bandera, y el general gobernador, Milans del Bosch, excéptico en todo, que lo mismo le importaba atrás que adelante, nos preguntó: «¿Jurais á Dios y prometeis al Gobierno defender y observar la Constitución de 1869?» La mayoría se calló, los más no nos enteramos, y el escéntrico amigo de Prim añadió muy serio: «Si así lo hicieseis, Dios os lo demande, y si no, os lo premie.» Los que entendieron el lapsus se sonrieron. Al advertirle la equivocación, replicó: «Lo hice á propósito: son unos p.....; no quieren la Constitución ni á nosotros.» Tan solemne acto convertido en farsa ridícula. Como se celebró junto á la fuente de Apolo, lo echamos á broma y decíamos que como á borricos nos habían llevado al pilón.

Dijo un alfonsino que Milans del Bosch sólo había mandado peseteros. Lo oyó una muchacha, ignoraba que así llamaban antiguamente por desprecio á los soldados de cuerpos francos, que recibían una peseta diaria, creyó aludían á los carruajes de alquiler, y preguntó: «¿Cómo se arreglaba para que le obedeciese tanto cochero?»

Al padre de Milans, capitán de Guardias españolas en tiempo de Carlos IV, le dijo el coronel de su regimiento:—Vaya usted arrestado á su casa.—Desde Madrid se fué cazando á Cataluña, donde la tenía, y avisó haber llegado sin novedad. En la guerra de la Independencia fué valiente guerrillero, llegó á brigadier, pasó embozado por una calle de Madrid, no cedió la acera á un capitán, el cual, señalando sus charreteras, le preguntó:—¿No ve usted esto? — Milans sacó un brazo por debajo de la capa, y le replicó:—*¿Aquesto* es *m*.....?

El 30 de Septiembre de 1868 triunfó la revolución en España, y el 10 de Octubre los cubanos se sublevaron en Yara. Hay quien cree todavía que los insurrectos insulares y peninsulares obraban acordes. Don Domingo Dulce, el de 1854, capitán general de la citada isla, dijo en una alocución: «Que la revolución que había herido una dinastía y arrancado de raíz la planta venenosa que emponzoñaba el aire que respirábamos, había devuelto al hombre su dignidad.» Era animar á los separatistas contra la madre patria. Lo comprendieron así los españoles voluntarios de la Habana, y embarcaron al general para la Península. Al llegar á Santander, una turba de mujeres y chiquillos lo silbaron espantosamente. Murió en tierra extranjera, como Maroto y Cabrera. En Filipinas también produjo la revolución tristes efectos. El capitán general Latorre se presentaba en público con estudiada llaneza, no encontró quien derribara la estatua de Isabel II, ni entre los presidiarios de raza india, y lo ejecutaron los de procedencia china. Una salvajada. Origen de las sublevaciones que hubo después.

De los ministros revolucionarios, el más antipático para los reaccionarios era Ruiz Zorrilla. Ordenó la incautación de objetos de arte y códices que se conservaban más ó menos bien en las iglesias. Al ver después los aficionados á la arqueología y entusiastas por las glorias nacionales, que sacaban de ellas preciosidades por ignorancia, codicia ó necesidad, casi casi le dimos la razón. Causaba horror, porque dijo el mencionado ministro que desaparecería la unidad católica,

aunque la querían la mayor parte de los españoles. Se sustituía la tolerancia con una tiranía bestial. Los vencidos, rabiosos, gozaban leyendo: «En un balcón de la calle de la Montera se ve el retrato de Ruiz Zorrilla.» Era el caballo que servía de muestra á un guarnicionero. «Al señor Ruiz Zorrilla le van á erigir una estatua ecuestre sin caballo.» «No tenga usted cuestión con Ruiz Zorrilla, porque tira muy bien. ¿Quién se lo ha dicho á usted?—Un mayoral de diligencias.»

Los revolucionarios trataron de reunir en Madrid á los muertos ilustres de toda España. Una profanación. En varias provincias hicieron bien en oponerse. Un periódico decía: «Los aragoneses, tan deliciosos, no quieren desprenderse de Lanuza. Enviarán medio á Madrid y se quedarán con otro medio. Podrán decir, al enseñar sus restos, que murió por mitad en Zaragoza y Madrid.» Aseguraban que á la capital de España llegaron dos piernas derechas del famoso Justicia. Tendría cuatro.»

El Gobierno sólo consiguió viajasen por el ferrocarril las cenizas de algunos hombres célebres, que volvieron á sus tumbas primitivas después de tenerlas abandonadas en el templo de San Francisco el Grande.

En tiempos anormales todo se ve al revés, y los calificativos expresan lo contrario de lo justo. Los vencedores políticos de 1868 llamaban gloriosa y España con honra á la revolución. Si hubieran cumplido sus promesas de moralidad, extirpando el nepotismo, arreglando la Hacienda y probando que escalaban el poder por malos medios y buenas intenciones, habría confesado mi equivocación. Fueron peores que los gobernantes anteriores, y me reía de ellos.

Si se exceptúa lo que se inventarió en el palacio real durante la primera época revolucionaria, ó estaba á la vista, todo se vendía. De los sótanos sacaron arrobas de bronce, magníficas maderas, remitidas por los virreyes de América, y objetos curiosos de todas épocas. Compraron en el Rastro cubiertos de plata con la cifra de I. 2.ª, un látigo con las del príncipe Al-

fonso en brillantes, y un almirez del siglo XIV con las armas de Castilla, que yo aseguraba en broma sirvió para hacer la salsa á Pedro el Cruel. Una famosa prendera enajenó la pluma de oro con la cual firmaron la Constitución de 1869. Escandalizó la venta. Adquirí por cuatro duros un busto en mármol, de Isabel II, esculpido en 1847, regalo de dicha señora al que más había favorecido. Deseó la reina el piano que había quedado en Palacio. Don Amadeo de Saboya trató de complacerla y encontraron el instrumento en un café cantante, sin la cifra en brillantes de la emperatriz Eugenia, que tenía antes de la revolución..... Un corredor de antigüedades enseñó un tapiz á un coleccionista, que exclamó al verlo: «¡Robado en Palacio!» El corredor, corriendo lo devolvió á un fondista, éste á una prendera, que se fingió enferma para no dormir en la cárcel con el fondista y el corredor. La ropavejera restituyó cinco tapices más del que buscaban, y se echó tierra al asunto por aparecer complicada una dama de alto copete. El tapiz, de seda y oro, representa la Crucifixión; lo heredó Carlos V en 1524 de su tía la infanta doña Margarita. Es magnífico.

Me preguntó un republicano:—«¿Tiene en su colección monedas del príncipe Alfonso?»—«Sí,» contesté.—Y, añadió riéndose, del proclamado en Avila, hermano de Isabel la Católica.—Poseo una en oro y dos en plata.»—Me ha fastidiado usted; creí no existían.—Del otro las habrá, gracias á lo desatinados que andan ustedes: han conseguido que lo quieran las mujeres y los militares que no se pronuncian. Le dieron de baja en el ejército, de sargento, y pronto será alta de capitán general. ¡Menudo salto pegará, á pesar de haber exclamado Prim en las Cortes:—El príncipe Alfonso jamás reinará, jamás, jamás, jamás.—De la libreta del hijo de Isabel II, que fué soldado del regimiento infantería Inmemorial del Rey, número 1, que se halla en la Real Armería, copiamos:

«S. A. R. PRÍNCIPE DE ASTURIAS

Su ajuste desde 30 de Septiembre de 1862 hasta 1.° de Diciembre de 1864, que ascendió á sargento primero.

Su haber en el expresado tiempo, que se halla depositado en caja, 281 escudos y 363 milésimas.

Por el alcance de su ajuste, 8 escudos y 600 milésimas.

Suma, 289 con 963.

Cargos, ninguno. Alcanza 289 con 963.

Conforme, y distribúyase como se tiene prevenido.=*Alfonso Borbón y Borbón*».

Además del «jamás, jamás, jamás», que exclamó Prim en las Cortes, se hizo célebre otra frase suya. Para que sus partidarios le ayudasen, gritó en el Congreso: «¡Radicales, á defenderse!» Desde entonces, cuando se encuentran dos veteranos averiados, en lugar de saludarse suelen decir: «Radicales, á defenderse.»

En otra borrascosa sesión de Cortes oyó Prim que un amigacho suyo, y paisano, gritaba: «Pido la *paraula*». Temió encajase una barbaridad, y le mandó un volante, diciendo: «Bialó, no fem p..... Calla y eixam fer.»

Pronto hubo arrepentidos.

Sagasta, ministro de la Gobernación, exclamó en las Cortes el 4 de Octubre de 1869, que muchas familias, huyendo de los derechos individuales, se disponían á pasar á Marruecos; que podría decirse empezaba el Africa en los Pirineos y acababa en el estrecho de Gibraltar.

El Gobierno provisional de 1868, para que desapareciese lo que recordaba á los Borbones, trató de cambiar el tipo de la moneda. El ministro de Hacienda encargó á un pintor que le hiciese los dibujos.—¿Cómo representaré á España?—me preguntó el artista.—¡Hombre! ya lo sabían los romanos hace más de 1750 años—le contesté, enseñándole un *aureo* del emperador Adriano con el reverso Hispania.—¿Y el escudo?—

Recordé era yo de Borja, y respondí:—A los cuarteles de Castilla, León y Granada se debe agregar, como es justo, el de Aragón y Navarra, que constituyen la unidad de la patria desde 1512, hasta que Dios quiera completarla con el de Portugal.

En las primeras pesetas acuñadas por la revolución, aparece la España recostada sobre montañas, con el ramo de olivo en la mano y el conejo á los piés, como en las monedas de Adriano; pero la echaron á perder: pusieron la vista del peñon de Gibraltar, una ignominia, y olvidaron expresar á qué nación pertenecían las referidas piezas numismáticas: borricada y media. Continúa el mismo escudo en las monedas de los Alfonsos XII y XIII, añadiendo las lises y cambiando la corona mural en real. Yo, antirrevolucionario, di el tipo de las monedas y medallas de la revolución de 1868. Me toca una partícula de gloria de la Gloriosa.

Al desaparecer el trono, como la medalla de la guerra de Africa tiene el busto de Isabel II, algunos, al llevar tan honrosa distinción, la volvieron del revés, probando carecían de valor ó habían sido desleales. En Cataluña al traidor llaman *caragirat* (cara vuelta).

Los gobernantes establecieron la partida de la porra. Apaleaban á los que no pensaban como ellos, y hasta asesinaron á un joven republicano por equivocación. Sólo hicieron una cosa buena. Calentaron las costillas á los internacionalistas gabachófilos, que se oponían á que se celebrara la función patriótica del Dos de Mayo.

El que capitaneaba en Madrid la partida de la porra, llegó á ser tan alfonsino, que por poco le canonizan al morir. Los periódicos que se llaman ilustrados publicaron su retrato. ¡Estúpida humanidad! Todo lo olvida.

Una noche llegó al café Suizo de Madrid un diputado muy contento, diciendo:—Acabamos de votar la supresión de las quintas; no habrá soldados; está consolidada la revolución. —¡Me alegro!—exclamé.—Con los carlistas sólo puede el Ejér-

cito, los oficiales nos dividiremos, los que se queden sin comer se irán donde les den y otros nos alegraremos al ver cómo á puntapiés lanzan á los liberales al estrecho de Gibraltar.

El rostro de los militares ha estado sujeto al capricho de los que mandaban. Rodil iba afeitado, y dispuso en 1841 que en infantería sólo gastasen bigote los oficiales de granaderos y cazadores. A Espartero le gustaba llevasen todos perilla larga, como él. Para que se pareciesen á Narváez se mandó dejar la perilla corta, y, si querían, *patillas modestas*. Córdova, después de la revolución, siendo director de Infantería, por adular á Prim, á éste nadie le hacía la barba, permitió completa libertad en los pelos de la cara. Nimiedades ridículas.

No hay sino un medio de mandar para evitar revoluciones, pronunciamientos y guerras civiles. El que en 1869 practicó don Juan Prim, olvidándose que había llegado á la dictadura por los mismos medios que trataban de arrojarle de ella. Para acabar con las insurrecciones carlista y republicana, repitió á los capitanes generales el siguiente telegrama, que dirigió al de Valencia el 27 de Junio: «No se dé cuartel, y fusílese en el acto á los individuos de las partidas facciosas que se levanten, sea cual fuere la bandera que enarbolen, cuando sean cogidos con las armas en la mano.»

El 19 de Julio reiteró el anterior telegrama y la circular de 5 de Febrero, que dice: «Comunique V. E. órdenes terminantes á quien corresponda, para que, sin pararse en llenar formalidades y requisitos que puedan retardar un solo instante la acción de las fuerzas, sean cargados, disueltos y perseguidos los grupos de gente armada que se presenten en ademán hostil ó hagan fuego contra las autoridades ó la tropa; en la inteligencia de que cuanto más rápido, enérgico y decisivo sea el primer ataque, y menos se preocupe la fuerza pública del número de bajas que cause á los trastornadores, tanto más eficaz y conveniente será para la causa de la revolución el resultado de castigos que, por lo rápidos y ejemplares, hagan comprender de una vez para siempre á los enemigos de la

libertad que allí donde se alcen contra el orden de cosas existentes, serán tratados sin compasión.»

Con tan draconianas órdenes, si hubiera vivido Prim habría evitado la guerra civil y concluído la insurrección de Cuba. Con variar en la anterior circular la palabra *revolución* por instituciones, sirve para todos los tiempos, casos y forma de Gobierno, sin que los más adelantados en ideas puedan quejarse de su origen.

Es preciso ser justos. Prim, ante todo, era español. Comprendió que de la expedición á Méjico sólo iba ganando Napoleón III, y reembarcó las tropas españolas.

En la insurrección de Cuba ofreció á los separatistas, sin intención de darles, la autonomía, y dijo en las Cortes, para que lo supiesen en los Estados Unidos: «La isla de Cuba no se vende; sería la deshonra de España, y á España se la vence, pero no se la deshonra.» Prim tenía carácter. Consultaron con él si, establecida la libertad de cultos, se podría obligar á un oficial que se negaba á ir con la tropa á misa, alegando que no pertenecía á la religión católica. Contestó que fuese, porque la misa era un acto del servicio. Serrano habría complacido al libre pensador, aunque pensara se vulneraba la disciplina militar.

A un teniente aragonés prometieron hacerlo teniente coronel si firmaba que se pronunciaría por la república. Le enseñaron una lista de capitanes que se habían comprometido al ofrecerles el empleo de coronel.—Si éstos—exclamó el oficial—juran que por el bien de la patria se quedarán de tenientes, me sublevo, contentándome con ser alférez.—No admitieron la proposición.

En 1868, grupos de republicanos en Zaragoza destruían los símbolos de la monarquía. Le dijeron á un oficial aragonés se quitase la chapa del morrión, que ostentaba una corona.—¿Llevan ustedes alguna moneda de plata?—les preguntó.—¿Por qué?—Deben tirarlas.—En ellas se halla el busto de la reina.—¡Es verdad!—exclamaron convencidos de que cometían una salvajada.

Durante la sublevación republicana de Zaragoza de 1869, los insurrectos, ocultándose, hacían un fuego horrible en la calle de la Albardería á una compañía del Ejército. El capitán que la mandaba les gritó desde mitad del arroyo:—¡Reniego de ser zaragozano! Batíos á pecho descubierto, como lo hacían nuestros padres con los franceses en los sitios de 1808 y 1809. —Al oir el apóstrofe los paisanos cesaron de tirar.

UN SOLDADO VIEJO.

ACERCA DE LA REFORMA

DE LA

ORTOGRAFIA CASTELLANA

VALDÉS... de manera que pues la pronunciación es con *h*, yo no sé por qué ha de ser la escritura con *f*, siendo fuera de propósito que en una lengua vulgar se pronuncie de una manera y se escriba de otra. Yo siempre he visto que usan de la *h* los que se precian de escri" bir pura y castellanamente. Los que ponen la *f* son los que no siendo muy latinos van trabajando de parecerlo.

.....

TORRES. No sé yo si osariedes dezir esso en la Chancillería de Vallado_ lid.....

VALDÉS. ¿Por qué no?

TORRES. Porque os apedrearían aquellos notarios y escribanos que piensan levantarse diez varas de medir sobre el vulgo, porque con saber tres maravedís de latín, hazen lo que vos reprehendeis.

(VALDÉS. *Diálogo de las lenguas.*)

Este pasaje del *Diálogo de las lenguas* del famoso humanista español del siglo XVI, viene como anillo al dedo á los que han plantado una hache á armonía, una pe á setiembre, y otros colgajos por el estilo, para cuya invención no hace falta más de tres maravedises de lenguas clásicas. Puede, á la vez, servir de introducción á las presentes notas acerca de la reforma ortográfica.

Cuestión es esta que empieza á agitarse con cierto empeño en los países de lengua castellana, respondiendo á una campaña iniciada en Francia, donde es el problema de mayor im-

portancia que aquí, dado que la lengua hablada y la escrita francesas divergen entre sí mucho más que las respectivas castellanas.

Los más doctos lingüistas y pedagogos franceses se han pronunciado en favor de la reforma ortográfica, en dirección al fonetismo. Hace algún tiempo recibió la Academia francesa una petición suscrita por más de 10.000 firmas de profesores de enseñanza primaria, secundaria y facultativa, en demanda de la apetecida reforma; y recientemente ha publicado un boletín profesional otra petición análoga, dirigida al ministro de Instrucción pública, petición que firman gran número de profesores facultativos y de eminentes lingüistas. Existen sociedades dedicadas á promover y fomentar la agitación reformista en ortografía, habiendo aceptado la Academia francesa, en parte, las demandas de tal opinión. Todo esto, como decía, se comprende mejor en Francia que aquí (1).

En Alemania ha ya algún tiempo, en 1879, que se introdujeron reformas ortográficas en sentido fonetístico, asimilando las palabras de origen latino, en su ortografía, á las genuinamente germánicas.

Es un hecho curioso el de que en los renacimientos reflexivos y más ó menos artificiosos de las lenguas y literaturas regionales sea una de las cuestiones más debatidas la de la ortografía. Aparentando tender á la mayor sencillez y naturalidad posible, y creyendo acaso algunos no dejarse guiar de otro móvil, trabajan los regionalistas por introducir en sus respectivas lenguas regionales una ortografía que las separe, más aún

---

(1) En el prefacio á la *Grammaire raisonnée de la langue française*, de Leon Clédat, dice Gaston Paris que «los gramáticos han hecho de casi toda la gramática (salvo la sintaxis) el arte de aplicar la ortografía de la Academia... Escribir, para ellos, significa esencialmente notar los fonemas idénticos diferentemente, ó idénticamente los fonemas diferentes, según el uso académico... Enseñar y aprender ortografía es lo que se llama enseñar y aprender el francés.»

de lo que están, de la lengua nacional con que combaten. Esto se ve en los esfuerzos por enderezar la ortografía catalana del grupo de entusiastas jóvenes que redactaron la segunda época de la excelente revista *L'Avenç*, y esto se ve en las diversas anotaciones adoptadas para escribir el vascuence (1).

Entre los pueblos de lengua española, es en los americanos donde más afán hay por la reforma ortográfica, y entre los americanos, en los chilenos. Puede verse, en prueba de ello, el folleto *Neógrafos kontemporáneos. Tentatiba bibliográfika,* presentado al Congreso Científico chileno de 1894 por don Carlos Cabezón (ó *Kárlos Kabezon*, que es como él se firma).

Como la cuestión ha empezado á tratarse en revistas españolas, y de ella ha dado cuenta en esta misma el señor Baquero, discurriendo con tino y sensatez sobre el punto, voy, por mi parte, á echar mi cuarto á espadas.

***

(1) Como quiera que el vascuence no ha sido lengua escrita hasta tiempos modernos, al llegar á serlo adoptó la ortografía de la lengua en que escribían los vascos, del castellano en general. Posteriormente se ha introducido en el vascuence, *por convención racional*, la ortografía fonética, y de aquí que en vascuence escriban *Bizkaia*, *Gipuzkoa y Alaba*, pero hacerlo escribiendo en castellano no pasa de ser una pedantería ociosa, cuando tal sistema ortográfico no se extienda á la lengua toda castellana. En no adoptando en castellano la ortografía fonética no hay más razón en adoptarla para las voces de origen vascongado, porque en vascuence se la haya adoptado, que para las demás. Escribir *bascongado* y no *baliente* es una inconsecuencia. En el fondo sólo se trata de distinguirse. Hay no pocos paisanos míos que hacen cuestión de patriotismo ó poco menos el escribir Vizcaya con be. ¡Dios les conserve muchos años la infantil simplicidad de espíritu!

No estará de más advertir, de paso, que al llamar *eúskaros* á los vascos se cometen dos disparates, además de la pedantería ociosa de la *k*, y son: 1.°, que no hay razón para hacer al terminacho ese esdrújulo; y 2.°, que llamar *eúscaros* á los que hablan la lengua *euscara* (no *eúskara*) es como llamar bables á los asturianos, sanscritos á los antiguos indios ó calós á los gitanos. En vascuence se llaman *euskaldunak*.

Hay dos polos entre los que se mueve el proceso de las variaciones y cambios ortográficos, dos sistemas radicales de ortografía: el fonético, en que cada sonido se representa por un sólo signo, no valiendo cada signo más que para un sonido solo, y el etimológico, que tiende á mantener y perpetuar signos de sonidos muertos, meras huellas de lo que fué, como la naturaleza deja á un animal, á guisa de pendejo de estorbo, un órgano muerto por haber cesado en su función. *Mitología* es un ejemplo de escritura fonética, y de etimológica *mythologia,* que es como lo escriben los portugueses (1). En *mythologia*, la *y* y la *th* representan dos sonidos griegos, trascritos así por los latinos, porque careciendo éstos de ellos no tenían signo correspondiente en su propio alfabeto. Es como si nosotros ideáramos representar por una *jh* el sonido de la *j* francesa, y escribiésemos luego *bijhutería* en vez de *bisutería* (advirtiendo que se leyese esa *jh* como *s*), por provenir este vocablo castellano del francés *bijouterie.*

Imposible, ó poco menos, es el averiguar cómo se escribirían las lenguas cuando empezó á adoptarse la escritura alfabética, mas teniendo en cuenta que este sistema debió de desenvolverse del jeroglífico, es difícil que fuese enteramente fonético, si bien, por natural lógica, tendería á ello. Es lo natural que se propendiera á un solo signo por sonido, y un solo sonido para cada signo.

La palabra hablada evoluciona y cambia más que la escrita; á las palabras se las lleva el viento, mientras los escritos quedan. Y así como el vapor toma mil formas, al parecer caprichosas, según el viento que corra, mientras el hielo conserva la que le dió el recipiente en que se formara, hasta que se

(1) No me cabe duda de que al hacerlo, obedecen, ante todo, al empeño de diferenciar lo más posible su lengua de la nuestra, ya que no de otro modo, por la manera artificial de escribirla. Si en España se adoptara la ortografía portuguesa, los portugueses habrían de acabar adoptando la hoy nuestra.

le arranque á fuerza ó á lento deshielo, así el *flatus vocis* es más variable, caprichoso y rápido en su evolución, que el jeroglífico. Vive el sonido y cambia, según número y medida, al rodar por las bocas y oídos de las generaciones humanas, mientras el signo gráfico, sujeto á piedra ó pergamino, se empedernece ó apergamina, y queda. Y tanto corre el verbo, y tan pesada es en seguirle la letra, que habiendo arrancado juntos, acaban por perderse de vista, ó poco menos, como se ve comparando el idioma inglés hablado con el escrito, representante éste último de un período antiquísimo de la lengua hablada, período á partir del cual ha sido enorme el desarrollo fonético del inglés.

Muchas veces se ha promovido la batallona cuestión acerca de la lectura de la lengua griega, con las discusiones de erasmianos y reuchlinianos. Como quiera que los textos griegos que se estudian en nuestras cátedras pertenecen á épocas entre las que median más de veinte siglos, desde Homero á los padres de la Iglesia, é incluyen escritos de diversos dialectos, claro está que habría que adoptar distinta lectura, según la época y la región á que el escrito pertenezca. Por donde se ve cómo la lengua escrita da principio de continuidad en medio de las divergencias de lugar y tiempo de la lengua hablada (1).

A la natural divergencia entre la lengua escrita y la ha-

(1) A las veces estas divergencias pueden ocasionar interpretaciones erróneas. Vaya de ejemplo: La *eta* (η) griega leíase ya en la época clásica lo mismo que la *iota* (ι), por manera que escribiéndose de distinto modo los vocablos κάμηλος *(cámelos,* camello) y κάμιλος *(cámilos,* calabrote ó cable), ambos se leían del mismo modo: *cámilos.* Y esta confusión hizo que por una falta de ortografía se tradujera un famoso pasaje del Evangelio: «*es más difícil que entre un rico en el reino de los cielos, que el que pase un* CALABROTE *por el ojo de una aguja*», haciendo del calabrote camello, y resultando así una metáfora disparatada por lo incongruente. Y una vez cometido el error, no han faltado interpretaciones ingeniosas á lo del camello.

blada, que proviene de la relativa fijeza de aquélla junto á la variabilidad de ésta, únese la acción pedantesca de los eruditos, empeñados en mostrar más profundo conocimiento de la lengua, acción que ha producido y produce verdaderos desatinos. ¿Qué diríamos de quien atento al latín *baptizare*, y sin atender que la *u* de *bautizar* es la heredera fonética de la *p* latina, escribiese *bauptizar*? Pues algo así suele hacerse, sobre todo, en francés, en cuya ortografía no faltan casos de albarda sobre albarda.

*
* *

Los inconvenientes de todos géneros que surgen de la escisión entre la lengua hablada y la escrita, son muchos más y mayores que los que nos figuramos, no siendo el menor de ellos la pérdida de tiempo y de atención que el aprender ortografía artificial hoy causa á los niños. Al dañino proverbio de que «el saber no ocupa lugar», hay que oponer esta coleta: pero el aprender ocupa tiempo.

Tales inconvenientes y la exigencia lógica, han movido en todos tiempos á almas generosas y humanitarias á proponer reformas ortográficas más ó menos ingeniosas y más ó menos practicables, propuestas que han sido más en Francia—por la razón ya dicha—bastando recordar las disputas que á mediados del siglo XVI sostuvieron meigretistas y anti-meigretistas, y la serie de autores que han tratado de esta cuestión en Francia, desde Meigret (1545), pasando por el célebre Pedro Ramus (en su *Gramère*, 1562), hasta nuestros días.

En España se pronunciaron por la buena doctrina nuestros dos primeros linguüistas en orden de tiempo, Juan de Valdés, cuyo es el texto que sirve de lema á estas notas, y el maestro Lebrija, que en sus *Reglas de ortographia en la lengua castellana* propuso ya una reforma en sentido fonetístico.

Hay en esto de la ortografía, como en todo, los revolucionarios y los evolucionarios ó posibilistas, y entre los primeros

los hay fonetistas y etimologistas, ó sea progresistas y retrógados. Quieren los unos entrar á tajo y mandoble en la ortografía tradicional, no dejando hache ni uvé con hueso sano, y revolviendo todas las ces, qus, ges y jotas habidas y por haber. Otros, retrógrados absolutistas, quieren volvernos hacia atrás y resucitar signos de sonidos muertos, meras cáscaras sin almendra, para colgárselos, cual flamantes arreos, á nuestras actuales voces, y ya que sea imposible hacérnoslas pronunciar á la antigua, vístanse á ella por lo menos.

Empezando por desembarazar el campo de las razones de estos últimos, digamos que alegan, como única, la de que con escribir conforme al origen etimólogico de las palabras ganaría la claridad del significado, evitándose así discusiones. Razón esta especiosísima. Ganarían, si es que ganaban, en claridad de significado las palabras, merced á la ortografía etimológica, tan sólo para aquellos que conocieran las lenguas madres y el vocablo matriz en ellas; pero estos tales ¿necesitan acaso de tal ortografía? ¿No son capaces de hallar sin ella la etimología? «La ortografía llamada etimológica no enseña nada á los que no saben ni latín ni griego, y no ilustra tampoco á los que han hecho estudios filológicos», dice muy bien León Clédat en su *Grammaire raisonnée de la langue française*.

Y además de esto, ¿de cuándo acá depende de la etimología la claridad del significado? ¿Es que el significado no evoluciona lo mismo que evoluciona la forma fónica? ¡Aviado saldría quien de la etimología quisiera sacar lo que significan las voces *pontífice*, *presbítero*, *estro*, *persona*, y cien más!

No hay que darle vueltas á la cosa; tenía Bello razón sobrada al decir que conservar letras inútiles por amor á las etimologías, le parecía lo mismo que conservar escombros en un edificio para que estos nos hagan recordar al antiguo.

Ocurre, además, y esto es lo más importante acaso, que la ortografía etimológica es la menos científica, porque no reproduce el *hecho actual* y *vivo* tal y como es, con la mayor

exactitud posible. ¡Enterado quedaría el extranjero que leyendo nuestra prensa creyera que en español decimos *septiembre!*

Y ¿qué diríamos si algún futuro sabio elefante tudesco endilgara una disertación doctísima acerca del sorprendente fenómeno de que habiéndose reducido el grupo fonético latino *pt* á *t* castellana, según *ley natural*, volvió á resucitar la *p* en el último cuarto del siglo XIX? (1).

Nada más científico que la reproducción, lo más fiel posible, del hecho; como que la ciencia se reduce al conocimiento de hechos mediante leyes, no de leyes mediante hechos. El fonógrafo es, sin duda, un procedimiento mucho más científico que la escritura, de reproducir la lengua hablada. Como dice muy bien Max Müller en su *Ciencia del lenguaje*, «la pronunciación de las lenguas cambia conforme á leyes fijas, y su lectura ha cambiado de la manera más arbitraria, de modo que si siguiera nuestra ortografía estricta y fielmente á la pronunciación de las palabras, serviría en realidad de mayor ayuda para el estudiante del lenguaje que lo que le sirve el modo actual de escribir, incierto é incientífico.» Esto lo escribía Max Müller en inglés, que es donde mayor aplicación halla.

***

¿Es cosa, pues, de que nos echemos desde luego en brazos

(1) En algo así cayó el benemérito D. Tomás Antonio Sánchez, que en su *Prólogo* á las poesías del buen clérigo Berceo, *preste sabidor de la fabla de Tulio e Marón*, decía no hallar camino por donde disculpar al poeta de la falta de consonante que se nota en algunas de sus coplas. (v. *Colección de poesías castellanas anteriores al siglo XV*, tomo II. Madrid, 1780). Citaba al propósito, entre otras faltas, la de que Berceo pone por consonantes *benedicto*, *victo*, *fito*, *zatico*, ó *quantos* y *sanctos*, sin echar de ver el bueno de Sánchez que Berceo rimaba á oído y no á vista, y sin recordar lo que decía posteriormente Valdés, el autor del *Diálogo de las Lenguas*, que él no escribía como muchos *sancto* y *significado*, porque esas *c* y *g* no sonaban. Y aquí sí que en fuerza de pedantería, han logrado los ortografistas que digan muchos *significado* haciendo sonar la *g*.

de los radicales revolucionarios fonetistas? ¿Bamos á ponernos á eskribir (ó esqribir) desde luego en alguno de los barios sistemas neográfikos komo por aí korren? ¡Líbrenos Dios! ¡A dónde iríamos á parar!

Si se les dejara entrar á tajo y mandoble en la tradicional ortografía de modo que no quedasen *h* ni *v* con vida, y revolviesen todas las *c*, *q*, *g* y *j*, ¿qué sería de aquellas reglitas, llenas de encanto tradicional é impregnadas de dulces recuerdos infantiles? Los que nos sabemos la vieja ortografía, ¿qué íbamos á hacer de ella? ¡No, mil veces no! Sería una medida cruelísima que habría de ocasionar grandes sinsabores á los hombres hechos y acostumbrados á la ortografía hoy usual entre gentes de buena conciencia, proporcionándoles larga serie de tropiezos y dificultades la rotura,—ó si ustedes prefieren, ruptura—de la asociación mental, establecida por hábito entre la palabra escrita y la hablada, pues un escrito falto de ortografía es costosísimo de ser leído. Las asociaciones de ideas establecidas ya son derechos mentales adquiridos, y contra los derechos adquiridos no hay justicia que valga. O por lo menos que se nos indemnice á los perjudicados.

Pero hay otra razón potentísima en contra del fonetismo ortográfico impuesto de golpe y porrazo, y es que la ortografía tradicional es principio de continuidad, no sólo en el tiempo, sino que también en el espacio. Si los pueblos de lengua inglesa,—*the english speaking folk* que ellos dicen,—adoptaran la ortografía fonética escribiendo cada cual como pronunciase, es seguro que habrían de surgir al punto de la lengua inglesa un número de dialectos que llegarían á hacerse ininteligibles entre sí. Gracias á su ortografía, enrevesadísima como es, mantiene su unidad el inglés; su ortografía es en él el principio conservador, en lengua tan hondamente progresiva.

La unidad que la ortografía impone, al contener la excesiva variabilidad de la lengua hablada, le da unidad en espacio y tiempo.

Recuerdo haber oído contar que un español, no andaluz, se

encontró en una casa de cierto lugar de Andalucía con esta inscripción:

k pan k la

Preguntó al dueño del local lo que esto significase, y el dueño, rigoroso fonetista, le contestó que bien claro estaba lo que allí decía: *ca pancalá*. Y como no pudiera sacarle de aquí, pidió le dieran de aquel producto, que tal llegó á parecerle, encontrándose con que era *cal para encalar*.

Y, en efecto, ¿por qué no habían de escribir los unos *señor* y los otros *zeñó;* éstos *pollo*, y aquéllos *poyo;* unos *piedá*, otros *piedat* y *piedaz* otros? Y ¿quién sabe si así no se enriquecería la lengua con accesión dialectal? ¿Qué es, después de todo, la voz *juerga* más que una manera dialectal de pronunciar lo que otros dicen *huelga?* Una *juerga* no es más que una huelga andaluza. Neografista hispano-americano hay que escribe *reflekzión,* sin duda porque así lo pronuncia, y, sin embargo, no es esa la pronunciación corriente en España (1).

Nuestro mismo alfabeto es una abstracción, porque en boca de españoles se oyen muchos más sonidos que los que componen nuestro abecedario. El signo *s* responde á varios sonidos diversos, según la región española. Y en otro sonido, ¿dice acaso un riojano *contra* lo mismo que un segoviano?

La ortografía fonética misma, formulada de un modo ó de otro, es ya un principio autoritario y centralizador; todo lo que no sea escribir cada cual como él habla, no es puro y neto

(1) Aquí cuadra el mencionar la ignorancia de ciertos fonetistas que escriben *embarrar* y *enbiar*, creyendo que eso de *m* ante *b* y *p* es cosa que unas veces sucede y otras no. Ignoran que es una ley fonética, no ortográfica, la de que hablando *de corrido* se pronuncia antes de las labiales *p* y *b* la nasal labial *m* y no la *n*, que es cuestión de mecánica, ni más ni menos. Es más: en frases como «está en Barcelona», decimos «está *em* Barcelona.» Es ley de economía, en vez de los tres tiempos de *nb* los dos de *mb*.

fonetismo. Y si esto se usase, ¡vaya una algarabía la que se armaba!

Se trata, pues, en todo caso, de simplificar la ley escrita, pero no de abolirla. Creo además lo más eficaz para destruir la ley, empezar por acatarla; el aceptar algo como mal necesario, es el principio de su eliminación. Resignación, pues, á la actual ortografía, pero resignación activa. No me correré hasta el puro idealismo de escribir *circuspeción*, pero ni aunque me aspen me hacen escribir *inconsciente* ó *incognoscible*.

***

Entre las dos escuelas radicales, la de los revolucionarios fonetistas y la de los revolucionarios etimologistas, tenemos la de los posibilistas ó evolucionarios, la de los que, sin violentar la marcha natural de las cosas, procuran acelerarla, ó más bien quitarle estorbos del camino. Y no ha de confundirse con el de éstos cierto donoso evolucionismo que fija hitos para la total reforma á plazo fijo, como la graciosísima proposición que en 1859 hizo en Francia Casimiro Henricy, de reformar en diez años la ortografía francesa, dividiendo las reformas en cinco grados, escalonados de dos en dos años. ¡Esto sí que es jacobinizar la evolución!

Como ejemplo de sano posibilismo en reformas ortográficas, mencionaré la del meritísimo D. Andrés Bello, espíritu circunspecto, aplomado y poco amigo de brusquedades, que escribía *i* latina siempre que ésta fuera vocal (*i*, *hai*, *voi*) y *jota* en todo sonido de *ge* áspera (lójica, jeolojía), relegando la *g* para las sílabas *ga*, *gue*, *gui*, *go*, *gu*. Nótese que esta modesta reforma, sin romper asociación alguna, y manteniendo los sonidos actuales de la jota y de la ge, introduce un orden en aquella anarquía de escribir *mujer* ó *muger*, *extranjero* ó *extrangero*, y reduciendo la *ge* á no más uso que el de su sonido suave, prepara el olvido de que sonara como jota, y la caída, consiguiente á tal olvido, de la *u* de *gue*, *gui*, naturalísima

caída cuando ya no se emplee la *ge* con sonido de *jota*. En esta pequeñez de escribir Bello *jeolojía*, ¡qué curso de posibilismo!

Tenemos otros, casticísimos en su carácter, á las veces progresistas y otras retrógrados, que ni van al vado ni á la puente, ni se están en medio; que ni suben, ni bajan, ni se están quedos; arbitrarios casi siempre, que sin atreverse á romper la tradición erudito-pedantesca, sólo á medias nos vuelven á ella; conservadores, en fin, á la española, que todo lo embrollan sin conservar nada, y que en vez de mantenerse entre los extremos, oscilan de uno á otro. De esta laya es nuestra desdichadísima Real Academia de la Lengua.

***

Curiosísimo fenómeno social es el de con no oirse más que cuchufletas y rechiflas por lo de escribir *Septiembre*, *subscriptor* y *obscuro*, las voces que todos, incluso los más de los que así las escriben, decimos y debemos decir Setiembre, suscritor y oscuro, vaya, sin embargo, cundiendo tan irracional inovación por toda la prensa. La periódica, que pone como no digan dueñas á la Real Academia Española si para una de sus poltronas prefiere un filólogo á un literato, dobla la cerviz á los preceptos académicos. Mas esto lo dejo para tratarlo con más espacio en otra ocasión.

El hablista aquel de marras que sabía decir de tres maneras distintas una misma palabra, y eran *porcurador*, *percurador* y *precurador*, se encontraría hoy como el pez en el agua al ver que puede decirse *subscriptor*, con sus adminículos paleortográficos todos, *suscriptor* y *subscritor*, que de todas estas maneras lo he visto escrito, y de todas lo trae el Diccionario oficial.

Santo y bueno que se nos recomiende el que resucitemos esas pobres *b* y *p*, muertas en la pronunciación por efecto de ley natural fonética, pero ¿por qué hemos de quedarnos á mitad de camino y no escribir *siepte*, *aptar*, *escriptor* y *ebscon-*

derse en vez de siete, atar, escritor y esconderse, ó por qué nos hemos de quedar en *subjeto* sin llegar á *subjecto?* ¡Vaya un modo de *limpiar* la lengua, llenándola de barreduras y espolvoreando sobre ella toda la caspa que soltó hace tiempo!

Saben los reformadores estos los tres maravedises de latín que son menester para conocer que setiembre deriva de *september*, pero ignoran, por lo visto, la ley de vida del castellano, que es cosa distinta de los textos muertos; la ley del legítimo fonetismo castellano que hizo, así como de *septem* siete, y de *aptare* atar, de *septembrem* setiembre. O ¿es que pretenden, al hacernos escribir una *p* muerta, que la pronunciemos *en contra de las leyes fonéticas de nuestra lengua*, de lo que el oído y la boca no pervertidos nos lo mandan?

Y puestos á reformar, ¿por qué se le ha de añadir una hache á *armonía*, y no se le ha de quitar á *henchir*, ya que obra la misma razón etimológica, porque el latín *implere*, de donde *henchir* deriva, no la tiene? (1)

Estos disparates son atrozmente más disparatados que los del pueblo, porque los que en éste se suponen tales, provienen, casi siempre, de que sigue fiel á las leyes de vida que presidieron á la formación del idioma castellano, y así, al decir *presona*, no hace sino lo que sus abuelos al hacer del latino *percontari* nuestro corriente á la vez que literario *preguntar*.

Más razón asiste al vulgo al decir *güerta*, *carauter* ó *doldrá* y otras cosas así, que se creen hijas de desidia, que al erudito calafateado y embreado contra el aire fresco de la lengua viva de la calle, que busca el idioma en libracos empolvados y dice telegrama ó intervalo (llanos) y escribe obscuro. Por disparate

(1) En esto de etimologías nada debe extrañar en la Academia que ha sancionado la parte etimológica del Diccionario oficial, parte que es un cúmulo tal de despropósitos, que mayor no cabe. Revela profunda ignorancia del bajo latín, profunda ignorancia de la fonética hispano-latina, y hasta la incuria de no haber consultado ni siquiera el Littré. Se conoce que es obra de algún erudito ayuno de ciencia lingüística.

pasa *doldrá*, y no *valdrá; sicología*, y no *salmo*. No es cosa de defender en todo y por todo al pueblo, ni cabe negar el que la lengua viva tenga sus enfermedades y su aspecto patológico; pero éste se agrava si se la cría en estufa, y, sobre todo, tanto enseña la Gramática académica á hablar y escribir correctamente y con propiedad, como enseña á digerir la fisiología. Pero Grullo, sin haber estudiado ni fisiología, ni lógica, ni gramática, digiere, discurre y habla como cada hijo de vecino.

No necesita el castellano, para conservar su pureza y el sello de su abolengo, el que le planten esos caireles, y flecos, y borlas llenas de jeroglíficos; que no por vestir á la antigua usanza á un quidam cualquiera resultaría con aire de nobleza. Sin toga vieja y remendada es el castellano latín hasta los tuétanos.

***

Vamos á entrar, lector paciente, en el fondo de la cuestión, en el verdadero fondo de ella. Aquí verás que no es ésta tan baladí como á muchos parece, y que esto de la ortografía no pasa de ser síntoma parcial de una dolencia general y grave, más bien de una diátesis morbosa de nuestra sociedad actual.

¿Por qué se ha de escribir y decir *inconsciente* é *incognoscible* en vez de *inconciente* é *inconocible*, ya que todos escribimos y decimos *conciencia* y *conocer* y nunca *consciencia* ni *cognoscer?* ¿Por qué *subscriptor* y no *escriptor?* ¿Porqué *transportar* y no *transpasar?* La lógica del error nos guiará á la solución de este punto.

Hace años que vengo tomándome la paciencia de ir anotando las faltas de ortografía que encuentro en libros y periódicos, y que no cabe achacar á los pobres cajistas; anótolas para ir luego clasificándolas y analizándolas. La mayor parte de ellas se refieren á la equis intrusa y al disloque de la hache, consistiendo en plantar una *x* allí donde no cabe ni etimológica ni fonéticamente, y en dislocar la *h*, sacándola de quicio.

Respecto á la intrusión de *x* impertinente, se lee *excéptico, explendor, expontáneo, expoliación, excisión, extrategia, extrangular,* etc., faltas en que caen personas que, si no latín, saben, por lo menos, algo de francés, y están hartas de leer *sceptique, splendeur, spontané, spoliation, scission, strategie,* etc., con ese líquida. Pero no haya cuidado de que estos sujetos escriban *estensión* y *estraño,* que es como lo pronunciamos la inmensa mayoría de los españoles, incluso los más de ellos. No se equivocarán—si es que eso puede llamarse equivocación—dejándose guiar de la lengua hablada por el pueblo, no por cierto.

El disloque de la hache consiste en escribir cosas tales como *alhagüeño* por *halagüeño.* Y puede añadirse la intrusión de haches impertinentes, como en *exhonerar.* Pero no recuerdo haber leído *alaraca.*

Hay erratas análogas, como es escribir *contricción, transicción, occeano,* etc., duplicando, contra toda razón, la ce; pero raro es el que se descuida en escribir *di stración.* ¿Quémás? he leído *instransmisible.*

La característica general de las erratas consiste en equivocarse yendo contra la pronunciación, poniendo letras que ni se pronuncian, ni deben pronunciarse. Rarísima vez se ve escrita una palabra tal como se pronuncia, aunque sea en contra de la ortografía oficial. En resolución, prefieren equivocarse contra el pueblo que yendo con él, y eso que en este caso no hay equivocación.

Bien sé que muchas de esas faltas provienen de juicios por analogía; de falsa, pero naturalísima, asimilación, y que así como el pueblo por analogía con *caiga* y *traiga* dice *haiga* y *vaiga*, así muchos escriben *excéptico* por sonarles á algo que dice relación con *excepto* ó *excepción—expoliación* ó *excisión,* por el gran número de palabras que empiezan con la preposición latina *ex,* y *extrategia* por creer que su primer componente sea la preposición *extra.* La misma falsa analogía les lleva á escribir *exhonerar*, figurándose significa privar á alguien de sus *honores.*

Mas la razón honda de tales errores es la de figurarse que se acierta y se muestra mayor ilustración escribiendo como no se habla; es pedantería inconciente (1).

Por dentro de esta pedantería inconciente descúbrese la razón íntima y honda de la persistencia de tales etiquetas y ceremonias lingüísticas. Podrá parecer todo esto chinchorrerías y pequeñeces; pero mirando hondo no lo son tanto, pues en ello se revela un aspecto de nuestra sociedad, uno de los síntomas de los efectos producidos por la escisión en clases sociales que llevó consigo la de formas de lenguaje. No hay que despreciar por insignificante el fenómeno de que haya gentes que larguen equis á porrillo, porque no se crea que escriben como habla el vulgo.

¿Cuál es, en efecto, el principal y hondo obstáculo (¿por qué no ostáculo?) á la reforma de la ortografía?

*
* *

«Si se adoptase una ortografía fonética sencilla, que, aprendida por todos pronto, hiciera imposibles, ó poco menos, las faltas ortográficas, ¿no desaparecería uno de los modos de que nos distingamos las personas de *buena educación* de aquellas otras que no han podido recibirla tan *esmerada*? Si la instrucción no nos sirviera á los ricos para diferenciarnos de los pobres, ¿para qué nos iba á servir?»

---

(1) Pedantería es escribir *México* ó *Xerez* porque en otro tiempo *o* en otra lengua sonara la jota de Méjico y Jeréz de otro modo, porque en tal caso habría que escribir *x* casi todas las jotas castellanas. El *México* de los mejicanos es como el *Bizkaia* de mis paisanos los vizcaínos.

Otra pedantería es *kilometro*, trascribiendo con *k* la letra griega que siempre se ha trascrito al castellano *qu* ó *c*, como en quimera, químico, raquítico, carácter, cólico, etc. Lo correcto etimológicamente sería *quiliómetro* porque *kilómetro* querrá decir «medida de burro», pero no lo que se quiere que diga, etimológicamente, se entiende.

¿Y los que en un mismo libro escriben *polyteismo* con *y* griega y *mitología* con latina?

Estas reflexiones, concientes ó inconcientes, expresas ó tácitas, bajo pretextos especiosos, dense ó no se den de ellas cuenta, se las hacen seguramente cuantos viven influídos por los sentimientos de holganza y de lujo que provoca nuestro estado social de rapiña y de privilegio.

Entre los chinos es de una exquisita elegancia el no cortarse las uñas, dejándoselas crecer y cuidándolas con cariño y paciencia; siendo la razón de esto la de que el llevarlas largas es señal de que no se trabaja con las manos, de que el elegante ungulado no necesita dedicarse al trabajo *servil*, único de que se nos ordena descanso, y de que puede, por lo tanto, dedicarse á hombre de rapiña. Y esta moda chinesca, símbolo, aunque al parecer insignificante, muy significativo de un sentimiento de barbarie propio de un amo de esclavos, esta moda, digo, ha arraigado entre nosotros.

No otra cosa significan, ni son más que largas uñas de elegancia chinesca, la mayor parte de las modas, maneras y usos de la *buena sociedad*, el gastar ortografía inclusive, como el gastar corbata. Son medios de que para distinguirse del pueblo *inculto* y *grosero*, mediante gestos, muecas, visajes, pendejos, cintajos, colgajos, plumajes y exterioridades, se sirven los que en nada se distinguen de él por la interioridad, los que le son inferiores en muchos respectos, y, sobre todo, en el principal de ellos, en la aptitud para trabajo socialmente útil.

¡Cuánto tiempo perdido en aprender futilidades y hasta desatinos que no tienen otro objeto que hacer al hombre *presentable en sociedad escogida!* ¡Qué años tan hermosos y qué energías tan frescas, malgastadas en dar á los sentimientos y á las ideas un mero barniz de falsa *finura*, para que no nos confundan con los pobres que gastan callos en las manos! ¡Qué martirio aquel á que se somete á los pobres niños para que no sean *ordinarios*, sin que por eso lleguen á *extraordinarios* jamás! ¡Qué feroz insistencia la de los padres y los maestros en torcer lo derecho y corroborar lo torcido de sus naturales instintos! Desde que, aún mamoncillo, se le está impor-

tunando para que no se sirva de la mano izquierda, hasta que se ve obligado á las veces, y aun contra su gusto, á aprender á bailar el rigodón ó á jugar al tresillo, ¡qué *via-crucis* de estupideces! Y es lo peor que, una vez que ha aprendido una cosa, quiere soltarla, venga ó no á pelo; quiere hacer uso de sus pendejos raídos; quiere embozarse en andrajos deshilachados, aunque no le abriguen. Tanto como se nos enseña, nadie lo hace á que sepamos olvidar, porque pocos meditan en que la ciencia verdadera se basa sobre el saber ignorar y olvidar. Los que han aprendido nuestra tradicional ortografía, ¿van á desperdiciar el resultado del esfuerzo empleado en aprenderla?

Dicen los pregoneros de la ortografía fonética, que el aprender la oficial hoy, supone una gran pérdida de tiempo y de energía mental. Tanto mejor. El saber ortografía probará así que se ha podido perder tiempo y atención en aprenderla; que la madre no ha necesitado al niño en casa ó en el taller; que el feliz que no se equivoca al escribir *alhaja*, no se ha visto obligado á ir de pequeñuelo á la fábrica, á que le estrujen para alimentar con su jugo al pobrecillo que tiene que aprenderse la lista de los reyes visigóticos; que puede darse el lujo de gastar uñas chinescas, en fin. ¡Desdichados los dos: el que cuida de la máquina y el que aprende las reglas para saber cuando hay que poner *b* y cuando *v*! Lo que redima al uno, redimirá al otro.

Hasta hoy, los reformistas sólo la han emprendido con algún brío en contra de la ortografía tradicional, en contra del latín, y de cuatro cosas más. Pero ¡cuánto reformable! ¡Qué inmensa balumba de conocimientos inútiles para la generalidad, y más inútiles aún tal y como se enseñan!

Es frecuente oir: «Debe usted hacerle bachiller; adorna mucho y da cultura». ¿Cultura? ¿Cultura el aluvión de fórmulas muertas é ideas empedernidas? ¿Cultura al espíritu el gerundio y las oraciones de infinitivo, y de *sum*, y el polipote, y la metonimia, y *bárbara*, *darii*, *ferio* y *baralipton*, y la lista de las dinastías egipcias ó de los reyes visigodos, y los motes

de cuatro bicharrajos, y la descripción de la máquina de Atwood? ¡Pobre cultura la de las generaciones en cultivo!

El hombre *culto* y *bien educado* bachillerescamente, no sólo es incapaz de manejar un martillo ó un hacha, si alguna vez le fuere preciso manejarlos, sino que á lo mejor desprecia de corazón al que los maneja y escribe *ombre* sin hache.

Y el *culto*, no sólo no sabe servirse de un martillo—cosa que nada tendría de vituperable,—sino que tampoco de su entendimiento para comprender lo que el martillo significa. No comprende el *hecho* más insignificante, el verdadero hecho, el palpitante hecho de carne de la Naturaleza, el que chorrea vida, y no el miserable engendro que como tal le dan en letras de molde, llamando hechos á meros relatos de ellos. Suele ignorar que la materia de la ciencia la tiene en derredor, que se codea con ella á diario; y en el asunto de que más especialmente vengo tratando, suele ignorar que el pueblo es el verdadero maestro de la lengua; que el disparate del docto, es más disparate que el de Juan Pueblo; que no hay academias, ni gramáticas, ni erudición, ni escuelas que valgan contra la ley de vida.

¡Cuánto podría decirse acerca de todo esto! ¡Cuánto acerca de ese constante empeño que tiene el *caballero* de distinguirse del *hombre*, título el más noble!

Adoptar una ortografía sencilla y fácil, que haga imposibles las faltas ortográficas, es algo así como adoptar un uniforme. Y si no nos distinguimos por el traje, ¿qué será de nosotros? Si al que lleva levita, se la quitan, y con ella la ortografía y el bachillerismo, y le cortan las uñas chinescas, ¿qué queda del *caballero?* Le han quitado el caballo al caballero: queda un simple hombre.

La verdad es que si los tres maravedís de latín que nos propinan, y las reglitas para saber cuando hay que poner *b* y cuando *v*, no son una especie de uñas chinescas, no vemos bien ni para qué sirve todo eso, ni qué alimento de enjundia dé al espíritu sano.

MIGUEL DE UNAMUNO.

CRÓNICA INTERNACIONAL.

La elección presidencial en los Estados Unidos. — El sentimiento europeo á este respecto.—Los reaccionarios de nuestro continente. — Las elecciones presidenciales y las herencias regias.—La levadura puritana.—El Ohio, patria de Mac-Kinley; sus caracteres históricos.—Movimiento religioso europeo generador de los Estados Unidos americanos.—Mac-Kinley, cuákero y republicano, comprometido en sustentar estos progresos.—La política del Evangelio.—Influencia de los Estados Unidos en Europa. — Causas de esta influencia. — Tradición presbiteriana.—Desvíos de esta grande tradición.—Imprescindible necesidad de volver á ella. — Bryan y Mac-Kinley. — Europa. — Las revelaciones de Bismarck.—Necrología del partido republicano europeo.—Las cuestiones intercontinentales de Oriente y Occidente.—Reflexiones.— Conclusión.

I

Las miradas de todos los europeos hánse vuelto en estos días corrientes hacia el Nuevo Mundo, con motivo de la elección del cabeza ó jefe en los Estados Unidos. La muchedumbre de reaccionarios, á quienes aturde la grande actividad política de un pueblo libre, como puede aturdir la máquina del vapor al indio de la canoa, buscan por doquier manchas que ponerle y crímenes que atribuirle á este gran pueblo, porque desarrolla la democracia, la República, la libertad, en régimen industrial, donde sin reyes hereditarios ni clero estipendiado, al revés de Inglaterra; sin ejércitos innumerables, al revés de Alemania; sin diarias conquistas, al re-

vés de Rusia; sin recelos de guerras intercontinentales, al revés de Europa, se funden diversas razas en la obra común de un trabajo incesante, trabajo creador y divino, al cual debemos desde los pararrayos que conjuran y descargan las tempestades del cielo, hasta la luz eléctrica, que parece como un anillo de materia radiante puesto al planeta, la obscuridad en su seno, conjurando así como la noche del espacio infinito. Francamente, viejo y tenaz republicano, me admira un pueblo industrial, un pueblo mercantil, un pueblo trabajador; acostumbrado menos que ningún otro pueblo á las leyes artificiosas y restrictivas de las leyes naturales; capaz de no resentirse ni quebrantarse á las expansiones del individuo entregado á sí mismo en los derechos individuales ni al ejercicio de la soberanía depositada en todos, mediante los decretos del sufragio universal; hacedor de un gobierno impuesto por cada uno á la totalidad y suma de aquella confederación, presidida por jefe único, producto y hechura de la pública voluntad. Que las hojas diarias de su prensa, numerosísimas como el follaje de aquellos bosques y selvas; que las reuniones públicas, semejantes al oleaje oceánico; que las contradictorias, y sin embargo, tenaces aspiraciones de la Humanidad hablen allí con voz de trueno; que tenga su política las contradicciones de su territorio, extendido desde los hielos del Polo á los incendios del trópico; que, para domar mares tan tempestuosos, ríos como mares, vientos asoladores como un ciclón perpetuo, el hombre se haya convertido en un Hércules y un Teseo, semejante á los que purgaran la tierra de monstruos en tiempos mitológicos, únicamente pueden decir esto: allí baja cada día más el tipo feudal de los conquistadores y sube cada día más el tipo moderno de los industriales; desciende la guerra y sube á su vez el trabajo. Mientras dura la elección, parece caerse la máquina celeste; dislocarse la tierra con los estremecimientos de la pelea; dementarse los electores, remangándose los brazos para dejar el boletín de su voto y asir la cuchilla del guerrillero; trocarse cada *meeting* en un ejército de rebeldes, y

cada procesión cívica en un llamamiento á las revoluciones, hasta que, acabada la contienda, todos aquellos agitados cesan en sus pasajeras neurosis, para prestar acatamiento á las leyes, obedecidas con obediencia ciega, y todos á una reconocen la voluntad general en el designado por su voto, aunque le haya sido contrario, pues al gobierno de los pueblos libres concurren tanto las mayorías como las minorías, dado el desarrollo de las fuerzas contradictorias, cuyas combinaciones mecánicas producen á un mismo tiempo la estabilidad y el progreso. Aunque hayan querido los opuestos á las libertades humanas encarecer la perturbación de los ánimos, las amenazas de los partidos próximos á desmandarse hasta llegar á las manos, los tumultos y aun los asesinatos para desacreditar á los gobiernos electivos, no recuerdo elección presidencial que haya costado tanta sangre cuanta costaran la guerra española entre los Austrias y los Borbones por la herencia de Carlos II; la pragmática sanción autorizando el reinado imperial de María Teresa; las competencias horrorosas en que tres generaciones de reyes absolutos, rechazados y maldecidos por la Nación, han desgarrado nuestra nacional tierra; los conflictos cruentos connaturales á los gobiernos hereditarios en el día tremendo de traspasarse las coronas por las herencias. Todavía se disputan el desvanecido trono de Francia cuatro pretendientes: los Hannoveres, arrojados de Alemania, y los Bavieras, disminuídos por sus propias victorias, no se conforma ninguno con desgracias impuestas por el progreso á su poder y autoridad antiguos; en cada reinecillo, antaño existente, late una oposición oculta, presidida por dinastías destronadas que no pueden á su desgracia resignarse, y que detestan la unidad de Italia; los Karas persiguen á los Miloch en Servia; el príncipe que pueda recoger la corona y el tálamo de la reinecilla holandesa puede casi dar en tierra con la independencia de Holanda; á nosotros nos notifica el cien veces roto y rechazado por la voluntad nacional, D. Carlos, que alguna vez nos arrojará la guerra civil encima é inmolará

otra generación española; mientras en los Estados Unidos el candidato á quien los electores legalmente rechazan felicita por su triunfo al competidor triunfante, después de haber hecho sobrehumanos esfuerzos para vencerlo, y declara que verá en su persona el santo simulacro de las leyes patrias y el augusto personificador de la voluntad general.

II

Fué necesario que tomara institución tan bárbara como la esclavitud el terrible aspecto y proporciones que tomó, para engendrar la guerra de separación entre los Estados del Norte y los Estados del Sur, divididos y enconados, no por la elección de presidente, por destruir los unos y conservar los otros ergástulas sociales, cuya extirpación ha costado guerras y revoluciones sin cuento en todos los pueblos de la tierra y en todos los tiempos de la Historia. Eso no se repetirá. Sin embargo, creíase aquí generalmente que debía eso repetirse. Los pesimistas eternos y los reaccionarios impenitentes, los que soñaron desatentados con una República esclavista y pirata y negrera en el Mediodía, é hicieron, después de haber intentado vanamente rehacer en Santa Ana un Iturbide, trágico emperador á Maximiliano, creen todavía imposible la continuación de fuerte unidad sajona en el Nuevo Mundo. Y lo deducen de la última elección presidencial. Pero la última elección presidencial no se ha reñido por la protección y el cambio libre, como algunos acostumbran decir sin fundamento; no se ha reñido por el monometalismo y el bimetalismo siquiera; no se ha reñido por la libertad ó por las restricciones en el acuñamiento de la plata; se ha reñido por si había de predominar la política comunera ó había de predominar la política conservadora. La batalla capital no se ha librado por ninguna otra cuestión más que por la cuestion social. De un lado se han visto aquellos que desean guardar la República tal y como se

halla compuesta; de otro lado aquellos que desean innovaciones radicales, no sólo en el Estado y en la Constitución, hasta en la propiedad y en la familia. Mac-Kinley representa, con su prohibicionista protección á la industria y su presbiterianismo antiguo, la vieja tradición republicana, siempre reaccionaria en Economía política, pero siempre cristiana en religión y siempre conservadora de las instituciones libres, amadas con una fe viva en su virtud ó con una esperanza en su perpetuidad, muy parecidas á la fe y á la esperanza religiosas. La Religión, en los Estados Unidos, por lo mismo que no tiene ningún poder oficial, tiene un poder moral incontrastable. No puede negarse que así como el luteranismo engendró las Iglesias monárquicas de Alemania, Francia é Inglaterra, el calvinismo engendró las Iglesias republicanas de Suiza, Holanda, Escocia y América. Calvino influyó en Knox de un modo soberano; Knox influyó en Escocia; Escocia influyó en Inglaterra; é Inglaterra, bajo el ideal de estos dogmas, conocidos con el nombre de dogmas presbiterianos y puritanos, fundó su fugaz República de Cronwell, la cual, una vez concluída, emigró con los peregrinos, transportados por la Flor de Mayo, á tierras de América, implantando allí sus instituciones progresivas, todas ellas consecuencia natural del gran movimiento democrático cristiano, que parecía extincto en la hoguera de Savonarola, donde creyó consumirlo para siempre la ciega imprevisión de los Pontífices romanos. Reconócese como uno de los caracteres propios del protestantismo británico la descomposición interior, á virtud del pensamiento libre individual, en sectas múltiples, pues aunque las Iglesias presbiterianas aparentan más rigor dogmático y religioso que las otras sectas protestantes, no puede, no, negarse que abren, por su propia naturaleza, vado mayor aún á la libertad de pensamiento. Aquella Iglesia episcopal británica, tan fuerte de suyo por su organización y por su historia; tan rica en copia de bienes, donativo de la nueva Monarquía, casi eclesiástica, fundada por Enrique VIII; con sus dos grandes jefes, cuyas rentas recuer-

dan las antiguas rentas de los obispos toledanos; con tanto poder y tanto prestigio, no ha podido impedir la división del clero político y oficial en Iglesia baja y alta, en ritualismo que frisa con los ritos usuales entre las gentes católicas, y en unitarismo, que frisa con las fronteras de los sectarios arrianos y racionalistas; no ha podido preservarse de que unos fieles vayan á Canossa en busca de retrocesos románticos, mientras otros fieles, por la grande latitud de sus interpretaciones, al cristianismo liberal; no ha podido impedir que los metodistas fundaran otra nueva clerecía como los Batistas, con presupuesto cuantiosísimo y legiones de misioneros, las cuales dan á tal organización religiosa y á sus semejantes el aspecto de una sociedad organizada, con su espíritu propio; no ha podido impedir ni los puritanos, ni los cuákeros, ni los moravos, ni los adventistas, que aguardan ver cómo se rasgan las nubes del cielo y desciende por segunda vez el Crucificado á la tierra, ni los universalistas, quienes, reproduciendo la doctrina de Orígenes, confían en que la sangre del Calvario apague las llamas del Infierno y Luzbel recobre su perdida hermosura en la venidera redención angélica, ni los cristadelfos, enemigos de la Trinidad y autores de un nuevo reino de Jerusalén, ciudad divina en la tierra; ni tantos otros fieles de dogmas diversos, y aun contradictorios, como pululan por tierras protestantes, mostrando la irremediable descomposición del protestantismo.

III

Verdaderamente, nosotros solemos juzgar los Estados Unidos por aquellos lados que nos tocan más de cerca, y que no son los mejores, ni mucho menos: por las regiones antaño esclavistas; por los merodeadores del mar ó restos de un filibusterismo que aún colea como el tiburón desangrado; por los contrabandistas de guerra, por los conjurados contra la pro-

ducción cubana, por las tierras de los antiguos negreros, en que la piratería y la trata se meten, como un verdadero cáncer, hasta el hueso de la región, y transcienden por atavismo hasta las últimas generaciones. Pero los Estados Unidos, con sesenta y tres millones de seres humanos, según el último censo, y que si tuvieran una población en todos sus espacios tan densa como la que habita las márgenes del Segura y del Turia, y del Llobregat y del Miño y del Mosela, contaría más gentes que cuenta hoy todo el género humano reunido; con ocho millones de ciudadanos adscritos al elemento extranjero recien llegado, alemanes, irlandeses, noruegos, italianos, esclavones, canadienses, ostenta un factor puritano, que ha sido con sus atracciones superiores el nucleo verdadero de aquella pasmosa confederación. Verdaderamente no pertenecen el Ohio, donde Mac-Kinley naciera y se criara, por su historia y estirpe, á los trece antiguos Estados constitutivos de la República en su primera aparición, y poco después de la independencia; pero confina con la yema ó flor de América, con la Pensilvania, y desde los últimos días del siglo pasado se fué poblando con hugonotes franceses y puritanos británicos, los cuales profesan ideas religiosas que son los puntos esenciales del cristianismo, y pertenecen por su limpia historia y por sus honrosos antecedentes á una de las más nobles familias con que la humanidad puede honrarse. ¡Qué poema, Dios mío, la epopeya del puritanismo! Aquellos pueblos cristianos de la Edad Media, levantándose al grito de «Dios lo quiere,» y tomando la cruz roja en su pecho, la espada en su cinto, el pesadísimo lanzón en su mano, que se iban por los desiertos y al acaso en busca del sepulcro de Cristo, y sólo encontraban el sepulcro de la feudalidad y el germen de las comunidades, aquellos pueblos, decía, no han hecho cosa tan grande como la cumplida por los peregrinos de la Flor de Mayo, quienes, lanzados á las olas para huir la intolerancia religiosa, invinieron al término de su viaje, allá en las selvas vírgenes de la joven América, los altares propios del Dios de la libertad, á cuyo

calor y á cuya luz se cuajaron en el Nuevo Mundo la democracia y la República, esas dos cristalizaciones cristianas. Dijo San Agustín: «Bendita culpa la culpa de Adán, que trajo consigo la redención de Cristo.» Pues persecuciones bienhadadas las persecuciones de Isabel I y Jacobo I de Inglaterra, que trajeron la peregrinación puritana, y en la peregrinación puritana el establecimiento y el desarrollo de la República en los senos del Nuevo Mundo. Comenzó el puritanismo bajo la reina Isabel por una protesta contra los dogmas anglicanos, llamándoles mantenedores de una liturgia muy semejante á la liturgia católica y de una jerarquía episcopal muy semejante á la histórica jerarquía romana. Al calor de tal protesta desarrollábanse allá en Inglaterra misma los principios religiosos del calvinismo y sus consecuencias republicanas. La última Tudor y el primer Estuardo comprendieron los peligros para la religión oficial y para el Estado realista contenidos en el dogma y en el pueblo puritano, y los proscribieron, obligándoles á refugiarse allá en Holanda, en Leyden, donde se aseguraba que pertenecía por derecho constituido y costumbre arraigada la libertad de creer á todo el mundo. Más tarde tomaron de la realeza tradicional é histórica bien cruento desquite con la inmolación de Cárlos I. Dígase cuanto se quiera del rigor extremo calvinista, no puede negarse que contenía los gérmenes de un gobierno libre, y que haciendo del sacerdote un delegado de los fieles, constituía el sufragio universal religioso y la verdadera república cristiana. Al mismo tiempo, en la época de su independencia, los Estados Unidos, para conseguir que todas las sectas se unieran enfrente y contra la metrópoli, separaron los elementos religiosos de los elementos oficiales, dándonos así la fórmula más luminosa que puede para la democracia universal descubrirse ahora en los celajes resplandecientes de un dichoso porvenir. Y hay que recordar estos antecedentes de la región, de la política, de la creencia, que han vencido en este grandioso combate, porque traen aparejados al nuevo presidente compromisos con la paz

y con la libertad del mundo, que no podría negar sin á sí mismo negarse, que no podría desconocer sin desconocer su religión y su patria.

IV

Quien pertenece, cual Mac-Kinley, á una Iglesia de tamaña importancia y á una religión de tanto fuste como el puritanismo y la Iglesia puritana, debe acomodar su política nacional é internacional á una serie de tradiciones casi litúrgicas, las cuales se le imponen todas con imposición incontrastable por el recuerdo de sacratísimos principios, corroborados por una serie de predecesores, á los cuales deben los Estados Unidos su poder y su grandeza. El nuevo presidente proviene del partido de Washington, del partido de Franklin, del partido de Lincoln, del partido de todos aquellos que han proclamado la política, no sólo una ciencia, no sólo un arte, una verdadera moral. Y este partido es quien ha juzgado el Código fundamental de la gran República como una derivación inmediata del Evangelio, quien ha presentado en el presidente Washington el prototipo de la magistratura cristiana, quien ha seguido los consejos morales de Franklin, aquel mismo partido que arriesgó todo el poderío de la confederación sajona en América, por el mísero esclavo perdido en las genmonias del Mediodía, y que estaba olvidado en su ignominia y en su tormento. Por consecuencia, un magistrado que lo continúa, que continúa el partido republicano en la serie del tiempo, debe continuarlo en la serie del pensamiento y de la doctrina también. Por esto, sin duda, por obedecer á la tradición del Norte, por continuar la doctrina republicana, por conformarse con lo recibido de sus predecesores y de sus atavos, Mac-Kinley pertenece al viejo proteccionismo, tan contradictorio con las teorías expansivas de las democracias, que quisieron hacer del trabajo y de la industria una especie de producto común hu-

mano regido por las leyes naturales de la concurrencia y del cambio universal. Pero, si ha debido admitir lo que para mí tiene de malo en sus cánones la tradición republicana, reconozca también y admita y practique todo aquello que tiene de sabio y bueno. Para los presbiterianos y para los cuákeros, Cristo no vale solamente por haber nacido en el mundo entre hosannas de los pastores y aleluyas de los ángeles; por las inefables adoraciones de los reyes magos, siguiendo la mística silenciosa estrella del Oriente; por haber serenado bajo sus pies el mar de Galilea, y convertido en pan las piedras del desierto; por haber visto desde su calvario rasgarse los suelos á la hora del último suspiro y desde su tumba reanimarse la yerta sangre al calor de la resurrección; es santo, es tres veces santo, es santísimo, por haber predicado la más pura moral con sus ejemplos, condensado las ideas exhaladas en las orillas del Jordán por innumerables profetas en sus sublimes labios, presentándonos el arquetipo de moral más perfecto á que deben los hombres ajustarse todos en su vida individual, y las naciones en su legislación y en su política. Por consiguiente, Mac-Kinley no puede aprobar las insurrecciones malhadadas que devuelven al tiempo de los caníbales el mar de las Antillas; no puede aprobar las piraterías, que, violando todos los principios divinos de la moral cristiana y todos los axiomas humanos del derecho internacional, sustenta en pueblos vecinos y cercanos la guerra exterminadora; no puede complacerse en que los esclavos, por nosotros redimidos, enrojezcan los fragmentos de sus cadenas rotas por nuestras manos, y nos las echen al rostro queriendo que seamos, sus redentores, bajo el peso de tan horrible infamia, quizás esclavos, pues todo puede temerse de las catástrofes aparejadas por esta infame rebeldía.

IV

En otros tiempos los Estados Unidos agitaban la conciencia del mundo europeo con la irradiación de sus ideas y con el ejemplo de sus instituciones. El popular libro de Tocqueville sobre los americanos ascendía en el aprecio público á las alturas del libro de Tácito sobre los alemanes, no tanto por su mérito intrínseco, cuanto porque oponía el famoso libro á las falsas apariencias democráticas del reinado de Luis Felipe la nativa libertad y el ingenuo parlamento sajonés, como Tácito á las falsas apariencias republicanas del imperio romano, la nativa libertad y la virtud severa de los antiguos germanos. Dos libros determinaron la revolución republicana del cuarenta y ocho en Francia, con tanto influjo sobre América, por haberle llevado, en el reflujo de nuestras esperanzas y en el comienzo de nuestras desgracias, la mejor europea sangre que ha corrido por sus venas jamás; la sangre de nuestros pensadores y de nuestros mártires. Schurz no me dejará mentir desde la eternidad, confirmando su ilustre nombre, con otros muchos nombres gloriosos, este mi aserto. Los dos libros, á que me refiero, son *La democracia en América,* de Tocqueville, y *Los girondinos en Francia,* de Lamartine. A pesar del primer libro, siempre se le daba en rostro con la esclavitud á los Estados Unidos, negra mancha de sus luminosas estrellas. El pensamiento humano volvió á encontrar en América un ideal cuando la vimos ofrecerse resuelta en holocausto á la guerra para expiar el crimen social cometido por los piratas negreros y por los mercaderes de carne humana. Tocqueville había muerto allá por el año sesenta, al sonar esta hora sublime, y Lacordaire, el inspirado y elocuente dominico, debía reemplazarlo en su sillón del gran Senado literario, en la Academia francesa. Nosotros no comprendemos el interés que las altas clases parisienses, con especialidad las cla-

ses literarias, toman por una sesión del Instituto, como no podemos comprender el cuidado y atención sostenidos con que acude á comentarlas la prensa de Francia, especialmente la prensa de París. En este caso, interés y cuidado se redoblaban, por hablar el más elocuente y más orador entre los vivos entonces en la orden de predicadores, y tener que contestar á su discurso de recepción académica, con el discurso de presentación y de bienvenida, otro no menos grande orador, apartado de la política tres lustros y el hugonote y severo Guizot. Semejante particularidad, sólo posible ahora, en esta época del derecho humano y de la libertad religiosa; semejante particularidad, el diálogo en público entre un fraile perteneciente á la orden fundadora de la Inquisición, y un hugonote salvado con sus padres y predecesores del terrible degüello de San Bartolomé, concentró el espíritu europeo con tanta fuerza en aquel acto y en aquellos discursos, que yo recuerdo haberme representado el primero en la imaginación, exaltada por esta concordia entre dominicos y sus víctimas, entre inquisidores y hugonotes, y haberme aprendido de memoria casi en mi lejana juventud, y hasta recitado páginas enteras de uno y otro, diciéndolas por medio de improvisada traducción española, oída con silencio religioso por aquel cenáculo de republicanos y demócratas, medio donde se prestaba culto diario á los ideales progresivos de la política y á los humanos principios de la ciencia. Los dos mayores oradores, el uno de sentimiento y el otro de razón; sus dos inspiradas arengas, la una, la del fraile, muy arrebatada y fluída, la otra, la del protestante, muy austera y pensada; con deliquios de místico hispano la del inspirado Lacordaire, con frases algebráicas de calvinista muy austeras la del razonador Guizot, convenían en que, así como el resultado de toda la civilización y toda la filosofía clásicas fuera el derecho romano, fundador de la sociedad civil que debía subseguir á sus fórmulas y á sus códigos, el resultado de toda la civilización y de toda la teología cristiana era la República por los puritanos y por los peregrinos establecida del otro

lado del Atlántico, asegurando los derechos humanos y erigiendo un templo sublime fundado sobre estos derechos al dios de la libertad, revelado por las páginas de sus santos Evangelios. Como dos líneas paralelas, la teología del africano San Agustín, reveladora del dogma de la gracia, resucitada por Lutero y Calvino, así como la teología del dominico Santo Tomás, reveladora del libre albedrío, casi pelagiano, que parecía no podrían jamás juntarse, juntábanse, y completadas por el puritanismo sajón, formaban un triángulo como el que ponen sobre la cabeza del Eterno Padre nuestros pintores, en sitio tan laico y profano como aquella grande Academia, donde Condorcet esbozara la palingenesia del progreso universal, con espíritu enemigo del cristianismo, y Voltaire se riera de todos los teólogos y de todas las teologías. Frente al postrer imperio napoleónico, aquel fraile casi místico, y aquel hugonote casi filósofo, presentaban la democracia, la libertad, la República en el Nuevo Mundo, no sólo como norma y modelo de libertad á la moderna, como resultado de una idea, que, viniendo de dos fuentes tan puras como los libros de Moisés y los libros de Plutón, es decir, desde Jerusalem y Atenas, pasando por Alejandría y por Nicea, que le dieron el verbo, y por la sacra Roma, que le dió la organización y el derecho canónico, después de haber arruinado en Europa todas las naciones civilizadas, extendiéndose por América, trazó esta trinidad humana: la República, la democracia, la libertad, reflejo en el planeta de la celeste Trinidad.

VI

Amemos á las naciones progresivas. El pueblo que ha iniciado, como nuestra España, todo un desconocido continente inmenso en la civilización cristiana; el que ha removido, como Francia, en sus entrañas el humano espíritu y promulgado á costa de inenarrable dolor los derechos individuales en el hom-

bre y la soberanía nacional en los Estados; el que ha establecido los gobiernos parlamentarios y limpiado los mares de piraterías, como el horrible comercio de negros, cual acontece con Inglaterra; el que ha dado un ejemplo práctico de sólida y duradera República, como Suiza, pueblo maestro de los peregrinos diseminados en América para establecer allí un régimen cual aquel evangelio práctico por Holanda primeramente aplicado y transmitido así á Ginebra como á Edimburgo, las cuales, por su parte, lo transmitieron á la Inglaterra de Cronwell y á los Estados Unidos de Washington, bien merecen que fijemos sus nombres como estrellas en los cielos del tiempo, y les digamos cuánta confianza nos asiste ahora en que sabrán sostener y conservar una obra como la civilización universal, erigida por todos con tanto esfuerzo, y en cuyas aras humean los holocaustos cruentos de los mayores y más terribles sacrificios. Hay Estados progresivos, como hay Estados reaccionarios. Aquéllos me parecen la verdadera luz; éstos me parecen las tinieblas en toda su horrible intensidad. No puede dudarse, por ejemplo, que el Austria de Metternich, allá cuando ayudaba con sus esbirros á mantener el despotismo de Turquía sobre los pueblos danubianos, y remachaba los clavos de Polonia en emulación y competencia con los czares moscovitas, y empuñaba las llaves del calabozo donde yacían Venecia y Milán, descoyuntando á Italia en el potro de sus tormentos y manteniendo á Hungría sierva, personificaba una reacción espantosa, por la cual ha merecido de cuantos amaran el progreso moderno, las maldiciones que lanzaron los profetas hebreos á la frente de los dioses engañosos, y á las coronas de los tiranos asiáticos. Pues algo semejante sucede con esa Turquía, inmóvil y ciega y muda; con un libro y un comentario perpetuo á ese libro como única ciencia, regida por un califa ó pontífice á caballo, que lleva en su puño la cadena de cien pueblos esclavos, chocando perpetuamente con la letra de suras por extremo negras, como todas las noches del luminoso espíritu; sin resquicio alguno permitido á ese aire vital que denominamos

espíritu de nuestro siglo á y esa luz etérea llamada idea progresiva, no pudiendo salir del despotismo arriba y de la servidumbre abajo, sino por su desaparición y por su muerte. Y á este mismo tenor la India, donde, á pesar de la difusión del cristianismo, aún subsisten las castas; el Imperio chino, cerrado á toda comunicación y comercio con el mundo, así como adscrito á ciega rutina que presta tristísimos aires de imitación inferior á su cultura; el Imperio marroquí, amén de los diversos régulos mahometanos, representan la oposición á esta movilidad que debemos contemplar para saber cuanto vale y significa el impulso progresivo que nos mueve hacia la realización del ideal, y que ha removido con sus corrientes eléctricas desde las bases del suelo hasta las cumbres del espíritu. No evoco esta diferencia entre los pueblos progresivos y los pueblos reaccionarios por el placer mero de á cuento traerla; evócola por advertir al presidente de los Estados Unidos cuál suerte á éstos les reserva, si convierte su temperamento industrial en temperamento conquistador; su temperamento progresivo en temperamento reaccionario, y quiere lanzarse de cabeza en guerras, las cuales acabarían por extinguir su libertad y aniquilar su patria. Según la distancia, según la historia, según la sangre que les riega, según el ministerio que debían desempeñar en la historia, no se hallaban pueblos tan apartados, como en el espacio y en el tiempo, en el pensamiento y en el espíritu, cual estaban la España de Carlos III con la Francia de Luis XV, y los pueblos americanos del Norte, nacidos y criados bajo las dos alas de un espíritu evangélico y protestante, con el cual nada tenían que ver ya los franceses, y menos todavía nosotros, los españoles, ó sea los católicos más intolerantes y más intransigentes de todo el planeta. Restringiendo nuestro pensamiento á Francia, donde la idea y el espíritu anglo-sajonés de América tuvieron influjo que nunca en España obtuvieran cuando luchaban los puritanos escoceses con la tiranía stuarda; dirigida Francia por los afines de tal dinastía, denominados Borbones, apenas le interesaban aque-

llas protestas que buscaban en el Nuevo Mundo un Estado libre para sí y un templo sacro para su Dios. Sobrevino, como el francés entonces, que, revocando un Luis XIV el edicto de Nantes, cuyas concesiones constituyeran la gloria del inmortal Enrique IV, persiguiera de muerte á los hugonotes, no podía interesarse mucho por los acosados peregrinos. La blanca Flor de Mayo, donde iba la peregrinación, escapada con tantas dificultades á la intolerancia y al despotismo; la nueva Inglaterra, por ideas de Lochke regida, las cuales únicamente llegaban á noticias de nuestros sabios, perdidos en las inaccesibles alturas á donde no llega el común de los hombres; aquellas costumbres de libertad llevadas por el cuákero Penn á la Pensylvania, y bebidas en las tradiciones inglesas, no podían interesar á quien tanto de todo ello distaba por su complexión y por su historia. Y dada tal distancia, una interrogación se impone á cuantos, estudiando la Humanidad, se consagran al conocimiento del influjo de unos pueblos sobre otros, así como al cálculo de la órbita que todos siguen, y al peso del poder de todos ellos en la gravitación social: ¿conocéis algún pueblo que haya ejercido sobre los demás pueblos el influjo que los americanos y su revolución ejercieran sobre Francia en el siglo pasado y sobre la crisis más profunda y más transcendental de toda su historia, sobre la revolución francesa? Sucedió este milagro, porque América representaba el progreso. No sucediera si América hubiese representado la reacción. Extendidos los Estados sajones desde la bahía de Hudson al golfo de Méjico; regados por grandes ríos como el Missisipí, que parecían mares interiores; poblados por gentes activas é industriosas, habían menester estas gentes la libertad completa de asociarse y de regirse á su guisa, consecuencia inmediata de la libertad de creer y de la libertad de producir. No se puede dar igual habitación al solitario león de las selvas que al enjambre laborioso de las abejas. Aquél necesita las cavernas, y éstas necesitan la colmena. Los puritanos que habían fundado á Boston, los cuákeros que habían fundado á Filadelfia, los ca-

tólicos que habían arraigado en el Maryland, llevaban un objeto capitalísimo: guarecerse contra toda persecución religiosa que les asaltara la involuble conciencia; trabajar y producir en plena libertad. Factorías mercantiles y sociedades religiosas, tocaban en los dos extremos de la vida, y necesitaban á una, en ambos, la fecunda y creadora libertad. Así ejercieron tal influjo. Había en este influjo muchísimo de universal á Europa, como de particular á Francia. El engrandecimiento de la tierra por los españoles hacía que no fuera fácil sujetarla en perpetua tutela y que la necesitasen las diversas regiones para comunicarse por la navegación y por el comercio. Se cambiaban así los productos, y se cambiaban las ideas. Mientras el combate pide la ordenanza y la obediencia, el trabajo pide la libertad y el derecho en todas sus manifestaciones. Hay que sujetar el soldado á una disciplina y á un jefe indiscutibles; hay que dejar al industrial y al traficante sus manos desligadas y libres. Sobre la tierra inmóvil é inerte se arraiga con suma facilidad el castillo feudal, pero no sobre las movibles barcas y las cambiantes olas. No puede sostenerse la guerra cuando se muestra la necesidad que tienen los hombres unos de otros, y la solidaridad de todos en estos tres elementos capitales, tan creadores como progresivos: industria, comercio, trabajo.

VII

Así es el asunto de los asuntos la elección presidencial en los Estados Unidos. Grande doctrina se recogiera en ellos largo tiempo. Y saludable á la verdad esta influencia de los Estados Unidos fuera bajo el aspecto liberal y democrático en este nuestro viejo continente. Pero faltaríamos á las verdades objetivas que revela el tiempo, y á la conciencia de publicistas que nos asiste siempre, si no dijéramos cuanto y cómo esta influencia se halla de quebrantada y de perdida por culpa de los Estados

Unidos, culpa no imputable, como suele suceder con muchas culpas colectivas, á ningún factor, á ningún elemento, á ningún principio que no se halle dentro de ellos mismos. En primer lugar, desde que pasara tal República desde las anexiones más ó menos voluntarias, pero siempre pacíficas, á las predaciones violentas, arremetiendo con vecinos débiles y acaparando territorios fuera del alcance de su poder é influjo, le predijeron todos cuantos conocen la moral en el mundo, que pasaría por trances muy amargos á plazo bien breve y sufriría dentro el azote de las plagas y calamidades que había esgrimido fuera. Cuando sus huestes conquistaban una parte de Méjico; y filibusteros pertrechados en sus playas, como si el Nuevo Mundo á que arribaron los puritanos se hubiese trocado en nido de piratas, se abatían sobre todo el centro de la América española y sobre todo el mar de las Antillas y de los Caribes, en husmeo y atisbo de sus codiciadas presas, como si tuvieran alas de águila rapaz y voracidades de tiburón hambriento, veíase con pena por todos los previsores á una cuán pronto tales merodeadores se volverían contra los mismos que les azuzaban al pirateo y á la conquista. Consecuencia de todo esto fué trance, como aquel horrible de la expedición del *Virginius*, en que habilitaran los enemigos de la patria barcos que se decían americanos é izaban el pabellón de las estrellas luminosas, para combatir y atacar una República hermana, como la República española, en el momento de abolir ésta la esclavitud en sus dominios y prepararlos á un régimen muy superior al régimen de los Estados Unidos, porque nosotros no sentimos el injusto amor que sienten los anglo-sajones al privilegio, y no quitamos en respeto y consideración social á los esclavos redimidos y á los negros libres, aquello que les concedemos en derecho civil y político. Hoy, á todas horas, contra los códigos de la moral humana, contra los preceptos de la religión divina, contra los principios del derecho internacional y los tratados existentes entre nosotros, los buques filibusteros se deslizan de los puertos americanos, por los mares del

trabajo creador y del comercio universal, alimentando una rebelión parricida, una guerra civil espantosa, que ya estaría terminada sin esos terribles cooperadores, sin esos criminales auxiliares, indirectamente consentidos por las débiles autoridades americanas, cuando no bajo cuerda y en la sombra fomentados con un maquiavelismo impropio de quienes llaman á su política la política de Cristo y pretenden aplicar á la sociedad y á la vida los preceptos del Evangelio. Y aun ha pasado más: aún ha pasado que Cámaras conocidas por su propensión al arbitraje y por sus tendencias favorables á la paz universal, se han permitido intervenir, contra el principio democrático de no intervención, en nuestros asuntos interiores, y han insultado nuestro nombre con nuestra bandera, el nombre y la bandera del pueblo que, después de Dios, ha hecho á América, exponiéndonos, ciegos y crueles, á una guerra, la cual podría comenzar en un choque tremendo entre dos Estados y podría concluir en un choque tremendo entre dos continentes. Todas estas deserciones á la humanidad y al progreso hay que poner en la cuenta de los Estados Unidos, y por todas estas deserciones, el ideal otros días bendecido, como encarnado en América, va extinguiéndose cada día más en el horizonte de las esperanzas democráticas, y la constante aclamación antigua tornándose aborrecimiento y queja.

VIII

Háse mostrado esta situación de ánimo especialmente ahora que la opinión europea, en vez de resolverse por Mac-Kinley contra Bryan, como se resolvió por el heroe y mártir Lincoln contra su competidor, en aquellas elecciones cuyas virtudes arrastraron y merecieron el interés de la Humanidad, háse quedado indecisa entre uno y otro candidato, estimándola un mal mayor ó menor, según las ideas é intereses de cada político, pero siempre un mal manifiesto. No puede mirar el mundo

con benevolencia de manera ninguna esos aranceles prohibitivos á lo Mac-Kinley, que aislan al pueblo de la industria por excelencia del resto de los pueblos, y ponen la República y la democracia y la libertad, radiantes y comunicativas por sí, humanitarias y universales, tras un cordón de aduaneros y un muro de aduanas, sólo comparables al murallón erigido por China contra los tártaros para encerrar su imperio y convertirlo así en inmenso recluso dentro del mayor monasterio que han visto los siglos. ¿Elogiaran Tocqueville, Guizot, Gerrinus, Lacordaire, Laboulaye, Bright, grandes oradores y publicistas del siglo, América, según la elogiaran, si entendieran había de parecerse, por algún lado, sobre todo por el lado mercantil, á China? El régimen económico representado por Mac-Kinley daña mucho á todos los pueblos, sin excepción alguna. Y no sólo daña el régimen económico al comercio terrestre, usual hoy en los Estados Unidos; daña su régimen electoral á todas las instituciones electivas. Se comprende y explica en pueblos de larga dominación absoluta la torpeza y hasta la depravación en los comicios; pero allí donde tan largo ha sido y tan provechoso el régimen opuesto, no puede ahora explicarse, sino por una perversión de las antiguas ideas, que ha traído una perversión de las antiguas costumbres, tamaño retroceso. Cuando vimos hace poco subir hasta la presidencia un estadista, quien aparecía hechura de la corrupción y del fraude, nos pusimos á temblar todos cuantos queremos sustituir al régimen de las herencias el régimen de las elecciones en Europa. Y no menores sospechas nos infunden las relaciones internacionales de la República sajona con todos los pueblos, y especialmente con los pueblos republicanos y españoles de América. Ese partido que se va por las islas del Pacífico deponiendo gobiernos legales y tentando las ambiciones filibusteras; que desempolva los tratados relativos á la compra de las islas danesas en los mares vecinos; que pretende tener autoridad igual ó superior á la de sus legítimos poseedores sobre las corrientes del Orinoco y sus bocas; que aún hoy suele codiciar más conquistas en

daño de las tierras mejicanas; que pesa con descaro sobre las guerras interiores de Chile y sobre las revoluciones continuas del Centro; que regatea la bahía de Samaná volviendo á la doctrina de que los Estados son como patrimonios ó predios particulares, doctrina feudal, y puede venderlos una generación en detrimento del honor de las generaciones pasadas y del porvenir de las generaciones futuras; que atiza el movimiento rebelde allá en Cuba y la martiriza con sus filibusteros; que se burla de los pueblos españoles en América proponiéndoles, unas veces con halagos y otras veces con amenazas, el *zolverein* americano y la hegemonía sajona, ese partido ambicioso é inquieto puede torcer los Estados Unidos hasta despojarlos de su carácter industrial y prestarles carácter conquistador, el cual, por aquello de que cada cosa engendra su semejante, destruya la República de los peregrinos y llegue á trocarla en un imperio de piratas. Lo más grave, lo más terrible, lo que mayores angustias causa en la humanidad, muy necesitada de conservar sus pueblos progresivos, es ver cuales síntomas han ofrecido las últimas elecciones, de una parte los republicanos, pero con carácter proteccionista, con carácter de socialismo mitigado, y de otra parte los democrátas, librecambistas puros, pero con carácter claramente socialista, al cual podrán dársele todas las apariencias progresivas demandadas por sus sectarios, pero que no traerá por eso menos en su fondo la reacción y el cesarismo; de una parte los capitalistas exagerando sus derechos y sus fuerzas, indispensables á la sociedad, hasta conseguir hacerlos odiosos en una gran porción del mundo, como le sucediera cuando exageró su propiedad el patriciado antiguo frente á las pretensiones justas del admirable Cayo Graco; y de otra parte los demagogos, parecidos á Cleon y á Druso, y á Catilina y Babœff, exagerando los derechos y las fuerzas del jornalero, hasta infundir sospechas á los buenos del asomo de una situación como la situación creada por los comuneros revolucionarios en París, la cual no hiciera merced á competencias regionales entre Oriente y Occidente, merced á

competencias de clases, como las empeñadas entre industriales y agrícolas, merced á competencias sociales entre patronos y jornaleros, otra salida que una en revolución abajo y arriba la dictadura, surgiendo para organizar ésta y detener aquélla un imperio militar y cesarista, bajo cuya pesadumbre acabaría la libertad y se detendría el progreso de América, tan útil y saludable al progreso universal. Para meterlo todo en caja y devolver á su patria el esplendor amenguado entre tantos errores y faltas, necesita el vencedor no exagerar las ideas proteccionistas, no proteger las maquinaciones filibusteras; no llevar allende lo justo las resistencias al bimetalismo, que podría restaurarse bien por un concierto y convenio entre todos los Estados del mundo; no levantar monopolios como los que quieren por la izquierda los argentistas en el privilegio pedido de vender ellos solos sus productos con un precio ficticio al Estado, ni consentir el monopolio de los fabricantes, que quieren vender sus respectivos productos al pueblo con precio exagerado, á la sombra de los aranceles; no tolerar las expediciones á Cuba, que podría con tanta facilidad evitar volviendo á una buena política, la cual completaría el honor que le dan á la democracia sajona su República y sus libertades, con la cosecha de una gran prosperidad. Si así lo hace, que Dios se lo premie, y si no lo hace, que Dios se lo demande.

IX

Como habrán mis lectores visto, en estos recuerdos, por una piadosa costumbre, ya larga, pago el tributo de mi cariñosa conmemoración á mis muertos, mostrándoles hasta más allá del sepulcro mi amistad indecible. Se ha muerto Challemel-Lacour, y al morirse deja vacío del espléndido luminar de sus ideas una gran parte de nuestro hemisferio intelectual. Cuando supe la noticia, que malhería mi corazón, afligido por penas anteriores, telegrafié al ilustre presidente del Senado

francés mi dolor por tal desgracia, expresando en cuánto estimaba yo el mérito de una inteligencia tan grande, así en la filosofía como en la política. Los diarios comunistas y los diarios monárquicos, que no han podido perdonar al muerto sus servicios á la República templada y al orden público, tacharon de hipérboles castellanas mis sinceros juicios respecto de un sabio y de un orador tan grande. Si hubieran observado estos mis críticos la marcha del pensamiento moderno con la constancia y atención que les presto yo, estimarían en su justo valor el cómo y el cuánto de lo que Challemel ha servido á la ciencia y ha honrado la tribuna. Perteneciendo á la familia de sabios que puso en contacto la inteligencia del mundo latino con la inteligencia del mundo germánico, ha dejado en la cultura contemporánea una estela inestinguible. Lo mismo su libro respecto de la filosofía liberal sustentada por un individualista del temple de Guillermo Huboldtx, digno hermano del inmortal Alejandro, que su libro respecto de la filosofía pesimista del célebre Schopenhauer, merecen el estudio y admiración de las gentes latinas, pues les revelaron lados y fases del pensamiento humano inaccesibles á muchos otros pueblos por carecer de reveladores tan luminosos. Estos ilustres franceses, que han pugnado por llevar luz meridional á los senos de la ciencia germánica, tan obscura, merecieron bien de la humanidad y revelaron á los mismos germanos muchas indescifrables cifras de los jeroglíficos trazados en las aulas por los intrincados pensadores de allende el Rhim. Boehemer, ilustre catedrático de lenguas y literatura neo-latina en Estrasburgo, solía decirme que cuando intentaba estudiar bien los libros de Kant, optaba por la traducción francesa de Julio Barni, mucho más clara y comprensible para él, alemán, que los textos alemanes del profundo y maravilloso ensayo sobre la *Raza Pura*. Pues Hægel tuvo igual fortuna con los libros franceses del filósofo italo-franco, mi admirado amigo el doctor Vera. Hablo de los méritos científicos del muerto, porque sus méritos oratorios no se contastan ya ni se olvidan por na-

die que ame la gloriosa prensa y la gloriosísima tribuna de Francia.

X

Después del asunto de la presidencia en los Estados Unidos, quedan dos grandes asuntos que tratar, á los cuales no puedo conceder el tiempo y el espacio correspondientes con su demasiada importancia. Me refiero al escándalo promovido por Bismarck y al discurso pronunciado por Salisbury. El viejo canciller no quiere conformarse con su desgracia. Le parece tan extraño haber caído desde su altísimo cancillerato á una modesta quinta de las selvas alemanas, como le pareció á Napoleón caer desde su glorioso trono en un abrasado islote de la zona Tórrida. Y no quiere que le olviden como esos ganosos de fama, siquier sea infame, á quienes les importa poco si los vejan y los insultan sin piedad, con tal que sin descanso los nombren. Habiendo despedido al Austria de la confederación germánica; dado á Italia su Venecia y á Hungría su libertad; hecho indirectamente que las tropas talianas depusieran al Papa rey, proclamando la capitalidad increible de Roma; desmembrado de Francia Estrasburgo y Metz; partido el sol de los conflictos anglo-rusos en el tratado de Berlín; salvado en vísperas de su muerte á Turquía; convertido el electorado de Brandeburgo en imperio alemán, magna cosa que nunca se intentara, ni por el gran Elector, ni por el gran Federico, no le parece bien ahora verse reducido á vegetar con su perro entre sus liebres, por un triste campo de centeno, como cualquier hidalgo de gotera, mientras el convenio franco-ruso, más ó menos explícito, no sólo destruye su misma obra, la triple alianza, cambia por completo el eje de la política europea. Un hecho no está concluído cuando se acaba de realizar, como dice la célebre regicida de Shakespeare, al ver frío el cuerpo de aquel viejo que tenía tanta sangre. La grave falta política de haber anexionado las dos provincias, parte integrante del territorio francés

y sumandos imprescindibles de la francesa nacionalidad, al suelo y al imperio, que rechazaban por patriotas y por republicanas, habría de traer, entre muchas calamidades y plagas más, la hegemonía de Rusia en Europa. Cuantos preveían lo porvenir, vieron al partido alemán de la guerra triunfante, y al jefe alemán de la política derrotado el día que las dos plazas fronterizas y sus territorios circundantes fueran disgregados del suelo nacional, y agregados al suelo extranjero. La Moscovia y su czar, á quienes sólo puede impeler hacia el Asia una verdadera confederación ó pacto diplomático entre los restantes pueblos de Europa, escandinavos, alemanes, sajones, helenos y latinos, imposibilitados por las ambiciones y las conquistas de Prusia, levantó el trono de su influencia en el centro de nuestro continente.

Y Bismarck no admitió que nunca los gobiernos, aun los absolutos, en Europa se vieran por necesidades supremas, como ahora, obligados á seguir la opinión y el sentimiento de los pueblos, opinión y sentimiento más hostiles á Germanía en Rusia que en la misma Francia. El pueblo francés ha sido un aliado perpetuo de Prusia en las guerras religiosas, en la guerra de los treinta años, que determinó el predominio de los Brandeburgos sobre los Hapsburgos, en las primeras guerras de Federico el Grande, y le costó mucho trabajo separarse de Prusia, como demuestra el horror á las alianzas con Austria, que tan caro costó á la pobre Antonieta y su esposo, y el empeño con que buscaban los jefes y directores del pueblo francés, Brisot, Roland, Dumouriez, al estallar el conflicto con las monarquías vecinas, el apoyo de Prusia, por creer imposible su inteligencia con el jefe de la coalición monárquica, su inteligencia con el emperador de Austria. Hoy el pueblo francés aparece como enemigo implacable de Prusia, pero enemigo circunstancial, por Alsacia y Lorena, cuya situación puede cambiar el día menos pensado, mientras el pueblo ruso es un enemigo eterno. Los Romanoffs estarán, por su alma y por su sangre, por esa herencia de humores y de ideas que llamamos

atavismo, con Alemania, de donde casi todos los czares sacaran las madres de sus hijos; pero el pueblo está en contra, y cuando jura odio eterno á los occidentales, jamás suele referirse ni á italianos, ni á franceses, ni á españoles: refiérese á los alemanes, por quienes se ha juzgado tristemente oprimido en su arte y en su administración. Así daba tanto precio á su alianza Bismarck, y la favoreció con su neutralidad benévola en la guerra de Oriente; y pasó por que arrancara Besaravia del territorio de un feudatario suyo, como el alemán monarca rumano, y convino en que se organizara Bulgaria del modo que á Rusia conviniera; mientras de mala gana convino en las anexiones, así de Bosnia y Herzegovina al Austria, como de Chipre á Inglaterra, y mantuvo allende lo posible la célebre amistad entre los emperadores; y cuando vió que por el tratado de Berlín y por el halago de Francia podría ponérsele Rusia enfrente, urdió ese tratado secreto, sugerido por una gran previsión de su colosal talento, aunque fuese una gran maniobra en daño de sus propios amigos; tratado secreto que acaba de revelar su garrulidad y su impaciencia, para echar sobre los intermediarios, sobre los demiurgos, sobre las segundas partes, los Cancilleres que le han sucedido á él, y los emperadores que han sucedido al férreo Guillermo, un desaguisado para su patria, como la inteligencia entre Rusia y Francia, del cual desaguisado es único responsable, porque también es único autor. No puede ya dilatarse más esta crónica; pero imposible cerrarla sin decir que ha sonado como nota de paz el discurso de Salisbury, pues las dos gravísimas dificultades con que tropezaba Inglaterra, la cuestión de Venezuela en el Nuevo Mundo, y en el Viejo la cuestión de Oriente, se resolverán por un arbitraje intercontinental aquélla, mientras la segunda por un convenio europeo. Deseemos que no se perturbe con más conflictos la paz del mundo, y no se mengüe por guerras y reacciones la libertad del hombre.

EMILIO CASTELAR.

Madrid 30 de Noviembre de 1896.

CRÓNICA LITERARIA.

Por los teatros.—Murmuremos de la crítica.—*Gente conocida*, por D. Jacinto Benavente.—Cuestión de barbas.—*Semiramis*, en el Español.—Refundiciones de obras del teatro antiguo.—*Nonadas*, por D. Alfredo Calderón.

La crítica dramática de los periódicos tiene *dos pesos y dos medidas*. Leyéndola con alguna asiduidad, vienen á las mientes el grito revolucionario: *¡guerra á los palacios, paz á las cabañas!* y la bienaventuranza evangélica que promete á los pobres de espíritu el reino de los cielos. Ambos —el grito y la bienaventuranza—parecen ser el norte por que aquella se guía en la generalidad de los casos.

Exagerado y hasta injusto sería pensar que á las obras que revelan originalidad, noble inspiración, gracia fina, observación perspicaz de las costumbres, gusto literario, sagacidad psicológica, alguna, en fin, ó varias de las condiciones que son títulos para excluir á un autor ó á una obra del montón de la vulgaridad, las miraran con prevención ó inquina los críticos, por razón de estas mismas excelencias. No tanto. Pero, con más probabilidades de acertar que de equivocarse, se puede prever que una comedia ó un drama de este género será juzgado con imparcialidad *rigurosa*..... todo lo rigurosa posible; que no se perdonará defecto ni se omitirá objeción razonable, dado caso que paren ahí las cosas y no se trate de justificar las

censuras más vulgares, erigiendo en juez supremo de las Letras, si no hay otro argumento á mano, el *gusto del público*, de interpretación tan elástica y de autoridad tan dudosa.

Pero que salga á escena una obra de las que en la intimidad se califican de disparatadas, aunque se guarde para con el público el secreto. Como la tal obra no perezca á manos, ó *á pies, de los reventadores* la noche del estreno, es seguro que no ha de emplearse en ella la rígida severidad de que no se libran, si llega el caso de aparecer sus producciones en las tablas, ni el mismo Calderón ni el propio Ibsen. Para los Comellas modernos de mayor y menor cuantía, todo será benignidad, indulgencia, propensión á buscar disculpas y atenuaciones. Para juzgar las obras de la insignificancia usan, por lo general, los críticos, espejuelos de color de rosa.

Puede alegar la crítica que reserva la benevolencia para quien la ha menester; que trata á cada uno según su capacidad, exigiendo mucho á los que de mucho son capaces; muy poco ó nada á aquellos á quienes no puede pedirse más. Podría decir también que al obrar así se acomoda á ciertas tradiciones vivas en el sentimiento popular; que copia al bandido generoso que robaba á los ricos y socorría á los pobres. Mas á los pobres con quienes tiene que entenderse la crítica no les es de socorro alguno positivo el *bombo*, para su adelanto intelectual, se entiende. Antes bien, les empobrece más, agregando á su nulidad la soberbia, á que tan inclinados son los necios cuando se ven aplaudidos.

No es esta propensión exclusiva de la crítica dramática. Puede decirse lo mismo de toda otra especie de crítica literaria, de la crítica artística, de la política, etc. Acaso en el encumbramiento—lamentado después estérilmente—de tantos personajes insignificantes que no debieron salir del montón del vulgo; académicos chirles, políticos hueros, sabios de pega..... se descubriría, allá en los orígenes, como causa primera el elogio trivial, otorgado desdeñosamente al principio, repetido después por costumbre y que al cabo hizo ganar por prescrip-

ción á don Nadie el título de eminente, de ilustre ó de eximio. Y acaso también en el deplorable afán de rebajar las verdaderas manifestaciones de superioridad, se hallaría el secreto de muchas vocaciones abortadas, de muchos esfuerzos perdidos para el bien común y la cultura general, de muchos entusiasmos que heló el ambiente de hostilidad que hallaron al iniciarse.

* * *

No recuerdo bien si en las páginas de LA ESPAÑA MODERNA he hablado anteriormente de este asunto. Mas aunque así haya sido, creo disculpable la insistencia, puesto que la cuestión conserva toda su actualidad, como ha podido verse con ocasión de los estrenos de *Gente conocida*, del Sr. Benavente, y *Semíramis ó la Hija del Aire*, arreglada por el Sr. Echegaray.

¿Ha sido injusta la crítica con estas obras? En rigor no puede decirse que lo haya sido. Pero contrasta la severa escrupulosidad que ha empleado en el examen de ellas con la bonachona indulgencia con que diariamente acoge los más desdichados engendros teatrales.

Llega ya muy tarde esta crónica para que pueda despertar interés una nueva crítica de la obra del Sr. Benavente. En vez de intentarla, haré un ligero examen de lo principal que acerca de esta comedia se ha dicho.

De tres clases son los reparos que han puesto los críticos á *Gente conocida*: unos, fundados en razones literarias; otros, en razones morales; otros, en razones *sociales;* estos últimos constituirían para el lector que no estuviese en autos un curioso y casi indescifrable acertijo.

Casi todas las censuras de índole literaria giran en torno de la falta de acción ó la pobreza de ésta, en la obra del señor Benavente. El gran agravio de los críticos es que *Gente conocida* no se sujeta á los cánones de la Retórica y Poética.

A los lectores ilustrados de la prensa (yo creo que lee periódicos alguien más que los cocheros de punto y los taberneros), les habrá hecho muchísima gracia este argumento. ¡Ahí es nada ver á los periodistas defendiendo los fueros de la Retórica y Poética! Lo malo es que, de ser obligatorias éstas, habría que suprimir los periódicos ó la mayor parte de lo que en ellos se escribe.

Como el autor calificó su obra de *escenas de la vida moderna*, les dió hecho el argumento á los críticos. «Se trata de una serie de escenas aisladas..... no hay allí verdadera acción,» han repetido varios, solemnemente. Alguno hasta ha llegado á insinuar que no hay en la tal comedia el imprescindible trío de exposición, nudo y desenlace. Lo difícil sería escribir una comedia en que no existiera esa trinidad, sagrada para los críticos.

Cierto es que esta censura contiene algún fondo de verdad; pero, ¡la han expresado tan mal algunos ssñores críticos! Si hubieran dicho, como observó discretamente *Schuller* en *La Justicia*, que tres actos y medio de exposición eran demasiados para una acción pobre, habría que darles la razón, y más si añadían, como C. F. Shaw, en *La Epoca*, que como el drama surge de improviso en el cuarto acto, no puede interesar al público Angela, persona de quien, hasta entonces, apenas tenía conocimiento más que por alguna que otra referencia. No es despreciable tampoco la observación que hace el ingenioso M. de Cavia al decir que el Sr. Benavente deja á los personajes de su comedia en la situación en que dejó Cide Hamete á D. Quijote y al Vizcaino.

Es de advertir, sin embargo, que lo que agradó al público, y lo que en general ha aplaudido ó ha censurado menos la crítica, han sido los tres primeros actos de la obra, aquellos en que no aparece el ordinario aparato poético de las obras teatrales. El público no se preocupaba, por lo visto, de la ordenada sucesión de los tres momentos escénicos, ni echaba de menos las sacrosantas reglas por que se rigen exposiciones, nu-

dos y desenlaces. Al contrario, cuando la comedia dejó de ser la herejía poética que denuncian indignados los críticos, cuando volvió á la ortodoxia de la dramaturgia y entró en el cauce común, fué cuando hubo de interrumpirse el favorable efecto hasta entonces producido. ¿Por qué? El autor dice en su auto-crítica, que el público acogió bien la obra mientras esta no pasó de ser la sucesión prometida de *Escenas de la vida moderna*, pero que se llamó á engaño cuando vió apuntar el drama.

Creo que lo que hizo el público fué notar la diferencia que había entre los tres primeros actos, bien acabados y de fácil desarrollo, y el cuarto, que es un boceto sin perfilar, en que se acumulan precipitadamente muchas cosas, y el cual tiene también algo de añadido, de postizo, con relación á lo anterior, por el cambio de tono que entonces se produce en la obra, trocándose la agradable sátira en conflicto sentimental de los que hacían las delicias de nuestros abuelos y aún conmueven á los lectores de folletines.

Un crítico, y de los que más discretamente han hablado de esta obra—el Sr. A. y O., en *El Globo*,—dice que *Gente conocida* no es comedia ni drama, pues se escapa del enrejado de las clasificaciones retóricas (¡siempre la obsesión de la retórica!) El Sr. A. y O., que es persona culta y entendida, sabe que los géneros no se reducen á tipos inmutables, que en ellos hay evolución y multiplicación de formas, *diferenciación*, como dicen los evolucionistas. Se observa también en la historia literaria, que en cada época el género predominante influye en los demás y tiende á producir en ellos tipos semejantes al suyo, dentro de la variedad de condiciones de cada uno de esos otros géneros. Así la novela, principal género de la literatura moderna, influye hoy sobre los otros y les comunica su carácter descriptivo, ó *representativo* de la realidad, supuesto el cual, tienen que ser forzosamente secundarias las acciones complicadas que antes predominaron en las obras de imaginación. Las *escenas* al estilo de *Gente conocida*, como las que es-

criben en Francia *Gyp* y Lavedan, pueden ser un género escénico, *representable*, con un mínimum de enredo, sin que en modo alguno haya necesidad de ponerles por contera un conflicto dramático como el que el Sr. Benavente quiso esbozar al final de su comedia. Si se ha dicho en son de censura que *Gente conocida* era un cinematógrafo, una serie de fotografías de la vida real, al autor de este juicio le ha salido un elogi por la culata.

*
* *

De los cargos de índole moral dirigidos contra *Gente conocida*, quisiera decir poco. Sabido es que los artículos de crítica son un excelente trampolín para dar el salto desde la literatura á la ética; que muchos se complacen en hacer esta cabriola, y que no pocos caen de cabeza.

Será cuestión de gusto, de opiniones, de temperamento, pero confieso que no me dan frío ni calor las lamentaciones motivadas porque en una obra dramática no aparece una *persona decente*, ni hay una *pasión noble;* porque los caracteres son *abyectos*, porque todo es *cieno* (esto del cieno es de rigor), sombras, negruras, etc., etc. Lástima es que hasta personas de buen juicio, como el X de *La Correspondencia* (no es un cualquiera este X), estén tocados del transcendentalismo moral, y transformen los juicios literarios en juicios éticos.

Para que tuvieran valor estas censuras, habría que averiguar primeramente si el público va á los teatros para recibir lecciones de moral, y si Talía puede abrir, en efecto, cátedra de costumbres, que no sean malas. Y concediendo que esto se pudiera demostrar, todavía quedaría por hacer otra demostración más difícil: la de que la sátira de las costumbres sociales, cuando pinta las cosas como son, sin propósito de enaltecer los vicios ni de invitar á ellos, es inmoral por ser sincera. Parece probable que no dejaría la sociedad de ser lo que es porque dramaturgos y novelistas nos presentaran sólo seres per-

fectos. Acaso al público, hastiado de tanta ñoñez é hipocresía, le pareciera entonces más amable y apetecible el vicio. Porque lo peor en estos extremos de moralidad, es que ve la afectación, el *convencionalismo*, que no responde á la realidad de las cosas, el gesto forzado de indignación, tras el cual se adivina la risa de los augures cuando se miraban á solas unos á otros.

***

Queda, después de lo dicho, el acertijo: las razones *sociales* en que se funda algún crítico para censurar la comedia del Sr. Benavente. Esto es materia de adivinanza.—¿A que no acierta usted por qué no me ha gustado una comedia estrenada en el teatro de la ídem?—¡Toma, porque sería mala!—Quiá, no señor, no fué por eso.—¿Porque la representaron mal?—Tampoco.—Entonces..... á menos que le desagradara á usted por ser buena y por estar bien representada, no doy con ello. —Pues ha sido porque *ahonda* las diferencias de clases, porque justifica las bombas de los dinamiteros y da un gran argumento á los anarquistas.—¡Pero si los anarquistas no frecuentan el teatro de la Comedia, ni han necesitado que el Sr. Benavente haya escrito *Gente conocida* para figurarse mucho peores á los burgueses!

Tipo de esta clase de objeciones es un artículo publicado en *El Movimiento Católico* por V. G., quien hace un lacrimoso paralelo entre el *Juan José* del señor Dicenta y *Gente conocida*. *Juan José* es la corrupción de abajo, *Gente conocida* la de arriba. Una tostada completa. Y en medio queda el señor V. G. llevándose las manos á la cabeza y rasgándose las vestiduras, á menos que le contenga la consideración de que ahora cuesta la ropa muy cara y no están los tiempos para imitar las expansiones de dolor de los patriarcas.

A este afligido y aflictivo crítico le ha contestado *Zeda* en un artículo muy discreto y muy independiente, en que reivin-

dica la libertad del arte y da una oportuna lección al señor V. G., recordándole la obra maestra de la literatura cristiana, la *Divina Comedia*. ¿Se puede pintar cosa más mala que el infierno y sus moradores?

Además, juzgado el artículo de V. G. con el criterio de su autor, resulta este escrito más anarquista y antisocial que *Gente conocida*. Decir que se *justifican* las bombas porque haya en la sociedad elevada tipos como los que presenta el señor Benavente, ó porque se le haya ocurrido imaginarlos y sacarlos á escena á un autor dramático, está pidiendo á voces otro artículo de V. G. indignándose contra sí mismo.

Esto aparte, yo, á decir verdad, no voy tan lejos como *Zeda*. No creo que el asunto sea en absoluto indiferente en las obras de arte, aunque admito la libertad de asunto para el artista. En igualdad de condiciones de ejecución pictórica, la pintura de una mujer joven y hermosa es más bella que la de una vieja arrugada y de horrible catadura. En la primera, además de ser bella la representación artística, lo es también lo representado. Mas no hay para qué prolongar esta digresión, pues sólo he citado la contestación de *Zeda* para aplaudir su oportunidad y el excelente criterio en que está inspirada.

Y con esto pondremos punto á las observaciones anteriores, que no pretenden ser una crítica de críticas, sino un ligero é incompleto examen de algo de lo que en la prensa se ha dicho acerca de la obra del Sr. Benavente.

***

Sobre si María Guerrero debió ó no sacar en «Semiramis» barba postiza empolvada de oro..... este tema podría inspirar á un cronista al estilo de Anatolio France ingeniosos y entretenidos discreteos, á los que hubiera podido servir de punto de partida el erudito artículo que ha dedicado á la *mise en scène* de *La Hija del Aire* el anticuario D. José R. Mélida. Recuerda éste que Ninias, para acomodarse al ceremonial de su tiem-

po,—ó mejor, del tiempo en que le coloca la leyenda,—debió usar barba, siquiera fuese postiza, y lo mismo *Semiramis*, al ocupar el puesto de su hijo.

Todo esto está muy bien desde el punto de vista de la erudición y de las reconstrucciones arqueológicas; pero en el teatro hay que contar con el público, y de haberse llevado la propiedad escénica hasta el punto de que la Sra. Guerrero apareciese con la magnífica barba empolvada de oro de los monarcas babilonios, habríase corrido gran riesgo de que el drama se trocara, para la concurrencia, en regocijado sainete.

Por otra parte no era, ni con mucho, un drama histórico el que se representó en el Español. Aparte de que Calderón no buscó la propiedad histórica, ni siquiera la propiedad legendaria, lo cual es suficiente para considerar que basta en una obra de este género el «decente convencionalismo» de que habla en su crítica M. de Cavia, hay que tener en cuenta que la *Semiramis* de la leyenda recogida por Ctesias de Gnido, la hija de la diosa Darketo, elevada por Nino al trono de Babilonia, y en la cual han querido reconocer los orientalistas una personificación de la Istar asiria ó una representación legendaria de la Sammuramit, esposa de Bin-nirari de Ninive, ó de la reina Ahmes Nowertari de Egipto, no es una figura histórica, sino una figura poética, una creación de la fantasía popular. Y á esta Semíramis ideal, aunque se la representasen con barbas doradas en tiempos de Ctesias, la fantasía popular de ahora no puede menos de representársela sin ellas.

Parecerá un frívolo pormenor, y lo es en efecto, esto de las barbas. Pero la verdad es que lo que más ha llamado la atención en *Semiramis*, ha sido—aparte del triunfo personal de María Guerrero—la suntuaria y la indumentaria de la obra. Casi se ha hablado más de las barbas rizadas (y va de barbas) de los guerreros babilonios y de los trajes de las diferentes personas del drama, que de la obra misma. Y justo es reconocer que haya ó no copiado sus figurines y modelos de la *Historia del traje* de F. Hotenrrot, popularizada en España por la traduc-

ción española de la *Historia Universal* de W. Onckeu, á la cual va unida aquélla, la dirección artística del *Español* ha mostrado en esta ocasión un grado de cultura y un deseo de hacer bien las cosas que no son comunes en las empresas teatrales. Cierto que ha habido deficiencias y errores (el Sr. Mélida señala con exactitud algunos en su artículo); pero no estamos acostumbrados á más ni á tanto. La atención que parte de la prensa ha dedicado á este aspecto de la representación de *Semíramis*, es también digna de aplauso. La mayoría del público necesita que le abran los ojos para fijarse en estas cosas.

Respecto de la obra, sabido es que *La Hija del Aire* no es de lo mejor de Calderón, pero..... es de Calderón. Por ella pasó, aunque pasara deprisa y distraído, el genio del gran dramaturgo hispano. En ella dejó bellezas, rasgos poéticos, arranques de inspiración que están proclamando su filiación calderoniana. Respecto á la refundición, hecha por el Sr. Echegaray, los críticos que se han *tomado la molestia* (á no pocas personas les parecerá molestia en efecto) de leer ó de volver á leer la obra original de Calderón, han observado naturalmente que el autor de *Mariana* ha tendido á simplificar el enredo de la comedia primitiva y á dar más relieve al carácter de la protagonista. Háyalo hecho con el propósito de crear un papel para la primera actriz del *Español,* ó atendiendo á la transformación del gusto literario y á las modernas direcciones de la dramática, el caso es que ha acertado. Bien puede asegurarse que representada la segunda parte de *La Hija del Aire*, tal como Calderón la escribió, no hubiera conseguido mayor éxito del que alcanzó refundida.

¿Quiere esto decir que el Sr. Echegaray haya mejorado la obra de Calderón? Las obras de nuestro teatro clásico tienen ya un carácter histórico y además una substancialidad tan concreta y característica, que las hacen por lo común incapaces de mejora, aun á aquellas que, estimada su calidad, no pueden calificarse de inmejorables. Se las puede aplicar en algún sentido el *to be or not to be* de Hamlet. Son lo que son ó no son.

Son tipos definitivos, no de la literatura en general, pero de una época literaria, y las reformas y refundiciones sólo se explican por un motivo accidental y externo al arte: la falta de cultura literaria del público, las dificultades materiales de la representación (por la extensión de una obra, los accesorios ó el número de personajes que exige), el atrevimiento de algunas frases ó pasajes con relación á las costumbres presentes, etc.

Pero como estos motivos, accidentales y secundarios desde el punto de vista del arte, son muy poderosos para las empresas, es lo común que las obras clásicas que se representan ahora, lo sean siempre retocadas, abreviadas ó refundidas. Y de hacer verdaderas refundiciones lo lógico es tener en cuenta—como las ha tenido el Sr. Echegaray—las conveniencias de la escena moderna, puesto que á ellas se debe en último término la refundición, y ellas sólo pueden justificarla.

Es lástima que nuestro público no tenga ese respeto casi religioso á la tradición literaria, que se observa en naciones más adelantadas; que su gusto no esté bastante educado, y que no posea el sentido histórico necesario para apreciar obras que presentan tipos de literatura distintos de los actuales y superiores á veces, no siempre. A no ser por estas deficiencias de la cultura general, podrían representarse, sin refundiciones ni retoques, muchas de las creaciones de nuestra antigua dramática. Hoy, aun refundidas y arregladas, en lo posible, al gusto moderno, agradan poco, y el respeto nominal á la fama de sus autores apenas basta para librarlas de la censura del vulgo.

Además, la generación actual ha tenido una educación literaria realista, como la generación anterior tuvo una educación literaria romántica. Así como antes hubo que librar batallas para que se reconociera la poesía de lo real, hay que librarlas ahora para que se reconozca que el arte de la realidad no es todo el arte; que hay un arte ideal, que no necesita buscar la propiedad en los pormenores, ni descender á la minuciosa observación de los detalles, porque no pertenece á la esfera de lo individual, de las determinaciones concretas de lugar y tiempo.

Arte de *otro mundo*, del mundo de la fantasía, de los ensueños, de las creaciones imaginativas; morada de dioses, de héroes y de monstruos, demasiado grandes para que no les venga estrecha la librea de la realidad común. Tienen, con todo, su realidad propia, realidad sublimada, libre de las trabas y limitaciones que regulan el juego ordinario de la vida; realidad *esencial*, simbólica, que es en algún sentido más real que la realidad menuda y corriente. Pero el público actual no conoce ni entiende á estos magníficos fantasmas; le extrañan sus coturnos y sus vestiduras regias, le aturde su lenguaje grandilocuente y florido. Y los fantasmas pasan ¡ay! como sombras de muertos, entre una multitud que no les hace caso ni les ha reservado un puesto en su *Larario*.

Por lo mismo que luchan con estas dificultades naturales, son más estimables las tentativas de resurrección en la escena, del teatro clásico. Son, al menos, una forma de educación literaria, y los que á ella coadyuvan bien merecen un aplauso, aunque sólo fuera por la nobleza del intento.

* * *

No me queda ya espacio en esta crónica más que para consignar el éxito favorable alcanzado en la Comedia por *Las Damas negras*, arreglo ó refundición de un *vaudeville* francés, que han llevado á cabo con fortuna los Sres. Revenga y Briones.

Es una obra escrita sin pretensiones, ni otro propósito que el de entretener al público, y, naturalmente, no ha sido discutida. Las críticas acerca de esta obra han estado conformes en apuntar los defectos del *vaudeville* en que está inspirada, en reconocer la buena voluntad y el acierto de los autores de la refundición y en augurarles buen éxito para mayores empresas. Con gusto me asocio á estos pareceres razonables. Y no digo más, suponiendo que para los lectores de La España Moderna no sería de un interés extraordinario el que les diese

algunas noticias de H. Ch. Chivot, autor de *Les locataires de Mr. Blondeau*, obra de que procede la estrenada en la Comedia, y el cual, unido con Duru, otro *vaudevilliste* famoso, ha producido suficiente número de piezas para que las enciclopedias y repertorios biográficos usuales, como Vapereau, De Gubernatis, Larousse, etc., le dediquen no cortos artículos, á los ales remito á los curiosos, omitiendo también la comparación entre *Les locataires* (calificados por la crítica francesa de pieza de verano, algo así como nuestros toreros de invierno), y *Las Damas negras*, obra un poco *depaysée*, en la Comedia, y que hubiera estado mejor en Lara, por ejemplo, aunque hubiese sido necesario quitar otro piso (1) á la casa de Mr. Blondeau. (Recuelo, en la obra española).

* * *

Cuatro palabras tan sólo, para terminar, acerca del libro de D. Alfredo Calderón, *Nonadas*. Es una colección de artículos que hubiera sido lástima, en verdad, que quedaran perdidos en hojas de tan corta vida como la que concede á los periódicos la curiosidad del público.

Calderón es, sin duda, el primer periodista republicano de España. Entre los propagandistas de los partidos avanzados, ninguno le aventaja, ni acaso le iguala, en cultura ni en gusto literario. He dicho que es un periodista, y acaso convendrá aclarar el concepto, ya que, de ordinario, el periodismo, como género de literatura, no suele alcanzar más que una muy moderada estimación. Periodista puede llamarse, no sólo porque escribe en periódicos, sino por sus condiciones de propagandista popular, de vulgarizador en la forma clara y amena que requiere la prensa. Pero Calderón es mucho más que un periodista, en el sentido usual de la palabra. Es un sabio y un lite-

(1) *Les locataires de Mr. Blondeau, vaudeville en cinq étages*, se titula la obra de H. Chivot.

rato. Y digo un sabio, porque no está aquí bastante difundida la cultura para que pueda restringirse, como en otras naciones más adelantadas, el concepto de hombre científico, de sabio, á los cultivadores *profesionales*, por decirlo así, de una esfera especial de conocimientos. En Alemania, en Inglaterra, podría decirse de él: un escritor de extensa y sólida cultura. En España, no se exagera al decir: un sabio.

Algunos de los artículos reunidos en su libro son verdaderas joyas literarias. En todos se hermana con la elegancia de la forma, á que contribuyen, entre otras cualidades, la propiedad en la expresión y lo castizo, aunque nada arcaico, del lenguaje, la profundidad, al par que la claridad del pensamiento. Calderón es *heleno*, según el concepto del *helenismo* que daba no ha mucho, en un periódico popular, un escritor muy conocido.

En el libro de Calderón dominan dos notas, al parecer opuestas, en realidad complementarias: el sentimiento y la ironía. Las almas sensibles, cuando las ilumina una clara razón, por lo mismo que salen más doloridas del continuo roce con la realidad, están más predispuestas á esa nostalgia de lo que *debe ser*, vencido brutal y perpetuamente por lo que *es*, la cual engendra, como desesperanzada protesta, la ironía.....

Pero si en los escritos de Calderón el sentimiento conmueve hondamente, la ironía no convence. Son demasiado imperfectas las instituciones y las ideas humanas, para que cualquiera de ellas no ofrezca á la crítica puntos vulnerables y á la sátira materia para sus burlas. El arma que el autor de *Nonadas* emplea contra creencias, sistemas políticos y organizaciones sociales á que su opinión es opuesta, podría esgrimirse con igual fortuna contra las creencias, sistemas y organizaciones á que Calderón rinde culto.

Deja este libro, tan modestamente titulado, una impresión melancólica. Calderón—campeón de cosas que no son, que *serán*, algunas, otras que no *serán*, probablemente—evoca la melancolía de la noble y generosa figura del héroe de Cer-

vantes, á quien su mala fortuna hizo nacer en época incrédula ya en la caballería, que profesa solitario Don Quijote, entre la multitud que se le burla ó le toma por loco. Los espíritus enamorados de ideas aun no maduras, son Quijotes de lo porvenir. Y su soledad es aun más melancólica. En la caballería de Don Quijote se había creído, aunque en los tiempos del hidalgo manchego ya no se creyera. En la caballería de estos paladines andantes del pensamiento no se ha creído aún..... y lo futuro es problemático.

A estos espíritus demasiado enamorados de la perfección abstracta, les admiramos cuando escriben libros, como Calderón; les tememos cuando ponen mano en la realidad. Como Don Quijote ridiculiza inconscientemente la caballería, sirviéndola con esfuerzo y generosidad estériles, en tiempos en que ya no conviene, suelen ser aquéllos funestos á la causa á que se consagran en el terreno de la acción, poco propicio para almas soñadoras. A la manera de los amantes celosos que comprometen á la mujer amada, suelen comprometer ellos á su Dulcinea.

Pero si el reino de la realidad no les ofrece más que abrojos, el reino del pensamiento y de la fantasía les brinda, como ha brindado á Calderón, con las fragantes rosas del Permeso.....

E. Gómez de Baquero.

LA PRENSA INTERNACIONAL.

LA CORRESPONDENCIA DE VICTOR HUGO

Ciertamente, esta correspondencia tiene mucho menos interés del que hubiera podido creerse. No contiene casi nada acerca de la historia literaria de 1815 á 1835..... A propósito, ¿qué significa esto?: en letra gorda, encima del título «*1815-1835*» y en el tomo cartas que llegan hasta á mediados de 1843. En fin, pase..... Por tanto, poquísimas cosas respecto á todo el movimiento literario de la época romántica; y en verdad que teníamos derecho á esperar de la correspondencia de Hugo alguna pequeña contribución á la historia del romanticismo.

Sin embargo, debemos entresacar de las cartas á Víctor Pavie algunas indicaciones bastante curiosas sobre el modo de comprender su arte Víctor Hugo en 1827, época del *Prefacio de Cromwell*. Como es allí menos solemne, también resulta mucho más claro é inteligible que en sus prefacios y otros manifiestos didácticos.

Aconseja, por ejemplo, al inteligentísimo y muy distinguido Víctor Pavie, joven que entonces estaba llamado á grandes destinos y que luego no justificó su mérito, ser «más severo

en la rima, esa única *gracia* de nuestros versos.» Y esto es de subido precio, aun cuando no esté bastante desenvuelta la idea.

Aconséjale también «cambiar de ritmo con tanta frecuencia como quisiere en la misma oda, pero conservando siempre una regularidad íntima en la disposición de su metro: es el medio de dar más fuerza al pensamiento, más amplia armonía al estilo y más valor al conjunto de la composición.» No lo dijo mejor Malherbe; es imposible formular con más claridad la teoría opuesta á la de los decadentes. Y lo digo, no por denigrar á los decadentes, pues lo probable es que su quehacer consista precisamente en lo contrario que el romanticismo, para intentar hacerlo mejor.

Dice Téophile (1):

Malherbe hizo muy bien, mas para él solo (2).

Me limito á advertir que esto es darse cuenta bien de su arte y dársela bien á los demás.

De igual modo, jamás definió mejor Víctor Hugo el romanticismo en todas sus obras y disertaciones, siempre altisonantes y pretenciosas en demasía, que en estas cuatro líneas enderezadas al propio Víctor Pavie: «Los versos de usted tienen el carácter de las grandes cosas de nuestra poesía renovada, ese carácter de *gracia* y de *vigor*, esa mezcla de *juventud* y de *madurez* que es el sello de todos nuestros talentos superiores.»

¡Gracias á Dios! Asimismo es, sin estrépito de consideraciones filosóficas. Algo débil sin gracia, algo avejentado, sin la elevada razón que tener debiera la madurez: tal es el clasicismo de 1815. Algo enérgico y audaz, casi una gracia un poco amanerada, pero positiva; juventud, al menos afán y ambición de decir alguna cosa: tal es la gente moza de 1820. Pudiera bastar eso para definir el romanticismo. Ateniéndose á

(1) El articulista se refiere, sin duda, á Teófilo Gautier.—*N. del T.*

(2) Malherbe a très bien fait, mais il faisait pour lui.

ello dejarían de emborronarse muchas cuartillas; pero, en último término, no haría falta nada más. Y, entre paréntesis, atengámonos á eso por ahora.....

Cierto es también que esas cartas son muy poco numerosas, lo cual es otro desencanto. Tengo para mí que sólo se trata aquí de una colección escogida, que no se nos da sino la correspondencia expurgada de Víctor Hugo. Sólo es una impresión, pero es mi sentir.

¡Cómo! ¿No se ha conservado más que eso, de cuanto escribió Víctor Hugo á todas aquellas personas con quienes se carteaba desde 1815 á 1835 y áun á 1843? Los que recibían cartas de Víctor Hugo, ¿no las guardaban con más cuidado?

Harto sé que siempre se pierden las cartas juveniles de un grande hombre; quienes las reciben no las conservan, por no ocurrírseles que su amigo ha de llegar á ser tan grande algún día. Por eso carecemos de casi todas las cartas de Voltaire á la edad de veinte años. ¡Y es lástima!

No todo el mundo tiene la previsión de mi pobre amigo P..... (no es Pagello). Conservaba todas las cartas que se le dirigían; y hasta, según creo, cuantas caían en sus prudentes manos.

«De todos mis amigos, decía (y tengo muchos, porque soy un buen chico), bien habrá uno ó dos que lleguen á ser célebres. De estos tendré cartas; y cartas de la juventud, lo cual es inestimable. Por lo mismo, á todo evento guardo las cartas, aun las cartas de mujer. Acaso alguna llegue á ser otro Jorge Sand.»

Eso estaba muy bien hecho. Sólo que aquel pobre diablo murió á los veintiún años. Esto fué lo único por él no previsto.

No todo el mundo prevé las grandezas desde tan lejos, y poquísimas cartas juveniles hay de hombres célebres. Pero Víctor Hugo fué célebre á los veinte años. Sus cartas han debido conservarse casi todas desde 1822. ¿Y hay tan pocas hoy para un período de veinte años? ¡Vamos! ¿No es verdad que esto no es sino una colección escogida?

Es muy de sentir que así sea; pero si no curo de las composiciones póstumas, de los esbozos abandonados á la mitad del camino, de los fragmentos de manuscritos en borrador, informes y nebulosos fondos de cajones, por el contrario, en lo que atañe á epistolarios exijo todo ó nada. La correspondencia se publica, ó por los detalles históricos que contiene, ó para poner en claro y fijar la idea que debe formarse del carácter de un hombre célebre. Es importante desde el primer punto de vista; lo es menos desde el segundo, pero aún lo es. Nada ha hecho formar más triste idea del carácter de Voltaire que su correspondencia. Pues bien, no diré «tanto mejor,» sino «pase, está bien.» Bueno es que sepamos á qué atenernos acerca de estas cosas. Nada ha hecho formar más alta idea del carácter de Béranger que su correspondencia, la cual hasta ha rectificado en absoluto el juicio que de él teníamos. Creíasele un falso hombre de bien, porque su hombría de bien tenía cierto no sé qué de aspereza. Pero bajo aquella aspereza se advierte una bondad muy verdadera, profunda y exquisita. Pues bien, ¡tanto mejor!

Por eso hubiera deseado yo que la correspondencia de Hugo fuese mucho más voluminosa. En último término, si eso es en verdad todo lo que se ha conservado de Víctor Hugo como epistológrafo, me conformo; tomemos las cosas como nos las dan.

Tomándolas así, son más bien muy favorables para el poeta, y abogan con mucho ardor en defensa de su carácter. Almas excesivamente delicadas, refinados de conciencia, hombres que jamás escribieron una línea movidos por su propio interés, á quienes hace estremecerse la sola idea de prosperar con adulaciones á los poderosos, y que nunca tienen por norte sino la verdad, la justicia, el interés en pro del arte, lo verdadero, lo bueno, lo bello, son de parecer que Víctor Hugo cuidaba un poco en sus cartas los progresos de su gloria, trataba de asegurar el buen éxito de sus libros y de sus obras teatrales, no descuidaba el lisongear á quien pudiese serle útil en su carre-

ra literaria. Menos virtuoso yo, sin duda, paréceme Víctor Hugo muy discreto, muy moderado y muy digno en el uso de esos medios, que algunos escritores han desdeñado radical y sistemáticamente, es cierto, pero que después de todo son legítimos.

En verdad, no los emplea en demasía. Ruega á sus amigos que vayan á aplaudir *Hernani*. ¿Por qué no?—Es amable con el barón Taylor. ¿Querrían que, teniendo la ventura de conocer á aquel hombre encantador y poderoso en la esfera de los teatros, fuese arisco con él y le gastase maneras á lo Espartaco? Eso es pedir demasiado.—Escribe al rey José cartas hechiceras, aunque en un tono más solemne que las nuestras; pero es el estilo de su tiempo. Consiste en que el rey José (1) es antiguo amigo de su padre, el veterano general. Y os ruego que advirtáis cómo el rey José es en 1827, y rey desterrado, un pobre rey que vive en casa amueblada en Londres.

¿Buscaría en destierro protectores? (2)

A lo menos, esa es una adulación no sospechosa de vulgaridad.

No; bien visto, las cartas *útiles* no son tan numerosas en esta correspondencia, y son de una discreción y de un tono muy aceptables. ¡Felices quienes no las hayan escrito sino parecidas!

Y además, fijaos en este punto: *desde 1825* Víctor Hugo no es un jovenzuelo que quiere subir; es ya un jefe de partido. Es el jefe proclamado é indisputable del pequeño ejército romántico, pues Lamartine jamás quiso ponerse á la cabeza de una escuela, aparte de que desempeñaba el cargo ó el papel de diplomático en Italia, y Vigny estaba aún en su regimiento, á la vez que tenía demasiado mal carácter para presidir, sea lo que fuere. Esto cambia mucho las cosas. Cuando Hugo

(1) José Bonaparte, rey intruso de las Españas y de sus Indias.—(N. DEL T.)

(2) Fallait-il dans l'exil cherchez des protecteurs?

quiere que *Hernani* venza, que se represente *Marion Delorme*, que tenga buen éxito las *Hojas de otoño*, tanto persigue el triunfo del romanticismo como el suyo propio. Es un jefe de partido que busca reclutas, más que un industrial que se afana por su inventario. No pretendo exagerar nada: todas las publicaciones recientes, apoyadas en documentos auténticos, me impedirían en absoluto presentar á Víctor Hugo como un hombre desinteresado; pero no era un pedigüeño, un adulador, una persona trivial. Esto es lo que quiero decir y lo que nada desmiente.

Hasta tiene á su pro rasgos de verdadera generosidad y de buen corazón, que, en último caso, son innegables sin disputa. Dicen que sólo pensaba en él; y ¡vive Dios! esto no puede pasar. Vigny, que, no lo olvidemos, era en aquella época más gran poeta que él; Vigny, que había publicado *El Diluvio*, *Moisés*, *Eloa* y *Çinq Mars*, cuando Hugo aún estaba en las *Odas y Baladas* y en *Bug-Jargal;* Vigny, de quien Hugo podía estar celoso en 1827, halló en Hugo ardiente amistad y vigorosísimo apoyo en el asunto del *Otello*. Y en 1837, cuando ese Vigny, grandísimo poeta, pero alma bastante mediana, á quien Sainte-Beuve aplicaba tan bien traídos los versos de Boileau

..... Por su actitud discreta
Y aspecto de envidioso, es un poëta (1),

un poco aturdido al verse sobrepujado por Hugo, comenzaba á decir cuchufletas con cierta acritud acerca del talento del autor de las *Hojas de otoño*, de *Hernani*, de *Marion Delorme* y de *Nuestra Señora de París*, ¿cuáles son las represalias de Hugo? En verdad que muy suaves y despreciativas. Escribe sencillamente á Sainte-Beuve: «El *hidalgo*, en efecto, está volviéndose fabuloso. Pero ¿qué quiere usted? Preciso es compa-

(1) ..... A sa mine discrète
Et son maintien jaloux je l'ai connu poète.

decerle, aún más que vituperarle. Archicontento quedará si fracasa *El rey se divierte*. Así me paga los aplausos frenéticos de *Otello*.» Y se acabó. ¡Vamos! que eso no es muy duro.

También es capaz de un arranque juvenil é imprudente. Redactada en 1830 la «Protesta de los periodistas», leyóla Thiers tranquilamente y dijo luego: «¡Nada de firma colectiva, ya sabéis! Hacen falta cabezas al pie de esta clase de papelitos. Aquí está la mía.» Y firmó el primero. Pues bien, Hugo hizo otro tanto en 1832.

Sabido es que en aquella época, á consecuencia de una insurrección, declaróse el estado de sitio en París y pudo temerse una reacción sangrienta. Se trató de insertar en *El Nacional* una protesta con firmas. Hugo envió la suya en la siguiente carta á Sainte-Beuve: «Acabo de llegar á mi casa, querido amigo. Ha pasado la hora de la cita en *El Nacional*, pero me uno á vosotros de todo corazón. Firmaré todo cuanto firméis, en las barbas del estado de sitio.»

Y unos cuantos días después escribe: «No me indignan menos que á usted, mi querido amigo, esos miserables escamoteadores políticos que hacen desaparecer el artículo 14 y guardan de reserva el estado de sitio dentro del doble fondo de su cubilete. Espero que no se atreverán á estrellar en los muros de Grenelle estas jóvenes cabezas tan calientes, pero tan generosas. *Si los hacedores de orden público intentasen una ejecución política, y cuatro hombres de corazón quisieran promover un tumulto para salvar á las víctimas, yo sería el quinto.*» La frase tiene una redacción desdichada, y desde hace largo tiempo la he puesto en mi colección de *violonadas* célebres. Diríase que Emilio Augier se acordó de ella, al escribir en *Filiberto*:

> **Es mi especialidad, mi fiel instinto,**
> **Donde hacen falta cuatro ser el quinto.**

Mas no por eso deja de ser perfectamente generosa la intención.

Veamos ahora su conducta en materia de pensiones; no puede ser más digna. Acepta 2.000 francos anuales de Carlos X, sin haberlos pedido. Un poco después, para compensarle la prohibición de *Marion Delorme*, se le quieren dar 3.000 más. Rehusa, algo fastuosamente (este fué siempre su defecto; pero el caso es que rehusa). Debía hacerlo así; pero, á la postre, está bien hecho.

Cinco ó seis años después acontece esto, que es mejor.

Carta al Sr. Thiers, ministro de la Gobernación:

«Hay en este momento en París una mujer que se muere de hambre. Llámase Elisa Mercœur. Ha publicado varios tomos de poesías; no es este el lugar de hacer alabanzas de su mérito. Una pensión de 1.200 francos que le señaló Martignac, se le ha reducido á 900 francos desde 1830. Tiene consigo á su madre, y sin más que esa pensión de 900 francos para vivir en París. Ambas se mueren de hambre, *al pie de la letra*. [Aquí exagera un poco Víctor Hugo; 900 francos en 1830 equivalen á 1.800 francos en 1896; las dos mujeres sólo vivían con mucha estrechez.] En 1823 me señaló espontáneamente el rey Luis XVIII una pensión de 2.000 francos, con cargo á los fondos del ministerio de la Gobernación; en 1832 renuncié á ella por mi voluntad. Por aquel entonces el predecesor de usted, M. d'Argout, envióme á decir que no aceptaba esa renuncia y que no dispondría de esa pensión en favor de nadie. Hoy, sin reconocer yo ningún derecho (sea el que fuere) á esa pensión en favor mío, acudo á usted en súplica de que disponga de ella en obsequio de la Srta. de Mercœur. Si usted consiente, me felicitaré doblemente de haberla renunciado.»

Esto prueba, querido poeta, que cuando se tiene una pensión conviene conservarla, ¡por Dios! Si no se necesita, se dispone de ella por sí mismo en beneficio de los infortunados con quienes se tropieza, sin haber necesidad de escribir á los ministros cartas elocuentes. Esto relumbra menos, tiene menor aspecto de grandeza; pero es más seguro. Hasta en materia de beneficencia, seamos prácticos. El Sr. Brieux, en su comedia

Los bienhechores, tiene buenísimas ideas acerca del asunto. Pero el caso es, de todas maneras, que la conducta de Víctor Hugo, con tal motivo, es más que correcta y le honra mucho.

Hay otros vulgares episodios en la vida íntima de Víctor Hugo, cuando era joven, que causan verdadero placer y merecen tenérsele en cuenta. No era rico, habíase casado con una señorita pobre, tenía tres ó cuatro hijos á la edad de veinticinco años, y con deberes que otros muchos hubieran declinado, estaba dispuesto y aun pronto al sacrificio. Su padre (y no él) debía 480 francos con 80 céntimos al señor de la Rivière, desde diez años á la fecha, por supuesto sin saberlo, sin recordarlo. Dicho señor de la Rivière, que jamás había reclamado nada, vése obligado por la necesidad á recordar esa deuda á Víctor Hugo. Carta de Hugo á su padre: «...Olvidada tenía yo del todo esa deuda, creyéndola satisfecha ya, juntamente con las demás poquillas deudas módicas que dejó mi madre, y se solventaron con el producto de la venta de sus alhajas y vestidos..... Como era apremiante la necesidad del señor de la Rivière, pedí consejo á mi mujer, y de acuerdo con ella, me apresuré á remitir á dicho señor 200 francos que tenía yo disponibles, *reservados para comprarme un reloj.* Esta suma, mi querido papá, servirá para descargar en otro tanto el total importe de la deuda; ligerísima es la privación que me impongo al renunciar á ese reloj, y puedo hacerlo sin molestia mía. Por otra parte, sé, excelente padre, que no eres rico; y puesto que algo me toca en el gasto hecho por el señor de la Rivière, esos 200 francos serán mi cuota personal. No pienses, por tanto, más que en el resto, importante 280 francos con 80 céntimos.....»

Este episodio es muy bello, casi conmovedor. Con todo eso, el pobre joven Víctor Hugo tuvo que aguardar al buen éxito de *Bug-Jargal* para conseguir su reloj. Esto casi me reconcilia con *Bug-Jargal.*

Y nada digo de esas famosas cartas á su mujercita, citadas con alguna frecuencia. Son muy amorosas (se sobreentiende),

muy tiernas, aunque aderezadas con el estilo galante de aquel tiempo; lo cual va en perjuicio suyo, en sentir nuestro, pero que no debiera hacérnoslas sospechosas ni un ápice. Adviértase que el «estilo del alma» de una generación llega á ser el estilo de la galantería en la generación siguiente, y esto es lo que engaña. Con apasionado corazón escribían Rousseau las cartas de *La nueva Eloisa*, y Mirabeau las *Cartas á Sofía*. Un marido que escribiese hoy en el tono de las cartas de Víctor Hugo á su mujer, daría margen á que la señora sospechase con fundamento que aquél no pensaba ni una palabra de lo que decía. Pero esto no es razón para que Hugo no estuviese hondamente emocionado al escribirlas.

Y, además, no hay que atenerse á las palabras, sino á las obras. Víctor Hugo se separa por vez primera de su mujer, para ir á la consagración de Carlos X. Parte de Blois el 19 de Mayo de 1825, á la una de la tarde. Apenas llega á Orleans, á las cuatro de la misma, escribe á su mujer; igual me da que la carta sea elocuente, pero *es larga*. He aquí una prueba de la pasión verdadera. Todas las señoras serán de mi parecer.

Al siguiente día, á las siete y media de la mañana, llega á París. «Molido, mareado por la diligencia» (¡oh, lo creo!), escribe á su mujer inmediatamente; y si la carta es conmovedora puede ser literatura, pero *es muy larga*. Calculo que necesitaría una hora para escribirla. ¡Vamos, esas son pruebas! Queda demostrado que Víctor Hugo amaba mucho á su mujercita en 1825.

Su ardor y la ternura de su corazón resaltan aún más en esas tristes y hermosas cartas á Sainte-Beuve. Pero las cartas de Víctor Hugo á Sainte-Beuve son toda una novela dolorosa y dramática; y prefiero hablar de ellas otra vez, con el detenimiento necesario.

EMILIO FAGUET.

(De la *Revue Politique et Litteraire.)*

RECUERDOS DE UN EDITOR

LAMARTINE

Ha tenido usted la bondad, mi querido director, de pedirme que transcriba algunos recuerdos personales acerca de cualquiera de las grandes figuras políticas ó literarias de este siglo, y que de esta suerte evoque ante usted á los hombres eminentes conocidos por mí, con quienes tropecé á menudo en el transcurso de mi carrera, en la vida y en el pensamiento de los cuales he intervenido un poco, al honrarme como editor dando á luz más de una de sus obras. Mis recuerdos serán algunas notas y algunos documentos aportados á la historia intelectual y moral de la última mitad de este siglo. Si llega el caso, podré tomar de mis archivos (preciosamente conservados) más de una carta inédita, escrita por una pluma gloriosa: una primicia así quizá no carezca de atractivo para sus lectores y para usted mismo. Hablaré hoy de Alfonso de Lamartine, con quien mantuve relaciones por los años de 1863 á 1867, y en cuyo salón fuí admitido con frecuencia. Hace algunos años ya que, al inaugurarse una estatua de Lamartine en su país natal, creo que Julio Simon (si no me es infiel la memoria) había remontado la corriente, ya que no de impopularidad, á lo menos de indiferencia, que arrastró el nombre de Lamartine á un semiolvido. Julio Simon tuvo palabras ardientes y de profunda exactitud para volver á colocar á Lamartine en su verdadero puesto. A quienes conservan algo el culto del ideal, algún sentimiento de justicia, dábales verdadera pena, os lo aseguro, el ver á toda una generación tener en semejante menosprecio á aquel que escribió las *Armonías* y las *Meditaciones*, al poeta de *Jocelyn* y al historiador de los

Girondinos; eso sin hablar del hombre político, del hombre de acción, que se reveló con tamaña nobleza en 1848.

Cierto es que Lamartine mismo había contribuído algún tanto á este obscurecimiento de su gloria, y sobre todo á ese achicamiento de su personalidad; pero, en último término, sólo contribuyó á ello á los ojos de espíritus superficiales, que se aferran á un detalle y descuidan mirar el conjunto.

Lamartine tuvo la desgracia de ser una personalidad sobrado alta para sus contemporáneos; de haber sido un profeta (en el elevado sentido de esta palabra, el *vates* antiguo) en una época de prosaísmo burgués; de haberse mostrado en sus horas de riqueza como un gran señor generoso y pródigo, frente á una sociedad calculista, cuyo único interés y cuyo único afán consistía en hacer negocios. «Enriquecéos», habia dicho Guizot brutalmente; y Lamartine respondió sembrando á manos llenas sus propios bienes de fortuna, sin contar ni regatear nunca, lo mismo ante sus viñadores ó los granjeros de sus tierras, que ante todos cuantos á él recurrían.

Dos personas hubo (dos en este siglo del dinero, entre tantos egoismos ó tantas venalidades), Alejandro Dumas, padre, y él, capaces de derramar á la vez los tesoros de su genio y los tesoros de su bolsa, sin guardar nada para sí. ¿Acaso es esto un ejemplo tan común? ¿Hay tal vez en ello culpabilidad? ¿Quién podría quejarse, como no fuesen ellos mismos? Y, además, ¿dónde está el demérito?

Sea como fuere, habiéndose retirado Lamartine de una manera voluntaria y soberbia del poder, que ocupó en 1848 (y retirádose pobre, á la inversa de tantos otros), volvió á sus tareas de escritor y pidió á su pluma los recursos necesarios para liquidar deudas contraídas por él en beneficio ajeno, así como los recursos necesarios para su propia existencia.

¿Hay algo más honroso que eso? ¿Hay algo más digno que el trabajo?

Dirigióse, pues, á todos los que le habían querido y conservaban el culto de sus escritos, pidiéndoles que le ayudasen

á costear una nueva edición de sus obras completas, ó una publicación periódica que había emprendido, con el título de *Conversaciones familiares de literatura*, donde iban apareciendo una serie de biografías de grandes hombres, retratos hechos á menudo de mano maestra y harto poco leídos hoy.

En verdad, esas monografías estaban hechas un poco deprisa, sin profundo estudio. Pero ¡cuán magnífico lenguaje las viste siempre, y qué relámpagos de clara adivinación las iluminan á veces!

En todo caso, el resultado fué que todos los reaccionarios, enemigos del Lamartine de la revolución de 1848, tomaron de ahí pretexto para sublevarse contra lo que llamaban la «mendicidad» de Lamartine, santo y seña que se propagó con mucha rapidez. La gloria de Lamartine era molesta, les eclipsaba. ¡Ah, si pudiesen proyectar un poco de sombra y aun de fango sobre esa gloria, cuánto menos mezquinos se sentirían ellos mismos! Y ¡quién sabe! quizá los creyeran engrandecidos, al quedar solos y sin contraste.

Hay en el fondo de las almas tanta envidia y bajeza, que nunca se conoce su cuantía. Victor Hugo sufrió los mismos embates de la rivalidad y de los celos, durante largos años: los impotentes se afanan siempre en destruir al que les sobrepuja, y los recién llegados tratan de arrojar de en medio del camino á quien lo ocupa antes que ellos.

Tal es la suerte de toda gloria literaria. El destierro permitió á Víctor Hugo desviar esa corriente; así como el silencio que por tan largo tiempo guardó, entre *Los Burgraves* y *Los castigos*, entre *Nuestra Señora de París* y *Los miserables*. Su silencio fué de oro para él, pues todo el mundo aguardaba con impaciencia su primera obra nueva. Hacerse desear es una fuerza.

Pero Lamartine, apremiado por las necesidades de la vida material, no había podido tener esta habilidad. ¿Y qué se vió entonces? Vióse (¡lamentable espectáculo!) á toda una juventud, perdida la sacra llama del entusiasmo, reaccionar violenta-

mente contra la poesía, contra lo ideal..... ¿Y qué aportaba?..... ¡El naturalismo, el grosero naturalismo, la brutalidad del hecho, como tema de estudios ó como lección de cosas!

¿Qué es *Jocelyn*? ¡Bah, un poema de ensueños en la región de lo azul!

¿Y qué son *Las armonías* y *Las meditaciones*? ¡Aspiraciones hacia las nubes, vuelos del alma!

¿Para qué sirve eso? Quedémonos en la tierra, registremos las sentinas, removamos los fangos de la calle ó los vicios y liviandades de los seres. ¡En eso está el realismo, el cual trae á los hombres el verbo nuevo, el verbo de la verdad! ¿Qué importa que todo eso dé náuseas al acercarse demasiado? ¡Introduzcamos el escalpelo en la horrible llaga y avivémosla!

Toda una generación se educaba así, con estos datos. El primer afán debía ser el derribar á cualquiera que fuese la antítesis de este modo de mirar las cosas y de proceder.

El arte mudaba de asiento. Lamartine y Alfredo de Vigny, como Jorge Sand, eran los representantes del idealismo humano. Creían que harto aburrida y triste es ya por sí misma la vida, para no intentar evadirse de las vulgaridades del momento y volar hacia los purpúreos horizontes de lo desconocido, en pos de las aspiraciones al infinito. Cantaban el amor, la esperanza, el egoísmo, la nobleza de las acciones, las sublimidades de la virtud, los mismos ímpetus de la pasión; y se proponían arrastrarnos tras de ellos, con sus poemas ó novelas, en demanda de esas cimas deslumbradoras del ensueño. En resumen, nos elevábamos con ellos; el hombre no era ya el bruto.

Pero muy pronto, la nueva escuela, respondiendo á un estado de ánimo engendrado por el desarrollo de los apetitos materiales y por la divinización del dinero, púsose á clamar al unísono contra todo lo que era la poesía de la vida, so pretexto de falsedad en la concepción, y empeñóse en pintar cuanto tenemos olvidado de puro sabido: las miserias de nuestra bestia humana, el hormigueo de los vicios, las fealdades morales, las monstruosidades anormales.

Había nacido la escuela realista, el naturalismo tuvo entonces su hora de triunfo, y Lamartine, batido ya en brecha por todas las coaliciones y por esa competencia suprema (él, gran representante, con Jorge Sand, de otro movimiento y de otra tendencia), vióse arrojado á las genmonías, hasta menospreciadas casi sus obras antiguas, tenidas por nulas y sin valor por los neófitos.

Presenció vivo ese crepúsculo que sigue á la puesta de los soles. Disputósele su gloria adquirida, hasta el punto de negarle el genio. Cayó en el paulatino hundimiento del olvido: lamentable y entristecedor espectáculo en que el hombre, viejo ya y bajando al sepulcro, ve alargarse en derredor de sí la sombra de otra muerte aún peor: el desdén, la indiferencia, la ingratitud, y por añadidura los ataques dirigidos contra él.

En esos instantes le conocí yo, que de niño fuí mecido á compás de sus versos, y de adolescente admiré el poder evocador de sus arengas ó de sus grandiosas y elocuentes páginas de historia. Y tambien me es grato evocar ese momento, para rendir como un supremo homenaje á quien tanto lo mereció.

La vez primera que ví á Lamartine fué en su casa de la calle La Ville-l'Evêque: una especie de pabellón en el fondo de un patio, donde están hoy unas oficinas dependientes del ministerio de la Gobernación, si mal no recuerdo.

A la entrada había un despacho para la administración, venta y subscripciones de sus *Conversaciones familiares de literatura;* allí se subscribía también á las *Obras completas*. Esos servicios parécenme recordar que estaban bajo la dirección de la señorita Valentina de Cessiat, sobrina de Lamartine y mujer distinguidísima, que demostró pasmosa devoción por nuestro gran poeta en sus horas de infortunio. Lamartine me esperaba; habíale yo escrito bajo los auspicios de Luis Ulbach,

quien había sido uno de los secretarios de la Junta de subscripción para publicar las obras completas antiguas. Proponíame yo comprar á Lamartine algunos manuscritos de obras inéditas, referentes á biografías de hombres ilustres (Danton, Vergniaud, Mirabeau, William Pitt, lord Chatam, la gran Catalina de Rusia, Tamerlán, etc.), monografías que, en efecto, fueron editadas por mí en seis tomos, con los títulos de *Los hombres de la Revolución*, *Civilizadores y conquistadores*, *Los grandes hombres del Oriente*, *Shakespeare y su tiempo*, *Biografías y retratos*. Erame grato aportar así mi tributo á Lamartine, y me enorgullecía el ser editor suyo, como lo era ya de Víctor Hugo desde *Los Miserables*, y como llegué á serlo de la mayor parte de los grandes escritores franceses de esta segunda mitad de nuestro siglo: me impelía hacia ellos el amor á las letras.

Fuí muy bien recibido por Lamartine. Era yo entonces muy joven, y aun recuerdo bien la viva impresión que tuve al ver aparecer ante mí, en su vasto salón, á aquel hermoso y magnífico anciano, siempre derecho y firme, de elevada estatura, con gabán abrochado. Tenía en verdad muy buen aspecto y aire arrogante; hasta en su manera de andar se notaba el hidalgo, un poco frío y reservado, pero sin ser arisco ni pretencioso, atractivo por la gracia de sus modales é imponente á la vez por no sé qué nobleza que de él emanaba.

Al seguir visitando á Lamartine, bien pronto comprendí la poderosa seducción que en su juventud debió ejercer para con las mujeres, y la que en 1848 tuvo para con las masas populares.

En aquella primera entrevista no pude librarme de sentir una emoción bien fácil de comprender. En efecto, parece que hay algo de particular y misterioso en el acto de aproximarse á quienes por su propio mérito han conquistado una especie de imperio sobre su época, y representan el movimiento de una generación entera, sobre todo, cuando la inteligencia es la causa única de esa primacía.

Pero bien pronto me hizo serenarme Lamartine, y hablamos, yo de mi admiración al poeta que adormeció las horas de mi adolescencia, él de mis proyectos y trabajos; y al poco tiempo estábamos ambos en el acuerdo más perfecto.

No hubo dificultades para convenir en las bases del contrato que yo solicitaba (14 de Abril de 1863), pues yo mismo estaba muy deseoso de celebrarlo: ese contrato comprendía, además de los seis tomos de *Biografías inéditas*, toda la colección completa de los discursos pronunciados por Lamartine en su vida pública. Nunca se había hecho aún ese acopio de tantas arengas elocuentes (literarias, políticas, sociales, históricas). Las obras completas publicadas por él, no contenían más que ciertos trozos oratorios, con el epígrafe colectivo de *La Tribuna;* era una colección escogida, pero no revelaba al hombre entero.

Pues bien; debe saberse que Lamartine no sólo era un gran orador, sino un improvisador pasmoso y (cosa más ignorada) un pensador profundo. ¡Sí, en ese poeta inspirado había algo de profeta!

Nunca se ha fijado lo bastante en este aspecto del genio de Lamartine; y no es posible aún comprenderlo ni darse verdadera cuenta de él, sino leyendo la serie de sus discursos y escritos políticos, que comienzan en 4 de Enero de 1834 y terminan en 22 de Diciembre de 1851, es decir, en el momento del *golpe de Estado*. En presencia de semejante acontecimiento brutal, fué cuando se retiró Lamartine de la vida pública.

Pero, en el intervalo de esos veintisiete años de acción por su parte, ¡cuántos problemas se plantearon! ¿Y sabéis quién fué el único que, solo, desconocido entonces, tratado de utopista, sin grupo ni partido en torno suyo, en la Cámara de los Diputados (en tiempo de Luis Felipe), hasta complaciéndose en su aislamiento, llegó á dar con la solución exacta y racional de cada una de esas cuestiones iniciadas por el progreso de las ideas, presintiendo el mañana en el momento presente y profetizando en cierto modo el porvenir?

¿Se trata de los caminos de hierro? Pues Thiers, aun con su claro y perspicaz ingenio, los declara imposibles; Lamartine se levanta para defender su practicabilidad y demostrar su próximo incremento colosal.

¿Se trata de la cuestión de Oriente? Lamartine es quien anuncia sus peligros é indica el camino que se debe seguir.

Preséntanse la cuestión de la traída de los restos mortales de Napoleón I, ó la cuestión de las fortificaciones de París; conviene leer de nuevo á Lamartine, en sus combates contra la mayoría, para admirar hasta qué punto veía bien claro.

Cuestiones de política interior, cuestiones de política extranjera: siempre está valiente en la brecha, con puntos de vista que el porvenir se ha encargado de probar cuán exactas eran, formulando conclusiones que la generación siguiente se apresuraba á realizar en su mayor parte.

Véanse, por ejemplo, los problemas relativos á las cajas de ahorros, ó de retiro y de previsión, á la libertad de enseñanza, al derecho de asociación, á la ley de imprenta, á la colonización, á la libertad de comercio, á la emancipación de los esclavos, á la propiedad literaria; léanse los razonamientos ceñidos y elocuentes de Lamartine, y decídase. Es el único que se adelanta á su tiempo; y sin embargo, no hizo sino indicar la solución aceptada hoy. ¿Es eso espíritu práctico y previsor?

Conversión de la Deuda, impuesto sobre la renta, las cuestiones sociales más graves, todos los complejos problemas del trabajo y de la miseria, nada queda fuera de su profética visión de un porvenir próximo. Como dijo perfectamente el señor de Heredia, en su discurso de recepción en la Academia francesa, Lamartine tiene el don de segunda vista: «La tribuna es un trípode para él; da oráculos. Ha predicho (no en obscuros enigmas sibilinos, sino en términos rotundos) la apertura del istmo de Suez, el inmenso desarrollo de las líneas férreas, las actuales dificultades entre el Estado y las grandes compañías de ferrocarriles, el segundo Imperio, la unidad de Alemania, el sitio de París y la guerra civil que después hubo.»

¡Qué podría yo añadir á esta enumeración tan completa y tan típica, hecha por el Sr. de Heredia, y que logró el pleno asentimiento de nuestros *Inmortales!*

Érame grato concordar con un hombre de tan amplias miras, y esos discursos proféticos me propuse publicar en toda su integridad y por su orden sucesivo, marcando bien la gradación de ideas del genio de Lamartine. Basta recurrir á esos seis tomos publicados con el título de *Francia parlamentaria*, «*Obras oratorias y escritos políticos*» de Alfonso de Lamartine, para quedar aún hoy tan deslumbrados como convencidos, y sobre todo atónitos con esa clara visión del porvenir.

Pero, al mismo tiempo y por el mismo contrato, comprometióse Lamartine á escribir sus *Memorias*. ¡Cuán interesantes hubieran sido esos recuerdos de toda una existencia empapada en los sucesos de este siglo desde la hora de la Revolución francesa, en cierto modo, puesto que Lamartine vió á los testigos supervivientes de ella y recogió las notas de los contemporáneos!

Además, él mismo había estado en relaciones constantes con los personajes de la restauración, codeándose con Chateaubriand y con la señora de Rècamier, frecuentando los salones aristocráticos ó diplomáticos, haciendo numerosos viajes célebres aún. Por desgracia, no salieron á luz esas *Memorias*, que debían formar seis tomos. Lamartine se había comprometido á entregar el primer tomo en Marzo de 1864, y así sucesivamente, tomo por tomo. Estaba estipulado el precio: por el conjunto de mi contrato aseguraba yo á Lamartine 125.000 francos, de ellos 30.000 al contado por las obras antiguas y las monografías; 20.000 francos escalonados en cuatro meses (de Agosto á Noviembre), por el primer tomo de las *Memorias*, y el resto conforme me entregase el manuscrito de los demás tomos. Así se hizo por mi parte.

Todas las publicaciones convenidas se llevaron á efecto durante el año 1865, menos las *Memorias*, por los motivos que

luego diré, al seguir historiando la continuación de mis relaciones con Lamartine.

Volví á verle á menudo desde entonces; me hizo el favor de admitirme á su mesa. Así estuve en algunos grandes banquetes en su casa, verdaderamente curiosos, tanto por los convidados que en ellos encontré, como por las conversaciones que se sostenían. Allí tuve el gusto de conocer á Dargau, uno de los íntimos amigos del gran poeta, historiador de altos vuelos y hermoso estilo, autor de una clásica *Historia de María Stuart*, de una *Historia de la libertad religiosa*, y de otras dos obras dadas á luz por mí: la *Historia de Isabel de Inglaterra* y la *Historia de Cromwell*.

También encontré entre los habituales convidados de la casa á Edmundo Texier, el agudo crítico parisiense que más tarde había de presentarme á la Sra. Rattazzi, á la sazón en todo el esplendor de su radiante belleza, y á Alfredo Dumesnil, autor de un tomo, de buena venta, acerca del *Arte italiano*, yerno de Michelet, y director que fué de la «Sociedad propietaria de las obras de Lamartine», organizada por los Pereire (según creo), la cual se fusionó más adelante con el grupo de las tres casas Furne, Pagnerre y Hachette.

La comida era rápida y sencilla, aun cuando muy bien dispuesta. Acelerábase un poco el servicio, porque después había tertulia; y se pasaba al gran salón, que era como una galería doble, en el fondo de la cual estaba el busto de la señora de Lamartine. Como es sabido, era ésta de origen inglés. Conoció á Lamartine, secretario de legación por entonces, en Florencia, en un baile de la embajada. Hánme contado muchas veces que la Sra. de Lamartine, señorita de carácter muy poético, y cautivada por las bellas estrofas de las *Meditaciones* ó de las *Armonías*, se cogió del brazo del joven poeta, ya glorioso, y le dijo muy quedo al oído estos versos de tan dulce melancolía, de *El otoño*, algo así como queja de un alma probada ya, pero que se aferra á la vida y á la imperecedera esperanza:

¡Acaso lo futuro me guarde alguna dicha,
Por m´s que la esperanza de tanto bien perdí;
Acaso entre las gentes un alma, que yo ignoro,
Comprenda al alma mía y me responda á mí!

Fácil es imaginar cómo se emocionaría el poeta al escuchar este aviso, tan delicadamente dado, de un corazón que por él palpitaba. ¿Qué confesión podía valer lo que aquella, saliendo de dos labios murmurantes, con una gracia tan conmovedora y discreta á la vez? La consecuencia de ello fué el matrimonio. ¿No hay aquí toda una novela corta, un verdadero poema de amor, juntamente con un dulce homenaje rendido al joven maestro que había hecho estremecerse á tantas almas con los acentos de su lira, como se decía entonces?

En la tertulia que seguía al banquete, presentábase, sin previa invitación, toda una pléyade de nombres conocidos: iban á hacer corro á Lamartine en su gloriosa pobreza. Allí estaban todos sus fieles y los amigos, hombres de letras, artistas, políticos de campos diferentes; todos ellos se inclinaban ante el maestro.

Ví allí á los más aristocráticos representantes del mismo barrio de Saint-Germain; anunciábanse, unas tras otras, marquesas y duquesas, grandes señoras viudas y nobles señoritas, formando un brillante macizo de flores en torno de aquel verdadero gran señor, como lo era Lamartine, tanto en su persona como en su porte.

Todos aquellos patricios se agrupaban en derredor de ese hidalgo, demócrata empero, tanto por sentimiento como por reflexión, que en último término había ido al mismo paso que su siglo y á menudo se le había adelantado arrastrándolo en pos de sí y hasta dirigiéndolo, como en 1848. Era el más hermoso homenaje tributado al genio y á la honradez de un hombre por sus adversarios en opiniones, y placíame ser espectador de ello.

Estaba Lamartine apoyado de espaldas en la chimenea, á veces cruzado de brazos, inclinándose ligeramente ante los que

iban entretanto á saludar al dueño de la casa. Al principio hablaba poco, cual si fuese extraño á todo aquel trajín y aun á su misma tertulia: las señoras de la casa, en particular su sobrina la señorita Valentina, se ocupaban con interés de los invitados. Respecto á él, escuchaba á dos ó tres amigos de los más íntimos, que estaban á su lado dándole conversación á media voz. Toda la sala estaba llena de animación, con los rumores de los diversos grupos, en tanto que se servía el te ó el café.

Pero, á veces, apoderábase Lamartine de alguna frase dicha más alta entre las conversaciones particulares ó generales, si por acaso dicha frase ó el tema respondían á uno de los sentimientos vivos y siempre despiertos en él.

Era de oirle entonces. Levantábase, se erguía, y quedaba uno dominado á la vez por el aire imponente de su persona, por lo bello de la frase, por lo noble del ademán, por el mismo encanto de la voz.

Corrían á oleadas las ideas; el animado mirar os subyugaba y os hablaba también. Preciso era oir el silencio de aquel salón, con su numeroso público de convidados, ante aquella casual improvisación, que tenía todo el poderío de una elocuencia esclavizadora.

Pero, eran raras las ocasiones en que Lamartine se explayaba así.

Un día, en uno de esos convites, tuve ocasión de oir todo un discurso prodigiosamente curioso. Érase el comienzo de la expedición francesa á Méjico, y se hablaba de ello en la mesa. Alzóse de pronto la voz de Lamartine y púsose cada uno á escuchar cuál era el sentir del dueño de la casa.

En vísperas ó principios de la expedición de Méjico estaba Francia removida por causas de interés privado, que el Gobierno de entonces disimuló con esmero y sólo más tarde se revelaron. Entre tanto, dábase á la empresa el falso aspecto de una obra libertadora de un pueblo oprimido bajo el pretencioso despotismo de Juárez; removíase la fibra patriótica, invocando la fraternidad de los pueblos latinos; como contrapeso del gran

poderío anglo-sajón, que los Estados Unidos constituían, se trataba de fundar allá lejos, en Ultramar, un vasto imperio latino. Ese era el brillante barniz que cubría la píldora amarga, pues era preciso convertir al público hacia la «gran idea» del reinado imperial (como se llamaba entonces en las esferas oficiales á la proyectada conquista); y, sobre todo, era menester luchar por medio de una palabra sonora contra la ardiente resistencia que por parte de las oposiciones encontraba en el Cuerpo legislatativo la ocupación mejicana.

El problema estaba, por tanto, á la orden del día. Nada tuvo de extraño que por casualidad se plantease en aquel banquete de Lamartine, salón neutral donde todos los pareceres tenían sus representantes respectivos, sin que Lamartine se encastillase en ninguno de los campos, dueño de su independencia de ideas y superioridad de genio, siempre con profundo liberalismo.

Algunos de los convidados (y confieso que yo era de ese número) pensaban que Lamartine, representante siempre de la independencia de los pueblos, tomaría partido contra la imperial tentativa de absorción y de dominación.

Y acaeció muy de otro modo. Como era un gran poeta, veía las cosas por el lado sintético; su sentimiento humanitario abarcaba determinadas razas. Hijo de Virgilio y de Tito Livio, por su afinidad con ellos como poeta y como historiador, sólo consideraba á la raza latina como representante única de las tradiciones del mundo antiguo y de la más alta cultura intelectual, é investida por tal concepto del derecho de supremacía. Españoles, portugueses, italianos, franceses, todos descendían de un mismo tronco, y estaban imbuídos del mismo espíritu, á pesar de las disparidades de medios, circunstancias ó intereses. Reedificar la unidad de la raza latina en sus diversas ramas constituía un objetivo serio, apretando los lazos entre ellas. Pues bien, las por nosotros llamadas colonias hispano-americanas de la otra costa del Atlántico habíanse desprendido del primitivo tronco; por tanto, era me-

nester reconstituir esta gran familia, y Francia era el predestinado caballero que iba á realizar la empresa. Ya fuese el Imperio de Napoleón III (nada de su gusto), ya cualquiera otro régimen político, ¿qué le importaba á Lamartine, si se conseguía ese resultado?

Dos confederaciones de raza latina se hubieran respondido una á otra: en Europa, los pueblos del Mediodía; en América, todas esas repúblicas fundadas sobre la conquista española.

Tal era el tema desarrollado.

Ciertamente, era grandiosa la idea expresada por Lamartine: ensanchaba la patria estrecha, trasladándola á la raza entera, sea cual fuere el territorio que ocupase, y formaba una federación de ese conjunto.

Escuchábale yo con avidez, algo asombrado al pronto (lo confieso); pero todo cuanto de sus labios emanaba tenía tanta brillantez, que me conmovía por la elocuencia desplegada. .

Por otra parte (á pesar de la desemejanza de las opiniones políticas respecto á la cuestión de la cual se tratase, opiniones con que también se mezclaba la pasión del momento), cada cual guardaba silencio en la mesa, sin perder una palabra de los maravillosos párrafos del orador; pues era un encanto el oir hablar á Lamartine cuando se entregaba á la improvisación, al sacro fuego que en él ardía. Arrastraba á todos en pos de sí, quedábamos subyugados á pesar de las resistencias íntimas del pensamiento: había en él tanto arranque y tal ardor, que era imposible no quedar convencido. ¿Y cómo no inclinarse siempre ante lo «sentido» y de «buena fé», sobre todo si es un cerebro así quien explana sus ideas, con tamaño prestigio! Pues no se crea que la edad hubiese disminuído sus facultades ni embotado su prodigiosa vitalidad.

Aquella noche se manifestó de cuerpo entero, ante nosotros, mínimo auditorio, y pude formarme idea de lo que sería el tribuno ante una multitud de cien mil hombres. Era profundo su acento, luminosa su frase, envolviendo la idea en un manto majestuoso. Entonces comprendí mejor que nunca lo

hechicero que fué Lamartine; por eso guardo un recuerdo siempre vivo y estremecedor de aquel banquete, aun cuando sintiera surgir interiormente cien objeciones que oponer á la tesis sostenida. Pero, sea cual fuere la pasion política que me arrastrase, confieso que escuchaba no persuadido, sino cautivado; y muchos de los comensales, entre ellos Luis Ulbach, partidario de las mismas ideas hostiles á la empresa mejicana, callábanse y se inclinaban ante el encanto de la palabra.

Después llegó un momento en que Lamartine, volviendo á sus preocupaciones personales (¡ay, á pesar de todo, á despecho de la intensidad del genio mismo, harto nos oprimen!), llegó un momento, digo, en que Lamartine, en medio de aquel discurso, sacó una consecuencia inesperada ciertamente para todos y cada uno de nosotros.

Vacilo en decirlo; pero el hecho es tan humano, que, en sentir mío, ningún ser puede eximirse de ello en una situación dada, ni con un determinado convencimiento. ¿No vienen á refluir en nuestra personalidad todas nuestras ideas, como todos nuestros actos? Y planteo la cuestión, aun con respecto á los hombres de un alma más noble y pura.

El hecho es que, dejando Lamartine desbordarse su pensamiento entero, veía abrirse en pos de aquella conquista mejicana y de aquella inmensa confederación de las razas latinas, de que Francia iba á ser el apóstol y el instigador, todo un mercado para los productos nacionales en general, para los de la inteligencia en especial, para las obras en lengua francesa en particular; ésta debía ser la que se difundiese más y lograse primacía sobre el italiano, el español y el portugués, idiomas hermanos todos ellos, como nacidos de un mismo tronco.

Por consiguiente, las letras francesas llegarían á ser el principal alimento de la educación de todas esas naciones latinas confederadas.

No debe echarse en saco roto que, por aquel entonces, trabajaba Lamartine en sus *Conversaciones familiares* ó *Curso de literatura*; y que, además, acababa de ver publicar en benefi-

cio suyo, y por suscripción pública, sus llamadas *Obras completas* (aunque en realidad no estaban íntegras en esa edición, la cual sólo comprendía unas *Obras escogidas* en 40 tomos en 8.°)

Pues bien, lo que ante todo veía Lamartine en aquella «conquista mejicana» y en sus consecuencias, era un terreno preparado para recibir en inmenso número las series de volúmenes que él publicase.

Soñaba ya con fletar un buque entero para el transporte de los cargamentos de sus libros á Ultramar, á los pueblos nuevamente emancipados; soñaba con suscritores innúmeros y compradores sin cuento. Y los barcos, con sus velas ó sus calderas, bien pronto iban á zarpar con rumbo á esas «Nuevas Francias,» unidas á la madre patria.

Claro es que ninguno de nosotros se atrevió á arrebatarle el dulce fruto imaginario de aquella conquista de Méjico por Francia.

Pero, tal idea por parte de Lamartine, por ingenua que fuese, no dejaba de ser noble; pues, en último caso, adherían-se sus esperanzas á una obra civilizadora.

¡Bien pronto se encargaron los sucesos de destruir «el gran pensamiento» del reinado imperial!

Aun tuve ocasión de ver á Lamartine de cerca y en una intimidad que casi pudiera llamar la de *un grande hombre en traje de casa* (según ahora se dice), si no hubiese sido con menos ropa todavía, puesto que estaba simplemente en camisa y calzoncillos, escribiendo en la cama, con un perro, creo que una galguita (acaso dos, no recuerdo bien), que dejaba echarse toda la noche al pie de la misma cama, sobre la alfombra del dormitorio.

Era la primera vez que entraba yo en aquel aposento, situado en el primer piso, dando al patio, con un jardinillo en

forma de terraza, un poco más abajo de las dos ventanas que alumbraban la estancia.

Aún me parece ver la cama, con las ropas medio caídas; y el gran cuerpo huesudo de Lamartine tumbado allí á la larga, aunque con la cabeza levantada y puesta sobre dos almohadones, uno encima de otro.

Era todavía de mañana, bastante temprano, á cosa de las nueve, y trabajaba Lamartine. Escribía así, medio acostado; y allí estaban esparcidas por todas partes en el lecho, dispuestas para ser ordenadas con destino á la imprenta, las cuartillas de su precioso manuscrito, escritas á vuela pluma, y por lo común, sin una enmienda. Lamartine no volvía á leer sus escritos; la improvisación era en él tan afluente y segura de sí misma, que se fiaba de ella. Y, en efecto, ¿hay nada más armonioso que sus frases? ¡Qué melodía, casi rítmica, se advierte en su prosa! ¡Qué brillantez y qué colorido! Eran en él naturales esos dones del estilo, sin costarle ningún esfuerzo; su misma espontaneidad era causa de su emoción, y ésta se hacía comunicativa.

Sólo dos seres conocí tan maravillosamente dotados, hasta el punto de que en verdad pudiera llamárseles «liras resonantes»: eran Lamartine y Jorge Sand. La resonancia era el canto de su alma. ¡Ese es todo su secreto! En todos los demás escritores hay trabajo, rebusca, vacilación, retoque..... Pero en aquellos dos maestros, que á nadie pueden compararse, surgía el pensamiento con su vestidura adecuada, en su impecable molde. Son los dos grandes prosistas típicos del siglo XIX, que reanudan las verdaderas tradiciones de la noble lengua francesa, elocuente, pura, castigada, casi diría que clásica, si no se agregase cierto no sé qué estremecimiento, resultado, en sentir mío, de las influencias de Juan Jacobo Rousseau, de Chateaubriand y de la escuela romántica, sin los defectos y exageraciones de esta última.

ALBERTO LACROIX.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS.

Apuntes para un curso de Derecho administrativo, por el Dr. D. Carlos María de Pena, profesor en la Universidad de Montevideo. Un vol.

El señor de Pena, distinguido profesor de la Universidad de Montevideo, ha tenido el excelente acuerdo de ordenar y publicar las *notas* de sus cursos magistrales de Derecho administrativo, bajo el modesto epígrafe de *Apuntes para un curso de Derecho administrativo*. Realmente el trabajo contiene algo más que meros *apuntes:* es un intento, á veces muy bien orientado, de sistematización de la ciencia especial de que el señor de Pena trata, que revela en el autor: primero, una sólida preparación doctrinal; segundo, erudición muy completa, y tercero, cierta originalidad, que para sí quisieran no pocos autores de grandes, de *formidables* tratados de Derecho administrativo. El señor de Pena se inspira en buenas fuentes: no ignora los trabajos de Stein, maestro quizá el más eminente de nuestra ciencia, de Meyer, de Mohl, de Holtzendorff, de De Gioannis, de Gneist, de Orlando, etc., etc., antes bien aprovecha con gran fruto sus enseñanzas, exponiendo con claridad conceptos é ideas que en los maestros mismos no siempre resultan fáciles de comprender.

Lo publicado de los *Apuntes*, á lo menos lo que yo conozco, no abarca todo el Derecho administrativo; comprende sólo los

capítulos, que pueden en cierto modo constituir una buena *Introducción* á la ciencia. Estudia en ellos el señor de Pena, primero, el concepto del Derecho administrativo, procurando distinguirle de la ciencia de la Administración, del Derecho constitucional y del Derecho civil; luego verifica una amplia indagación de los fines del Estado, para señalar la esfera de la función administrativa, que determina á continuación, definiéndola en vista de la propia esfera de las distintas funciones del Estado. Todo esto puede estimarse como una preparación científica para fundar la doctrina que el autor desarolla en el capítulo V, acerca de la Administración. El señor de Pena, cree con razón, á diferencia de lo que le pasa á la mayoría de los tratadistas franceses y á sus imitadores los españoles, que no hay modo de fundar una buena y razonada sistematización del Derecho administrativo, sin un estudio previo detenidísimo de lo que es la Administración. Realmente, no cabe señalar el objeto de aquél sin definir el contenido y función de ésta. Por eso el señor de Pena se detiene bastante en lo que él llama *Ampliaciones del concepto de la Administración.*

Pero y ¿qué entiende el señor de Pena por Administración? Es, dice, «serie de actos y conjunto de precedentes destinados á aplicar á las funciones y *necesidades* del Estado y á los organismos y cosas concretas que en él se comprenden, los principios que deben regirlos y los recursos ó medios que les conciernen dentro de la constitución, dirigiendo, de conformidad con ella, la *vida nacional.*» Hay en esta definición mucho que yo conceptúo aceptable y que coincide con ideas que en mis escritos vengo sosteniendo tiempo ha. Por de pronto hay de aceptable el punto de vista que no es el estrecho y limitado del poder ejecutivo, sino el del organismo y el de la actividad del Estado. Pero no todo lo de la definición es aceptable: el señor de Pena ve sin duda que lo administrativo no se reduce á lo ejecutivo, idea esta que yo siempre he defendido; pero en cambio, el señor de Pena, dejándose llevar por la tendencia alemana de Stein, y la italiana de Orlando, no pone en claro la

distinción entre la acción administrativa y la acción social. En mi concepto, y por razones expuestas en lugares más oportunos—en mi *Introducción al Derecho administrativo,* en mi artículo publicado en *La Administración* (en el núm. 1.°) y en la *Revue du droit public*—la acción social no es administrativa aun cuando tenga un aspecto administrativo.

Expuesto el concepto de la Administración, el señor de Pena estudia, entre otras cosas, las relaciones de la Administración con la Constitución (cap. VIII), la *Técnica en la Administración* (cap. IX), y por fin, la *Economía y la Administración*. De estos tres temas, el que el señor de Pena trata mejor, siendo además su estudio de mucha novedad, es el de la técnica; es en verdad el asunto de la técnica administrativa de gran importancia, á pesar de que los tratadistas no suelen tratarlo. Merece, pues, plácemes el señor de Pena, por haber tenido la buena ocurrencia de comprender la técnica como parte integrante de su trabajo. Sólo un vacío encuentro en el capítulo dedicado á este asunto por el distinguido colega. Distraído, sin duda, por el aspecto *técnico* material de la Administración, el señor de Pena se ha olvidado de que su capítulo forma parte de unos Apuntes sobre *Derecho* administrativo, y que, por lo tanto, para que su doctrina de la técnica resultase completa, era preciso haber hablado de la técnica *jurídica* de la Administración. Lo cual no quita un ápice de valor á lo que el señor de Pena dice de la técnica de la Administración, desde el punto de vista en que se coloca al estudiarla.

Adolfo Posada.

Women and the factory acts, by MRS. SIDNEY WEBB. Published by the Fabian Society. Fabian tract núm. 67, London, 1896.—15 págs., un penny.

The difficulties of individualism, by SIDNEY WEBB. Published by the Fabian Society. Fabian tract núm. 69, London, 1896.—19 págs., un penny.

Rapport sur la politique fabienne et resolutions présentés par la Société Fabienne au Congrès international des travailleurs socialistes et Trade-Unions. Londres, 1896. Brochure Fabienne, núm. 70, 15 págs., dix centimes.

Todos estos opúsculos pertenecen á la serie de *tracts* que publica frecuentemente la Fabian Society, de Londres, y con los cuales se propone divulgar entre la masa los principios del socialismo y las soluciones que éste ofrece para los capitales problemas que en la actualidad preocupan á las gentes. La Fabian Society se compone de socialistas de gran competencia científica, los cuales buscan la transformación de la sociedad por medio de cambios graduales y pacíficos, y, sobre todo, por la difusión de la cultura entre los ciudadanos. «La sociedad fabiana—ha dicho ella misma recientemente—piensa que en la física del socialismo, *la luz es un factor de más importancia que el calor*». A esta idea, precisamente, responde la publicación de los *tracts*, de que acabo de hablar, en folletos breves, concisos, substanciosos y baratísimos, que pueden llegar á manos de todo el mundo, y que todo el mundo puede, en corto espacio de tiempo, leer y aprovechar. Para facilitar el camino á aquellas personas que deseen estudiar más á fondo alguno de los problemas sociales, ó algún aspecto del problema social, ha dado á luz la Fabian Society en uno de sus *tracts* (el número 29: *What to read.* A list of books for social reformer, 3.ª ed., London, 1896), un catálogo muy completo y muy ordenado de obras escogidas, relativas á diferentes materias que como sociales se consideran (historia social antigua y moderna; economía clásica, moderna, matemática; ética; jurisprudencia; ciencia política; cooperación; delito; educación; em-

briaguez; legislación obrera; tradeunionismo; feminismo; socialismo en sus múltiples manifestaciones, etc., etc.)

Los tres folletos, cuyos títulos van al frente de esta nota, escritos quizá todos ellos, pero por lo menos los dos primeros, por los esposos Webb, tan competentes en este linaje de asuntos, tratan: uno, de la cuestión del trabajo de las mujeres, si debe ó no reglamentarse, y si tal reglamentación favorece ó perjudica á las mismas trabajadoras; otro, de poner de manifiesto los errores y contradicciones del individualismo económico, así como los perjuicios que á la sociedad causa este sistema; y el tercero es una exposición que la Fabian Society hizo de su credo social y político al Congreso internacional de trabajadores, últimamente celebrado en Londres, y de las resoluciones que la misma sociedad presentó para que este Congreso las votase y aceptase.

P. Dorado.

OBRAS NUEVAS

Aguiló y Prats (B.) — Ciencia del crédito territorial (Credigelogía.) En 4.°, 44 páginas.

Alcázar (J. de).—Historia de los dominios españoles en Oceanía. En 8.°, 7 hojas, 207 páginas: 3 pesetas.

Almanaque para 1897 de El Sui-Géneris, con el santoral en verso. En 12.°, 192 páginas: 0,50 pesetas.

Almanaque Sud-Americano para el año de 1897, dirigido por Casimiro Prieto y Valdés. En 4.°, 268 páginas: 2,50 pesetas.

Altamira (R.)—Novelitas y cuentos. En 12.°, 188 páginas: 0,50 pesetas.

Antich é Izaguirre (F.)— Abel, Alborada (poemas). En 8.°, 102 páginas: 1 peseta

Becker (J.)—La tradición política española. Apuntes para una biblioteca española de políticos y tratadistas de filosofía política. En 8.°, 207-IV páginas: 3 pesetas.

Blanco y Sánchez (R.)— Lengua castellana. Arte de la escritura. En 8.°, 366 páginas y 22 láminas caligráficas: 3 pesetas.

Bustamante y Sirven (A. S.)—Tratado de derecho internacional privado. En 4.°, 551 páginas: 17,50 pesetas.

Calderón (A.)— Nonadas. En 4.°, 322 páginas y retrato del autor: 5 pesetas en Madrid y 5,50 en provincias.

Cappa (R.)—Estudios críticos acerca de la dominación española en América. El viejo y el nuevo mundo. ¿Qué era España un siglo antes del descubrimiento de América? *Tomo VIII.* En 8.°, 225 páginas: 2,50 pesetas.

Carpena (R.)— Nomenclator escolar. En 4.°, 447 páginas y retrato: 6 pesetas.

Carvajal y Hue (J. de).—Discursos parlamentarios (durante los años 1872 á 1895). 7 tomos. En 4.°: 50 pesetas.

Castillo García y Soriano (R.) — La reforma del código penal español. En 4.°. 399 páginas: 4,50 pesetas.

Catálogo alfabético, por materias y autores, de las obras existentes en la Biblioteca del Casino de Madrid. En 4.°, 4 hojas, 419 páginas.

Colección de documentos inéditos

para la historia de Chile, desde el viaje de Magallanes hasta la batalla de Maipo, 1518-1818, colectados y publicados por J. T. Medina. *Tomo IX. Valdivia y sus compañeros. II.* Santiago de Chile. Impr. Elzeviriana. 1896. En 4.° may., 475 páginas: 15 pesetas.

Cotarelo y Mori (E.)—D. Enrique de Villena; su vida y obras. En 4.°, 178 páginas: 2 pesetas.

Chabrán y López (F. de P.) — Síntesis gramatical de la lengua francesa. En 4.°, XVI-104 páginas: 2 pesetas,

Díaz Carmona (F). — Elementos de historia de España. En 4.°, 2 tomos. 1096 y 5 páginas: 16 pesetas.

Espinosa (P.)—Una poesía de Pedro Espinosa, ahora nuevamente sacada á luz, con introducción y notas. En 4.°, 40 páginas.

Tirada de 111 ejemplares. No se vende.

Euskara (El) ó el Vascuence en 120 lecciones. En 4.°, 150 páginas.

Fernández García (M.)—Vida del B. Teófilo de Corte, de la orden de San Francisco. En 12.°, VII-64 páginas: 0,75 pesetas.

Fernandez Prida (J.) — Discurso inaugural leído en la Universidad literaria de Valladolid. En 4.°, 67 páginas.

Tema: La codificación del Derecho internacional privado.

García Icazbalceta (J.) — Obras. *Tomo 1.°* Opúsculos varios. Méjico, Impr. de V. Agüeros, editor. 1896, En 8.°, XVI-431 páginas y el retrato del autor: 7 pesetas.

Biblioteca de autores mejicanos. *Tomo 1.°*

Gil (J.)—Código civil español. Sumario de artículos. En 4,°, 359 páginas: 8 pesetas.

Gómez de Arteche (J.)—Reinado de Carlos IV. *Tomo II.* En 4.°, 527 páginas, 21 láminas. En tela, plancha y cortes dorados: 20 pesetas.

Gómez Candela (P.) y López Costa (J.)—Salirse de sus casillas, y ¡Qué fiel es Gundemaro!.... sainete en un acto y en verso. En 8.°, 31 páginas: 1 peseta.

González de Castejón y Elío (J. F.)—Discurso leído en la Universidad Central. En 4.°, 62 páginas.

Tema: El principio de autoridad en la vida social.

González Rija (A.)—Discurso leído en la Universidad de Oviedo. En 4.°, 46 páginas.

Tema: La ley del progreso en la Historia.

Groizard y Gómez de la Serna (A.)—El Código penal de 1870, concordado y comentado. *Tomo IV.* En 4.° mayor, 429 páginas: 10,50 pesetas.

Guía de Madrid, ilustrada con grabados, según fotografía de Hauser y Menet. En 12.°, 235 páginas y anuncios. En tela: 2,50 pesetas.

Guía del aspirante á maestro.—Contestaciones ajustadas á los programas oficiales de ingreso en las Escuelas Normales. En 8.°, 164 páginas: 2 pesetas.

Heras (D. de las). — Cómicos y comiquillos; semblanzas en verso. En 4.°, 102 páginas: 2 pesetas.

Historia y arte. Revista mensual ilustrada. *Año II, números 13 á 18* (fin de la publicación). En folio, 123 páginas con grabados y 24 láminas: 15 pesetas.

Huelín y Arssu (C.)—Compendio de gramática inglesa. En 8.°, 2 tomos. VIII-99-49 páginas: 5 pesetas.

Jurado de la Parra (J.) — Sinceridad; ensayo dramático en un acto y en verso. En 8.°, 29 páginas: 1 peseta.

Galería dramática de Hidalgo.

Leal de Ibarra (F.) — Estudios de Derecho penal. En 4.°, VIII-351 páginas: 7,50 pesetas.

Liñán y Eguizábal (P. de).—Ensayos de crítica. En 12.°, XX-361 páginas: 2 pesetas.

López Cerezo (V. G.) —Prontuario de legislación mercantil. En 8.°, 141 páginas. En tela: 3 pesetas.

López Silva (J.)—Los Madriles. En 8.°, XX 210 páginas: 3,50 pesetas.

López Tuero (F.)—Doctrina zootécnica. Ventaja de los animales de pequeña alzada, En 8.°, 53 páginas: 1 peseta.

Llano y Ovalle (F. de). Flores del Bierzo, lozanas y mustias. En 8.°, 291 páginas: 2,50 pesetas.

Macías (J. M.)—Erratas de la «Fe de Erratas de D. Antonio Valbuena.» *Montón quinto y sexto y último*. En 8.°, 103-129-III páginas: 6 pesetas.

Manjarrés y Bofarull (R. de).—Discurso leído en la Universidad de Sevilla. En 4.° mayor, 37 páginas.

No se vende.

Manzaneque Montes (F.) — Contestación al programa para las oposiciones al Cuerpo jurídico militar. En 4.° (Autografiado). 140-IV páginas: 30 pesetas.

Marcilla y Martín (C.) — Estudio de los antiguos alfabetos filipinos. En 4.° mayor, 109 págs. y 6 hojas.

Medina (J. T.)— Juan Nuñez de Prado y Francisco de Villagrán en la ciudad de Barco. Un documento interesante para la historia Argentina. Santiago de Chile, Impr. Elzeviriana. 1896. En 4.° mayor, VI-59 páginas.

Menéndez Caravia (J.)— La guerra de Cuba, su origen y desarrollo. En 8.°, 40 páginas: 1 peseta.

Milá y Fontanals (M.) —Obras completas. *Tomo VII.* En 4.°, XLV-489 páginas: 8,50 pesetas.

Monner Sans (R.) — Minucias lexicográficas. Tata, tambo, poncho, chiripá, etc., etc. En 8.°, 61 páginas.

Monumentos históricos de Valencia y su reino. *Tomo II.* En 4.°, 505 páginas: 10 pesetas.

Ortíz de Pinedo (D.)—¡Luz! monólogo original y en verso En 4.°, 23 páginas: 1 peseta.

Orts y Orts (F.)—Discurso leído en la Universidad de Valencia. En 4.°, 62 páginas.

Palau Ballestero (F.)—La serie aromática de química: los fenoles y sus derivados químicos. En 8.°, LXXXVII-215 páginas: 5 pesetas.

Pego Méndez (F.) — Fuero militar; breves nociones ordenadas con arreglo al programa para las oposiciones del Cuerpo jurídico-militar. En 4.°, 54 páginas: 3 pesetas.

Perales Gutiérrez (A.) — Discurso leído en la Universidad de Granada. En 4.°, 27 páginas.

Pérez y González (F.) —Juegos artificiales; versos y artículos. En 8.°, 300 páginas con grabados: 4 pesetas.

Pólvoras y mezclas explosivas, exacción del impuesto. En 4.°, 204 páginas: 4 pesetas.

Ramírez de Helguera (M.)—El libro de Carrión de los Condes (con su historia). En 4.°, 7 hojas, 241 páginas: 3 pesetas.

Reyes Prosper (E.) — Atlas elemental de morfología general externa. En folio. 20 láminas con su hoja de explicación cada una: 7 pesetas.

Roca (L.)—Provincia de Guipúzcoa. Memoria de valoraciones para el año de 1893. En 4.° mayor, 282 páginas: 4 pesetas.

Rodríguez López (J.)—Las preocupaciones en medicina; conocimientos útiles á la familia. En 4.°, 239 páginas: 2,50 pesetas.

Ruiz de Obregón y Retortillo (A).—Muestras sin valor. En 12.°, 129 páginas: 1 peseta.

Sanjurjo (R.)—Noticias de algunas experiencias con los rayos catódicos. En 8.°, 70 páginas: 0,50 pesetas.

Seco (G. M.)—Tratado de Derecho remuneratorio. En 4.°, 323 páginas: 3,50 pesetas.

Silvela (F.)—Doña Trinidad Grund de Heredia. Necrología. En 8.°, 26 páginas.

No se ha puesto á la venta.

Simonet (F. J.)—Cuadros históricos y descriptivos de Granada. En 8.°, XXI-389 páginas: 5 pesetas.

Tex.—Huelgas en la Argentina: sus causas y medios de combatirlas, por Tex. Sin l. (Buenos Aires) 1896. En 4.°, 40 paginas: 1,50 pesetas.

Uhagón (F.)—Relación de los festines que se celebraron en el Vaticano con motivo de las bodas de Lucrecia Borgia con Alonso de Aragón. En 8.°, 87 páginas y el retrato de Lucrecia Borgia reproducido de la estampa de Ticiano.

No se ha puesto á la venta.

Urráburu (J. J. de).—Origen de los seres vivientes, según sus diversas especies, y examen del transformismo. En 4.°, XI-299 páginas: 4 pesetas.

Valbuena (A. de). — Fe de erratas del nuevo diccionario de la Academia. *Tomo IV.* En 8.°, 272 páginas: 3 pesetas.

Veladas (Las) de un párroco. Instrucciones en forma de plática sobre las verdades de la religión. En 12.°, 208 páginas: 2 pesetas.

Biblioteca selecta parroquial. *Tomo* 2.°

Vergara y Martín (G. M.)—Estudio histórico de Avila y su territorio. En 8.°, 204 páginas: 5 pesetas.

Vilanova y Pizcueta (F. de P.)—Arte y literatura. Colección de artículos. En 4.°, XI-205 páginas: 2 pesetas.

Zorrilla de San Martín (J.) — Resonancias del camino. En 8.°, 364 páginas.

ÍNDICE

por orden alfabético de autores de los artículos publicados en la «España Moderna» durante el año 1896.

Anónimo.—*Los salones de la Condesa del Montijo:* Enero, pág. 88; Febrero, pág. 100; Marzo, pág. 5; Abril, pág. 85; Mayo, pág. 5.

Anónimo.—*Obras nuevas:* Enero, pág. 204; Febrero, pág. 205; Marzo, página 205; Abril, pág. 204; Mayo, pág. 204; Junio, pág. 205; Julio, página 206; Agosto, pág. 206; Septiembre, pág. 205; Octubre, pág. 200; Noviembre, pág. 204.

Asensio (José María).—*Noticias curiosas, particularidades y anécdotas relativas á Cervantes y al Quijote:* Diciembre, pág. 55.

Barrantes (Vicente).—*Viaje de la Corbeta «Nautilus»:* Enero, pág. 70.

Biorson (Biostorne).—*Ensueños:* Octubre, pág. 105.

Bourget (Pablo).—*La señorita Rosario:* Noviembre, pág. 180.

Buylla (Adolfo A.)—*Notas bibliográficas:* Abril, pág. 196.—*La novela sociológica:* Junio, pág. 5.

Campoamor (Ramón de).—*Final del Apocalipsis* (dolora): Enero, página 60.

Carducci (José).—*A la rima:* Octubre, pág. 140.

Casa-Torre (Marqués de).—*Las novelas ejemplares de Cervantes:* Abril, pág. 28.

Castelar (Emilio).—*Crónica Internacional:* Enero, pág. 154; Febrero, pág. 144; Marzo, pág. 142; Abril, pág. 130; Junio, pág. 102; Julio, página 159; Septiembre, pág. 117; Octubre, pág. 157; Noviembre, página 157; Diciembre, pág, 128.

Cazurro (Manuel).—*El Museo de Historia Natural:* Marzo, pág. 64.

Delorme Salto (Rafael).—*El progreso Científico en Méjico:* Julio, página 79.

Dorado (P.)—*Notas bibliográficas:* Enero, págs. 184-185; Febrero, página 198; Marzo, págs. 166-168; Abril, págs. 199-202; Mayo, pág. 159; Junio, pág. 196; Agosto, pág. 197; Septiembre, pág. 195.—*El discurso de apertura de los Tribunales y la Memoria del Fiscal del Supremo:* Noviembre, pág. 71.—*Nota bibliográfica:* Diciembre. pág. 99.

ECHEGARAY (José).—*Recuerdos:* Enero, pág. 61; Febrero, pág. 110; Marzo, pág. 53; Abril, pág. 46; Mayo, pág. 51; Julio, pág. 37; Agosto, página 84; Octubre, pág. 92; Diciembre, pág. 71.

FAGUET (Emilio).—*La correspondencia de Victor Hugo:* Diciembre, página 169.

GOMEZ DE BAQUERO (E.)—*Crónica Literaria:* Enero, pág 137; Febrero, pág. 177; Marzo, pág. 125; Abril, pág. 112; Mayo, pág. 138; Junio, página 119; Julio, pág. 119; Agosto, pág. 110; Setiembre, pág. 104; Octubre, pág. 143; Noviembre, pág. 146; Diciembre, pág. 154.

LACROIX (Alberto).—*Recuerdos de un editor: Lamartine:* Diciembre, página 179.

LÓPEZ (Ernesto).—*El matrimonio en la clase media:* Octubre, pág. 26.

MARTÍN (Antón).—*Mis vecinos de la Academia:* Diciembre, pág. 5.

MÉLIDA (José Ramón).—*Avila, Monumentos viejos y tradiciones añejas:* Noviembre, pág. 5.

MÉNDEZ (Cátulo).—*Ramito de Miosotis:* Agosto, pág. 97.—*El Marqués de Viane:* Octubre, pág. 134.

MENÉNDEZ Y PELAYO (M.)—*Nueva biografía del Abate Marchena:* Junio, pág. 59; Diciembre, pág. 17.

MERIMÉE (Próspero).—*La perla de Toledo:* Agosto, pág. 102.

OCHOA (Juan).—*Los Señores de Hermida* (novela): Agosto, pág. 5; Septiembre, pág. 5; Octubre, pág. 5.

OLIVER (Miguel S.)—*Impresiones evocadas* (Becquer): Mayo, pág. 65.

OSSORIO Y BERNARD.—*Notas bibliográficas:* Enero, pág. 187.

PALACIOS MORINI (Leopoldo).—*Notas bibliográficas:* Agosto, pág. 201.

PARDO BAZÁN (Emilia).—*Memorias de un solterón:* Enero, pág. 5; Febrero, pág. 5; Marzo, pág. 81; Mayo, pág. 77.

PERO PÉREZ (El Licenciado).—*La Prensa Internacional:* Enero, página 110; Febrero, pág. 123; Marzo, pág. 159; Abril, pág. 149: Mayo, página 112; Junio, pág. 133; Julio, pág, 97.

POSADA (A).—*Notas bibliográficas:* Enero, págs. 177-180; Febrero, páginas 199-201; Marzo, págs. 170, 174, 177; Abril, pág. 190; Mayo, página 153-157; Junio, pág. 199-203; Julio, pág. 198-202; Septiembre, páginas 198-201; Octubre, págs. 194-196.—*Los Problemas del feminismo:* Noviembre, pág. 118.—*Nota bibliográfica:* Diciembre, pág. 196.

RIZZO Y ALMELA (Felipe).—*Marruecos:* Agosto, pág. 126.

RODRÍGUEZ MOURELO (José).—*Recetas para hacer oro*: Naviembre, página 41.

S. G.—*El Celibato moderno:* Septiembre, pág. 91.

SALILLAS (Rafael).—*La evolución de los partidos políticos en España:* Junio, pág. 85.—*Las generaciones políticas:* Septiembre, pág. 80.

SELA (A.).—*Notas bibliográficas:* Febrero, pág. 202; Julio, pág. 196.

SOLDADO VIEJO (Un).—*Aventuras y desventuras de un soldado viejo, natural de Borja:* Enero, pág. 30; Febrero, pág. 42; Marzo, pág. 29; Abril, pág. 57; Mayo, pág. 24; Junio, pág. 27; Julio, pág. 51; Agosto,

pág. 29; Setiembre, pág. 57; Octubre, pág. 51; Noviembre, pág. 98; Diciembre, pág. 85.

STAPFER (Paul). —*Historia de la educación en Inglaterra:* Noviembre, página 193.

UNAMUNO (Miguel de).—*La regeneración del Teatro Español:* Julio, página 5.—*El caballero de la triste figura, ensayo iconológico:* Noviembre, pág. 22.—*Acerca de la reforma de la ortografía castellana:* Diciembre, pág. 109.

VALBUENA (Antonio).—*¡Fíense ustedes de mapas!* Abril, pág. 101.

VALERA (Juan).—*Sobre dos tremendas acusaciones contra España, del angloamericano Draper:* Febrero, pág. 67.—*Los Jesuítas de puertas adentro, ó un barrido hacia fuera en la Compañía de Jesús:* Abril, página 5.

VALMAR (Marqués de).—*Un insigne pintor de Historia, Don José de Méndez:* Agosto, pág. 58; Setiembre, pág. 35.

VELASCO (J. A. de).—*Notas bibliográficas:* Junio, pág. 204; Agosto, página 200.

WOLF (Fernando).—*La literatura castellana y portuguesa:* Enero, página 188; Febrero, pág. 193; Marzo, pág. 179; Abril, pág. 162; Mayo, página 161; Junio, pág. 179; Julio, pág. 182; Agosto, pág. 140.—*Sobre la poesía de los romances de los españoles:* Setiembre, pág. 150; Octubre, pág. 187.

ZOLA (Emilio).—*La aérea:* Septiembre, pág. 100.

INDICE

Págs.

Mis vecinos de la Academia, por Antón Martín..... 5
Nueva biografía del Abate Marchena, por M. Menéndez y Pelayo. 17
Noticias curiosas, particularidades y anécdotas relativas á Cervantes y al Quijote, por José María Asensio..... 55
Recuerdos, por José Echegaray..... 71
Aventuras y desventuras de un soldado viejo, natural de Borja, por un Soldado viejo..... 85
Acerca de la reforma de la Ortografía castellana, por Miguel de Unamuno..... 109
Crónica internacional, por Emilio Castelar..... 128
Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero..... 154
La prensa internacional. — *La correspondencia de Victor Hugo*, por Emilio Faguet.—*Recuerdos de un editor: Lamartine*, por Alberto Lacroix..... 169
Notas bibliográficas, por Adolfo Posada y P. Dorado..... 196
Obras nuevas..... 201
Indice, por orden alfabético de autores de los artículos publicados en La España Modrrna, *durante el año 1896*..... 205

AP
60
E8
año 8
no.94-96

La España moderna

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY